SOPHIA

REVISTA TEOSÓFICA

ORIENTALISMO

OCULTISMO

AÑO XII. — 1904.

MADRID. — ADMON.

ATOCHA, 127 DUPL.°

ÍNDICE DE 1904

Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Se ha tratado en esta Sección de los siguientes asuntos: *Notas oficiales. Dos nuevos estudios sobre Sánchez-Calvo. Recuerdos de la estancia en España del Presidente Sr. Olcott. La Revista argentina «Philadelphia». Congreso teosófico* (106 á 111). *Una raza negra presemítica en Caldea. Conferencia teosófica en Berlín. Movimiento teosófico en Alemania* (183 á 186).—*Proyecto de una edición crítica del Mahâbhárata. Augusto G. de Linares. Una conferencia sobre alkimia. El grisú y las manchas solares* (225 á 232).—*Estudios sobre psiquismo en Italia. Nuevas teorías sobre el calor terrestre. Sobre la forma y equilibrio de la tierra* (310 á 315).—*El Dr. Davis y el «espiritualismo». Por el reino de las sombras. La «Revue du Socialisme rationnel». Movimiento teosófico en el Brasil. Los próximos Congresos teosóficos* (390 á 398).—*Para la historia del teosofismo en Portugal y Brasil. En los umbrales del Más allá. Una observación del Sr. Giner de los Ríos sobre el espacio. La «Science Astrale»* (435 á 439).—*Objeciones de Scharff á Wallace sobre la no existencia de la Atlántida. Homenaje á D. Francisco Codera* (478 á 480).

Bibliografía.

Se ha dado cuenta de las obras de los señores: *Antich* (317), *A. Besant* (357), *A. Blech* (357), *Guyáu* (120). *Fournier* (120), *Guerra y Amaral* (359), *Leadbeater* (358), *Peña Troncoso* (359), *Roger* (197) y *Trine* (316).

Fragmentos.

Se han insertado pequeños trozos de: *Nietzsche, Mœterlinck, Sienkiewiez, Pascal, Max Nordau, Le Bon, Payot, Mistral, Ymbert Galloix, Novalis, William Blake, Goethe, Carlyle, Ruysbroeck, A. Calderón, Valera, Teresa de Jesús, J. de Letamendi*, etc.

Establecimiento tipolitográfico de J. Palacios, Arenal, 27 y Lista, 10. MADRID.

'ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

SUPERNATURALISMO PRÁCTICO

¿HAS PUESTO Á TONO TU SÉR CON EL DOLOR INMENSO DE LA HUMANIDAD?
(H. P. Blavatsky, *Los Siete Portales*).

NO PUEDES TÚ CAMINAR POR EL SENDERO ANTES DE QUE TE HAYAS CONVERTIDO EN EL SENDERO MISMO.
(H. P. Blavatsky, *La Voz del Silencio*).

ESTAMOS en una época de síntesis y de promesas. Por todas partes se busca una revelación universal y humana. Las razas privilegiadas han tenido sus Salvadores. Arios, semitas y turanios recibieron la parte de verdad que les correspondía, y sin embargo, parece que no se ha recibido la verdad que correspondía á todos. La tierra es más grande de lo que se sospechaba, y los problemas humanos más complicados de lo que se había convenido. Hay razas proscriptas, eslabones desencajados de la gran cadena humana, séres que vagan extraviados por la aridez del planeta y para quienes parece que el Destino no reserva otra cosa que fatalidades. Las razas, los pueblos, se disputan el privilegio de la verdad, como el ario de la fábula la manzana de la discordia, y mientras esa verdad no sea universal, no será la Verdad. Emerson ha dicho que la prueba de una hipótesis nos la da antes que su realibilidad, el hecho de que sirve para

explicar múltiples misterios... Pues bien; sólo la verdad universal, la verdad de todos, la que corresponde á todos, la que cada uno recibe, según los esfuerzos que realizara para alcanzarla, podrá ser la Verdad. Para llegar á su vestíbulo habremos de arrancar de nuestro corazón, uno á uno, todos nuestros prejuicios, y habremos de ser insensibles al espectáculo de nuestro propio dolor. La idea de que somos algo separado del universo, habrá de morir para siempre en nosotros. Hay que dejar de ser oriental ú occidental, ario ó semita, eslavo ó latino... Sólo en esto habremos de ser hindos: en desear extinguir para siempre la idea de la «separatividad». No nos separa del salvaje ni del dios sino nuestro lugar en la escala evolutiva. En tanto se es hombre, se es instrumento más ó menos consciente de un ideal cósmico que se realiza con nuestro asentimiento ó sin él y mediante nuestra existencia. En este sentido, el estóico poseyó una perfecta norma de la vida: *Todo lo que te va aconteciendo se te había dispuesto desde la eternidad... La encadenada serie de causas* FATALES *desde el principio entretejió con tu existencia los acontecimientos* (1). Nada, pues, nos es ajeno. El polinesio delante del *totem*, ó sobrecogido por la psicología mágica del *tabú*... el malayo delante del *anito*... el cristiano al pie de la cruz... Francia del 93, martirizándose en el suplicio con vista fija en su ideal... Nietzsche inmolando su alma para devenir «humano», no hacen sino una misma cosa: elevarse hacia lo Futuro. Todos juntos marcan los peldaños de la escala multiforme de la evolución é inconscientemente cooperarían con el plan secreto del universo si sus prejuicios no les lanzara á unos contra otros, olvidando su primer deber: el de ser humanos, con la humanización que soñara Blavatsky, maestro querido. Las actuales y magnánimas tendencias hacia las síntesis religiosas, terminarán tal vez por dulcificar nuestra marcha, rompiendo antiguas barreras y unificando acaso el positivismo é incredulidad de occidente con el ocultismo y la metafísica orientales. Así por lo menos debemos esperarlo. Si en lo antiguo, las civilizaciones aisladas en medio de la aridez de la tierra, sepultábanse en el olvido aparentemente fracasadas, en lo moderno, las tendencias unificadoras sentidas como una necesidad en la mayoría de los corazones, han de llevarnos al éxito de nuestras grandes obras...

---

(1) MARCO AURELIO, *Soliloquios*.

Y no latinos ó sajones, ni orientales ú occidentales, sino todos coadyuvaremos á la realización del Karma de nuestro ciclo.

***

Esta obra, empero, habrá de realizarse con el corazón limpio de rencores y el espíritu depurado de prevenciones. La sabiduría actual es fría y no satisface al sentimiento; es la sabiduría de que anatematizaba aquel gran hindo, que allá en Kapilavastu condenaba, cinco siglos antes que nuestro Christo, la «doctrina de la cabeza», como aniquiladora de la doctrina verdadera, la «del corazón». Hemos de depurar la sabiduría que nos transmitiera el pasado, porque ella nos determinó en la forma actual. Estamos más sujetos á ella que á nuestro presente. Como el hijo del leñador no podrá arrancar de su organismo los músculos fuertes que heredara de un pasado trabajoso, nuestros espíritus no podrán aniquilar el fruto que ellos mismos sembraran. Sólo lo que en el propio corazón fué engendrado, lo que debemos á nuestra propia experiencia, que es nuestro propio dolor, podrá ser transmitido á la humanidad como una verdadera enseñanza... De aquí que sólo los grandes renunciadores y los grandes martirizados puedan ser profetas. Para ellos la fórmula «¡quién sabe!», la hipótesis en su aspecto pristino, se convertirá en realidad palpable, base de futuras interrogaciones... La humanidad recibirá sus enseñanzas, que hablarán al alma ó á los sentidos, según se las interrogue. Y la experiencia será como siempre esotérica y exotérica, porque cada cual la recibirá como la reclamare. Los espíritus de una evolución gigantesca proclamarán lo revolucionario, lo oculto de las cosas... y los espíritus, sin otra experiencia que la suministrada por el ejercicio de su mezquina razón, se aferran al asidero tangible é ilusorio de las cosas. Pero como se siente más que nunca la mezquindad y ruindad de éstas, se llegará á un conocimiento suyo más elevado y transcendente. No otra cosa hemos de esperar, contemplando esa pléyade de soñadores, de poetas y de sabios de todos conocidos, que por el ejercicio inconsciente de su propia intuición devienen verdaderos videntes y profetas. Cuando se ve esa línea de artistas y creadores, á cuyo frente resplandece el místico Mæterlinck, caminar espontáneamente hacia un arte verdaderamente grande, la esperanza fortalece el espíritu. Porque allá

en un horizonte lejano y melancólico parece que se nos anuncia, con el crepúsculo de los antiguos ídolos, el nuevo panteón de las verdades futuras. El Misterio y lo Oculto reinan en este nuevo mundo de pálidas visiones... No sabremos de qué está poblado el éter que nos separa de lo venidero; pero si por hoy no puede decirse otra cosa que «*incipit* Zarathustra», allá en el mundo de lo fantástico, ya hoy presentido como *maravillo samente positivo*, nos ofrecen grandes promesas nuestros destinos.

Entre tanto—meros instrumentos de la naturaleza—depuremos nuestros Instintos, procurando que nuestros actos, aun los más insignificantes, estén en armonía con el anhelo secreto del universo. Nos es preciso cooperar ardientemente á la gran obra de la naturaleza, si no nos es posible de otro modo, con la ceguedad, pero con la realidad que el grano de arena contribuye á la formación del desierto... con la exactitud que las células contribuyen á la creación del organismo...

La naturaleza procede por medios secretos, pero aquél que supiere ayudarla se convertirá en uno de sus hijos predilectos, y las fuerzas de lo Oculto y de lo Supernatural le serán algún día abordables.

***

Gœthe nos habla de dos muebles sacados de un mismo árbol, de los cuales uno estalla con estrépito en el momento que el otro ardía en el incendio de un castillo lejano...

A los que claman por lo fenomenal les recuerdo esta hermosa leyenda, llena por lo menos de la realidad de su poesía, ya en sí misma un milagro. Yo veo en ella una alusión, intensa como todas las del genio alemán, á ese panvitalismo y á esa universalidad del dolor que tan vigorosamente se impone á nuestra consideración... El «amor» de las palmeras... el viaje de ciertos insectos desde inmensas distancias, cayendo como el rayo cerca de la hembra... la influencia psíquica de la luna... la decoloración del coral con las lunaciones y otros mil fenómenos semejantes, invítannos á reflexionar sobre la existencia de fuerzas desconocidas, tan inexplicables como reales, que han sido registradas eternamente dentro de lo «misterioso positivo». Recordad aquella experiencia de que nos habla H. P. Blavats-

ky (1). Una copa de cristal transparente, herida por un golpe dado con un martillo de plata, producirá un sonido intenso y purísimo; si se produce después este mismo sonido frotando con el dedo humedecido los bordes de la copa, ésta saltará en el acto en pedazos. . . Indiferente á cualquier otro sonido—dice el maestro—no resistirá la intensidad de «su propia nota fundamental». Sobre sus moléculas actuará una fuerza desintegradora despertada por el poder oculto del sonido. . . Podría citar otros fenómenos sorprendentes.

El aura de lo misterioso rodea nuestro conocimiento y desconcierta nuestros pobres juicios. No sabemos cómo resistir los asaltos de lo incognoscible, las imposiciones de lo maravilloso, la ruína de nuestras viejas fórmulas pseudocientíficas y de nuestras insatisfactorias soluciones religiosas. . . Y en medio de las arideces de la observación, brotan, lógica ó ilógicamente, extrañas supervivencias de vida y de espiritualidad, donde parecía no haber sino el vacío y la muerte. Yo creo, yo aseguro, que á veces he sentido estas supervivencias, y que seguramente la fe y el entusiasmo de aquellos silenciosos hermetistas medioevales, de aquellos Van Helmont y Paracelso aun hoy incomprendidos, no tuvo otra base que este mismo sentimiento. Aquellos pensadores, espíritus de consciencia profunda, buscaron la vida en las cenizas de la muerte, y sus operaciones de magia no fueron sino una protesta contra la pasividad y el mutismo de las cosas. Yo creo, como ellos, en la persistencia de la Energía á través de vidas infinitas. . . No de una energía tal vez mecánica originada por las últimas vibraciones de un impulso creado en un determinado momento, sino en la Energía animada por el Deseo y sujeta á manifestaciones y exteriorizaciones infinitas por la eterna Ley de causa y efecto.

Una energía simplemente mecánica podría explicar, tal vez, ciertos hechos; pero *¿y los otros?* Martins hace observar que el corazón *puede latir* aun algunos momentos después de haber sido separado del cuerpo; todos sabemos que la cola de ciertos reptiles se agita y enrosca convulsivamente cuando es separada de su tronco. . . Extraños fenómenos son éstos, en verdad, y aún se pudiera hablar de otros muchos. Algunos sorprenderían al

(1) *El Hipnotismo y sus relaciones con otros medios de fascinación. Lucifer,* Diciembre de 1890.

espíritu más seguro y convencido. He aquí uno: quemad una planta y encerrad rápidamente sus cenizas en una retorta. Para el observador vulgar, allí no hay sino unos inanimados restos separados en absoluto, y por manera definitiva, de la fuerza que les determinara en otro tiempo como algo viviente... Mas hoy se sabe, que si se derraman algunas gotas de agua sobre esas cenizas y se las somete á una suave temperatura, se vislumbrará cierta nebulosa agrupación molecular, que por un fenómeno extrañísimo tenderá á tomar la forma de la planta extinguida... *violentamente extinguida*... Ante este hecho sorprendente, hemos de confesar que allí en aquellas cenizas existía un deseo de vida, un deseo vago, confuso, el deseo de una «conciencia vegetal», anhelo doloroso é incumplido allá en su mundo, como otros muchos, que en mundos infinitos esperan tal vez toda una eternidad la energía que les fué arrebatada para exteriorizarse. Y he aquí que en el mundo, para nosotros inconcebible de las plantas, nos vemos obligados á admitir la existencia de un fantasma que, como los espectros de las viejas leyendas, surge cuando puede apropiarse la vitalidad que le es precisa. Y este fantasma vivirá acaso incorporándose á la vida de otras plantas — todas se enriquecen, como es sabido, en contacto con las cenizas—acaso á modo de «vampiro» vegetal, allá en su plano represente lo que en el nuestro esas fantásticas creaciones medioevales que habiendo sido arrancadas violentamente de su existencia supervivían en tenebrosa vida espectral á costa de vitalidades ajenas... Así como ésta, existen muchas vidas ignoradas y aun inconcebibles para nosotros.

El espíritu sereno llega de hecho en hecho á detenerse ante el humbral de esas ciencias calumniadas y desconocidas que llenan de misterio aún no explorado la noche medioeval... Alkimistas, hermetistas, rosacruces y antiguos teósofos persiguieron á su modo el secreto del fenomenalismo oculto, y si bien sus trabajos fueron aparentemente perdidos, algunas veces nos llegan de su recuerdo auras de esperanza y aliento que no hemos de ocultar. Aquellos observadores de las estrellas que, sin los adelantos modernos, examinaban el cielo más con los ojos del espíritu que con los de la carne, no son para el espíritu moderno, puro y sencillo, tan ridículos como los representa una ciencia demasiado orgullosa y dogmatizadora. Se ha encontrado más cómodo ridiculizarles que estudiarles. Yo creo, sin embargo, que su

ciencia era tan rigurosamente lógica como otra cualquiera. No creo que la astronomía naciera de la astrología, como no creo en la inferioridad de la alkimia, respecto de la química. Seguramente unas y otras ciencias fueron ciencias distintas y desviadas, igualmente dignas y respetables. El actual astrónomo nos proporciona el dato preciso, riguroso, fidelísimo; registra el menor acontecimiento de la faz astral, del espacio todo, mas no nos proporciona otra cosa que el dato... Sabe que entre «Virgo» y «Scorpio» está «Libra», pero su intuición no le hará indagar el secreto magno y oculto que preside esa admirable disposición simbólica (1). En este sentido, la astronomía, lejos de ser una amplificación, será una desviación de la antigua ciencia de los astros. Y lo mismo pudiera decirse de la química, si por las actuales investigaciones de esta admirable ciencia no estuviese convencido de que sus grandes maestros, á modo de modernos alkimistas, buscan, con un nombre distinto, el anhelado y antiguo *aurum philosophorum*.

* * *

En la negación hay algo de pueril. Se afirma hoy lo negado ayer. Cuando se dijo que mediante una adecuada educación psíquica, el pensamiento pudiera transmitirse sin el auxilio de la palabra, la vulgaridad, la rutina y ese «espíritu que niega», hizo brillar sus viejas armas. Hoy la misma ciencia, empero, persigue en su plano físico la sorprendente comunicación denominada «sin hilos». En realidad, no hacía falta que la ciencia apoyase un hecho que debiera ser del dominio vulgar. La vida diaria misma nos ofrece ejemplos denominados «anormales» de este fenómeno. Se da el caso de individuos perfectamente normales que parece conservan aquel don que poseyeron ciertas razas (no admitidas por la ciencia oficial) de comunicarse mentalmente. Todos conocemos ejemplos. Dos amigos, tras larga velada, permanecen silenciosos... De pronto uno de ellos inicia un tema de conversación «extemporáneo», que luego resulta ser el mismo en que estaba pensando silenciosamente el ahora extrañado compañero... No hablemos aquí de eslabona-

---

(1 Vea, el que le interese este punto, la obra de Th. Pascal: *Sagesse antique á travers les âges*. París, 1902.

mientos de ideas que nada explicarían; más bien pudiéramos decir que se había realizado un fenómeno de transmisión mental... Recordad también el fenómeno curioso de que en momentos de intensidad pasional—en la pasión amorosa especialmente—las cosas más esenciales no es necesario expresarlas porque «se transmiten». Cuando un deseo es tan intenso que ocupa por completo el espíritu, se dice que *se lee en la mirada*... Yo desearía que los psicólogos modernos reflexionaran sobre el alcance de esta afortunada frase popular. Ella nos revela que entre nosotros, entre los habitantes del espacio de tres dimensiones, la vista es el órgano de transmisión por excelencia... «A los ciegos es preciso hablarles más alto porque si no, no nos entienden...»

* * *

Ahora bien; ¿hay senderos para llegar á una visión más amplia de las cosas? ¿Hay disciplinas que vencer? ¿Existen mayores dolores que los que nos ofrece la vida? Tal vez. Los senderos son dos desde luego, pero los procedimientos para llegar á ellos son infinitos. H. P. Blavatsky nos habla de esto en unos preceptos conocidos de todo teosofista. Cuando nuestro espíritu logra alcanzar su calma interior y puede permanecer en armonía con su verdadera Voz, puede comenzar su tarea. Si el Sendero secreto le es aún inalcanzable «hoy», tal vez esté á su alcance «mañana». Porque *ningún esfuerzo, ni aun el más pequeño, sea en buen ó mal sentido, podrá desvanecerse del mundo de las causas... Ni aun desaparece la huella del humo desvanecido...* Así habla la sabiduría oriental.

En cuanto á las prácticas, son privadas. Se le dan á uno psíquicamente. Se deviene mago, como se deviene artista. Un día lo sois. ¿Cómo? Los charlatanes, los Merodac Peladan y los Papus, dicen que ha habido una iniciación. Falso en absoluto por lo que se refiere á los que hablan de ella. Desde luego, la atmósfera de una gran ciudad, cargada de astralidades horrorosas, poblada por residuos y entidades sangrientas, me parece un medio absurdo para nada verdaderamente espiritual... Por otra parte, hay que sospechar de los que hablan en este sentido. Las facultades adquiridas en el secreto y en el dolor, son demasiado extraordinarias para ser pregonadas. ¡Quién sabe hasta qué punto son un peso que el ocultista lleva consigo silenciosamen-

te! Recordad á Jesús taumaturgo. Sus llamados *milagros* fueron hechos al parecer con amargura. Parece como si el terreno por donde transita la voluntad del verdadero ocultista fuese desagradable y peligroso. Sumergid la mano en un cesto de víboras como hace el fakir; vuestra seguridad será muy grande, pero no será menor la verdad de que en el cesto existen acerados aguijones... El mundo astral es un mundo de horrores; recordad la leyenda universal del *mago:* muere casi siempre haciendo un experimento que no debió intentar. Este es el problema. ¿Hasta qué peldaño del santuario se nos tiene permitido el ascenso? Muchas razas arcáicas desaparecieron por dar un paso fuera de su evolución. Atlantes, lemures, prehistóricos americanos, todos se hundieron en el abismo del olvido por la misma razón. El prematuro desenvolvimiento de facultades psíquicas puede conducir, lo mismo en el individuo que en las sociedades, á la degeneración y á la caída... D. Juan Manuel, el antiguo Infante castellano, nos lo advierte en su libro famoso de *El Conde Lucanor:*

> ...parad mientes en todos los agoreros ó adevinos ó que facen ciertos encantamientos é destas cosas cualesquier é veredes que siempre ovieron malos acabamientos.

El intuitivo pariente de Alfonso el Sabio, que durante su vida conociera no pocos nigromantes, y para quien no se perdieron las enseñanzas orientales de Toledo *la mágica*, no desconocía que todos los dinteles eran peligrosos. Detrás de los témpanos sombríos y eternamente helados del Polo, se dice, en efecto, que hay fuego... Un sonido es más ó menos agudo según el número de sus vibraciones, pero cuando llegan á su intensidad máxima se produce el silencio. No somos suficientemente fuertes para acercarnos á los límites supremos de las cosas...

Si pudiera proporcionarse algún medio de verdadera inmunidad, sería místico. Tal vez en los antiguos misterios se intentaba purificar al neófito por medio de durísimas iniciaciones sucesivas. De un extremo á otro del Oriente ocultista oiréis esta exclamación: «¡Regeneraos, purificaos!». Unos caracteres grabados en el baño del soberano Tching-thang, decían: *Regenérate por completo cada día; hazte de nuevo, aún más de nuevo y siempre de nuevo* (1). Para que, en efecto la Lámpara arda con lim-

(1) *El* TA-HIO *de Khun-fu-tseu y de Thseng-tseu, su discípulo;* traducción de V. D.-P., publicada en el número de Septiembre de 1899 de SOPHIA. (Cap. II, § 1.°).

pidez, es preciso que la llama y la mecha sean constantemente purificadas. La luz sagrada no sentirá el proceso de la purificación, pero sus rayos serán más intensos. «Las ramas de un árbol son sacudidas por el viento, pero el tronco permanece inmóvil». Así dice la sabiduría oriental.

* * *

Uno de los obstáculos que impiden toda transcendental operación de nuestro espíritu, es el que los teólogos hindos denominan el error de la «separatividad», el de creer que se puede ser algo aislado y distinto del universo. Un espíritu vano y obstinado está incapacitado *à priori* para la obra de su propia cultura; porque se ha dicho:

> ...ni el que se deja llevar únicamente de su pasión, ni aquél cuyo corazón está emponzoñado con la perfidia, podrán obtener los poderes sobrenaturales (1).

Es preciso vibrar al unísono con la naturaleza para realizar el milagro hermético de la adquisición de la luz. Hay que sufrir todo el sufrimiento, como hay que vivir toda la vida, agotando nuestro pasado, nuestro karma. Mientras vibre en el espacio un lamento que no nos impresione, no interroguemos á lo desconocido. Porque el alma debe escuchar cada lamento de dolor,

> como abre su corazón el loto para beber del Sol los rayos matutinos.

En la edad media, que es la edad de la injusticia y de la infancia, no otra cosa que una acumulación de dolor en unos mismos corazones, engendró la hechicería. Michelet en una obra sorprendente hace nacer la Bruja del supremo martirio de las campesinas ultrajadas...

Por otra parte, de la antecitada idea de la separatividad nace esa mezquina preocupación denominada temor al aniquilamiento, *á la muerte*. Por la ilusión de que se es «Yo» no se vive la vida verdadera y nace ese temor de abandonar lo iluso-

---

(1) Hitopadeça. L. III. *Vigraha.*

rio y aparente por lo verdaderamente real. Hay, empero, un emblema de la muerte, empleado en la simbología religiosa arcáica, que es muy significativo: me refiero á la serpiente que muerde su cola. Morir, en efecto, no es sino cerrar el círculo. Si su problema nos parece insoluble es porque le consideramos desde nuestra particular condición humana. Estamos demasiado atados á nuestras clasificaciones.

Hemos dividido, en efecto, tal vez puerilmente, las cosas. El «yo» es nuestra autoconciencia; el «no yo» lo que quiere, piensa y actúa nuestra autoconciencia, con lo cual se nos escapa lo único que nos interesaba conocer: la Conciencia. Así es todo. Yo, por mi parte, no quiero saber sobre la Conciencia sino lo que he encontrado en Annie Besant. Sé por ella que la Conciencia duerme en el mineral, sueña en la planta, sufre en el animal y tiende á la liberación en el hombre. Merced á esta idea he terminado por creer firmemente que nada hay ajeno entre sí y que todo es un vehículo de la Energía universal que tiende á la liberación movida por el estímulo del dolor, *que no es sino el acto de adquirir experiencia.* Aquello que tienda á entorpecer esta liberación será un error y en el terreno de lo místico un «pecado», porque nos entrelazará á lo formal, á lo externo; porque nos detendrá en Mâya, el místico océano de la ilusión. Lo verdaderamente innegable y transcendental es tal vez esa tendencia, ese impulso hacia la perfección que late en el interior de los séres, de todos los séres. El mago, pues, lo será en tanto comprenda ese latido universal y secreto que vibra á través del universo, *uno* para el pensador y *vario* para el vulgo... El ocultista lo será en tanto sepa escuchar esa voz muda que brota de lo inanimado. El místico lo será asimismo, en tanto pueda escuchar el himno secreto de la Naturaleza y de la Vida en la infinita variedad de sus formas. Y lo mismo llegará á confundirse con lo Absoluto contemplando el inmenso cielo que examinando la célula diminuta, porque en todas partes encontrará el deseo y el dolor... El mundo, de lo infinitamente pequeño, es sensible como el nuestro; la molécula, llamada inorgánica, obedece al estímulo (1) hasta el extremo que ya hoy no es una paradoja el «grito» de que hablaban los químicos al describir el estaño. Un veneno,

(1) El doctor hindo *Jagadish Chandra Bose* acaba de demostrarlo en unos notables estudios científicos de los que se ha ocupado la prensa europea, y de los que hemos de decir algo en mejor ocasión.

inmoviliza á un metal en su evolución. En su evolución digo y en su vida, pues el metal vive y enferma y muere, como el diamante, como la planta y como el hombre. Mediante la acción de ciertos agentes, una planta revela, en esfigmógrafos especiales, el cansancio de sus fibras, la extinción de su energía y su muerte.

Pero de nada de esto podremos hablar si nos aferramos al concepto europeo de lo circunstancial y de lo diferenciado. En el gabinete del sabio se ha clasificado demasiado friamente el mundo. De un lado lo orgánico, de otro lo inorgánico, mas, ¿qué es el órgano? De un lado lo de *arriba*, de otro lo de *abajo*, más y ¿qué es el espacio? De un lado el hombre, de otro el resto del universo, más ¿qué haremos del inmenso vacío desconocido que por todas partes nos rodea?

Viriato DÍAZ-PÉREZ

Madrid, Diciembre de 1903.



LA ANTIGUA ARQUITECTURA

El conjunto de la traza, la constitución íntima y misteriosa del edificio religioso, solía ser lo que hoy llamamos función de determinados números, que servían de módulos ó unidades de relación en toda la obra. Nuestra riquísima catedral de León, perteneciente al primer período del arte gótico, está construída de este modo. El ábside está formado por cinco lados de decágono regular, y por tanto, cinco y diez son las unidades de relación que subsisten en el conjunto de toda la obra. Cinco son las capillas que la forman y de cinco lados cada una; cinco son las naves del crucero, cinco los pilares de la nave central comprendidos entre los pies de la iglesia y el crucero, diez las bóvedas de la nave central, cinco las naves del cuerpo de la iglesia, cinco las puertas del crucero, etc. Y apenas hay catedral gótica, en que haciendo un detenido estudio de su construcción primitiva, no se descubra un número que sirvió de módulo misterioso á su trazado.

PICATOSTE. *La Estética en la naturaleza, en la ciencia y en el arte*, pág. 110.



LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(Continuación).

La Conciencia superfísica.

Hemos visto que esas irrupciones de lo que se denomina «subconciencia» pueden llegar á la Conciencia en acción, y que pueden ser ocasionadas por los choques en los vehículos astral y mental de fuerzas que tocan sobre sus planos respectivos. Estudiaremos ahora estas fuerzas más minuciosamente. Un verdadero sistema psicológico debe tener á éstas en cuenta y encontrar un lugar para tales fenómenos, puesto que son tan numerosos y persistentes como poco estudiados.

En el trance producido artificialmente, en el cual el cerebro se encuentra separado de su acción y reacción normal sobre su esfera, éste se convierte en un instrumento inadecuado para la Conciencia superfísica. Separado de su esfera de acción física, se torna incapaz de responder á los acostumbrados estímulos del exterior; separado de sus ligaduras inferiores, en tanto está unido á las superiores, continúa respondiendo á las impresiones de lo superior, que serán para él tanto más efectivas, cuanto menos sus energías se pierdan exteriormente. Esto es en esencia el estado de trance. Con la clausura forzada de las comunicaciones de los sentidos, á través de los cuales sus fuerzas se esparcen por el mundo exterior, estas fuerzas quedan al servicio de la conciencia superfísica. En el silencio así impuesto sobre el plano físico, las voces de los otros planos se hacen perceptibles.

En el trance hipnótico se observa una vivificación de las facultades mentales: la memoria abarca una esfera más amplia porque las débiles pulsaciones de los hechos pasados se hacen perceptibles cuando las pulsaciones más fuertes del presente están momentáneamente apaciguadas; se recuerdan cosas olvi-

dadas en el estado de vigilia, reaparece la memoria de idiomas hablados en la niñez y después olvidados y resucitan los más nimios detalles. A veces los poderes perceptivos se extienden á un plano todavía más amplio; se ven escenas distantes, la vista atraviesa los obstáculos materiales, y aun se perciben voces pronunciadas á enorme distancia. A veces son asimismo vislumbrados fragmentos de otros planos asociados con formas creadas por el pensamiento en las horas de vigilia. Sobre el asunto existe toda una literatura que puede ser estudiada por el investigador.

Sucede también que los efectos de un trance profundo no son los mismos de otro menos intenso. Cuando el trance es profundo, las capas superiores de la Conciencia superfísica se manifiestan en el cerebro. Conocidísimo es el famoso caso de Leonia I, II y III. Pudiera observarse que Leonia I no conoce nada de Leonia II y III; que Leonia II conoce á Leonia I, pero no á Leonia III; que Leonia III conoce á Leonia I y II. Esto es: que el superior conoce evidentemente al inferior, pero que éste no conoce á aquél. . .

En el trance mesmérico se obtienen fenómenos superiores más fácilmente que en el hipnótico; en éste pueden obtenerse datos más precisos que los fenómenos astrales y aun mentales—si el «sujeto» está suficientemente evolucionado—y aun á veces destellos de vidas del pasado.

Cuando se observa que la exclusión del plano físico es una condición para estas manifestaciones de la Conciencia, se comprende lo racional de los métodos de Yoga practicados en Oriente. Cuando los métodos son físicos, como los Hâta-Yoga, su resultado es por lo general el trance ordinario, y el sujeto al despertar no recuerda nada de sus experiencias. El método Râja Yoga, en el cual la Conciencia alejada del cerebro por una intensa concentración, permite al estudiante la continuidad de la Conciencia en los planos sucesivos, por lo cual recuerda sus experiencias superfísicas cuando vuelve al estado de vigilia. Pero tanto en Oriente como en Occidente se precisa la misma cesación de la Conciencia despierta para obtener la superfísica que el psicólogo occidental denominaría inconsciencia humana. Los métodos orientales, empero, contando miles de años de práctica conducen á resultados incomparablemente más grandes, y establecen una base segura para repetidas experiencias, la independencia de la Conciencia respecto de su vehículo físico.

El éxtasis y las visiones de los santos de todos los tiempos y de todas las creencias, nos presentan otro ejemplo de estas invasiones de «lo inconsciente.» En éstos, la oración prolongada y absorbente ó la contemplación, son los medios productores de la requerida disposición cerebral. La comunicación con los sentidos es interceptada por la intensidad de una concentración interior; se llega de un modo espasmódico é involuntario al estado á que llega el Râja-Yogi deliberadamente. De aquí que los devotos y los santos de todas las creencias achaquen sus visiones al favor de la deidad adorada y no al hecho de haber producido en ellos mismos un estado de pasividad cerebral que permite á la Conciencia superfísica hacer llegar al cerebro los ecos y el resplandor de mundos superiores.

El doctor Henry James, en su *Variedad de las experiencias religiosas*, indica que alguna de las más extrañas de estas invasiones de lo «inconsciente» son casos de «alteraciones repentinas», en las cuales un pensamiento imprevisto ó una visión ó voz, cambia de pronto y por completo el orden de la vida normal del hombre. Y arguye que una fuerza suficientemente poderosa para producir tales efectos, no debe ser ligeramente olvidada ó ignorantemente menospreciada por ningún estudiante serio de la Conciencia humana. Todos estos fenómenos psíquicos exigen un estudio cuidadoso y científico y prometen una cosecha de resultados en aquello que tal estudio pueda recompensar al investigador.

Merced á esta opinión, empero, pretende deducirse que estos hechos son observados relacionándolos con los estados mórbidos nerviosos, y que como los sujetos en estos casos son histéricos y séres desequilibrados, las experiencias estarán viciadas por su condición. En primer lugar, esto no es completamente exacto; los Râja-Yogis orientales son individuos caracterizados por su serenidad y tranquilidad, y algunos de estos casos de alteración han sido observados en ellos. Concedamos, empero, que en la mayoría de los casos la condición nerviosa es mórbida, y el cerebro está sobreexcitado ¿qué probará esto? El cerebro humano está debidamente desarrollado para recibir las vibraciones del mundo físico y transmitirlas y transmitir asimismo las vibraciones astrales y mentales (relacionadas con las primeras) desde los vehículos superiores. Pero aún no está suficientemente evolucionado para recibir sin perturbaciones ciertas violentas

vibraciones de los planos superiores, ni para responder por completo á las vibraciones originadas en los más sutiles vehículos por los fenómenos externos de sus propios planos. Las emociones muy violentas de alegría, pena, dolor ó terror son á menudo excesivas para el cerebro normal, ocasionando fuertes cefalalgias, histerismos y aun colapsos nerviosos. No es, pues, extraño que las violentas emociones que ocasionan lo que se denominan alteraciones psíquicas, vengan acompañadas de complicaciones similares. Lo importante es que cuando el trastorno haya pasado, el efecto — la nueva actitud respecto de la vida — continúe. La perturbación nerviosa es debida á lo inadecuado del cerebro físico para resistir las violentas y rápidas vibraciones lanzadas contra él; la permanencia del efecto es debida al sólido ejercicio de la Conciencia superfísica constantemente ejecutada. Cuando la Conciencia superfísica no está aún suficientemente desarrollada para resistir este ejercicio, el sujeto, la persona transpuesta «carece de Gracia» y la oleada de emoción se aleja.

Los casos de visiones y fenómenos similares ya hemos visto que pueden acontecer en cierta especie de trance producido. Mas también pueden presentarse tales fenómenos en ocasiones en que el cerebro está en un estado de tensión ya por cualquier circunstancia temporal, ya porque en su evolución ha ido más allá de lo normal. Las fuertes emociones pueden desarrollar la tensión nerviosa hasta el extremo de que puedan ser posibles las respuestas directas á las vibraciones astrales, y que un acto astral pueda ser perceptible, visible. La reacción del esfuerzo se traducirá probablemente como una perturbación nerviosa. Cuando se trata de un cerebro de mayor evolución que la normal, que ha llegado á un mayor grado de complejidad y sensibilidad, los actos astrales pueden ser sentidos constantemente, y tal esfuerzo, siendo mayor que la energía nerviosa, podría ser propio para producir estos ordinarios percances de la moderna civilización. De aquí que la histeria y otras formas del trastorno nervioso acompañen igualmente estas visiones.

Pero estos hechos no quitan importancia á las experiencias, como hechos de conciencia. Más bien, quizá, la aumentan, demostrando cómo la evolución actúa, ampliando la esfera de acción de un organismo. Los repetidos choques de las fuerzas externas estimulan el desarrollo del organismo y muy á menudo le fuerzan, pero estos esfuerzos le hacen avanzar en su evo-

lución. La cúspide de la evolutiva oleada humana estará siempre formada por organismos anormales; los organismos firmes, normales, seguros de la masa, seguirán detrás; éstos serán considerables, pero no tan interesantes como los exploradores, no tan instructivos como las miradas hacia lo futuro. Positivamente las fuerzas del plano astral están constantemente actuando con vigor sobre el cerebro humano, tendiendo á hacer de él un verdadero vehículo de la Conciencia; y un cerebro sensitivo en su estado transicional, es apto por ésto para lanzarse fuera del mundo de su pasado. Es probable que un buen número de actividades hacia las que hoy se dirige el pensamiento, puedan ser ejercidas automáticamente y vayan hundiéndose gradualmente en el umbral de la Conciencia despierta, como ha sucedido con varias funciones en otros tiempos ejecutadas intencionadamente.

A medida que estos cambios continúan, las vibraciones más sutiles muéstranse progresivamente en los cerebros más delicados, en aquéllos que *no son* normales, puesto que éstos — que están en la cúspide de la evolución — serán los más capaces de responder á ellas. El doctor Maudsley dice: «¿Por qué hemos de creer á la Naturaleza en la obligación de verificar sus actos por medio de espíritus perfectos solamente? Ella puede encontrar en espíritus incompletos un instrumento más apto para sus especiales propósitos» (1). Y el profesor James añade: «Si hubiera algo semejante á la inspiración de un dominio superior, bien pudiera ser que el temperamento neurótico nos suministrase la principal condición para la requerida receptividad» (2).

Cuando reconozcamos de una vez qué fuerzas más sutiles que las físicas deben necesitar para su expresión un vehículo más delicado que el cerebro—organizado para percibir meramente lo físico,—dejará de desconcertarnos y preocuparnos el que las fuerzas superfísicas encuentren á menudo su más fácil expresión á través de cerebros más ó menos desencajados del plano físico. Entonces comprenderemos que los síntomas físicos anormales que acompañan á las manifestaciones de estas fuerzas, no disminuyen su valor ni la importancia que pudieran tener para lo futuro de la humanidad. Á la vez el deseo nos llevará naturalmente á descubrir algún método por el cual puedan estas fuerzas manifestarse sin riesgo de destruir su instrumento físico.

(1) Dicho en la citada obra del profesor James, pág. 19.

(2) Ibid., pág. 25.

Este procedimiento ha sido encontrado en Oriente por la escuela Râja-Yoga, en la cual el ejercicio de la Conciencia superior se obtiene por una concentración intensa. Por esta concentración desarróllase el cerebro como un instrumento para fuerzas más sutiles, actuando sobre las células cerebrales del modo ya descrito al tratar del pensamiento (número de Noviembre de 1902 de *Theosophical Review*). Lentamente, sin embargo, comienza la serie de *spirillæ* del átomo, próximas en orden á las ahora en actividad, á construir así el nuevo órgano para la más alta función. Este proceso es necesariamente lento, pero la única vía segura para el desarrollo. Si su lentitud es sensible, debe recordarse que el estudiante trata de anticipar el desarrollo atómico de la próxima Ronda y que debe esperar cumplir éste con rapidez. Esta lentitud, empero, de las prácticas Râja-Yoga, hace á éstas inaceptables para el presuroso occidental; y sin embargo, no existe otro procedimiento que asegure un desarrollo equilibrado. Preciso es elegir entre ellas y las morbosas perturbaciones nerviosas que acompañan á las invasiones de la Conciencia superfísica en un vehículo no preparado. Por lo que se refiere á nosotros, no debemos alterar las leyes de la Naturaleza, sino tratar de comprenderlas y utilizarlas.

Annie BESANT.

(Se continuará).



LA EXISTENCIA INFINITA

Canta y expláyate, Zarathustra; cura tu alma con cantos nuevos para que puedas sustentar tu gran destino, que no ha sido aún el destino de nadie.

Porque tus animales saben bien quién eres, Zarathustra, y lo que debes llegar á ser: *tú eres el maestro de eterno retorno de las cosas:* ¡ese es ahora *tu* destino!

Que tú has de ser el primero que enseñe esta doctrina ¡como ese gran destino no será también tu mayor peligro y tu enfermedad!

Mira, nosotros sabemos lo que enseñas: que todas las cosas vuelven eternamente y nosotros mismos con ellas... Que hemos existido infinidad de veces, y todas las cosas con nosotros.

(Nietzsche. Así hablaba Zarathustra. El convaleciente, II.)



NOTAS SOBRE LA LEMURIA[1]

El origen de los marsupiales y la diversidad de elementos de la flora australiana, hacen de este país uno de los más interesantes para las investigaciones zoológicas y botánicas. Cuando dedicaba mis estudios á la flora de las mayores alturas de los Alpes australianos (que atraviesan la parte sudeste del continente, elevándose 7.256 pies sobre el nivel del mar), quedé sorprendido al determinar la distribución geográfica de algunas formas genéricas, de encontrar elementos antárticos y sudafricanos reunidos en la flora de esta región montañosa.

La mezcla aparente de la flora de terrenos por tanta distancia separados, me pareció en un principio inexplicable por la teoría de la persistencia de espacios oceánicos, y esta observación llevóme á considerar hasta qué punto era posible explicar las anomalías de la flora y la fauna australianas sobre la base de superficies de terrenos con sus contornos actuales. Hube de dudar por el momento entre permanecer fiel á las afirmaciones de ciertas escuelas científicas, ó admitir los problemas establecidos por experiencias recientes, que se aclaran y afirman más si se consideran las declaraciones hechas en la *Doctrina Secreta* relativas á un continente sumergido, en el que nacieron los primitivos progenitores del hombre.

Si pudiera afirmarse el hecho de que semejante continente hubiese existido en la antigüedad, se resolverían muchas dudas relativas al origen y distribución de esta fauna y flora australiana. Después de una lectura más atenta de las opiniones enunciadas en la *Doctrina Secreta*, referentes en particular á la antropogenesia, me pareció que aclaraban determinados problemas biogenéticos bastante complejos, y á pesar de las aparentes anomalías entre las opiniones generalmente admitidas sobre la

(1) El autor de este artículo es un distinguido naturalista jefe del Servicio Geológico, en Australia, llevado á la teosofía por las pruebas en favor de ella que encontrara en los trabajos de su carrera.—(N. de la D.)

evolución y el desenvolvimiento humanos y la antropología esotérica, fuí gradualmente conducido á adoptar esta última enseñanza, que constituye una explicación más completa y más satisfactoria de los fenómenos de la vida y de la materia.

En tanto que hacía el estudio geológico de las capas carboníferas de Gippland, en Victoria, observé que la flora fósil de los lechos jurásicos, en los cuales el carbón aparecía, era casi idéntica á la de la India y á la de ciertos lechos sudafricanos; tal semejanza entre las formas específicas de géneros diferentes, de plantas análogas á las palmeras, helechos y ciertas formas coníferas, era sorprendente y añadieron interés á mis investigaciones, toda vez que proporcionaban indicios de la existencia de un continente mesozóico primitivo, que hubo de ocupar vastas extensiones en el hemisferio meridional. Durante mi juventud he vivido algún tiempo en un distrito habitado por diferentes tribus de aborígenes australianos, y uniéndome con frecuencia á sus expediciones de caza, me he interesado vivamente en las investigaciones clásicas que había emprendido M. A-W. Howitt sobre las tribus denominadas Kurnais y Kamilzoi, del S. E. de la Australia.

Los trabajos de este explorador y distinguido etnologista parecen tener verdadera importancia, no sólo por lo que se refiere á las emigraciones de los antepasados de los Kurnais, el empleo del lenguaje por gestos, parentesco de grupos, creencias, etc., sino también, en general, por lo que se refiere á los asuntos objeto de la antropogenesia; así, pues, me propongo referirme á las opiniones de este autor, comparándolas con el esquema de distribución de razas que trazó el ilustre profesor y zoólogo Haeckel.

Si se considera desde luego el asunto de la antropogenia desde el punto de vista de la filosofía esotérica, se encontrarán algunas observaciones que podrán, sin duda, relacionarse con ciertos y determinados hechos aclarados por las investigaciones antropológicas, en tanto que otras no comprobables por los métodos en uso en esta rama de la ciencia, son, sin embargo, susceptibles de investigación por diferentes medios.

Puede admitirse la afirmación de «que el hombre es una obra de la naturaleza gradualmente perfeccionada, en todo lo que concierne á su organismo físico», y comprender, á la vez, «que el sér viviente y pensante es el resultado en el cual han colabo-

rado diversidad de mundos en diferentes condiciones de desenvolvimiento material y espiritual, siendo, por tanto, una diferenciación variable en el espacio y en el tiempo de Lo Uno absoluto é incognoscible.»

Al aportar mi colaboración á este estudio, hecho desde el punto de vista de algunas enseñanzas de la *Doctrina Secreta*, lo hago con cierto temor; pues pudiera suceder que la interpretación dada por mí á estas pruebas no fuese la admitida por estudios más adelantados. No siempre es fácil interpretar correctamente expresiones empleadas para transmitir una idea, á menudo velada en un símbolo ú oculta bajo una alegoría; pero el objeto especial de este trabajo será demostrar la existencia de bases que justifican lo alegado en la *Doctrina Secreta* respecto á la existencia, en tiempos prehistóricos, de superficies terrestres donde el hombre primitivo (el descrito como de la tercera raza raíz) pudo haber habitado, y que á la existencia de esta tercera raza raíz debiera dirigirse indudablemente la antorcha de la ciencia moderna.

De mi estudio de la filosofía esotérica, he deducido que la humanidad de este globo pasa, en el curso de su desenvolvimiento, á través de una serie de siete razas, cada una de las cuales está subdividida en siete subrazas, y éstas, á su vez, en siete ramificaciones ó familias; esta división septenaria está basada en determinada ley oculta.

Se ha dicho que la humanidad está en el momento actual en su quinta raza raíz. La vida media de una familia racial se fija próximamente en 30,000 años, la de una subraza en 210,000 y 1.470,000 la de nuestra raza raíz actual; estas razas, subrazas y familias, forman sus existencias á costa las unas de las otras. Se sabe igualmente que el aspecto físico de la tierra ha variado, dando origen á épocas geológicas, y que las diferentes razas han evolucionado sucesivamente.

La primera raza humana (aquella que debía desarrollarse en lo futuro) estaba formada de séres etéreos, los cuales en cada una de las razas y subrazas consiguientes fueron condensándose más y más en su cuerpo de carne. Dichos séres eran de formas incorpóreas, luminosas, y en ellas se construían, por decirlo así, los átomos físicos del cuerpo substancial futuro (1).

(1) Existe una descripción de esta forma de desenvolvimiento hecha por M. Sinneit y por M. Scott Elliot y dada en las *Transactions de la London Lodge*.

Se nos ha dicho que la primera *tierra firme* sobre nuestro globo estaba en la región del Polo, y que esta tierra no ha compartido la suerte de los otros continentes. Y en esta región es, ciertamente, donde podrán encontrarse las formaciones de las primeras rocas.

En la segunda raza la forma primitiva era aún etérea y gigantesca, si bien fué afirmándose y condensándose; los métodos de reproducción eran los mismos que los de las demás formas vivientes, por yemación y germación seguidas de expansión. Es digno de notarse que este proceso de germación, tan universal en las formas gelatinosas primitivas de los séres vivos, se conserve aún en los primeros períodos embrionarios de formas más desarrolladas y más complejas; el óvulo mismo donde el feto humano se desarrolla, tiene un período en que aparece en forma de mora. Nos es muy difícil darnos cuenta exacta de cómo una forma glutinosa, de substancia homogénea, sin hueso, con un cuerpo albuminoso sin estructura, ha podido ser el progenitor de la forma física venidera, en la cual se iniciaría débilmente una conciencia.

Esta segunda raza raíz humana etérea era menos inteligente que espiritual. Y hay que tener en cuenta que lo que nosotros denominamos alma, tiene una evolución más lenta y más difícil que la armazón física.

A medida que la segunda raza evolucionaba, en armonía con su medio, la primera fué desapareciendo. Como la forma física se condensaba y endurecía, no era posible que el proceso de germación continuase, de suerte que la reproducción consistía en la extensión de una célula gelatinosa que por el proceso conocido de la división celular, sin separación, llega á ser una bola oviforme, desarrollándose fuera del cuerpo hasta conseguir la madurez. Esta célula tiene la apariencia de simiente y adquiere gradualmente las propiedades características del óvulo animal, semejante al de los animales ovíparos.

El segundo Continente designado como el Continente hiperbóreo, se extendía, según se dice, al sur y al oeste del polo norte. Comprendía la parte septentrional del Asia y de la Europa, abrazando la Groelandia, las islas Spitzberg, la Suecia, la Noruega y las islas vecinas.

Comenzando por la línea superior de la porción más al norte de Spitzberg, debía comprender del lado de América la bahía

de Baffin y las islas y promontorios vecinos, llegando apenas hacia el sur á los 70° de latitud. Formábase, pues, allí un continente semejante á una herradura, una de cuyas ramas abarcaba la Groelandia, con una prolongación que cruzaba el 50° de latitud, un poco al sud-oeste, y otra la Kamtchatcka; las dos ramas reuníanse en lo que hoy forma el borde septentrional del este y del oeste de la Siberia. Esta superficie de tierra, de un clima casi tropical, se destruyó y desapareció, al parecer, á medida que el tercer continente, ó sea la «Lemuria», se alzaba sobre las olas.

Ahora bien; ¿dónde estaba este tercer continente lemúrico, sobre el cual debía verificarse más tarde el maravilloso desenvolvimiento del género *homo?* Según la descripción expuesta en la *Doctrina Secreta*, se extendía, no solamente á través del Océano Indico hasta la Australia, sino que también hacia el norte, comprendiendo la porción que quedaba del segundo continente ó continente Hisperbóreo, es decir, la Suecia, la Noruega, la Siberia occidental y oriental y la Kamtchatcka.

Desde las faldas del Himalaya—que le separaban del que era entonces un mar interior cubriendo la Mongolia y el Tíbet, así como el gran desierto de Gobi (Shamo)—formaba una superficie que abarcaba de Chittagong á Hardwar, hacia el oeste, y hasta Assam, hacia el este. Las tierras se extendían por el sur de la India, Ceylán y Sumatra, teniendo á Madagascar á la derecha y á la izquierda Australia y la Tasmania; después, bajando algunos grados del círculo antártico, confirmábase, desde la Australia, que era entonces una región interior, alejada del Pacífico hasta más allá de Rupa (Teapy ó islas de Pascuas); del lado del Atlántico se extendía en forma de herradura más allá de Madagascar, en torno del Africa meridional y por el Atlántico hasta Noruega.

Se nos ha dicho que la formación Wealden, que es un gran lago, es el lecho de un río muy importante que regó el norte de la Lemuria en la época mesozóica; y que este enorme Continente se sumergió bajo las olas dejando sobresalir en algunos lugares cimas que son las actuales islas.

Se asegura por algunos, que la tradición del «diluvio» tiene su origen más remoto en la sumersión de la civilización de los Lemures.

Ahora, con motivo del desenvolvimiento del hombre, se nos

ha dicho que, á medida que la tercera raza raíz evolucionada, la humanidad se convertía gradualmente en bisexual ó hermafrodita, desarrollando su organismo, haciendo más consistentes sus tejidos y teniendo por vez primera huesos (pasando, pues, por los períodos que pudieran denominarse reptiliano y aviario). El desenvolvimiento de un esqueleto interior y el paso á la reprodución ovípara, que distingue las dos primeras divisiones de la tercera raza, fueron seguidos de la completa separación de los sexos, que tiene lugar en la tercera división. Se produjeron en un principio séres en los cuales un sexo predomina sobre el otro, y finalmente hombres y mujeres. Con la separación sexual llega el punto crítico de la evolución. La humanidad se transforma en fuerzas de polarización opuesta, positivas y negativas, machos y hembras.

También sabemos que las razas tardaron millones de años en recorrer la larga senda tan rápidamente recorrida hoy por el hombre en los primeros meses de la vida extra-uterina, es decir, célula por germación, célula por multiplicación, forma fetal no sexual, desarrollo de huesos, período de hermafroditismo y separación de sexos.

En las primeras subrazas de la tercera raza raíz, el lenguaje fué un ligero perfeccionamiento de los múltiples murmullos de la naturaleza, del ruído de los insectos gigantescos y de los animales de los bosques; pero en el último tercio ya se desarrolla un lenguaje monosilábico articulado entre las primeras razas humanas de color amarillo.

El punto verdadero donde divergen la antropología esotérica y la hipótesis de Lamark ó la de Darwin, sobre el origen del hombre, está en que la primera afirma que el hombre es el progenitor común de sus formas aliadas de apariencia simiesca, teniendo en cuenta el principal producto evolucionado de él; en tanto que las citadas hipótesis proponen una forma simiesca como progenitora del género *homo*. En la doctrina esotérica este progenitor común se representa en la forma de un mono gigante, más bien inteligente ó astuto que espiritual. Éste, á medida que su cuerpo gigantesco disminuye de volumen, mejora su contextura, llegando á convertirse en un sér dotado de razón.

La antropología esotérica atribuye el desenvolvimiento del mono mamífero á un sistema de cruzamientos artificiales análo-

gos á la hibridación. Una larga serie de transformaciones debidas á cruzamientos antinaturales engendró los más bajos tipos humanos, cuya bestialidad desarrollaron más tarde los antropoides. Fué, pues, una detención repentina en la evolución de ciertas subrazas y su división forzada y violenta en tipos de pura animalidad.

Es digno de hacerse notar que el mono tiende, en cada generación y en cada variedad, á aproximarse más y más al tipo del macho antepasado de su especie—el negro Lemuroide.—Por otra parte, la unión de los individuos inferiores de la tercera raza raíz con los brutos que los rodeaban, hubo de engendrar monstruos, y éstos, fortalecidos por cruzamientos ulteriores con tribus semihumanas, pudieron dar origen á ciertos antepasados de los tipos más bajos, entre los Negritos oceánicos, los habitantes de las islas Andaman, los Ainos, los salvajes de Borneo, los Weddas de Ceylán, los Bochimanes y quizá algunos australianos.

James STIRLING.

(De la *Revue Theosophique*, trad. de **M. C.**).

(Se continuará).



¿SUPERSTICIÓN Ó CIENCIA?

En toda operación de transcendencia vegetativa, superficial ó de fondo, que consienta elección de tiempo, elegir el día tercero *circum circa* de luna nueva, ó mejor dicho, de semelunio creciente.

Toda aberración sexual humana es acto de atavismo, que radica en la condición hermafrodita de la cual las especies inisexales procedemos, y bajo cuyo influjo aún manifiestamente vivimos.

El insistente presentimiento de muerte en el ánimo de una embarazada, es algo á modo de sugestión orgánica elevada á la propia conciencia.

(José de Letamendi. *Clínica general*. Aforística. Núms. 557, 560 y 779.)



LOS TESTIMONIOS EXTERNOS MAS ANTIGUOS REFERENTES Á LAS HISTORIAS DE JESÚS EN EL TALMUD

(CONTINUACIÓN)

PUEDE haber, sin embargo, algún fondo de verdad en las repetidas aserciones de Justino (en los capítulos XVI, XCVI y CXXXIII) de que era costumbre de los judíos atormentar públicamente en sus sinagogas á los que creían en «el Cristo» y á esto añade, en el capítulo CXII, que los rabbíes en general, no sólo prohibían á los judíos tener el menor trato con los cristianos, sino que además los rabbíes fariseos y los doctores de sus sinagogas les enseñaban positivamente á ultrajar y mofarse de Jesús después de las oraciones (c. CXXXVII).

En realidad, Justino sostuvo que toda la mala opinión que el público en general abrigaba contra los cristianos tuvo origen en los judíos (c. XVII), á quienes acusa de establecer deliberadamente (c. CVIII) que Jesús mismo había enseñado todos los crímenes impíos, indecibles, detestables que se colgaban á los cristianos, acusación que en ningún caso puede ser probada por los pasajes del Talmud, y que presuntivamente es lícito achacar á la retórica de Justino. Pero, deba ó no creerse á este apologista en todos sus detalles, y por grande que sea la imposibilidad de probar sus afirmaciones, todavía resulta harto evidentemente de ellas que en su tiempo la hostilidad más acerba existía entre judíos y cristianos, ó en cierto modo, entre el Judaísmo oficial y la clase de Cristiandad á que Justino pertenecía. Dado que éste atribuye á los rabbíes todas las historias escandalosas sobre los Cristianos (1) y todas las denigraciones de las creencias que le eran más gratas, y que constituían la gloria del cristia-

(1) En relación con esto, es tristemente interesante notar que Orígenes *(Contra Celsum*, VI, 27) dice que cuando «el Cristianismo» comenzó á ser enseñado, los judíos extendieron la voz de que los cristianos en sus ritos secretos sacrificaban niños

nismo popular de su tiempo parece indudable que lo que los judíos dijeron fué precisamente opuesto á lo que creía Justino; y como puede notarse en su réplica sobre el robo del cuerpo, los mayores milagros y dogmas del cristianismo entonces corriente se clasificaron por los rabbíes entre las más sencillas réplicas de la razón vulgar.

Por consiguiente, el testimonio de Justino, tomado en conjunto, nos deja una muy fuerte impresión, más diré, nos produce una convicción absoluta de que en su tiempo (reduciendo nuestros datos á su *minimum*) estuvieron en circulación historias semejantes á las del Talmud y aun más hostiles; pues el mismo Justino sostiene que estuvieron en circulación desde el comienzo del cristianismo. Sin embargo, no podemos conocer más que generalidades: nos falta descubrir algo de naturaleza definida que nos sea lícito identificar con algún detalle evidente de las historias del Talmud.

Debemos avanzar casi un cuarto de siglo y volver á los fragmentos de Celso que nos quedan en la polémica de Orígenes. Éste escribió su refutación del ataque de Celso á los cristianos hacia la mitad del siglo III. En el párrafo cuarto de su prefacio nos dice que Celso había muerto hacía mucho tiempo, y más adelante (1) añade, con toda precisión, que su antagonista vivió hacia el tiempo de Adriano (emperador desde 117 á 138 después de Cristo). No obstante, los más instruídos de entre los Padres de la Iglesia parecen haber errado en este asunto, y aunque todavía se discute la fecha exacta, la crítica moderna, basándose en los datos que suministran los pasajes de la *Verdadera Palabra* de Celso, citados por Orígenes, ha establecido que Celso sobrevivió hasta el año 175. En todo caso, Orígenes escribió unos setenta y cinco años después de haberse Celso apartado de la controversia; y si bien podemos hacer datar del año 175 la obra en que se contenían las afirmaciones de Celso, también

y comían su carne, y que sus asambleas fueron escenas de inmoralidad que, aun en sus días (250 a. de C.), todavía se creían estas imputaciones fraguadas contra ellos y que les fueron á veces tenidas en cuenta. Notable es la curiosa vitalidad de esta calumnia, porque no sólo los Cristianos generales de aquellos días la imputaban á los «heréticos» de nombre cristiano, á cuyas asambleas no tenían acceso, del crimen de homicidio ceremonial, sino que en nuestros propios días, en la antisemítica Europa oriental es todavía la acusación favorita del vulgo contra los judíos... ¡Extraño retroceso del cambiante destino!

(1) *Contra Celsum*, I, 8.

debemos admitir la posibilidad, y casi la probabilidad, de que el recuerdo de este inflexible enemigo del cristianismo se había perdido un cuarto de siglo ó medio siglo antes.

Celso, en su tratado retórico, presenta muchos de sus argumentos en forma de disputa entre un judío y Jesús (1). Este judío declara que las extraordinarias cosas que Jesús parecía haber hecho fueron efectuadas por medios mágicos (2), y Orígenes, más adelante (3), dice que esta fué la acusación general contra los milagros hecha por todos los judíos no cristianos. Y este es también uno de los principales elementos de las historias del Talmud.

Por cierta cita de Celso (4) sabemos, además, que los judíos aseguraban que «habían transcurrido muy pocos años» desde que el dogma de que Jesús era «hijo de Dios» había sido promulgado por los cristianos, con lo que sin duda se refiere al dogma de la «concepción de la virgen», porque el pasaje difícilmente da á entender que Jesús comenzó sus enseñanzas sólo con unos años de anterioridad á la publicación del tratado de Celso.

Desarrollando su argumento, el judío llega á decir (5) que el dogma de la «concepción de la virgen» debe mirarse como una invención, siendo la realidad del hecho que «Jesús había nacido en un pueblo de Judea, y era hijo de una pobre judía que ganaba su vida con el trabajo de sus manos; que su madre había sido expulsada de la ciudad por su marido, de oficio carpintero, por haber sido convicta de adulterio; que estando así repudiada y errando, ya en el oprobio, dió á luz á Jesús, hijo bastardo; que Jesús, por razón de su pobreza (tenía que trabajar para ganar su vida) se vió obligado á huir á Egipto (6); que allí adquirió ciertos poderes (mágicos) que los Egipcios se jactaban de

(1) *Ibidem*, prefacio, 6; I, 28.
(2) *Ibidem*, I, 6.
(3) *Ibidem*, III, 7.
(4) *Ibidem*, I, 26.
(5) *Ibidem*, I, 28.
(6) ¿Sería lícito basar esto sobre cierta versión vulgar de un conocidísimo mito gnóstico de aquellos días? Jesús fué á Egipto, es decir, el Cristo ó alma divina desciende como un esclavo al Egipto del cuerpo. Era un elemento común en las primeras tradiciones místicas que el Cristo había tomado la forma de siervo para venir al mundo, y en otras muchas tradiciones, Egipto es el símbolo del cuerpo, que está separado por el «Mar Rojo» y el «Desierto» de la «Tierra prometida».

poseer; que volvió á su país altamente ensoberbecido de poseer á su vez estos poderes, y que con el prestigio y la fuerza moral que le daban se anunció como un dios» (1).

En este pasaje de Celso hallamos precisamente el principal bosquejo de las historias de Jesús en el Talmud, y por consiguiente, una exacta prueba externa de que en sus días (sea de 150 á 175 ó de 125 á 175) historias enteramente semejantes á las del Talmud fueron las objeciones de que se servían los judíos contra la tradición cristiana dogmática.

Y si se quiere una prueba todavía más precisa, no tenemos más que adelantar unas cuantas páginas de la voluminosa obra de Orígenes, hasta el pasaje (2) en que el Padre de la Iglesia se refiere de nuevo á la cita hecha más arriba del judío de Celso, y añade el importante detalle, tomado de Celso, de que el amante de la madre de Jesús era un soldado llamado *Panthera*, nombre que también repite de pasada más adelante (3) en una sentencia que en ambos lugares ha sido borrada de los viejos Manuscritos del Vaticano, y omitida en tres códices, en este pasaje y en otros (4). Ahora bien: este es precisamente el nombre dado en algunas de las historias del Talmud; en ellas Jesús es llamado *Jeschu ben Pandera* (ó *Pandira*) ó *Ben Pandera* simplemente.

G. R. S. MEAD

(Trad. de E. G.-B.).

(Concluirá.)

(1) Los dos últimos párrafos están citados por Orígenes.

(2) *Ibidem*, I, 32.

(3) *Ibidem*, I, 69.

(4) Ved las notas sobre ambos pasajes de Lommatsch, en su *Origenis contra Celsum* (Berlín, 1844).



EL INDIVIDUO

El hombre aislado, el «individuo» tal como el vulgo y los filósofos lo han comprendido hasta hoy, es un error: no es nada en sí, no es sino un átomo, un «eslabón de la cadena», una herencia del pasado: es el único parentesco que existe del hombre hasta el hombre mismo...

(Nietzsche. *El crepúsculo de los ídolos.* Divagaciones inactuales. § 33.)



UNA TEORÍA ACERCA DEL REDESCUBIERTO

«CANON DE PROPORCION»

En el número octavo de Sophia del pasado año, hubimos de insertar unos breves é interesantes apuntes de Mr. G. R. S. Mead sobre la norma ó *Canon de proporción* del arte clásico, norma ó canon que, según H. P. Blavatsky, no había llegado hasta nosotros, siendo, por consiguiente, uno de tantos puntos obscuros que demostraban lo dudoso de nuestro conocimiento acerca de la antigua sabiduría. En dichos apuntes, Mr. Mead confesaba haber buscado inútilmente las reglas de esta proporción en los tratados latinos del gran Vitrubio, citados por H. P. Blavatsky, y terminaba asegurando que si bien nada había encontrado en el sabio arquitecto latino, otros habían encontrado la norma perdida en las formas de la naturaleza misma. A este fin citaba los estudios de Hambridge sobre las *Bases naturales de la Forma en el arte griego*. Hoy, empero, D. Arturo Soria, el original y profundo pensador y «matemático» español nos envía sobre este asunto algunas observaciones particulares, que nos complacemos en publicar. Dice así el Sr. Soria:

«El Canon de proporción, según el cual un cierto principio de proporción subsiste á través de todas las formas inorgánicas y orgánicas, es una verdad cuyo primer fundamento científico es la LEY DE LAS DIAGONALES descubierta por mí al propio tiempo que la evolución de las formas poliédricas que se manifiesta en la LEY DE LA DUPLICACIÓN DE LAS ARISTAS, fundamento geométrico de la ley de duplicación de los pesos atómicos de los cuerpos simples.

Copulando dos tetraedros regulares para engendrar el cubo, obtenemos la primera regla del *Canon de proporción*.

Arista del tetraedro es á la arista del cubo, como diagonal del cuadrado es al lado del mismo cuadrado.

El canon de proporción entre el tetraedro (forma padre) y el cubo (forma hijo), determinado por las magnitudes de sus aristas y por la transformación de arista en diagonal al pasar de una forma á la siguiente en la serie de la evolución, es evidente é indiscutible.

Copulando cinco cubos se engendra el dodecaedro, las aristas del cubo pasan á ser diagonales de las caras pentagonales del dodecaedro y se hace visible la segunda regla del canon de proporción.

Arista del cubo (forma padre) es á la arista del dodecaedro (forma hijo) como la diagonal del pentágono es á su lado.

El canon de proporción ó parentesco geométrico y aritmético entre el tetraedro, el cubo y el dodecaedro es evidente, indiscutible, en el recto sentido del *magister dixit*, esto es, en el de quien quiera que sea el que formula una verdad matemática es un maestro en tal momento, aunque antes y después no lo sea.

Veamos cómo continúa el canon de proporción en la génesis de las formas.

Dadas las magnitudes del lado y de la diagonal del cuadrado, construyamos un dodecaedro cuya arista tenga la dimensión del lado del cuadrado y un icosaedro cuya arista sea igual á la diagonal de dicho cuadrado. Copulemos el dodecaedro y el icosaedro de modo que sus aristas se corten perpendicularmente en sus puntos medios, y resultará el tricontaedro por mí descubierto de 30 caras romboidales en las que las diagonales menores son las aristas del dodecaedro (forma padre) y las diagonales mayores son las aristas del icosaedro (forma madre).

Tendremos así la tercera regla del canon de proporción: semi aristas del dodecaedro y del icosaedro como catetos de un triángulo rectángulo (primeras formas padre y madre de sexualidad diferenciada) son á la arista del tricontaedro (forma hijo) hipotenusa de dicho triángulo rectángulo como las diagonales son á las 4 hipotenusas que de su cruce resultan.

Así sucesivamente, es relativamente fácil ir descubriendo las sucesivas reglas del canon de proporción y la ley que á todas las enlaza, ó sea la serie matemática de la evolución en virtud de la cual podríamos conocer *à priori* todas las formas de la naturaleza, ó lo que es lo mismo, penetrar en los misterios de la ideación divina, creadora del mundo.

Señaladas las primeras reglas del Canon de proporción, no

está demás indicar que al descubrir yo que en las transformaciones poliédricas que las aristas se convierten en caras, éstas en vértices y á su vez las vértices se convierten en caras y en aristas y que éstas se suman al combinar con regularidad dos ó más poliedros, he advertido la coincidencia no casual entre la duplicación de las aristas y la duplicación de los pesos atómicos, la coincidencia entre los números de la ley de las proporciones definidas en química y el número de las caras de los poliedros regulares en geometría.

En mis obras pueden verse varios casos en que resulta evidente este Canon de proporción en toda la arquitectura poliédrica, en líneas rectas poliédricas, espirales, coronas, en las diferentes clases de regularidad de las formas de las hojas vegetales que resultan de unir entre sí los ápices ó extremos de hojas elementales ó más pequeñas.

De hechos geométricos parecidos á los que yo señalo, infiero yo que surgieron los procedimientos gráficos que sirvieran para trazar las líneas de Parthenon.

En suma: el Canon de proporción de todas las formas de la naturaleza y de todas cuantas invente el hombre está en los números y en las magnitudes de los poliedros regulares, porque los átomos no pueden agruparse sino en formas todas perfectas y no en otras que son imposibles.

Por consiguiente, las verdades que yo he redescubierto referentes á la génesis y á la evolución de los poliedros regulares son la base matemática fundamental de la química, y por lo tanto, de otras muchas ciencias.

¡Mentira parece que estas verdades sólo hayan encontrado amable acogida entre los teosofistas!

No me sorprende, habiendo entre ellos hombres de tanto mérito, de tan extraordinarias energías morales como mi amigo Míster Mead.»

Arturo SORIA

1.º de Octubre de 1903.



«DE LA NATURALEZA DEL UNIVERSO» (1)

POR EL PITAGÓRICO OCELO LUCANO

(Traducción directa del latín, hecha especialmente para SOPHÍA.)

(CONTINUACIÓN)

ASIMISMO de la tierra surge y procede la mutación que por intersección obra, superando todo, extinguiendo las propiedades contrarias y no dejando sino aquellas comunes á los elementos, las cuales permanecen (2).

Siendo el fuego cálido y seco y el agua húmeda y fría, si la humedad y frialdad de ésta domina y constriñe á la sequedad y calor del fuego, el fuego se convierte en agua.

Así también, siendo fría y seca la tierra y el aire cálido y húmedo, si la frialdad y sequedad de la tierra superan y triunfan sobre lo cálido y húmedo del aire, éste se convierte y cambia en aquélla.

Pero cuando la humedad del aire destruye el calor del fuego, el fuego puede subsistir en otra parte, pues quedan el calor del aire y la sequedad del fuego, y lo cálido y seco del fuego quedan de manifiesto.

Del mismo modo, de la lucha entre la frialdad de la tierra y la humedad del agua, se engendra tierra y la tierra y el agua conservan las mismas facultades acordadas á la primera.

Ahora bien; de el aire y el fuego, que tienen de común el ser cálidos, ningún elemento recibe origen, porque la humedad del aire y la sequedad del fuego se separan como propiedades contrarias y opuestas que son entre sí.

Finalmente, la tierra y el agua, igualmente frías, se destruyen, no siguiéndose, por lo tanto, generación alguna, pues la

---

(1) Véase el número anterior de SOPHIA.

(2) En la versión de Nogarola este párrafo está unido al anterior.—(R. U.).

sequedad de la tierra y la humedad del agua permanecen incólumes, y siendo propiedades opuestas son también inconciliables.

Basta ya con lo brevemente expuesto sobre el origen de los primeros cuerpos.

Ciertamente que el mundo (Κόσμος) es ingénito y no será de ningún modo destruído; que ni ha tenido un comienzo ni ha de aceptar un fin, no teniendo esas dos facultades de obrar en lo externo, ni de ser operado por lo de fuera, que constituyen alternativamente de toda necesidad á las cosas engendradas. Pues lo engendrado fuera, júzgase como partes del universo, como puestas sobre la luna (1). Así el mismo sol tiene su llegada y su abceso; el aire cambia y varía de continuo, y de un modo análogo el frío se restituye en calor (2). Mutaciones semejantes se siguen en la tierra y en las cosas que á tierra pertenecen (3).

También el supremo orbe, que es oblícuo, contribuye al máximo movimiento del sol como si fuese la causa de su generación y no un ornato y embellecimiento del universo, como algo que ha sido engendrado ó tenido de por fuerza. Pero también en otro orden—sobre la luna (4)—en ella misma y bajo ella está colocado y ambos constan de partes: una claramente divina, fluente siempre, y otra generada, sujeta por siempre á cambios. Y así ciertamente en este mundo (Κόσμος).

(Concluirá).

(1) En los espacios sidéreos que diríamos hoy.—(R. U.).

(2) Aquí los dos extremos de cada comparación se forman como el nacimiento y la muerte aparente del sol, el aire, etc.—(R. U.).

(3) La palabra *tierra* (Γῆς) sería mejor traducirla *nuestro planeta*, que es lo que quiere decir el autor.—(R. U.).

(4) En los ámbitos celestes los espacios sidéreos.—(R. U.).



LO ASTRAL

Los ángeles que vienen á enjugar nuestras lágrimas, toman exactamente la forma, la fisonomía de lo que hemos dicho, de lo que hemos pensado, de lo que hemos hecho, antes de la hora del dolor...

(MAURICIO MÆTERLINCK. *La sagesse et la destinée*, pág. 44.)



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN[1]

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

El Guerrero de Dios

Nuestra instructiva peregrinación encaminóse hacia el noroeste, como previamente se había decidido. Estábamos muy impacientes por ver esos *status in statu* de la Anglo-India, pero... nunca falta un *pero*.

Habíamos dejado la línea de Jubbulpore á varias millas distante de Nassik, y para encontrarla hubimos de retroceder hasta Akbarpur é ir después por los inseguros caminos Local-Board á la estación de Vanevad, donde tomamos el tren de la línea Ilolkar que une con el *Great Indian Peninsular Railway*.

Al mismo tiempo, teníamos muy cerca las cuevas de Bagh, distantes nada más que cincuenta millas al este de Mandu. No sabíamos qué hacer, si renunciar á ellas ó volver al Nerbudda. En la comarca situada más allá de Kandesh, nuestro Babu tenía algunos amigos, como en toda la India, por supuesto; el omnipresente Bengali Babu, que gozaba siempre en sernos útil, había, como los judíos en Rusia, recorrido en todas direcciones el Indostán. Además, un nuevo miembro se unió á nuestra partida.

El día anterior recibimos una carta de Swâmi Dayânad, traída por un viajero Sannyâsi, informándonos de que el cólera aumentaba diariamente en Ilardwar, y que aplazáramos el conocerle personalmente hasta fin de Mayo, bien fuese en Dehra-Dun al pie del Himalaya, bien en Saharanpur, lugar que atrae á muchos turistas por su encantadora situación.

El Sannyâsi nos trajo también de parte de Swâmi un rami-

(1) Véase el número 5.° del año XI de Sophia.

llete de flores verdaderamente extraordinarias y totalmente desconocidas en Europa. Estas flores sólo crecen en ciertos valles del Himalaya, y poseen la facultad maravillosa de variar de color durante el día y de no parecer muertas aun cuando estén marchitas. El nombre latino de esta encantadora planta es *Hibiscus mutabilis*. Por la noche no son más que un apretado nudo de hojas verdes, pero, desde el amanecer hasta las diez, las flores se abren, pareciendo grandes rosas blancas; desde esta hora hasta las doce empiezan á enrojecer, y luego, durante la tarde, llega hasta el púrpura subido, como la peonía. Estas flores están consagradas á los Asuras, especie de ángeles caídos de la mitología inda, y al dios-sol Surya. Esta última deidad se enamoró de una Asurâ al principio de la creación, y desde entonces está constantemente dirigiendo ardientes frases de amor á la flor en que se oculta. Pero la Asurâ es una virgen consagrada por completo al servicio de la diosa Castidad, patrona de todas las hermandades ascéticas, y el amor de Surya es inútil, Asurâ no quiere escucharle. Bajo las encendidas saetas, empero, del enamorado dios, ella se sonroja y pierde aparentemente su pureza. Los naturales llaman á esta planta, *lajjâlu*, la casta.

Estábamos pasando la noche bajo una umbrosa higuera junto á un arroyo. El Sannyâsi, que había hecho un largo rodeo para cumplir el encargo de Dayânand, hizo amistad con nosotros y velamos gran parte del tiempo escuchando el relato de sus viajes, las maravillas de su país natal, tan grande en otro tiempo, y los hechos heroicos del viejo Runjit-Sing, el león del Punjab.

Entre estos monjes viajeros se encuentran algunas veces extraños y misteriosos séres. Algunos son muy instruídos, leen y hablan el sanscrito, conocen bien la política y ciencia modernas, y sin embargo, permanecen fieles á sus antiguas concepciones filosóficas. Por regla general no usan ninguna clase de vestidos, excepto un pedazo de muselina alrededor de los riñones, que la policía de las ciudades habitadas por europeos les obliga á llevar. Andan errantes toda su vida desde la edad de quince años, y mueren generalmente de edad muy avanzada. Viven sin jamás preocuparse del mañana, como los pájaros del cielo y los lirios de los campos. No tocan nunca moneda alguna, contentándose con un puñado de arroz. Consisten todos sus bienes mundanos en una pequeña calabaza para llevar agua, un rosa-

rio, un vaso de latón y un bastón de camino. Los Sannyâsis y los Swâmis son comúnmente Sikhs del Punjab y monoteístas. Desprecian á los idólatras y no tienen nada que ver con ellos, aunque los últimos se llamen con mucha frecuencia por nombres de dioses.

Nuestro nuevo amigo era natural de Amritsar, en el Punjab, y había sido educado en el «Templo de Oro», á orillas del Amrita-Saras, el «Lago de la Inmortalidad». El gran Guru ó instructor de los Sikhs, reside aquí; nunca sale fuera del recinto del templo, siendo su ocupación principal, el estudio del libro llamado *Adigrantha*, el cual forma parte de la literatura sagrada de esta extraña y belicosa secta. Los Sikhs le respetan tanto como los Tibetanos á su Dalai-Lama. Así como los Lamas en general creen que el Dalai-Lama es la encarnación de Buddha, los Sikhs piensan que el Mahâ-Guru de Amritsar es la encarnación de Nânak, el fundador de su secta. A pesar de esto, ningún verdadero Sikhs dirá jamás que Nânak sea una deidad, viendo en él solamente un profeta inspirado por el espíritu del Dios único.

Nuestro Sannyâsi no era uno de esos desnudos monjes arrantes, sino un verdadero Akali; uno de los seiscientos sacerdotes-guerreros agregados al Templo de Oro con el fin de servir á Dios y defender el templo de los destructores musulmanes. Se llamaba Ram-Runjit-Das, y su aspecto personal estaba de perfecto acuerdo con su título de «Guerrero de Dios». Su exterior era muy original y típico, teniendo tanto de musculoso centurión de las antiguas legiones romanas, como de pacífico servidor del altar.

Ram-Runjit-Das apareció ante nosotros montado en un magnífico caballo y acompañado de otro Sikh, evidentemente novicio, el cual marchaba respetuosamente á alguna distancia detrás de él. Nuestros compañeros hindos notaron que era un Akali cuando aún estaba á mucha distancia. Vestía una magnífica túnica azul sin mangas, exactamente igual á las que vemos en las estátuas de los guerreros romanos; sus fuertes brazos estaban protegidos por amplios brazaletes de acero, y de su espalda pendía un escudo. Llevaba turbante cónico azul, y rodeando la cintura muchos anillos de acero. Los enemigos de los Sikhs aseguran que los cinturones sagrados de estos sectarios, en manos de un experimentado «Guerrero de Dios», son más temibles que ninguna otra arma.

Los Sikhs forman la secta más valiente y belicosa de todo el Punjab. La palabra *sikh* significa discípulo. Fundada en el siglo XV por el opulento y noble brahman Nânak, hizo tantos prosélitos la nueva doctrina entre los soldados del Norte, que á la muerte de su fundador, ocurrida en 1539, contaba cien mil de ellos. En la actualidad, armonizando estrechamente esta secta, el ardiente misticismo natural de los habitantes, con sus tendencias belicosas, hace que sea la creencia dominante en todo el Punjab. Está basada en los principios del poder teocrático, mas sus dogmas son casi totalmente desconocidos á los europeos y sus enseñanzas, concepciones religiosas y ritos los mantienen secretos. Se conocen generalmente acerca de ellos los siguientes detalles: son apasionados monoteístas y no admiten las castas; como los europeos, no tienen resticciones en su alimentación, y entierran sus muertos, lo cual, excepto entre los mulsumanes, es una rareza en la India. El segundo volumen del *Adigrantha* les enseña á «adorar solamente al verdadero Dios; abandonar las supersticiones; *asistir á los muertos, porque ellos pueden guiarnos á una vida recta*, y ganar su vida espada en mano». Govinda, uno de los grandes Gurus de los Sikhs, les ordenó que nunca se afeitaran la barba ni el bigote, ni se cortaran el pelo, con objeto de que no pudiesen confundirlos con los mulsumanes ó con otros naturales de la India.

Muchas y terribles batallas riñeron y ganaron los Sikhs contra los mulsumanes y contra los hindos. Su jefe, el célebre Runjit-Sing, después de haberse hecho reconocer autócrata del Alto Punjab, concertó á principios de este siglo un tratado con Lord Aucklan, por el cual su comarca fué declarada estado independiente. Pero á la muerte del «viejo león», la posesión de su trono dió origen á los más espantosos desórdenes y guerras civiles. Su hijo Maharaja Dhulip-Sing, manifestóse completamente incapaz para ocupar el alto puesto que había heredado de su padre, convirtiéndose los Sikhs, bajo su reinado, en una plebe indisciplinada y turbulenta. Su tentativa de conquistar todo el Indostán resultó desastrosa. Perseguido por sus propios soldados, Dhulip-Sing pidió protección á los ingleses y le enviaron á Escocia. Algún tiempo después los Sikhs tomaban puesto entre los demás súbditos hindos de la Gran Bretaña.

(Trad. de **J. M. y B.**)

(Continuará.)



Revistas recibidas.

TEOSÓFICAS

The Theosophist. (INDIA. *Adyar, Madras. Teosophical Society's Head-Quarters*).
The Theosophical Review. (LONDRES. *The Theosophical publishing society.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. (LONDRES. *T. P. T.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. (CALIFORNIA. San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. (CALIFORNIA. San Francisco. Room A., Fellows' Building. U. S. A.)
The New Zealand Theosophical Magazine. (N. ZELANDA. Strand Arcade. Queen Street. Auckland).

Theosophia. (AMSTERDAM. Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. (INDIA HOLANDESA. Semerang-Drukkeri en Boekhandel).

Revue theósophique française. (PARÍS. Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theósophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)

Theosophischer Wegweiser. (LEIPZIG. Inselstr. 25.)

Teosofia. (ROMA. Via di Pietra, 70.)

Dharma. (VENEZUELA. *Caracas.* Sur 5 núm. 84.)
Sophia. (CHILE. *Santiago.* Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi *and* **The United Buddhist World.** (INDIA. 2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. (INDIA. Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. (INDIA. *Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*
The Central hindu college. (INDIA. C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. (BRASIL. Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. Bahia.)
La Lumiere. (PARÍS. rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. (ITALIA. Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)

Constancia. (BUENOS-AIRES. Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. (BUENOS-AIRES. Victoria, 3325.)
Freya. (BUENOS-AIRES. calle 27, núm. 215.)

Lumen. (BARCELONA. Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. (TARRASA. Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. (PARÍS. Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. (PORTUGAL, COIMBRA. Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo (PORTUGAL. SERPA.)

Revista masónica. (BUENOS-AIRES. Calle Cuyo, 1131.)

Helios. (MADRID. Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. (MADRID. Cristóbal Bordiú, 1.)



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

Teorías modernas sobre la constitución de la materia.

LA REALIZACIÓN DE UN SUEÑO

Notable Conferencia de WILLIAM CROOKES en el Congreso de Química Aplicada de Berlín (1).

HARÁ próximamente un siglo, los hombres consagrados á la Ciencia sueñan con átomos, con moléculas, con partículas ultrafísicas y conjeturan sobre el origen de la materia; en los momentos presentes han llegado á admitir la posibilidad de resolver los elementos químicos en formas de la materia más sencillas todavía, y hasta han llegado á ver en ellos no otra cosa que vibraciones del éter ó de la energía eléctrica.

Este ensueño, en su esencia, es un ensueño británico; y la audacia con que nos hemos lanzado á especulaciones é hipótesis,

(1) Traducimos la presente conferencia, publicada en toda la prensa científica de Europa y leída por el famoso físico Crookes, en Berlín, en 5 de Junio de 1903, congratulándonos de que en ella, un hombre del prestigio y del mérito del investigador de la *materia radiante*, se manifieste en un todo conforme con las hipótesis emitidas en *La Doctrina Secreta*, lo que para el lector teosofista no debe parecer extraño, recordando que esta gloria europea que conocemos con el nombre de William Crookes (F. R. S.), pertenece oficialmente á la *Sociedad Teosófica*.—(N. de la D.)

casi hace desmentir nuestra reputación de pueblo exclusivate práctico. Hemos descartado la idea de que hay misterios impenetrables. Un misterio es sólo un problema que hace falta resolver—*sólo el hombre puede dominar lo Imposible*—. Se ha dado un nuevo y espléndido empuje. Nuestros físicos han refundido las teorías sobre la constitución de la materia y sobre la complexidad, y aun sobre la ***descomposibilidad*** de los elementos químicos. Para demostrar hasta qué punto hemos sido arrastrados por este camino extraño y nuevo, qué deslumbradoras maravillas sorprenden al investigador en su ruta, es suficiente recordar: el cuarto estado de la Materia, la génesis de los elementos, la disociación de los cuerpos simples, la existencia de los cuerpos simples, la existencia de cuerpos más pequeños que los átomos, la naturaleza atómica de la electricidad, la percepción de los electrones, sin hablar de otras maravillas que aparecen en el horizonte y que se hallan muy lejos aún de la senda recorrida ordinariamente por la Química inglesa.

La idea, por primera vez emitida en el último siglo, de que pudieran ser los metales cuerpos compuestos, fué debida á Sir Humphry Davy, en una conferencia dada en 1809 en la *Royal Institution* (1). En este discurso memorable se llegó á considerar como posible la existencia de una substancia común á todos los elementos, asegurando Davy que, «si tales generalizaciones llegasen á ser comprobadas por los hechos, resultaría una filosofía nueva, á la vez sencilla y grande. Las substancias materiales, á pesar de su diversidad, pueden concebirse como producidas por dos ó tres especies de materia ponderable, combinadas en cantidades diferentes».

En 1811, agregó más (2): «nadie podrá imaginarse—dijo—las consecuencias que entrañaría un progreso químico tal como la descomposición y recomposición de los metales... Es un deber de los químicos ser audaces en la persecución de su objeto. No deben considerar las cosas como imposibles por la sola razón de que aún no han sido hechas. No deben conceptuarlas faltas de razón porque se hallen en desacuerdo con las opiniones dominantes. Han de recordar que la Ciencia es á veces contraria á lo que parece dictar la experiencia... Investigar si los me-

(1) *Obras de Sir Humphry Davy*, III. p. 325.
(2) *Loc. cit.*, vol. VIII, p. 330.

tales pueden ser compuestos y recompuestos; he aquí un tema magnífico y verdaderamente filosófico».

Hacia 1809, Davy empleó, el primero, la frase *materia radiante*, pero la aplicaba principalmente á lo que llamamos hoy radiación. La empleó, también en otro sentido, en el pasaje siguiente, por ejemplo, en que Davy preveía con claridad el moderno electrón: «Si las partículas de gas fueran puestas en movimiento en el espacio con una velocidad casi infinitamente grande; en otros términos, si se las convirtiera en *materia radiante*, podrían producir diferentes especies de rayos que se distinguirían por sus efectos particulares» (1).

* * *

En sus conferencias en la *Royal Institution*, en 1816, acerca de las «*Propiedades generales de la materia*», otro precursor, Faraday, se expresaba, poco más ó menos, en estos términos: «Si concebimos un cambio que conduzca más allá de la vaporización, tanto que traspase la fluidez, y si tenemos en cuenta el crecimiento proporcional de las modificaciones que se verificarán á medida que estos cambios se operen, llegaremos sin duda —si tanto es que podemos formar la mejor concepción del asunto—muy cerca de la materia radiante; y como en el último cambio habremos podido observar la desaparición de un gran número de cualidades, en el cambio de estado que nos ocupa desaparecerán mucho mejor.» Y en una de las primeras conferencias decía también: «Comenzamos á presentir, con la más viva impaciencia, el descubrimiento de un nuevo estado de los elementos químicos. La descomposición de los metales, su recomposición, la realización de la idea en otro tiempo absurda, de la transmutación; tales son los problemas que la Química está llamada actualmente á resolver.»

Empero Faraday se distinguió siempre por la valentía y la originalidad con que juzgó las teorías generalmente admitidas. Ya decía en 1844: «La teoría que la química física ha tenido necesariamente que adoptar á propósito de los átomos, es hoy muy vasta y muy complicada; en primer término, una gran cantidad de átomos elementales; después, átomos compuestos y

---

(1) *Lot. cit.*, vol. VIII, p. 349.

complejos, un encadenamiento tal de sistemas, que parece el de los sistemas planetarios; todo ello *puede ser verdadero.....* pero *puede también ser absolutamente falso.*»

Un año más tarde, Faraday sorprendió al mundo con un descubrimiento, al que dió el título de *Magnetización de la luz é iluminación de las líneas magnéticas de fuerza.* Durante medio siglo este título fué mal comprendido y se atribuyó al entusiasmo ó á las ideas confusas del sabio. Hoy comenzamos á ver toda la significación del ensueño de Faraday.

Hasta 1896, empero, no se logró (y lo logró Zeeman) patentizar que existía una línea en el espectro relacionada con el campo magnético. Existe, en efecto, una línea producida por el movimiento del electrón actuando sobre el éter, que sólo puede alterarse por el electrón. En el campo magnético se transforma este movimiento en otros compuestos, unos más lentos, otros más acelerados, y éstos ocasionan una línea única de mayor ó menor refrangibilidad que la línea original.

* * *

En 1879, en una conferencia que di ante la *British Association*, en Sheffield, tuve el honor de hacer revivir la idea de la *materia radiante.* Emití la hipótesis de que, en los fenómenos que pasan en un tubo donde se ha hecho el vacío, las partículas que constituyen la corriente catódica no son ni sólidas, ni líquidas, ni gaseosas; no consisten en átomos que se mueven á través del tubo y producen fenómenos luminosos, mecánicos ó eléctricos, en el punto en que chocan; «son algo mucho más pequeño que el átomo—fragmentos de materia, corpúsculos ultra atómicos, cosas infinitamente tenues, mucho más diminutas y mucho más ligeras que los átomos—y que parecen ser la base misma de los átomos» (1).

Demostré, además, que las propiedades físicas de la materia reinante son comunes á toda materia que tenga tan tenue densidad. «Que el gas sometido á esta experiencia sea en su origen hidrógeno, bióxido de carbono ó aire atmosférico, no importa; los fenómenos de fosforescencia, de desviación magnética, etc.,

(1) «British Association Reports», Scheffield Meeting 1879. *Chemical news*, volumen XI, p. 91. *Phil. Trans. Roy. Soc.* 1879. I, p. 585. *Proc. Roy. Soc.*, n.° 205, p. 469.

son idénticos.» Y he aquí los términos mismos que yo empleaba hace casi un cuarto de siglo (1): «Hemos llegado á tocar los límites en que la materia y la fuerza parecen confundirse; reino obscuro se extiende entre lo conocido y lo desconocido. He llegado á creer que los más grandes problemas científicos del porvenir encontrarán la solución en estos límites, y aun más allá; allí me parece que se encuentran las realidades últimas, subtiles, maravillosas, fecundas en consecuencias.»

Fué hacia 1881 cuando J. J. Thomson echó las bases de la teoría electrodinámica. En un artículo muy notable que apareció en *Philosophical Magazine*, explicó la fosforescencia del vidrio bajo la influencia de la corriente catódica por los cambios casi instantáneos que se producen en el campo magnético, por efecto de la detención brusca de las partículas catódicas.

La teoría, aun hoy generalmente admitida, según la que nuestros elementos químicos están formados de una sola substancia primordial, fué sostenida por mí en 1888 cuando era presidente de la *Chemical Society* (2) á propósito de una teoría de la génesis de los elementos. Yo hablé «de un número infinito de partículas últimas, ó mejor *ultimatísimas*, infinitamente pequeñas, que nacen poco á poco por agregación de *nube informe*, moviéndose con una rapidez inconcebible en todas las direcciones.»

Me extendí sobre algunas de las propiedades de estos elementos; me esforcé en demostrar que los átomos elementales mismos habían podido cambiar desde el primer momento de su generación, que los movimientos primarios que constituyen la existencia del átomo pueden sufrir una modificación lenta y continua, y que hasta los movimientos secundarios que producen los efectos todos que nosotros observamos—calóricos, químicos, eléctricos, etc.—pueden en cierta medida sufrir cambios semejantes, y demostré la probabilidad de que los átomos de los elementos químicos no tengan una existencia eterna, sino que compartan con el resto de la creación los atributos de la decrepitud y de la muerte.

La misma idea desarrollé en una conferencia que di en la *Royal Institution*, en 1887, en la que emití la hipótesis de que los pesos atómicos no eran cantidades invariables.

---

(1) *La materia no es más que un modo del movimiento* (*Proc. Roy. Soc.*, n.º 205, página 472).

(2) *Press. Address to Chemical Soc.*, Marzo 28, 1888.

Podría citar á M. Herber Spencer, Sir Benjamín Brodie, M. Graham, Sir Georges Stokes, Sir William Thomson (ahora lord Kelvin), Sir Norman Lockyer, M. Glandstone, y muchos otros sabios ingleses, para demostrar que la noción, no indispensablemente de la descomposibilidad, sino en todo caso de la complexidad de lo que se llama comúnmente elementos ó cuerpos simples, está desde largo tiempo en el aire, y no pide sino tomar mayor desenvolvimiento y precisión. Nuestros espíritus se acostumbran poco á poco á la idea de la génesis de los elementos, y un gran número de entre nosotros se esfuerza en llegar por fin á ver este problema: la resolución del átomo químico. Estamos ansiosos de ver que se abren ante la Ciencia las puertas de este país de los misterios, que se han apresurado torpemente á designar con el nombre de *lo desconocido, lo incognoscible...*

* * *

Llevaré ahora vuestra atención sobre otra fase del ensueño. Llego á las primeras presunciones de la teoría eléctrica de la materia.

Paso por alto las teorías de Faraday, á las que faltan precisión, y lo mismo las más precisas de Sir William Thomson, para mencionar un artículo de *Fortnightly Review* (Junio, 1875), en el que esta teoría se enuncia la primera vez de un modo preciso. El autor es W. K. Clifford, un hombre que comparte con los demás precursores *el noble infortunio de haber nacido antes de su tiempo.*

«Hay motivo para creer—dice Clifford—que todo átomo material lleva consigo una pequeña corriente eléctrica, *si él mismo no es enteramente esta corriente.*»

En 1886, cuando yo era presidente de la sección de Química en la *British Association*, en un discurso sobre el origen de la materia, hice un bosquejo de la formación gradual de los elementos químicos por medio de la influencia de tres formas de energía—la electricidad, las fuerzas químicas, la temperatura—sobre la *nube informe ó protilo* (1), en el que se encontraba toda

(1) Carecemos de una palabra análoga á *protoplasma* para expresar la idea de la materia originaria primitiva, tal como existía antes de la evolución de los elementos químicos. La palabra que yo empleo aquí se compone de dos voces griegas, que vienen á significar *materia primitiva de están hechas las cosas* (πρo y υλη).

la materia en su estado preatómico, potencial primero que actual. Según la teoría que yo expuse, los elementos químicos deben su estabilidad á que son el resultado de una lucha por la existencia; desenvolvimiento darwiniano por evolución química, sobreviviendo el más estable. Los de un peso atómico inferior se habrán formado los primeros, después los de peso intermedio, y finalmente, los elementos de peso atómico más elevado, tales como el torío y el uranio. Yo hablaba del *punto de disociación* de los elementos: «¿Qué vendrá después del uranio?» preguntaba. Y yo mismo respondía: «El resultado de nuestros próximos descubrimientos será... la formación de... compuestos, cuya disociación no traspasará la potencia de las fuerzas de calor terrestre de que disponemos.» Esto era un ensueño hace menos de veinte años; pero un ensueño que cada vez tiende á realizarse de la manera más completa.

Os demostraré que, en realidad, el *radium* que sigue al uranio se disocia espontáneamente.

*
* *

La idea de unidad ó átomos de electricidad—idea que hasta entonces flotaba imperceptiblemente en el aire como el helio en el Sol—puede hoy someterse á las pruebas de la experiencia: Faraday, W. Weber, Laurentz, Gauss, Zöllner, Hertz, Helmholtz, Johnstone Stoney, Sir Oliver Lodge (1) han contribuído

(1) «Los pesos equivalentes de los cuerpos son simplemente cantidades de estos cuerpos que contienen proporciones iguales de electricidad... La electricidad determina el número equivalente, porque determina la fuerza combinante. O si nosotros adoptamos la teoría, ó mejor la fraseología atómica, los átomos de los cuerpos, que son equivalentes los unos á los otros en su acción química ordinaria, tienen cantidades iguales de electricidad naturalmente asociadas con ellos.» (Faraday, *Investigaciones experimentales en electricidad*, par. 869, Enero 1834.)

«Esta cantidad definida de electricidad la llamaremos la carga molecular. Si fuese conocida, sería la unidad de electricidad la más natural.» (Clerk Maxwell, *Tratado de electricidad y magnetismo*, 1.ª edición, vol. I, 1873, p. 311.)

«La Naturaleza no nos da más que una cantidad de electricidad bien definida... A cada relación química que se rompe en el interior de un electrolito, una cierta cantidad de electricidad atraviesa este electrolito, y esta cantidad es la misma en todos los casos.» (C. Johnstone Stoney, *Sobre las unidades físicas de la Naturaleza*, British Association Meeting. Sec. A, 1874.)

«La misma cantidad definida de electricidad, sea positiva ó sea negativa, se pone siempre en movimiento con cada ión monovalente ó con cada unidad de afinidad de unión multivalente.» (Helmholtz, *Conferencia sobre Faraday*, 1881.)

«Cada átomo mónada tiene una cantidad definida de electricidad asociada á él; cada diada tiene dos veces esta cantidad; cada triada, tres veces, y así sucesivamente.» (O. Lodge, *Sobre la electrolisis*, British Assoc , Report, 1885.)

todos al desenvolvimiento de la idea—en su origen debida á Weber—que tomó forma concreta cuando Stoney demostró que la ley de la electrolisis de Faraday implicaba la existencia de una carga definida de electricidad, asociada con los iones de materia. A esta carga definida le llama electrón. Algún tiempo después de dar este nombre se encontró que los electrones podían existir separadamente.

En 1892, en el discurso de apertura que pronuncié como Presidente de la *Institución de Ingenieros electricistas* (1), demostré que la corriente de los rayos catódicos, cerca del polo negativo, se electrizaba siempre necesariamente, el resto del contenido del tubo estaba electrizado positivamente, y expliqué que «la división de la molécula en grupos de átomos electro-positivos y electro-negativos, es necesaria para tener una explicación satisfactoria de la génesis de los elementos. En un tubo en que se ha hecho el vacío, el polo negativo es la entrada de los electrones y el polo positivo la salida. Cayendo sobre un cuerpo fosforescente, el ytrio, por ejemplo—reunión de resonadores Hertz moleculares—los electrones producen próximamente 550 billones de vibraciones por segundo, formándose ondas de éter de una longitud aproximada de 5'75 diezmillonésimas de milímetro y dando á los ojos una sensación luminosa de color de limón. Si los electrones chocan contra un metal pesado ú otro cuerpo no fosforescente, producen ondas de éter de más alta frecuencia que la luz, y no más vibraciones continuas, sino, según Sir George Stokes, simples choques que se pueden comparar á ruidos discordantes mejor que á notas musicales.

Durante esta conferencia se hizo un experimento que tendía á demostrar la disociación de la plata en electrones y en átomos positivos. Ante un polo de plata se puso una hoja de mica con un agujero en el centro. Se hizo el vacío de un modo casi completo, y cuando se pusieron los polos en comunicación con la bobina, siendo la plata negativa, surgían en todos los sentidos los electrones que, al pasar por el orificio de la mica, formaban brillante faja fosforescente al lado opuesto de la ampolla. Se continuó haciendo obrar la bobina durante algunas horas para volatilizar una cierta cantidad de plata. Se vió á ésta deposi-

---

(1) *Electricidad en Transito: desde Plenum á Vacuum.* Jour. Ins. Elec. Engenners, vol. XX, p. 10. Enero 1891.

tarse sobre la pantalla de mica, únicamente en la parte más inmediata al polo; el extremo más distante de la ampolla, que durante horas había sido luminoso por efecto del choque de los electrones, se encontraba sin el menor vestigio de plata. Estamos, pues, en presencia de dos acciones simultáneas. Los electrones ó materia radiante, proyectados desde el polo negativo, hacen fosforescente el vidrio contra el cual chocan. Y al mismo tiempo, los iones de plata, que tienen un cierto peso, liberados de los electrones negativos y bajo la influencia de la fuerza eléctrica, eran semejantemente proyectados y se depositaban en estado metálico cerca del polo. En todos los casos se ha patentizado en los iones de metal así depositados una electrización positiva (1).

Concluirá).

(1) *Proc. Roy. Soc.* Vol. LXIX, p. 421.



LOS DOS SENDEROS

¡Mira ese pórtico! Tiene dos caras. Dos caminos se juntan aquí: nadie los ha seguido aún hasta el término.

Esta calle larga que baja dura una eternidad, y esa otra calle larga que sube... es otra eternidad.

Esos caminos se contradicen, van uno contra otro, y aquí, en este pórtico, se encuentran. El nombre del pórtico está escrito encima: se llama «instante».

Pero si alguien siguiese siempre cada vez más lejos uno de estos caminos, ¿crées tú que se contradirían eternamente?

Todo lo recto miente... Toda verdad es sinuosa; el tiempo mismo es un círculo.

(NIETZSCHE. *Así hablaba Zarathustra.* De la visión y del enigma).



LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(CONTINUACIÓN)

LA OBRA DE LA MÓNADA AL CONSTRUIR SUS VEHÍCULOS.

EXAMINEMOS la obra de la Mónada en la construcción de sus vehículos, cuando nos aparece como su símbolo (como ella misma en el quinto, cuarto y tercer plano) Atmâ-Buddhi-Manas, con el cuerpo causal, como el receptáculo, el tesoro, de las experiencias de cada encarnación.

A la terminación de cada uno de los períodos de vida, es decir, á la conclusión de cada existencia devakánica, debe estimular en constantes actividades los tres sucesivos núcleos de los cuerpos de que ella ha de hacer uso en su próximo período de vida. Primeramente reanima el núcleo mental y cuando éste vibra en armonía con los poderes vibratorios (los resultados de las pasadas experiencias allí acumulados) la mónada obra á la manera de un imán atrayendo y rodeándose de materia apropiada del plano mental. A la manera que una barra inerte de hierro se convierte en imán cuando obra sobre ella una corriente enviada á través de un alambre que la rodee y su campo magnético se extendiera repentinamente alrededor de ella, así sucederá con la unidad mental permanente. Cuando las corrientes de vida la rodeen se convertirá en un á modo de imán, y su campo magnético comprenderá, abarcará, lo que le rodee y formará un nuevo campo mental. Y lo atraído estará en relación con la complejidad de la unidad permanente. No solamente será atraída la más fina ó más tosca materia, sino que ésta experimentará una alteración en el desarrollo de los átomos que entren en la formación de sus agregados. Las moléculas atraídas estarán compuestas de átomos cuya energía vibratoria será idéntica ó muy aproximada á los de la unidad atrayente. De aquí que, según el

grado de evolución alcanzado por el hombre, así será el grado de desarrollo de la materia de su reciente vehículo mental. De este modo es como, de encarnación en encarnación, se construye un cuerpo mental adecuado.

El mismo proceso se repite en el plano astral para la construcción del nuevo cuerpo astral. El núcleo astral, el átomo astral permanente, es vivificado de un modo similar y obra de un modo semejante.

El hombre, pues, queda rodeado de los nuevos cuerpos astral y mental que representan su grado de evolución, y en condiciones para que los poderes y facultades que posea puedan ser exteriorizados adecuadamente en su esfera propia.

Cuando llegamos á la construcción del cuerpo sobre el plano físico, aparece un nuevo elemento. En lo que á la Mónada se refiere, la obra es la misma. Ésta vivifica el núcleo físico — el átomo físico permanente — y obra magnéticamente como siempre. Pero ahora lo hace como si algo interceptase la atracción y la disposición de la materia en el campo magnético; lo Elemental, encargado de construir el doble etéreo según el modelo dispuesto por los «Directores kármicos», interviene y toma parte en la obra. Los materiales, en verdad, pueden aparecer reunidos, el obrero puede aportar las piedras para la construcción de la casa, mas el constructor las aceptará ó las rechazará y las colocará según el plan del arquitecto.

Y he aquí la cuestión: ¿Por qué esta diferencia? ¿Por qué, al llegar al plano físico, donde debíamos esperar una repetición del anterior proceso, un elemento extraño arrebata la facultad de poder construir, de las mismas manos del poseedor de la casa? La pregunta no puede ser contestada sino recurriendo á la acción de la ley kármica. En los planos superiores, las «envolturas» están tanto más relacionadas con el hombre cuanto mayor es su desarrollo, y éste no hace sino realizar las relaciones de su pasado. Cada centro de conciencia en estos planos, se desarrolla sin salir de su propia esfera; sus energías están dirigidas hacia sus propios vehículos, y únicamente algunas de ellas que finalmente salen del vehículo físico, obran directamente sobre las demás. Estas relaciones mutuas complican su karma en el plano físico y la particular forma física de que se reviste durante un determinado período de vida le hará realizar este complicado karma. De aquí la necesidad de la conciliadora

acción de los «Directores kármicos». Cuando en cierto momento de la evolución la Conciencia entra en similares relaciones directas con otras de otros planos, aparecen limitaciones similares de su poder para modelar sus vehículos en estos planos. En la esfera de sus actividades externas, sean las que sean, habrán de presentarse dichas limitaciones.

De aquí que la construcción del cuerpo físico sea verificada por una autoridad más alta que la suya propia: deberá estar sujeta á las exigencias de raza, nación, familia, circunstancias, que soliciten sus pasadas actividades. Esta acción limitada del karma exige la construcción de un vehículo que no es sino la expresión parcial de la Conciencia en acción; parcial, no sólo porque está excluída de poder, á causa de la tosquedad de la materia misma, sino por las limitaciones externas á que nos hemos referido. Mucha parte de esta Conciencia, aun siendo apta para su expresión en el plano físico, debe ser excluída, y únicamente una pequeña parte de ella aparecerá en dicho plano como «Conciencia despierta».

Annie BESANT

(Continuará.)



HACIA EL MISTICISMO

El enfermo que no cree en los médicos, acude con fe á los remedios del hechicero; del mismo modo el alma se deja sugestionar por supersticiosos presagios. El escepticismo y el misticismo se tocan. Los que han rechazado el ideal religioso ó social, los que ha perdido la fe, los que no creen ya en la ciencia ni en el poder de la razón, los espíritus más cultivados, en una palabra, toda una multitud dudosa del camino que ha de seguir, desprovista de dogmas, errante y sin brújula, se hunde más ó menos tarde en la inmensa niebla de lo místico.

(SIENKIEWIEZ. *Más allá del misterio.* Traducción de Bargiela, pág. 144.)



RÓMULO: EL HOMBRE Y EL MITO

(Una investigación astronómica).

Suele ser común considerar la narración legendaria de Rómulo y Remo como inseparable del mito astronómico de Cástor y Polux, los *Gemini* del Zodiaco amamantados por lobos. Estudiando de cerca las relaciones de los escritores pre-cristianos, podrían aparecer datos bien fundados de los que pudieran derivarse algunos hechos del más alto valor histórico.

Dionisio de Halicarnaso, que escribe en el siglo primero de nuestra era, en su libro sobre las *Antigüedades romanas*, aporta el siguiente dato referente al nacimiento de Rómulo: «Muchos relatan el mito de la desaparición del Sol y cómo los cielos se llenaron de tinieblas.»

Plutarco, en su *Vida de Rómulo*, va más allá y da una fecha explícita, susceptible de ser comprobada. Dice: «Se refiere que el día en el cual Rómulo fundó la Ciudad cayó exactamente en 30 del mes, y que en el mismo día hubo una conjunción del Sol y de la Luna que ocasionó un eclipse, en el tercer año de la sexta Olimpiada.»

Siendo la Olimpiada un período de cuatro años, el dato dado caería en el 30 del mes del año 23 de las Olimpiadas, el cual comienza en el año secular de 776, a. de C., que corresponde al año astronómico de 775, según el apoyo de varias autoridades. El hecho, pues, debió acontecer en el año 753, a. de C. (752 astronómico). Plutarco sigue el calendario griego, que comienza el año en la luna nueva más próxima al solsticio de verano, y se encuentra, en efecto, que en el 6 de Julio de 752, a. de C., hubo un eclipse en el octavo grado de Cáncer, visible en Roma. Y como esta es la lunación más próxima al solsticio, puede suponerse que éste es el eclipse á que se refiere Plutarco. Esto hasta ahora ha sido aceptado sobre la autoridad de Petavio, en quien

se encuentra que el eclipse abarcó «sobre cuatro dígitos» de la magnitud solar, suponiendo el diámetro del disco como de doce dígitos. Pero por cálculo, empero, resultan apenas tres dígitos y medio, y en cuanto á su hora, la una y treinta y cinco minutos antes de la puesta del Sol en Roma. La relativa insignificancia del fenómeno condúceme á examinar más detenidamente la aseveración de Dionisio; de que «la fundación de Roma tuvo lugar en el primer año de la séptima Olimpiada», época de la que hablan la mayor parte de los escritores que tratan de esto. Cierto es que hubo un eclipse de Sol hacia el 26 de Mayo del año 752 antes de Cristo, pero no fué visible en Roma. En tanto que al año siguiente hubo una lunación en el grado diez y ocho del signo Tauro, cuyo Nodo se verificó á los diez y siete grados y cuarenta y ocho minutos del mismo signo, siendo, por tanto, la obscuración *total*. Calculando, encuentro que el momento debió ser cincuenta y cinco minutos después del medio día en Roma, y que el eclipse en estas condiciones debió ser visible sobre toda Europa. Éste aconteció el 15 de Mayo *(antiguo estilo)* del año 751 antes de Cristo, ó sea el décimo mes del cuarto año de la Olimpiada sexta. Brande asegura que la fundación fué en el «décimo mes del tercer año de la sexta Olimpiada», pero como él coloca uniformemente el principio de las Olimpiadas un año antes que el astronómico, hay un punto de acuerdo que es de importancia considerable.

Eratóstenes dice: «Desde la primera Olimpiada hasta la fundación de Roma pasaron veinticuatro años; y si de 775 antes de Cristo restamos veinticuatro años, tendremos 751 a. de C. como fecha del acontecimiento. Esta fecha de 15 de Mayo de 751 antes de Cristo no ha sido, empero, que sepamos, citada por ningún autor como de la fundación de Roma. Y sin embargo, no sólo armoniza el aserto de Dionisio con el de Varro, Eratóstenes y Plutarco, sino que es la única que concuerda con el hecho astronómico por el cual puede ser comprobada únicamente la fecha. La obscuración de Roma debió ser considerable y probablemente total para haberse conservado tradicionalmente hasta los tiempos de Varron, Cicerón y otros escritores del primer siglo a. de C., mientras que el pequeño eclipse de 6 de Junio de 753 a. de C., citado por Petavio, no debió serlo, por lo que la fecha de 15 de Mayo de 751 me parece más relacionada con los hechos.

Por una circunstancia semejante, por un eclipse de Sol, podemos determinar exactamente la fecha del nacimiento de Rómulo, teniendo en cuenta las afirmaciones de Varron y Plutarco. Este último nos informa de que Tarutius Firmanus, el matemático, fué comisionado por su amigo Varron para determinar la fecha del nacimiento de Rómulo entre ciertas otras. La conclusión de Tarutius fué que el fundador de la ciudad eterna nació hacia el día 24 del mes Thoth, al amanecer, habiendo sido concebido por su madre en «el año primero de la segunda Olimpiada y en el día 23 del mes Khoiak, á la hora tercera cuando el sol fué eclipsado».

El «primer año de la segunda Olimpiada» fué el 771 antes de Cristo, astronómicamente. «El día 23 del mes Khoiak» requiere una cuidadosa expresión en la terminología de nuestro calendario. El año egipcio tenía doce meses de treinta días cada uno, completándose por la Epagomena de cinco días. El primer mes del año era Thoth, y en el año 771 el primer día de este mes cayó en el 4 de Marzo, que fué por esto el primer día del año en este período. Los meses fueron: Thoth, Paophi, Athyr, cada uno de treinta días, y el 23 del próximo mes Khoiak sería, pues, el día 113 del año. Contando estos días desde el 4 de Marzo, resultará que el día en que fué concebido Rómulo, según Tarutius, fué el 24 de Junio.

Ahora bien; es en extremo agradable encontrar que los cálculos indican una conjunción del Sol y de la Luna en esta misma fecha y en el año 771 a. de C., y asimismo otro eclipse solar, aunque *no total* como calculó el amigo de Varron. La conjunción se verificó en el grado veintiséis del signo Géminis, pero como el Nodo tuvo lugar en el grado trece, la Luna alcanzaría un grado y siete minutos de latitud, por lo cual tan sólo se obscurecería un cuarto del disco solar. Y encontrándose la sombra en la latitud Sur de la Luna, la obscuración debió recaer sobre las latitudes del extremo Norte terrestre, seguramente no más al Sur de Estocolmo. Es, por tanto, evidente que la obscuridad ó eclipse de que la tradición da cuenta, refiriéndose á la concepción de Rómulo, es debida á historiadores que siguieron á Varron, basado en Tarutius, cuyos cálculos fueron erróneos.

Admitiendo esta época, reputada como la de la concepción de Rómulo, tendremos que colocar su nacimiento en el 24 de Thoth del año siguiente 770. En éste el amanecer de 24 de Thoth

debería caer en el 27 de Marzo. Esta fecha es la del Equinoccio primaveral, y cuando el Sol apareció sobre Roma en los veintinueve grados y diez y siete minutos de Picis el Equinoccio debió caer hacia la media noche de esta fecha.

Fuera del eclipse parcial del 23 de Khoiak del año precedente, no hay motivos para aceptar ninguna fecha como del nacimiento de Rómulo, pero aceptando la del año 770 como cierta, encontraremos que está en concordancia con otra fecha de la vida citada. Dionisio dice: «El Sol fué ocultado totalmente cuando su muerte, y las tinieblas fueron tan grandes como las de la noche». No cita este autor el año pero dice que tuvo lugar en «el año cincuenta y cinco de su edad y en el treinta y siete de su reinado». Pues bien; si de 770 años a. de C., restamos cincuenta y cinco, tendremos 715 como año de su muerte; y luego si de 751 restamos treinta y seis tendremos 715 y en este año a. de C. yo he encontrado que los cálculos marcan un eclipse de Sol en el día 6 de Junio, en el séptimo grado de Géminis, á las diez y cinco minutos de la mañana en Roma, encontrándose el Sol tan sólo dos grados cuarenta y siete minutos del Nodo y siendo la latitud de la Luna 0,11 Sud.

Por todo lo cual tenemos una serie de datos cronológicos aseverados por fenómenos celestes que los prestan fuerza y les dan un valor grandísimo para los historiadores. Y son:

1.° La admitida concepción de Rómulo en 24 de Junio de 771 en el momento en que acontecía un eclipse parcial del Sol en el Solsticio.

2.° El nacimiento de Rómulo en 27 de Marzo de 770, antes de Cristo, día del Equinoccio primaveral.

3.° La fundación de Roma en 15 de Mayo de 751, antes de Cristo, estando el Sol totalmente eclipsado á las doce y cincuenta y dos minutos de la mañana, en el décimo octavo grado de Tauro.

4.° La muerte de Rómulo en 6 de Junio de 715 a. de C., durante un eclipse total de Sol á las diez y cinco minutos de la mañana, en el séptimo grado de Géminis.

Todos estos años son astronómicos, habiendo, por tanto, en todas estas fechas un año menos que en la era común; el día del mes está señalado en todas ellas según el antiguo estilo.

Es un hecho indudable el de que los escritores del siglo segundo, a. de C., consideraron á Rómulo el fundador de la Ciu-

dad de las Colinas, como un personaje histórico que fué concebido, engendrado y muerto como cualquiera otro. Lo que el mito añade á los recuerdos de esta figura histórica, debe considerarse debido á la antigua costumbre de denominar á las estrellas, para honrar á los grandes hombres, asociando sus nombres á ellas. Asemejábase esto á la canonización de los Santos de la Iglesia Romana, en la cual se unía el nombre á una fecha especial del calendario *in perpétuo;* sólo que tenía la ventaja de permanecer inalterable á través de revoluciones, transformaciones y cambios similares efectuados por las instituciones políticas y eclesiásticas.

Rómulo y Remo fueron gemelos y la constelación de Géminis, ya definida por antiquísimas observaciones, nos presenta dos muy visibles estrellas: Cástor y Pollux, salvaguardia de los hijos gemelos de Alba.

Pero por la asociación de Rómulo y Remo con el Dioscuri de los griegos, fué inevitable que la mitología, atraída por la constelación de Géminis, llegara á superponer popularmente los dos conceptos, «leyendo en ellos» las vidas de los dos hermanos gemelos. En consecuencia de esto, encontramos en las tradiciones que Rómulo y Remo fueron amamantados por una loba. Recordaremos, con este motivo, que en el zodiaco tebano aparece la figura de Anubis, el hombre de cabeza de lobo, asociada al signo Géminis, y que dicha figura correspondía al Hermes griego y al Mercurio romano y que era conocida familiarmente entre los egipcios como el «Despertador». En las tradiciones hebreas tiene su representante en Simeón que, con su hermano gemelo Levi, fué relacionado con este signo del zodiaco. Así encontramos en la bendición profética de Jacob: «Simeón y Levi una pareja: Instrumentos de iniquidad en sus manos... en su furor mataron varon y en su voluntad arrancaron muro». (Génesis, 49, 5, 6).

Esta referencia á instrumentos de crueldad está evidentemente tomada de la representación jeroglífica de Géminis, en la cual se presenta á los hermanos armados con una lanza y una clava, como Gog y Magog, los patrones míticos de la ciudad de Londres, y en conformidad con Sir Elías Ashmole y la astrología del famoso Villiam Lilly, según los cuales, la pareja denominada Géminis es decididamente el «signo dominante» de Londres. Puede haber alguna duda de que los recuerdos hebreos

fuesen de existencia muy anterior al nacimiento de Rómulo y Remo, debiéndose, desde este punto de vista á lo mitológico del signo Géminis, el fundamento de alguna parte de las tradiciones de Roma. Se recordará que Rómulo «derribó los muros» de su hermano sobre el Aventino y le mató y que por sus inclinaciones guerreras fué denominado Hijo de Marte. Su madre mítica fué Rhea Silvia, que pudiera identificarse con la Eridanus del signo Géminis.

La dificultad en todos los casos está en saber separar al hombre del mito y en considerar que pudo existir dicho mito mucho tiempo antes de que pudiera ser aplicado á los dos hermanos del *Ager Romanus*. Ante el hecho de que también los griegos «exaltaron sus héroes hasta los cielos» y que los romanos siguieron su ejemplo, no hay razón para suponer que cualquiera de los héroes de la antigua historia sean mitos astronómicos, y que los mitos sean el fundamento de la historia antigua. El mito de Géminis no se refiere á la fundación de Roma; el mito solar no se refiere á los diez y seis años de historia en que Samsón juzgó á Israel, aunque el nombre sea puramente solar; así como tampoco, y en el mismo orden, la figura central del sistema solar no representa á Cristo ni los hechos de la cristiandad, ni los doce signos del zodiaco son exclusivamente los doce apóstoles.

La historia de la raza humana está ya escrita desde el principio. «El futuro no es sino el pasado no desarrollado.» La evolución y especialización de la facultad humana, la conquista de la materia por el espíritu, de la pasión por la razón ó de lo animal por lo humano, son cosas tan ciertas como el despertar del Sol. En cada época el drama se realiza, por lo que la historia llega á ser un simple tema del tiempo y del espacio y en grande ó en pequeño, los incidentes son realmente los mismos. Aquí y allí aparece un héroe, una «determinada estrella brilla»: el hombre de su época. Existe cierta analogía, que no hemos de negar, entre la historia de ciertos hombres y los mitos de determinadas estrellas. La ciencia que nos permita determinar estas analogías será, por tanto, la clave de la historia y de la profecía.

Walter GORN OLD.

(De la *Theosophical Review*).

LOS TESTIMONIOS EXTERNOS MAS ANTIGUOS REFERENTES Á LAS HISTORIAS DE JESÚS EN EL TALMUD

(CONCLUSIÓN)

ANTES de abandonar á Orígenes, creemos útil llamar la atención sobre uno ó dos fragmentos de información que han pasado inadvertidos para la controversia y que son de suma importancia para nuestro fin en la presente investigación. Refiriéndose al misterio historiado de la bajada de la paloma en el Bautismo, Celso pone en boca de su judío (1) el argumento de que no hay más prueba de esto que la palabra de uno de los que recibieron el mismo castigo que Jesús. A lo cual replica Orígenes que es un gran desatino por parte de Celso poner tal argumento en boca de un *judío*, porque «*los judíos no relacionaban á Juan con Jesús*, ni el castigo de Juan con el de Jesús». Ahora bien: en primer lugar ha de observarse que Celso nada dice sobre ningún *Juan*, y en segundo lugar que Orígenes nos da claramente á entender que los judíos negaban que Juan Bautista, (carácter histórico bien conocido), tuviese algo que ver con Jesús. Este es un dato importante para los que creen que el elemento Bautista, que no aparece en el «documento común», fué de origen posterior. ¿No pudo suceder que Celso recordase alguna forma antigua de la historia del Bautismo, en que tomase parte algún otro Juan el Bautista?

En otra parte, Celso, al hablar de la traición á Jesús, no la atribuye á Judas, sino á «muchos discípulos» (2); afirmación curiosa si Celso repite lo que ha oído ó leído, y no es únicamente culpable de grosero error ó de premeditada exageración.

Pero la verdad es que Celso acusa á los cristianos (3) de cam-

(1) *Ibidem*, I, 48.
(2) *Ibidem*, II, 11.
(3) *Ibidem*, II, 27.

biar la historia de su evangelio por mil medios, para responder mejor á las objeciones de sus adversarios; su acusación es que algunos de ellos, «cuando estaban en un estado de embriaguez que les producía visiones inspiradas por sí mismos (1), reformaban el primer texto original de su evangelio tres, cuatro y muchas veces, y lo disponían de manera que les fuese fácil refutar las objeciones suscitadas en contra». Esto puede tomarse en el sentido de que así sucedía en tiempo de Celso, ó que tal redacción era habitual. No obstante, si admitimos que las «tres» y «cuatro veces» se refieren á nuestros tres ó cuatro evangelios canónicos y su «muchas veces» á lo «múltiple» de la introducción del evangelio de «Lucas», es difícil imaginar que esto sólo sucediera en el tiempo de Celso, á menos que su recuerdo se remontase á unos 50 años antes. Por eso resulta mucho más sencillo suponer que lo que en su afirmación se expresa es que la historia externa del evangelio había sido continuamente alterada y reformada para resolver las objeciones; en una palabra, que sus formas más recientes eran el producto de una evolución literaria, en que las experiencias místicas tomaron una parte preeminente.

Vemos, pues, que el testimonio de Celso — testimonio completamente externo — no sólo refuerza vigorosamente el testimonio general de Justino, sino que también añade detalles convincentes que prueban en conclusión que las historias judías de Jesús en su tiempo, eran precisamente de la misma naturaleza que las que encontramos en el Talmud; y aunque no podamos conjeturar con certeza la fecha ó época precisa de cada historia particular, podemos rechazar justificadamente el argumento de los que declaran que las historias del Talmud son todas de una fecha muy reciente, del siglo IV, y alegan que nada hay en ellas

(1) Literalmente: «llegando á apreciarse á sí mismos»: εἰς τὸ ἐφεστάναι αὐτοῖς. Esta sentencia tan embrollada ha sido traducida por F. Crombie *(The Works of Origen,* Edinburgo, 1872, en *The Ante-Nicene Christian Library)*, de este modo «se violentaban á sí mismos», lo cual no parece ser muy apropiado en este caso. ἐφεστάναι es la palabra usualmente empleada al hablar de sueños y visiones, y por eso me he atenido á la traducción anterior. Celso quería, probablemente, significar que aquellos escritores cristianos eran víctimas de sus propias alucinaciones. Los que comprendan la importancia de la visión, como factor de la evolución del dogma cristiano y como «dato histórico», estarán agradecidos á Orígenes por habernos conservado esta expresión de su adversario, sin perjuicio, por supuesto, de que den á tales palabras una interpretación que ni Orígenes ni Celso hubieran consentido.

que nos obligue á remontar su redacción antes del siglo II, según la opinión más conservadora, pues hay quien hace mucho más remota dicha fecha.

Avanzando una generación más llegamos al testimonio de Tertuliano, que es sumamente importante, no sólo en lo referente á las historias de Jesús en el Talmud, sino también á una muy obscura línea de tradición, conservada en las medioevales *Toldoth Jeschu* ó «*Historias de Jesús*», como veremos al terminar estas investigaciones. Escribiendo hacia el año de 197 á 198 su tratado *De spectaculis* (c. XXX) en una peroración altamente retórica en que describe el glorioso espectáculo del segundo advenimiento que él imagina, en el que todos los Paganos, filósofos y poetas, actores y gladiadores, adversarios de los cristianos serán arrojados á las llamas infernales, el obispo de Cartago, con su ardiente temperamento, exclama que, después de todo, no tendrá tiempo para contemplar las torturas de los Paganos, sino que toda su atención se fijará en los judíos que desbordaron su cólera contra el Señor. Entonces les dirá: «¡Éste es vuestro hijo del carpintero, vuestro hijo de mujer pública (1), vuestro infractor del Sábado, vuestro Samaritano, vuestro poseído por los demonios! Éste es Aquél á quien comprasteis por Judas; éste es Aquél que fué herido con manos y varas, deshonrado con salivas y saciado con un trago de hiel y vinagre! ¡Éste es Aquél á quien los discípulos robaron en secreto para poder decir que había resucitado, ó á quien el jardinero aisló para que sus lechugas no fuesen estropeadas por el tropel de visitantes!».

Todos estos elementos aparecen ordenadamente en las medioevales *Toldoth*, y el hijo del carpintero y de la mujer pública en las historias del Talmud. Y con esto hemos agotado nuestros testimonios externos hasta la fecha de la redacción final de la *Mishna* (200 á 207 d. de C.) más allá de la cual no conviene avanzar (2).

(1) Véase también á Jerónimo *(Ad Heliodorum, tomo IV, parte II, p. 12, ed. Bened.)* con Teodoreto, *Historia*, III, 2, citado en la obra de Ochler: *Tertulliani quæ supersunt Omnia*, publicada en Leipzig en 1883 (I. 62, n.).

(2) Véase, sin embargo, á Ricardo von der Alm (i. e. Federico Guillermo Ghillany), *Die Urtheile heidnischer und jüdischer Schrifrteller der vier ersten Fahrhnnderte uber Jesus und die ersten Christer: Eine Zuschrift and die gilbildeten Dentschen zur weinteren Orientismes in der Frage über die Gotheit Jesu*, obra publicada en Leipzig en 1864 y continuación de los tres volúmenes de sus *Theologische Briefe and die Gebildetén der dentsche Nation* (3, Vd. Leipzig, 1863).

Puede, sin embargo, notarse que la historia de *Pandera* estuvo seguramente más en circulación que ninguna de las otras y debe haber entrado en ella algún elemento extraño por lo que respecta al nombre (1), tal vez confusamente incorporado á la tradición cristiana. Así vemos que Epifanio (324 á 404 d. de C.) afirmando (2), en la genealogía de Jesús, que José era hijo de un cierto Jacob, cuyo sobrenombre fué *Panther*, mientras Juan Damasceno, en la primera mitad del siglo VIII, al dar la genealogía de María, nos dice (3) que Joaquín fué padre de María, *Barpanther* padre de Joaquín y Levi padre de *Barpanther*, probablemente *Panther* mismo.

Pero bastante hemos dicho ya á nuestro propósito, que era simplemente el de responder al futil y superficial argumento de que las historias de Jesús en el Talmud deben haber sido en absoluto invención de los últimos *rabbíes* babilónicos, y que los tiempos *mishnáicos* las desconocieron por completo á causa de ceñirse demasiado á los supuestos hechos contemporáneos, que apologistas irreflexivos presumen debieron ser conocidos por todos los judíos de Palestina. Pasemos ahora al estudio de las historias mismas.

G. R. S. MEAD

(Trad. de **E. G. B.**).

---

(1) Massey en su *Natural Génesis*, II, 489, afirma que Porfirio (233 á 305 después de C.), otro testigo puramente exterior, da el nombre de *Pandera* como «*Panzerius*», probablemente en algún fragmento tomado de su famosa obra contra los cristianos; pero no he podido comprobar esta afirmación.

(2) *Adversus Hæreses*, LXXVIII, 7.

(3) *Fide ortodoxa*, IV, 4.

ESPACIO

Todo lo que vemos del mundo no es sino una huella imperceptible en el amplio seno de la naturaleza. No hay idea aproximada de la extensión de sus espacios. Tenemos gran engreimiento de nuestras concepciones, y no producimos más que átomos en comparación con la realidad de las cosas. El mundo es una esfera infinita, cuyo centro está en todas partes y cuya circunferencia en ninguna... ¿Qué es el hombre en lo infinito? Compréndalo quien pueda.

(Pascal. *Pensamientos*. Art. 4.° § IV.)



«LA NORMA MENTAL»

del ruso ***AFRICANO A. SPIR***

En uno de nuestros últimos números dábamos cuenta de la aparición de una obra que indicaba hasta qué punto el renacimiento de un espiritualismo sano y bien encaminado venía siendo la nota característica de las publicaciones actuales españolas. Hoy apoyamos lo dicho sobre la *Psicología de las religiones* de Grasserie, al dar cuenta de la publicación de una obra realmente notable y que ha de alcanzar verdadera popularidad entre el público que busca producciones de originalidad, de genialidad y de emoción sincera. Me refiero á la traducción que acaba de hacer el Sr. Urbano de la admirable obra del filósofo ruso Africano Alejandrovich Spir, *La norma mental* (1). En el prólogo interesantísimo de esta obra se presenta á Spir tan elocuentemente como era de esperar en quien, como el Sr. Urbano, ha hecho un estudio profundo del genial pensador.

«Si el misticismo contemporáneo—dice el Sr. Urbano—con todas sus derivaciones artísticas y sociales, tuviese necesidad de una Biblia más elevada que la ofrecida por Mauricio Mæterlinck, en las páginas admirables de *Le Tresor des humbles* ó de *La sagesse et la destinée,* es probable, y más que probable, seguro, que echaría mano de algunos capítulos de la gran obra de Spir, *La inmortalidad del alma*, por ejemplo, donde bajo esa apariencia desconsoladora y desesperante para las almas más divertidas, palpita una de las emociones más profundas y religiosas que pueden concebirse, dando nueva validez á aquella definición inglesa de la religión humana: *morality touched with emotion.*»

Spir, en efecto, ha logrado condensar y dar una forma en cierto modo documentada y sistemática á todo ese mundo de

(1) A. A. Spir. *La norma mental,* traducción y prólogo de Rafael Urbano.—Jorro, editor. Madrid.

ideas que viene apareciendo desde hace algún tiempo en Europa, alterando para siempre las viejas é insatisfactorias soluciones filosóficas y religiosas. Como sus paisanos los grandes rusos, que han traído en la edad actual las revelaciones ha tanto tiempo esperadas, Spir tiene esa profundidad é intensidad que caracterizó al Tolstoi del principio (sobre el que tanto influyó), y á otros muchos genios «orientales» de la estepa...

Seguramente las doctrinas de H. P. Blavatsky no fueron perdidas para él. Hay una convicción, una originalidad y una fuerza dentro de sus frases, que son características de aquellos en quienes encontraron eco las enseñanzas de la excepcional pensadora. Como esa pléyade de escritores «inesperados» que vienen dando nombre á nuestra época, lanza Spir desde su inmensa Rusia, concepciones revolucionarias y atrevidas en las que sigue tradiciones realmente gloriosas. La mística Sofía Soymonof, popularizada en la literatura teosófica bajo el seudónimo de *Mme. Swetchine*; el escritor Solowief, «reanimado por el teosofismo»; Martens, el rival de Blunschli; Lobatchewsky, el continuador de Gauss y Riemann y primer sistematizador de la geometría, no-enclidiana ó de la cuarta dimensión, y otros muchos que no hemos de citar, son chispazos geniales de la luz sugestivísima que Spir había de hacernos conocer.

En el capítulo VII de su obra *La norma mental*, que seguirá á estas líneas, en el cual Spir aborda el problema de la *Inmortalidad del alma*, una lectura meditada y entre líneas indicará al lector todo el pensamiento de Spir y le permitirá formarse idea de la profundidad de este genio apenas conocido en un mundo donde ha llegado á ser popular Tolstoi. Nosotros no ocultaremos que, si algo fué éste en «sus buenos tiempos», lo fué merced á las enseñanzas de Spir, su maestro, su verdadero maestro, el que le hablara de las primitivas y frescas ideas y del que hubo de separarse para caer en su cristianismo inoportuno é insatisfactorio en nuestros días, que lo son de dolores y de prevaricaciones nuevas, inusitadas.

V. D.-P.

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA [1]

—

Los hombres han tenido siempre el sentimiento de que su existencia no es un puro accidente pasajero, sino que tiene una destinación eterna. Ese sentimiento es el fondo vital de todas las religiones que merecen semejante nombre. Pero, ¿por qué es tan frecuente? Tal sentimiento está asociado al instinto animal de la propia conservación, y de esa heteróclita mezcla ha nacido la creencia de una inmortalidad del yo consciente, creencia amada por una multitud de hombres.

Reconozco de buen grado que semejante creencia ha producido muchísimo bien; pero si ha curado muchas heridas y ha consolado muchas tristezas, tiene el irreparable perjuicio de ser falsa, y además, lógicamente incompatible con la verdadera moralidad, el amor desinteresado al bien y á la verdad, y por consecuencia, con las verdaderas vías de la inmortalidad.

La creencia en la inmortalidad individual es la suprema exaltación del egoísmo; está, pues, en natural oposición con la moralidad, y no puede conducirla más que por sendas extraviadas.

A los ojos del que cree en su propia inmortalidad, nada puede valer tanto como el cuidado de su salvación eterna. Para él, lo esencial no es practicar el bien ni indagar la verdad, sino únicamente hacerse agradable al señor todo poderoso que distribuye las recompensas y las penas eternas; lo que implica la posibilidad de creer que puede obtenerse la eterna salvación por otros medios que por la práctica del bien y la indagación desinteresada de la verdad. Esa creencia ha producido también una cantidad incalculable de mal, porque ha desencadenado todas las persecuciones y las guerras religiosas; y aun en nuestros días envenena esas disensiones y los odios confesionales, esos

---

(1) De la obra *La norma mental*, de que se habla en este mismo número de SOPHIA.

odios tan contrarios á la caridad y á la verdadera moralidad.

Pero si la creencia en la inmortalidad individual ha de rechazarse, se pregunta en qué debe consistir la verdadera inmortalidad. Semejante asunto merece estudiarse bien, porque la cuestión más importante para todo hombre que no vive como un animal, es saber cómo puede participar de la eternidad. Para resolver este problema es preciso conocer á fondo la propia naturaleza humana, y semejante conocimiento es defectuoso hasta el presente. Muchos pensadores han observado la extraña mezcla de grandeza y pequeñez que ofrece el hombre; pero nadie ha mostrado con claridad en qué consiste su grandeza, ni lo que constituye su miseria principalmente.

La desgracia fundamental del hombre no proviene de que esté sujeto á toda suerte de sufrimientos, sino de que está vacío por su propia esencia, desprovisto de propia naturaleza; en otros términos: de que no es un sér, ó un objeto real, sino un simple fantasma, cuya misma existencia descansa sobre una apariencia ó una ilusión. Todo eso con lo que el hombre trata de llenar su vida, no es más que una fantasmagoría que descansa sobre un abismo y desaparece en un cortísimo espacio de tiempo. La ilusión, á la que debemos nuestra existencia, nos oculta la vista de ese abismo, pero percíbese en cuanto el espíritu se distrae de los espejismos de la vida. En nuestros días, sobre todo, el sentimiento de este vacío ó nada interior se ha ha extendido más que nunca y constituye lo que se llama el pesimismo moderno. A los pesimistas, la vida les parece desprovista de sentido y de valor.

No nos dejemos dominar por el triste aspecto de las cosas; tratemos de medir la profundidad de nuestra nada, y para eso comencemos por demostrar que no somos séres reales, sino simples fenómenos, y por lo tanto, fantasmas.

Un sér real, es un sér absoluto; es decir, poseedor de una naturaleza que le es propia, pudiendo identificarse consigo mismo. Tal sér es sólo un verdadero *yo*; sólo él se posee verdaderamente. Por lo que se refiere á nosotros, hombres, no somos distintos de los objetos, sino porque nos aparecemos á nosotros mismos como objetos absolutos, poseyendo una individualidad independiente, una naturaleza propia, estando en nuestra vida interior completamente organizado todo para semejante apariencia, nada más que una apariencia, pues nuestro yo es esencialmente ilu-

sorio. Como individuos nacemos, y nos desarrollamos en virtud de causas ó condiciones exteriores, y no somos, en realidad, sino en tanto que esas condiciones se realizan. En conclusión: somos productos, y nuestro yo absoluto es, por lo tanto, un fantasma ó una apariencia.

Una prueba bastaría para establecer esta verdad de un modo indiscutible. Nuestro yo descansa por completo sobre la memoria; es decir, sobre algo adquirido procedente de fuera. Somos algo, alguna cosa por el recuerdo de lo que hemos sido y hemos adquirido en el pasado. Quitad á un hombre el recuerdo de su pasado y todos sus conocimientos, y le habréis anulado. Acaso sentirá de un modo confuso, pero no será más que un sér en embrión, y para ser algo habrá de rehacerse de nuevo, desenvolviendo también nuevamente su yo.

El modo de existencia de nuestro yo está conforme con su naturaleza. Un sér real, poseedor de una naturaleza propia, no puede tener principio ni fin en el tiempo y ser siempre idénticamente el mismo, pues por su esencia está fuera de aquél. Un simple fenómeno, al contrario, tiene siempre su origen en el tiempo y parece subsistir reproduciéndose sin cesar, constantemente, como la llama de una bujía. Tal es nuestro modo de ser. Existimos por la conciencia que tenemos de nosotros mismos. Así nadie puede verse ó reconocerse á sí en lo inconsciente, siendo eso, como veremos más adelante, el gran obstáculo para comprender la verdadera inmortalidad. Luego la conciencia de sí es una función que no dura sino ejerciéndose ó reproduciéndose sin término.

Nuestro modo de ser parécese, pues, al de la llama; es como el modo de ser de un fenómeno; y cuando un fenómeno aparece como un objeto real ó absoluto, es un fantasma.

He ahí nuestro caso. Al reflexionar caemos en el fondo de un abismo y comprobamos que nuestra existencia tiende á la ilusión y se dirige hacia un aniquilamiento inmediato. ¿Cuáles son los medios y el camino de la salvación?

A simple vista, parece que no hay ninguno, que debe uno matarse ó acomodarse á la idea del aniquilamiento, diciendo como los epicúreos: «Comamos y bebamos, que quién sabe si viviremos mañana.» Sin embargo, el hecho de reconocer nuestra aniquilación como precisa para nuestra continuación, prueba que poseemos algo que nos coloca encima de él. En efecto, po-

seemos la noción de lo absoluto, noción que es la fe fundamental del pensamiento, y que nos suministra la certeza que lo absoluto ó Dios existe, y es la naturaleza normal de las cosas, siendo, por consecuencia, nosotros allegados de Dios, por el lado superior de nuestro sér. Así tenemos el sentimiento íntimo é inmediato de nuestro parentesco con la divinidad, sentimiento que constituye la base de la religión. Y tal certeza, indícanos de una manera positiva el camino de la salvación. Es preciso, pues, para sustraerse al aniquilamiento y asegurarse de la inmortalidad, y participar de la existencia absoluta y eterna, renunciar á sí mismo, al propio yo consciente, vacío é ilusorio, é identificarse con el verdadero yo, con la naturaleza normal de las cosas, que es la divina y eterna, consagrando su vida al culto del bien y de la verdad.

El camino de la salvación ha sido ya enseñado á los hombres, especialmente por esos dos grandes preceptores de la humanidad: Buddha y Cristo. Pero la enseñanza misma de esos dos maestros está viciada por los errores, y particularmente la de Cristo, por la creencia en la inmortalidad de un yo consciente; creencia que se halla en flagrante contradicción lógica con el camino mismo de la salvación: la renuncia á sí, á nuestra individualidad consciente. ¡Pobres sonámbulos los hombres que buscan salvarse de su nada y no hallan medio mejor que creer en la continuación de esta vida ilusoria durante toda la eternidad! Represéntasela, es verdad, como una eternidad dichosísima, pero no creen realmente en ella; sólo se esfuerzan en creer, y no lo logran. Porque, ¿qué haremos en ella? Los hombres que se prometen, después de la muerte, una vida eterna y feliz, no pueden menos de experimentar una repugnancia extrema á morirse. La muerte les aterroriza y aflige, y nada es tan triste como el oficio de difuntos en nuestras iglesias. Así, la creencia de los hombres en la inmortalidad no tiene sino muy poca influencia regeneradora sobre su vida presente. Los hombres pasan su vida de aquí bajo en el culto de intereses mezquinos y en el logro de cosas perecederas; ¡y pretenden perpetuar con eso durante toda la eternidad un yo tan poco digno de ella!

No; es preciso reconocer francamente que nuestro yo consciente no está hecho para la eternidad. En primer lugar, no contiene nada que pueda conservarse, puesto que no posee una naturaleza que le sea propia. Conservar nuestro yo consciente,

es conservar nuestra memoria del pasado; ¿y cómo una memoria podrá almacenar la eternidad? En segundo término, nuestro yo consciente, siendo sólo un fenómeno, no existe sino reproduciéndose sin cesar como una llama. Creer, pues, que una existencia de semejante especie puede participar de la eternidad, sería tan absurdo como creer que una planta puede participar de la vida humana. En fin, lo que es el punto de vista más esencial, la vida consciente, es una vida que descansa sobre una ilusión ó apariencia, una vida que á cada instante depende de condiciones externas, y que está, por lo tanto, sujeta á todas las miserias que apareja tal dependencia. Desde luego, desear una inmortalidad consciente es querer conservar hasta lo infinito la nada y la miseria de que queremos libertarnos. La vida verdaderamente real y eterna no es una sucesión infinita de estados interiores en el tiempo, sino una existencia independiente del tiempo y de la sucesión, y por consiguiente, incompatible con la conciencia de sí; porque tal función no es posible sino en el tiempo y presupone necesariamente un cambio continuo de estados interiores.

«Pero una vida sin conciencia, no es la vida—se dirá—; es un equivalente de la muerte. Una inmortalidad sin conciencia es para nosotros como si no lo fuera.»

Africano A. SPIR

(Trad. de **R. U.**)

(Concluirá.)



NIHIL NOVUM

Todo va, todo vuelve, la rueda de la existencia gira eternamente. Todo muere, todo vuelve á florecer; eternamente corren las estaciones de la existencia.

Todo se destruye, todo se reconstruye; eternamente se reedifica la misma casa de la existencia. Todo se separa, todo se saluda de nuevo; el anillo de la existencia se conserva eternamente fiel á sí mismo.

A cada momento principia la existencia; alrededor de cada *aquí* gira la bola *allá*. El centro está en todas partes. La senda de la eternidad es tortuosa.

(Nietzsche. *Así hablaba Zarathustra.* El convaleciente II).



NOTAS SOBRE LA LEMURIA (1)

(Continuación).

SEGÚN la autorizada opinión del profesor Cope, el género *homo* pertenece, desde el punto de vista de la clasificación, al orden de los Primates, sección cuadrumana que puede dividirse en tres grupos, á saber:

Platyrrhinos, simios del antiguo mundo.

Catyrrhinos, simios del antiguo mundo.

Lemuroides, semisimios del Asia y del Africa.

Más adelante se nos enseña que los Hominides, independientemente de los otros antropoides, proceden probablemente de un tronco Lemuroide. Se ha indicado también la posibilidad de que los primitivos restos Lemuroides fuesen los descubiertos por Rutimayer, en los depósitos eocenos de Eikerbengin (montañas del Jura); suponiéndose que representaban un animal intermediario entre los verdaderos Lemures y los monos americanos. Sean las que quieran las anomalías que se observen al estudiar la antropogenesia, puede comprobarse una muy sorprendente y significativa coincidencia, si se compara la explicación dada por el profesor Hæckel acerca de la distribución de los Hominides, con los resultados obtenidos por las recientes investigaciones de etnologistas tan notables como A. W. Howitt y el Reverendo L. Tison, sobre los aborígenes de la Australia; es decir, aquéllos precisamente á los cuales se refiere al problema de la «Lemuria» y el de la existencia y desarrollo de una tercera raza raíz, según la *Doctrina Secreta*.

Recordaremos, en primer término, que el profesor Hæckel señala una región en el Océano Indico, de la cual, parte la descendencia del hombre primitivo hacia el Africa y hacia la Australia, el Archipiélago Indico y el Asia. Esta región estaba si-

(1) Véase el número anterior de SOPHIA.

tuada (según Hæckel) entre la India y Madagascar; los Hotentotes, los Cafres y los negros se consideran como los primeros descendientes de aquellos que vinieron al Africa, en tanto que los Papues, los Australianos y los Malasios se consideran, con los mismos títulos, como descendientes de tres grandes troncos primitivos.

Determinadas razas Dravidianas y Mongólicas proceden del tronco Malasio. Se cree que los Dravies que pueblan la India, dirigiéronse hacia la Arabia y divididos y ramificados formaron las razas del Norte del Africa y las razas europeas; en tanto que los Mongoles, atravesando la China y extendiéndose al Norte y al Este del Asia, pasaron finalmente el estrecho de Behring, poblando la América, etc., etc.

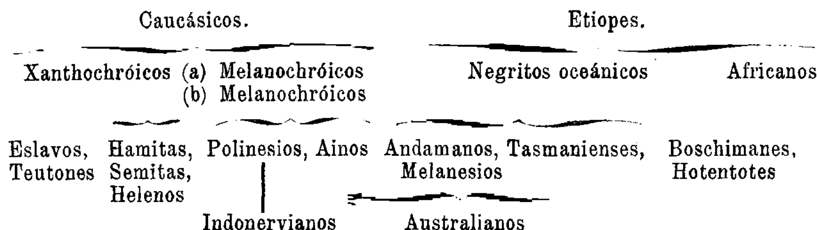
En vista de esta teoría, considérase como posible el que diferentes simios hayan sido los antepasados de diversas razas. Y es, ciertamente, muy digno de notarse que el orangután encontrado en el archipiélago Malasio, sea de color amarillo y de cráneo braquicéfalo como el de los Malasios; mientras que el chimpancé encontrado en Africa sea negro y dolicocéfalo como los negros.

Las investigaciones de M. Howitt entre los Australianos, señalan á los aborígenes del continente Australiano como producto de cruzamientos entre una forma inferior de Melanocróicos caucásicos, semejante á aquellos que representan hoy los Veddas, los Ainos y los Negritos de la Oceanía, y los Tasmanienses, cuyos caracteres etnográficos se conservan gracias á su aislamiento.

Ahora bien; la semejanza entre los aborígenes del continente Australiano y los Tasmanienses, pueden explicarse de la manera siguiente: considerando, desde luego, dos grandes divisiones, la Caucásica y la Etiópica. Incluyendo en la primera la clasificación Xanthochróica con las subdiviones *a* y *b* de Melanochróicos; los Slavos y Teutones pertenecen á la primera; los Hamitas, Semitas y los Helenos á la subdivisión *a* de los Melanochróicos, y los Polynesios y los Ainos con los Indonervianos, como una rama de la primera, á la subdivisión *b*.

En la división Etiópica están comprendidos los negritos oceánicos y los negros africanos. Entre los primeros están los Andamanes, los Tasmanienses y los Malenesios, y entre los últimos, los Boschimanes y los Hotentotes, siendo los Australia-

nos, como se ha dicho, un cruzamiento entre la especie Tasmaniense de los negritos de Oceanía y los Ainos, forma inferior del Melanochróico caucásico. Esto pudiera ser representado en el diagrama siguiente:



Tengo noticia por M. Howitt, de que sus investigaciones concordaban con las de M. Keane, excepto en que este último etnologista considera al Australiano como una rama del Tasmaniense.

Por otra parte, después de lo que yo he leído de la etnología esotérica, el tipo más bajo de los Tasmanienses, así como algunos Australianos, los Andamanes, una raza cubierta de pelo en China, los salvajes de Bormeo, los Veddas de Ceylán, los Bochimanes, los Negritos y algunas otras proceden de un cruzamiento de grupos semihumanos, que fueron reforzados por los cruzamientos ulteriores de Lemures y de Atlantes con ciertas tribus semihumanas. Queda aún bastante que poner en claro antes de poder determinar de una manera satisfactoria las verdaderas relaciones de los salvajes con sus antepasados los Lemures. Pudiera asegurarse que ninguna teoría basada sobre la configuración presente de la superficie terrestre (es decir, de las superficies actuales de la tierra y del agua), nos da idea del origen, de la diversidad y de la actual distribución del género *homo,* en tanto que admitiendo la existencia de grandes porciones de tierra, allí donde se extienden los mares de la India, del Sur y del Pacífico Sur, en las cuales pudieran haber nacido los antepasados de los tipos primitivos, permite reconciliar las diferentes interpretaciones de hechos revelados por las pacientes y sabias investigaciones de los etnologistas.

He de llamar ahora la atención sobre algunas pruebas suministradas por las investigaciones contemporáneas, las cuales parecen indicar la existencia geográfica, en el hemisferio Sur,

de tierras desaparecidas, semejantes á las indicadas por H. P. Blavatsky en *La Doctrina Secreta.*

Entre 1850 y 1860 Sclater sostuvo, apoyado en datos zoológicos, la existencia de un continente que se extendía desde Madagascar hasta Ceylán y Sumatra, comprendiendo una parte de Africa y continuándose por el Océano Indico hasta la Australia. Este enorme continente está representado hoy día solamente por algunas islas en el Pacífico.

El distinguido naturalista y profesor A. R. Wallace infiere, en vista de los restos de tipos marsupiales del período terciario, encontrados en diversos puntos de estas regiones, que las tierras se extendían de la Australia á la Nueva Guinea y á las islas Salomón, y que en los tiempos preterciarios existía una conexión más completa entre la Australia y la India.

En 1853, Sir J. D. Hooker demostró la existencia de un gran continente antártico primitivo, fundándose en la distribución de la flora de las Islas del Sur.

En 1870, el Profesor Huxley dice que la manera más sencilla y racional de explicar las diferencias que existen entre las faunas mamíferas de Australia, de la América meridional y de Artogea y la aparición de la entheria en Artogea y la América del Sur, sería la de suponer que existía un continente Pacífico en la Era Mesozóica, continente que gradualmente fué desapareciendo, quedando la Australia aislada al terminar el período Triásico, antes que los grandes mamíferos existieren.

En 1873, el profesor Hutton, de la Nueva Zelanda, intentó explicar el complicado problema del origen de la fauna de la Nueva Zelanda, por la hipótesis de un continente Antártico Mesozóico desaparecido durante el período postcretáceo. Así mismo supone también una segunda existencia de tierras hacia el Norte durante el Eoceno inferior, en la que estaría incluída la Nueva Caledonia y una parte de la Polinesia. Estas tierras desaparecerían en los períodos Oligoceno y Mioceno, siendo reemplazadas por un tercer levantamiento, que reunió la Nueva Zelanda con las islas Chatham durante el Plioceno primitivo.

En 1874 el profesor Milne-Ewards demostró que los lechos fósiles de las Islas Mascareñas se asemejan á los de la Nueva Zelanda, indicando una conexión terrestre primitiva entre estas tierras, lo mismo que entre las otras islas de la Polinesia.

En 1874, M. Emile Blanchard presentó á la Academia de

Ciencias de París una memoria titulada *Pruebas de la desaparición de un continente meridional durante las épocas geológicas modernas.*

En 1884, el profesor Hutton sustituía á su primera hipótesis de un continente Antártico Mesozóico, la de un continente Pacífico Mesozóico, extendiéndose desde la Melanesia hasta Chile.

En 1886, el profesor Hutton insiste de nuevo sobre esta opinión en las *Transactions* de la «Sociedad Linneana de Nueva Gales del Sur», apoyándose principalmente en el hecho de que en los lechos Eocenos de la Patagonia se ha encontrado gran cantidad de «Poliprodencia» muy semejante á la de la Australia.

James STIRLING.

(De la *Revue Theosophique française*, trad. de **M. C.**).

(Se continuará).



PLANOS DISTINTOS

La humanidad semeja á una torre de varios pisos: unos habitan los bajos, otros los altos; los habitantes de los pisos inferiores pueden ser, en su clase, excelentes y honradísimas personas, pero no tendrán nunca la misma intensidad de luz, la misma pureza de aire y la misma amplitud de horizonte que los que habitan en los pisos superiores. Pues bien; usted, mi querido amigo, usted vive bastantes pisos más alto que ese bueno de Haber, á quien por lo demás yo estimo mucho. Hay, sin embargo, quienes todavía están por encima de nosotros; he conocido á sabios indios que echaban sobre nuestros esfuerzos y nuestras ocupaciones la misma mirada de extrañeza llena de compasión que usted echa sobre la manía de Haber por la caza, el *skat* y un título de nobleza; que apenas pueden comprender por qué ganamos dinero, somos ambiciosos, tenemos pasiones, nos sometemos á la obligación estrecha de las formas sociales, y bajo pretexto de ciencia, aprendemos penosamente series de palabras vacías de sentido. Estos brahmanes tienen todavía intereses más elevados y horizontes más amplios que los más amplios y más nobles de entre nosotros; y el hecho de existir tales espíritus puros y universales, puede enseñarnos á ser modestos y á no despreciar á los que se entregan á cosas exteriores, por encima de las cuales nos hemos nosotros acaso ya elevado, y que no tienen ya importancia á nuestros ojos.

(MAX NORDAU. *El mal del siglo.* Cap. IX. Carta de *Schrœtter.*)



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

Pero todavía queda un fuerte cuerpo de la grande y antigua secta Sikh. Los Kuks representan la más peligrosa corriente subterránea del odio popular. Esta nueva secta fué fundada hace próximamente treinta años (esto se escribe en 1879) por Bâlaka-Râma, estando formada en sus comienzos por un núcleo de gente establecido cerca de Attok, en el Punjab, en la orilla izquierda del Indo, juntamente en el sitio donde empieza á ser navegable. Bâlaka-Râma se propuso un doble fin: restablecer á su pristina pureza la religión de los Sikhs y organizar un cuerpo político secreto, el cual debía estar pronto para el primer aviso. Esta hermandad la forman sesenta mil miembros, los cuales se comprometen á no revelar nunca sus secretos y á no desobedecer bajo ningún pretesto las órdenes de sus jefes. En Attok son pocos, pues la ciudad es pequeña, pero nos han asegurado que los Kuks viven esparcidos por toda la India, estando su comunidad tan perfectamente organizada, que es imposible encontrarlos ni saber los nombres de sus jefes.

Durante el curso de la velada, nuestro Akali nos obsequió con una pequeña botella de cristal llena de agua del «Lago de la Inmortalidad», asegurándonos que una sola gota bastaba para curar cualquiera enfermedad de los ojos. El agua de este lago, á pesar de los cientos de personas que en él se bañan diariamente, es de una pureza y transparencia admirables, merced á los numerosos manantiales que brotan de su fondo. Cuando posteriormente lo visitamos, tuvimos la ocasión de comprobar el hecho de que se ve perfectamente clara la más pequeña piedra del fondo á través de una masa de agua de ciento cincuenta yardas de espesor. Amrita-Saras es el paisaje más encantador

de todo el Norte de la India. La reflexión del Templo de Oro en las aguas del lago es de un efecto fantástico.

Teníamos todavía siete semanas á nuestra disposición. Estábamos indecisos entre explorar la Residencia de Bombay, las provincias del Noroeste y el Rajistan. ¿Qué sitio escogeríamos? ¿A dónde iríamos? ¿Cómo emplearíamos mejor nuestro tiempo? Ante tal variedad de lugares interesantes permanecimos irresolutos. Hyderabad, que dicen transporta á los turistas que la visitan á las escenas de las *Noches Arábigas*, nos pareció tan llenas de atractivos, que pensamos seriamente tomar con nuestros elefantes la dirección del Nizam. Nos estusiasmaba la idea de visitar la famosa «Ciudad del León», que hizo edificar en 1589 el magnífico Mohamed-Kuli-Kutb-Shah, cuando estaba tan gastado, por toda clase de excesos, que llegó á cansarse hasta de Golconda con todos sus castillos fantásticos y espléndidos jardines. Todavía quedan en Hyderabad algunos monumentos que atestiguan su pasada gloria. Mir-Abu-Talib, guardián del tesoro real, declara que Mohamed-Kali-Shah gastó al principio de su reinado la fabulosa suma de 2.800.000 libras esterlinas en el embellecimiento de la ciudad, sin contar la labor de los obreros que no le costó nada. Salvo empero los recuerdos de su grandeza, la ciudad parece en la actualidad un montón de escombros. Pero todos los turistas se muestran unánimes en declarar que la Residencia británica de Hyrabad es digna todavía de su título de Versalles de la India.

El título de Residencia Británica que al presente tiene, y todos los demás que pueda tener, son meras bagatelas si se comparan con el pasado. A este propósito recuerdo haber leído un capítulo de la *Historia de Hyderabad,* escrita por un autor inglés, que dice lo siguiente: «Mientras el Residente se ocupaba en recibir á los caballeros, su esposa recibía á su vez las damas en un suntuoso palacio separado, distante algunas yardas y denominado de Rang-Mahal. Ambos palacios fueron construídos por el coronel Kirkpatrick, último ministro de la corte del Nizam, el cual, habiéndose casado con una princesa del país, hizo construir esta encantadora mansión para su uso personal. Los jardines están cercados por altos muros según la costumbre de Oriente, y en el centro hay una gran fuente de mármol cubierta de mosaicos y de escenas del Râmâyana. Pebellones, galerías y terrazas, todo, en estos jardines, está adornado según

el más costoso estilo oriental, es decir, con abundancia de incrustaciones, dibujos, pinturas, dorados, marfiles y mármoles. La Gran atracción de las recepciones de Mrs. Kirkpatrik eran las bailarinas nautches magníficamente vestidas, gracias á la generosidad del Residente. Algunas de ellas llevaban en joyas por valor de 30.000 libras esterlinas, brillando literalmente de pies á cabeza con tal profusión de piedras preciosas.

Los gloriosos tiempos de la East India Company pasaron definitivamente, y en la actualidad ningún residente ni príncipe del país podría soportar semejantes liberalidades. La India, el «Diamante más preciado de la corona británica», está completamente exhausta, como una pila de oro en manos de un alquimista que lo disipara inútilmente con la esperanza de hallar la piedra filosofal. Además de arruinar á la comarca y á ellos mismos los anglo-indios, cometen los mayores desaciertos por lo menos en dos puntos de su actual sistema de gobierno. Estos dos puntos son: primero, la educación occidental que dan á las clases elevadas, y segundo, la protección y conservación de los derechos del culto idólatra. Ninguno de los dos sistemas es prudente. Por medio del primero van reemplazando con éxito completo entre la nueva generación de Brahmanes, los sentimientos religiosos de la antigua India, que aunque falsos, tenían la gran ventaja de ser sinceros por un positivo ateísmo; y por medio del segundo halagan sólo á las masas ignorantes, de las cuales nada hay que temer bajo ningunas circunstancias. Si existiera la posibilidad de despertar los sentimientos patrióticos de la masa de la población, hace tiempo que los ingleses hubieran sido exterminados. La población rural carece de armas, es verdad, pero una muchedumbre que busca venganza podría hacer uso de los ídolos de bronce y piedra, que á millares envía Birmingham á la India, con tanto éxito como si fueran espadas. Pero el hecho es que las masas de la India son indiferentes é inofensivas; de modo que el único peligro existente viene del lado de las clases educadas. Es preciso que los ingleses se convenzan de que cuanto mejor sea la educación que les den, deben mostrar mayor cuidado en evitar que se reproduzcan antiguas heridas, que en el corazón de todo verdadero indo existen, avivadas de continuo por nuevas injurias. El indo está orgulloso del pasado de su patria, y los sueños de las antiguas glorias son la única compensación de su miserable presente. La educación inglesa que

ellos reciben los capacitan solo para aprender que cuando la India estaba en el pleno crecimiento de su espléndida civilización, Europa se hallaba sumergida en las tinieblas de la edad de piedra. La comparación entre su pasado y su presente es verdaderamente triste, pero esta consideración no impide en modo alguno que los anglo-indios hieran sin piedad los sentimientos de los indos. Por ejemplo: según la opinión unánime de viajeros y anticuarios, el edificio más interesante de Hyderabad es Chahar-Minar, colegio construído por Mohamed-Kuli-Khan sobre las ruínas de otro más antiguo todavía. Este edificio se levanta en el cruce de cuatro calles, sobre cuatro arcos, los cuales son tan altos, que los camellos cargados y los elefantes con sus torres pasan cómodamente bajo ellos. Sobre estos arcos se alzan los diversos pisos del colegio. Cada piso estaba destinado en otro tiempo á una rama distinta de la enseñanza. Mas ¡ay! pasaron los tiempos aquellos en que la India estudiaba filosofía y astronomía bajo la dirección de sus grandes sabios, y los ingleses han transformado el colegio en almacén. La sala destinada al estudio de la astronomía y llena antiguamente de extraños aparatos medioevales, sirven en la actualidad para depósito de opio; y la sala de filosofía contiene enormes cajas de licores, ron y champagne, los cuales están prohibidos, tanto por el Koran como por los brahmanes.»

Estábamos tan ilusionados con lo que habíamos oído contar sobre Hyderabad, que resolvimos salir para dicho punto en la próxima mañana, pero nuestros *ciceroni* y compañeros destruyeron todos nuestros planes con una simple palabra: calor. Durante la estación cálida llega el termómetro en Hyderabad á los 98° Fahrenheit á la sombra, y el agua del Indus adquiere la temperatura de la sangre. En el Alto Sindh, donde la sequedad del aire y la aridez extrema del arenoso suelo reproduce el Sahara en miniatura, la temperatura usual á la sombra es de 130° Fahrenheit. No es extraño que los misioneros no tengan éxito aquí, pues las descripciones más elocuentes del infierno de Dante difícilmente pueden producir otro efecto que el de refrigerativo en una población que vive perfectamente satisfecha bajo semejante clima.

(Trad. de **J. M. y B.**)

(Concluirá.)

Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society*).
The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)
The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland).
Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkeri en Boekhandel).
Revue theósophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)
Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)
Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)
Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)
Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. INDIA. (Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. BRASIL. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. (Bahia.)
La Lumiere. PARÍS. (Rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. ITALIA. (Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)
Constancia. BUENOS-AIRES. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. BUENOS-AIRES. (Victoria, 3325.)
Freya. BUENOS-AIRES. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. BARCELONA. (Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. TARRASA. (Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. PARÍS. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. PORTUGAL, COIMBRA. (Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo PORTUGAL. (SERPA.)
Revista masónica. BUENOS-AIRES. (Calle Cuyo, 1131.)
Helios. MADRID. (Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. MADRID. (Cristóbal Bordiú, 1.)



ADVERTENCIAS

Con el presente número de SOPHIA se repartirá el Índice correspondiente al año XI.

Entre los trabajos, ya originales, ya traducidos que irán apareciendo en los próximos números de SOPHIA, se encuentran los siguientes que hemos procurado escoger y que no dudamos serán del agrado de nuestros lectores: *Voluntad, deseo y emoción* (A. Besant); *Un bosquejo de Teosofía* (Leadbeater); *Walt Whitman el poeta filósofo* (Woodward); *Los Neoplatónicos* (Vard); Tratado de *La Verdad inteligible*, de Plotino y *Sobre el amor,* del mismo (traducciones del griego, de Ward); *El himno de la vestidura de gloria*, del gnóstico Bardesanes (estudio y traducción de Mead); *La antigua morada de los Maoris* (Davidson); *Las razas arcaicas en la mitología de Hesiodo, Con motivo de unos restos gnósticos encontrados en España* (con láminas), *La misteriosa isla de Pascua* (con grabados); *La India de Pierre Loti; Folk-lore y magia morisca en España* (DíazP-érez); *Los místicos españoles* (Rafael Urbano), etc, etc.

En el número de Marzo reanudaremos el estudio sobre el *Hilozoismo*, del Sr. González-Blanco, y concluirá la traducción del pitagórico *Ocelo de Lucania.*

En el trabajo *Supernaturalismo práctico*, del Sr. Díaz-Pérez, publicado en el pasado mes de Enero, se deslizaron algunas erratas que pudieran ser subsanadas por el lector, y una que creemos necesario advertir. En la página 10, línea 23, debe decir: «... que es la edad de la injusticia y de la infamia».



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(CONTINUACIÓN)

El inmediato punto relacionado con esta construcción que venimos estudiando, es la especial obra de la Mónada para organizar sus vehículos de manera que puedan servir como expresiones de la Conciencia, prescindiendo de la construcción general por el deseo y por el pensamiento que nos son más familiares. Estamos interesados aquí más bien en detalles que en grandes bosquejos.

Nosotros sabemos que aunque las cualidades son comunicadas á la materia durante el descenso del segundo Logos, la disposición de estos materiales especializados en formas relativamente permanentes pertenecen á Su ascenso. Cuando la Mónada, á través de su reflexión, como el Hombre espiritual, asume algún poder director sobre sus vehículos, encuéntrase en posesión de una forma en la cual el sistema nervioso simpático toma una gran parte en tanto que el cerebro-espinal no ha adquirido aún predominio. Sírvese de una porción de eslabones que guardan relación entre el sistema simpático que ella hereda y los centros nerviosos que debe organizar en su cuerpo astral para su futuro funcionalismo independiente en éste. Pero antes que ningún futuro funcionalismo pueda ser posible en cualquier vehículo su-

perior, es necesario preparar á éste hasta donde se pueda para convertirle en un *vehículo transmisor*, en un vehículo que pueda ser reducido á cuerpo suyo en el plano físico. Hay, pues, que distinguir entre los primeros trabajos realizados para organizar los vehículos mental y astral que habrán de ser los transmisores de la energía del hombre espiritual (energía que no se exterioriza como Conciencia hasta que utiliza el cerebro físico) y los trabajos posteriores para desenvolver estos mismos vehículos en entidades, en cuerpos independientes, en los cuales el Hombre espiritual puede funcionar en sus planos respectivos. De aquí que sean dos las tareas: la primera la de organizar los vehículos astral y mental como transmisores de energía del cuerpo físico; la segunda la de organizar estos vehículos como cuerpos independientes en los cuales la Conciencia pueda funcionar sin el auxilio del cuerpo físico.

Los vehículos astral y mental deben ser organizados de modo que el Hombre espiritual pueda utilizar el cerebro físico y el sistema nervioso como órgano de su Conciencia en el plano físico. El impulso para este uso viene desde el mundo físico por choques sobre las varias extremidades nerviosas que ocasionan oleadas de energía nerviosa que pasan á lo largo de las fibras del cerebro; estas oleadas pasan del cerebro denso al etérico, de aquí al astral, de aquí al vehículo mental, originando una respuesta de la Conciencia en el cuerpo causal sobre el plano mental. Esta Conciencia, despertada de este modo por los choques del exterior, fluctúa en actividad del cuerpo causal al mental, del mental al astral, del astral al etérico y físico; las oleadas envían corrientes etéricas en el cerebro etérico, y éste actúa sobre la materia densa de las células nerviosas.

Todas estas acciones vibratorias originan incipientes nebulosas de materia astral y mental en los vehículos que sirven de campo efectivo para estas constantes acciones y reacciones. Y este proceso dura cientos de nacimientos, estimulando, como hemos visto, desde lo inferior y acercándose más y más al dominio del Hombre espiritual. Mediante su acción comienzan á ser dirigidas las actividades por el recuerdo de las sensaciones pasadas, y despierta cada actividad por el impulso de estos recuerdos estimulados por el deseo. A medida que el proceso continúa, más y más eficaz es la dirección impresa y menor es la influencia ejercida por las atracciones y repulsiones de los objetos ex-

ternos, y así, el poder constructor de los vehículos más decididamente se aleja del exterior para concentrarse en sí mismo.

A medida que el vehículo va haciéndose más organizado, van apareciendo en él ciertos agregados de materia, nebulosos y vagos primeramente, y más delineados en lo sucesivo. Estos son los «chakras» futuros, los ejes, los centros sensitivos del cuerpo astral, que hay que distinguir de los centros sensitivos astrales relacionados con los centros y órganos sensitivos del cuerpo físico. Porque nada vivifica á estos centros que lentamente se desarrollan durante inmensos períodos de tiempo y cuya vivificación únicamente puede ser realizada por el vehículo físico, en el que reside la enérgica fuerza de Kundalinî, la energía vivificante. Antes de que Kundalinî pueda obrar en ellos, deben enlazarse con el sistema simpático-nervioso, sirviendo de puntos de contacto las grandes células ganglionares de este sistema. Cuando estos lazos se han verificado, la enérgica corriente puede pasar á través de ellos. Mientras estos centros pueden ser vivificados únicamente desde el plano físico, la construcción de ellos como centros, y su gradual organización como ejes, podrá comenzar desde cualquier vehículo y comenzará en aquel que represente el tipo especial al cual pertenezca.

Según un hombre pertenezca á un tipo de temperamento ó á otro, desarrollará más ó menos actividad en la construcción de sus vehículos y en convertir gradualmente á éstos en instrumentos efectivos de la Conciencia para que ésta les utilice en el plano físico. Este centro de actividad puede radicar en el cuerpo físico, astral y mental, superior é inferior. En cualquiera de éstos, y aún más alto todavía, en conformidad con el tipo constitutivo, este centro se fijará en el principio que demuestre el tipo constitutivo, y desde él obrará «hacia arriba» ó «hacia abajo», construyendo sus vehículos de un modo apto para la expresión de dicho temperamento.

Un caso especial facilitará la comprensión de este proceso: un temperamento en el cual el Manas inferior predomine; bosquejaremos el Hombre espiritual en la Tercera, Cuarta y Quinta razas-raíces. Cuando le encontramos en la Tercer raza, su mentalidad es muy infantil aunque la mente es la nota predominante en este tipo. La vida que brota á su alrededor y que él no puede comprender ni dominar, obra fuertemente sobre él desde lo exterior y afecta poderosamente su vehículo astral. El

cuerpo astral retendrá estas impresiones en relación con el temperamento, y los deseos estimularán la mente infantil que se esforzará en sentido de su satisfacción. La constitución física diferirá de la del hombre de la Quinta raza; el sistema simpático será el dominante y el cerebro-espinal estará subordinado á él, y sólo algunas partes del sistema simpático comenzarán á perder algo de su efectividad como instrumentos de la Conciencia, permaneciendo como tales instrumentos en la etapa inferior del hombre. Dos órganos existen en el cerebro especialmente relacionados con el sistema simpático en sus comienzos aunque hoy forman parte del cerebro-espinal: la glándula pineal y la pituitaria. Éstos indican el camino que una parte del cuerpo debe seguir en cierto modo en un período primitivo, y pueden perder su especial utilidad, su pequeña función, si en una etapa posterior de evolución no es estimulada por una especie de vida superior que dará á ella un nuevo uso, una nueva función en una etapa de evolución más elevada.

El desarrollo de estos órganos de que hablamos pertenece más bien á las especies invertebradas que á las vertebradas, y el «tercer ojo» de que hablan los biologistas es el «ojo invertebrado». Se encuentra todavía como tal ojo entre ciertos vertebrados. Recientemente ha sido encontrada en Australia cierta serpiente que mostraba en la cúspide de su cabeza cierta particular disposición, ciertas películas semitransparentes que al ser rotas dejaron al descubierto un ojo completo, que si bien completo en todas sus partes no funcionaba. Este tercer ojo funcionó entre los Lemures, en el indeterminado y general sentido característico de las etapas inferiores de evolución especialmente caracterizada por el predominio del sistema simpático. A medida que el hombre desde la raza Lemúrica á la Atlante, el tercer ojo dejó de funcionar, el cerebro se desarrolló alrededor de él y comenzó á ser el apéndice denominado hoy glándula pineal. A medida que un lemuriano fué siendo psíquico su sistema simpático fué siendo grandemente afectado por las palpitaciones del no desarrollado cuerpo astral. A medida que un atlante fué perdiendo gradualmente sus poderes psíquicos, el sistema simpático fué siendo subordinado y el cerebro-espinal más fuerte.

El desarrollo del sistema cerebro-espinal debió ser más rápido en este atlante que en los de otro temperamento, porque su principal actividad radicaría en el Manas inferior, por lo

cual le estimularía y desarrollaría; el cuerpo astral perdería su preponderancia más pronto y llegaría á ser más rápidamente un transmisor de los impulsos mentales del cerebro. De aquí que cuando este hombre pasase á la Quinta raza estaría particularmente presto para asimilarse sus ventajas características; construiríase un amplio y proporcionado cerebro, utilizaría su astral principalmente como un medio transmisor y construiría su «chakra», su nucleo para el plano mental.

Annie BESANT

(Concluirá.)



EL VALOR DE LA HIPÓTESIS

Sin duda la experiencia ha sido siempre nuestro principal guía; pero para interpretar los resultados obtenidos y descubrir otros, hemos tenido que edificar más de una hipótesis. Desde el momento que se penetra en las regiones desconocidas de la ciencia, no es posible proceder de otro modo. «El papel de la hipótesis es tal—dice M. Poincaré — que los matemáticos no podrían pasarse sin ella, y los experimentadores no obtendrían ninguna ventaja relegándola al olvido.» Construir hipótesis, realizar experiencias y tratar de unir, por generalización, aquellas mentalidades con los hechos comprobados, representa los tres estadios necesarios á la edificación de todos nuestros conocimientos.

Importa poco que las hipótesis sean erróneas; basta conque sean útiles, y lo son desde que incitan á las investigaciones. Lo que constituye el mérito de una teoría, escribe muy acertadamente Duclaux, no es el que sea verdadera, sino el que sea fecunda. No hay teorías verdaderas.

(Gustavo Le Bon. *La Materia.* Sus fases de existencia. Su génesis de evolución.)



EL GRAN POETA TEÓSOFO WALT WHITMAN

—

> Todas las partes del Universo están unidas y entrelazadas por un sagrado lazo, no habiendo ninguna cosa extraña ó sin relación con otra. Esta general conexión da unidad y ornato al mundo. Pues el mundo tomado en conjunto no es más que uno. No hay, pues, más que una clase de materia, un Dios que la penetre y una ley que la guíe, la razón común de todos los séres racionales, y una verdad, si en efecto, los seres de igual clase y dotados de la misma razón tienen una ó igual perfección.
>
> Marco Aurelio.

Pocas grandes figuras ha habido entre los maestros del mundo occidental durante la última centuria, y ninguno que se haya aventurado á expresar sus opiniones bajo una forma tan fuera de lo convencional como Walt Whitman. Viene en una época de inmensa prosperidad material, como zapador gigantesco abriendo rudamente camino á través de la selva de imposturas, hipocresías y vicios de la vida moderna. No es ciertamente un arquitecto, no es un perfecto constructor, es más bien un preparador de cimientos para una raza futura de hombres y mujeres sanos de alma y de cuerpo, en cuyo cierto advenimiento nunca pierde la fe.

Nos proponemos en esta ocasión indicar brevemente cuál es la esencia de sus opiniones y hasta qué punto armonizan con las de los más importantes maestros de la Religión de la Sabiduría, é ilustrar principalmente con pasajes extraídos de *Leaves of Grass*, sus enseñanzas sobre el cosmos, la divinidad, el amor universal, la posición de la mujer, karma, el alma, la muerte y el alejamiento final de la ilusión.

Su estilo no es pulcro ni académico; no modela con igualdad sus versos, y excepto en muy raras ocasiones, no usa de rima ni metro. Mas no por eso es menos poeta, menos creador; á veces sus palabras llegan al alma con la fuerza de un martillazo.

Whitman rechaza todo mérito literario. «No habrá nadie que después de examinar mis versos pretenda encontrar en ellos ejecución literaria, tentativa de semejante ejecución, ni sobre todo, designio ó mira hacia el arte ó el ascetismo» (1). No; él quiere presentarse libre de toda tradición, de los credos momificados, del polvo de las librerías y salones de lectura, y busca la verdad *sub divo*, y no en los templos de la humana fábrica. Con estos principios, resuelve experimentar cada fase de vida por sí mismo, pesar bien toda experiencia de los sentidos, todo lo que entre en el vasto campo de su horizonte, y en sus investigaciones para hallar la última piedra que cierra el arco de la vida (que él pretende encontrar en la «Confraternidad tierna y verdadera de todos los hombres entre sí»), no rechaza nada, por impura ó baja apariencia que tenga, antes al contrario, acepta con igual semblante lo mismo la lluvia que la solana, lo hermoso que lo grosero, el bien que el mal, pasando libremente entre las gentes de todos los credos y profesiones y fraternizando con ellas.

Tres son las palabras en las que encierra el resultado de sus observaciones—Amor, Democracia y Religión—, tomadas las tres en el más amplio sentido. En todo ve amor divino. «Porque habiendo mirado á los objetos del universo, no encuentro ni uno, ni una partícula de uno que no tenga relación con el alma». «La ciencia de Dios es la suprema y final ciencia, siendo solamlente su ministro la conocida por tal nombre.» No hay nada bajo ni mezquino para él. Todo átomo es templo del más alto Dios y «toda pulgada de espacio es un milagro». Y añade:

Juro pensar en el presente que todas las cosas sin excepción tienen su [alma eterna.
La tienen los árboles arraigados en la tierra, las algas del mar, los ani- [males.
Juro pensar que no existe nada que no sea inmortal.

Se siente transportado y lleno de superabundancia al percibir el latido de una vida en todas las cosas. Su salud es tan perfecta, que con sólo vivir se siente alegre. Dios está en todas partes—se dice—está en mí; así, pues, no es irreverencia decir «yo soy todo, yo soy Dios».

Extraña y grande es esta paradoja verdadera que digo
el objeto grande y el invisible tienen un alma.

(1) *A Backward Glance o'er Travell' d Roads.*

Esta misma clase de culto á la Divinidad la encontramos en *The story of my heart* (Historia de mi corazón), de Richard Jefferies, y es interesante la comparación de estos dos panteístas. Jefferies, el frágil inválido con sus intensos deseos de salud, y Whitman poseyéndola, al menos para mucha parte de su vida, proclamando ambos de lleno que «golpear á un cuerpo humano, es poner la mano sobre el mismo Dios».

Muchas veces predica la doctrina de la fraternidad universal, y dice:

Solamente esparciendo sobre la tierra los gérmenes de una religión más [grande,
comprendo cómo el Espíritu de Dios es mi propio espíritu;
que todos los hombres — no importa cómo nacidos — son también mis her- [manos,
las mujeres, mis hermanas y amadas,
y que el eje de la Creación es el Amor.

A este cuadro ideal llama él Democracia. Con espíritu y método semejantes ha sido expuesto este mismo ideal por su discípulo Edward Carpenter, en cuyos escritos, sin embargo, encontramos las enseñanzas teosóficas tratadas más categóricamente, exponiendo con más claridad los diferentes vehículos del Ego. «El secreto de Walt Whitman como poeta democrático» — dice Symonds (1) — «descansa en su vivo y altruista amor al hombre cuerpo y alma, engendrado por un generoso y desinteresado comercio con sus semejantes».

Poseyendo robusta salud y un extraño y atrayente natural magnético, puso en práctica este ideal durante la guerra americana de 1862, en la que dedicó todas sus energías al cuidado y consuelo de los soldados heridos y enfermos.

Consumió en esta ocupación tanta vitalidad, que su prodigiosa salud se quebrantó, siendo después atacado de una parálisis que padeció hasta el fin de su larga vida. Pudiera esperarse que semejante golpe cambiase algo el tono de sus cantos; pero lejos de eso, mantuvo todo lo que antes había dicho, y sólo allá en su vejez insinúa aquí y allí su temor á que alguna queja se escape de sus labios, y en *Thanks in old Age* y *The Calming Thought of All*, afirma que es bueno haber vivido y aprendido y

(1) *Walt Whitman: A Study*, pág. 144.

bueno morir en la certidumbre de que «Las silenciosas leyes vitales de la redonda tierra, sus hechos y modos, continúan.»

Al tratar la cuestión de la sexualidad, suscita las más violentas polémicas, y en algunos pasajes lo hace tan crudamente y tan al desnudo, que levanta las protestas de Mrs. Grundy, Mr. Prurient y otros; mas el que sepa ver no encontrará en las ideas de Whitman sobre esta materia nada chocante ni que pudiera atentar al decoro. ¿Cómo — dice él — pueden ser ciertas cosas consideradas como obscenidades? No merece ciertamente las censuras que se le han dirigido, tratando como él trata esta vital cuestión con toda seriedad é íntimo conocimiento, elevando la santidad del sexo y enseñando que la ignorancia de ciertas cosas es la que mata el cuerpo y el alma. Él insiste sobre todo en «el gran futuro de la mujer y su redención.» Clama por una raza femenina fuerte y dulce á la vez, «raza de madres perfectas», viendo en esto la salvación espiritual y material de América. «El hombre, consonante material, la mujer, espiritual vocal», como dice ingeniosamente un escritor inglés, deben combinarse para formar el perfecto *verbum* ó expresión en la tierra. «El amor al hombre es tan santo como el que pudiera profesarse á la mujer». Esta parte de su doctrina es la que ha parecido extraña á algunos, aunque bien pudiera suceder que este amor que no se refiere al sexo, fuese en lo futuro el amor ideal. En este particular Whitman nos recuerda el apasionado culto á la belleza que caracterizó á los griegos, diciendo casi con las mismas palabras del viejo Sócrates: «No recuerdo época alguna de mi vida en que no estuviese enamorado de alguien.» Y en verdad, él es bajo muchos aspectos, Sócrates hecho carne de nuevo, Sócrates con su perenne jovialidad, su calma imperturbable é indiferente para con las cosas externas, con su persistente pesquisición de la verdad entre todas las especies y condiciones de hombres, con su amor por «la divina forma humana», con la extensión universal de sus profundos conocimientos y con su convicción íntima y firme de la existencia de una vida más allá de la muerte. Es, por completo, una extraña figura de profeta, y como tal, de mártir de aquéllos á quienes intentara salvar.

Su intuición le hace admitir la doctrina kármica, no dando á ninguna cosa tanta importancia como al hecho de que los efectos estén inmediatamente precedidos de causa. «Creo que las leyes naturales—dice—son inapelables.» Sabe que «no es

posible el perdón, ni los representantes que puedan concederlo», no aviniéndose á separar una parte de la vida del resto de ella. En *Song of Prudence,* que es interesante leer y comparar con *Compensation*, de Emerson, sostiene que:

Todo lo que una persona hace, dice ó piensa, tiene consecuencia;
nadie puede ejecutar, hombre ó mujer, un movimiento que le afecte
en un día, mes, en cualquiera parte de su vida ó en la hora de la muerte,
sin que iguales afecciones interiores ó exteriores
se produzcan á través de la vida post mortem.

Y añade:

El espíritu recibe del cuerpo tanto precisamente como diera al cuerpo, [si no más.
El que ha sido justo recibe interés.
El interés vendrá completo, todo él vendrá.

Todo buen pensamiento, palabra, acción que se verifique en una parte cualquiera del globo, «en cualquiera de las estrellas fijas ó errantes, por aquellos que allí estén, así como nosotros estamos aquí», tiene su efecto perdurable. «Yo entreveo que sus extraños resultados aguardan en el mundo todavía desconocido para sumarlos á los correspondientes del mundo conocido».

Creo de todos aquellos que han poblado las innominadas tierras,
que existen en el presente, aquí ó en otra parte, invisible para nosotros,
y guardando relación con lo que se hayan perfeccionado en vida...
con lo que han hecho, sentido, amado, pecado, sido, en la vida.

En suma, en materia de religión se emancipa de la letra que mata. Para él credos y dogmas deben eventualmente desaparecer, así como también «el sacerdote materialista é hipócrita» que predica un cielo é infierno materiales, «sonámbulo que marcha en la obscuridad triste y apresurado». Porque la bondad queda y el amor á la humanidad puede consolar.

«El sacerdote se va, el divino literato llega.» No niega que biblias y religiones sean divinas, «pero no son ellas las que nos infunden vida, sino nosotros á ellas».

En *November bonghs* (1888), dice: «El pueblo y especialmente la juventud masculina y femenina de América, debe empezar á comprender que la religión, del mismo modo que la poesía, es algo muy diferente de lo que suponen. Es de importancia extrema para el poder y perpetuidad del Nuevo Mundo, el que nadie permanezca por más largo tiempo sometido á cual-

quiera de las iglesias, vieja ó nueva, católica ó protestante, á éste ó al otro santo.»

Declara ser suficientes el Amor, la Democracia y la Religión, y á la suficiencia de este nuevo y viejo evangelio ha rendido notable tributo un gran literato inglés, cuya vida fué una larga lucha con sufrimientos tanto físicos como espirituales. «Por mi parte debo confesar—dijo—que cuando consideraba destrozada mi existencia, encontrándome débil, enfermo, pobre y despreciado de las gentes, el resplandor de su doctrina brilló sobre mí, y desde entonces he vivido siempre á su luz y calor. Considero deber ineludible hacia Whitman el hacer por mi parte esta declaración; porque si no hubiera sido por el contacto de su ferviente espíritu con el mío, aun estando dispuesta la pira para ser encendida y preparados los combustibles del pensamiento moderno, sin la aplicación de la mecha nunca hubiera prendido en mí la llama de la fe y de la consolación para toda mi vida. En las negras horas me confortaba con la convicción de que también representaba mi papel en la ilimitada sinfonía de la vida cósmica. Cuando pecaba ó me arrepentía, en la tristeza y el sufrimiento encontraba una simpática é inteligente mano tendida hacia mí, sosteniéndome con el fuerte brazo de la certidumbre de que marcharía al fin por el verdadero camino (porque yo formo parte, una parte integrante del gran todo); y cuando se reanimaban mis fuerzas, sentíame poseído de un valor y sano orgullo capaz de desafiar y sostener el choque con el enemigo espiritual, y de soportar los ciegos golpes de la ultrajante fortuna» (1).

Otros muchos suscribirían con gusto estas palabras. La influencia de Whitman para el bien será cimiento incalculablemente grande, semilla que acaso crece todavía en el silencio y la obscuridad, pero que examinando su aspecto nadie dudará de que produciría abundante cosecha en la estación propicia. Sin embargo, no es Whitman solamente un optimista que debe su creencia placentera á su salud y fuerza, y que cierra los ojos ante la parte obscura de la naturaleza. Él siente también el peso del misterio de la vida; á él como á todos le viene á la mente la misma vieja pregunta: «¿qué somos?, ¿de dónde venimos?, ¿hacia dónde vamos?». Del mismo modo que el océano de la vida se mueve misteriosamente á su alrededor, «así—dice—yo me agitaba en

(1) John Addington Symonds, *Whitman*, pág. 35.

el reflujo del océano de la vida»; él siente que no es sino «un miserable despojo arrojado por las aguas», que no ha tenido nunca la menor idea de lo que realmente él es. «¿Qué soy yo después de todo, sino un mero nombre?». Sin embargo, por lo que él puede ver, todo bien que haya hecho, por pequeño que sea, marcha sin interrupción á la inmortalidad, y que el poderoso todo que se llama el mal se hunde por sí mismo, se desvanece y muere. Después, pesando todo lo que ha aprendido en la vida, da la respuesta, resolviendo valientemente obrar y perseverar en ella: «Que tú existes, que existen la vida y la identidad, que el gran espectáculo de la vida continúa y tú puedes en él representar tu papel.»

Conforme la edad avanza viene inevitablemente esa simpatía hacia el sufrimiento y la ignorancia, esa grande y tierna compasión por la humanidad que el joven no puede sentir, esa consciencia siempre en aumento de lo real tras lo aparentemente real, de «el cuerpo permanente, el cuerpo oculto dentro de tu cuerpo», junto con una mayor sensibilidad á las invisibles influencias que nos rodean, esa sensibilidad acerca de la cual Jefferies (1), con verdadera intuición, escribe: «A la hora actual están fluyendo desde lo invisible hacia nosotros, sobre la inmensa tierra, emanaciones ú ondulaciones de un medio más sutil, desconocidas y llenas de mensajes é inteligencias.»

Aunque todavía canta la vida, «se acuerda también de la muerte», y exclama: «grande es lo que veo, pero es mucho más grande mi invisible espíritu».

Mi cuerpo hecho de materia, mi vista dotada de ojos materiales,
pruébanme hoy con toda evidencia, que no son mis ojos materiales
los que en realidad ven, ni mi cuerpo material el que en realidad ama,
ni anda, rie, grita, abraza y engendra.

De aquí que el que quiera y desee abandonar su «repugnante cuerpo» y pasar á su cuerpo real, porque su alma es real, no como prueba y razón, sino por su perfeccionamiento, compara el alma, en sus esfuerzos para guiar el animal, á «la paciente y silenciosa araña que ensaya, se aventura y lanza sus redes» hasta que el necesario puente esté formado. En una hora de angustia, cuando el peso de la carne se hace insoportable, clama por emanciparse de ella casi en las mismas palabras de Pablo:

(1) *Story of my Heart,* cap. II.

¡Oh! cuánto anhelo libertarme de este cuerpo mío,
de este cuerpo, al que veo por todas partes, donde quiera que lo arrojo...
¡Cómo anhelo adelantar, vivir, siempre vivir dejando cuerpos atrás!

Cree firmemente en el cambio perpetuo, en el flujo y reflujo de todos los vehículos de vida, en el πάντα ῥεῖ de Heráclito.

Ellos están vivos y bien en alguna parte;
el más pequeño brote demuestra que la muerte en realidad no existe,
y que si existiera sería para conducir más adelante á la vida;
que no aguarda el fin para cautivarla,
y cesa en el momento en que aparece la vida.
Todo continúa y perdura, nada muere,
pues la muerte es diferente y más dichosa que suponen.

Cantor popular, gozando de envidiable salud aun para los no orgánicamente enfermos, de vida sencilla, sobrio y puro en el comer y beber, adorador en templo corporal purificado, ataviado y hecho morada apta para el gran habitante interno, bebe á satisfacción en la copa de la vida, no desesperando nunca «aunque puede ser que siembre el mal», porque «en la capacidad infinita todo será bien.» Confía también á veces en que sus enseñanzas serán reconocidas tarde ó temprano como verdaderas y se burla de esa mentira que llaman la muerte, despreciándola, porque la casa de sus creencias está erigida sobre una roca.

Mi huella está impresa fuertemente en el granito.
Me burlo de todo lo que llamáis disolución
conociendo la amplitud del tiempo.

Podemos decir de Whitman, con las palabras de uno que participó del espíritu de sus enseñanzas: «El que ve en este mundo tan multiforme ese Uno que todo lo penetra, el que halla en este mundo de muerte esa vida infinita, el que encuentra en este mundo de insensibilidad é ignorancia la única luz y conocimiento, á él pertenece la paz eterna. A ningún otro, sólo á él» (1).

Parte para el último combate, viejo marinero.

F. L. WOODWARE.

(De *The Theosophical Review*, número de Agosto, trad. de **J. M. y B.**).

---

(1) Swâmi Vivekananda, *Addresses; Mâyâ*, No 3, *ad finem.*

✥ ✥ ✥ ✥ ✥

NOTAS SOBRE LA LEMURIA

(CONCLUSIÓN).

La teoría de un continente Sud-Pacífico mesozóico, no solamente explica el origen de los marsupiales Sud-Americanos y Australianos, sino que explica también la aparición casi simultánea de diferentes mamíferos entheridianos en la América del Norte y en la del Sur. Dicho continente pudo separarse primero de la Nueva Zelandia, después de la Australia, más tarde de Chile, y desaparecer finalmente entre las olas.

En 1888 el profesor A. R. Vallace publicó su interesante obra titulada *Vida insular*, explicando la distribución de la flora y la forma auctoctona de la siguiente manera: Durante la era cretácea, y probablemente en la tereiaria, el sud-oestey la porción meridional del sur de la Australia estaban separadas del este de la Australia por un extenso mar; en la isla occidental habían existido los mamíferos del Asia en un período anterior. La Nueva Zelandia se unía con la parte norte del este de la Australia, formando una especie de herradura hacia el mar Tasmaniense. La separación de la Nueva Zelandia y de la Australia tuvo lugar al fin del período Cretáceo—en tanto que en épocas posteriores una sumersión meridional de la Nueva Zelandia hacia el continente Antártico, proporcionó un paso fácil á las numerosas especies de plantas antárticas y Sud-americanas, así como á los pescados de agua dulce exactamente iguales á los de sus regiones.

En 1888, William T. Gill, publica en la Academia de Ciencias de Filadelfia un trabajo titulado *Una comparación de la fauna de los Antípodas*, en el cual emite su opinión en favor de la existencia de un paso terrestre entre la Tasmania, Nueva Zelandia y la América del Sur, en el que se produjo la separación de tierras al terminar los tiempos terciarios.

En 1893, el doctor O. Forbes, discutiendo las relaciones de las islas Chatham con un continente meridional primitivo, reproduce la antigua teoría de un continente Antártico.

Supone Forbes que este continente no estuvo unido al Africa del Sur ni con el oeste de la Australia (que formaba una isla extensa), pero se ramificaba prolongándose hacia el norte.

Primero, hacia Madagascar y las islas Mascareñas.

Segundo, hacia la Tasmania y al este de Austria; de allí, á través de la Nueva Zelandia y las islas Salomón, hacia Bormeo y Sumatra.

Tercero, hacia la Nueva Zelandia, Nueva Caledonia é islas Fidji.

Cuarto, hacia América del Sur, á la que se unía por detrás del Amazonas.

En 1893, el doctor Hedley, leyó una breve nota á la «Sociedad Linniana, de Nueva Gales del Sur» abogando en pro de la existencia—durante el período mesozóico y en los comienzos del período terciario—de una faja de tierra que se extendía del sur de la América á la Tasmania, á través del Polo, y publica en *Ciencias Naturales* un trabajo sobre las semejanzas de la flora y la fauna de Australia con las de Nueva Zelandia, defendiendo la existencia de un antiguo continente ó de una meseta melanesia, que comprendería las islas Salomón, Fidji, Nueva Zelandia, Nueva Caledonia y Hower. En 1895 escribía de nuevo á favor de un continente Antártico, que en determinada época pudo haber sido un archipiélago y en otra distinta un continente. Opina que las serpientes, las ranas, los monotremos y los marsupiales pasaron á través de este continente desde el sur de la América á la Tasmania, durante un período Terciario cálido.

En 1894, el doctor H. von Ihering, en un trabajo titulado *Antiguas relaciones entre la Nueva Zelandia y la América del Sur*, defiende la existencia, en la era mesozóica, de un continente que él denomina Archiplata.

Este continente comprendía Chile, Patagonia y continuaba en el sur del Pacífico. Se sumergió gradualmente, quedando de él primeramente las islas Polinesias, después la Nueva Zelandia y finalmente la Nueva Guinea y la Australia, durante el período eoceno. Unióse después á otra superficie (Archegonia) que formaban las tierras altas del Brasil y de Venezuela. El doctor T. Amigheus escribe á favor de un continente Pacífico meso-

zóico para explicar la relación de los marsupiales del eoceno en Patagonia con los de la Australia. Este trabajo ha sido favorablemente comentado por el doctor Zittel.

En 1896, el doctor Deane, en su alocución presidencial en la «Linniana, de Nueva Gales del Sur», hace notar que hay motivos para suponer que al fin del período mesozóico, antes que se verificase la evolución de un orden superior de mamíferos, debió haber existido un territorio habitado ya por los marsupiales, el cual se separó en aquel período del resto de las tierras al norte, es decir, una parte del territorio ya existente de la Gondwana de Suess (ó el Antártico de Forbes) en el cual debió verificarse la diferenciación de los marsupiales. Y aún pudiera añadirse que esta tierra, en que los caracteres pudieron modificarse, estaba al fin del mioceno ó comiezos del plioceno, unida á la Tasmania, y en vista de esto, llegará la conclusión de la existencia de superficies territoriales que se extendieron por las regiones Antárticas, al fin de la época mesozóica y en los tiempos primitivos terciarios. A propósito de la flora del este de la Australia, hace notar que, mezclada á esta flora, especialmente en el sur, hay un grupo de plantas propias de las regiones templadas del norte, y que, al parecer, han llegado á las tierras antárticas, descendiendo á lo largo de la cordillera de los Andes hasta la extremidad de la América del Sur, dejando huellas sobre esta ruta y franqueando desde allí, gracias á uniones terrestres, que entonces existían y hoy han desaparacido, el espacio que separa este continente de la Nueva Zelandia, de la Tasmania y de las montañas de la Nueva Guinea y de Borneo. Con respecto á los Proteáceos (orden al cual pertenecen los banksias, grevilleas, hœkees, personias y tœlopeas de la Australia) es de notar que su origen se remonta á una época en la que debía haber cierta conexión ó unión entre el Este de la Australia y el Sur del Africa.

Debo manifestar aquí mi conformidad con la observación del doctor Deane respecto á la distribución de los Proteáceos, especialmente los de los Alpes australianos, y de su relación con las formas Sud-africanas.

El doctor Thomas Gill, en la *Nature,* afirma que la existencia del género Galaxio (trucha de Nueva Zelandia, de Tasmania y de Australia que se ha encontrado en la América meridional) no puede explicarse sino por la hipótesis de una unión anterior.

El profesor Leydekker, refiriéndose al hallazgo, en la América del Sur, de un mamífero de apariencia australiana y ligado más próximamente al thylacenus tasmaniense y á su aliado el sacorphilas, afirma que es imposible comprender el origen de este tipo sin admitir que sus antepasados vivieron en un territorio existente, primitivamente, entre el oeste de la Australia y el este de la América meridional.

Hace algunos años, en Filadelfia, en una reunión de Sociedades científicas afiliadas de la América, suscitóse una discusión sobre la flora y la fauna de las regiones antárticas y de otras adyacentes. El doctor Angelo Heilpun hizo presente que, conforme á las formaciones geológicas, este continente estuvo en una época unido á la Australia, á la América del Sur y quizá al Africa. W. B. Scott opina, igualmente, que el estudio de los fósiles de animales demuestra que algunas formas Australianas se encuentran en la América del Sur, lo cual indica una unión entre la Australia y el continente del Sur, y más tarde entre la América del Sur y este territorio.

En la última reunión de la Asociación Británica verificada en Bradford, el profesor Scott, describiendo la geología y la paleontología de la Patagonia y los resultados de la exposición de la Universidad de Princeton, dirigida en 1897-99 por M. Hatcher, manifiesta que la fauna fósil de la Patagonia se asemeja, de una manera sorprendente, á la de la Australia y Nueva Zelandia, y constituye una prueba casi concluyente de una antigua comunicación terrestre entre la América del Sur, Australia, Nueva Zelandia y probablemente el Africa del Sur.

En un artículo inserto en la *Fortnightly*, sobre la *Vida de la Atlántida desaparecida,* Saint-George-Mivat se refiere á la importancia del descubrimiento de una nueva familia de marsupiales *(conolestes obscuros,* animal semejante á un ratón), y los considera como una supervivencia de los epotorideos, que proporcionan una excelente prueba de que el sur de la América y la Australia han debido estar reunidas, atravesando el Atlántico tierras secas, si no es que existió un continente Antártico, del cual la América del Sur y la Australia serían dos ramas distintas y divergentes.

El profesor Tate, del sur de la Australia, dice que la Australia, hasta el momento del depósito de los lechos marinos cretáceos extendidos (que ocupaban los niveles bajos de las regio-

nes interiores), presentaba el aspecto de un gran archipiélago cuyas masas insulares se unieron al fin de este período, y que la antigüedad de la superficie actual de Australia, de una manera general, es post-cretácea, si bien es cierto que algunos tipos de la fauna jurásica del hemisferio norte quedaron aún en las regiones australianas, como los trigonias, los caratodos y los marsupiales, entre los animales, y las eyeactas y las coníferas entre las plantas. Es necesario referirse á la América del Sur por ser el territorio de donde proceden los polyprodontoides y por presentar este país en su fauna eocena de marsupiales alianzas muy próximas con las formas australianas de la Edad pliocena. En las formas australianas de fines de la época cretácea y comienzos de la eocena, se encuentran tipos cosmopolitas, consistentes en una mezcla de formas generales, de las cuales algunas son propias de las regiones templadas y subtempladas del hemisferio norte, tales como el alder, el birch, etcétera, mezcladas con otras exclusivamente australianas, como los eucalyptus, banksias y arancarias, haciendo esto suponer que la diferenciación de la flora australiana tuvo lugar hacia los tiempos post-eocenos.

Las investigaciones recientes hechas por el doctor W. T. Blandford sobre la antigüedad geográfica de la tierra de Gondwana, gran continente meridional del cual forman hoy restos aislados la Australia, la península Indica, el Africa del Sur y la América del Sur, prueban que cada una de estas masas terrestres contienen restos de la flora especial Gondwaniana, envueltos en lechos de guijarros especiales, de origen glacial. De aquí no se sigue necesariamente que se extendiera una superficie continental sin interrupción, en una misma época, desde la América del Sur, á través del Africa y la India, hasta la Australia; pero sí que esta región debió ser en su mayor parte terrestre en la época en que existieron más tierras de las que hoy existen en el Océano Pacífico.

Mis trabajos geológicos personales sobre los lechos carboníferos Jurásicos de Victoria, están de acuerdo con las observaciones del doctor Blandford.

Las exploraciones geológicas recientemente hechas en la región de los Himalayas, por oficiales encargados de los estudios geológicos en la India, han descubierto la elevación de lechos terciarios en esta región, correspondiente á una depresión de la

región del Sur y del Sudoeste, es decir, hacia la India peninsular, y la transformación en superficie terrestre de los mares que anteriormente existían al norte.

No sería difícil citar otros hechos que corroborasen, desde el punto de vista de la historia natural y de la geología, las observaciones que indican la existencia de un gran continente meridional entre la mitad y el fin del período mesozóico, cuyas tierras se disgregaron y parcialmente se sumergieron durante la época terciaria.

Me parece perfectamente claro, admitiendo la teoría que considera formado el «gran continente Antártico», de Forbes y Scott, por las tierras de Gondwana, de Suecia y Blandford, lo mismo que admitiendo la teoría que afirma le formaron el continente Pacífico Mesozóico de Huxley, Hutton, Hedley y otros, me parece perfectamente claro, repito, en cualquiera de los dos casos, que existen pruebas numerosas de los importantes hechos consignados en la *Doctrina Secreta*, en lo que se refiere á la existencia de una extensa superficie continental en el hemisferio sur, á la cual se ha dado justamente el nombre de Lemuria. La admisión de esta tierra explica de una manera racional una porción de anomalías, y ayuda á solucionar algunas dificultades hasta aquí inexplicables en la evolución y distribución de las formas orgánicas.

Admítese generalmente que el «verdadero objeto de la ciencia» es hallar la unidad en medio de la variedad, y por la combinación del pensamiento y de la observación, descubrir la uniformidad de los fenómenos entre las apariencias de los cambios.

Cuanto más estudiemos la naturaleza, más pronto llegaremos á sorprender la unidad, que es la base de todos los fenómenos, aun de aquellos que, por lo complejo de sus relaciones, parecen ser el resultado de la casualidad ó del mero accidente.

Todo es parte de una unidad admirable, cuyo cuerpo es la naturaleza y el alma, su Dios, que al sol presta su calor, su frescura á la brisa, su brillo á las estrellas y sus flores á los árboles.

James STIRLING.

(De la *Revue Theosophique française*, trad. de **M. C.**).

DE LA INMORTALIDAD DEL ALMA

(Conclusión).

Henos aquí delante de la ilusión natural y fundamental que es preciso analizar y descubrir para llegar á la noción de la vida verdaderamente real y eterna.

Nos parece que la existencia consciente es la sola existencia verdad, que un sér sin conciencia de sí no se posee á sí mismo, y por lo tanto, es como si no existiese. Pero, ¿por qué nos parece eso así? Porque precisamente si no somos objetos concretos ó reales, si no poseemos naturaleza individual que nos sea verdaderamente propia, no existimos sino por la conciencia del yo, que es en el fondo puramente ideal, una simple idea ó apariencia de un objeto real, invisible y permanente. Es porque no hay en nosotros, como individuos, nada verdadero ó verdaderamente real, sino la conciencia de sí, que nos parece ser lo más esencial, y es precisamente la naturaleza ilusoria de la vida consciente, la que nos la hace creer como la sola vida real. Un sér absoluto ó verdaderamente real, es decir, poseyendo una naturaleza verdaderamente propia de sí, poséese por su propia naturaleza y no tiene necesidad de poseerse en la idea ó en la conciencia; es, en realidad, lo que somos en la idea ó en la apariencia: un yo. La existencia absoluta es, pues, así, superior á la existencia consciente, tanto como lo es la realidad respecto de la apariencia. Así no podemos participar de la existencia real y eterna, de la verdadera posesión de nosotros mismos, sino renunciando á nosotros, á nuestro yo consciente, que es ilusorio, y resignándonos necesariamente al aniquilamiento. No es nuestro yo empírico, con sus anomalías, sus defectos y sus miserias, sino sólo la mejor parte de nosotros, la que puede sobrevivir eternamente, y es á la edificación de ella, y á nuestro refugio en la misma, á la que debemos consagrar todos nuestros esfuerzos. Nuestro verdadero yo está á cubierto de la nada.

No podemos, es verdad, formarnos idea alguna de esa existencia supra-consciente, si puede decirse así; pero tenemos de ella, por lo menos, una certidumbre perfecta. Es un hecho que tiene sus análogos en nuestra experiencia. Probablemente, cada uno de nosotros se ha encontrado con cosas ó hechos de los que ni remotamente sospechaba antes de hallarlos, pero los que no eran menos reales por eso. Un ciego de nacimiento no puede formarse ninguna idea de la luz y de los colores, y una y otros existen, pudiendo el mismo ciego cerciorarse de ello por el testimonio de los demás hombres. Así es la existencia real y absoluta; nosotros no tenemos de ella una idea concreta, sino sólo un concepto abstracto, pero que no es menos cierto para nosotros. Poseer la idea de lo absoluto, de lo divino y de lo eterno, es ya un anticipo seguro, algo como una letra de cambio, sobre la eternidad ó la inmortalidad: el entusiasmo ó la práctica del bien, la renuncia á sí mismo y la caridad, hacen la participación en la existencia eterna más viva y la certidumbre en ella más completa. Así es como el hombre está segurísimo de su inmortalidad, y la goza desde el presente.

En teoría, la mayor parte de los hombres son incapaces de comprender la renuncia á sí mismo; no pueden traspasar el egoísmo natural, fundado en la ilusión ó apariencia de un yo absoluto en ellos, pareciéndoles que lo que no aprovecha á su yo consciente no es una completa ganancia. Así es como en sus horas de reflexión anhelan una inmortalidad consciente; esforzándose en creer en ella. Pero felizmente son capaces en la práctica de muchas cosas que en la teoría no comprenden. Un acróbata no puede justificar matemáticamente los movimientos que hace para mantenerse en equilibrio sobre su cuerda, ni un buen jugador de billar puede dar una demostración completamente científica de las tacadas que hace; pero eso no les impide á uno y otro en su ejercicio. Lo mismo ocurre en nuestro caso. En teoría, los hombres son en su mayor parte incapaces de comprender la renuncia de sí; pero en la práctica de la vida, esa renuncia no es un hecho rarísimo. Ved ese pobre soldado que cae herido de muerte en el campo de batalla; entérase de que los suyos han vencido, y muere contento. Ha salido de sí mismo, se ha identificado con algo más grande y duradero que él, su patria, y muriendo individualmente por completo, tiene la certeza de sobrevivir en una existencia más larga. Y hombres seme-

jantes encuéntranse á millares, y aun á millones, como lo prueba esta frase que se ha hecho popular: «Es dulce morir por la patria.» *(Il est doux de mourir pour la patrie)*. En efecto, dad á un hombre una gran causa que defender, y encontrará naturalísimo sacrificarse por ella, aunque, entregado á sus reflexiones, no comprenda la posibilidad, ni sobre todo, las ventajas del sacrificio de sí. Los hombres tienen, pues, el sentimiento íntimo de que su verdadero yo, no es el yo consciente, aunque no tengan de ello una idea clara. Sabemos ya nosotros lo que dificulta en esta materia el estado real de las cosas. Es la ilusión de un yo absoluto, ilusión sobre la cual descansa nuestra misma individualidad consciente y que produce naturalmente el egoísmo; la tendencia á conservarse y satisfacerse á toda costa. Pero es cierto que el yo consciente está de necesidad consagrado á la muerte, y para vencerla no por medios de vanas imaginaciones, es preciso vencer su egoísmo natural y despojarse del yo empírico, que sólo es un fantasma, y que la muerte, por consecuencia, no es el aniquilamiento de lo que hay verdaderamente de real en nosotros.

Echemos todavía una mirada sobre el conjunto de las cosas. Nos hallamos en presencia de dos realidades heterogéneas; de un lado tenemos la certeza de la existencia de Dios, que es el bien y la verdad pura, el sér perfecto, constituyendo en su perfección la naturaleza normal de las cosas; y de otro, vemos la naturaleza física, en la que estamos, y de la cual no cesamos durante la vida de formar parte, y comprobamos que descansa sobre las ilusiones ó apariencias y que está llena de mal y anomalía. En principio, entre Dios y la naturaleza física hay un abismo infranqueable, una incompatibilidad absoluta. Dios es el bien y la verdad pura, y el bien excluye y condena absolutamente toda comunidad con lo falso, el error y la mentira. Cuando se desconoce esta incompatibilidad absoluta entre Dios y la anomalía, se falsea la conciencia moral y se desorganiza inevitablemente el dominio del pensamiento, como lo prueba la historia de todas las religiones y filosofías, pues desconocer esta incompatibilidad es desconocer el sentido mismo de la distinción del bien y del mal y el de lo verdadero y lo falso.

Dios no puede, pues, considerarse ni como causa ni como la substancia de las cosas de este mundo, puesto que no puede tener nada de común con los elementos anormales de la naturale-

za física. Sin embargo, no podemos dudar que existe entre Dios y el mundo un lazo, por completamente incomprensible que sea, puesto que Dios es la naturaleza normal y absoluta de las cosas, ya que en nosotros mismos estas dos cosas se encuentran de un modo tan manifiesto. Nosotros somos, efectivamente, productos de la tierra, no existiendo sino por la fuerza de una ilusión, y estamos sometidos, en cuanto al pensamiento y á las manifestaciones superiores de la vida á condiciones ó restricciones físicas; pero, al propio tiempo, conocémonos como hijos de Dios y como órganos de lo divino de este mundo; porque la idea de Dios ó de lo absoluto, es nuestra ley lógica fundamental, el principio de toda certidumbre racional; y la tendencia hacia Dios, es decir, hacia el bien verdadero ó absoluto, es la ley de nuestra naturaleza moral. Comprobamos en Dios la naturaleza normal de las cosas, por consecuencia de nuestro verdadero yo, y la conciencia de ese parentesco y comunidad con Dios arrebátanos por siempre de la nada. Tal es, pues, el fundamento de nuestra vida espiritual, que es preciso no perder de vista.

Fijando la atención exclusivamente en la anomalía que contiene el mundo: los vicios y los sufrimientos, las ilusiones y los errores, el egoísmo feroz y la guerra incesante de todos los séres y la fragilidad de su existencia, puede perderse la razón y desear el aniquilamiento de todo, porque la existencia de la anomalía es para la razón una angustia insondable, un abismo de incomprensibilidad. Que haya cosas que no deben ser, que no tienen derecho á existir, es para ella un enigma terrible y que no admite solución; pero al comprobar la presencia del elemento divino en nuestro pensamiento y en nuestra conciencia moral, nos vemos elevados en la región pura, serena é inmutable de lo absoluto. El doloroso enigma que presenta la existencia de la anomalía no está resuelto, pero encontramos que una parte de nuestro sér—la única que debe tenerse en cuenta—se sustrae á aquélla. Por tal lado se abre en nosotros el camino de la salvación, que se comprueba plenamente en sí y fuera de sí.

No hace muchísimo tiempo que la humanidad ha salido de la barbarie, y sin embargo, ¡cuántos hombres verdaderamente divinos ha producido ya! Héroes, en el sentido moral, que no han dejado de practicar, durante toda su vida, la renuncia á sí mismos y la caridad; inteligencias luminosas que han abierto al espíritu humano caminos y horizontes nuevos; poetas y artistas

maravillosos, que han creado la imagen de un mundo ideal, reflejo de la perfección que es la naturaleza normal ó divina de las cosas, son otras tantas pruebas de la presencia de lo absoluto ó de lo divino en el seno de la humanidad, para el que no encuentre la prueba inmediata en sí mismo.

La humanidad no es más que la más alta expresión de la naturaleza física, y los fines superiores que persigue con conciencia, antes que por ella, han sido perseguidos por la naturaleza inconsciente. La misma existencia del hombre lo prueba. Sólo aquellos que todavía no se han elevado á sí mismos sobre la animalidad, ó que tienden—aunque sólo teóricamente—á su regreso, pueden creer que la aparición del hombre sobre la tierra se ha debido á causas exteriores ó fortuítas, á cualquier «selección sexual». Por lo contrario, el que posee la noción clara de lo absoluto y la conciencia de la anomalía de las cosas del mundo, tiene por eso mismo la certeza de que la naturaleza, al crear ó engendrar al hombre, persigue un fin superior, fin mismo del que el hombre se pone en conciencia, la realización del bien y la verdad, la ascensión hacia lo divino ó la norma de las cosas. ¿Quién puede dudarlo, por lo tanto, viendo la acción ciega de la naturaleza y las sendas tortuosas que ha seguido para llegar á sus fines? Cualquiera que hubiese contemplado la tierra en las edades en que estaba poblada de reptiles, ¿hubiera previsto ó creído que sobre la misma aparecería un día un sér capaz de medir los cielos visibles, y lo que es más, alcanzar la noción de lo absoluto y penetrar todas las apariencias naturales que encubren la visión real de las cosas? Sin embargo, tal prodigio se ha cumplido, no á la manera de un milagro vulgar, sino mediante una evolución lenta, á través de obstáculos y desviaciones sin cuento.

Tal es el poder de lo divino en el mundo, aunque Dios no sea una causa física. ¡Y nosotros, hijos privilegiados de la creación, destinados á promover los fines supremos de la naturaleza y á participar por una parte de nuestro sér del carácter divino ó absoluto, habremos de resolvernos en la nada! ¡Cuanta cosa divina se edifique en nosotros, ha de desaparecer, sin dejar rastro, después de nuestra muerte! No; todo lo que tiene y está marcado con el carácter divino, es imperecedero; nuestra inmortalidad la tenemos asegurada por el hecho mismo de que poseemos una religión.

Véase ahora claramente cuál es la verdadera naturaleza de la religión. La religión no consiste, como se imagina con frecuencia, en creer ésto ó aquéllo, y en practicar diferentes ritos ó diferentes ceremonias. No debe considerarse tampoco como un traje de fiesta que se saca sólo los domingos. La religión es una vida superior, una vida consagrada al culto del bien y de lo verdadero; pues el Dios objeto de la religión, no es otra cosa que el bien y lo verdadero puro, el sér supremo y perfecto, la norma de las cosas. No puede ni debe haber ninguna separación entre la religión y la vida. La religión no puede constituir toda la vida, sin embargo, pero la da el tono ó el espíritu, aunque no la dé el contenido, que no podemos tomarlo sino de la naturaleza física. Esto es lo que dos grandes maestros, Buddha y Cristo, parecen haber desconocido. Tuvieron ambos una visión demasiado estrecha de la vida humana, una visión en la cual no había lugar para la ciencia, para el arte ni para la industria, y sin todo eso sería demasiado vacía y pobre en todos respectos. El ideal no es el harón y el mendigo, sino el trabajador, no por una vida ascética y monacal, sino una vida activa consagrada á la realización del bien y la verdad. Por esto es preciso tratar de adquirir, no solamente virtudes y conocimientos, sino también bienes materiales. La persecución de los bienes físicos no es perniciosa ni degradante sino cuando se les toma neciamente por bienes reales ó verdaderos, y se hace de ellos el objeto final de los propios esfuerzos y de la codicia, como desgraciadamente se hace por la mayor parte de los hombres, especialmente en nuestros tiempos. Pero los bienes físicos pueden encontrar un empleo que les confiera el carácter de bienes reales, á saber: cuando se les emplea en aliviar la miseria y en reparar la injusticia que pesan sobre una gran parte de la humanidad.

No es, pues, la naturaleza de la actividad de los hombres lo que es preciso cambiar, sino únicamente el espíritu que los anima. La vida de la humanidad no seguirá un curso normal, sino cuando cada uno, completamente ocupado en sus asuntos, no olvide nunca que el bien verdadero ó real, la salvación y la inmortalidad, están en la renuncia á sí mismo, en la consagración á lo que es divino y eterno: el bien, la verdad y la justicia.

Africano A. SPIR

Trad. de R. U.)

Notas: Recortes: Prensa extranjera.

De índole oficial.—Dos nuevos estudios sobre Sánchez-Calvo.—Recuerdos de la estancia en España del presidente Olcott.—Revista argentina «Philadelphia».—Nueva Revista.—Congreso teosófico.

De índole oficial.

a) La *Sociedad de Publicaciones Teosóficas* de Londres, que hasta hoy tenía su local en Lanham Place 3, W, lo tendrá en lo sucesivo, y á partir de este año, en ***161, New Bond Street, W.*** No es preciso advertir que este cambio sólo afecta á la *Sociedad de Publicaciones Teosóficas* de Londres, y no á las de New-York, Chicago y Benares.

b) El desarrollo de la S. T. en Cuba progresa. Desde 1.° de Diciembre último ha quedado constituída una nueva Rama en Scti-Spíritus con el nombre de «Bhakti-Gyam» formada por once entusiastas y decididos teosofistas. Felicitamos de todo corazón á los teósofos de Cuba, especialmente á los fundadores de la nueva Rama y á nuestro colega D. Manuel Janer Román, propagador entusiasta que comienza hoy á recoger el fruto de su celo y actividad.

c) Según los datos que vemos en el *Theosophist* de Enero, he aquí el número de *Secciones* y de *Ramas* dentro de éstas que constituyen actualmente la Sociedad Teosófica, fundada, como es sabido, en 1875. (En esta lista no están incluídos los *Centros* sino las *Ramas* solamente).

Sección Americana	70	Ramas.	Sección Neozelandesa	9	Ramas.
» Hinda	375	»	» Francesa	20	»
» Inglesa	42	»	» Italiana	12	»
» Escandinava	15	»	» Alemana	11	»
» Holandesa	14	»	Varias no clasificadas	17	»
» Australiana	13	»			

Dos nuevos estudios sobre Sánchez-Calvo.

La campaña iniciada por nosotros hace años con objeto de atraer la atención sobre el pensador y teósofo español Sánchez-Calvo (hasta no ha mucho desconocido para la generalidad), cuenta con dos nuevas

tentativas, publicadas en *Nuestro Tiempo* una de ellas y en *Helios* la más reciente. La índole de los dos trabajos es muy desigual, y si lo hemos de decir todo, desigual hasta en la calidad. El primero de ellos es un extenso trabajo de Edmundo González-Blanco en el que, sin haberse llegado á un estudio concluyente sobre el autor de *Los nombres de los Dioses*, se observa desde luego imparcialidad y cierta apreciación de los excepcionales méritos de éste; hay momentos en que no hubiera dicho tanto sobre el admirable y sutil filósofo su más decidido admirador. Por otra parte, con una justicia que honra al Sr. González-Blanco, recuerda el papel que ha desempeñado SOPHIA en la popularización de Sánchez-Calvo. He aquí lo que dice sobre el particular:

«... La revista teosófica SOPHÍA ha sido la única publicación española que, por la índole natural de su finalidad científica, ha venido dando cabida en sus páginas en repetidas ocasiones á trabajos ó noticias sobre Sánchez-Calvo. De ellos recuerdo: *Pensamientos* (Diciembre de 1899); *Un capítulo del pensador español Sánchez-Calvo* (Julio de 1901); *Con motivo de la muerte de Leopoldo Alas; el Asunto Sánchez-Calvo; una carta inédica del Sr. Alas sobre el particular; la herencia intelectual de Sánchez-Calvo*, por V. Díaz-Pérez (Agosto de 1901); *Una opinión sobre la raza turaniana* (Octubre de 1901); Noticias acerca de una *Carta de Don Juan Valera* (Noviembre de 1901); *Los filósofos desconocidos: E. Sánchez Calvo*, por P. González-Blanco (Septiembre de 1902), etc.»

En la imposibilidad de hacer un detenido análisis de las catorce páginas que el Sr. González-Blanco consagra al teósofo español, recomendamos su lectura (están publicadas en el número 34 de 1903 de *Nuestro Tiempo)*, concretándonos aquí á transcribir dos párrafos que sintetizan la opinión del crítico sobre el autor de la *Filosofía de lo maravilloso positivo*. Dicen así:

«... Sánchez-Calvo ha sido el *único* cultivador de la ciencia de las religiones en España durante el pasado siglo. Espíritu genial, lleno de fuego y de entusiasmo religioso, tenía á la vez poderosas facultades de examen, de análisis, de crítica, y una curiosidad universal por los símbolos antiguos, que le daban la sangre fría del verdadero filósofo, que en las supersticiones más bajas de la historia humana no ve más que motivos de meditación y estudio. Lo mismo que hay quien se embriaga respirando el olor de las flores marchitas, Sánchez Calvo se

embriaga percibiendo de muy lejos el perfume del azahar escondido en los desolados jardines del pasado. Fruto de sus desvelos y del amoroso y sostenido afán con que siguió el movimiento de la mitología comparada durante su laboriosa existencia, son las dos obras que harán imperecedera su memoria en nuestra historia científica: *Los nombres de los dioses* y la muy original é ingeniosa *Filosofía de lo maravilloso positivo*. La primera nos ofrece en algo desordenada disposición la gran masa de datos que posee la lingüística moderna para construir un sistema coherente de mitología comparada. La segunda es un ensayo brillante intentado para establecer en el terreno de los fenómenos de ocultismo y de sugestión en general el concubinato sagrado de la religión y la ciencia...

»La *Filosofía de lo maravilloso positivo*, pertenece á una clase de libros que no pueden tomarse en las manos sin experimentar una especie de vuelta á la vida de la fe. Semejante á esos insectos, que una vez introducidos en el tronco de un árbol lo corroen en una noche, la obra de Sánchez-Calvo, una vez posesionada de nuestro espíritu, carcome los más arraigados dogmatismos de nuestra razón. Todo cuanto se ha hecho hasta ahora para armonizar la razón con la fe, no es más que un puente de barcas; sirve, es verdad, para pasar de una á otra orilla, pero no tiene raíces en el río de ideas que debajo va corriendo, y que, según la feliz expresión de un filósofo, acaba de llevarse el antiguo puente de la revelación, de la teología, de lo sobrenatural. Paréceme que desde que se ha atravesado Sánchez-Calvo en la cuestión, ya no puede colocarse ésta en el punto tradicional, en el punto en que la colocó, por ejemplo, Jacquelot, con su tratado *De la armonía de la fe y la razón*. No, no es posible fundar la verdad de la religión en fórmulas abstractas, negando lo maravilloso; es preciso, por lo contrario, considerar lo maravilloso como un hecho positivo, y hacer ver hasta qué punto está conforme con las leyes de la naturaleza. Esto es lo que intenta Sánchez-Calvo, y esto es lo que hace tansujestiva y tentadora su exposición...»

Así habla el Sr. González-Blanco del interesante teósofo español en la revista *Nuestro Tiempo*. Dijimos que el otro trabajo era de distinta índole y aun calidad del que la memoria de Sánchez-Calvo debe al Sr. González-Blanco, y nada tan cierto. Salido de la pluma del P. Cejador (jesuíta tan buen gramático como poco afortunado crítico y filólogo) no tiene otro valor que el que el público poco informado de estos asuntos (que en Alemania constituyen carreras especiales) quiera concederle. A nosotros nos parecen parciales y sectáricas sus conclusiones. Insistiremos sobre esto en mejor ocasión para demostrar que no

basta ser autor de una excelente gramática griega para juzgar del mérito de un filósofo como el de que venimos hablando.

Recuerdos de la estancia en España del Presidente Olcott.

The Theosophist, en su número de Enero, cita algunos nombres de teosofistas españoles. En las interesantes memorias que el Presidente Olcott viene publicando con el título de *Old Diary Leaves* (hojas de un viejo diario), que pudieran considerarse como una historia íntima de la S. T., refiere el antiguo compañero de H. P. B. su breve estancia en España en Junio de 1895. Consagra, con este motivo, frases cariñosísimas en recuerdo de «those splendid Spanish colleagues of ours...» Mr. Xifré, Duque de Plasencia, Melián y Treviño, y expone sus impresiones sobre España. Es curiosa la *Nota Ejecutiva*, dictada sobre el asunto Judge, escrita en Zumárraga el 5 de Junio de 1895 y que se inserta en este mismo número de *The Theosophist.*

Revista argentina «Philadelphia».

Hemos recibido el tomo VII de la revista teosófica *Philadelphia*, de Buenos Aires. Forma un lujoso y abultado volumen repleto de lectura que habla mucho en favor de la actividad de los teosofistas argentinos. Entre los trabajos que forman estas 327 páginas de lectura merecen especial mención los debidos al Sr. Sorondo: *El pretendido antagonismo entre la Ciencia y la Religión* y *Nuevas comprobaciones,* del que hemos de hablar con motivo de un próximo estudio referente á las experiencias del doctor Bose. Entre los traducidos aparecen *La vida de un cristal*, del notable escritor científico Stirling; *La misteriosa ciudad de Honduras*, de Lacordaire; *El Silencio místico*, de Revel; el *Buddhismo en el Extremo-Oriente,* por Omoie Totzanestsuke; la *Doctrina del Conocimiento según el Bhagavad Gita*, de Frank Hartmann; el estudio de Thecla de Mommerot sobre H. P. B. titulado *Una maga moderna* y otros. Al citar este último nos permitimos recordar á nuestros queridos compañeros de América lo útil que es para todo género de investigaciones, y en especial para las teosóficas, el orientar á los lectores acerca de las fuentes de donde se toman los trabajos. Nada tan agradable y útil al lector teosofista como el saber, por ejemplo, que el extenso estudio acerca del inolvidable maestro H. P. B. titulado *Una maga moderna* (que con muy acertado acuerdo inserta *Philadelphia* en este volumen VII) está tomado

de una revista no teosófica *La Revue* (número de Marzo de 1903), con lo cual se explicará cualquier lector el especial punto de vista de la autora y algunas de las apreciaciones de ésta. También sería conveniente indicar, no ya que todo lo insertado de la obra *En las cuevas y selvas del Indostán* (de la página 278 á la 325) ó del admirable Mæterlinck *Lo Porvenir* estaba tomado de las modestas páginas de Sophia, sino que el extenso estudio inserto con el título de *Las artes y ciencias en la antigüedad* era un capítulo de la admirable obra *Isis sin Velo*, de H. P. B., publicada en España por el entusiasta y abnegado propagandista señor Maynadé, de Barcelona (Tapinería, 24). El publicar un capítulo de una obra sin indicación alguna, aún más, con un título especial, puede originar verdaderas confusiones, errores y citas falsas, que tenemos el deber de evitar. No haciendo esto que indicamos podemos ser culpables de haber desorientado á más de un lector.—V. D.-P.

Nueva Revista. Según noticias recibidas de Montevideo, nuestro querido amigo Sr. Vallés y Vargas, del Perú, tiene muy adelantados los trabajos para la publicación de una Revista Teosófica-Latino-Americana, que será el órgano oficial de todas las Ramas de la América Latina. La idea ha sido acogida con entusiasmo por todas las Ramas argentinas lo mismo que por las establecidas en el Uruguay, Chile y Perú. La revista se imprimirá en Buenos Aires, y será dirigida por el entusiasta é ilustrado teosofista de aquella capital D. F. W. Fernández, estableciéndose la redacción y administración en Montevideo.

Vivos deseos sentimos de que aparezca ese nuevo órgano del teosofismo en América, deseándole mejor éxito que á sus hermanos del otro lado del Atlántico que hasta hoy, exceptuando en cierto modo *Piladelphia*, de Buenos Aires, no han salido de una modesta esfera de acción. Por lo que pudiera valer, recordamos á nuestros colegas encargados de redactar la nueva revista, que pueden contar con nuestro apoyo, si bien les recomendamos mucho más que publiquen trabajos originales, con los cuales se acreciente la literatura teosófica, apartándose de la inserción de originales ya publicados en castellano y conocidos de todos.—M. T. V.

Congreso teosófico. En la próxima primavera se celebrará en Amsterdam un Congreso teosófico en el que se reunirán las Secciones Europeas federadas. En nuestro inmediato número publicaremos las noticias que se nos remitan. Por ahora anticiparemos que el lenguaje oficial del Congreso será el inglés, si bien la correspondencia podrá ser dirigida asimismo en español, alemán, francés, italiano y holandés. El secretario general es Mr. Johan van Manen (Hawkswood, Baildon, Yorkshire, England). Las materias de que se tratará en el Congreso estarán clasificadas con arreglo á los tres principales objetos de la Sociedad Teosófica, de esta manera:

Sección A.....	Fraternidad.................. (*a*) Historia........... (*b*) Filosofía........... (*c*) Práctica...........	Correspondiendo al 1.re objeto de la Sociedad Teosófica.
Sección B.....	Religiones Comparadas, Misticismo, Folklore, etc...........	Correspondiendo al 2.° objeto de la Sociedad Teosófica.
Sección C.....	Filosofía.....................	
Sección D.....	Ciencia (incluyendo las «fronteras» de la misma)...............	
Sección E.....	Arte.........................	
Sección F.....	Administración, Propaganda, Método de trabajo.............	
Sección G.....	Ocultismo..	Correspondiendo al 3.er objeto de la Sociedad Teosófica.

LAS HORAS DEL SILENCIO

Nuestro sentido vuela hacia arriba; así es un símbolo de nuestro cuerpo el símbolo de una elevación. Los símbolos de esas elevaciones son los nombres de las virtudes.

Así atraviesa el cuerpo la historia, luchando y elevándose. Y el espíritu, ¿qué es para el cuerpo? Es el heraldo de sus luchas y victorias, su compañero y su eco.

Todos los nombres del bien y del mal son símbolos; no hablan, se limitan á hacer señas. ¡Loco el que quiere pedirles el conocimiento!

Hermanos míos, estad atentos á las horas en que vuestro espíritu quiere hablar en símbolos: entonces asistís al origen de vuestra virtud.

(NIETZSCHE. *Así hablaba Zarathustra.* De la virtud dadivosa).



«DE LA NATURALEZA DEL UNIVERSO» (1)

POR EL PITAGÓRICO OCELO LUCANO

(Traducción directa del latín, hecha especialmente para SOPHÍA.)

CAPÍTULO TERCERO

EN verdad que la aparición y origen de los primeros hombres, así como la de los demás animales, no han ocurrido saliendo de la tierra como las plantas, como ornato y embellecimiento del mundo, han existido siempre, para lo que la naturaleza ha estado constantemente dispuesta. El mundo (Κόσμος) (2) ha existido siempre desde el principio. ¿Pero de qué partes está constituído? Sus partes son el cielo y la tierra y la parte media interpuesta entre uno y otra: ó μετάροιον, lo sublime, el empíreo, lo que llamamos el aire. Estas partes no son él, sin embargo, pero con él y de él se concretan y perfeccionan. Siendo en concreto el mundo (Κόσμος).

Existen conjuntamente estas partes formando el contenido. El cielo lo determinan el Sol, la Luna, los planetas y las estrellas fijas en ciertos lugares. En la tierra se dan los animales, las estirpes, las plantas, el oro y la plata. Finalmente en la región sublime ó aérea, región de los espíritus y de los vientos, se dan las variedades y mutaciones del calórico y la frigidez. Pero aunque del mismo cielo, todo esto es propio, comprende principalmente las cosas que contiene en su peculiar ámbito. La tierra sostiene las plantas que la pueblan y á los mismos animales que como parte los utilizan. La región sublime se vindica á ser porque en ella es posible engendrar siendo engendrada.

Desde luego en alguna parte fué colocada la eximia especie

(1) Véase el número de Enero de SOPHIA del corriente año.

(2) Aquí la palabra mundo (Κόσμος) la usa el autor como el planeta habitado por la humanidad. Siempre que las palabras Mundo, Orbe, Universo, etc., se prestan á alguna confusión, las hemos puesto entre paréntesis para que el lector vea el sentido en que las toma Lucano.—(R. U.).

humana. Por ejemplo, los dioses en el cielo, los hombres en la tierra, los demonios (δαίμονες) (1) en lo sublime y así sucesivamente el género humano es perpétuo (2), porque el mundo (Κόσμος) no sólo contiene una parte, sino que con todas las suyas existe.

A las partes de la tierra les es forzoso el cambio y la destrucción, así algunas veces el mar se esparce, cuando el viento la dilata sobre la tierra y la retira después. Sin embargo, la constitución de la tierra de ningún modo puede perecer ni ser destruída con el tiempo.

En la historia de Grecia se lee que Inaco argivo (3) fué el primer rey, y ésto se interpreta entendiendo que inicia el cargo, pero no como que lo funda. Un cambio que termina con una destrucción, ha tenido un origen (4). Así también la tierra griega fué muy extensa antes y después, fué bárbara (en parte) cuando otros vinieron á vivir entre ella, aunque de la misma provenían. Pues ni el acrecentamiento es una restitución, ni el aminoramiento una renovación, según hemos visto anteriormente.

Del Todo (πλυτός), así como del Universo (ὅλον), proceden las cosas. Todo se halla explicado por él que las gobierna, como se ha dicho más arriba.

(Concluirá en el número próximo).

---

(1) Nadie tan lejos de los demonios del cristianismo como estos demonios, verdaderos ángeles.—(R. U.).

(2) Perpetuo porque es parte integrante (ornato) de una parte integrante á su vez del mundo, como da á entender el autor más adelante.—(R. U.).

(3) Primer rey de los argivos, en el Peloponeso.—(R. U.).

(4) Un cambio, es decir, *un primer cambio*, algo que es un contrasentido, como enseña Spir, porque supone un principio, un comienzo, otro primer cambio y así eternamente.—(R. U.).

EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN).

En cuanto á las formas del egoísmo humano, pueden reducirse á tres: forma social, forma psíquica y forma patológica.

En primer lugar (y esto demuestra claramente que no la diversidad de individualidades, sino su limitación, es la causa de las luchas egoístas), hay un egoísmo derivado de la concurrencia individual en el combate por la vida. El egoísmo no proviene sólo de la diferencia ú oposición de las aspiraciones humanas, sino también y más frecuentemente de la identidad de estas aspiraciones, cuando se trata de objetos que no son más que para un individuo. «¡Qué maravillosa armonía—decía irónicamente Sforza—entre mi primo Carlos y yo; los dos queremos una misma cosa: Milán.» Toda la lucha por la propiedad no es más que una expresión económica de esta tendencia general egoísta.

Otra forma del egoísmo consiste en cerrar el espíritu á los males externos, á las cosas desagradables que ofrecen el mundo y los hombres. En esta forma está comprendido el sentimiento de la intolerancia de buena fe, tan común, sobre todo, en el terreno religioso. Hállase en razón inversa del grado perfectivo de cada voluntad: á mayor elevación é ilustración de nuestras facultades morales corresponde mayor tendencia á creer en las virtudes que no entran en nuestros moldes. Y en verdad, si exageradamente convencidos de nuestro desinterés, no creemos en la generosidad de los demás y les tachamos de egoístas, estamos muy cerca de serlo nosotros. No hay como la vanidad moral para cometer grandes errores, ni nada que active más la parte emotiva y egoísta de nuestro ser que los juicios y acciones cuya primera perspectiva ha sido empañada por «el ojo humedecido por la pasión», de que habla Baçon. Desde que no *creemos* en la

bondad del prójimo, nos sentimos sin fuerzas para amarle; pues lo que no es bueno no puede ser objeto de amor, y la creencia, por otra parte, es el principio de la acción amorosa. Así vemos que los que detestan el error no acostumbran casi nunca á seguir el consejo de San Agustín de amar, ni aun de respetar, á los equivocados (1). El mejor ejemplo que puede presentarse es el de Proudhon: «Soy por naturaleza poco modesto; pero franco en mi amor propio, no creo en la modestia de los demás.» Se ha llamado justamente á esta forma de egoísmo el «excepticismo de los débiles», y me parece, sin que pueda demostrarlo, que esta disposición voluntaria se compone de muchas virtudes pervertidas ó maleadas, al modo como toda sensación percibida es una síntesis de excitaciones hasta entonces imperceptibles.

Por último, hay un egoísmo derivado de la neurosis, que trae consigo la creencia de que toda la Creación se ha coaligado en contra nuestra para amargar nuestra vida. Semejante expresión de los sentimientos egoístas entra ya de lleno en el terreno de la patología.

Sería fácil mencionar otras formas de egoísmo no menos lamentables, y que estorban en gran manera el orden, el equilibrio y la armonía de la sociedad. A todas ellas opone el Cristianismo las solemnes sentencias de su doctrina moral, declarando que la caridad es el amor universal sin restricciones, y no sólo el amor á los buenos; un precepto, y no sólo un consejo; un deber, y no sólo una virtud: que eso y no otra cosa quiere decir la Iglesia cuando recuerda las sublimes máximas que ordenan presentar la mejilla izquierda después de haber sido golpeado en la derecha, dar todas nuestras vestiduras al ser despojado de nuestro manto, hacer el bien y soportar el mal, regocijarse en la persecución y amar á nuestros perseguidores. Este es el verdadero *altruismo*, y todo lo demás es maleficencia y arrogancia egoísta, aunque se cubra con el nombre de filantropía.

Acabo de nombrar el Cristianismo, y no es razón que me olvide decir cuán altruistas fueron siempre en los pueblos semitas en general las tendencias religiosas, particularmente el *pro-*

(1) Por eso creo que el enérgico *interficite* del águila de Hipona debiera ser entendido ó traducido por «compadeced», más bien que por «detestad». No es aborrecible todo lo contenido en los humanos errores; la detestación dura podría tomar aquí el traje de compasión tierna.

fetismo, que tan justamente ha llamado á este respecto la atención de Tarde (1). Trátase, en efecto, de un fenómeno enteramente espontáneo, y si se reflexiona, muy sorprendente. Que en un siglo de cosmopolitismo, de civilización expansiva como el nuestro, encarne la idea humanitaria en cualquier místico del sansimonismo, del comtismo, del socialismo, se explica fácilmente. Pero cuando un Isaías, en medio de su pequeña tribu judía, sueña ya una paz y una religión universales, cuando en la estrecha casta india, bajo la tienda del árabe, vemos surgir en toda época, desde la más remota antigüedad, visionarios heroicos que se inmolan á su presentimiento de lo futuro, ¿de dónde puede venir á esas criaturas aisladas, perdidas en un mundo de enemistades, ese profundo sentimiento de simpatía humana, ese ardiente deseo de descubrir la justicia si existe y de hacerla si no existe? Estos ardores tienen su fuente psicológica, ya lo sé, patológica si se quiere, viviente en todo caso; pero ¿qué es lo que esto prueba, sino que la Vida en su fondo y á despecho de su superficie egoísta, injusta, criminal, no puede ser tan inexorable, tan indiferente que no pueda distinguir el bien del mal? ¿Quién sabe si ese fondo, ese fondo está en las cosas de la bondad, y no solamente en la razón?

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO

(Se continuará).

(1) *La logique sociale*, II, 6.



IDEAS Y ESPÍRITUS

Hay espíritus que piensan con luz y otros en la obscuridad; hombres exteriores é interiores; espejos que reflejan los objetos que van pasando, y pedazos de carbón que despiden luces diamantinas. Pero no hay espíritu que piense delante de otro espíritu obscuro y grosero. En las sombras que deja lo material, nuestro espíritu dibuja todo un universo; pero en las sombras que deja lo espiritual, sólo es posible sufrir la compasiva aversión que experimentaría, por ejemplo, una mujer virtuosa viendo á una hermana suya prostituída.

(ANGEL GANIVET. *Epistolario*, publicado en la revista *Helios*, núm. XI.)



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

Calculando que no había obstáculos para ir á las cuevas de Bagh, y que en cambio era perfectamente imposible llegar al Sindh, recobramos nuestra tranquilidad. Entonces decidió el consejo general que lo mejor era abandonar toda idea de plan predeterminado y viajar á nuestro capricho.

Despedimos los elefantes, y al día siguiente, poco antes de ponerse el sol, llegamos al sitio donde se juntan el Vagrey y el Girna, dos pequeños ríos muy famosos en los anales de la mitología inda, y que generalmente se distinguen por su ausencia, sobre todo en verano. Al otro lado del río se encuentran las célebres cuevas de Bagh, con sus cuatro aberturas parpadeando en la espesa bruma del atardecer.

Quisimos atravesar el río inmediatamente en una barca de pasaje, pero nuestros amigos indos y los barqueros se opusieron. Decían los primeros que era peligroso visitar estas cuevas aun durante el día, porque todas las inmediaciones están llenas de fieras y tigres, los cuales, según deduzco, son como los bengalíes Babus, que se encuentran por todas partes en la India. Antes de aventurarnos en las cuevas debíamos enviar para reconocerlas una partida de portahachones y de shikaris armados. En cuanto á los barqueros, protestaban por motivos diferentes, pero protestaban con gran calor. Decían que ningún indo osaría acercarse á estas cuevas después de puesto el sol. Nadie más que un bellati era capaz de imaginar que el Vagrey y el Girma son ríos ordinarios, cuando todo indo sabe que son los esposos divinos Shiva y su mujer Pârvatî. Esto en primer lugar; y en segundo, los tigres de Bagh no son de ninguna manera tigres como los demás. Los sahibs estaban completamente equivoca-

dos. Dichos tigres son servidores de los Sadhus, santos milagrosos que frecuentan las cuevas desde hace muchos siglos y que algunas veces se dignan tomar la forma de tigre. Y ni los dioses, ni los Sadhus, ni los tigres, verdaderos ó encantados, consienten que se les perturbe en su sueño nocturno.

¿Qué oponer contra todo esto? Lanzamos una triste mirada á las cuevas y volvimos á nuestras carretas antidiluvianas. El Babu y Narayan opinaron que debíamos pasar la noche en casa de cierto «camarada» del Babu que residía en una pequeña ciudad distante de aquí tres millas y que lleva el mismo nombre de las cuevas; á pesar nuestro tuvimos que acceder.

Entre las muchas cosas sorprendentes é incomprensibles que hay en la India, una de ellas es la disposición geográfica y topográfica de sus innumerables territorios. Las conexiones políticas, que en la India parecen estar continuamente jugando al *casse tête* francés, varían sus contornos, quitando esta parte para añadirla á otro. La tierra que ayer mismo pertenecía á tal Raja ó Takur, seguramente la encontramos hoy formando parte de varios pueblos completamente distintos. Por ejemplo: estábamos en el Raj de Amjir en Malva é íbamos á ir á la pequeña ciudad de Bagh, que también pertenece á Malva y está incluída en el Raj de Amjir. Según los documentos, Malva forma parte de las posesiones independientes de Holkar; y sin embargo, el Raj de Amjir no pertenece á Tukuji-Rao-Holkar, sino al hijo del Raja, independiente de Amjir, que fué ahorcado «por inadvertencia», según nos han dicho, en 1857. La ciudad y las cuevas de Bagh pertenecen de un modo muy extraño al Maharaja Sindya de Gwalior, el cual, por otra parte, no las posee personalmente, pues hizo con ellas y con sus nueve mil rupias de renta una especie de regalo á unos parientes pobres. Estos parientes pobres, á su vez, no gozan de su propiedad en lo más mínimo, porque un cierto Rajput Takur se las arrebató y no consiente en devolvérselas. Bagh está situada en el camino de Gujerat á Malva, en el desfiladero de Oodeypur, del cual es dueño, como es consiguiente, el Maharaja de Oodeypur. Alzase en lo alto de una colina cubierta de bosque y, como su propiedad es disputada, hablando en rigor no pertenece á nadie en particular; pero una pequeña fortaleza y un bazar en su centro son de la exclusiva pertenencia de un cierto *dhani*, el cual, además de jefe de la tribu Bhimalah, era el famoso «camarada» de nuestro

Babu y un «gran ladrón y salteador de caminos», según nos aseguró el mismo Babu.

—Pero ¿cómo intenta usted llevarnos á casa de un hombre, al que considera usted mismo como un ladrón y salteador de caminos?—objetó tímidamente uno de nosotros.

—*Es* un ladrón y un bandido—respondió con frescura el bengali—, pero en el sentido político únicamente. Por lo demás es un hombre excelente y un verdadero amigo. Fuera de que si él no nos ayuda moriremos de hambre, pues el bazar con todo lo que en él hay es suyo.

No obstante las explicaciones del Babu, recibimos con satisfacción la noticia de que el «camarada» estaba ausente, y que seríamos recibidos por un pariente suyo. El jardín fué puesto á nuestra disposición, y antes de que nuestras tiendas fueran instaladas vimos llegar por todos los lados del jardín gente que nos traía provisiones. Después de haber depositado lo que traían y de levantar las tiendas, cada cual puso en sus hombros un poco de betel y de azucar como ofrecimiento á los «bhutas extranjeros», que suponen nos acompañan á donde quiera que vamos. Nuestros amigos indos nos rogaron muy seriamente que no nos riéramos de esta ceremonia, pues sería muy peligroso en lugar tan apartado.

No dudo que tuvieran razón. Estábamos en la India central, verdadero nido de toda clase de supersticiones, y rodeados de Bhils. Toda la comarca que se extiende á lo largo de la cordillera Vindya, desde Jamas al Oeste de la «ciudad muerta», está densamente poblada por las tribus semi-salvajes más intrépidas, turbulentas y supersticiosas de toda la India.

Los orientalistas creen que el nomdre Bhils viene de la raíz sanskrita *bhid*, que significa separar. Sir J. Malcolm supone, en consecuencia, que los Bhils son sectarios que se separaron de la religión brahmánica y fueron excomulgados. Todo esto es muy probable, pero las tradiciones de la tribu dicen otra cosa diferente. Sin duda, en este caso como en otros muchos, su historia está muy confundida con la mitología, y es preciso caminar á través de las espesas malezas de la fantasía antes de obtener el árbol genealógico de la tribu.

(Trad. de **J. M. y B.**)

(Se continuará).



BIBLIOGRAFÍA

M. Guyau. *La Irreligión del porvenir.* —Trad. de A. M. de Carvajal.—D. Jorro. Madrid, un vol., 2 pesetas.

Con esta obra puede decirse que están casi todas las del ilustre paisano de Renan, traducidas al castellano. Era un deber de nuestra cultura hacerlo, y algunos editores españoles, entre otros el Sr. Jorro, se han encargado de cumplirlo con imponderable acierto.

La Irreligión del porvenir no trata, como parece indicar su título, de la *antirreligiosidad* humana en lo futuro; antes al contrario, para Guyau la *irreligión* no es un sinónimo «de impiedad, de desprecio hacia el fondo metafísico y moral de las creencias», sino «simplemente la negación de todo dogma, de toda autoridad tradicional y sobrenatural, de todo «milagro», de todo mito y de todo rito erigido en deber». Estas páginas son, sin embargo, una obra verdaderamente religiosa, de una religiosidad superior donde los lectores habituales de nuestra revista han de ver con no poca sorpresa infinitas y notables adivinaciones teosóficas. Porque Guyau, soldado resuelto, colocado en las avanzadas de la ciencia psicológica, entrevé la suprema tolerancia y la verdad como única religión, no sólo posible, sino necesariamente fatal en un porvenir inmediato.

Muchas cosas han de hallarse, no obstante, en pugna con las mismas adivinaciones que se sorprenden en estas interesantes páginas, escritas con más verdadera fe que los célebres *ensayos* del último epicúreo que se llamó Miguel Montaigne. Y es que si alguna influencia tiene el clima y el tiempo, ha de notarse que el autor de los *ensayos* fué un meridional que vivió en un siglo de *escepsis*, y el autor de la obra que nos ocupa un joven bretón que pasó por un siglo de tormento tocándole en treinta y tres años, como el Cristo de la tradición tocó el suyo.

Alma pura, nuestro malogrado filósofo, por su misma pureza, estuvo en comunicación más directa con la divinidad verdadera, la Verdad Absoluta, que otras almas aparentemente religiosas, para quienes la religión no es, sin embargo, más que «el traje de sus domingos», según la gráfica frase de otro gran advertido: Africano Spir.

La edición ofrecida por el Sr. Jorro está admirablemente presentada, y la traducción del Sr. Carvajal es bastante fiel.—R. U.



G. Fournier. *Origen del pueblo vasco español.* — Conferencias dadas en la Universidad Central de Madrid, 1903.

No en esta ocasión, sino con motivo de un estudio futuro, hemos de dedicar á este trabajo la atención que se merece. El Sr. Fournier, investigador de originalidad y de ciencia antioficial, autor de una concienzuda *Geografía histórica de España* (verdadero tesoro para todos aquellos á quienes interese nuestra prehistoria), es un fervoroso investigador del pasado desconocido. Su curioso estudio *El pueblo griego es de origen egipcio*, sus investigaciones sobre la existencia de la raza negra en Europa, su hipótesis sobre el origen negro de los vascos y otros muchos trabajos, á los que ha consagrado gran parte de su vida, le hacen digno de ser estudiado detenidamente. Anticiparemos que por extraña que pueda parecer su hipótesis sobre el pueblo vasco, después de los descubrimientos realizados modernamente en las grutas de Menton (de que dió cuenta Verneau en la Academia de Ciencias de París); después de recordar las citas antiguas y modernas referentes á una raza ibérica prehistórica «de tez obscura y cabello ensortijado», y después, en suma, de las afirmaciones del explorador Iradeir, que encontró afinidades entre el vascuence y el idioma de ciertas tribus negras de Corisco, etc., etc., no se puede menos de encontrar perfectamente dignos de atención y de aplauso estos curiosos trabajos.—D. P.

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

Teorías modernas sobre la constitución de la materia.

LA REALIZACIÓN DE UN SUEÑO

Notable Conferencia de WILLIAM CROOKES en el Congreso de Química Aplicada de Berlín (1).

(CONCLUSIÓN)

En los años 1893-94-95 se dió un gran impulso á los estudios sobre el vacío eléctrico con la publicación en Alemania de los notables resultados obtenidos por Lenard y Röentgen, por los cuales se demostró que los fenómenos verificados dentro del tubo vacío, sobrepasaban en interés á los verificados fuera. No es exagerado decir que desde esta fecha lo que había sido una conjetura se convirtió en una seria verdad.

Habíase realizado un importante avance en el conocimiento teorético merced á Dewar, sucesor de Faraday en el laboratorio clásico de la «Royal Institución». Poco tiempo después del descubrimiento de Röentgen, Dewar encontraba que la relativa opacidad de los rayos Röentgen estaba en relación con el peso

(1) Véase el número de Febrero de SOPHIA.

atómico de los cuerpos, y él fué el primero en aplicar este principio para fijar un punto muy debatido, relacionado con el argon. El argon es, relativamente, más opaco á los rayos Röentgen que á los del oxígeno, nitrógeno ó sodio, de donde dedujo Dewar que el peso atómico del argon era dos veces su densidad en relación con el hidrógeno. A la luz de las investigaciones de hoy sobre la constitución de los átomos, es imposible estimar la importancia de este descubrimiento.

En 1896 Becquerel, prosiguiendo los magistrales trabajos sobre la fosforescencia, inaugurados por su ilustre padre, demostró que las sales de uranio emiten constantemente emanaciones que tienen el poder de penetrar las substancias opacas y de afectar á las placas fotográficas en la obscuridad más completa, y de descargar un electrómetro. En cierto modo estas emanaciones, conocidas como los rayos Becquerel, contienen también rayos de luz que recuerdan los rayos Röentgen. Su verdadero carácter sólo ha sido determinado recientemente, y aún hay mucho de obscuro y provisional en la exposición de su naturaleza y acción.

Continuando cuidadosamente la obra de Becquerel, llegaremos á las brillantes investigaciones de M. y Mme. Curie sobre la radio-actividad de los cuerpos que acompañan al uranio.

Hasta aquí sólo se ha tratado de esfuerzos aislados, de especulaciones científicas sin aparente relación entre sí. La existencia de materia en un estado ultra-gaseoso, de partículas materiales más pequeñas que los átomos; de la existencia de átomos eléctricos ó electrones; de la constitución de los rayos Röentgen y su paso á través de los cuerpos opacos; de las emanaciones del uranio, de la disociación de los elementos. Mas todas estas hipótesis aisladas han sido ahora concretadas y sintetizadas en armoniosa teoría merced al descubrimiento del Radium.

«A veces los espíritus
de los grandes acontecimientos se adelantan á éstos
y en el presente vaga el porvenir.»

Ningún gran descubrimiento se verifica sin que su influencia se ramifique en todas direcciones y explique mucho de lo que hasta entonces fuera poco conocido. Mas, en verdad, ningún descubrimiento de los tiempos modernos ha comprendido tan universales consecuencias y derramado tanta luz sobre las in-

mensas regiones de los fenómenos, hasta hoy inexplicables, como este descubrimiento de M. y Mme. Curie y M. Bemont, quienes paciente y laboriosamente han llevado á cabo un trabajo lleno de dificultades insuperables para otros que, como ellos, se sumergieron en semejante laberinto de investigaciones. El punto culminante de estos trabajos ha sido el hallazgo del Radium.

Permítaseme describir brevemente algunas de las propiedades del Radium, y demostrar cómo este cuerpo ha reducido antiguos sueños y especulaciones, en apariencia imposibles de demostrar, á una forma concreta.

El Radium es un metal del grupo del calcio, del estroncio y del bario. Su peso atómico, según C. Runge y J. Precht, es probablemente 258. En este supuesto, ocupa el tercer lugar bajo el bario en un esquema espiral lemniscado de los elementos (1), existiendo, pues, dos huecos no ocupados.

El espectro del Radium posee á menudo líneas bien definidas; de éstas yo he fotografiado, y aun he medido la longitud de la onda, encontrando dos especialmente determinadas y características. Una tenía 3649,71 y la otra 3814,58. Dos de éstas hacían que el Radium pudiese ser revelado espectroscópicamente.

La más extraña propiedad del Radium es su facultad de arrojar torrentes de emanaciones que aparentan cierta semejanza con los rayos Röentgen, si bien difieren de ellos en muchos puntos.

Las emanaciones del Radium hacen tomar á los cristales de sosa un color violeta y producen muchas alteraciones químicas; su acción fisiológica es fuerte; unos miligramos sobre la piel producen en breve una herida difícil de curar.

Las emanaciones del Radium son de tres especies: Una es casi la misma de la corriente catódica, no identificada con los electrones (átomos de electricidad proyectada en el espacio, aparte de la materia grosera); idénticos á la *materia del cuarto y ultragaseoso estado;* á los *satélites* de Kelvin; á los *corpúsculos* ó *partículas* de Thomson; á los *depósitos de iones disociados que retienen su individualidad é identidad*.

Estos electrones no son ni ondas etéreas, ni una forma de energía, sino substancia que posee inercia (probablemente eléc-

(1) *Proc. Roy. Soc.*, vol. LXIII, p. 408.

trica). Su acción es excesivamente penetrante. Descargan un electroscopio, aunque el Radium esté á diez ó más pies de distancia, y afectan una placa fotográfica á través de cinco ó seis milímetros de plomo y muchas pulgadas de madera ó de aluminio. No puede decirse, en realidad, que se filtren á través del algodón ó de la lana, ni pueden contenerse como un gas; es decir, que sus propiedades no se alteran por interposiciones, ni necesitan un camino libre, etc.; obran á manera de una neblina ó bruma, y son móviles, hasta poder ser conducidos por una corriente de aire, al cual comunican temporalmente sus poderes de conductibilidad, llegando á electrizar cuerpos positivamente y hacerles perder su movilidad y comunicar sus propiedades á las paredes del recipiente en donde esté si se le deja en reposo.

Los electrones son desviables en un campo magnético. Parten del Radium con una velocidad diez veces mayor que la de la luz, pero se encuentran gradualmente obstruccionados y en lucha con los átomos aéreos, hasta el punto de ser detenidos, constituyendo entonces lo que denominé primero partículas libres y erráticas, que se difunden por el aire comunicándole temporalmente sus poderes conductores. Pueden desmenuzarse y pueden concentrarse en pequeñas masas, que producen fosforescencia.

Existe otro género de emanaciones del Radium que no sufren alteración alguna en un campo magnético poderoso ordinariamente; estas emanaciones son incapaces de atravesar ningún obstáculo material. Tienen unas mil veces la energía de las desprendidas de las partículas desviables. Tornan el aire conductor y actúan enérgicamente sobre una placa fotográfica. Su volumen es enorme en comparación con el de los electrones, y su velocidad es probablemente mayor cuando conducen Radium; pero á consecuencia de su masa mayor, son menos desviadas por el imán, más fácilmente obstruídas por los obstáculos y más rápidamente detenidas por colisiones con los átomos aéreos. El Hon. R. B. Strutt (1) fué el primero en afirmar que estos rayos *no desviables* eran los iones positivos que se movían en la misma corriente del cuerpo radio-activo.

Rutherford ha demostrado que estas emanaciones eran ligeramente afectables en un campo magnético potente, si bien en

(1) *Phil. Trans. R. S.*, a. 1901, vol. CXCVI, p. 525.

dirección opuesta á la de los electrones negativos. Eran cuerpos cargados positivamente y dotados de una gran velocidad. Rutherford midió primeramente su velocidad y volumen, y demostró que eran iones dotados de una velocidad semejante á la de la luz.

Pero aún hay una tercera especie de emanación producida por el Radium. Juntamente con estos rayos en extremo penetrantes y afectables por el imán, hay otros asimismo penetrantes, pero que no son afectados por el magnetismo. Estos acompañan á las emanaciones precedentes y son los rayos Röentgen —otras vibraciones—, producidos como fenómeno secundario por la súbita detención de velocidad de los electrones por la materia sólida, detención que produce una serie de «latidos» Stokesianos ú oleadas explosivas de éter en el espacio.

Muchos estudios é investigaciones han sido encaminados á proporcionar datos notabilísimos propios para calcular las velocidades y los volúmenes de estas distintas partículas. Yo debiera valerme, para hablar de esto, de grandes medidas; pero como lo grande y lo pequeño son relativos, y únicamente tienen importancia dada la limitación de nuestros sentidos, tomaré como ejemplo un átomo de hidrógeno, el cuerpo material más tenue hasta hoy conocido. Pues bien: el volumen de un electrón es 1/700 menor que el de un átomo de hidrógeno, ó sea de 3×10^{26} gramos, según J. J. Thomson, y su velocidad de $2 \times 10^{\bullet}$ centímetros por segundo, ó sea dos terceras partes la de la luz. La energía kinética es de 10^{17} ergs. por milígramo.

Becquerel ha calculado que un centímetro cuadrado de superficie radioactiva podría irradiar en el espacio un gramo de materia en un billón de años.

Las masas de iones electrificadas positivamente son enormemente grandes comparadas con el tamaño de un electrón. Sir Oliver Lodge explica esto así: «Si nos imaginásemos una iglesia de proporciones ordinarias como representando un átomo de hidrógeno, los electrones que podían constituirla podríamos representárnoslos por unos 700 gramos de arena del tamaño de un punto (350 positivos y 350 negativos), moviéndose en todas direcciones, ó, según Lord Kelvin, girando con inconcebible velocidad.» Y poniendo otro ejemplo: «El diámetro del sol tiene millón y medio de kilómetros y 24 el del más pequeño planetoide; un átomo de hidrógeno podría compararse al tamaño del sol, en

tanto que un electrón tendría dos tercios del diámetro del planetoide.»

La extrema pequeñez y la dispersión de los electrones en el átomo, da idea de su penetrabilidad. Mientras los más macizos llegan á ser detenidos por cualquier intercolisión al pasar á través de los átomos (hasta el punto de poder ser detenidos ante la más tenue capa de materia), otros atravesarán casi sin dificultad á través de los cuerpos opacos ordinarios.

La acción de estas emanaciones sobre las superficies fosforescentes es distinta. Los electrones afectan enérgicamente una lámina de bario platinocianido, pero sólo ligeramente una de sulfido de cinc de Sidot. Por otra parte, los iones positivos no desviables, pesados y macizos, afectan fuertemente al sulfido de cinc y al bario platinocianido en mucho menor grado.

Los rayos Röentgen, como los electrones, actúan sobre una lámina fotográfica y producen imágenes sobre metal y otras substancias contenidas en madera y cuero, y produce sombras de cuerpos sobre una superficie de bario platinocianido. Los electrones son mucho menos penetrantes que los rayos Röentgen y no permitirían ver, por ejemplo, los huesos de la mano. La fotografía de una caja de instrumentos, cerrada, que podría hacerse mediante las emanaciones del Radium en tres días, se obtiene, mediante los rayos Röentgen, en tres minutos. La semejanza entre las dos pinturas es débil, en tanto que las diferencias son grandes.

El poder de que están dotadas las emanaciones del Radium de descargar los cuerpos eléctricos, es debido á la ionización del gas á través del cual pasan. Esta ionización puede efectuarse de otros modos: puede ser comunicada á los gases débilmente por salpicaduras de agua, por la acción de llamas y de cuerpos calentados al rojo, por la luz ultravioleta cayendo sobre los metales electrizados negativamente, y muy fuertemente por la acción de los rayos Röentgen.

Según la *Teoría electrónica de la materia*, de Sir Oliver Lodge, en un átomo químico ó ion hay algunos electrones extranegativos además de los átomos neutrales ordinarios, y si tales electrones negativos son desviados, el átomo se torna positivo. La porción de electrones atómicos libres es pequeña en comparación con el resto de la masa, siendo en el átomo de hidrógeno de 700. La porción negativa está compuesta de electrones so-

brantes y excedentes—uno, dos, tres, etc., según la valuación química del cuerpo—, por lo cual casi toda la masa del átomo está constituída por grupos semejantes positivos y negativos. Tan pronto como los electrones excedentes son desviados, lo restante del átomo, ó sea el ion, obra como un cuerpo pesado cargado positivamente, adhiriéndose estrechamente. En un profundo vacío, la chispa inductiva separa rápidamente los componentes de un gas rarificado; los iones cargados positivamente, teniendo comparativamente gran densidad, son rechazados, en tanto que los electrones son estimulados por el polo negativo con una velocidad enorme (dependiente de la fuerza electromotiva inicial y de la presión del gas en el interior del tubo), aproximada en las más altas rarificaciones á la mitad de la velocidad de la luz.

Después de abandonar los electrones el polo negativo, tropiezan con cierta resistencia, en un pequeño grado, á causa de colisiones físicas, aunque más principalmente por su reunión con iones positivos.

Desde el descubrimiento del Radium y la identificación de una serie de sus emanaciones con las corrientes catódicas de la materia radiante del tubo vacío, la especulación y experimentación marchan de acuerdo, y la teoría doblefluídica de la electricidad va siendo reemplazada por la originaria y unifluídica de Franklin. En la teoría doblefluídica, los electrones constituyen electricidad libre negativa y el resto de los átomos es el cargado positivamente, aunque no es conocido el electrón libre positivo. De aquí que sea más simple el empleo de la teoría originaria unifluídica de Franklin y decir que el electrón es el átomo ó unidad eléctrica. Fleming emplea el término «co-electrones» para expresar los grandes iones positivos después de su separación de los electrones negativos. «Nada más—dice—tenemos que pueda ser denominado electricidad fuera de los corpúsculos que hemos encontrado en la materia animada.» Los referidos átomos químicos cargados negativamente no son sino átomos en los que hay una excedencia de electrones, en relación su número con la valuación, en tanto que los iones positivos son aquellos en los cuales hay deficiencia de electrones. Las diferencias de la carga eléctrica pueden, pues, ser comparadas al deber y al haber de una banca, siendo los electrones la moneda corriente del reino. Desde este punto de vista, tan sólo el electrón existe; él es el

átomo de electricidad, y las palabras positivo y negativo, significando exceso ó defecto de electrones, son empleadas tan sólo por conveniencia de la nomenclatura tradicional.

La teoría del electrón se adapta perfectamente, y aun esclarece la idea de Ampere de que el magnetismo es debido á una corriente rotativa de electricidad que rodea cada átomo de hierro; y continuando sobre estos determinados puntos de vista de la existencia de los electrones libres, ha sido edificada la teoría electrónica de la materia. Ha sido reconocido que los electrones poseían una propiedad que se consideraba como inseparable de la materia; más aún, imposible de ser considerada como separable de la materia, la inercia. Pues bien; en el notable estudio de J. J. Thomson, publicado en 1881, se desarrolla la idea de la inercia eléctrica como una realidad debida á la carga motriz. Así, pues, toda vez que el electrón aparece únicamente como masa aparente por razón de sus propiedades electrodinámicas, si consideramos todas las formas de la materia como agregados de electrones, la inercia de la materia podría ser explicada sin necesidad de ninguna base material. Desde este punto de vista el electrón podría ser considerado como el «protylo» de 1886, cuyas diferentes agrupaciones ocasionan la Génesis de los elementos.

Y ninguna otra propiedad de las emanaciones del Radium tengo que traer á vuestro conocimiento. He especificado que los electrones producen fosforescencia en una superficie sensible de bario (platinocianido) y que los iones positivos del Radium producen fosforescencia en una superficie de cinc (blenda).

Si algunos diminutos granos de la sal de Radium caen sobre una superficie de sulfido de cinc, ésta queda cubierta de brillantes salpicaduras de luz verde. En una habitación obscura, sometida al microscopio ($\frac{2}{3}$ de pulgada el objetivo), cada una de estas manchas presenta un centro nebuloso rodeado por un luminoso halo difundido. Más allá del halo, en la obscura superficie, centellean manchas de luz. Los destellos no se verifican sucesivamente en la misma mancha, sino que van y vienen repentinamente, sin que, sin embargo, se observe movimiento alguno de traslación.

Si un fragmento sólido de Radium se aproxima á la lámina y la superficie se examina con un lente de bolsillo, obsérvanse esparcidas aquí y allá manchas centelleantes. Aproximando aún

más el Radium el centelleo es mayor y más brillante, hasta que las fulguraciones son tan repetidas que la superficie llega á semejar un turbulento mar luminoso. Cuando los puntos fulgurantes son pocos, no quedan residuos de fosforescencia y las chispas sucesivas parecen «átomos de la más intensa luz» á la manera de las estrellas en el cielo negro. Lo que á la simple vista aparece como una «Vía láctea», bajo el microscopio se convierte en una multitud de puntos estrellados que fulguran sobre toda la superficie.

El polonium, el nitrato básico, el actinium y el platino radioactivo producen efectos similares, pero las fulguraciones son más pequeñas. En el vacío éstas son tan brillantes como en el aire, y siendo ocasionadas por movimientos interatómicos, no son afectadas por las temperaturas extremas; en el hidrógeno líquido son tan brillantes como en las temperaturas ordinarias.

Un procedimiento conveniente para examinar estas fulguraciones es el de colocar la lámina de blenda en el extremo de un tubo de cobre con un pedacito de sal de Radium á un milímetro de distancia y una lente en el otro extremo. A este instrumento propondría se le denominase *Spinthariscopio,* de la palabra griega «escintilación» ó «centelleo» (1).

Es difícil calcular el número de fulguraciones producidas por segundo. Con el Radium á unos cinco centímetros de la lámina, éstas son apenas perceptibles: una ó dos por segundo. A medida que la distancia del Radium disminuye, las fulguraciones son más frecuentes, hasta que á uno ó dos centímetros llegan á ser numerosas, aunque no de un modo excepcional.

En realidad toda la luminosidad de la superficie de blenda, ya esté afectada por el Radium ya por el «polonium», está ocasionada por emanaciones inconfundibles. Estas son las que ocasionan las fulguraciones y la razón por la cual aparecen bien determinadas sobre la blanca y débilmente en el platinocianido; es la de que en este último las fulguraciones son observadas sobre un campo luminoso de fosforescencia general que permite su observación.

Es probable que en estos fenómenos que observamos estemos presenciando un á modo de bombardeo de las citadas superficies

(1) Aquí del barco salta el que lanza los rayos desde lejos, Apolo, como una estrella, en tanto de él parten centelleos de fuego, cuyo brillo alcanza á los cielos. (*Homero*. Himno á Apolo, 400-442.)

por los iones positivos arrojados de ellas por el Radium con una velocidad semejante á la de la luz. Cada partícula puede hacerse visible, en efecto, por la enorme perturbación producida al chocar sobre la superficie sensitiva, del mismo modo que una sola gota de lluvia, cayendo sobre un charco, no es vista como tal, sino en razón de la salpicadura que ella produce al chocar y las ondulaciones que ocasiona con sus crecientes círculos.

Permitiéndonos un «Empleo científico de la Imaginación» y reduciendo la hipótesis de la constitución electrónica de la materia á lo que pudiéramos considerar como sus límites lógicos, podemos, en verdad, contemplar una espontánea disociación del Radium y comenzar á dudar de la estabilidad de la materia. El átomo químico puede estar actualmente atravesando una transformación katabólica, mas en una tan lenta proporción, que suponiendo un millón de átomos volatilizándose cada segundo, sería preciso un siglo para lograr pesar un milígramo.

No debe olvidarse que las hipótesis únicamente son útiles en tanto permiten la armoniosa correlación de los hechos con un sistema razonable. El siglo XIX ha presenciado el nacimiento de nuevos puntos de vista con relación á los átomos, á la electricidad, al éter. Nuestros modos de considerar la constitución de la materia pueden parecernos satisfactorios; pero ¿hasta qué punto de vista lo será al terminar el siglo XX? ¿No estamos aprendiendo constantemente que nuestras investigaciones no tienen sino un valor provisional? De aquí á un ciento de años, ¿no convendremos en considerar al Universo como un enjambre de electrones agrupados?

Esta fatal cualidad de disociación atómica parece ser universal. Se presenta siempre que frotamos una barra de cristal con un trozo de seda, se encuentra en la luz del sol, en la gota de la lluvia, en el resplandor y en la llama, existe en la cascada y en el tormentoso mar. Y aunque el alcance de la experiencia humana sea muy breve y no nos aporte un paralaje—por medio del cual pueda ser calculado el dato de la Materia—Protilo, la «niebla informe» reinará una vez de nuevo y el horario de la eternidad habrá completado una revolución.

William CROOKES

(De *The Theosophist*, de Madrás.)

Los Neoplatónicos.

Se conoce generalmente como Neoplatonismo, el sistema filosófico de una escuela nacida en el siglo tercero de nuestra Era y que cesó de existir como institución reconocida en la primera mitad del siglo vi. A esta escuela se le ha aplicado con bastante frecuencia, muy inexactamente por cierto, el nombre de «Escuela de Alejandría». Es verdad que Ammonio Saccas, considerado como el fundador de la escuela, habitaba en Alejandría, y que Plotino—el que primero desarrolló por escrito las doctrinas neoplatónicas—recibió su educación filosófica en las aulas de Ammonio. Pero los datos que poseemos sobre Ammonio son muy escasos; la teoría que pretende ver en él al verdadero fundador del neoplatonismo, con preferencia á su más famoso discípulo, debe necesariamente basarse en gran parte sobre meras conjeturas. No fortifica ciertamente á esta teoría el hecho de que en los escritos de Plotino no se haga mención alguna de Ammonio, y el de que no obstante haber estudiado Plotino filosofía en Alejandría, la escena de sus trabajos como maestro y como escritor no fuese Alejandría, sino Roma. Su sistema hizo muchos partidarios entre los doctos y pensadores, y en menos de un siglo, después de su muerte, llegó á ser el sistema filosófico más general y más aceptado en la época. Ciertamente era enseñado entonces en Alejandría como también en otras muchas partes; pero no parece que en ninguna época llegase á ser Alejandría el principal asiento de la escuela. En sus últimos tiempos fué establecida en Atenas, en la Academia que Platón siglos antes honrara é hiciese pasar á la historia con su presencia y enseñanzas.

Las doctrinas filosóficas de la nueva escuela basáronse abiertamente en las enseñanzas de Platón. A Plotino y sus sucesores corresponde el mérito de hacer lucir de nuevo la pura luz de

la filosofía platónica, vacilante después de largos años de concepción parcial y falsa. Pocos ó ninguno de los sucesores de Platón llegaron á abarcar el significado total de sus pensamientos. Aristóteles, el más grande de sus discípulos, introdujo con su sistema algunos respetos, que completaban los de Platón, pero otros de suma importancia, que modificaban las enseñanzas del maestro. Durante el último período las escuelas por aquel entonces más en boga (los Estóicos y los Epicúreos) se desviaron más todavía, llevando sus enseñanzas hacia una dirección materialista, caída tan solo parcialmente compensada por la noble ética de los Estóicos.

Pero la tradición platónica, aunque imperfectamente comprendida, nunca fué del todo olvidada; los materiales permanecieron intactos esperando á que una nueva oleada de actividad espiritual hiciese posible su renacimiento. Mucho tiempo antes de aparecer el neoplatonismo existían ya señales de dicha oleada, siendo una de sus señales más notables para la subsiguiente historia del mundo el advenimiento y propagación del Cristianismo. Más próximo y más unido el movimiento de que es objeto la presente disertación, hallamos el renacido platonismo de algunos pensadores como Plutarco, Filo y Numenio; pero si bien es verdad que en muchos puntos y en cierto modo estos pensadores se anticiparon á los neoplatónicos, lo probable sería que sus escritos influyeran poco en el movimiento; ellos bebían de la misma fuente perenne de filosofía, y sus conclusiones era natural que resultasen muchas veces semejantes.

Pero sería desconocer el verdadero sentido del neoplatonismo si le considerásemos como una mera resurrección de la tradición platónica. No fué una simple repetición, sino un legítimo desenvolvimiento de las enseñanzas de Platón. Sus principales expositores, sobre todo Plotino y Proclo, fueron hombres no sólo de vasta erudición, sino también de conocimientos profundos y verdaderamente originales; siguieron á Platón, no como sumisos discípulos, sino con la independencia de pensadores seguros de sí mismos. «Fueron hombres—dice Mr. Whittaker en su bien escrito libro sobre los neoplatónicos—que habían heredado ó adoptado la tradición helénica. En ética continuaron la de los estóicos, bien que asignando un lugar más alto á las virtudes especulativas; pero en psicología y metafísica se mostraron genuínamente originales, y partiendo del centro de la con-

cepción idealista de Platón, demostraron por medio de una nueva aplicación de sus principios, lo insostenible del materialismo estóico, y después de transcurrido un largo período, lograron definir aún más rigurosamente que Platón, en psicología la idea de consciencia, y en metafísica la idea de existencia inmaterial y subjetiva. Científicamente hablando, incorporaron elementos de todas las doctrinas, excepción hecha de la epicúrea, retrocediendo con estudioso empeño hasta los filósofos presocráticos, muchos de cuyos fragmentos salvaron los últimos comentadores neoplatónicos justamente cuando estaban á punto de perderse. En lo subjetivo, condujeron el pensamiento al más alto punto alcanzado en la antigüedad, y ni en Plotino, el más grande y original pensador de la escuela, ni en ninguno de sus sucesores, fué esto resultado de místicas fantasías ó de influencias orientales; cuando éstas aparecieron, fueron superpuestas. Ningún filósofo idealista ha aplicado nunca razonamientos tan concluyentes ni ha aplicado tan sutiles análisis á las relaciones entre el mundo interior y el exterior. Aun cuando la escuela en cierto modo se orientaliza, en esto sigue á Platón y se aparta mucho menos de los ideales helénicos que Platón mismo.»

Así, pues, el sistema formado por los neoplatónicos fué en cierto sentido ecléctico, si bien denominar á los neoplatónicos «eclécticos» sería desconocerlos, pues aunque es cierto que aprendieron mucho de sus predecesores, también lo es que añadieron mucho por su parte. La filosofía neoplatónica no fué un arlequín hecho con doctrinas prestadas, sino un sistema vital y coherente, del cual pudiera decirse sin exageración, que representó el más alto coronamiento del antiguo pensar helénico.

Este magnífico resultado fué principalmente debido al genio de un hombre, de Plotino, «el más grande pensador individual que ha existido entre Aristóteles y Descartes», como justamente lo llama Mr. Whittaker. Nacido en Egipto, hacia el año 205, Plotino estudió filosofía en Alejandría, en la escuela de Ammonio, y se estableció en Roma á la edad de cuarenta años, donde enseñó filosofía y produjo esa serie de tratados que tan apropiadamente se denominan el Evangelio del neoplatonismo, tratados que por fortuna han llegado completos hasta nosotros. Plotino falleció en las cercanías de Roma el año 270. Me inclino á mirar sus escritos como el monumento más precioso existente de la filosofía griega; sus sucesores adicionaron sus enseñanzas y las

modificaron aquí y allí, pero en sus rasgos capitales, el sistema filosófico que él había elaborado permaneció intacto, y mientras la escuela existió, su obra siguió siendo el evangelio del neoplatonismo. «El gran Plotino»—le llama Mauricio Mæterlinck—«el gran Plotino, quien de todas las inteligencias que conozco, es la que más se aproxima á la divinidad.»

***

El más famoso de los discípulos de Plotino, así como también el más importante para el futuro desenvolvimiento de la escuela, fué Porfirio de Tyria; á él es á quien principalmente tenemos que recurrir para nuestro conocimiento del mismo Plotino, pues Porfirio fué quien publicó las obras del maestro y escribió una relación de su vida. Sus comentarios á los libros de Plotino contribuyeron mucho al desarrollo de la doctrina, por la claridad de sus elucidaciones, pero de estos comentarios no han llegado hasta nosotros más que un fragmento, aunque del más alto valor. De los demás escritos de Porfirio, muchos se han perdido ó existen solamente en fragmentos, siendo el más extenso que poseemos, un *Tratado sobre el vegetarianismo.* Casi todos los neoplatónicos eran vegetarianos, y fué, por cierto, siempre la característica de esta escuela, un cierto grado de ascetismo, pero de un ascetismo moderado y racional muy distante de aquel otro que remueve insensatos odios hacia el cuerpo y que lleva á muchos fanáticos á torturar sus carnes en la vana esperanza de un perfeccionamiento espiritual; tal ascetismo moderado fué el de hombres cuyos pensamientos estaban tan fijos en la alta vida de la filosofía, que los pasajeros goces del mundo y de la carne llegaron á serles verdaderamente indiferentes.

Porfirio sobrevivió á su maestro más de treinta años, y murió á principios del siglo IV, pero vivió, sin embargo, lo suficiente para ver el principio de la confusión en que fueron envueltas las escuelas filosóficas por el crecimiento del cristianismo, siendo el primero de los neoplatónicos que utilizó su pluma para oponerse directamente á la nueva creencia. Pero ya hablaremos más adelante de la actitud de los neoplatónicos con relación al cristianismo. El discípulo más celebrado de Porfirio fué Jámblico, considerado generalmente como el introductor en la escuela de la tendencia hacia el ocultismo ó teurgia, que llegó

á ser después aspecto característico del movimiento en sus últimos días. Esta suposición parece ser que se basa principalmente sobre el hecho de atribuir á Jámblico el tratado *Sobre los misterios*, en el cual la teurgia es, aunque en forma moderada, claramente defendida. Es, sin embargo, dudoso que Jámblico sea el autor de este tratado, así como también de una ó dos extrañas historias de prodigios que se le atribuyen y cuya autenticidad no está bien probada. Ninguno, en efecto, de sus restantes escritos existentes é indudablemente auténticos prestan apoyo alguno á la conjetura de que fuese un entusiasta teurgo.

Con respecto á la teurgia diré solamente algunas palabras, pues no me considero, en verdad, con autoridad suficiente para hablar de esta materia; pero difícilmente podría prescindir por completo de ella al tratar de hacer un resumen general de la escuela neoplatónica. Concretando, pues, diremos que el objeto de la teurgia fué elevar la naturaleza humana á una participación esciente de la divina; en otras palabras, desarrollar y perfeccionar los atributos divinos latentes en toda alma humana. Esto era lo que se proponían los filósofos, pero mientras Plotino y Porfirio procuraban ejecutar su designio por medio de la educación ética y metafísica, elevándose por grados á la cima de la virtud y verdadera sabiduría, los teurgistas pretendían efectuar esto por medio de ritos, ceremoniales, sacrificios é invocaciones. Así como Plotino particularmente no concedía ninguna importancia á las formas externas de la religión, en tanto que la interna realidad de ésta estuviese siempre presente en sus profundas convicciones, los teurgistas, por el contrario, concedían el más alto valor á tales formas y hasta á los más pequeños detalles, insistiendo siempre en su significado simbólico. Así, pues, la tendencia de la teurgia conducía á exaltar al sacerdote sobre el filósofo, si bien los teurgistas admitían también que un hombre que hubiese alcanzado la cima de la filosofía, como decía Plotino, fuese superior á su arte. Esto era una ley para ellos, pero para el resto de la humanidad, es decir, para toda ella, excepto unos pocos sabios, era mirado el sendero de la teurgia como el más seguro para la consecución del conocimiento divino.

Sus prácticas eran extrañas al espíritu de la filosofía griega, aunque acaso no al de la religión griega. El ceremonial elaborado por los sacerdotes teurgistas, sus invocaciones á los poderes superiores del hombre, sus prácticas de adivinación y clari-

videncia, señalan tanto las viejas tradiciones del sacerdocio helénico como la influencia posterior de las creencias orientales; esta influencia no fué escasa, y la teurgia fué definitivamente unida por sus partidiarios á los ritos de los egipcios y caldeos. La creencia en la eficacia de las operaciones mágicas, aun juzgándolas supersticiosas, fué referida por los filósofos que aceptaron la teurgia, á esta concepción puramente filosófica: todas las partes del universo están unidas como las de una criatura viviente, ó sea, empleando las palabras de Emerson: «secretas analogías hacen que se junten y entrelacen las más remotas partes de la Naturaleza». Pensadores tales como Plotino aceptaron esta teoría, cuyo sentido es el mismo que la de Emerson, creyendo que todas las cosas están llenas de significado para aquellos que sepan leer en ellas. Otros posteriores y menos puramente filosóficos buscaron en estas «secretas analogías» las bases de un sistema de magia, por medio del cual los ocultos poderes del universo pudieran ser desentrañados y puestos al servicio del hombre, empleando signos apropiados para ello.

Empero, cuando traemos á la memoria la condición intelectual de algunos de los filósofos que aceptaron la teurgia, no podemos menos de abstenernos en el empleo de la palabra «superstición». ¿Sería preciso reconocer al menos que su fe en la eficacia de tales prácticas debilitó en algo su penetración filosófica? Proclo, empero, el más lógico y fuerte pensador de la escuela, después de Plotino, fué un conocido creyente en la teurgia. Además, los filósofos que ya estaban viendo con alarma la creciente invasión del cristianismo, encontraron motivos de no pequeña recomendación en la teurgia, para constituir un serio ataque é impedir así el desarrollo de la nueva creencia, pues la teurgia infundió nueva frescura y energía á la antigua fe y alimentó un espíritu genuínamente religioso dentro de las formas de la antigua religión helénica.

No necesitamos detenernos en los inmediatos sucesores de Jámblico, pues muchos de sus escritos han desaparecido. El corto reinado del emperador neoplatónico Juliano (361-363) hizo concebir esperanzas para la filosofía, siendo completamente defraudadas por su prematura muerte. En el siglo v, habiendo la Academia aceptado el neoplatonismo, se trasladó el centro principal de la escuela á Atenas, y sus doctrinas fueron expuestas por una sucesión de hombres notables, entre los cuales, el más

eminente, fué Proclo, pensador el más grande que haya ocupado la cátedra de la filosofía académica desde la muerte de Platón. Muchos de sus escritos llegaron hasta nosotros, pero otros muchos se perdieron.

Según nos informa su biógrafo Marinus, «fué un hombre laborioso hasta el milagro». Entre las obras suyas que poseemos, una de las más extensas son los comentarios á los *Diálogos de Platón;* pero entre todas las que existen, acaso la de más valor sea sus *Elementos de Teología*, en donde expone detalladamente, con la profundidad de un verdadero filósofo y la lógica de un acertado dialéctico, una religión noblemente racional y del más alto sentido espiritual.

Proclo murió en el año 485, á la edad de setenta y cinco años. Mucho tiempo antes de su nacimiento, los cristianos habían llegado á ser el partido predominante en el Imperio, y al tiempo de su muerte los partidarios de la antigua fe no eran más que una secta pequeña y perseguida. Los filósofos, sin embargo, permanecieron firmes en sostener la religión helénica hasta el fin. Entre los sucesores de Proclo en Atenas, hubo varios cuya cooperación á la literatura filosófica todavía existente fué de positivo y considerable valor, aunque ninguno quizás merezca por sus obras colocarse como pensador original al lado de Plotino y de Proclo, los dos grandes astros del sistema neoplatónico. Pero, en esta época, hasta la poca libertad todavía permitida á los filósofos, les fué arrebatada. En el año 529, la Escuela de Atenas fué cerrada, sus dotaciones confiscadas y la enseñanza de la filosofía prohibida, por un edicto del emperador Justiniano. Algunos filósofos continuaron escribiendo en sus retiros, siendo Olimpiodoro, discípulo de Ammonio, quien á su vez lo fué de Proclo, el último cuyos escritos, al menos en parte, han llegado hasta nosotros. El año 529 señala el fin de la antigua filosofía como institución reconocida. Su influencia, empero, no se ha agotado todavía; de edad en edad, hasta el presente ha ido apareciendo y reapareciendo, unas veces deformada, otras no reconocida, pero siempre discernible para el investigador y siempre moldeando ó modificando los pensamientos de los hombres en los más profundos temas de la contemplación humana. El adelanto en los conocimientos y los descubrimientos de la ciencia física, no han hecho que sus doctrinas apareciesen anticuadas, excepto en detalles no esenciales, por-

que tratan de cosas que trasponen la experiencia, de verdades que son contemporáneas del universo.

¿Cuál fué, pues, la filosofía á la que estos hombres consagraron sus vidas como al más alto objeto de consecución humana? Acaso podamos contestar parcialmente á esta pregunta con las palabras de Hierocles, neoplatónico de Alejandría en el siglo v. «Filosofía, dice él, es tanto como purificación y perfección de la vida humana: purificación, en cuanto nos libra de las tendencias groseras y materiales de nuestro cuerpo mortal; perfección, en cuanto nos restituye á la propia primitiva excelencia y á la participación de la divina imagen. Ambas son realizadas por la virtud y la verdad.»

No es ciertamente ésta una completa definición de la filosofía, pero sería probablemente imposible darla más completa de tan comprensivo asunto deñtro de tan pocas líneas. Como expresión, no de toda la verdad, aunque sí de la más alta verdad que á ella se refiere, estas palabras de Hierocles indican con perfecta exactitud la posición general de los filósofos neoplatónicos. Plotino aceptó la antigua división de la filosofía en tres ramas: Física, Ética y Dialéctica ó Metafísica. Sin embargo, lo que él y sus sucesores entendieron por fin último de la filosofía, fué siempre la purificación del alma y su asimilación á la divina fuente de existencia. Quizás sea difícil comprender cómo un sistema, cuyo objeto final no es otro que éste, pueda rectamente merecer el nombre de filosofía.

Este aspecto de la filosofía que acabamos de indicar, implica el reconocimiento de un parentesto esencial con la religión, parentesco que, en los primeros tiempos de la filosofía griega, fué claramente significado en los escritos de Platón. Sin el reconocimiento de este parentesco, tanto la filosofía, como la religión, quedan imperfectas, y aun en gran parte aparecen como superficiales. Creo, pues, ciertamente poder decir que el verdadero filósofo llega finalmente á un grado desde el cual ve este parentesco convertirse en identidad. Claro es que por religión no entiendo yo aquí la teología popular, sino el conocimiento espiritual que ve en la Divinidad la causa primera y final de todas las cosas, y de la que cualquier teología popular es un desenvolvimiento más ó menos informe y falseado. Este conocimiento espiritual caracteriza en todas partes y realza la filosofía de Platón y de los neoplatónicos. Asimismo Platón trató

con respeto las formas establecidas de religión, y empleó ocasionalmente la hermosa mitología, que constituye tan considerable parte de la religión griega, para adornar sus discursos, aunque siempre con libertad perfecta de interpretación. Plotino siguió muy de cerca los pasos de su maestro, aunque insistiendo menos, sin embargo, sobre las formas establecidas. Mas con los últimos neoplatónicos prevaleció un nuevo espíritu, del cual, como hemos visto, el más sorprendente indicio fué el desenvolvimiento de la teurgia. Estos se constituyeron en guardianes y expositores de la antigua fe, aunque no de la fe helénica exclusivamente, porque ellos sostenían, y con razón, que las creencias religiosas de todas las naciones enseñan las mismas verdades divinas bajo nombres diferentes. Los mitos que Platón enseñó, con libertad para aceptarlos ó rechazarlos, fueron mirados por sus últimos discípulos como un cuerpo de doctrina sagrada enigmáticamente, el cual intentaron interpretar con exquisito celo. Proclo, en un interesante ensayo sobre los mitos de Homero, que forma parte de sus *Comentarios á la República de Platón*, trata de probar, con tanto calor como poco éxito, que el mismo Platón también participó de igual opinión, y que la censura que él emplea en el segundo y tercer libro de la *República*, contra los mitos y hacedores de mitos, fué en realidad dirigida, no á los mitos, sino al uso general é inadecuado que se hacía de ellos. Puede ser que ni Platón ni Plotino hubieran negado que la antigua mitología poseyera igual significado que el que sus sucesores descubrieron en ella; pero es evidente, sin embargo, que ellos le daban mucha menos importancia, prefiriendo el amplio sendero de la filosofía á los métodos místicos del simbolismo oculto.

Pero con todo, para quien profesase la filosofía platónica, el propósito último de sus enseñanzas fué el siguiente: la purificación del alma humana, su redención de los lazos de la carne y su asimilación á la divinidad. Este propósito se lograba, según Hierocles, por medio de la Virtud y la Verdad; ó en otras palabras: que se debía tratar de llegar á Dios, tanto por nuestra vida ejemplar, como por el conocimiento. Cada una de estas circunstancias, sin la otra, sería insuficiente; «sin virtud, dice Plotino, Dios no es sino un nombre». No es, pues, suficiente el conocimiento de las verdades filosóficas si no las ponemos en práctica; en realidad, no podemos decir que las *conocemos* si no

han llegado á formar parte de nuestra vida diaria. De otro modo podemos solamente conocer lo que hay *acerca* de ellas: clase de conocimiento no difícil de alcanzar, pero valedero solamente como introducción al que nos revela la verdad de nuestro sér, y, por consiguiente, la de todo sér.

Wm. C. WARD.

(De *The Theosophical Review*; trad. de **J. M. B.**).
(Concluirá.)



CIENCIA Y RELIGIÓN

La ciencia no consuela, enseña. Pero ¡quién sabe! De toda concepción del mundo ha nacido una religión. Acaso en el fondo de la conciencia colectiva se esté elaborando un sublime ideal religioso: la religión del porvenir soñada por Hartmann, aquella cuya necesidad siente y expresa vivamente el Froment de *Lourdes*, una religión esencialmente natural y humana, capaz de satisfacer las aspiraciones altruístas de un Tolstoi, ó de calmar las ansias de la conciencia de Amiel. El cielo estrellado sobre nuestras cabezas y la conciencia del deber en nuestros corazones son, según Kant, los más bellos espectáculos que nos sea dado contemplar. La contemplación de los mundos estelares, no sólo nos inspira pasmo y maravilla, sino como un enternecimiento que arranca de las raíces más profundas de nuestro sér. ¿No será que sentimos el saludo de las humanidades que pasan, según la hermosa frase de Flammarión? ¿Estaremos condenados á sólo contemplar de lejos las divinas armonías de esos mundos mejores, eterna aspiración de los desterrados del cielo? No hay religión sin esperanza. ¡Quién sabe!

(ALFREDO CALDERÓN. *Treinta artículos*. Tierra y Cielo.)



NUESTRA VIDA

MORALIDAD

ANTES de llegar á los veinte años he podido morir muchas veces, en muchísimas ocasiones; pero después eso ha sido completamente imposible. ¿Por qué? No puedo acabar de probarlo hasta que muera; por lo pronto baste saber que todavía vivo. Las razones que puedo dar en justificación y prueba de tan extraño pensamiento, no se ajustan á la lógica corriente y nadie ha de aceptarlas. ¡Adelante! En descargo de la derrota que sufro por la razón de los demás, expondré la que tengo para pensar como pienso.

Es lo único que puedo hacer sintiendo caridad para mis semejantes.

Sabemos poco de la vida y precisamente por eso conjeturamos mucho. Es una cosa que cada cual se explica á su modo, aunque aparente creer las opiniones de los más reputados fisiólogos. De ahí nuestra diversidad de conducta.

Para mí, la vida es una energía, y siendo toda energía conocida muy inferior á la energía mental, la vida, por ser tan fuerte, me parece un acto del pensamiento; un acto continuo que resbala...

La vida está en la voluntad de vivir, en el poder y energía de este pensamiento, siendo más ó menos intensa y duradera, cuanto más ó menos intenso y duradero es este pensamiento *ó deseo de vivir*.

Este pensamiento no es uniforme y constante. Se actúa una vez sobre él y se vive por la virtud que se le imprime.

Viene á ser algo semejante al andar sin conciencia, que no nos desvía del camino, una vez que hemos hecho resolución de recorrerlo. Aparentemente no sabemos cómo vamos; pero si un obstáculo no impide proseguir el itinerario que hemos hecho

in mente, nos damos cuenta del propósito y del camino que debemos de seguir. Rectificamos.

Cuando se hace el propósito de vivir, sin fundar en razón la vida, sin basar la petición en otra cosa que en la vida misma, la muerte puede llegar y vencer nuestro propósito, porque al vivir para vivir no podemos añadir absolutamente nada.

Pero si fundamos nuestro imperativo en algo más que la vida, en una razón, entonces prolongamos la vida, porque por encima de la propia voluntad de vivir está la nueva voluntad á que obedecemos: *el por qué de nuestro deseo.*

Y cuanto más grande y poderosa sea la razón de ese deseo, tanta más larga será nuestra vida.

Porque es preciso observar que todo tiende á realizarse y todo pensamiento se realiza, sea el que sea; desde la muerte por propia voluntad hasta la realización plástica y tangible de los ausentes, por pura proyección de nuestros pensamientos.

Nadie debe extrañarse por una afirmación tan rotunda, recordando los pensamientos locos que haya tenido.

Yo digo que pueden realizarse, sólo que sus autores no se atreven á realizarlos por el ímprobo trabajo que representa la realización de cada uno.

Una idea grande, una idea fuerte, un algo noble y elevado en qué fundar nuestra defensa de la vida, la prolonga lo suficiente para desarrollar lo que intentamos. Lo urgente, después de todo, es hallar en los albores de la razón una empresa para vivir mucho tiempo.

Sí... Ya sé lo que van á decirme ustedes. ¿Por qué no vivimos siempre?

¡Vivir siempre!... Es realmente imposible é innecesario. ¿Hay algún hombre que tenga una idea tan grande que necesite vivir eternamente para desarrollarla? Ninguno.

Rafael URBANO.



«El poeta del Misterio»

(Con motivo de un artículo de la prensa diaria).

Con motivo de la representación en España de algunas obras de Mæterlinck, se ha hablado durante el pasado mes de algo para nosotros muy grato: de la obra de Mæterlinck. La crítica ha sido forzada á emitir su opinión que, con sorpresa de muchos, ha resultado favorable. Por fortuna, sus representantes más serios no han tratado sino de ese mundo de nuevos sentimientos que evoca la obra del gran filósofo, prescindiendo de su defectuosa presentación entre nosotros. La obra mæterlinckiana, en verdad, no es algo para ser juzgado por exterioridades. Producto de un intenso y singular trabajo de depuración artística, sin antecedentes en ninguna literatura, es más bien que un instrumento de delectaciones estéticas, más ó menos transcendentes, una exteriorización, una vivificación de un credo extraordinariamente nuevo y de una nueva y exquisita fe; la fe en esas esferas llenas aun hoy de bruma y de melancolía que aquí en España el gran Sánchez-Calvo presintió y estudió de cierto modo entre nosotros en su admirable *Filosofía de lo maravilloso positivo*. No hemos de recordar la extensa serie de trabajos publicados en esta misma revista y otras de índole gemela encaminadas á despertar la curiosidad hacia esas ideas y verdades que constituyen el fondo positivo de donde parten las emocionantes creaciones de Mæterlinck. En este punto, como en otros, hemos procurado coadyuvar á la gran obra del renacimiento psíquico y espiritualista que dará nombre á nuestros días. No ha mucho tiempo alguno de los colaboradores de esta misma revista hizo conocer ante el público del Ateneo, un matiz de ese mundo maravilloso de que tanto habla el traductor de Novalis, de Ruysbroeck y de Emerson, del mundo del Misterio. Trabajos posteriores han tanteado esas mismas brumas intentando indicar la exis-

tencia de esferas «supernaturales» y sensibles. Las intensas sugestiones de esa trilogía del futuro que se llama «EL TEMPLO SEPULTADO», «LA SABIDURÍA Y EL DESTINO» y «EL TESORO DE LOS HUMILDES», comienzan á actuar sobre nuestros espíritus, á depurar nuestros sentimientos. En general se observa como si hubiera llegado hasta nosotros una oleada de extraordinaria espiritualidad nunca antes sentida. Al parecer no nos precisa ni aun hablar de lo que no ha mucho no comprendíamos y ridiculizábamos. Sentimos la realidad del Misterio; comenzamos á relacionarnos sin prevenciones, sin odios, sin prejuicios con lo maravilloso, y no nos extraña que haya quien arribe á las playas de lo desconocido, de las que hoy más que nunca nos envían auras de consuelo las grandes inteligencias directoras.

De todo esto debiéramos hablar extensamente en esta ocasión, si una labor anterior no nos lo evitase. Mas con verdadero contentamiento podemos compartir hoy nuestros trabajos y nuestros entusiasmos. La gran prensa, los verdaderos centros intelectuales y cierta parte del público mismo nos auxilia. Y he aquí que, para demostrarlo, cedemos la palabra á quien en estos días pasados la empleara para vulgarizar desde las columnas de un diario popularísimo, algo que no ha mucho tiempo no despertaba curiosidad alguna indagativa: hablamos del Sr. Ortega y Gasset, cuyo interesatísimo estudio EL POETA DEL MISTERIO reproducimos á continuación en su parte más esencial, que dice así (1).

Si se ha de ir á escuchar y á ver un drama de Mæterlinck con el mismo estado de alma que llevamos de ordinario al teatro, más vale quedarse en casa: las palabras de esos personajes pasarían escurriendo sobre nosotros, marmorizados, endurecidos por los choques groseros de la vida. Es preciso prepararse para oir *Joycelle, Aglavaine et Selyssete* y *La intrusa;* recoger el espíritu disperso y debilitado, colocarse más allá de la vida momentánea: acaso cierto refinado gustador de las bellezas leería antes algunos capítulos de Santa Teresa, Novalis, Taulero ó Ruysbroeck, algunas de esas páginas que hacen vibrar el cerebro y nos recluyen dentro de nosotros mismos.

Vamos á visitar un mundo desconocido, del cual en ocasiones hemos logrado atisbos; en los momentos de angustia ó de alegría ingente, cuando los nervios aguzan su sensibilidad y percibiríamos el ruido de una hoja que cae de un árbol á gran distancia de nosotros.

(1) Publicado en *El Imparcial*, lunes, 14 de Marzo de 1904.

La ciencia moderna habla de telepatía, de sugestión, de flúido simpático, de fakirismo, de fenómenos histéricos... Todos esos son nombres desgarbados de fuerzas y de acciones extrañas que, á lo mejor, se muestran en la vida rodeadas de la incomprensibilidad del milagro. Hay quien las llama algunas veces «corazonadas». Vamos por la calle y súbitamente se encarama entre nuestros pensamientos el recuerdo de alguien á quien no hemos visto hace mucho tiempo y cuya existencia no nos preocupó jamás. ¿Por qué ese asalto inmotivado de un recuerdo? Seguimos andando y á los pocos pasos nos detenemos: ese «alguien» ha aparecido ante nosotros, al volver una esquina. ¿Quién no se ha dicho en alguna ocasión: «Hoy me va á ocurrir algo triste? ¿Qué? No sé qué ni de dónde vendrá; pero algo triste me amenaza.»

A veces nos hallamos inquietos, con un exceso de clarividencia y una agudeza de la fantasía que es como pesadilla á ojos abiertos de formas absolutamente inconcretas; sentimos excitaciones que responden á choques de nuestra alma con los «cuerpos» de las ideas más vagas, de manera muy semejante á las excitaciones físicas; hay en nuestro espíritu turbación inmotivada, ansiedad, que es como la espera de «algo» grande que va á llegar, que ya llega, que se acerca trepidando... «Algo, algo»: es la única palabra para decir esta cosa ignota é indeterminada que flota sobre nosotros, porque es la única palabra que afirma existencia, sin marcar límites, sin poner un nombre.

Mil cosas pasan en nuestro derredor que no acertamos á explicar: nos envuelve lo desconocido. Podrá la agitación y el ruido de la vida cuotidiana acallar esas voces indistintas que nos llegan no se sabe dónde, porque en esa existencia atropellada y resonante hasta nos olvidamos de nosotros mismos y no oímos nuestras más íntimas ideaciones; pero en cuanto nos quedemos solos se erguirá á nuestuo lado el «misterio», como un compañero sombrío, mudo, que ignoramos de dónde viene y hace camino con nosotros. Aunque cultivemos el excepticismo más perfecto, aunque empapemos los sentidos en todos los placeres, aunque cerremos á fuerza de razonamiento las ventanas de nuestro interior, el «misterio» nos acosará, nos atormentará, murmurará en derredor como un emjambre de abejas invisibles, y en el paroxismo del sufrimiento ó del goce notaremos una llamada, una sugestión que nos da una noticia, que nos recuerda, que nos previene que va á pasar algo.

¿Quién podrá negar la existencia de ese misterio que va dentro de nosotros, á nuestro lado? Merimée, tal vez el hombre más frío, más pausado, menos propenso por su alma rígida y su materialismo, á admitir este más allá de la conciencia, si bien sonriendo, pregunta: «¿Qué demonio de lengna se habla en sueños cuando se habla una lengua que no entiende uno?» Existen provincias de misterio en nuestra alma y en nuestro derredor, que apenas advertimos, semejantes á tapices ma-

ravillosos de los que sólo podemos ver el revés de grotesca hilaza.

Y es que existe una vida que está bajo la conciencia: en ese obscuro recinto inexplorable alientan instintos que no conocemos; allí llegan sensaciones de que no nos damos cuenta: en él se realiza todo género de operaciones fisiológicas y psíquicas de las que únicamente percibimos los resultados. Tratamos de hallar la solución de un problema y vanamente torturamos el entendimiento: desesperanzados abandonamos el trabajo y divertimos la imaginación. Cuando menos podríamos suponerlo, la luz se hace y el problema se halla resuelto. ¿Puede tener otra explicación esto, que admitir la existencia de una labor análoga á la intelectual, á la consciente, verificándose callada bajo la conciencia?

Esta es la teoría de Mæterlinck. «Cuando tenemos algo que decirnos realmente importante, nos hallamos obligados á callarnos.» La palabra sólo puede expresar cosas limitadas, conocidas, es decir, muy poco interesantes. Nuestros más hondos sentimientos y deseos, nuestras más admirables concepciones, al ser dichas con vocablos, pierden toda su sinceridad, su fuerza y su verdad. ¡Por qué otro camino, Mæterlinck, confirma la frase maligna de Harel! «La palabra ha sido dada al hombre para ocultar sus pensamientos.»

En los dramas de Mæterlinck—excepción hecha de Monna Vanna, que no pertenece á la manera genuína del autor belga—los personajes salmodían frases cadenciosas, tenues y sencillas hasta parecer infantiles: lo que estas frases dicen no tiene importancia: son esbozos de ideas, razonamientos vagos expresados en forma primitiva. Las visiones magníficas están al margen. Cada palabra es una sugestión, cada diálogo es una llave de oro que abre el jardín de los sueños, el reino del misterio ante nuestros ojos medrosos.

«Hablemos—dice Aglavina—como séres humanos, como pobres séres humanos que hablan como pueden, con sus manos, con sus ojos, con sus almas, cuando quieren decir cosas más reales que las que las palabras pueden alcanzar...» Esas cosas que están más allá de la palabra y acaso más allá del pensamiento, esos vagos instintos inexpresables, esas suposiciones imprecisas de que está acaeciendo en derredor nuestro algo que no conocemos, que en vano intentaríamos conocer, esas esperas de advenimientos misteriosos, todas esas fuerzas, en fin, que echan sus sombras por encima de nuestras vidas, permaneciendo ellas ocultas, son la materia de los dramas de Mæterlinck. El amor, el dolor, el misterio, la muerte, el porvenir, la fatalidad, mueven directamente sus figuras, y á veces, como en *La intrusa,* cruzan la escena, oprimen una puerta y van dejando á su paso mudos los séres. Poco tienen que hacer aquí el oído y las pupilas: para adormecerlos, este teatro les ofrece formas armoniosas y blandas, charlas de ritmo soñoliento. Esta vida, que no se realiza en el tiempo ni en el espacio, no es percibida

por los sentidos: las entrañas, los músculos y sobre todo los nervios, son quienes la entienden y reciben. Por eso puede hablarse de los dramas de Mæterlinck como de obras musicales. El portador estético de la impresión ha sido, como en la música, reducido á la menor cantidad de materia. «Delante de la música estoy como un desollado vivo»—exclamaba Maupassant, Malena, Aglavina, Selyseta, Meleandro, Isalina, Tintágiles... Estos son los nombres de los personajes: nombres sonoros, aéreos, sin patria ni edad, que, á lo sumo, traen una débil recordación de héroes caballerescos del ciclo carolingio ó del rey Artús. Bajo esos nombres hablan, gimen y se besan, hombres, mujeres y niños de almas primitivas, criaturas simplificadas que tienen el espíritu á flor de piel y vibran al ser rozados por las alas milagrosas del placer, del dolor, de la fatalidad. Para darnos á conocer á Aglavina, nos dice sólo Meleandro que es «uno de esos seres que saben reunir las almas en su origen y cuando se habla con ella no siente uno nada entre sí y lo que es la verdad». Si dos de estas criaturas hablan, fuerzas invisibles saturan sus palabras ingénuas de profecías, de amenazas, de oráculos. Mæterlinck, intentando la expresión de esas fuerzas primarias, latentes en la materia, ha tenido que ir á buscar su procedimiento artístico en la poesía más antigua, en los eddas tremendos de los sajones y, principalmente, en el teatro indio, en esa raza abuela, cuya «vieja alma se ha aproximado á la superficie de la vida mejor que ninguna otra».

* * *

Si tuviera espacio trataría de mostrar cuánto hay de español en este misticismo de Mæterlinck. El escritor belga es nieto de los ardientes españoles que compusieron *Las moradas, La cuna y la sepultura* y *Tratados de amor divino*. Al entrar en los Países Bajos dejamos caer sobre las amplias carnes blancas de los flamencos la melancolía de nuestro misticismo, que es el poso íntimo del alma española. Cuando en la lucha por la vida era éste una fuerza, fuímos los primeros; cuando fué inútil, nos paramos; cuando ha sido perjudicial, nos hemos dormido, sin lograr arrancarlo de nosotros.

Los místicos han estado durante todos los tiempos de pie en la frontera de lo desconocido: han sido los vigías de la humanidad que izados en el ensueño ó en el éxtasis, dan las voces de alerta al divisar las brumas rosadas que anuncian costa. Los sabios con toda su impedimenta y sus andares de camellos cansados, llegan á las tierras prometidas siglos más tarde que los videntes. Y esto es una amarga burla del hado, porque sabio podrá serlo quien quiera, y vidente sólo el que lo sea desde la eternidad. Todas esas campiñas florecidas bajo nuestra conciencia que hoy, con maravilla nuestra, columbramos vagamente, las ha visto de seguro desde su asiento de clavos un buen mahatma

indio que vivió hace diez siglos ó una virgen asceta que hace seis centurias hallara en una región más alta, más noble y más limpia, todos los placeres de la carne intensificados; los místicos creen que fuerzas supremas juegan con nosotros y nos mueven. ¿Quién podrá sinceramente negar la existencia de estos poderes fatales? «Nuestra ilusión del libre albedrío—según Spinosa—no es más que nuestra ignorancia de las causas que nos hacen obrar».

Esto debió pensarlo Spinosa, ese hombre tan bueno y tranquilo, cierto día en que sintiendo como si los vidrios que estaba puliendo huyeran de sus manos, alzó los ojos involuntariamente y vió cruzar el patio de la casa á Clara María, aquella muchacha fea, angelical, amor de sus días.



EL PASADO

Sí; aun cuando hubiera en nuestro pasado acciones á las que nuestra mejor voluntad no pudiese alcanzar, y de las cuales fuese imposible detener los efectos, considerando empero el vasto plan de cada existencia humana por encima de las circunstancias de lugar y tiempo, dichas acciones se desprenderían realmente de nuestra vida desde el momento en que ninguna fuerza de este mundo pudiera inducirnos á cometerlas semejantes. Tales acciones no nos son perdonadas por lo demás, pues pocas cosas se olvidan ó se perdonan en la esfera exterior; antes bien, continúan produciendo sus efectos materiales, porque las leyes de los efectos y de las causas son extrañas á nuestra conciencia.

(Mæterlinck. *Le Temple enseveli. Le Passe*, IX.)



RELIGIÓN Y RELIGIONES

Las religiones reveladas no son más que la expresión mítica (adecuada á la infancia de la humanidad) de la eterna religión de la justicia y del amor al prójimo, y sobre esta religión desembarazada de los mitos que la envuelven (no sin desfigurarla á veces) los espíritus pensadores se muestran de acuerdo con las gentes sencillas que, sin haber filosofado jamás, patentizan por su propio sacrificio sencillamente aceptado y por la nobleza de su propia vida, que han comprendido el secreto del destino humano.

(J. Payot. *De la croyance.* Preface).



EL HILOZOISMO
COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN).

IV.—Aplicaciones jurídicas.

Acabamos de ver que la definitiva consecuencia ética de la concepción hilozoista es el ideal social de la bondad desinteresada. Desde el punto de vista de este idealismo, hemos llegado á otra conclusión: que la libertad del hombre no es una realidad actual, pero sí una finalidad realizable por la espontaneidad moral de los individuos, teniendo presente que para alcanzar la libertad son condiciones imprescindibles el constante afán de merecerla y el odio á todas las fatalidades del egoísmo, ó como dice Gœthe: «Sólo es digno de la libertad y de la vida aquel que sabe conquistarlas diariamente». Esta idea de la libertad nos da, dentro del hilozoismo, la mejor idea del derecho. Aunque reconociésemos siempre un fondo egoísta en la moralidad, no nos sería lícito afirmar lo propio de la justicia (1). Las consecuencias que es preciso deducir necesariamente al proclamar este carácter ideal y universal de la justicia, nos enseñan que todos los séres tienen «derecho al derecho». De esta suerte se concibe que animales, vegetales y aun minerales sean para el

(1) En uno de esos lúcidos intervalos que deja á todo sectario y á todo socialista el espíritu del error, el mismo Proudhon dejó caer de su pluma estas sabias y bellas palabras relativas al derecho: «Desde el punto de vista de la perfección moral, toda afección del alma, todo acto de la voluntad, llevan algún resto de egoísmo, y pueden ser considerados como pecado. Sólo el sentimiento del derecho es puro, por ser la justicia incorruptible por naturaleza, y no poder nunca perjudicar, pues sirve al contrario de panacea» (*Teorie de la propieté*, cap. VI, § 2.°). ¡Así es como habló Proudhon!

hombre objeto de relación jurídica, cada uno según su grado. Mas no hay que engañarse acerca de la verdadera naturaleza de esta relación. Hemos visto al ocuparnos de Spinoza como teósofo, que este pensador, confundiendo la noción del derecho con la de la fuerza para vivir, la extiende á todos los séres. No es el pensamiento que en mí domina. El universalismo de Spinoza es un realismo optimista que lleva á la consecuencia de que allí donde llega la fuerza de cada uno, llega también su derecho. Mi universalismo es un resultado del altruismo, por el contrario. Para mí «el derecho es el equilibrio de individualidades más ó menos conscientes entre sí, que pueden ser miradas como procedentes de una libertad universal cósmica, por una cadena sin fin de evoluciones espirituales». Así, prescindiendo de minerales y vegetales, se nota en el mundo animal la misma ley psicológica que rige al mundo humano, y cuando referimos ambos mundos al tiempo, se revela en ellos una rigurosa identidad psíquica, aunque en diferentes etapas de desarrollo. La biología y la antropología así lo patentizan (1), y la sabiduría popular lo confirma en parte, afirmando, si no la necesidad de establecer una legislación para los brutos, la conveniencia de amarles, sobre todo á los que muestran verdadera fidelidad, como el perro. Un naturalista llegó á decir, con más verdad que aticismo, «que lo mejor del hombre es el perro». La Martime en su *Genoveve* pone en boca de la cándida aldeana del Delfinado las siguientes

(1) «El desarrollo de las pasiones en el animal es tan extenso como en el espíritu humano; y me vería muy apurado para precisar las diferencias de sus naturalezas, aunque las hay grandes en los grados de sus manifestaciones y en la forma de su expresión. Aparte de esto, la gradación de las facultades morales entre los animales y el hombre es tan imperceptible, que sería ciertamente exagerar su diferencia rehusar á los primeros cierto sentimiento de conciencia y de responsabilidad. Hay además entre ellos, y en los límites de sus capacidades respectivas, individualidades tan definidas como en el hombre; todos los aficionados á caballos, todos los guardas de casas de fieras, todos los quinteros ó pastores, en fin, todos los que tienen la grande experiencia de los animales salvajes ó domesticados, están ahí para afirmarlo. Este es un argumento de los más fuertes en favor de la existencia en todos los animales de un principio inmaterial, análogo á aquel cuya excelencia y facultades ponen de tal manera al hombre por encima de los demás organismos. La mayor parte de los argumentos de la filosofía en favor de la inmortalidad del alma humana se aplican igualmente á la indestructibilidad de este principio en otros seres vivientes». (Agassiz: *Contributions to the natural History of the United States of North America*, I, 1.)

palabras referentes á un perro: «Pido perdón á Dios, porque dicen que es preciso creer que los animales no tienen alma (y yo creo que quien ha asegurado eso ha debido ser algún carretero ó algún carnicero); pero es lo cierto que cuando miraba sus ojos creía ver un pensamiento asomado á sus pupilas, como lo veía en los míos cuando me asomaba al espejo». También Schopenhauer en su *Parerga und Paralipomen,* exclama: «¿Cómo habríamos de desquitarnos de la infinita hipocresía, falsedad y alevosía de los hombres, si no existieran los perros, cuya cara honrada se puede mirar sin desconfianza?» La antigüedad llegó á tributarle, no ya cariño natural, sino veneración social y aun religiosa. Según Plutarco, los habitantes de cierta comarca de Etiopia elegían por rey á un perro. En el antiguo Egipto, y con el nombre de Cinópolis, se fundó una ciudad consagrada á ese animal. Los sacerdotes de tiempos posteriores colocaron bajo la egida de la divinidad los pájaros útiles, salvándolos así de la destrucción; en el *Libro de los Muertos* se hace decir al hombre que comparece ante el tribunal de Osiris: «No he cogido en mis redes las aves de los dioses». Roma tenía sus gallos sagrados. En Laponia los osos recibían honores divinos. Los germanos los consideraban también como objeto de culto. En el archipiélago griego este culto se extendió al toro, al ciervo, al caballo, al puerco y á la cabra. En Malabar, donde persiste todavía la creencia en la metempsicosis, hay hospitales para los irracionales, se cuida y se alimenta á los ratones en los templos y está terminantemente prohibido causar el menor daño á los animales. Los habitantes del Pegú se limitan también por superstición al régimen vegetal. El código de Manu contiene severas penas contra los que maltraten sin necesidad á los animales domésticos. El Pentateuco establece en su favor multitud de sabias y caritativas prescripciones. Buda proclamó siempre que no se debe derramar la sangre de ningún ser animado, criatura del amor. Zoroastro predicó á su vez que hay que abstenerse de todo alimento impuro. Pitágoras llegó á prohibir la carne en la alimentación, y Empedocles admitió las mismas ideas, fundado en que tenemos parentesco con todas las cosas por naturaleza, aunque no lo reconozcamos á causa de las transformaciones producidas por la discordia. Y aquí se me presenta una triste observación, hecha ya por Hufeland y Luciano, y es que en las épocas de corrupción y de perturbación crecientes, los excesivos

honores tributados á todo lo que es humano, dieron motivo á pesimismos *in articulo mortis*, surgiendo filósofos que como Demonax, después de haber hecho cuanto podían por servir á los hombres durante la vida, querían «dar también algo á los animales después de la muerte». Mas de esto no se trata ahora. Volvamos á nuestro asunto.

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO

(Se continuará).



LA PALABRA

. . . quien tenga deseos de beber un manantial que no se agote ni corrompa, comprarlo puede con sufrimientos. La piedra debe ser rota en pedazos si quiere extraerse de ella la lentejuela de plata. ¡Dichoso, pues, quien toma resignado las penas, y llega á la muerte haciendo bien y llora cuando ve llorar á sus hermanos, y echa la capa de sus hombros sobre la pobreza desnuda y macilenta, y con el humilde se humilla y para el que tiene frío hace brillar su hogar! Y la grande palabra que el hobre olvida, hela aquí: la muerte es la vida. Y los mansos, y los buenos, y los misericordiosos, ¡bienaventurados! Al soplo de un viento sutil remontarán su vuelo tranquilos, y blancos como un lirio, dejarán ese mundo en el cual los Santos son de continuo apedreados.

(Mistral. Mireio. Poema provenzal. Canto X.)



LA INDIVIDUALIDAD

Nadie quisiera trocar su individualidad por la de otro, y nadie se contenta con lo que es. ¡Qué contradicción! Contentémosnos con lo que somos. Es tanto lo que sufro, que me parece que trocaría mi suerte por la de cualquiera, grado de dolor á que hasta ahora no había llegado. Si fuera preciso aceptar la suerte de otro, esto equivaldría á morir. La muerte no es otra cosa que la destrucción del yo. Mas ¿qué es lo que digo? ¿Qué irresistible manía me arrastra? ¡Ah! Cuanto más sondeo nuestra naturaleza más me persuado de que, piezas necesarias de un conjunto que no vislumbramos, desempeñamos un papel que algún día nos será revelado...

(Ymbert Galloix. *Carta á D****. En el estudio de Víctor Hugo.)



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

El pariente del *dhani*, que pasó la velada con nosotros, contó lo siguiente: Los Bhils descienden de uno de los hijos de Mahâdeva ó Shiva y de una hermosa mujer que tenía el rostro blanco y los ojos azules, á la que encontró en una selva del otro lado del Kâlapâni, «aguas negras» ú océano. Esta pareja tuvo muchos hijos, uno de los cuales, tan bello como depravado, mató al buey favorito de su abuelo Mahâdeva, siendo desterrado por su padre al desierto de Jodpur. Alejado en el más remoto rincón del Sur, se casó, tardando poco sus descendientes en matar á todos los habitantes de la comarca. Esparciéronse á lo largo de la cordillera Vindya, en la frontera Oeste de Malva y Kandesh, y más tarde sobre la región silvestre y deshabitada de las orillas de los ríos Mahâ, Narmadâ y Tapti. Y todos ellos, al heredar la belleza de su antepasado, sus ojos azules y hermosa tez, heredaron también su carácter turbulento y su predisposición al mal.

—Somos bandoleros y ladrones—nos decía con toda ingenuidad el pariente del «camarada» de Babu —, pero no podemos evitarlo, porque este es el mandato de nuestro poderoso antepasado, el gran Mahâ-deva-Shiva. Al enviar á su nieto al desierto para que se arrepintiera de sus pecados, le dijo: ¡Vete, miserable asesino del buey Nardi, del que era mi hijo y tu hermano; vete y vive la vida del desterrado y del bandido para que sirvas de escarmiento eterno á tus hermanos!... Estas fueron las verdaderas palabras del gran dios. ¿Creéis que podamos desobedecer sus órdenes? Hasta los más pequeños actos de nuestra vida son regulados siempre por los *Bhamyas*—jefes—, que son los descendientes directos de Nadir-Sing, el primer Bhil, hijo de

nuestro desterrado antecesor, y siendo esto así, es muy natural que el gran dios nos hable por el intermedio de ellos.

¿No es extraño que Apis, el buey sagrado de los egipcios, sea venerado tanto por los sectarios de Zoroastro como por los indos? El buey Nardi, emblema de la vida en la naturaleza, es hijo del padre creador, ó por mejor decir, su hálito que produce la vida. Ammiano Marcelino dice en una de sus obras que existe un libro en el que se encuentra la *edad exacta* de Apis, el hilo del misterio de la creación y los cálculos cíclicos. Los brahmanes explican también la alegoría del buey Nardy por la continuación de la vida en nuestro globo.

Los «intermediarios» entre Shiva y los Bhils tienen una autoridad tan ilimitada, que con una sola palabra pueden hacer que se cometan los crímenes más horrendos. La tribu ha creído conveniente disminuir en algo su poder, instituyendo en cada lugar una especie de consejo. Este consejo se llama *tarvi* y trata de moderar las ardientes imaginaciones de los *dhanis*, sus señores... bandidos. A pesar de todo, la palabra de los Bhils es sagrada y su hospitalidad sin límites.

* * *

La historia y los anales de los príncipes de Jodpur y Oodeypur, confirman la leyenda de la emigración Bhil desde su primitivo desierto, pero lo que nadie sabe es cómo sucedió. Según el coronel Tod, es positivo que los Bhils, los Merases, los Goands y las tribus que habitan las selvas de Nerbuda, son aborígenes de la India. Pero no nos resuelve la cuestión de por qué los Bhils tienen la tez casi blanca y los ojos azules, siendo así que en el resto de las tribus montañesas el tipo es casi africano. El hecho de que todos estos aborígenes se llamen á sí mismos *Bhûmaputra* y *Vanaputra*, hijos de la tierra é hijos de la selva, cuando los Rajputs, sus primeros conquistadores, dicen ser Sûrya-vansa y los Brahmanes Indu-putras, descendientes del sol y de la luna, no lo prueba todo. Me parece que en el caso presente, el aspecto físico de ellos, confirmado en la leyenda, es de un valor mucho más grande que el dato filológico. El doctor Clark, autor de *Viajes por la Escandinavia*, es muy lógico cuando dice que «dirigiendo nuestra atención sobre las trazas de las supersticiones antiguas de una tribu, hallaremos mucho más fácil-

mente sus ascendientes primitivos, que por el examen científico de su lengua; las supersticiones están unidas á la verdadera raíz, mientras que la lengua está sujeta á toda clase de cambios.»

Pero, desgraciadamente, todo lo que sabemos acerca de la historia de los Bhils se reduce á la ya citada tradición y á unos pocos cantos antiguos de sus bardos. Estos bardos ó *bhattas* viven en el Rajistan, pero visitan anualmente á los Bhils, con el fin de que no se interrumpa el hilo principal de las hazañas de sus compatriotas. Sus cantos son historia, porque los *bhattas* han existido desde tiempo inmemorial, componiendo para las generaciones futuras y siendo esto obligación hereditaria en ellos. Los más antiguos de dichos cantos, señalan á las tierras que están más allá del Kâlapâni, es decir, algún sitio de Europa, como el lugar de donde vinieron los Bhils. Algunos orientalistas, y especialmente el coronel Tod, tratan de probar que los Rajputs, conquistadores de los Bhils, eran recién llegados de origen Escita, y que los Bhils son los verdaderos aborígenes. Para probarlo, presenta algunos rasgos comunes á ambos pueblos, Rajput y Escita, por ejemplo: 1.° El culto á la espada, la lanza, el escudo y el caballo. 2.° El culto y sacrificios al sol (el cual, en lo que mis conocimientos alcanzan, sé que nunca fué adorado por los Escitas). 3.° La pasión del juego (que, por otra parte, es tan fuerte entre los chinos y japoneses). 4.° La costumbre de beber sangre en los cráneos de los enemigos (practicada también por algunos aborígenes de América), etc., etc.

No pretendo entrar aquí en una discusión científica etnológica; además, estoy segura que nadie deja de ver el giro tan extraño que toman muchas veces los razonamientos de los científicos cuando tratan de probar alguna teoría favorita. Bastará recordar lo enmarañada y confusa que es la historia de los antiguos Escitas, para abstenerse de sacar de ella ninguna conclusión positiva. Las tribus comprendidas bajo la denominación general de Escitas fueron muchas, y aún es imposible negar la gran semejanza que existe entre las costumbres de los Rajputs y las de los antiguos Escandinavos adoradores de Odin, cuyas tierras fueron ocupadas por los Escitas más de quinientos años antes de Cristo. Pero esta semejanza da tanto derecho á los Rajputs para decir que nosotros somos una colonia de Sûryavansas establecida en el Oeste, como á nosotros para afirmar que

los Rajputs son descendientes de los Escitas que emigraron hacia el Este. Los Escitas de Herodoto y los Escitas de Ptolomeo y de algunos otros escritores clásicos, son dos nacionalidades perfectamente distintas. Bajo el nombre de Escitia, incluye Herodoto la extensión de tierra comprendida entre las bocas del Danubio y el mar de Azoff, según Niebuhr, y desde las bocas del Don, según Rawlinson; mientras que la Escitia de Ptolomeo es una comarca estrictamente asiática que comprendía todo el espacio entre el río Volga y Serika ó China. A más de esto, la Escitia estaba dividida por los Himalayas occidentales, que los escritores romanos llaman *Imaus*, en Escitia *intra* Imaum y Escitia *extra* Imaun. Dada esta falta de precisión, lo mismo puede llamarse á los Rajputs los Escitas del Asia, que á los Escitas los Rajputs de Europa. Pinkerton opina que no sería tan fuerte el desprecio que los europeos sienten por los tártaros si supieran lo estrechamente unidos que estamos á ellos, pues según él, nuestros antepasados proceden del Norte de Asia, y nuestras costumbres, leyes y manera de vivir fueron iguales que las suyas; en una palabra, que no somos sino una colonia tártara... Los Cimbrios, Celtas y Galos, que conquistaron la parte Norte de Europa, son diferentes nombres de la misma tribu cuyo origen es Tartaria. ¿Qué fueron los Godos, Suecos, Vándalos, Ilunos y Francos, sino enjambres salidos de la misma colmena? Los anales de Suecia señalan á Kashgar como la patria madre de los Suecos. La semejanza entre las lenguas de los Sajones y de los Kipchak-Tártaros es sorprendente; y el Celta, que todavía se habla en Bretaña y en el país de Gales, es la mejor prueba de que sus habitantes descienden de la nación tártara.

A pesar de lo que Pinkerton y otros puedan decir, los modernos guerreros Rajput no responden en lo más mínimo á la descripción que Hipócrates nos hace de los Escitas. El «padre de la medicina» dice: «la estructura corporal de estos hombres es gruesa, tosca y achaparrada; sus articulaciones débiles y blandas; son muy escasos de pelo y todos se parecen entre sí.» Nadie que haya visto los hermosos y gigantescos guerreros del Rajistan, con sus abundantes cabellos y barbas, podrá reconocerlos nunca como descendientes de los que pintó Hipócrates. Además los Escitas enterraban sus muertos, cosa que los Rajputs nunca han hecho á juzgar por los recuerdos de sus más antiguos manuscritos. Los Escitas eran una nación errante, di-

ciendo de ellos Hesiodo, que «vivían en carros cubiertos y se alimentaban de leche de yegua.» Los Rajputs han sido desde tiempo inmemorial un pueblo sedentario, habitando ciudades y teniendo historia varios cientos de años, por lo menos, antes de Cristo, es decir, anteriormente á la época de Herodoto. Celebran el Ashvamedha ó sacrificio del caballo, pero no prueban la leche de yegua y desprecian á todos los mogoles. Herodoto dice que los Escitas, á los cuales él llama Skoloti, odiaban á los extranjeros, no permitiendo á ninguno en su territorio; por el contrario, los Rajputs son uno de los pueblos más hospitalarios del mundo. En la época de las guerras de Darío, 516 antes de Cristo, los Escitas estaban todavía en su propio territorio, alrededor de las bocas del Danubio; y por la misma época los Rajputs eran ya conocidos en la India y tenían su reino propio. En cuanto al Ashvamedha, del que hace el coronel Tod argumento principal de su teoría, tanto en el *Rig-Veda* como en el *Aitareya-Brâhmana* se hace mención de la costumbre de matar caballos en honor del sol. Martín Haug supone que el último de estos libros existe, probablemente, desde los años 2000 á 2400, antes de Cristo.

*
* *

Pero me parece que la digresión desde el camarada del Babu á los Escitas y Rajputs de la época antidiluviana, lleva trazas de no acabarse nunca; así, pues, pido perdón á los lectores y reanudo el hilo de mi narración.

Ceremonas nupciales.

Al día siguiente, muy de mañana, los shikaris de la localidad, al mando del guerrero akali, salieron para las cuevas con objeto de expulsar de ellas á los tigres, tanto reales como encantados. Viendo que tardaban en efectuarlo más tiempo del que suponíamos, el viejo Bhil que representaba para con nosotros al ausente *dhani*, nos propuso asistiéramos á las ceremonias de una boda brahmánica. Inútil es decir que aceptamos. Las formas de celebrar los esponsales y el matrimonio no han cambiado en la India desde hace más de dos mil años, ejecutándose conforme á las prescripciones de Manu, sin introducir nue-

vas variantes. Los ritos religiosos de la India hace largo tiempo que han cristalizado, pudiendo decir el que haya visto un casamiento indo en 1879, que lo vió tal como se celebraba hace muchos siglos en el antiguo Aryâvarta.

Pocos días antes de abandonar Bombay, leímos en un pequeño diario local dos anuncios de matrimonio: el primero se refería al de una heredera brahman y el segundo al de una hija de adoradores del fuego. El primero decía poco más ó menos lo siguiente: «La familia de Bimbay Mavlankar, etc., etc., se está preparando para un feliz acontecimiento. Este respetable miembro de nuestra comunidad, diferente al resto de los menos afortunados brahmanes de su casta, ha encontrado marido para su nieta en una rica familia gujerat de la misma casta. La pequeña Rama-bai tiene ya cinco años y su futuro marido siete. La boda tendrá lugar dentro de dos meses y promete ser brillante».

El segundo anuncio hacía referencia á un hecho consumado y lo insertaba un periódico parsi, el cual insistía enérgicamente sobre la necesidad de abandonar «ciertas costumbres repugnantes y anticuadas», y en especial los matrimonios prematuros. A propósito de ésto, ridiculizaba á cierto periódico gujerati, en el que se describía con frases muy pomposas una boda que acababa de celebrarse en Poona. El novio, que tenía seis años escasos, «¡abrazaba cariñosamente á su novia de dos años y medio!» A las preguntas de rigor en tales casos: «¿le queréis por esposo legal, oh, hija de Zaratushta?» y «¿queréis ser su marido, ó hijo de Zoroastro?», contestaron ambos de una manera tan confusa, que el Mobed tuvo que dirigirlas á sus respectivos padres. «Todo sucedió como era de esperar—continuaba el periódico;—«al novio lo sacaron de la habitación cogido de la mano, y la novia, á la que llevaban en brazos, saludó á la concurrencia, no con sonrisas, sino con gritos y sollozos tremendos que le hacían olvidar la existencia de una cosa que se llama el pañuelo, y recordar solamente su botellita de leche; pidió este último artículo repetidas veces, medio ahogada por los sollozos y abrumada con el peso de los diamantes de la familia. Esto, que sucedió tal como lo describimos, era un casamiento parsi, el cual muestra con la exactitud de un barómetro, el progreso rápidamente alcanzado por nuestro pueblo».

Esta descripción nos hizo reir grandemente, aun cuando no le diéramos entero crédito por considerarla muy exagerada. Conocemos familias parsis y brahmanes en las que existen maridos de diez años de edad; pero nunca habíamos oído hablar de novias que estuvieran todavía en la edad de la lactancia.

Los brahmanes tienen sus motivos para ser fervientes defensores de la antigua ley que prohibe á todos, excepto á los brahmanes oficiantes, el estudio del sanscrito y la lectura de los *Vedas*. Muchos shûdras y aun nobles vaishyas fueron ejecutados en tiempos antiguos por este delito. El secreto de tanto rigor está en el hecho de que los *Vedas* no permiten contraer matrimonio á las mujeres antes de los quince á veinte años y á los hombres antes de los veinticinco y aun de los treinta. Deseosos los brahmanes, sobre todo, de que las ceremonias religiosas llenen sus bolsillos, nunca cesan en la tarea de desfigurar la antigua literatura sagrada; y para no ser sorprendidos declaran su estudio excomulgado. Entre las muchas «invenciones criminales», usando la expresión de Swâmi Dayânand, hay un texto en los libros brahmánicos que contradice todo lo que se halla en los *Vedas* sobre este particular: me refiero al Kudva Kunbis ó época de los casamientos para todas las clases agrícolas de la India Central. El Kudva Kunbis se celebra una vez por cada doce años, y según parece es campo de donde *Messieurs les brahmans* extraen abundantísima cosecha. En dicha época todas las madres tienen que solicitar audiencias de la diosa Mâtâ, la gran madre, por supuesto mediando sus legítimos oráculos los brahmanes. Mâtâ es la patrona especial de las cuatro clases de casamientos que se practican en la India: casamientos de adultos, de niños, de infantes y de seres humanos que están todavía por nacer.

(Trad. de **J. M. B.**).

(Se continuará).

Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society*).
The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)
The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland).
Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkeri en Boekhandel).
Revue theósophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)
Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)
Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)
Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)
Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. INDIA. (Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. BRASIL. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. (Bahia.)
La Lumiere. PARÍS. (Rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. ITALIA. (Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)
Constancia. BUENOS-AIRES. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. BUENOS-AIRES. (Victoria, 3325.)
Freya. BUENOS-AIRES. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. BARCELONA. (Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. TARRASA. (Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. PARÍS. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. PORTUGAL, COIMBRA. (Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo PORTUGAL. (SERPA.)
Revista masónica. BUENOS-AIRES. (Calle Cuyo, 1131.)
Helios. MADRID. (Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. MADRID. (Cristóbal Bordiú, 1.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA EVOLUCIÓN DE LA CONCIENCIA

(CONCLUSIÓN)

VOLVAMOS al segundo de los cuerpos mencionados, á la glándula pituitaria. Esta ha sido considerada como derivada de una boca primitiva. En los invertebrados se encuentra en directa continuidad con el tubo alimenticio. En los vertebrados cesa de funcionar como tal boca y comienza á convertirse en un órgano rudimentario, si bien conserva una función peculiar en relación con el desarrollo del cuerpo. Permanece activo durante el período normal del desarrollo físico, y cuanto más activamente funciona, mayor es este desarrollo. En los gigantes se ha encontrado que este órgano tenía una actividad especial. Algunas veces, empero, la pituitaria comienza á funcionar de nuevo en un período ulterior de la vida, cuando la armazón ósea se ha solidificado, ocasionando entonces anormalidades y desarrollos monstruosos de distintas partes del cuerpo, de las manos, pies, nariz, y produciendo alteraciones de la más deplorable especie.

A medida que el sistema cerebro-espinal va haciéndose dominante, la primitiva función de estos dos cuerpos desaparece; mas si éstos tienen un pasado, asimismo tienen un futuro. El pasado está relacionado con el sistema simpático; el futuro con el cerebro-espinal. Conforme la evolución avanza y el núcleo, el

chakras, en lo astral vivifícase, la pituitaria llega á ser el órgano físico para lo astral y posteriormente para la clarividencia. Cuando se realiza un esfuerzo excesivo para la visión astral, se observa algunas veces en lo físico una inflamación de la pituitaria. Este órgano es aquél á través del cual es transmitido al cerebro el conocimiento suministrado por la visión astral; es así mismo el que sirve para vivificar las relaciones entre el sistema simpático y el cuerpo astral, para establecer, en suma, una continuidad de Conciencia entre los planos astral y físico.

La glándula pineal llega más tarde á relacionarse con uno de los chakras en el cuerpo astral, y á través de éste con el cuerpo mental, y llega á servir como de vehículo físico para la transmisión del pensamiento de un cerebro á otro. En la transmisión del pensamiento, el pensamiento puede ser despedido de Manas inferior á Manas inferior, utilizándose la materia mental como un medio transmisor. Puede ser también enviado al cerebro físico y por medio de la glándula pineal transmitido á través del éter físico á la glándula pineal de otro cerebro y así á la Conciencia receptora.

En tanto el centro de actividad radica en el principio dominante del hombre, la vivificación de los chakras debe verificarse, como se ha dicho, desde el plano físico. El objeto de esta vivificación no es hacer del vehículo astral un transmisor eficaz de las energías del Hombre Espiritual, sino hacerle apto para que obre como un cuerpo independiente, por medio del cual la Conciencia pueda funcionar en el plano astral. Puede haber diferentes centros de actividad para la construcción de vehículos transmisores; pero parece necesario partir del plano físico en lo tocante á la vivificación de centros que funcionan sobre otros planos. Siendo la base puramente física, se comprende desde el momento la verdadera importancia de la pureza física, de la abstención y otras materias.

Los Senderos de la Conciencia

Ahora una cuestión se presenta: ¿Debe la Conciencia trabajar siempre en una misma dirección para alcanzar su vehículo físico? La vida marcha unas veces directamente atravesando los subplanos atómicos que hay de plano á plano, y otras atravesando cada uno de los subplanos desde el séptimo al primero

antes de alcanzar el último subplano atómico inmediato al plano siguiente. ¿Cuál de estos dos caminos debe seguir la Conciencia? En su proceso normal, en el proceso ordinario del pensamiento, la onda pasa regularmente á través de cada subplano sucesivo, desde el mental (á través de los siete subplanos astrales) al físico etéreo y así á la materia nerviosa y densa. Esta onda origina corrientes eléctricas en la materia etérica y afecta al protoplasma de las células grises. Mas cuando se producen ciertas peculiares lucideces de la Conciencia, como en la lucidez del genio ó en la aparición de la idea que súbita ilumina la mente, ó en la luz que llega al sabio cuando de una masa de hechos ve brotar súbitamente la ley que los unifica y contiene, la Conciencia atraviesa los subplanos atómicos y alcanza el cerebro. Esta es la idea iluminativa que se justifica por su mera aparición, como la luz del sol, y que no adquiere mayor fuerza por ningún proceso de razonamiento. Este razonamiento llega al cerebro á través de subplanos sucesivos; la lucidez dominadora por los subplanos atómicos únicamente.

Conocimiento y Memoria

Otra pregunta que á menudo se hace es: ¿Cómo es que el conocimiento obtenido en los planos superiores llega al cerebro y no es acompañado por el recuerdo de las circunstancias mediante las cuales fué adquirido? Todo aquel que practica la meditación regularmente, observa que posee muchos conocimientos que no ha adquirido por el estudio en el plano físico. ¿De dónde provienen? Fué en el plano astral ó en el mental donde fueron adquiridos y llegaron al cerebro mediante el proceso citado. La Conciencia los adquirió directamente en el plano mental ó llegando del astral y les redujo á ondas de pensamiento usual. También pudieron ser comunicados desde planos superiores, actuando directamente sobre el cuerpo mental. Pero las circunstancias de la comunicación pueden no recordarse por una de las dos razones ó por ambas. Hay muchas personas que no están lo que pudiera decirse técnicamente «despiertas» en los planos astral y mental; pudiera decirse que sus facultades están vueltas hacia ellos mismos y consagradas á procesos y emociones mentales, sin que se detengan ante la observación de los fenómenos externos. Podrán ser muy buenos receptores, podrán vibrar con

facilidad sus cuerpos mental y astral, podrán estas vibraciones transmitir el conocimiento que les sea dado, sin que despierten la atención del sujeto sobre el que recaen las comunicaciones. A medida que la evolución avanza se llega á ser más y más receptivo para lo astral y mental, pero no por esto se llega á ser más conocedor de lo que le rodea.

Otra razón para explicar la falta del recuerdo, es la ausencia de relaciones que unan con el sistema simpático antes mencionado. Una persona puede estar «despierta» en el plano astral y funcionando en él, por tanto, activamente, y ser vivamente consciente de lo que le rodee. Pero si los lazos de unión entre el sistema astral y físico no se han establecido ni vivificado, habrá un vacío en la Conciencia. Por lúcida que sea la Conciencia en el plano astral, no puede, hasta que dichos lazos queden establecidos, aportar é imprimir sobre el cerebro físico el recuerdo de las experiencias astrales. Además de dichos lazos, precísase el activo funcionalismo del cuerpo pituitario que reúne las vibraciones astrales como un espejo ustorio reúne los rayos del sol. Una cantidad de vibraciones puede ser acumulada haciéndolas dirigirse á un punto determinado, y operando las vibraciones sobre la materia física, la ulterior propagación de éstas es fácil. Todo esto es preciso para «recordar».

Annie BESANT

PALABRAS É IDEAS

La extraña semejanza que tienen entre sí las filosofías hinda, griega y germánica, fácil es de demostrar. Precisamente donde subsiste una afinidad de lenguaje, es absolutamente inevitable que gracias á la común filosofía de la gramática, ó sea á la inconsciente dirección de iguales funciones gramaticales, no esté predispuesto todo *à priori* para un desenvolvimiento análogo de los sistemas filosóficos, así como parecen cerradas para la interpretación del universo ciertas otras vías.

Los filósofos del territorio lingüístico *uralo-altáico* (donde el concepto del sujeto tuvo su menor desarrollo) verán probablemente las cosas del mundo de muy diversa manera que los hindo-germanos ó los musulmanes; el impulso de ciertas funciones gramaticales no es, al fin y al cabo, otra cosa que la influencia de los valores fisiológicos y de las condiciones de raza. Con esto hay bastante para refutar la superficialidad de Locke acerca del origen de las ideas.

(NIETZSCHE. *Más allá del bien y del mal,* § 20).

Los Neoplatónicos.

(CONCLUSIÓN)

POR otra parte, si el conocimiento—no estando acompañado de la virtud—es vano, la virtud sin el conocimiento es, á su vez, insegura y de base inestable. Por eso Plotino dice que la Dialéctica ó Metafísica, ciencia del Sér, complementa los principios de las otras dos ramas de la Filosofía, la Etica y la Física. Siguiendo á Platón, reconoce Plotino en el hombre tres temperamentos especialmente conducentes á elevarse hasta Dios: el de músico (ó artista), el de amante y el de filósofo. El músico y el amante deben convertirse en filósofos por el conocimiento de que la belleza que ellos persiguen es, en verdad, algo muy distinto de la manifestación sensible de belleza que aquí excita sus miradas; que la presencia de lo bello en alguna cosa no es sino el indicio seguro de un origen divino; que el amor á la belleza, aun disfrazada ó deformada, no es otra cosa que el amor á Dios, puesto que «Dios es la Suprema Belleza». El filósofo, si es digno de este nombre, será también músico y amante, no en el sentido vulgar de la palabra, sino conforme á su significación más alta y universal, porque la armonía de la música no es sino una imagen de la armonía universal, y el amor del hombre una chispa de ese gran Amor que ilumina el mundo todo y que es el más fuerte de los lazos que mantienen el universo y une lo mortal con lo inmortal.

Y aun cuando el fin de la filosofía sea apartar al alma del cuerpo, no realizaremos ese fin por el hecho de negarnos á admitir y gozar de la belleza que se manifiesta en el cuerpo. El amor á la belleza sensible es una disciplina necesaria para el alma y no adelantamos despreciándola, sino perfeccionándola, del mismo modo que el hombre perfecciona los placeres del niño. Cuando nosotros le hayamos realmente perfeccionado y estemos ciertos de que no es más que la sombra de una belleza más grande,

la belleza de la mente, entonces, y sólo entonces, podremos—como dice Plotino—«cerrar los ojos del cuerpo y hacer uso de otra vista que todos poseen, pero pocos emplean». Así, pues, en este adelanto no perdemos nada. Todo lo que hayamos amado verdaderamente, permanece en nosotros á medida que nos elevamos desde la insinuación imperfecta á la realización cada vez más perfecta. Esto es lo que Plotino quiere significar cuando dice que «el alma, despojándose de todas las cosas extrañas á Dios, asciende hasta que sólo contempla á Dios». Porque las cosas de las que así se despoja el alma, no son realidades, sino obscurecimientos de lo real, pues sólo Dios es en todas las cosas la más interna realidad.

La felicidad que el sabio pretende es algo que está muy distante de la vulgar concepción de felicidad. En este punto Plotino va más allá de Aristóteles, quien, á la vez que define la felicidad como «actividad del alma racional en conformidad con la más alta y perfecta virtud», añade la condición de que las circunstancias externas le sean en algún grado propicias. Plotino rechaza absolutamente, y en forma que no deja lugar á duda, esta concesión á la humana flaqueza. «Si suponemos dos sabios, uno de los cuales posee todas las ventajas de la naturaleza y de la fortuna, mientras el otro carece de ellas, ¿no será el primero el más feliz?» La respuesta que da es: «No; si los dos son igualmente sabios, serán también igualmente felices.»

Hay en esta doctrina una severidad estóica que á primera vista parece un poco fría. No obstante, si tomamos la palabra felicidad en el sentido elevado en que la toman estos filósofos, Plotino tenía indudablemente razón. Felicidad, según su propia definición, es «la posesión firme de la vida perfecta», y la vida perfecta no es evidentemente la del cuerpo ó naturaleza animal, que no es ni perfecto ni puro, estando sujeto á muchas variaciones y á la muerte. La vida perfecta es la de la esencia inmortal del alma obrando activamente en conformidad con la Mente divina, y la posesión de esta vida en manera alguna depende de las circunstancias externas. «Sólo es verdaderamente feliz el que practica la vida perfecta y se ha identificado con ella, y que el hombre que esto hace posee la felicidad, se prueba por el hecho de que no desea nada más, pues encuentra su bien dentro de sí mismo, y el Bien es la causa del bien en él. Si él investiga todavía, lo hace como necesario, no á él mismo, sino á algo que for-

ma parte de él *(ej.:* su cuerpo). No es menos feliz en la adversidad, pues si se encuentra afligido, el dolor no afecta al hombre interior, sino únicamente á lo que en él no es inteligente» (1).

Plotino va más lejos todavía. Para él la felicidad es un estado del alma que no implica necesariamente la reflexión de dicho estado en nuestra conciencia ordinaria. El sabio puede ser feliz aun cuando esté inconsciente de su felicidad, porque la felicidad reside en la sabiduría activa, y puede ser activa la parte más elevada del hombre sin transmitir el conocimiento al animal. La energía intelectual puede ser activa en nosotros sin que lo percibamos. La percepción implica reflexión, es decir, una reversión del pensamiento sobre sí mismo, de manera que se refleje en la imaginación como un objeto en un espejo. Ahora bien; si desviamos el espejo, el objeto permanecerá en el mismo sitio, aunque cese de ser reflejado. Sucede en la vida consciente que obramos á menudo sin darnos en el momento cuenta de nuestra acción; la energía inconsciente es, en efecto, la más intensa de todas las energías.

Emerson reconoce esto cuando habla de «la distinción entre el yo interno y el externo, la doble conciencia; que dentro de esa individualidad errante, apasionada y mortal, reside una suprema, tranquila é inmortal mente, cuyos poderes no conozco, pero que son más fuertes que yo, es más sabia que yo, jamás me aprueba ningún extravío, busco su parecer en mis dudas, acudo á ella en mis peligros y á ella invoco en mis empresas» (2).

Mauricio Mæterlinck se expresa de manera semejante. «Poseemos—dice—un *yo* más profundo é inexpugnable que el de las pasiones ó el de la pura razón.» Nuestra conciencia ordinaria es «una planta de la superficie» muy distante de ese «gran fuego central de nuestro sér». «Puedo cometer un crimen sin que esto ocasione la menor agitación en la más pequeña llama de ese fuego, en tanto que un cambio de miradas, un pensamiento secreto, un momento de silencio, puede agitarla en torbellinos terribles y hacerla desbordar sobre mi vida. Nuestra alma no juzga como nosotros, es una cosa caprichosa y oculta. Puede ser agitada por un soplo é ignorar una tempestad» (3).

---

(1) Plotino, *Ennead.*, i. 4. 4.
(2) Cabot's, *Life of Emerson*, i. 213.
(3) *Le Trésor des Humbles: Novalis.*

Plotino formula su pensamiento sobre este punto en la siguiente doctrina, que yo creo peculiar suya: «que nuestras almas no descienden por completo; que, aunque nuestra conciencia y energías pueden en gran parte haber llegado á unirse en la vida de este mundo con sus pasiones y miras triviales, aún queda en lo más recóndito del espíritu de todos una remota esencia de sus influjos temporales, esencia que por siempre vive en la divina; y esta esencia, de la cual podemos, aunque poco, darnos cuenta de su presencia, es ciertamente la verdadera alma, nuestro verdadero yo. A esta esencia es á la que se hace alusión en la famosa máxima «Conócete á ti mismo», la más esencial y más difícil de obedecer de todas las máximas. Somos, pues, felices en el sentir de estos filósofos únicamente cuando nuestros pensamientos y energías están en armonía con esa divina esencia.

Se ha dicho anteriormente que la Dialéctica amplificaba los principios de las otras dos ramas de la Filosofía. En el sentido en que la toman los platónicos, la Dialéctica no significa meramente un sistema de lógica, sino la aplicación de un sistema lógico á la ciencia de la Metafísica ú Ontología. Ahora bien: así como la Física, ciencia que trata de los fenómenos ó existencia aparente, es la rama menos importante de la filosofía, la Metafísica, ó ciencia que trata de la existencia real, es la más elevada. Entre las dos anteriores está el lugar de la Etica, ó regla de verdadera conducta, que nos lleva desde las ilusiones de los sentidos á la percepción de la verdadera existencia, y desarrollando en nosotros la naturaleza superior, nos hace poner en contacto con la divina realidad de todas las cosas. Toda realidad está contenida en la Mente considerada como principio universal. Así, pues, tenemos dos mundos: el de la Mente, ó Mundo Inteligible, que es como comúnmente se le llama, y el aparente ó Mundo Sensible. El primero comprende en sí toda existencia real; el último es simplemente una manifestación del primero, bajo condiciones y limitaciones materiales.

Una vez hecha esta clara distinción, nos encontramos con que el mundo verdadero ó inteligible es nuevamente dividido en triadas ó principios, de los cuales el segundo emana del primero y el tercero, á su vez, del segundo. Esta doctrina de las tres hipóstasis ó principios substanciales, debe mirarse como el centro de la metafísica neoplatónica. Su inspiración se debe á Platón,

pero fué por primera vez definitivamente formulada por Plotino y aceptada por sus sucesores sin cambio substancial, aunque amplificada en algunos detalles.

Rigurosamente hablando, la primera de las tres hipóstasis no pertenece al mundo inteligible, sino que traspasa su límite. Es Dios en el más elevado sentido; «aquello fuera de lo cual nada es, y á cuya consecución todas las cosas aspiran (1)». No tiene atributos, puesto que los transciende; *no es una cosa* en sí, sino la causa de todas las cosas. Este principio está necesariamente más allá de toda comprensión humana, y los nombres que se le han dado, como el Uno y el Bien, indican á lo más solamente algo de la relación que existe del Universo á la Causa primera. Pero aunque transciende todas las cosas, también está en todas ellas: es la Unidad, que no es existencia, mas por cuyo medio es sólo posible la existencia; el Bien, hacia el cual toda existencia tiende eternamente, supremo objeto de deseo de todo.

De este principio emana el segundo, llamado por los platónicos Mente ó Inteligencia. Esta segunda hipóstasis es en sí misma una triada, compuesta de Existencia, Vida é Inteligencia; solamente que ahora están unidas y juntas no constituyen más que una esencia. En otras palabras, la Inteligencia que percibe, lo Inteligible que es percibido, y el acto de la percepción, son idénticos. La Inteligencia mira siempre al interior, hacia la fuente central de su existencia, la primera hipóstasis; y al mirar al interior ve todas las cosas en sí misma y como sí misma. Los pensamientos de la inteligencia son Ideas; por ejemplo: las realidades esenciales, de las que todas las cosas en nuestro mundo no son sino sombras ó manifestaciones imperfectas. Todas estas ideas están contenidas en la Inteligencia y son una sola para ella, como en toda mente individual los pensamientos que contiene son uno en cuanto á la mente que los piensa. Sólo que mientras la Mente universal es eternamente activa é infalible en su acción, puesto que en ella está comprendida la verdad de toda existencia, nuestras mentes individuales son de actividad intermitente, entorpecidas y engañadas por las condiciones de esta vida parcial á las que ellas mismas se han sometido.

Siendo, pues, la Inteligencia ó Mente, la primera manifestación del Dios que está más allá de todas las cosas, en la tercera

(1) Proclo. *Elements of Theology*, 113.

hipóstasis alcanza un grado ulterior de manifestación, el alma, que es la palabra ó *logos* de la Inteligencia, como la Inteligencia es la palabra ó *logos* del Uno. Procediendo el Alma de la Inteligencia, es también esencia intelectual; pero en tanto como Inteligencia pura es estable, en tanto Alma está en movimiento. La función del Alma—dice Plotino—es moverse hacia la Inteligencia y acercarse á ella. La inteligencia pura se conoce totalmente y sin transición; todo lo que posee le está siempre presente en potencia, puesto que es ella misma. El Alma, aunque como esencia intelectual que es, posee todas las cosas en sí misma, obra con transición pasando de un acto á otro. La actividad de la Inteligencia es interna; todo lo que produce lo percibe como ella misma. El Alma, por el contrario, es la sola de las tres hipóstasis que se produce externamente, y su producción es el universo visible.

En el Alma, á su vez, lo mismo que en la Inteligencia, hay que hacer notar una división triádica, aunque propiamente hablando es tan sólo en sus manifestaciones individuales tales como las almas humanas, donde existe la triada. Como hipóstasis universal, su naturaleza es doble. El Alma superior ó pura, mirando incesantemente en y á través de sí misma á las hipóstasis que le son superiores, recibe de ellas los principios, los cuales, por mediación de sus poderes inferiores—alma irracional ó Naturaleza—producen exteriormente, creando el mundo sensible. Estos dos aspectos tienen sus equivalentes en cada alma individual. El Alma superior nuestra es aquella parte de nosotros mismos que, según Plotino, nunca desciende, sino que al igual del alma universal, permanece siempre elevada, mirando hacia la Inteligencia y obrando con potencia libre de obstáculos, aunque nosotros en esta vida inferior rara vez seamos conscientes de su acción. Nuestra alma inferior ó irracional es aquella con la cual nos relacionamos con el mundo exterior y cuyos órganos de percepción son los sentidos corporales.

Entre estas dos facultades del individuo se encuentra la tercera facultad, el alma racional. Esta es, en cierto sentido, el individuo mismo, al que dota de razón y libre albedrío, por cuyo medio es susceptible de elevarse hasta lo divino y también de descender hasta el bruto. El alma racional es, por consiguiente, el asiento del vicio y de la virtud; estando el alma superior ó pura, más allá de la virtud, puesto que está fuera de la necesidad

de purificación; y el alma irracional, simplemente considerada, por bajo de la virtud, pues no teniendo razón carece de responsabilidad. En nuestra vida, el alma racional es atributo especial de la humanidad, aun cuando hay no escasos signos de su presencia en los que llamamos animales inferiores.

Estas facultades del alma no son principios separados, sino meramente aspectos distintos de la actividad en manifestación de una simple esencia, el Alma misma. Las facultades inferiores emanan de la superior, siendo á menudo difícil, quizá imposible, trazar una línea exacta que las separe; por ejemplo: en nuestras observaciones de los animales inferiores continuamente hallamos que es imposible distinguir entre el ejercicio de la razón y el instinto irracional, el cual no es otra cosa—estas son sus palabras—que un vestigio de razón irracionalmente producida. El alma pura, el alma superior, es el verdadero y divino yo de cada uno de nosotros. Ella nos une al Alma universal, á la Inteligencia pura, de la que apenas se la puede diferenciar, y aun á la Primera Causa. Si en esta vida somos generalmente inconscientes de su presencia, es—según las palabras de Emerson—porque «la conciencia de cada hombre es una escala resbaladiza que le identifica, ora con la Primera Causa, ora con la carne de su cuerpo». El alma racional es en nosotros el yo humano, al cual, en vez de undirlo en el dolor, como á menudo hacemos, en las pasiones y apetitos de la vida irracional, conviene elevarlo hasta que sea indistinguible de la divina.

No es que la vida irracional ó vida del cuerpo sea en sí misma mala; pero puede ser una condición para el mal en el individuo. Al dirigirse el Alma universal á la Inteligencia, es provista por ella de «razones» ó principios productores que emanan de las Ideas existentes en la inteligencia. Estas razones producen exteriormente en forma material el cuerpo del mundo visible; y esta producción tiene lugar no como resultado de deliberación, sino esencialmente como una luz ilumina las tinieblas y sin que sea obstáculo á la vida superior del alma. La Materia, en la que dicha producción tiene lugar, es un vestigio lo más grandemente alejado del infinito, de la Primera Causa. Nada existe más allá de esta Primera Causa, no teniendo en sí misma existencia aparte de las formas y vida en ellas manifestadas por medio del alma, las cuales son como una reflexión de las verdaderas formas y vida que subsisten en el alma misma. Así, pues,

la generación del mundo material es una actividad esencial del alma universal, actividad sin principio ni fin; y como dice Plotino, el alma no crea por inclinación á la materia, sino al contrario; porque si se inclinase á la materia, sería olvidando los inteligibles; y si olvida éstos, ¿cómo puede crear el mundo, puesto que el mundo inteligible es su modelo para este mundo?

Lo que se suele llamar caída ó descenso del alma, no es asimismo aplicable al alma universal, sino á la de sus manifestaciones individuales solamente, porque este descenso es causado por la inclinación á la materia y á la vida material y un olvido de la verdad inteligible. Es el individuo, el alma racional la que así desciende, perdiendo la conciencia de su propio yo superior y viviendo en medio de sombras que toma por realidades.

Para concluir, diré algunas palabras sobre las relaciones entre el neoplatonismo y el cristianismo. Es innegable que el neoplatonismo ejerció considerable influencia sobre el cristianismo, no solamente mientras existió la escuela, sino también evidentemente en la Iglesia medioeval, siendo por ella transmitida hasta nuestros propios días. Pero no hay fundamento para creer que dicha influencia fuese recíproca. Puede atrevidamente dudarse de que el mismo Plotino conociera algo del cristianismo (1), pues no hay en sus escritos nada que pruebe prestara atención alguna á este asunto ó que hubiera influenciado su pensamiento en el más pequeño grado; y si bien es verdad que en uno de sus libros expone la falsedad de ciertas doctrinas sustentadas por algunas sectas gnósticas, lo hace de una manera tan impersonal, que nunca menciona quiénes sean los sustentadores de esas doctrinas, siendo Porfirio quien nos dice que eran gnósticos cristianos. Las doctrinas que él aquí refuta son, sin embargo, claramente gnósticas, no habiendo sido nunca aceptadas por los cristianos ortodoxos.

Mas si á Plotino le fué posible el ignorar las reivindicaciones del cristianismo, para sus sucesores llega á ser imposible semejante actitud de indiferencia absoluta hacia la nueva y revolucionaria creencia. En los días de Plotino predominaba todavía la antigua fe; pero el rápido crecimiento y la influencia y poder de la nueva fe obligaron pronto á los filósofos á prestarle atención. A un observador superficial pudiera parecerle que teniendo ellos

(1) Es sabido que Ammonio Saccas, su maestro, fué cristiano en su juventud.

que elegir entre el cristianismo y el helenismo, hubieran debido inclinarse al primero, ó por lo menos á una neutralidad no hostil á él. La nueva religión presentaba más puntos de semejanza con sus propias doctrinas que las creencias del pueblo pagano; había asimilado y seguía asimilando todavía mucha parte de la sabiduría de la Grecia. Pero el hecho es que el cristianismo encontró en los filósofos neoplatónicos, es decir, en los hombres más sabios, virtuosos é intelectuales de la época, sus más constantes y formidables antagonistas.

Esta actitud no estuvo por completo desprovista de fundamento. Comprendían bien que las creencias del pueblo nunca podían ser las de la filosofía. La religión no era para ellos un conjunto de dogmas hecho para ser impuesto á todos los hombres por igual, pues sabían que el significado interno de la religión varía en todos los hombres según el estado de desenvolvimiento alcanzado por cada uno en particular. La libertad de pensamiento era esencial á la filosofía, y esta libertad no se la rehusaba la religión helénica, donde, en todo caso, no existían líneas rígidas de demarcación entre la ortodoxia y la heterodoxia. El Gobierno imperial había respetado siempre las creencias de las otras naciones y recibido en su propio Panteón á dioses extranjeros. Júpiter no era un dios celoso y sus adoradores consideraban muy natural que los bárbaros adorasen bajo nombres diversos el mismo aspecto de la divinidad; y aun cuando esta libertad de pensar significaba indiferencia por parte de muchos, no acontecía lo mismo de parte de los más serios y reflexivos. Su más profunda significación fué indicada por Proclo, cuando declaró que el verdadero filósofo debería ser el gran sacerdote del universo y no de ésta ó aquélla creencia particular.

El cristianismo no admitía semejante libertad, entendiendo yo aquí por cristianismo no las enseñanzas éticas y espirituales de Cristo, sino el cuerpo de teología dogmática que sus secuaces sobrepusieron á sus enseñanzas. Más pura y más elevada la fe ortodoxa cristiana, que la creencia popular que le fué gradualmente subplantando, se hizo cada vez más rígidamente definida, hasta el punto de que no ya el espíritu, sino la letra del cristianismo fué reputada como necesaria para la salvación; y de la letra, solamente una interpretación se estimó ortodoxa. «Debéis creer—decían, en efecto, muchas sectas cristianas—no sólo lo que nosotros, sino como nosotros; de otro modo os condenaréis.»

Ahora bien; este espíritu intolerante, derivado del judaísmo, era extraño y difícil de comprender para una mente griega; llegóse á mirar á los cristianos como impíos que negaban la existencia de los dioses y la intervención de la divina providencia en los asuntos de los hombres. Por eso Platón estimaba que á semejantes personas debía castigarlas la ley por su impiedad, aunque en este punto rehusaran los neoplatónicos seguir á su maestro. Pero esta condenación de la impiedad provenía en gran parte del celo por la uniformidad en materia religiosa, que veía un crimen en cada opinión diferente. Por otra parte, esto fué en todo tiempo más bien teórico que práctico. La condenación de Sócrates fué el único ejemplo ostensible de persecución religiosa; y viniendo más cerca á los tiempos de los que tratamos, las crueldades verificadas con los cristianos fueron debidas indudablemente á motivos políticos. Es más que probable que si hubieran ellos escapado á la sospecha de deslealtad y refrenado los ataques é insultos á la creencia de sus conciudadanos, habrían podido adorar á Dios tranquilamente y sin ninguna intervención por parte del Gobierno imperial.

Su intolerancia repugnó á los filósofos. Aunque el helenismo popular fuese en sí mismo—como ya dije en otro lugar—menos puro y elevado que el cristianismo, no presentaba tantas barreras al ejercicio del libre pensar filosófico. Creo que esta consideración, más que ninguna otra, fué la que ocasionó en los filósofos su oposición á la nueva doctrina. Otras consideraciones se unieron, sin duda, á ésta—como el respeto hacia las viejas tradiciones helénicas y el disgusto á lo que ellos suponían impiedad de los cristianos—, pero el motivo principal fué este. «Fueron—como Mr. Whittaker dice—los campeones de la antigua libertad intelectual helénica contra la nueva teocracia.» Debemos reconocer que la historia subsiguiente de las iglesias cristianas ha venido á justificar en gran parte la posición tomada por los filósofos neoplatónicos respecto al cristianismo.

Wm. C. WARD.

(De *The Theosophical Review*; trad. de **J. M. B.**).



EL PODER DE LAS PALABRAS

(Escrito y publicado antes de 1845)

Oinos.—¡Perdona, Agathos, la flaqueza de un espíritu recientemente adornado con la inmortalidad!

Agathos.—Nada has dicho, querido Oinos, que te obligue á demandar mi perdón. Ni aun aquí mismo es el conocimiento una cosa intuitiva.

Oinos.—Yo soñé, sin embargo, que en esta existencia llegaría por fin al conocimiento de todas las cosas y sería dichoso conociéndolo todo. . .

Agathos.—¡Ah! ¡No está la felicidad en el conocimiento, sino en la adquisición del conocimiento! El estar siempre conociendo es nuestra eterna bienaventuranza; la comprensión absoluta sería la maldición de un enemigo.

Oinos.—Pero. . . *El más alto* ¿no lo conoce todo?

Agathos.—*Ése* (aun siendo Él más alto) debe, sin embargo, tener *algo* desconocido para Él.

Oinos.—Pero ¿acrecentando diariamente en conocimiento, no llegarán á sernos conocidas, *por último,* todas las cosas?

Agathos.—Contempla el abismo de las distancias. . . Observa la innumerabilidad de los astros, á través de ellos nos deslizamos lentamente una y otra vez. ¡Aun la visión espiritual se encuentra detenida ante los indefinidos muros áureos del universo, muros de miriadas de creaciones resplandecientes, que parecen confundirse con la unidad!

Oinos.—Comprendo perfectamente que lo infinito de la materia no es un sueño. . .

Agathos.—En el Æden *no* hay sueños: mas susúrrase, sin embargo, que el *único* fin de esta infinitud de la materia es el de proporcionar al espíritu medios infinitos para satisfacer su insaciable sed de *conocimiento*. Interrógame, pues, Oinos; pregúntame con libertad, sin temor. Abandonemos la solemne armonía de las Pléyades, y deslicémonos á través de las estrelladas praderas que se extienden al otro lado de Orion, donde yacen entre pensamientos, trinitarias y violetas, los soles inmensos y multicolores.

Oinos.—Dime, pues, Agathos, ¿cómo progresamos? ¡Háblame con palabras familiares á mi corazón! No comprendo lo que ahora mismo me has indicado referente á los modos, á los métodos que durante la vida mortal acostumbramos á denominar Creación. ¿Qué has querido expresar al decir que Dios no era el Creador?

Agathos.—Pues no otra cosa que la Divinidad no crea.

Oinos.—¡Más claro!

Agathos.—Que *solamente* en el principio pudo crear. Las aparentes creaciones que brotan á través del universo, no pueden ser consideradas sino como remotos é indirectos productos del poder creador divino, no como sus resultados directos é inmediatos.

Oinos.—Semejante idea, empero, sería considerada entre los hombres como completamente herética.

Agathos.—Entre los ángeles, sin embargo, es considerada como una sencilla verdad.

Oinos.—Yo sé que ciertas operaciones de lo que denominamos Naturaleza ó leyes naturales, pueden originar en determinadas circunstancias algo que tenga todas las *apariencias* de una creación. Poco antes del último trastorno terrestre se verificaron—bien lo recuerdo—multitud de experimentos afortunadísimos acerca de lo que algunos filósofos tuvieron la debilidad de estimar como creación de animalículos.

Agathos.—Los casos de que hablas fueron, en efecto, ejemplos de creación secundaria, de la *única* especie de creación que ha existido desde que se enunció la primera palabra relacionada con la existencia y su primera ley.

Oinos.—¿Pues qué, esos estrellados mundos que desde los abismos de la inexistencia brotan continuamente en el espacio, esas estrellas, Agathos, no son la obra directa del Señor?

Agathos.—Intentaré, querido Oinos, conducirte paso á paso á la concepción que deseo. Bien sabes que ningún pensamiento puede perecer, así como tampoco ningún acto cesa de producir resultados hasta lo infinito. Cuando nosotros, por ejemplo, movemos nuestras manos, mientras somos habitantes de la tierra, hacemos vibrar la atmósfera que nos rodea; estas vibraciones se extienden indefinidamente é impulsan para siempre á cada una de las partículas del aire que desde este momento y *para siempre* también queda afectado por nuestro movimiento. Este hecho es bien conocido por los matemáticos de nuestro globo. Éstos producían efectos especiales, en verdad, operando sobre el flúido cósmico mediante impulsos determinados, y sabían obtener cálculos exactos hasta el punto de que podía serles fácil determinar en qué momento preciso un impulso de determinada intensidad podría afectar al orbe é impresionar (para siempre) cada átomo de la atmósfera circundante. Y en un sentido inverso no hubieran encontrado dificultad en determinar, en cierto modo, dado un efecto preciso, la índole de su impulso originario. Ahora bien; al comprender los matemáticos que los resultados de un determinado impulso eran en absoluto infinitos, y que una parte de estos resultados podía ser exactamente precisable merced á un verdadero análisis algébrico, comprendieron también que este mismo análisis implicaba una capacidad para el progreso indefinido, y que si no existían límites concebibles para su progreso y aplicación, los había en cambio para el intelecto de los que le practicaban. Y en esta posición detuviéronse nuestros matemáticos.

Oinos.—¿Y crees, Agathos, que debieran haber proseguido?

Agathos.—El hecho es que había en ello algunas consideraciones de la más profunda importancia. Pudiera deducirse de lo que ellos conocieron, que á un sér de comprensibilidad infinita—uno de los que hubiesen alcanzado la posesión *perfecta* del análisis algébrico—no le sería difícil seguir las huellas de un impulso dado á través del aire y aun del éter, hasta sus más remotas consecuencias y á través de un período infinito de tiempo. Y es en verdad demostrable que tal impulso debía, *por último*,

impresionar á cada una de las cosas que existen *en el universo*... El sér de comprensión infinita que hemos imaginado podría, por tanto, trazar las ondulaciones remotas del impulso, seguir sus huellas en todas direcciones á través de todas las partículas de la materia... en todas direcciones eternamente... en sus modificaciones de formas antiguas, ó en otros términos, *en su creación de nuevo* hasta encontrarlas reflejadas—inimpresionables *por último*, en la meta del trono divino. Y un sér semejante no tan sólo podría hacer ésto, sino que en cualquier época, un efecto cualquiera que se le presentase—uno de los innumerables cometas de los cielos que fuese sometido á su análisis—podría ser determinado en cuanto á su origen por una retrogradación analítica, pudiendo precisarse asimismo su impulso primitivo. Este poder de retrogradación en su perfección y plenitud absolutas, esta facultad de poder referirse á *todos* los tiempos, de poder referir *todos* los efectos á *todas* las causas—prerogativa de la Divinidad tan sólo—es, en distintos grados hasta la absoluta perfección, el poder mismo ejercido por la hueste de las angélicas Inteligencias...

Oinos.—No hablas, empero, de otra cosa que de impulsos en el aire...

Agathos.—Al hablar del aire me refiero á la tierra solamente; pero la proposición general se refiere á impulsos enviados á través del éter que atraviesa y penetra el espacio todo, siendo, por tanto, el gran medium de la *creación*

Oinos.—¿Luego todo movimiento, de cualquier naturaleza que sea, es creador?

Agathos.—Preciso es. Mas una filosofía verdadera hace mucho tiempo ha enseñado que el origen de todo movimiento era el pensamiento, y que el origen de todo pensamiento era...

Oinos.—Dios.

Agathos.—Te he hablado, Oinos, como á un niño de la hermosa tierra que últimamente pereciera... Te he hablado de impulsos relativos á la atmósfera de la tierra.

Oinos.—Así ha sido.

Agathos.—Y cuando yo te hablaba ¿no cruzó por tu mente

alguna idea relacionada con el *poder físico de las palabras*? ¿No es cada palabra un impulso efectuado en el aire.

Oinos.—Mas ¿por qué lloras? Agathos; ¿por qué ¡oh! por qué tus alas se inclinan al saltar sobre esta hermosa estrella, la más verde, y sin embargo, la más terrible de las que hemos encontrado en nuestro viaje? En ella brotan flores que parecen de un sueño de hadas junto á volcanes semejantes á las pasiones turbulentas de un corazón. . .

Agathos.—¡Ellas *son*, ellas *son!* En esta tumultuosa estrella, hace ahora tres centurias, que con las manos unidas y los ojos bañados en lágrimas, yo lo dije, con palabras de pasión. . . ¡Estas brillantes flores *son* las más anheladas en todos los sueños incumplidos. . .! ¡Y los rugientes volcanes *son* las pasiones de los corazones turbulentos y profanados!

Edgar POE

(Traducido del tomo *Poems and Essays*. Leipzig, 1884.)

INTROVERSIÓN

Entrar en sí, significa que nos abstraemos del mundo exterior. Entre los espíritus, la vida terrestre se denomina analógicamente una contemplación interior, una introversión, una actividad inmanente. La vida terrestre nace también de una reflexión originaria, de una introversión primitiva, de una semejanza consigo misma, que es tan libre como nuestra reflexión. Inversamente la vida espiritual en este mundo procede de una evasión de esa reflexión primitiva. El espíritu se desenvuelve de nuevo, saliendo de sí mismo, levantándose de nuevo, en parte, á esta reflexión, y en ese momento dice por primera vez: *yo*. Véase cuán relativas son la introversión y la extraversión. Lo que nosotros llamamos propiamente entrar, es propiamente salir. Una readopción de la forma primitiva.

(Novalis. *Fragmentos.* Trad. de Mæterlinck).

IDEAS

El loco no ve lo mismo el árbol que vió antes un hombre sabio.
Guía tu carro y tu arado sobre los huesos de la muerte.

William Blake.

El hombre sólo se extravía mientras está buscando su objeto.

(Gœthe. *Fausto.* Prólogo).

«DE LA NATURALEZA DEL UNIVERSO» (1)

POR EL PITAGÓRICO OCELO LUCANO

(Traducción directa del latín, hecha especialmente para SOPHÍA.

(CONCLUSIÓN)

CAPÍTULO CUARTO

LA generación de los hombres, á sí mismo, de un modo manifiesto puede rectamente perfeccionarse, si no ha sido hecha de un modo legítimo. La obra es preciso juzgarla en el modo de estatuirla, obrando con temperancia y piedad; ni por esto se ha de pensar que no por el deleite, sino para procrear descendencia se unen los hombres.

Porque debe tenerse presente que las facultades, los órganos y los apetitos fueron concedidos á los hombres por los dioses (2), no para el goce de la voluptuosidad, sino para la permanencia y duración de la especie. No ha nacido el hombre sino mortal, pero participa eficientemente de la divinidad, y así lo que engendran los dioses particularmente lo completan restituyendo á su generación lo continuo é infinito que han recibido. Así, viendo ésto se comprende que el yacimiento no se hace por causa de la voluptuosidad.

La constitución de los hombres está además confirmada por la del propio universo (ὅλον), que no sólo está firmado por las casas y los ciudadanos, sino también en su mayor parte por el mundo (Κόσμος) y por algo que ciertamente falta y debe ser completado como casas y los ciudadanos, y que en el hombre es lo divino.

(1) Véase el núm. 3 del presente año de SOPHÍA.

(2) En el códice levaniense θεοσ, que Nogarola traduce *Deus*. Indudablemente, por razones que no tengo tiempo de exponer ahora, el códice está equivocado en esta lección.—(R. U.).

Pueden los hombres unirse sin procurar nobilísimas comunicaciones, promoviendo injuria y violencia, pero no engendran así legítimamente sino algo execrable.

Además de esto debemos considerar que no debe procederse á la unión por la crueldad y la dureza, sino por atendible necesidad, así como en muchos lugares de la tierra se edifica con exceso y se estima la obra, pero los pobres varones lo son mayormente por obrar con justicia.

Siguiendo el símil, podemos añadir que los buenos ciudadanos moran en sus casas con su familia, gobernándola rectamente y atendiendo á los amigos, pero sólo los probos son los que supeditan todo.

Pecan también muchas personas que se unen en matrimonio, no proponiéndose mayor felicidad y utilidad pública, sino género propio de miras y aumento de riquezas. Aquél fin es el que debe guiar á los jóvenes, y al que deben auxiliar los ancianos, inculcándoles nobleza de pensamientos, invitándoles á unirse con esposas de igual edad y condición. Las concordias y discordias entre los cónyuges proceden siempre del principio. ¿Una mujer que nos excede en riquezas, en bienes y que nos aventaja en número de relaciones, no es contra las leyes naturales de lo que se desea? Seguramente la corresponde á ella el primer puesto y no puede obtenerse desde el principio sino el segundo.

La familia y la casa les son necesarias á los hombres, tanto como las viviendas á los pueblos y éstas á la tierra, á la cual constituyen. La casa se edifica sobre cimientos; la nave se construye y carena en los astilleros y la música y armonía se ejercen sólo contendiendo las voces y el silencio. Asimismo la república se funda sobre la familia, cuya concordia es grandemente útil mantener (1).

(1) El texto no termina precisamente aquí; prosigue un poco más sobre las consideraciones hechas acerca de la familia, y no parece que está completa la obra. Este capítulo, más que traducido ha sido adaptado, para dar una idea del escrito del Lucaniense, y como se verá, apenas si tiene que ver el fin que se propuso el autor.—(R. U.).

EL SOPORTE MORAL

Tenemos una norma de conducta á pesar nuestro; norma que es el resultado de nuestras indagaciones y de nuestra propia ciencia.

Esta norma es nuestra base moral y científica, es lo que pudiera llamarse nuestra *pre-religión:* la creencia base. Porque todos partimos de algo sólo conocido de nosotros é inexplicable para los demás, y para nosotros mismos al sujetarnos á la lógica corriente. Así acogemos después con más ó menos simpatía, al vivir la vida, ésta ó la otra creencia religiosa, mística ó sistemática que *exterioriza* más y mejor nuestra base moral.

Las diferencias que existen entre los individuos de una misma secta, estriba en la personalidad de su *pre-religión.*

Las contiendas religiosas sólo son ataques de la *apariencia religiosa* de las demás á la apariencia religiosa nuestra. Lo que sucede es que, por imprevisión, no traducimos bien las palabras del contrario y creemos que su apariencia no ataca á la nuestra, sino á nuestra propia *pre-religión:* Religión personal de la que somos sacerdotes y acólitos, dioses y papas, el dogma y los fieles en una sola pieza.

Rafael URBANO.

LA MELODÍA ÍNTIMA

Un pensamiento musical es un pensamiento articulado por una inteligencia que llegó á penetrar hasta en lo más íntimo del corazón de las cosas, y puso al descubierto lo más recóndito de sus misterios, á saber: la *melodía* oculta en ellas, la interna armonía de coherencia, que es su alma, por la que existe y tiene razón de ser aquí en este mundo. Diríamos que todas las cosas profundas en las que se encierra obscuridad y misterio son espíritu de melodía convertido naturalmente en canto: el sentido de esta voz va muy adentro.

(Carlyle. *Los héroes.* El héroe poeta).

Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Una raza negra presemítica en Caldea. Interesante conferencia teosófica en Berlín.—Movimiento teosófico en Alemania.

Comprobación de una raza negra pre-semítica en Caldea.

Registramos una comprobación más de una teoría teosófica.

El Dr. A. Bloch, en un extenso trabajo publicado en el *Bullet. et Mém. Soc. d'Anthrop. de París*, aporta interesantísimos datos sobre una raza arcaica, de la que no ha hablado hasta hoy la ciencia oficial. Parecía demostrado que los semitas babilónicos estuvieron precedidos en Caldea por un pueblo no semítico denominado Acadio ó Sumir, al que se suponía inventor de la escritura cuneiforme. M. Bloch, sin embargo, afirma que en la misma Susiana hubo de existir una raza anterior á la de los semitas. Esta raza—dice Bloch—no era turania, como quiere Oppcr; era *una raza negra*. En los textos cuneiformes se alude á un pueblo de cabeza *negra*. Sargon I de Babilonia (3800 años a. de C.), rey semita, se gloriaba de haber subyugado á este pueblo negro. 3000 años después de Sargon, un rey babilónico, Merodak-Beladan II, se titulaba aún rey de las gentes de cabeza negra. Más tarde aún hacen lo mismo Ashurbanipal, rey de Asiria; Nabukodnesar, rey de Babilonia, y Cyrus, rey de Persia y de Elam.

Según Bloch, este pueblo negro formaba parte de los kuschitas de los textos hebraicos, ó sea de los descendientes de Cham (de una palabra hebrea que equivale á *moreno*, *negro*), los fundadores de Babilonia, de Accad, de Nínive. Moisés se unió con una kuschita, lo que le atrajo la reprobación de sus parientes...

Los setenta confundieron erróneamente los Kuschitas con los Etiopes. Mas Herodoto y Homero distinguían entre los Etiopes asiáticos de cabellos lisos y los Etiopes africanos de cabello ensortijado. Esta raza negra, por otra parte, no puede ser representada por la que se ha denominado Sumiro-Accádica; esta raza negra no era seguramente ni

turania ni nigriciánica. Se extendia hacia el Norte habitando la Caldea, la Susiana y aun la misma Fenicia, y dejó restos en todas aquellas regiones. Aun hoy la Arabia está habitada por árabes negros himayritas y árabes semíticos.

Esta raza negra no tenía relaciones con la actual é histórica ni con la «negrito». Provenía del Sur y M. Bloch la supone resto de una gran raza antehistórica, anterior á la raza blanca, que fué reemplazada por ésta al terminar un ciclo geológico.

Con este estudio, la historia de las comprobaciones científicas de las hipótesis teosóficas cuenta un nuevo capítulo. La raza Lemur de H. P. Blavatsky, de la que tanto se habla en *La Doctrina Secreta*, ha sido estudiada por M. Bloch inconscientemente. Y no lo ha sido menos en la obra del antropólogo español Sr. Fournier, que en su obra *La raza negra es la más antigua de las razas humanas*, prueba asimismo una verdad, sobre la cual hemos de volver en su debido tiempo.

Interesante conferencia en Berlín. En el local de la Sociedad Teosófica en Berlín fué leída en Octubre del pasado año una notable conferencia, de la que aun hoy ha dado noticias la prensa teosófica. El Dr. Rodolfo Steiner, secretario general de la Sección Alemana, fué el conferenciante, y el tema «Historiología y ocultismo». He aquí, en resumen, algunas de las ideas expuestas por el Sr. Steiner:

«Las investigaciones históricas, de grado ó por fuerza, no pasan de los hechos que les suministra el plano físico; la teosofía, empero, estudia *en su origen* los acontecimientos é intenta encontrar allí lo que la ciencia oficial procura vanamente descifrar.

»Si registramos un hecho histórico, observaremos en él tres distintos aspectos. Así como el hombre se nos presenta con su triple naturaleza física, psíquica y mental, así también los hechos históricos son igualmente tridivisos: las acciones que hieren nuestros sentidos no pasan de un mundo meramente físico; el centro en que se manifiestan simpatías y antipatías, placer y disgusto, es un centro psíquico; y por último, en el «plano mental» que hemos de admitir, *nacen*, *se engendran* los acontecimientos. A él debemos recurrir para investigar las verdaderas causas de todos los acontecimientos de nuestro globo; á él nos remiten las grandes inteligencias de la historia, los grandes é invisibles guías de la humanidad. Sólo averiguando ciertas causas podremos comprender los hechos históricos, á veces inexplicables. Y he aquí un ejemplo:

»En el quinceno siglo vivía Nicolás de Cusa, aquel cardenal de

profundos conocimientos científicos. Conocía él y enseñaba el doble movimiento de la tierra que sus contemporáneos no podían entonces comprender. Su trabajo, empero, no era inútil; era una preparación para lo que Copernicus había de revelar cien años más tarde á una generación más avanzada. Ahora bien; los investigadores ocultistas nos lo dicen, y H. P. Blavatsky lo indica en el apéndice de *La Doctrina Secreta*. Copernicus fué la realización de los sueños del cardenal de Cusa. Llamad á esto reencarnación, es lo mismo. Copernicus era Cusa mismo terminando su obra. Así es como en la vida universal todas las tareas se realizan. El espíritu que prepara una acción grande y transcendente, antes ó después terminará y realizará su misión. Esta puede ser individual ó social. A cada individuo y á cada sociedad se le entrega su parte. A cada raza se le entrega su misterio. Nosotros estamos en la quinta, y el quinto misterio nos será entregado. Inútil será que preguntemos en qué consiste: no es tiempo aún de conocerle. Nuestro Paulus—que era un Iniciado—lo conoció y lo indicará. Nosotros lo penetraremos paulatinamente, y al finalizar la evolución de nuestra raza será conocido sin reserva.

»Antes, empero, los hombres deben perfeccionarse. Preciso es que formen un núcleo capaz de comprender las grandes verdades que han de salir á luz. Sólo así podrán ser benéficas á la humanidad: mal entendidas serían la perdición de nuestra raza!»

Movimiento teosófico en Alemania. Hasta hoy—y sólo por dificultades de idioma—no habíamos podido consagrar al movimiento teosófico en Alemania toda la atención que merecía por nuestra parte. Sophia, empero, ha tenido la suerte de encontrar entre los teosofistas alemanes quien podrá en lo sucesivo representar y hacer públicos los lazos de simpatía y fraternidad que median entre nosotros y nuestros hermanos de la *Theosophische Gesellschaft*. Adolfo Arenson, escritor distinguido y secretario de la rama «Stuttgart», será este lazo de unión de que hablamos. Merced á sus traducciones, los trabajos españoles serán conocidos en Alemania y el movimiento teosófico alemán será asimismo conocido entre nosotros.

En Alemania hace ya siete años que existen ramas de la Sociedad Teosófica. Existen también partidarios de Judge, pero en número escaso. Los verdaderos continuadores de la obra de H. P. Blavatsky tienen tres importantes centros en Berlín: uno en el Norte, otro en el Oeste y el tercero en el arrabal de Charlottemburg. Poseen locales propios, en los que se reúnen dos veces por semana y en los que tienen

sus bibliotecas de orientalismo y teosofía, algunas de 750 volúmenes. Se reúnen asambleas públicas, en las que existe libertad de discusión, pudiendo decirse que no transcurre un solo día sin que en Berlín no se celebre alguna reunión teosófica. Publican una importante revista mensual titulada *Theosophische Leben* (Vida Teosófica), cuya sede está en el mismo Berlín (Zweig «Berlín». Wilhelmstrase 120), y cuentan entre sus miembros nombres como los de Paul Raatz, Willi Boldt, Ernst John, *Frau* Dora Corvinus, Dr. Rodolfo Steiner, etc., etc.

Nueva Revista. Con el título de *La Science astrale* ha comenzado á publicarse en París (11 Quai St. Michel) una nueva revista consagrada al estudio práctico de la astrología. Dicha revista, relacionada con la *Biblioteca Chacornae*, inserta en su primer número interesantes estudios, entre otros los titulados *Filosofía astrológica*, de Ch. Barlet, *Bases experimentales de la astrologia científica*, de Flambart. *La Science astrale* es publicará quincenalmente, y su director, Ch. Barlet, procurará amenizar sus trabajos con ilustraciones.



DOGMAS NUEVOS

Liberarse de las brutales sugestiones de la animalidad siempre en rebelión; llevar hasta el escrúpulo el respeto de la personalidad de los demás; saturar nuestro pensamiento del sentimiento de nuestra solidaridad social hasta que nuestra conducta se transfigure; penetrarnos de la idea del respeto al trabajo y aceptar el colaborar resueltamente y con sencillez de corazón en unión con la voluntad divina, que se revela más y más á los que la siguen: tales son los «dogmas» esenciales de esta religión, con cuya enseñanza la República, á menos de sumirse en la barbarie de una lucha mancillada por los intereses materiales y por el lujo, deberá consagrar sus fuerzas.

(J. PAYOT. *De la croyance.* Preface).

DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

El más original de todos es el último, porque produce emociones tan intensas como las del juego. En este caso, las ceremonias matrimoniales se celebran entre las madres de los futuros niños, resultando muchas veces curiosos incidentes de estas parodias del matrimonio. Pero un verdadero brahman no consentirá jamás que las irrisiones del destino conmuevan su dignidad, y la dócil población nunca duda de la infalibilidad de estos «elegidos de los dioses». La oposición abierta á las instituciones brahmánicas es un caso más que raro; los sentimientos de respeto y miedo que las masas demuestran á los brahmanes, son tan sinceros é irreflexivos que, un observador superficial no podría menos de reirse de ellos y de respetarlos al mismo tiempo.

Si los hijos de ambas madres resultan del mismo sexo, no será causa del menor descrédito para el brahman; dirá que tal fué la voluntad de la diosa Mâtâ, queriendo ella mostrar con esto su deseo de que en lo futuro sean los dos recién nacidos hermanos ó hermanas cariñosas, según el caso. Si pasado algún tiempo siguen con vida los dos hijos, se les reconocerá como herederos de los bienes de ambas madres. En este caso el brahman rompe los lazos del matrimonio por orden de la diosa, cobrando por hacerlo, como es consiguiente, y el asunto queda terminado por completo. Pero si los hijos son de diferente sexo, dichos lazos no pueden romperse, aunque hayan nacido defectuosos ó idiotas.

Puesto que estoy tratando del modo como está constituída la familia en la India, mencionaré algunos otros rasgos característicos con objeto de no volver más sobre ello. Ningún hindo

tiene derecho á permanecer soltero. Las únicas excepciones son: la del niño que es destinado á la vida monástica desde su infancia, y la del niño que es consagrado al servicio de uno de los dioses de la Trimûrti antes de nacer. El mandato religioso de contraer matrimonio, obedece al hecho de que todo hindo debe de tener un hijo que se encargue cuando él muera de ejecutar todos los ritos que la religión prescribe para que pueda entrar en el *Swarga* ó paraíso. La misma casta de los brahmachâryas, en la que todos sus miembros hacen voto de castidad, sin que esto les impida tomar parte activa en la vida mundana—y son también los únicos célibes de toda la India—están obligados á adoptar hijos. El resto de los hindos debe permanecer en el matrimonio hasta la edad de cuarenta años, teniendo entonces derecho á abandonar el mundo y buscar su salvación, llevando una vida ascética en cualquier bosque apartado. Si acontece que un miembro de alguna familia hinda tiene la desgracia de ser orgánicamente defectuoso de nacimiento, esto no es obstáculo para el matrimonio, con tal que su mujer, si pertenece á la misma casta, sea también defectuosa. Los defectos del marido y de la mujer tienen que ser diferentes: si él es ciego, ella será jorobada ó lisiada, y viceversa. Pero si el hombre en cuestión, siendo defectuoso, desea una esposa sana, tendrá que avenirse á contraer una *mésalliance,* escogiendo su mujer entre las de una casta que sea exactamente un grado inferior á la suya; en este caso los parientes y asociados del marido no reconocerán á la *parvenue,* ni la recibirán bajo ninguna clase de condiciones. Estas concesiones excepcionales dependen por completo del *guru* de la familia, del sacerdote inspirado por los dioses.

Hasta aquí lo que se refiere al hombre; en cuanto á la mujer sucede de distinta manera.

Puede decirse que únicamente son libres y felices las *nautches*, bailarinas consagradas á los dioses y que viven en los templos. Su ocupación es hereditaria, y aunque parezca muy extraño, son vestales é hijas de vestales. Las nociones de los hindos, especialmente en cuestiones de moralidad, son completamente ajenas á las nuestras y hasta pudiéramos decir antioccidentales. Nadie es más severo y exacto en cuestiones de honor y castidad femeninos; pero los brahmanes prueban ser más hábiles aún que los augures romanos. Rhea Sylvia, por ejemplo, madre de Rómulo y Remo, fué enterrada viva por los antiguos romanos, á

pesar de tomar parte activa el dios Marte en sus *malos pasos*. Numa y Tiberio cuidaron con verdadero celo de que la buena conducta de sus sacerdotisas no fuera meramente nominal. Mas las vestales de las riberas del Indo y del Ganges entienden la cuestión de muy diferente modo que las de las márgenes del Tíber. La intimidad de las jóvenes nautches con los dioses, generalmente aceptada, las purifica de todo pecado y las hace irreprochables é infalibles á los ojos de todos. Una joven nautche no puede pecar, á despecho del enjambre de «músicos celestiales» que tanto abundan en todas las pagodas bajo la forma de lindas niñas vestales y sus hermanitos. Ninguna virtuosa matrona romana fué nunca tan respetada como lo son estas bonitas criaturas. Es verdaderamente admirable la gran veneración que profesan á estas afortunadas «prometidas de los dioses» los cándidos habitantes de las ciudades de la India central, donde la población ha conservado intacta su fe ciega en los brahmanes.

Todas las nautches saben leer y reciben la más elevada educación que puede darse en la India. Leen y escriben el sanskrito, estudian la buena literatura de la India antigua y sus seis principales sistemas filosóficos; pero á lo que conceden mayor atención es á la música, al canto y á la danza. Además de estas «hijas de los dioses», sacerdotisas de las pagodas, hay también nautches públicas, las cuales, del mismo modo que las almeas de Egipto, están al alcance tanto de los dioses como de los simples mortales; pero la mayor parte son también mujeres de cierta cultura.

En cambio el destino de la mujer honesta en la India es por completo diferente, llegando, á un grado de crueldad é injusticia inconcebibles. La vida de la mujer que es buena y honrada, especialmente si acontece que une á estas cualidades la de poseer una fe ardiente y sólida piedad, no es otra cosa que una larga cadena de fatalidades y desgracias, tanto mayores cuanto más elevada sea la posición social de su familia. La mujer casada tiene tanto miedo de parecerse á las bailarinas de profesión, que es imposible persuadirlas á que aprendan nada de lo que á las otras les enseñan. Si la mujer brahman es rica, consume su vida en una desmoralizadora ociosidad; si es pobre, tanto peor, su existencia terrestre se concentra en el monótono cumplimiento de ritos maquinales. No hay pasado ni futuro para ella; únicamente existe un presente lleno de tedio, del cual no

le es posible escapar. Esto si todo marcha á pedir de boca, si tristes acontecimientos no visitan su familia. Inútil es decir que entre las mujeres brahmanes el matrimonio no es de libre elección y menos todavía de afecto. La elección de marido está restringida por la casta á que pertenecen su padre y su madre; asimismo el encontrar alianza conveniente para una muchacha, es materia de grandes dificultades y ocasiona muchos gastos. En la India, la mujer de casta superior no es comprada, antes al contrario, ella tiene que comprar el derecho á contraer matrimonio. De consiguiente, el nacimiento de una niña no es motivo de alegría, sino de tristeza, especialmente si sus padres no son ricos. *Es preciso* que se case no más tarde de los siete ú ocho años; una jovencita de diez años en la India es ya una solterona, motivo de descrédito para sus padres y blanco de las burlas de todas sus más afortunadas contemporáneas.

Una de las pocas empresas nobles de los ingleses que han tenido éxito en la India, ha sido la disminución de los infanticidios que hace algún tiempo eran práctica diaria. Pero no se ha logrado todavía acabar con ellos definitivamente. La horrible costumbre de matar los padres á sus hijas pequeñas estaba esparcida por toda la India, si bien los que más la practicaban eran las tribus de Jadej, en otro tiempo tan poderosas en la región del Sindh y reducidas hoy á ejercer un despreciable bandolerismo. Es probable que dichas tribus fueran las primeras en seguir esta cobarde práctica. El matrimonio obligatorio para las niñas pequeñas, es una invención relativamente moderna, siendo sólo ella responsable de la decisión de los padres, que prefieren ver á sus hijas antes muertas que sin casarse. Los antiguos arios no conocieron nada de esto. Toda la antigua literatura brahmánica muestra que entre los puros arios, la mujer gozaba de los mismos privilegios que el hombre. Su voz era escuchada por los hombres de Estado, y tenía libertad completa para escoger marido ó permanecer soltera. En las crónicas del antiguo país ario juegan importante papel muchos nombres de mujeres que la posteridad consagró como eminentes poetas, astrónomos, filósofos y hasta jurisconsultos y sabios.

Mas con la invasión de los persas en el siglo VII, y posteriormente con la de los fanáticos y destructores musulmanes, todo cambió. La mujer se convirtió en esclava, complaciéndose los brahmanes en humillarla todo lo posible. Es todavía peor la

situación de la mujer hinda en las ciudades que entre las clases agrícolas.

Las ceremonias nupciales son muy numerosas y complicadas. Están divididas en tres grupos: ritos para antes de la celebración del matrimonio, ritos durante la ceremonia y ritos para después que la celebración haya tenido lugar. El primer grupo se compone de once ceremonias: edictos matrimoniales, comparación de los dos horóscopos, sacrificio de un cabrito, fijación del día propicio, construcción del altar, compra de los vasos sagrados para el uso doméstico, invitaciones á la boda, sacrificios á los dioses domésticos, regalos mutuos, y así los demás. Todo esto debe cumplirse como deber religioso, estando lleno de enmarañados ritos. Tan pronto como una niña cumple los cuatro años, hacen sus padres que venga el Guru de la familia, le entregan el horóscopo de ella, previamente sacado por el astrólogo de la casta á que pertenecen (puesto muy importante) y envían al Guru á uno ú otro habitante del lugar, del cual se sabe tiene un hijo en edad apropiada. El padre del muchacho coloca el horóscopo sobre el altar, ante los dioses familiares, y responde: «Estoy bien dispuesto hacia el Pânigrhana; ayúdanos, Rudra.» El Guru pregunta cuándo va á efectuarse la unión, después de lo cual se despide y marcha.



LA PALABRA

Una definición es un nombre real y generador. Un nombre ordinario no es otra cosa que una nota. *Schemhamphorasch*, nombre de nombres. La definición verdadera, real, es una palabra mágica. Cada idea tiene una escala de nombres; el nombre superior es absoluto é incognoscible. Hacia la mitad, los nombres se van haciendo más comunes y descienden, por último, hasta su antítesis, cuyo último grado es asimismo como el primero innominado.

(Novalis. *Fragmentos*. Trad. de Mæterlinck).

EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN).

No es mi ánimo repetir nada de lo mucho que se ha dicho hasta hoy por los moralistas: me limito á dar por sentado que «hay que vivir entre los vivos y dejar correr el río bajo la puente». Este consejo de Montaigne aplicado á sociología, recuerda aquella opinión de Spencer, según la cual la primera condición de éxito en la vida es ser un «un buen animal» y la primera condición de prosperidad para una nación es componerse de «buenos animales». Presenta el parecer de estos filósofos, aun siendo depresivo y exagerado, un útil é innegable aspecto de verdad. La justicia con las criaturas inferiores, aquella que en la patria de Spencer se llama *animal right,* se revela más patente cuanto más consideramos la significación de las enseñanzas de la filosofía verdaderamente científica. Antes no acostumbraban los mantenedores de aquel derecho á fundarle en este género de enseñanzas, y se atenían á principios y escrúpulos puramente místicos ó religiosos. Los brahmanes no comían la carne de animal alguno, y según la observación de Voltaire (1), acaso la mejor razón que tuvieron para esto fué el temor de acostumbrar á los hombres á ser carnívoros é inspirarles costumbres feroces. Los magos persas se fundaban en razones parecidas para contemplar con horror el hecho de «sepultar en nuestras entrañas las entrañas de otras criaturas». Los primitivos cristianos tenían reparo en comer los alimentos de todas clases que se ofrecían á los dioses (2). El gnosticismo alejan-

(1) *Dictionaire philosophique,* art. *Abstinence.*

(2) San Pablo, sin embargo, no participaba de las ideas de sus secuaces; en cierta ocasión escribió á los corintios: «Lo que se come no es lo que nos hace gratos á Dios. No seremos mejores ó peores á sus ojos si comemos ó no comemos». Limitóse á aconsejarles que evitasen utilizar los manjares que los paganos

drino ensayó un nuevo método que se malogró, bien porque careció de poder para adaptarlo al medio social, bien porque, exagerando la rigidez en la austeridad, acabó por perder lo que deseaba salvar. Porfirio, en su *Tratado de la abstinencia,* fué muy severo con los gastrónomos, los cristianos y el paganismo vulgar, aunque no con los esenios, á pesar de que éstos comían algunas veces carne. Vió, sin embargo, qué indudable fondo de ridículo había en las prácticas orientales que tal alimentación prohibían en nombre de determinadas concepciones dogmáticas. Por eso evitó en absoluto referirse á la metempsicosis, queriendo que se conservara la regla de la alimentación exclusivamente vegetal, por razones meramente higiénicas ó médicas, y acaso muy débiles. En la citada obra, dedicada á su antiguo discípulo Firmus, dice que la abstención del alimento animal conserva la salud del cuerpo y del alma, haciendo vivir más años y con mayor inocencia. «Cuando leemos su libro—dice Voltaire—nos parece que no lo ha escrito un enemigo del Cristianismo, sino un Padre de la Iglesia». En la época de Porfirio se había abusado de la consideración de la superioridad humana en la creencia de que la tierra y todas sus criaturas sólo han sido creadas para nuestra utilidad y agrado. Porfirio dirigía á estos antropocentristas los mismos cargos que nosotros les hemos dirigido. Les acusaba de olvidar que todo lo que vive tiene igual derecho á la existencia: les advertía que sólo el derecho del más fuerte es el que se arroga el hombre avasallando los demás séres ó matándolos. Hacía observar que

---

sacrificaran á sus ídolos en los casos en que se pudiese temer el escándalo de los *pequeñuelos*, de las inteligencias débiles. ¿Cómo se comprende, después de ésto, que tratase tan mal á un Pedro y le reprendiese por haber comido con los gentiles viandas prohibidas? Es natural que Voltaire encuentre un problema en esta pregunta. Sin embargo, hay que observar desde el punto de vista místico, como circunstancia atenuante para San Pedro, que, según San Lucas, estaba autorizado para comer de todo, porque un día vió el cielo abierto y que un gran mantel descendía á la tierra desde los cuatro rincones del firmamento y estaba lleno de animales terrestres y de peces de todas clases, y oyó una voz que le dijo gritando: «Mata y come.» Y habiendo hecho la objeción de que muchos de aquellos animales eran impuros, le respondieron: «No llames impuro á lo que Dios ha purificado. Esto, al parecer, se repitió hasta tres veces *(Hechos,* X, 9, XI, 5). San Pedro quedó persuadido de que aquellos animales eran un símbolo representativo de la masa de los gentiles, á los que Dios mismo acababa de hacer aptos para la comunión santa del reino de Dios (Renan, *Les âpotres*, c. XI).

los animales están animados con principios vitales muy semejantes al nuestro, teniendo como nosotros ideas, sentimiento y memoria. Hasta refutaba por la posibilidad del lenguaje á los que admitían la opinión contraria. ¿Qué falta á los animales para merecer todo nuestro respeto y ser objetos de justicia? Sólo el don de la palabra. Si lo poseyeran ¿nos atreveríamos á matarlos y á comérnoslos? ¿Quién sería tan bárbaro que asara un cordero, si este cordero le apostrofase dirigiéndole un patético discurso para que no fuese á la vez asesino y... antropófago?

La ciencia moderna ha corregido estas exageraciones, sin caer en las vagas abstracciones de los antiguos, ni en las sensiblerías de los que, como Rousseau, han vuelto á prescribir al hombre el régimen vegetal con exclusión de otros alimentos. Créese que los elementos contenidos en la carne de los animales tienen más afinidad con los de la sangre que las substancias vegetales. Digiérense aquéllos muy fácilmente y se convierten más pronto en sangre. De aquí resulta que para verificar esta función sanguinificadora de una manera expedita y sin obstáculos, parece natural no reducirse á pan y frutas. Sujeto el hombre á un régimen vegetal, se observa en los adipógenos una gran pérdida de oxígeno. Si ese régimen continúa, la producción de la grasa y el cambio material se van acelerando como en las plantas (1). A fuerza de dejar en el tubo digestivo muchas substancias sin disolver, la actividad nutritiva adquiere cada vez más un carácter improductivo, intestinal, automático y mecánico; y cuando se olvidan ya enteramente los alimentos animales, la vida humana desciende al nivel de la vegetación. Así se muestra el régimen mixto como una exigencia de la substancia que renueva el cuerpo del hombre, como un ideal, según expresa Moleschott, en la realización de la obra propia del hombre. Incumbe á la fisiología decidir este interesante asunto, cuya diversidad de reglas estriba en las necesidades que la humanidad adquiere según las condiciones de clima, de tiempo y de raza. Pero la legitimidad del régimen mixto está en general justificada por las enseñanzas que la anatomía

(1) Sophía, campo abierto á todas las opiniones sinceras y seriamente expuestas, recuerda la advertencia que encabeza todos sus números, al insertar estas opiniones sobre el vegetarismo. En breve, sin embargo, publicará un extenso y documentado trabajo donde se expondrán científicamente opiniones completamente contrarias á las hoy insertas. *(N. de la R.)*.

ofrece como consecuencia de la estructura de los órganos digestivos del hombre. Participando éste en dichos órganos de los caracteres de los de los animales carnívoros y hervíboros, teniendo organizados los intestinos para digerir la carne, y la carne fresca, pudiendo con sus colmillos desgarrarla y con los molares triturar granos, y no diferenciándose casi en nada en su mandíbula inferior movible de carniceros y rumiantes, dudo que sea imposible encontrar una experiencia de *correlación de los órganos* tan legítima, tan completa y que reúna mejor todas las condiciones que Cuvier ha enumerado en sus *Discours sur les revolutions du globe,* y cuya conclusión es tan evidente (1).

Y no sólo hace conocer la ciencia moderna al hombre lo que se debe del animal, sino lo que al animal debe. Al mismo tiempo que le afirma en la necesidad de aprovechar su carne como alimento, tiene también la mira de inculcarle que sus deberes con él corresponden á la moral individual (deberes personales), ya que el hombre tiene consigo mismo el deber de no mostrarse cruel; á la moral social (deberes con otros), puesto que estamos obligados á disponer en la vida y en la muerte de lo que es provechoso á la sociedad entera; y, finalmente, á la moral religiosa (deberes con Dios), toda vez que debemos respetar y no destruir inútilmente la obra del Creador (2). Por lo que toca á este último punto, no ignoro que la religión que impera entre nosotros fué en un principio refractaria á ese respeto y á esa conducta con los séres inferiores. No debemos extrañarnos de ello. El culto de la naturaleza es el culto de las divinidades panteistas;

---

(1) Bien significativas son las dos autoridades que citamos para probar la conveniencia de que la piedad con las bestias no llegue entre nosotros al punto á que la llevan los brahmanes, hasta la abstención de toda carne. «En este mundo—dice Schopenhauer (*Fundamento de la moral,* III, 19, 7)—la sensibilidad para el mal está en razón directa de la inteligencia. Así el hombre, al privarse de toda carne, sobre todo en el Norte, sufriría más que el animal por una muerte brusca é imprevista, que aún debiera dulcificarse más empleando el cloroformo. Sin la carne de animales no podría subsistir mucho tiempo en el Norte la especie humana. Precisamente también por la misma razón, el hombre hace que las bestias trabajen para él, y sólo cuando se las sobrecarga con una tarea excesiva, es cuando comienza la crueldad». «La guerra universal y la lucha por la existencia—escribe Fouillée (*La science sociale contemporaine,* V, 2)—persiste entre el hombre y los animales; la legítima defensa y la penuria justifican también la muerte de unos y la esclavitud de otros». Véase también á Darwin (*Origen of species*, Londres, 1859) y González Serrano (*La sociología científica*, Madrid, 1884).

(1) Véase á Janet: *La Morale*, p. 297.

es, pues, una idea pagana por excelencia y que realmente pertenece al paganismo. Hay que excusar á las primeras generaciones que siguieron al advenimiento del Cristianismo de que, como profundos espiritualistas, desconfiasen de la naturaleza y la tratasen como esclava, pues cuando se la rehusa *toto orbe* el carácter de divinidad, se está muy cerca de condenarla como demonio en sentido maníqueo. Los excesos de la idolatría pagana y el antropacentrismo teológico de una escuela incipiente y mal segura no podían menos de traer esa reacción; pero ya hoy la naturaleza es mirada por los más ortodoxos, si no como eterna madre de nuestra existencia y de nuestra felicidad, al menos como hermana noble y cariñosa en este montón de polvo en que nos arrastramos por breves días. Consultado el Arzobispo de Burgos sobre el carácter moral de estas obligaciones con la naturaleza, contestó que «aunque sea censurable el culto ó idolatría con dejo pagano á la naturaleza... son buenos cristianos y fieles observadores del dogma los que reconocen y cumplen los deberes que tenemos con la naturaleza y con los animales siempre que se haga por amor á Dios (1).

(Se continuará).

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO

(1) Recuérdese también el criterio de San Francisco de Asis, según lo expone Renan en sus *Nowselles études d' histoire religiéuse:* «En la naturaleza entera no veía nada enemigo ó demasiado humilde. Recogía los gusanos del camino y los ponía á resguardo de los caminantes; imaginábase para salvar á un cordero de la muerte ó de la mala compañía de los machos cabríos; conspiraba para hacer que escapase el animal que estaba en peligro y le daba buenos consejos para que no se dejase coger. Amaba hasta la pureza de la gota de agua y evitaba que fuese pisada ó ensuciada. El gran signo por el cual reconocemos á las almas exentas de la pedantería vulgar, ese signo que consiste en amar y comprender á los animales, estuvo grabado en San Francisco con más relieve que en hombre alguno. Distanciado de la ferocidad del falso espiritualismo cartesiano, no reconocía más que una manera de vivir: veía grados en la escala de los séres, pero no bruscas rupturas; no admitía tampoco, como los indios, esa falsa clasificación que pone á un lado al hombre y á otro, en un solo grupo, las mil formas de vida, de las cuales sólo observamos el exterior, ó en las que nuestra mirada distraída sólo penetra la uniformidad, y que ocultan acaso infinitas diversidades. Francisco no oía más que una voz en la naturaleza. Un día, cuando regresaba á su retiro del Auverne, las aves en tropel gorjeaban delante de su celda. «Ve, hermano mío—dijo—, como nuestras hermanas parece que se alegran de nuestra llegada.» Más tarde, en la hora de su muerte, San Buenaventura cuenta con admiración, que las alondras, esas amigas de la luz, volaban alegremente sobre el techo de su casa, ya envuelta por las tinieblas de la noche.»

BIBLIOGRAFÍA

Enrique Roger.—*Cuadros de Historia Universal.* Prólogo de D. José Muro. Madrid, 1904 (1).

Con el título, en cierto modo modesto, de *Cuadros de Historia Universal*, el distinguido escritor Sr. Roger acaba de publicar un concienzudo y documentado trabajo de metodización histórica, utilísimo en estos momentos en que la excesiva producción intelectual nos lleva á las comprensiones sintéticas. Nada de más ha hecho la gran prensa consagrando su atención á una obra semejante. Sintetizar sinópticamente lo conocido de la historia humana; metodizar las vicisitudes, progresos, decadencias y agitaciones de los pueblos históricos; lograr reunir en un centenar de cuadros sugestivísimos la historia esquemática de la humanidad, es tarea de quien trabaja con fe y convencimiento por la ajena cultura.

Mucho más que todo cuanto nosotros pudiéramos decir en justa alabanza del trabajo del Sr. Roger, diría la simple exposición de algunos de los citados cuadros que constituyen los ciento treinta y siete folios de que consta su obra. Pero las condiciones tipográficas de una Revista no permiten, empero, reproducir, dada su extensión, aquellos cuadros que acaso resultasen más interesantes, obligándonos y limitándonos á dar cabida tan sólo al siguiente, que podrá dar una ligera idea de los restantes:

---

(1) Publicada en la imprenta de los Hijos de Hernández y de venta al precio de 10 pesetas en casa de Victoriano Suárez (Preciados, 48); Hernando (Arenal, 11); ó en casa del autor, San Dimas, 17, Madrid.

ORIENTE:

Egipto ....

Desde los orígenes hasta 1703 a. de C.

Valle del Nilo.

Límites: N., Mediterráneo; S., Etiopía; E., Desierto arábigo; O., Desierto de Libia.

Herodoto: El Egipto es un presente del Nilo.

- Tiempos primitivos. — Comprenden desde la aparición del testimonio histórico hasta Mena.—5004 a. de C. ....
  - *Primeros colonos*.......
  - *Organización política*...
  - *Religión*.............
- Imperio antiguo. — Comienza con Mena, que junta bajo su cetro el alto y el bajo Egipto, hasta fines de la dinastía X.—5004-3021.........
  - *Organización política*...
  - *Religión*.............
  - *Organización social*.....
  - *Dinastías*............
  - *Civilización*..........
- Imperio medio. — Desde la dinastía X á la XVII. — 3021-1703....................
  - *Organización política*...
  - *Religión*.. ....
  - *Organización social*.....
  - *Dinastías*............
  - *Civilización*..........
  - *Invasión de los bárbaros.*

Origen de la cultura.

Son de la gran raza de los arios y semitas, proceden del Asia y ofrecen como caracteres color rojo, labios abultados y nariz corta. Rechazaron en parte y en parte se asociaron á las tribus negras moradoras de Egipto.

Aparece el Egipto constituído en varios cantones, teniendo cada uno por capital un templo con su colegio de sacerdotes. Estos cantones vivieron en frecuente guerra, de la que resultó la división del Egipto en *bajo* ó país del Norte y *alto* ó país del Sur.

Dos son sus centros: Thinis-Abydos, en el alto Egipto, donde se elaboraron los mitos solares de Osiris, señor de Abydos, que representa la lucha de la vida contra la muerte; Heliópolis, en el bajo, donde se elaboraron los de Ra, dios de Heliópolis, personificación de la lucha de la luz contra las tinieblas.
Junto á éstos existió el culto á los animales, en especial al buey Apis.

Mena estableció su capital en Man-nofri, *la buena morada*, Menfis. Su monarquía fué teocrática, mas dejó á los nomos sus dioses y sus leyes, constituyendo una especie de Estado feudal. Los habitantes de los nomos estaban obligados al pago de un impuesto en género, al servicio militar y á trabajos forzados.

Adquirió gran preponderancia Ptah, dios del fuego.

Clases altas: sacerdotes y guerreros.
Clases trabajadoras: domésticos, artesanos, labriegos y pastores.

En la III, Snefrú venció á los nómadas del desierto y organizó la explotación de las minas de cobre del Sinaí, trabajando por la paz que se mantuvo bajo las dinastías IV, V y VI, hasta Nit-agrit, *la bella de mejillas rosadas*, con quien concluye casi el antiguo imperio al que sucede la más completa anarquía.

El título de gobernador de la casa de los libros prueba la existencia de bibliotecas.
Se cuenta con fragmentos de los autores Kagimma y Ptah-hotpú.
Artes.... { Pintura: de colores que han conservado viveza y frescura.
Escultura: realista, viva y rica en detalles.
Arquitectura.... { Templos.
Mastabas.
Pirámides... { Khufú...... / Khafrá..... / Menkerá.... } Menfis. }

Igual á la del imperio antiguo, sin otra diferencia que ser Thebas la capital del reino.

Obtiene la supremacía Amón, dios de la Thebaida.

Se ahonda la distancia entre las clases altas y trabajadoras, siendo la condición de éstas tan dura como holgada la de los *escribas*, cuyo título abre la puerta á todos los cargos públicos.

En la XII brillan por sus extraordinarios trabajos Usor-Tesén III, que plantó las fronteras del imperio en Semneh y Amén-em-hat III, que dotó á Egipto de soberbias construcciones.

La literatura llegó á un grado tal de esplendor, que quedó como clásica para las generaciones venideras.
En construcciones fueron los más notables el Lago Meri, el Laberinto, el Santuario de Amón y las magníficas tumbas de Beni-Hassán: éstas se distinguen por la columna en forma de prisma poligonal, que se ha llamado proto-dórica.
La escultura brilló por su delicadeza y por la elegancia y armonía del conjunto.

Los hicsos ó pastores ponen fin á esta civilización, dominando en Egipto durante más de 500 años.
Ah-mes concluye la reconquista, que se inició por los príncipes indígenas, y expulsa á los hicsos de Avaris.

Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society*).
The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)
The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland).
Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkeri en Boekhandel).
Revue theósophique française. París. (Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theosophique. París. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)
Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)
Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)
Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)
Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. INDIA. (Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. BRASIL. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. (Bahia.)
La Lumiere. París. (Rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. ITALIA. (Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)
Constancia. BUENOS- AIRES. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. BUENOS-AIRES. (Victoria, 3325.)
Freya. BUENOS-AIRES. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. BARCELONA. (Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. TARRASA. (Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. París. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. PORTUGAL, COIMBRA. (Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo PORTUGAL. (SERPA.)
Revista masónica. BUENOS-AIRES. (Calle Cuyo, 1131.)
Helios. MADRID. (Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. MADRID. (Cristóbal Bordiú, 1.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

MÁS ALLÁ DE LA EXPERIENCIA Y DEL ANÁLISIS

No há mucho, con motivo de una obra del Dr. Maxwell, *Les phènomenes psychiques*, la crítica ha sondeado de nuevo el campo de lo maravilloso.

Maxwell, conocido por sus estudios sobre las audiciones coloreadas y sus trabajos sobre los distintos estados de conciencia en los epilépticos, no ha sido tratado de un modo hostil. Desde antiguo, los estudios de ocultismo fueron desprestigiados por críticas superficiales, por pueriles interrogaciones, mas lo que antes era absurdo y herético, es hoy perfectamente ortodoxo. Pudiera decirse que á medida que avanza la espiritualidad humana, los dogmas se descristalizan y dulcifican hasta el punto de que los llamados «errores» del pasado, se nos presentan hoy como tales *errores* ó como *verdades modernas*, según su ropaje, es ó no *el suyo* propio. Se dice, en efecto, compadeciendo á la Edad Media, que «creía en los endemoniados». Yo aseguro, sin embargo, que la edad moderna posee sus endemoniados sin decirlo, y practica la magia como las pasadas. Aquellos convulsionarios medioevales que sentían un día gravarse sobre ellos la herrumbre de Satanás, existen hoy como entonces, y nuestros *estigmatizados* que la ciencia fotografía y clasifica, no son los únicos seguramente.

Duprat, en un estudio de la *Revue philosophique*, así como la crítica inglesa y aun la misma española, nos hablan de las conquistas que

actualmente viene realizando «lo psíquico». Duprat, sin embargo, tratando de la obra de Maxwell, representa la crítica antigua; la de la duda y la comodidad.

¿Contendrán—pregunta —el ocultismo y la teosofía, como la alquimia medioeval ó el mesmerismo antes de Bernheim y Charcot, gérmenes aprovechables para una ciencia positiva futura?

A esta pregunta que contesta Maxwell en parte afirmativamente, sonrie con dudas Duprat. Maxwell, que no es «ni espiritista, ni teósofo, ni ocultista», que «no cree en lo sobrenatural ni en los milagros» (pág. 11), después de haber estudiado seria y experimentalmente en lo posible el ocultismo, termina asegurando que tal vez en un futuro no lejano, un enviado, en cualquier orden de ideas, llegue «en el momento oportuno» á unificar toda la hoy dispersa fenomenología oculta, haciendo de su mundo misterioso un campo abierto á investigaciones rigurosamente científicas. Algo, en suma, de lo que hizo Charcot con las primeras observaciones de los mesmeristas.

La seriedad de la obra de Maxwell obliga á confesar á Duprat que resulta «un testimonio más para añadir á los de Richet, Rochas, Dariex, ó á los de la *Society for psychical researchs* y *Annales de Sciences psychiques*. Duprat, empero, después de afirmar que Maxwell desecha las explicaciones ultranaturales de los hechos, y que su observación de los mismos es completamente escrupulosa, se mantiene en lo que él denomina «la duda provisoria». Esta es hoy aún más inexplicable que los sarcasmos antiguos. No se trata del testimonio de Maxwell, ni de Williams Crookes, Rusell Wallace, Aksakoff, Zollner, Gibier y todos los que, en suma, antes de Maxwell, estudiaran lo «supernatural»; se trata de la observación natural misma. No se puede rechazar la una y los otros.

Williams Crookes, como Maxwell, esclavo de la experimentación, y avezado en las comprobaciones de laboratorio, ha estudiado, no obstante, sin prejuicios estas cuestiones. El investigador de la llamada materia radiante, orgullo de la física actual — en la que preparó el terreno de los Röntgen, Becquerel y modernos investigadores del radium—, no ha titubeado en detener su mirada de genio ante las fuerzas inexplicables de la Naturaleza. Yo he leido sus trabajos. En ellos se habla de manos luminosas que él mismo vió y palpó; de objetos que se movian por su voluntad ó á pesar de su voluntad; de masas y globos luminosos flotantes; de exteriorizaciones de pensamientos en haces de luz y de «materia»... Y ¿porqué no, todo ello? ¿No afirma el más generalizado materialismo que el pensamiento es una secreción del cerebro?

¿Quién se ha detenido, si esto es cierto, á puntualizar la solidez ó etereidad de esta secreción? En los fenómenos de transmisión de pensamiento que todos conocemos, ¿qué otra cosa podría verificarse sino esa transmisión de lo que unos denominan materia simplemente, y otros, con más intuición acaso, radiaciones de algo ultramaterial y aun ultraetéreo *aún no estudiado*?

Hablando de lo no conocido, cabe la desconfianza. Yo aplaudo la que es natural y espontánea, pero condeno la sistemática. Me parece un estigma de cretinidad mental. Es además arma de doble filo. En nuestro siglo, el análisis ha librado la más ruda de nuestras batallas; á través de los senderos de la experimentación, ha llegado á las puertas mismas de lo incognoscible, y no existe hoy un espíritu elevado que no haya formulado *sus* preguntas. Los dogmas se cristalizaron; su parte emocional, como su poesía misma, comienza á enmudecer para siempre... La ciencia, por otra parte dogmática, rígida y seca, no satisface los anhelos que laten en el fondo de los corazones. Estos anhelos son el presentimiento de algo indeterminado que no ha de ser un credo religioso, ni un paradigma científico, algo vago é indefinido, como el alma moderna, muy grande, muy nuevo y muy lleno de matices... Algo, en suma, como ese arte del futuro, cuyos primeros destellos rompen hoy por distintos lugares el caparazón de los siglos.

Pues bien; esos anhelos y ese ansia infinita que caracteriza á nuestros días, quiera Duprat ó no, quedarían sin solución alguna si nos desviásemos de estas sendas inexploradas de que nos hablan Maxwell y otros en lo científico: Mæterlinck en lo artístico, Emerson y Carlyte en lo filosófico, y todos los que, en suma, representan tendencias á eso desconocido, á eso venidero, y ventieval que há tanto tiempo esperamos y presentimos. Maxwell, en este sentido coopera con lo futuro. Aunque hoy la crítica á lo Duprat aparezca acorazada tras su seguridad *científica*, y los cultivadores del ocultismo anatematizados y ridiculizados, el Futuro será de ellos. La Edad Media quemaba sus hermetistas y astrólogos, que eran sus químicos y astrónomos, á pesar de lo cual nació la quimica y la astronomía. De igual modo por encima de los obstáculos del presente, del actual ocultismo brotará una ciencia futura, de horizontes inmensos, cúspide intelectual de la presente humanidad, y para la cual la palabra *pasado* no despertará los odios que despierta hoy, porque será clemente. Sí; tal vez por este rencor que despierta el pasado, el ocultismo (que como todo producto del espíritu humano, ha tenido precedentes), ha sido considerado como absurda regresión hacia tiempos bárbaros é incultos. Sabemos, sin embargo,

que siempre que se habla de ciertas cosas, el pensador enmudece, en tanto que la chusma se alborota. Yo preguntaría si existe en el hombre algo que pese sobre él más que su pasado, y si hay algo por otra parte más real que éste. Concreción, el hombre, de concausas y de problemas que se entrelazan hasta lo infinito, no es ni será nunca otra cosa que *estos mismos problemas* transformados, depurados, transmutados, pero siempre los mismos hasta la eternidad...

Nada, pues, del pasado ha muerto en nosotros. Contemos *lo anterior* á nosotros en esencia, y *lo posterior*, en potencia. Somos el gran Microcosmos hermético. Nuestros sentidos son medios de comunicación para con el universo; medios de comunicación poderosísimos, y de una extensión que ni aun podemos concebir actualmente. Aquellos que en lo antiguo conocieron su dominio, realizaron el milagro de *prescindir* del espacio. Para ellos, como para ciertos sabios de nuestros días, la naturaleza reservó sorpresas infinitas...

La evolución humana es lenta, sin embargo. Aun hoy vivimos como si no nos hubiésemos movido de nuestro pasado recordable é *histórico*. No hay taumaturgos, pero nuestros médicos de la Salpetriere curan con la mirada como Jesús y Simón el Mago, ó con la imposición de las manos como los antiguos terapeutas... No hay goetas que destilen el corazón de una virgen en escondido subterráneo, pero los fisiólogos estudian ciertas secreciones glandulares para buscar en ellas la vida... No hay astrólogos que predigan las guerras y la peste, pero los astrónomos encuentran inexplicables relaciones entre esas manchas apenas visibles del sol y las explosionos subterráneas de las minas... No existen alkimistas, pero los sabios persiguen aún el *aurum philosophorum* que hoy se llama la ley de la unidad química... Y si por último, el antiguo eremita y el místico han desaparecido, nos quedan el artista y el poeta, que hoy, como siempre, recogen la espiritualidad toda de la vida, y que como ciertos contemplativos del Oriente lejano, sienten y oran á su modo por los que no saben orar ni sentir. Formule ó no la pereza mental sus dudas, lo desconocido seguirá enviando sus haces de luz y, como siempre, habrá quien, alguna vez en la vida, recibirá su influencia, y quien — atávico mental — necesite «nacer de nuevo» para percibir el más tenue de sus destellos.

Viriato DÍAZ-PÉREZ.

(Madrid 16 Mayo 1904.)



LAS LEYES DE LA ACCIÓN

El contagio.—La correlación de las fuerzas.—La Interferencia de las fuerzas.

La mayor parte de los pensamientos vagan en la atmósfera ambiente como fermentos del bien y del mal, é influencian sin cesar la colectividad humana y vive entre ella.

La atmósfera moral es individual ó colectiva. Cada individuo irradia é influencia desde los centros que constituyen su sér físico, moral y espiritual. A la vez absorbe fuerzas determinadas de la atmósfera en la que le colocaran las circunstancias, y lo que adquiere representa en verdad lo que podría emitir; es influenciado por las vibraciones que sería capaz de producir. Los centros de fuerza de nuestro organismo podrían ser comparados á resonadores, que de todas las vibraciones esparcidas por la naturaleza no pudiesen recibir sino las que les fuese posible reproducir. Tomando un ejemplo de la fisiología, diremos que semejantes á las células musculares (que en el plasma sanguíneo atraen por simpatía vibratoria los elementos especiales que las constituyen: los elementos musculares) los cuerpos sutiles de los hombres vibran bajo la influencia de las corrientes á las cuales pueden hacer eco, é intensifican así, por acción selectiva, los elementos que se encuentran en ellos. De donde se desprende que la más segura protección contra el mal es la pureza: destruyamos en nosotros los elementos cuya vibración engendra las pasiones y podremos vivir, si es preciso, en medio de los huracanes de la orgía, sin llegar á estar seriamente afectados.

Cada hombre rechaza y absorbe pasiones y virtudes como su cuerpo grosero aspira y espira en el aire; toda colectividad constituye, en su conjunto, un organismo que representa un papel y que tiene unas funciones semejantes á la de los orga-

nismos individuales. La familia y la nación son así mismo escuelas, focos de contagio que afectan fuertemente al hombre. El niño, con su organismo eminentemente plástico, se modela fuertemente sobre las influencias del medio familiar; el hombre maduro recibe especialmente el tinte del medio nacional, cuyos factores son á menudo tan importantes, tanto para la vida de una nación como para la de los individuos. El orgullo nacional que fué, quizá, la más efectiva de las energías que crearon la grandeza de Roma; el sentimiento del honor que caracterizó la nobleza francesa y que hacía acudir á los caballeros de la corte con la misma presteza á las batallas que á los bailes, fué transmitida por la impresión profunda de la familia sobre el niño; las características de los diversos países se perpetúan por las atmósferas nacionales.

De aquí que uno de los medios mejores para la unificación humana sea la destrucción de las barreras que permiten y delimitan estas atmósferas separadoras; la imprenta, que vierte el pensamiento de los pueblos en un recipiente común; los caminos de hierro y la navegación, que atraviesan las fronteras y confunden el poder de las naciones, ha sido uno de los agentes más rápidos y la base de la futura fraternidad universal.

Para tornar á nuestro tema, no olvidemos que en la atmósfera moral que concurrimos á formar absorbemos, sobre todo, elementos semejantes á los que forman nuestros cuerpos internos (1). Este hecho es la base de la solidaridad universal; el sufrimiento de un sólo sér hace incompleta la dicha de los demás, como la virtud de uno sólo disminuye en cierto modo la suma del vicio común, y como la piedad de uno sólo disminuye la amargura de la copa en que bebe la humanidad. La ley divina nos obliga por la experiencia á confesar la sabiduría que los Instructores han establecido y por el dolor de todos nos hace aliviar el de un pequeño número y aun el de un solo sér.

Cuando el rico permite la buhardilla sin aire, el trabajo excesivo y la nutrición insuficiente, lleva la enfermedad á la casa del pobre y después el contagio, la tuberculosis, es el castigo que venga el sufrimiento abandonado. Cuando la inmoralidad individual es muy intensa, la gangrena moral se extien-

(1) Los cuerpos no son internos, ni externos, se interpenetran todos ellos. Sólo por costumbre ha prevalecido el denominar internos á los cuerpos invisibles.

de, se hace general: todos los ciudadanos sufren el mal y el cuerpo social que se deshace en podredumbre.

La ley de solidaridad nos muestra cuán grande es nuestra responsabilidad. El vicio oculto, el pensamiento torvo sostenido, son mucho más peligrosos que el acto odioso; éste provoca la reprobación, correctivo precioso; aquéllos penetran en los corazones de un modo invisible, insinuante, y sus estragos, por tanto, son tanto más grandes cuanto la causa de ellos es menos sospechada.

La correlación de las fuerzas.

La reacción sigue á veces caminos aún más ocultos y procede por mecanismos más complejos, porque las fuerzas no obran siempre en su estado primitivo; metamorfoséanse éstas por sus contactos y aquí entramos en el obscuro estudio de las *transformaciones de la fuerza*. Todo se transforma, nada se pierde. La energía del Logos, creadora del Universo, retorna completa al centro creador á la fin de los tiempos.

Multitud de estas transformaciones consisten en el paso de fuerzas del estado latente. Un ejemplo tomado del mundo físico nos servirá de guía. Cuando se somete un trozo de hielo á la fusión el tiempo preciso para que la masa sea reducida al estado de agua, el termómetro no acusa elevación alguna de temperatura. El calor es, sin embargo, absorbido; mas es empleado como fuerza mecánica para producir en las moléculas de hielo la separación suficiente para la producción del estado líquido. Cuando el bloque está completamente transformado en agua si se continúa calentándole, la temperatura se eleva progresivamente hasta 100°, punto en el cual se evapora el agua. Aquí aun la fuerza calórica ha sido empleada en la separación molecular necesaria para el paso del agua al estado de vapor; ha pasado á estado latente, mas no ha sido destruído. Puede reaparecer en toda su integridad, después de estas transformaciones, si se le hace pasar del estado de vapor al estado líquido y después al sólido. La condensación del vapor liberta el calor absorbido durante el paso del estado líquido al estado gaseoso y la congelación del agua restituye, á su vez, el mismo número de calorías que fué preciso para fundir el bloque de hielo primitivo. El calor almacenado queda todo él desde este momento en libertad.

De igual modo las fuerzas humanas se encuentran á menudo en estado latente, es decir, empleadas en oposiciones ó transformaciones cuya variedad y complejidad desafían todo análisis y cuya duración todo cálculo. Así vemos que una parte de la fuerza es absorbida por el cuerpo mismo que la generara, efecto de reacción bien constante; otras es utilizada en su transmisión á los cuerpos vecinos del centro vibrante; otras es ejercida á distancia ya sobre el objeto, ya sobre la atmósfera moral del medio. Mas cuando todos estos agentes absorbentes han cesado de existir, la fuerza liberada retorna, bajo su forma primitiva, al hombre que la crea.

¿Cuál es la causa de esta atracción misteriosa y tan constante ejercida por el agente. sobre sus propias creaciones? Parece que es de la misma naturaleza que la que reúne en la atmósfera las partículas de electricidad del mismo nombre en una sola masa. Las semejantes se atraen, y los fenómenos de atracción que no obedecen á esta ley, obedecen á la de las asociaciones armónicas de fuerzas complementarias. En el caso de que hablamos, el retorno de la fuerza á su centro generador parece debido al sincronismo vibratorio perfecto de la causa y del efecto. Esto explica las diferencias de contacto producidas por un mismo medio morboso; se pone en contacto más á menudo y más estrechamente lo que lleva en sí mismo centros que pueden vibrar al unísono con la causa mórbida; la virtud encuentra en sí misma su escudo aun en una atmósfera de depravación, y el vicio su castigo en ella. La divinidad ha puesto un cuidado tal en la justicia, que la ha hecho casi automática; su compasión, asimismo, por una ley constante que hace del mal un cimiento del bien. Añadamos que el espacio en los mundos sutiles ofrece tan pocos obstáculos á la acción de las fuerzas, que parece no existir. El pensamiento nos hace en todas partes presentes, llamando á lo lejos hacia nosotros todo sér deseado. El intercambio de las almas es ilimitado en los mundos superiores; la atracción de un centro de energía puede ejercerse en todas direcciones sobre las fuerzas por él engendradas.

El tránsito de las fuerzas desde el estado latente explica igualmente por qué el fruto es por lo general recogido largo tiempo después del acto, y por qué en intervalos el crimen triunfa al lado de la virtud humillada.

A través de las modificaciones que sufre por el estado latente,

la fuerza adquiere formas que son completamente distintas á las que le eran peculiares en su estado normal. Auxiliémonos aún con algunos ejemplos del mundo físico. La fuerza mecánica puede ser transformada en electricidad, en calor, en luz, etc.; el calor, la electricidad y la luz pueden producir movimientos mecánicos; la electricidad, nacida del movimiento mecánico, puede transformarse en agente de tracción, de calefacción, de sonoridad, etc. Todas estas fuerzas, pues, son correlativas, es decir, se equivalen.

Una suma dada de calor puede reproducir el equivalente del movimiento mécanico que la ocasionó; la caloría, cantidad de calor necesario para hacer ascender á un grado la temperatura un kilogramo de agua, equivale á 224 kilográmetros, representando el kilográmetro el trabajo mecánico necesario para levantar el peso de un kilogramo á un metro de altura. Si en el mundo físico esta ley aparece en cierto modo incompletamente cierta (porque los aparatos son imperfectos y absorben al operar una gran parte de la fuerza que les está encomendado transmutar), teóricamente, y en el mundo de las cosas sutiles, ambos térmimos se equivalen exactamente.

Pues bien; la transformación de las fuerzas morales y espirituales tienen también sus correlaciones y sus equivalencias, extremadamente variables y á menudo imprevistas, dada la ignorancia humana que á veces espera bien ante ciertas causas, de las que, sin embargo, resulta el mal, y viceversa. He aquí algunos ejemplos:

La vista del crimen provoca, según las naturalezas que le presencien, ya el horror del pecado y el odio al pecador, ya la impulsión á cometer el mismo crimen; ejemplo: las epidemias de suicidios, los lugares nefastos, el contagio revolucionario ó el de matanza y el horror de los atentados anarquistas, que hace algunos años imprimió en Francia tendencias marcadas al regreso á la autoridad y al dictatorialismo.

Además, la tristeza produce la enfermedad física; la esperanza hace vivir, puede restablecer la salud, mantenerla y determinar el cumplimiento de grandes cosas por la energía y la perseverancia que infunden. Hase visto á la voluntad vencer á la muerte, doblar la fuerza muscular, transformar el pensamiento y el deseo en catapultas terribles y ejercer su acción á distancia.

El mal mental ó moral vibra sobre todos los cuerpos; puede producir quebrantos en el vehículo físico y esterilizar el campo divino, el cuerpo espiritual, en el que deben florecer las virtudes. El amor desinteresado, perfectamente puro, irradia la salud física y moral, da la alegría y la paz, ilumina la vida, pues no otra cosa que un rayo de la vida divina sostiene al mundo. El odio, por el contrario, sale del adversario, de la fuerza destructora, tiende á llevar la muerte por todos los lugares donde reina y sus transformaciones físicas—las alteraciones producidas por ella en las fuerzas de la Naturaleza—son todas agentes de destrucción. Él es también el alma tenebrosa de los siniestros, el elemento primordial de los cataclismos, la cólera de los elementos desencadenados, la ciega impulsión de las revoluciones, la locura de las guerras, la efervescencia de los motines. Las épocas tormentosas en que el huracán del odio se desencadena, son fértiles en catástrofes de todos los órdenes: luchas de partidos, guerras, revoluciones, cataclismos. El asunto Dreyfus ha quebrantado más á Francia que dos guerras desdichadas; la revolución mental que produjo fué tan formidable, que todos los ciudadanos, más ó menos, la han sentido. Forman la patria desde entonces dos campos enemigos, y cada uno de éstos envuélvese en una nube espantosa de odiosidad, cuya influencia se hará sentir en el transcurso de los tiempos; la Alsacia y la Lorena, amputadas, son aún francesas; mas en la triste época de que hablamos no había Francia ni franceses, no existían sino dos bandos de fanáticos prestos á deshacerse, ciegos ciudadanos que habían olvidado la Francia para no ver sino sus rencillas.

Estas correlaciones de fuerzas morales son tan diversas, están tan estrechamente enlazadas y son tan difíciles de prever, que no señalaremos sino la ley general á que ellas obedecen. Muéstrannos ellas los recursos infinitos de que dispone la ley kármica, que siempre, antes ó después, bajo una forma ó bajo otra, realiza sus decretos. Así, con frecuencia, las fuerzas de reacción de nuestros actos serán para nosotros incognoscibles y habrán perdido el sello de su origen. Mas el sabio, el ministro de la Ley, siempre descubrirá en ellas la señal de su orígen, y por el matiz que ellas conserven, á través de las extrañas peripecias de su curso, podrá clasificarlas, identificarlas y remontarse hasta su causa.

La interferencia de las fuerzas.

Una categoría importante para la transformación de las fuerzas es la determinada por sus diversas asociaciones: sus contactos las aumentan, las disminuyen ó las neutralizan. Veremos más adelante que la repetición de los mismos pensamientos y de los mismos deseos producen su intensificación, engendra hábitos, aumenta ó disminuye las dificultades de la lucha contra la naturaleza inferior, y aun á la larga puede crear energías de una intensidad tal que lleguen á dominar la fuerza de voluntad de que es capaz el que las engendrara, tornándose así en actos fatales.

El espectáculo de estos cambios y el de las modificaciones perpetuas de la fuerza (pruebas de su perpetuidad y de la realidad del principio «nada se pierde») es hecho para entristecer y sumir en la desesperanza. ¿Será tan real y tan inexorable la fatalidad? La rueda que nos oprime, ¿no habrá de cesar jamás de dar vueltas? ¿Tendrán nuestras faltas una eternidad de resultados? No. En la Ley, la divinidad nos ha proporcionado un refugio; en el torbellino de las energías se encuentra un lugar tranquilo. Karma tiene por objeto instruirnos y hacernos progresar; no llena en forma alguna la misión del demonio en el eterno infierno. El conocimiento que adquirimos por el dolor y por la fuerza de la evolución, prestan á la Psiquis la llave liberadora, y no de una liberación egoísta ansiosa de escapar del dolor y de gozar una paz individual en medio de un mundo en el que resuena el clamor de los que sufren, sino de una liberación de aquellos lazos que impiden acudir en auxilio de los que gimen á lo largo del áspero camino, liberación de la ignorancia, de la debilidad: liberación para ser un perfecto cooperador divino en la obra de la evolución.

Resumiendo: La reacción nos aporta, por lo pronto, el conocimiento. Ya veremos más adelante que gustando los frutos del Arbol del conocimiento, adquirimos la noción de la sabiduría. El conocimiento de la Ley parte del dolor, que nos advierte que hemos equivocado nuestro camino, ó de la paz que nos hace conocer que caminamos con la divinidad.

El dolor despierta el alma, nos obliga á sondar nuestro corazón, nos presenta obstinadamente el problema de la Vida, el

enigma de los orígenes y de los fines. Este esfuerzo de la conciencia hacia su centro, hace convergir en el fondo del sér un gran número de rayos que esclarecen y desarrollan el alma, y así cuando ella llega á su madurez, alcanza la luz, la fuerza y la sabiduría y domina para siempre las fuerzas inferiores que constituyen la vida de su instrumento. El Karma, pues, acorda definitivamente la lira humana con la lira cósmica; el hombre que alcanzara la perfección no puede vibrar si no es al unísono con la Ley y sin que fuerza alguna contraria pueda llegar á él.

No le queda otra misión que la de extinguir las últimas huellas del mal creado en otro tiempo.

Dos grandes métodos de destrucción del mal se presentan entonces á su vista purificada. El primero consiste en la transmutación de los vicios.

La fuerza es peligrosa cuando es aplicada directamente, vivifica el objeto que toca, y engendra, por lo tanto, reacciones peligrosas. Querer matar una pasión, es vivificarla y hacer la lucha con ella más difícil. Mucho más preciso es purificarla: canalizar su energía cambiando su punto de aplicación. El amor sensual es transmutado por el desarrollo del amor espiritual. No de otro modo, en la meditación, practicada por aquellos que intentan depurar su naturaleza, son domeñadas las energías pasionales.

Pero existe, como se dijo, un segundo método basado asimismo en la interferencia de las fuerzas. Del mismo modo que en el mundo físico los flúidos eléctricos positivos y negativos se neutralizan, del mismo modo que puede destruirse una fuerza física cualquiera, luz, electricidad, calor, superponiendo las bases y las cúspides de sus ondas, así en el mundo moral puede destruirse un vicio oponiéndole la virtud opuesta. El amor y el odio son las cimas y los valles de la Fuerza abstracta desconocida, que es la raíz de ellos, y el uno destruye al otro. Luego la fuente de todos los errores y de todos los vicios es el egoísmo, la separatividad y el asiento de todas las fuerzas del bien; arde en el corazón por el amor, que purifica, une y hace vivir todas las cosas.

Cuando la destrucción del mal de otros tiempos está asegurada, el alma pone conscientemente en obra este gran secreto de la fuerza: la gran ley salvadora. A la causa de todas las formas del mal opone la causa de todos los aspectos del bien... Al

egoísmo opone el amor. Todos los grandes instructores lo han repetido: Devolver el bien por el mal. Amad al que os aborrece.

En los dos aspectos opuestos en que se exterioriza la Fuerza suprema, el bien y el mal, el amor y el odio, son las cúspides y los valles; el mal cesa por el bien, el amor destruye la colectividad de las fuerzas del mal creadas durante la infancia del alma; hace extinguirse al karma. Mas en esta interferencia destructora, ¿no destruímos el amor que utilizamos? Ciertamente. Es preciso rescatar el odio y el amor paga. La fuente, empero, del amor es inapreciable y el alma que alcanzara el umbral de la divinidad es una generadora inagotable, porque es conducto alimentado por la Fuente de todo amor, el Logos... ¡En él encuentra su destrucción el mundo inmenso del mal que produjera la ignorancia!

Dr. Th. Pascal.

(de *Les Lois de la Destinèe*).

EL SONIDO

...Sin duda aquella música profunda y sabiamente bárbara no estaba en relación con la arquitectura, no era sólo una fuerza motriz material, sino que era asimismo un pasmoso vehículo de la fuerza psíquica, transmitiendo con el aliento vital, por el retorcido tubo de bronce, el deseo imperioso del espíritu. Esto que recientemente han inventado los hombres y han apellidado magnetismo animal, no es más que un leve é imperfecto atisbo y un ensayo rudo y embrionario, digámoslo así, del empleo de la fuerza psíquica, que en los venideros tiempos ha de conocerse mejor y ejercitarse con gran fruto.

(VALERA. *Morsamor*. Las aventuras. XV).

UNIDAD MÍTICA

Entre algunos críticos hay quien halla alguna afinidad entre ciertos mitos norsos, como los de la creación y otros tales, con los mitos del Indostán. La vaca Adumbla, por ejemplo, lamiendo la escarcha de las rocas, tiene cierto sabor oriental. ¡Una vaca del Indostán transportada á las regiones glaciales! Muy probable, y hasta cierto, podríamos decir sin la menor sombra de duda, que todas estas cosas deben tener parentesco entre las más remotas comarcas y entre las edades más primitivas. El pensamiento no muere, se transforma.

CARLYLE. *Los Héroes*. Odin).

La vida de los Astros. (1)

Ha podido la Astronomía de hoy, para cerrar enteramente su ciclo y satisfacer de lleno á su destino en la historia, bosquejar paso á paso las diversas etapas de la evolución sidérea desde el estado nebuloso hasta la fase lunar á través de los momentos estelar y planetario, señalando el predominio que tiene en los primeros la energía propia del astro y la hegemonía que alcanza en los últimos el dinamismo con que influyen en él los inmediatos de jerarquía superior.

En resolución, y condensando en una breve frase toda esta serie dilatada de progresos realizados desde el tiempo de Newton, ha podido la Astronomía moderna unificar en el éter y su incesante movimiento la plenitud entera de materias y fuerzas esparcidas por las tierras del cielo, y divorciadas en parte todavía en la concepción neutoniana.

Pero, con todo ello, no ha logrado en realidad nuestra ciencia uranológica concebir un mundo que en lo esencial no quepa en el universo mecánico de Newton.

Éste se compone, en último término, de materia deshecha en átomos diversos, vacíos que los separan y fuerzas heterogéneas que los atraen y repelen; aquél está formado, en resolución, por átomos etéreos homogéneos, vacíos interpuestos y una sola fuerza primordial impulsora de los movimientos atómicos.

Los factores integrantes de uno y otro universo son absolutamente los mismos. Un espacio vacío, una abstracción inconcebible, la negación de toda realidad, tal es la base en que descansan ambos mundos; polvo atómico sembrado á trechos en este inmenso recipiente, y movido por impulso, que en vano se declara esencial á los átomos mismos, pues aparece siempre completamente exterior á su sustancia, tal es el fondo común donde

---

(1) Véase lo que se dice sobre el autor de este trabajo en la sección de *Notas: recortes:* etc.

brotan después por ulteriores colisiones de los átomos fuerzas y materias diversas, del que luego surgen los cuerpos sidéreos por pura aglomeración en derredor de puntos especiales, de núcleos atractivos, del polvo atómico inmediato, ampliamente difundido hasta entonces por mayores espacios.

Realidad y nada, que esto dicen materia y espacio; vaguedad general, indefinida, caótica y formaciones individuales, determinadas y concretas, que tal representan en el mundo el éter difuso por el espacio universal y las tierras celestes surgidas de su condensación en derredor de núcleos aislados y dispersos, y en los astros mismos, el éter que los penetra totalmente y los átomos químicos, concreciones suyas que subsisten separadas y envueltas por atmósferas etéreas; tales son las supremas antítesis latentes aún en el concepto que de los astros y del mundo ofrece á la cultura de la época la Astronomía contemporánea, inspirada en Newton y en su grandiosa abstracción del proceso mecánico, centrípeto, si vale ahora esta palabra, con que piensa asociada en el vacío la materia, al impulso de la voluntad divina, para engendrar la plenitud de los astros.

Y subsistirán estos dualismos insolubles; y faltará al universo, que nos explica la ciencia, la primordial unidad íntegra y plena que de toda eternidad le asiste, la que sirve de fondo general, de primer fundamento, de principio supremo á la variedad subordinada y necesaria de sus partes, á la distinción orgánica de sus miembros interiores (ya que es viva, por necesidad, y constituye un verdadero organismo toda unidad real que merezca este nombre); y tendrá sólo una unidad abstracta, convencional, ficticia, la unidad de una suma, el mundo de la Astronomía moderna; y no salvará jamás la condicion de puro mecanismo á que lo rebajó Tolemeo al dividirlo en cielos y tierra, y aniquilar así el alma, la confusa unidad, del mundo homérico, mientras sigan los astros pareciendo á nuestros astrónomos contemporáneos masas etéreas condensadas, aglomeraciones atómicas, compuestos irracionales de elementos primordialmente separados, precipitados cósmicos en la química del universo.

Y en tanto que no lleguen aquéllos á declarar expresamente que los astros no son, en modo alguno, puras concreciones de materia antes difusa por el espacio vacío, ni se reducen, por tanto, á simples mecanismos formados parte á parte, yuxtaponiéndose los átomos, antes, por el contrario, brotan siempre con

unidad primordial, no de materias vagas, sino de individuos sidéreos preexistentes, no por unión de partículas, sino por distinción de partes dentro de un todo primitivo; hasta que no se afirme de un modo claro, terminante, categórico, que los astros son verdaderos individuos tan llenos de vida, en su límite, como las plantas y los animales y el hombre, no podrán tampoco naturalistas y filósofos dar solución satisfactoria al dualismo supremo entre séres orgánicos é inorgánicos, vivos y muertos, organismos y mecanismos, con que se ofrece, al parecer, rota para siempre, la unidad del mundo natural.

En vano la Astronomía reciente propende ya á resolver la antigua antítesis entre la tierra poblada de organismos y los astros huérfanos de toda vida sobre su superficie; con suponerlos habitables como nuestro planeta, quedan, en verdad, igualados con él también en este respecto; pero no por eso deja de subsistir en toda su extensión el antagonismo primordial entre los astros y sus partes interiores, de un lado, y de otro, los organismos que los habitan: todos aquellos muertos, agitados sólo por las que se llaman fuerzas generales de la materia, puros mecanismos del éter—éstos, por el contrario, vivos, regidos, ante todo, por una ley especial, la de la vida, que subordina á su imperio las generales del éter, presentes, á su vez, en dichos séres, que están, además organizados, tienen unidad real y distincion bajo de ella de partes interiores.

Y como todo dualismo, cuando es esencial y profundo, absoluto, cuando se oponen diametralmente sus términos, contradiciéndose, negándose de todo punto, no tiene solución posible, si uno de aquéllos no desaparece y se aniquila bajo la exclusiva afirmación del opuesto: la fisiología moderna, obligada, para satisfacer las exigencias unitarias que se le imponen con mayor fuerza cada día; á resolver la antinomia suprema entre la vida y el dinamismo general del éter, entre séres vivos y muertos, organizados é inorgánicos, organismos y mecanismos; impotente para corregir las abstracciones de la Astronomía moderna, ni sorprender sus pensamientos secretos; aceptando los astros, por lo tanto, como cuerpos inorgánicos, muertos, puros mecanismos movidos por las fuerzas generales etéreas; incapacitada ya por esto mismo para discernir la verdadera condición de los minerales y productos químicos, los cuales ve erigidos también en séres inorgánicos, corre presurosa á derrocar los organismos

de su trono legítimo; borra del mundo natural la jerarquía de la vida, y dominada por un funesto sentido igualitario, torpemente democrático, que repercute de las ciencias sociales en las físicas (menos divorciadas en su común evolución de lo que piensan aún naturalistas y políticos), resuelve la fuerza vital en puro dinamismo etéreo, en meras colisiones atómicas; desata el lazo de unidad con que brotan y viven unidos los miembros de los organismos, y reduce estos vínculos primordiales á meras fusiones y contactos, á pura yuxtaposición y adherencia de sus átomos primitivamente dispersos; en una palabra, rompiendo violentamente con las ideas y los hechos más claros y sabidos, desorganiza los organismos, pulveriza sus células y las convierte en átomos cerrados y discretos, que ve luego asociarse para formar mecanismos, complejos sí, pero idénticos en absoluto á los astros y productos inorgánicos, salva la sencillez con que están éstos fabricados.

Y mecanizada así la Naturaleza entera con todos sus séres interiores, hay unidad, en apariencia al menos, en el mundo físico, y reposa momentáneamente nuestra ciencia contemporánea, creyendo satisfecha ya esta exigencia suprema.

¿Lo está, por ventura? De ningún modo. Habría que suponer lo inconcebible, esto es, que las partes preceden al todo; habría que negar lo que es hoy evidente, lo que salta á los ojos, á saber: la realidad del proceso unitario con que surge gradual y sucesivamente de una primitiva unidad la distinción ulterior de las partes y miembros en todos los organismos cuya génesis y desarrollo han sido objeto de algún estudio reflexivo. Ante lo cual, fuerza será volver los ojos al término opuesto del insoluble dilema, llevarlos del átomo á la célula; y en vez de pretender cristalizar nosotros, como dice Goethe, lo que organiza la Naturaleza, intentar, por el contrario, organizarla totalmente en la plenitud entera de sus séres, trocar en células organizadas sus átomos mecánicos, ya que no se dejan aquéllas fabricar con éstos. La empresa no es difícil. Organizados que sean los astros, caen de seguida los minerales y demás cuerpos inorgánicos de la jerarquía inmerecida á que los ha elevado el pensamiento abstracto de astrónomos, naturalistas y filósofos; de séres naturales se convierten en meros resíduos y productos, en concreciones que elaboran los astros y los demás organismos en el curso y desarrollo de su vida. Son, pues, organismos todos los verda-

*

deros séres naturales. El Universo físico, la Naturaleza, recobra su primordial unidad, vagamente concebida en el alma que daban al mundo y veían agitarse indistinta en los astros y regiones terrestres los primitivos observadores; disuelta luego en la Sintáxis tolemáica, al oponer los cuerpos celestes á la tierra; prometida de nuevo en el fondo más íntimo y secreto de la doctrina de Copérnico, al llevar éste la tierra á los cielos; negada todavía por él y Galileo y Kleper, y Newton, y sus precursores y secuaces hasta nuestros días.

En los cuales parece ya anunciarse la postrera etapa de la Astronomía copernicana, destinada á organizar el mundo físico en el pensamiento del hombre; convirtiéndose para ello de *Dinámica (Físico-química) celeste*, ó *Geología comparada* (nombres iguales ya como cielos y tierras), que tal es con Newton y los astrónomos contemporáneos, en verdadera *Biología sidérea,* presentida por Humboldt y desenvuelta por Carus para gloria de las ideas y de su ciencia, cuya divina luz disipa en éste, como en todos los momentos supremos, las tinieblas que esparcen sobre el mundo las abstracciones y fantasmas del saber empírico.

*
* *

No es el asomo siquiera de una exposición enlazada y sistemática de la *Orgánica celeste* lo que se intenta ahora; un ligerísimo bosquejo de sus problemas capitales y soluciones más legítimas, basta, sin duda, para llenar cumplidamente el fin propuesto en esta Conferencia, consagrada especialmente á señalar el organismo de los astros como una exigencia ineludible de la unidad del mundo físico, y como un hecho real y efectivo, con que la observación atenta responde de lleno á lo que reclama el pensamiento con imperio.

Demostrado parece ya lo primero en las consideraciones que preceden, y dejan ver claramente la evolucion coordenada y paralela de los conceptos supremos de los astros y del mundo, condicionado siempre el de éste por el de aquéllos; falta probar ahora lo segundo, á saber: que en realidad, viven los astros, que son indubitablemente verdaderos organismos naturales, células, en suma.

Ya se dijo en un principio que no es ninguna novedad extraña de los sabios de Norte-América la afirmación de las células

sidéreas; que ya tiene esta idea una tradición muy ilustre en todas las épocas, y sobre todo, que hoy, sin saberlo, y aun diciendo lo contrario, nuestros astrónomos conciben en realidad y afirman tácitamente el organismo celular de los astros, al declarar que estos séres están sujetos á perpetuo cambio, á incesante metamorfosis, á evolución, en suma, realizada en fases y ciclos, sometida á leyes de período y ritmo, no de otro modo que como se cumple el desarrollo en los organismos terrestres.

Pero conviene ahora, antes de señalar la verdadera trascendencia de esta declaracion y otras análogas que hacen á la vez la Astronomía y la Geología contemporáneas, exponer los hechos mismos, ya los conocidos y mal interpretados aún, ya los que generalmente se ignora, ya, por fin, algunos que parecen seguirse como consecuencias necesarias de otros reconocidos plenamente como verdades sabidas.

De todos ellos hay ejemplo en los que van á permitirnos afirmar, ante todo, la *nutrición de los astros*, empezando el bosquejo de la Biología sidérea con el examen de esta función, por ser la más general en todos los séres vivos, la que es verdaderamente indefectible y la que por eso basta ella sola para conferir á los individuos naturales que la muestran la dignidad de organismos; y el que ésta les sea reconocida á los astros, es toda nuestra aspiración por ahora.

Afirma ya categóricamente nuestra Física del cielo y de la tierra que, á la manera del sol, la luna y los planetas cuyo estudio nos es fácil, todos los astros ulteriores, que aún no hemos podido observar satisfactoriamente, son focos permanentes de radiaciones dinámicas, emiten hacia todos lados luz, calor, gravedad, electro-magnetismo, cuantas fuerzas origina el movimiento del éter y su condensación en materia ponderable. De modo que envía cada astro sus dinamismos á todos los demás á través del medio etéreo supuesto, el cual á la vez, le transmite las radiaciones emitidas por todos los otros individuos sidéreos.

Pero este cambio perpétuo, esta cesión universal y recíproca de sus diversas energías, que irradian de todos hacia todos, sería ya por sí sola motivo suficiente para obligar á que reconociesen una verdadera nutrición de los astros los naturalistas inspirados en el estrecho dinamismo de la Fisiología reciente.

Segun ella, la vida se cierra toda en incesante consumo y continua generación de fuerzas en los séres. Acumuladas bajo

una forma potencial, como virtualidades generales, como fondo de reserva, como fuerzas de tensión, que este es su nombre, se determinan, se hacen actuales, vivas, se convierten en trabajo, merced á la intervención de una tercera clase de energías, cuyo estímulo, con ser muy leve, basta, sin embargo, para que se trasformen grandes cantidades de fuerzas potenciales en vivas. Éstas se consumen en los trabajos realizados por el organismo, y como su presupuesto de energía es limitado, hay que acudir á ingresos continuos como los gastos. Aquéllos, ó se toman, sin más, de las fuerzas ambientes, v. gr., el calor y luz solares, ó se reciben condensados, si vale la palabra, en una porción de materia, un alimento, que decimos. De uno y otro modo se las apropian los diversos organismos cuya vida nos es más conocida. Pero si el resultado es el mismo en uno y otro caso; si en definitiva las materias alimenticias son puras concreciones dinámicas, nudos en que están como atadas las energías naturales, para luego desplegarse bajo el influjo excitador de las fuerzas de desprendimiento, síguese, por necesidad, que la nutrición es siempre dinámica, ya inmediatamente, ya por mediación de las concreciones materiales.

Entendida, pues, la nutrición con este sentido hoy prepotente en la Fisiología moderna, forzosamente hay que admitir esta función en los astros, ya que se confiesa y declara de un modo terminante que existe un perpetuo cambio de actividades entre ellos, una constante irradiación de energías de unos á otros.

Y bastaría quizá llamar sobre este fenómeno la atención de los astrónomos y naturalistas reflexivos, para que reconociesen inmediatamente toda su transcendencia, y vuelta la espalda á inveterados prejuicios, vieran con toda claridad la nutrición sidérea.

De la cual hay todavía pruebas más directas y decisivas.

Por fortuna no están divorciadas en el mundo natural la fuerza y la materia, ni es posible que circule una sin otra. De modo que no hay jamás verdadero cambio dinámico total entre dos séres, sin que á la par se cedan éstos constantemente sus materias respectivas, sin que se nutran uno á otro; pues entendida esta función del modo más vulgar y mecánico, se reduce simplemente á un cambio incesante de materia entre un sér y los demás que le rodean, un egreso continuo de su materia hacia ellos y un ingreso simultáneo de la de éstos en él.

También ocurre este fenómeno en los astros junto con el cambio dinámico reconocido en todos ellos.

¿Quién ignora el ingreso en la tierra, de materia cósmica ponderable, de cuerpos elementales y compuestos traídos á nuestro planeta por las estrellas cadentes, los bólidos y meteoritos? Y si parece á primera vista que la caída de todas estas formaciones sidéreas en la atmósfera y superficie de nuestro globo, es un accidente no más, un hecho que rara vez se ofrece, indigno de ser reputado como fenómeno constitutivo, normal, en la economía del planeta, importa desechar luego este prejuicio, y entender que es en realidad hecho constante, que se produce cada día cerca ó lejos de nosotros, y está sometido aún, como los fenómenos análogos en la nutrición de los organismos habituales, á ley de verdadera periodicidad, sabiéndose ya las varias épocas del año en que es más intenso, más amplio este fenómeno, completamente regular en la existencia de la tierra. Sembrada está la superficie del hierro nativo que de regiones cósmicas ignotas trajeron y traen á cada paso los meteoritos, y utilizaron las poblaciones prehistóricas al modo que lo utilizan hoy pueblos salvajes y aun los cultos á veces. Igual origen extratelúrico da Reichenbach al fósforo y magnesia, al niquel y cobalto esparcidos en las tierras de labor y en la superficie de las altas montañas.

Y, finalmente, cuál será la importancia de este fenómeno en la tierra, cuando el ilustre Mayer, atendiendo á la materia cósmica que traen anualmente las estrellas cadentes y los meteoritos á nuestro planeta, y calculando la cantidad de calor desarrollada por la transformación inmediata de su fuerza viva, preocupado, además, con el notorio exclusivismo que diremos luego, se atreve á sospechar que es también á la precipitación soble la masa del sol de meteoritos y formaciones análogas, á lo que debe su calor enorme el centro de nuestro sistema planetario; hipótesis que elabora y completa Thomson, es acogida con entusiasmo en el primer momento, y tras un éxito fugacísimo cae en el olvido como tantas otras surgidas del afán inmoderado que padecen nuestros sábios empíricos de convertir las teorías parciales, muy verdaderas dentro de sus justos límites, en soluciones generales de todos los demás problemas. Acababa el físico de Heilbronn sus profundas investigaciones sobre la transformación y equivalencia mutuas del calor y el trabajo mecánico, y viendo brotar calor de esta fuente en la tierra, ya no supo resis-

tir el deseo de trasladarla al sol, para dar así explicación satisfactoria de su estado térmico. Privaba, en suma, por entonces el calor mecánico en nuestro planeta, y fué preciso afirmar su privanza en todo el universo.

Pero la suerte de la hipótesis, que reaparece, sin embargo, al poco tiempo, si bien corregida de su mecanismo, hecha más sutil, más dinámica, y ejerce su imperio á la sazón bajo la nueva forma, en nada aminora la significación y capital importancia del fenómeno que examinamos, el cual resulta ser, sin género de duda, proceso regular y constante en la existencia de la tierra y, por ley de plena analogía, en la de todos los astros.

Hay, pues, circulación real de materia ponderable entre éstos: sus vehículos son, á lo menos, las estrellas cadentes y los meteoritos, formaciones cuyo origen enlazan con el de los cometas los progresos recientes de la Astronomía.

La cual no sabe desenvolver aún en toda su amplitud y trascendencia el hecho mismo de la circulación material intersidérea, afirmado por ella.

Menester ha sido que los naturalistas consagrados al estudio de los organismos, al preocuparse de su origen y no hallarlo satisfactorio en la tierra, hayan supuesto que podrían encontrarlo en otros astros, á los cuales debe entonces nuestro planeta los gérmenes primitivos que animaron su superficie. Esta hipótesis cosmozóica que se dice, según la cual inmigran y emigran de todos los astros habitados á través del espacio cósmico gérmenes tenuísimos que guardan latente en su extremada pequeñez la magnitud entera de la vida la llevan de unas á otras tierras sidéreas, si deja sin resolver satisfactoriamente la cuestión, en realidad quimérica, del primordial origen de los organismos esparcidos en la tierra, y quizá en los demás astros habitables, en cambio, ha ayudado mucho á preparar una solución más amplia y general del problema verdaderamente positivo y serio que nos ocupa, el de la cesión recíproca de sustancias materiales en que están continuamente los individuos sidéreos.

En efecto, si Richter se satisface en un principio, y con él Helmholtz y Thomson, con la circulación intersidérea que establecen los aerolitos, las estrellas fugaces y quizá las colas cometarias, llevando acaso gérmenes orgánicos de unos astros á otros, ulteriormente el primero de éstos sabios añade, que en el rápido vuelo de la tierra y los demás cuerpos sidéreos al través

del espacio, se alejan constantemente de ellos las partes superiores de sus atmósferas en virtud de la resistencia que les ofrece el medio cósmico, al que pasan cuando van arrastradas por sus astros respectivos á manera de grandes colas de aire impurificado. De suerte que hay todavía, según Richter, un nuevo proceso más íntimo, si cabe, de circulación material entre los astros; pues cada uno emite constantemente porciones de su atmósfera, efluvios de su materia al espacio cósmico.

....

(Concluirá.)

Augusto G. de LINARES.

LA VERDAD

El hombre es por naturaleza enemigo natural de toda laya de mentiras. Yo veo hasta en el Lamismo una especie de verdad oculta; léase, sinó, la relación que de su viaje á aquel país nos hace Mr. Turner, relación imparcial, inteligente, algo excéptica, y júzguese. Aquella sencilla gente del Thibet tiene la creencia de que Dios envía siempre á cada generación una encarnación de sí mismo: en el fondo una creencia en una especie de Papa, y para nosotros algo mejor: una creencia en que puede existir un hombre mucho más grande que el resto de la humanidad, superior en alto grado, que se le puede asimismo descubrir y que una vez descubierto se le debe acatar con obediencia ilimitada. Esta es y no otra la gran verdad del Lamismo, sin otro error acaso que el de poder descubrir á ese hombre *elevadísimo*. Los sacerdotes thibetanos poseen, según parece, métodos peculiares para poder descubrir cuál sea el hombre más grande, propio y capaz de dominar supremamente sobre todos los demás. Métodos inadmisibles, seguramente defectuosos, mas ¿por ventura serán peores que los nuestros? ¿Serán peores que suponer como el más grande al primogénito de cierta genealogía?

(CARLYLE. *Los Héroes.* Odin).

MANSEDUMBRE

De la mansedumbre nace la compasión, que es una parte del sufrimiento de todos, porque nadie puede sufrir con todos los hombres, sino aquél que tiene mansedumbre.

(RUYSBROECK. *El ornamento de las Bodas espirituales.* I. Cap. XVIII).

Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Proyecto de una edición crítica del Mahâbhárata.—Augusto González de Linares.—Una conferencia sobre alquimia.—El grisú y las manchas solares.

Proyecto de una edición crítica del Mahâbhárata.

El Instituto de Francia publica una nota de la comisión encargada de examinar el proyecto relativo á la publicación de una edición crítica del Mahâbhárata. La Asociación Internacional de las Academias va á examinar dicho proyecto de edición crítica á propuesta de las Academias y Sociedades sabias de Gœttingen, Leipzig, Munich y Viena. Serán los encargados de llevar á cabo el trabajo MM. Jacobi, Sueden y Winternitz. El presupuesto de gastos se calcula ascenderá á 150.000 francos.

Aunque el título de *edición crítica* es aún hoy algo aventurado, toda vez que los conocimientos filológicos realizados sobre el sanskrito no son sino rudimentarios y toda traducción hecha por occidentales puede ser en general sospechosa, la tentativa es realmente laudable. El gobierno anglo-hindo prestará un importante servicio á esta causa accediendo á la petición de las Academias asociadas para llevar á cabo una requisa detallada de los manuscritos conocidos, ya que se sabe por algunas porciones como el *Bhagavad-Gîta*, que no reviste todos los caracteres de garantía debidos, la glosa de Nilakantha, del siglo XVI.

Augusto González de Linares.

Con motivo de la muerte de este ilustre campeón de la ciencia, España ha perdido una de sus inteligencias más puras, reposadas y llenas de personalidad de estos últimos tiempos. Sin ser no ya popular, sino podría decirse conocido, Augusto González de Linares fué uno de aquellos convencidos y entusiastas mártires de la cultura, á cuya silenciosa y humilde labor—obscurecida por una modestia realmente excepcional—, tanto debe la España científica actual. Él

fué, con Laureano Calderón, el maestro Giner, Castelar, Salmerón, Azcárate y otros de aquellos catedráticos que en 1874 sufrieron persecución por no sujetarse á las absurdas pretensiones del reaccionario ministro marqués de Orovio, uno de los que más contribuyeron á levantar el espíritu de España defendiendo los derechos sagrados de la cátedra y de la cultura.

A él se deben los trabajos cristalográficos más importantes verificados en España y seguramente la creación de la cátedra de *Cristalografía* de la Facultad de Ciencias. Aquella colección, en efecto, que el abate Haüy regaló al hoy casi desconocido Rodríguez y González (colección famosa de 1.024 modelos, en la que podían estudiarse todas las derivaciones posibles de los tipos cristalográficos) fué clasificada por Linares, y la atmósfera producida alrededor de sus trabajos hizo nacer en 1887 el estudio oficial de que hablamos (1).

Linares fué, y en este concepto es en el que aquí consagramos á su memoria nuestro humilde recuerdo, un pensador profundísimo y un verdadero vidente científico. Sus admirables *Conferencias* están llenas de adivinaciones que hoy la ciencia atrevida y aun la misma oficial corrobora. Su estudio sobre la *Vida de los Astros*, del que hemos querido en el presente número de SOPHIA resucitar alguna parte, es un buen ejemplo de ello. De Linares, empero, como de Sánchez Calvo, como de Galdeano y otros muchos obscurecidos, apenas queda un nombre. Sus ideas, elaboradas en el silencio, fueron asimismo asimiladas silenciosamente por sus contemporáneos, que tal vez ni les recuerdan. Nada tan cierto como la frase de Alfredo Calderón: «Linares ha vivido casi en la obscuridad y muere en el olvido». Y aún podría decirse más: Linares, que en 1878 exponía públicamente sus ideas, de cuyo atrevimiento y elevación puede el lector hacer una deducción si ojea algunos párrafos de la *Vida de los astros*, aparecerá en lo futuro verdadero apóstol ignorado, apóstol á quien no faltó su martirio, sufrido en el Castillo de San Antón de la Coruña, en compañía de su compañero Laureano Calderón, ambos perseguidos y presos por el ministro Orovio, que vió en sus ideas emitidas en clase conceptos atentatorios al dogma.—(D. P.).

---

(1) *Carracido*. Estudios histórico-críticos de la ciencia española.

Una conferencia sobre alquimia. Por no habernos sido remitida hasta hoy, no hemos dado cuenta de una interesante Conferencia que el escritor malagueño Sr. González Anaya, leyó en la Sociedad de Ciencias de Málaga en Octubre de 1903. Es la conferencia de Anaya un estudio interesante, lleno de datos curiosísimos y escrito por quien antes que erudito é investigador fué poeta. *Nuestro Tiempo*, en su número de Abril le consagra extensa y cariñosa nota bibliográfica, en la que se estudia detenidamente al escritor. Nosotros por hoy nos limitaremos á extractar su obra que se titula *Los Alquimistas* y cuya tesis pudiera decirse era que *la alquimia fué la ciencia más provechosa de su tiempo*.

Dice sobre este particular el Sr. Anaya: «No nos importe la alternativa en que colocábamos la cuestión; no discutamos si hicieron oro ó lo derrocharon locamente; este ideal, principalísimo para los viejos alquimistas, tiene para los hombres del siglo xx un interés muy relativo. Cantemos á la alquimia, no como ciencia quimérica y dudosa, no; cantémosla como ciencia eminentemente positiva. Por ella, por ese ideal grandioso de *los brujos*, halló Geber, el príncipe de los químicos árabes, á quien Cardan incluye en el número de los doce sabios más sutiles que ha tenido el mundo, el poder disolvente de muchos ácidos; Rhases inventó la destilación alcohólica y descubrió el oropimente, el rejalgar y el boráx; el gran Alberto vió la potasa cáustica, obtuvo el cinabrio artificialmente, notó los efectos del calor sobre el azufre y dió reglas precisas para fabricar los acetatos de cobre y plomo, el albayalde y el minio; Rogerio Bacon, el águila de la Edad Media, advirtió la influencia del aire en las combustiones y fué el primero que estudió la deflagración del nitro, formidable avance en el descubrimiento de la pólvora; Ramón Lull, tantas veces citado, descubrió el ácido sulfúrico y perfeccionó la preparación del carbonato de potasa, del alcohol rectificado, de los aceites esenciales y del mercurio dulce. Tras el ensueño de los dioses, Isaac de Holanda inventó procedimientos para imitar innumerables piedras preciosas; Basilio Valentín descubrió el antimonio y la mayor parte de sus propiedades, obtuvo el ácido clorhídrico y enseñó á preparar el éter sulfúrico; Paracelso, aquel portentoso genio que sostenía que las correas de sus zapatos sabían más medicina que Hipócrates y Galeno juntos, reveló la existencia del zinc é introdujo en la prác-

tica médica los derivados químicos de algunos metales; Van Helmont halló el modo práctico de aislar, recoger y estudiar los gases, constituyendo así la Pneumática, ciencia que más tarde hubo de servir de base á la Química positiva; Glauber obtuvo y estudió la sal admirable que lleva su nombre; Della Porta, el modo de desoxidar los metales; Brandt demostró la existencia del fósforo en el cuerpo humano, y Botticher hizo el estudio químico y perfeccionó la fabricación de la porcelana, empresa magna en que Bernardo de Palissy consumió su existencia. Antes, Miguel Escoto trazó, ocupado en los trabajos de investigación alquímica, las primeras líneas de la frenología, esa ciencia tan discutida y tan grande, y Schwartz reveló (acaso fué la casualidad la inspiradora) el secreto de la pólvora fulminante, secreto terrible y maravilloso que costó la vida á su inventor, á quien según la elegante locución de un gran poeta bajó la Muerte á dar las gracias.»

. . . .

«No os hablaré, por esta causa, de los trabajos múltiples emprendidos tres siglos hace, en pos del disolvente universal, del agente capaz de reducir á la forma líquida todos los cuerpos de la Naturaleza, idea á que dieron vida Paracelso, y robustez Van-Helmont; ni de las teorías palinjenésicas que preconizaban el renacimiento de las cosas muertas, surgentes como el mítico Fénix, de sus propias cenizas; ni de la fábrica y maquinación del *homúnculos*, prueba indiciaria de la eterna aspiración de Prometeo. Y, como sobre ascuas, pasaremos, contentándonos sólo con la cita sobre la leyenda que aureola y poetiza la figura del aventurero Rosenkreuz, y sobre los fundamentos históricos de aquella Sociedad—especie de anticipada francmasonería liberal—de filósofos y pensadores, en su mayor número paracelsistas entusiastas, que extendió sus arterias ideales por todos los pueblos civilizados, con más vida y potencia en Francia y Alemania, y que menciona el libro del venerable Kronos, bajo el poético sobrenombre de *Rosa-Cruz*.

Las vetustas creencias en la piedra filosofal no desaparecieron con el triunfo de la Química, como nubes que arrastran ventiscas del otoño. Aunque es verdad que amenguaron sus entusiastas, no es menos cierto que ni un sólo día ha dejado la as-

piración humana de acariciar tan dorada ilusión; pasó la embriaguez de los diez siglos, y el XIX, aunque ha visto legiones de degenerados y de cándidos que perseguían el áureo ensueño con estúpidas alambicaciones de uñas de topos, raíces de coles, pelos de gatos, hongos y acederas, ojos de sapos, la flor del estaño, el sudor del sol y los salivazos de la luna, también ha contemplado innumerables pléyades de sabios, que con las armas formidables de los últimos descubrimientos científicos, han buceado en el misterio con tanta perseverancia como infortunio.

Y réstanos ya, para finar este modestísimo trabajo, hablar de la flamante teoría del inventor de Filadelfia, Mr. Hunter, que afirma haber realizado el ideal de los viejos alquimistas con el auxilio de la electricidad, esa X inmensa trazada sobre el porvenir de lo conocido y de lo ignorado.

Las primeras noticias habidas por nosotros de este descubrimiento portentoso, se deben al incansable polígrafo el señor D. Vicente Vera, uno de los hombres más cultos y más ilustres de la patria nueva, que en un artículo publicado en *El Imparcial* del 14 de Agosto de 1903, traducía de extranjeras lecturas y comentaba con propios razonamientos, como de él oportunos y atinadísimos, la moderna teoría de la transmutación de los metales, al parecer victoriosa en la práctica por la energía de la electricidad.

Mr. Rodolfo M. Hunter, rico inventor de Filadelfia, poseedor de trescientas sesenta patentes de invención, entre las que se señalan las del sistema alternativo de transmisión eléctrica, de frenos eléctricos, de básculas y máquinas automáticas y la del perfeccionamiento del sistema troley para tranvías, en beneficio de la seguridad pública, es el moderno Nicolás Flamel de que se trata.

Para dar exacta idea de estos ensayos beneméritos, parécenos que en vez de glosar en deficientes prosas el artículo del Sr. Vera, será, de una manera intensísima, más grato á los oyentes la transcripción de algunos de sus párrafos.

Dicen así:

«Si los átomos de los cuerpos simples están constituídos por electrones ó elementos eléctricos iguales todos en su esencia, y las diferencias de unos átomos á otros consisten en el número, movimientos y polaridad eléctrica de los electrones que los cons-

tituyen, se comprende la posibilidad teórica por lo menos de transformar unos átomos en otros de otra clase.

»Para ello bastará desintegrar los átomos que se quieren transformar, dando libertad á sus electrones y haciendo que éstos se agrupen de nuevo en las condiciones y número que correspondan á otros átomos, y entonces estos átomos nuevos aparecerán como producto de los primeros.

»Esto, que no se anunciaba sino como una concepción teórica, es lo que, según parece, ha conseguido realizar prácticamente Mr. Hunter, transformando la plata en oro fino.

»El átomo de plata consta de 75.600 electrones, el de oro de 137.600; casi el doble. Mr. Hunter manifiesta haber encontrado el procedimiento para desagregar los elementos eléctricos contenidos en un peso dado de plata, una onza, por ejemplo, y hacer que se agrupen de nuevo constituyendo oro, que tendrá el mismo peso que la plata primitiva, pero que ocupará diferente volumen, el correspondiente á la densidad del oro.

»Como prueba de su maravilloso descubrimiento, el inventor presenta varios ejemplares de plata, en los estados sucesivos de transformación hasta quedar convertida en oro fino.

»El oro así obtenido por Mr. Hunter tiene todos los caracteres físicos y químicos del que se encuentra en la naturaleza. Tiene su color amarillo peculiar, su densidad de 19,3, su maleabilidad prodigiosa, no es atacado por el ácido nítrico y sí sólo por el agua regia, dando un cloruro soluble con todos los caracteres químicos del cloruro áurico. Es, en suma, un cuerpo enteramente igual al que el Sil y el Darro arrastran en sus arenas; al que se guarda en minas no exploradas de España; al que en California produjo la fiebre mercantil en los famosos días de 1849; al de los placeres de la Australia; al de las minas del Transvaal, causa de la luctuosa guerra de tres años; al de las regiones heladas y peligrosísimas de Alaska.

»No se conocen los detalles del procedimiento de Mr. Hunter para lograr este prodigio; pues, naturalmente, el inventor guarda el secreto de lo esencial; sólo se sabe que emplea la acción de la electricidad y la de presiones enormísimas, probablemente la primera como agente de disociación de los átomos de la plata y las segundas para favorecer la nueva agrupación de los electrones.

»Ha tenido, además, conferencias con los hombres de cien-

cia más eminentes de Filadelfia, presentándoles los diferentes estados de la transformación de la plata en oro, haciendo algunas operaciones delante de aquéllos y dejándoles someter al análisis químico cada una de las muestras sucesivamente obtenidas.

»El proceso de la conversión de la plata en oro por el procedimiento de Mr. Hunter dura treinta horas, y como de una onza de plata puede obtener una onza de oro, que vale veinte veces más, es fácil calcular el beneficio inmenso de la nueva industria.

»Dice Mr. Hunter que, lo mismo que la plata, pueden convertirse en oro otro metales, como el cobre y el plomo; pero el procedimiento resulta más difícil y costoso.»

Ligando estos apuntes, llega á nosotros otra noticia sensacional: la de que el eminente químico Sir William Ramsay, una de las glorias más grandes de la química moderna, honra del Reino Unido, su patria, ha verificado en la *London Institution* un experimento de extraordinario interés para la ciencia: la transformación del *radium* en otro cuerpo simple, el *helium*, deduciendo de su experimento la confirmación probable de la unidad de la materia, y por ende la posibilidad de llegar un día á la soñada transmutación de los metales.

Sabido es que el *radium* es un poderoso agente químico, extraído de la *pitchblenda,* descubierto por los esposos Curie el 19 de Junio de 1902 (aunque ya á los comienzos de la centuria décimonovena hablaba Sir Humpry Davy de la *materia radiante*, sin ser por nadie comprendido) y que está destinado, por sus potencias colosales á producir una verdadera, una honda revolución, no sólo en el mundo científico, sino en la existencia universal.»

El grisú y las manchas solares.

Con motivo de la reciente catástrofe de las minas de Villanueva del Río (Sevilla), en las que una explosión de gas grisú ha ocasionado la muerte de cincuenta y cinco obreros, se ha hablado, como siempre de los efectos de estas terribles explosiones.

Por humanidad y por considerarlo nuestro deber, creemos oportuno hacer conocer unas extrañas observaciones verificadas sobre el particular en el extranjero, observaciones que nos permiten creer que las explosiones de grisú son un fenómeno relacionado con la meteorología y acaso tan profetizable como un eclipse ó un período de lluvias. Veamos cómo:

El 24 de Marzo de 1904 aparecieron un gran número de manchas en el sol. La mayor presentaba una extensión de 30.000 kilómetros de diámetro. Sabido es que la aparición de estas manchas coincide siempre con una recrudescencia de la actividad solar. El abate Moreux ha indicado que semejantes manchas no correspondían á las regiones frías, sino más bien á las caliginosas. Explícase esto fácilmente. Una llama no es brillante sino á condición de que el gas que quema tenga en suspensión partículas sólidas incandescentes. Cuando esas partículas están gasificadas á su vez á consecuencia de una combustión más activa—como cuando se lanza en la llama del gas resplandeciente una corriente de oxígeno—la llama pierde su brillo, aunque aumente enormemente su calor.

Del mismo modo, cuando la temperatura del sol aumenta, las nubes incandescentes se hacen más obscuras y por contraste con las regiones vecinas más luminosas, parecen remedar un agujero en la superficie del astro. Pues bien; la observación ha demostrado que estas manchas solares dan lugar á un desenvolvimiento anormal de calor terrestre, á tempestades magnéticas y eléctricas. Las experiencias que el abate Moreux ha realizado entre París y Bourges (200 kilómetros), «han demostrado que el 26 y 27 de Marzo la gran mancha dió lugar á corrientes telúricas que trastornaron las comunicaciones de las líneas telegráficas y telefónicas» (*Cosmos,* 11 de Abril). Tales trastornos fueron asimismo advertidos igualmente en el teléfono, siendo más manifiestos en las líneas próximas al meridiano, como la de París á Bourges. El gran dinamo solar ejerce, pues, una acción indiscutible sobre las corrientes telúricas y las transmisiones telegráficas y telefónicas. De esto ya habló toda la prensa europea. También se observó antes de ahora las relaciones existentes entre las tempestades magnéticas y los temblores de tierra. El abate Moreux relaciona estos últimos «con las tempestades seísmicas, ocasionadas probablemente por las variaciones del potencial eléctrico de la envoltura terrestre, lo cual, por consecuencia, explican los desprendimientos de *grissu* observados y previstos últimamente, la explosión de la mina «Sajonia», en Sajonia, etc.» El abate Moreux recuerda que en Mayo de 1901, cuando el paso de una gran mancha, el *New York Herald* anunció fenómenos parecidos después de recibir una nota suministrada por el observatorio de Bourges (el del autor) para el 25 de

Mayo siguiente; asimismo, en Inglaterra se produjeron explosiones formidables, y en Silesia una que ocasionó más de 100 víctimas. La aparición, por tanto, de semejantes manchas sobre el disco solar, debe hacer presumir probables explosiones de *grissu* en las minas. El abate Moreux ha dado á luz su advertencia en el momento del paso de la última mancha, advertencia que ha sido atendida en Bélgica, donde se tomaron precauciones. Como hemos visto ya, una explosión ha ocurrido en la mina «Sajonia».

Sería importante hacer constar si la catástrofe de las minas de Sevilla estuvo así mismo precedida del fenómeno solar, y estudiar entonces tales relaciones para aprovecharlas en bien de todos.

SABIDURÍA - AMOR

La sabiduría es la luz del amor y el amor es el alimento de la luz. Cuanto más profundo es el amor más sabio se torna, y tanto más la sabiduría se eleva cuanto más se aproxima al amor. Amad y seréis sabios; sed sabios y llegaréis á amar. No se ama verdaderamente sino mejorándose, y mejorarse es hacerse más sabio. No hay ningún sér en el mundo que no se mejore algo en su alma desde que ama á otro sér, aunque le ame, aunque no se trate sino de un amor vulgar. Y los que no cesan de amar no dejan de amar porque no cesan de perfeccionarse. El amor alimenta la sabiduría y la sabiduría el amor; es un círculo de luz en cuyo centro los que aman abrazan á los que son sabios. El amor y la sabiduría no pueden separarse y en el paraíso de Swedemborg la esposa no es sino «el amor de la sabiduría del sabio.»

(Mæterlinck. *La sabiduría y el destino.* 31).

CIENCIA ADIVINATORIA

Estamos en relación con todas las partes del universo, tanto con las futuras como con las pasadas; y es únicamente de la dirección y duración de nuestra atención observadora de lo que depende la cuestión de saber qué relación vamos á cultivar ante todo y qué relación será para nosotros la más importante y activa. El verdadero método para obrar de esta manera no puede ser otro sino la ciencia adivinatoria tanto tiempo deseada y quizá ha de serlo todavía. El hombre obra constantemente según sus leyes, y la posibilidad de encontrar por la observación general de sí mismo, es indudable.

(Novalis. *Fragmentos.* I).

EL HILOZOISMO
COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN).

El animal, pues, no se halla excluído, si no de la fraternidad, á lo menos del parentesco universal (1). Los que afirman lo contrario, y en lo contrario fundan su moral y su derecho, intentan convertir en mera cosa ó medio lo que en el fondo es un fin, aunque inferior, para el hombre piadoso. Tal sucede y es fácil observar en los escritos de Kant (2). Este filósofo, tan versado en cuestiones jurídicas, creyó tener motivo para confesar públicamente que «el hombre no puede tener obligaciones para con ningún otro ser distinto del hombre». «La crueldad con la bestia—añade—es la violación de un deber del hombre para consigo mismo; rebajar en él la piedad para con las bestias, es debilitar una disposición natural de aquellas que más concurren al cumplimiento del deber para con los hombres.» «Así—observa Schopenhauer (3) con respecto á las proposiciones de Kant—si el hombre debe tener piedad por los dolores de las bestias es para ejercitarse; nos ejercitamos en ellas como *in anima vili* en experimentar la compasión por nuestros semejantes. Y yo, de acuerdo con toda el Asia (aquélla que no ha contaminado el islamismo, esto es, el judaísmo), afirmo que tales pensamientos son odiosos y abominables... representando la moral de los *parias*, de los *chandalas* (4) y de los *mlekas* (5), que desconocía la esencia eterna presente en cuanto tiene vida, la esencia que en todo ojo abierto á la luz del sol brilla con una profundidad

---

(1) Jonillée, *La Science sociale contemporaine*, V, 2.

(2) *Elementos metafísicos de la doctrina de la virtud*, § 16 y 17.

(3) *Fundamento de la moral*, II, 8.

(4) Casta en la cual se elegían los verdugos.

(5) Extranjeros ó bárbaros.

llena de revelaciones. Esta moral no conoce, no puede tener más que una sola especie, aquélla que propiamente posee todo valor, cuyo carácter es la *razón;* y esa razón es la única condición bajo la cual puede un sér convertirse en objeto de respeto moral.»

Tengo á la vez por evidente que aquella moral filosófica, no es, después de todo, más que una moral de teólogos, aunque disfrazada: la moral de la finalidad transcendente. La ortodoxia, queriendo dar apoyo á esta idea en el dogma, hizo del hombre el fin de la creación, como de la tierra el centro del mundo, que es como si se quisiera prescindir de la investigación de las leyes y de las condiciones mecánicas de las cosas, invocando fines particulares que Dios se había propuesto (1). Descartes se pronunció contra esta opinión y redujo á la nada la teoría de las causas finales en sentido escolástico. En cambio, al negar alma á los animales y considerarlos como meras máquinas, los dejó en cuanto á lo moral fuera de la ley. Nuevamente fueron los animales simples *cosas,* medios buenos para todo empleo, «un yo no sé qué—dice Schopenhauer—hecho para ser disecado vivo, para cazarlo por galgos, para sacrificarlo en corridas de toros ó en carreras, para golpearlo hasta la muerte en la pértiga de un carromato cargado de piedras que no puede arrancar». El mismo pensador advierte que «la moral cristiana no tiene una mirada de consideración para los animales», y que «se trata de un vicio suyo que es preferible confesar á eternizar. Por lo demás,

(1) Los teólogos y padres de la Iglesia fueron los primeros que profesaron claramente el antropocentrismo, basándose en razones tomadas del dogma de la creación tal como lo refiere Moisés en el Génesis. Para ellos, todo lo que sucede en el mundo está destinado á hacer bienaventurado al hombre, y en tal concepto es verosímil que Dios no haya tenido otro fin que nosotros mismos al crear las cosas. Así la criatura humana no peca cuando, abusando de su inteligencia y arrogándose el derecho del más fuerte, avasalla ó mata las criaturas irracionales sean ó no vivientes. ¿No exterminó Dios de la faz de la tierra á los animales, á pesar de que no habían pecado, de que eran inocentes? Más aún: ¿no hizo caer su maldición sobre la tierra, no obstante ser ésta un elemento inanimado? «Por qué—pregunta San Juan Crisóstomo—habiendo pecado el hombre sufren los brutos en la gran inundación la misma pena? Por razón de su ordenación natural. *¿Acaso los brutos fueron hechos para uso de ellos mismos? Fueron hechos por causa del hombre. Quitado, pues, éste de enmedio, ¿para qué servían?*» No hablan de otro modo San Ambrosio, San Efrin y Pedro Lombardo, sosteniendo que si el hombre fué creado por Dios para que le sirviese, el mundo lo fué para que sirviese al hombre. San Buenaventura va más lejos: á su juicio, no sólo los séres inanimados é irracionales, sino los ángeles y todas las criaturas de Dios han sido hechas á causa de la criatura humana. La misma doctrina hallamos en Santo

la causa de ello está, no en la esencia del Cristianismo, sino en sus resabios judíos. Nadie ha explicado ni demostrado mejor el origen completamente judío de la crueldad con los animales que Schopenhauer (1); llama á todas las supuestas razones de esa prática la fetidez judáica, *faetor judaicus,* que en oposición al rango en que el buddhismo colocaba el reino animal, lo condenó á la nada y á la humillación. En la leyenda mosáica, las bestias no descienden de Adán y forman una raza absolutamente diferente de la de la nuestra; creados de la nada por una especie de *fecit* distinto, el Omnipotente no les ha infundido la inteligencia como á la arcilla humana. De acuerdo en este punto consigo misma, la teología de Occidente, que tiene su raíz en el judaísmo, ha sostenido siempre con todas sus fuerzas la doctrina «irritante, grosera y bárbara» que establece que las bestias no tienen derecho. Pero lo contrario es precisamente lo cierto, ó al menos lo que más cantidad de verdad encierra. Hay, sin duda, una justicia para los animales, como hay también una caridad. Allí donde la buena voluntad se ha manifestado y presentado un primer esbozo de la voluntad humana, como en los animales domésticos, en el caballo animoso ó en el perro fiel, existe un comienzo de derecho (2).

(Se continuará).

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO

Tomás. «El hombre no es el fin de las demás cosas creadas en un sentido intencional, sino en un sentido de utilidad, á causa de su comunicación con ellas... Una criatura aprovecha á otra en la participación de la semejanza divina... Las naturalezas intelectuales están al cuidado de la Providencia por sí mismas, pero las otras lo están por ellas (*nunquid de bobus cura est Deo?* había dicho ya San Pablo.)» Después de formular la cuestión en toda su crudeza, Santo Tomás presenta una exposición bíblica que no copio á causa de su prolijidad, y termina así: «Con lo expuesto se excluye el error de los que dicen que es pecado en el hombre matar á los animales, porque estando éstos ordenados por Dios para uso del hombre, puede éste utilizarlos matándolos ó de cualquier otro modo.» La ciencia y la humanidad modernas han hecho justicia á esta bestial impostura.

(1) *Parerga und Paralipomena*, t. II, § 177.

(2) Fouillée, *La science sociale contemporaine*, V, 2.

DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

Pocos días después, el padre del muchacho entrega al astrólogo el horóscopo tanto del chico como de la chica. Si éste los halla propicios al matrimonio que se intenta, tendrá lugar su celebración; si su decisión es contraria, se le envía inmediatamente al padre de la muchacha y no se vuelve á hablar más del asunto. Si la opinión del astrólogo es, sin embargo, favorable, el convenio se cierra en el acto. El astrólogo ofrece al padre un coco y un puñado de azúcar, después de lo cual nada puede ser alterado, so pena de que la *vendetta* hinda caiga sobre ellos de generación en generación. Después del obligatorio sacrificio del cabrito, la pareja está irrevocablemente desposada, y el astrólogo fija el día de las bodas.

El sacrificio del cabrito es muy interesante, tanto que voy á describirlo detalladamente.

Se invita por medio de un chico á varias señoras casadas, ancianas de veinte á veinticinco años de edad, para que asistan como testigos á la adoración de los dioses lares y penates. Cada familia tiene su diosa doméstica propia, lo cual no es imposible, puesto que el número de dioses hindos llega á trescientos treinta millones. La víspera del día destinado al sacrificio se trae un cabrito á la casa y toda la familia duerme alrededor de él. Al día siguiente por la mañana se arregla para la ceremonia la sala de recepción situada en el piso bajo. Cubren el suelo con una espesa capa de excrementos de vaca, y justamente en el centro de la habitación trazan con tiza blanca un cuadrado, en el cual se coloca un alto pedestal con la estatua de la diosa. El patriarca de la familia trae el cabrito y asiéndole por los cuernos hace que salude á la diosa inclinando la cabeza. Esto hecho, las mujeres jóvenes y «viejas» cantan himnos nupciales,

atan las patas del cabrito, echan sobre su cabeza polvos rojos y colocan bajo su nariz una lámpara humeante con objeto de arrojar de él los malos espíritus. Una vez cumplidas estas ceremonias el elemento femenino cesa en sus funciones volviendo nuevamente á oficiar el patriarca. Éste coloca pérfidamente una ración de arroz ante el cabrito, y tan pronto como la víctima, dejándose inocentemente arrastrar por su apetito, empieza á comerlo, le corta el viejo la cabeza de un sablazo y baña á la diosa en la humeante sangre que brota de la cabeza del animal, la que mantiene suspendida sobre el ídolo con su brazo derecho. Las mujeres cantan en coro y con esto se terminan los ritos esponsalicios.

Las ceremonias con los astrólogos y los cambios de presentes son demasiado largas para que nos detengamos á describirlas. Nos limitaremos á decir que en todas estas ceremonias el astrólogo representa á la vez el papel de augur y el de abogado de la familia. Después de una invocación á Ganesha, el dios con cabeza de elefante, se escribe el contrato de matrimonio sobre el reverso de los horóscopos y se sella, terminándose la ceremonia con una bendición general sobre los asistentes.

Inútil es decir que todas estas ceremonias habían sido ejecutadas hacía ya tiempo por la familia á cuya boda estábamos invitados en Bagh. Siendo sagrados todos estos ritos, es lo más probable que por ser extranjeros no nos hubieran consentido el presenciarlos. Pudimos verlos más tarde en Benares, gracias á la intercesión de nuestro Babu.

(Se continuará). (Trad. de **J. M. B.**).

¿POR QUÉ ME QUEJO?

!Oh, Señor del mundo y verdadero esposo mío! Le podéis vos decir si se os ha enternecido el corazón, con verle tal, que no sólo queráis mirarle, sino que os holguéis de hablarle, no oraciones compuestas, sino de la pena de vuestro corazón, que las tiene en Él muy mucho. ¿Tan necesitado estáis, Señor mío y Bien mío, que queráis admitir una pobre compañía? Y veo en vuestro semblante que habéis olvidado vuestras penas conmigo. ¿Pues cómo, Señor, es posible que os dejen solo los ángeles, y que no os consuela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso? ¿de qué me quejo?

(Santa Teresa. *Camino de Perfección*. Cap. 41).

REALIZACION

(UN SUEÑO)

«Dejémoslo todo en orden, no ocasionemos la menor perturbación» dije.

Estábamos al parecer en una casa de campo. ¿De dónde? No lo sé; no recuerdo sino el recogimiento, la paz y la beatitud del lugar. El ambiente era tibio, apacible. Poníase el sol y su luz rojiza llegaba hasta la casa, bañando su interior de esa melancolía y placidez que caracteriza la hora de las meditaciones. ¡Qué en armonía estaban nuestras almas con el sosiego inmenso de la naturaleza! ¿Quiénes éramos? ¡Quién sabe! La impresión de lo individual, de lo personal, estaba muy lejos de nosotros..... Nuestras almas vibraban armónicas y confundidas. Nuestros pensamientos y nuestros sentimientos transmitíanse con tal poder é intensidad, y á la vez con tal armonía, que nuestras conciencias parecían como nuestro sér, una misma.

Recuerdo que apenas hablábamos y que nuestras ideas brotaban más bien del corazón que del cerebro; nuestros pensamientos se exteriorizaban sintéticamente.....

Salíamos. Estábamos en el dintel de aquel hogar que íbamos á abandonar para siempre. Todos en la casa debían conocer nuestra partida. Oíamos el murmullo de séres amigos y queridos, murmullo plácido que partía del interior sin que nadie se viera. *Sabíamos* que nuestra partida era considerada como algo natural, y todos obrábamos con extraña independencia. Eramos séres «libres».

Llegamos al vestíbulo. Nuestras vestiduras flotantes y blancas armonizaban con el ambiente. Serenos entonces, plácidos y fuertes, sin emoción, llenos de intensa muy intensa confianza, estrechamos contra nosotros los séres, los objetos mismos que nos afectaran personalmente..... Les enviamos después nuestro último adiós. Algo dulce y angélico, como una bendición

comenzó á inundar lentamente nuestro espíritu. No era expresable la sensación que experimentábamos; era contacto de luz de vida, era paz..... Diríase que despertaba en nosotros lo que era eterno, envolviéndonos en sus auras, que brotaba en nosotros la emoción inefable de estar en íntima unión con el todo.....

Sí; estábamos á merced de la Ley. Renunciábamos á todo lo personal; utilizábamos nuestras existencias en auxilio del alma universal. Y en aquellos momentos solemnes la Ley sagrada nos infundía energía y poder. Eramos la encarnación misma de la Ley; nos habíamos hecho conscientes en ella.....

No era el nuestro un sacrificio; no era una renunciación, pues renunciar á sí mismo, á la personalidad, es renunciar aún á algo determinado; y *renunciar* implica estar aún adherido á algo.....

Nuestra renunciación era placidez, beatitud y armonía. Era la voluntad de la naturaleza obrando en nosotros, la expansión de la flor de nuestras vidas.....

¡Entregarse á la Ley! ¡Cuánto valor y cuánta expresión no tenían para nosotros estas palabras! Significaban amor, confianza, seguridad, vida y vida inmensa, grandiosa, armónica. Dentro de nosotros palpitaba el universo.

Entonces desperté; bajo la impresión de aquel profundo é intenso sentimiento, desperté..... y comprendí que había contemplado la pálida imagen de una realidad que llegaría algún día; el eterno Sacrificio que es eterna Felicidad.

ZOË

(Barcelona, XII, 1903).

Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society*).
The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3 Langham Place, W.)
The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)
The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland).
Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkeri en Boekhandel).
Revue theósophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)
Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)
Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)
Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)
Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. INDIA. (Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. BRASIL. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. (Bahia.)
La Lumiere. PARÍS. (Rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. ITALIA. (Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)
Constancia. BUENOS- AIRES. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. BUENOS-AIRES. (Victoria, 3325.)
Freya. BUENOS-AIRES. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. BARCELONA. (Ferlandina, 20.)
Luz y Unión. TARRASA. (Pantano, 91.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. PARÍS. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. PORTUGAL, COIMBRA. (Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo PORTUGAL. (SERPA.)
Revista masónica. BUENOS AIRES. (Calle Cuyo, 1131.)
Helios. MADRID. (Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. MADRID. (Cristóbal Bordiú, 1.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

«KARMA»

HAY en la metafísica buddhista una palabra de virtualidad tan extraordinaria, que después de haber servido de guía moral á millones de séres durante más de dos mil años, introducida en Occidente por el teosofismo, háse hecho europea arrastrando con ella no pocas de las ideas que condensa.

Es esta palabra «KARMA» que en la lengua del *Bhagavad Gîtâ* significa *acción*, y esquemáticamente esa ley de engranaje que une hasta lo infinito la multiplicidad de los efectos y de las causas. Muy distinto el Karma del ἀνάγκη helénico, de la Fatalidad coránica y del Hado y Destino clásicos, representa más bien que la presión *personal* de éstos esa relación *impersonal*, íntima é inexorable que existe entre todos los actos. Su originalidad radica en que, prescindiendo de toda Providencia aislada, explica por sí misma retrotrayéndose hasta lo infinito, la eterna sucesión de los hechos. Tal vez á esta particularidad obedezca el que vertida en Occidente en momentos de escepticismo, haya encontrado eco en espíritus que todos admiramos. Originaria la palabra y el concepto de una filosofía lejana y exótica, ha encarnado de tal modo entre nosotros, que podríamos exponer sus caracteres sin acudir á ninguna producción oriental.

Estudiando la psicología de las religiones, Grasserie (1) ve en el Karma una ley de justicia que pudiera servir de base á una verdadera moral apoyada en datos del mundo físico. En lo biológico, en efecto, existen las leyes del atavismo y de la herencia, que no son sino aplicaciones fisiológicas del antiguo concepto hindo del Karma. Nadie niega que las enfermedades son hereditarias, y que asimismo lo son las inclinaciones y aun las cualidades; es decir, que existe una sanción y un castigo «más allá del individuo». El filósofo hindo, substituyendo el término *castigo*—que implica una entidad aislada y nemesiaca absurda y cruel—por el de *propia expiación*, dice lo mismo. El hijo del alcohólico sufrirá tanto para el hindo como (para el investigador occidental) aquellas consecuencias fisiológicas que el mismo padre no alcanzara, y aquellas otras morales que ocasionara su ancestral detención evolutiva... Porque el descendiente, tanto para el antiguo hindo como para el actual europeo, no es sino «el desarrollo del germen común de la raza con sus buenas ó malas cualidades, puesto que el mal ó el bien adquiridos forman parte de él. Desde este punto de vista, Mozart, ideando temas musicales á los cuatro años, no sería sino un ejemplo de realización kármica, y lo serían asimismo todos esos casos que nadie ignora de precocidad, de saber «innato». Antiguos y modernos coinciden, en suma, con Platón, afirmando que en cierto modo saber no es sino recordar.

Nada tan curioso como observar de qué modo va europeizándose este concepto oriental de la sucesión irremediable de la causa y del efecto. En el mundo antiguo, la Fatalidad trágica, el Hado y el Destino prestaban una cierta dureza artística á la vida. Pudiera decirse que el Destino estóico, tal como nos le presentan Epicteto y M. Aurelio, plácidos maestros, tuvo á veces la intensidad del Karma hindo (2). Aquellos filósofos, sin el cristianismo, acaso nos hubieran llevado á una moral fortísima.

---

(1) RAOUL DE LA GRASSERIE, filósofo, orientalista y estético personalísimo, conocido por sus estudios admirables de métrica comparada y por su obra *L'element psychique dans le rythme*. De él se ha traducido no ha mucho entre nosotros su *Psicología de las Religiones*.

(2) He encontrado antes de ahora con verdadera sorpresa, no ya relación ideológica, sino *de palabras* entre Epicteto y algunas obras sanskritas. El mismo primer párrafo del admirable *Enjeiridion* parece haber sido escrito frente á las slokas 159 y 160 del libro IV del *Mânava-dharma-çâstra* hindo.

Pero una labor de ceguedad borró de las conciencias el antiguo concepto del rigor de los actos. El «perdón de los pecados» fué más cómodo que el sentimiento de una opresora é imborrable huella impresa eternamente por nuestros actos sobre nosotros mismos. «El efecto relacionado con la causa», que tanto utilizaron los occidentales en el terreno de la dialéctica, nunca fué elevado por ellos al de la moral. El hombre fué para ellos un algo aislado en el Universo y la vida, por tanto, una intrincada é inexplicable red de injusticias. . .

Hoy se piensa, empero, de otro modo. El hombre es un átomo ciertamente, pero tiene un destino que le liga al de otros átomos. Y este destino le crea él mismo á través de evoluciones infinitas; es su Karma, la expiación de sus caídas pasadas, la realización, también, de sus ideales incumplidos en otros tiempos, la esperanza de la realización de sus nostalgias por un porvenir que más tarde ó más temprano habrá de conseguir. Mediante tal ley, todo lo que le rodea habrá de tener forzosamente ese aspecto de relación impersonal y de trabazón con lo infinito que permite exclamar: «Nada existe aislado, todo cumple y convive un destino común.» Mediante tal ley nos explicamos asimismo en una esfera muy pequeña—en la nuestra—que el espíritu del padre perdure en el hijo, como la potencialidad que hizo nacer la nebulosa perdura á través de todas sus infinitas condensaciones planetarias posteriores. . . Admitiendo tal principio no existirán en el universo otras torpezas ó alteraciones á través de la eterna evolución, que las producidas por los hechos que imposibiliten ó detengan el primitivo, el gran impulso. Cuando tales torpezas se produzcan, la naturaleza aparecerá indiferente y cruel, como hacen ver Mæterlinck y el mismo Grasserie. . . Porque ante la marcha inmensa, inevitable del cosmos, los obstáculos que se le presenten serán arrollados. Sufrirán en ellos mismos su destino de obstáculos. Sabido es que éste es uno de los principios de más transcendencia para el místico, para el transmutador de pasiones y para el ocultista. . .

* * *

Esta idea de nuestro destino como un resultado del propio esfuerzo, este concepto de la pasividad de las fuerzas naturales ante los hechos—productos en su mayoría de energías desarro-

lladas en un pasado más ó menos lejano—, pesa hoy, como he dicho, en las conciencias elevadas. El pensador materialista mismo se encuentra en un plano próximo á la verdad cuando amplifica su ley de la herencia. De que el germen físico se transmita con toda su historia *pasada* (origen de su vida actual) y su historia *presente* (que determinará la del porvenir), á que en una esfera distinta se transmitan las potencialidades psíquicas, no hay más que un paso. Este le dieron los hindos. Su teoría del Karma puede explicar, en efecto, el problema de la llamada «injusticia universal». Irremediable es, hablando de esto, recordar á Mæterlinck. Nadie como él en Occidente estudió el problema. En *La Justicia* (Le temple enseveli), parece se está escuchando á un viejo yogui que hablara á sus discípulos: «No tenemos—dice—el derecho de extrañarnos de una injusticia en la cual tomamos una parte tan activa»; exclamación de verdadera importancia partiendo, como parte, de quien afirma que «todo se paga» y que «hay *en nosotros* un espíritu que no pesa sino las intenciones, y *fuera de nosotros* una potencia que no pesa otra cosa que los hechos».

He dicho que esta idea del destino, como resultado de nuestros actos, pesaba en las conciencias elevadas, y he tomado como ejemplo á Mæterlinck por la unidad y esquisitez que manifiesta en toda su obra, y porque ha sabido condensar en ella cuanto la moderna espiritualidad había presentido sobre el problema.

¿Qué es la Justicia?—pregunta el gran pensador—. ¿Qué conocemos de ella ó del mundo que nos une con ella? Positivamente, nada. El Misterio en este punto, como en otros muchos, nos envuelve con sus auras sombrías. He aquí las palabras del poeta:

«Sin indagar en una inmensidad ajena á nosotros, y manteniéndonos en el punto apenas perceptible que ocupamos entre los mundos, nada sabemos sobre nuestra posible vida de ultratumba, y olvidamos que en el estado actual de nuestros conocimientos nada nos autoriza para afirmar que no existan más allá de la vida supervivencias nuestras, más ó menos conscientes, más ó menos *responsables*... Muy aventurado sería quien afirmase que lo que constituyen las adquisiciones de nuestro cerebro ó los esfuerzos de nuestra voluntad no perduraban después de nosotros. Pues podría suceder (y serias experiencias permiten, si no probar, por lo menos clasificar el hecho entre las posibilidades científicas) que una parte de nuestra personalidad ó de nuestra

fuerza nerviosa no desapareciese con nosotros... En cuyo caso, ¿no se presentaría ante nuestra vista un porvenir amplísimo para aquellas leyes que unen la causa y el efecto?»

¡Cuán admirable y justa es esta pregunta! ¡Cuán cierto es que una ley eterna, ensartando átomos y mundos en invisible y tenue hilo, encadena todo lo existente! En el mundo tangible de la materia infinidad de vidas rudimentarias forman otras de un orden superior... ¡Y nadie podría precisar hasta qué punto los momentos de la vida espléndida de la isla estarían relacionados con los primeros momentos de la célula anónima que le sirviera de base... Así en lo mental y en la vida las causas y los efectos entrelázanse en espirales infinitas desde lo Pasado á lo Venidero.

*
* *

El que nosotros seamos resultado de actos anteriores es una de las claves más universales para sondear la vida. ¿No os han sorprendido esos frecuentísimos casos de inarmonía y de dolor en que viven las almas? Habréis visto séres buenos llenos de espiritualidad y de sacrificio que, envueltos, sin embargo, en inexplicable maldición, viven una vida de zozobra en la que ven deshacerse y extinguirse todo lo que aman. ¿No tenemos derecho para suponer que el pensamiento santo y bueno de estos séres, cuando se exterioriza y es acción, desvirtúase al chocar con residuos de un pasado vergonzoso? En ciertos dramas, en aquéllos de la vida que vemos en verdad, el dolor es tanto más intenso cuanto menos aparente y estruendosa es la lucha, cuanto *más de lejos* viene el conflicto... En estos verdaderos dramas silenciosos el espíritu y las ideas de los protagonistas—ideas santas, grandes, elaboradas á través de una evolución inmensa y y depuradora—luchan inútilmente contra los «hechos» que como némesis inflexibles surgen desde el Misterio para ser expiados...

¿Y cuál es la causa de esto? Los metafísicos del Ganges intentan explicarla por su gran Ley. Entre nosotros algunos pensadores los confirman. Amiel, uno de los pocos que en Europa fueran iluminados por algún destello de la sabiduría oriental, nos habla del temor que le produce el saber que toda acción engendra resultados inevitables. «Aborrezco—dice—los lamentos,

los arrepentimientos inútiles. La fatalidad de las consecuencias que entraña cada uno de nuestros actos, sombrío elemento trágico de la vida, me detiene con más seguridad que el brazo del Comendador...» Y tan consecuente es, que llega á confesar realiza sus actos con repugnancia. ¡A tal extremo conduce el incompleto conocimiento de las cosas! He aquí sus palabras:

«*Depender,* es para mí una idea insoportable; pero depender *por mi culpa,* depender de un error, esto es, enajenarme mi libertad, mi esperanza, matar mis sueños y mi dicha, es el infierno. Creo que lo soportaría todo con alma fuerte, pero no la responsabilidad enconando mortalmente la pena... Y he aquí que como los actos son esencialmente voluntarios, opero lo menos posible... (*Diario,* 6 Abril 1851).

La quietud no es, empero, la posición perfecta del espíritu. Amiel, poniendo en práctica sus ideas, hubiera llegado al error ataráxico, al de la fría indiferencia ó al contemplativo, que á tan pocos les es dado practicar; pues nada es tan absurdo como la inacción absoluta. La mística oriental, fuente de todas las místicas conocidas, la condena. No podemos cortar en nosotros el hilo del pasado. Nada podemos dejar en pos de nosotros sin resolver; la inacción es, por tanto, una desviación torpe y morbosa del espíritu. . . El *Bhagavad Gîtâ,* dice:

«Es preciso saber distinguir entre los actos que deben ser ejecutados, los que deben ser prohibidos y la inacción» (cap. IV, § 17).

De donde se deduce que lo que se precisa es la pureza y no la abstención, tanto de actos como de pensamientos, pues todos ellos engendrarán inevitable Karma. Hasta nuestras fantasías «imaginarias» encontrarán su realización en alguna parte, única verdad que nos dejara Hegel en sistema, y que antes que él Platón y los metafísicos de Oriente patentizaran en sus escritos.

* * *

Por una razón kármica asimismo, por razón de un Karma de raza, todas estas ideas que eran viejas en la India en los tiempos del Buddha Çakyamuni, y que durante tantos siglos permanecieron olvidadas en Occidente, resucitan con nuevos matices.

Seguramente nuestro arte futuro estará adornado con su virtualidad.

Desde Gœthe y Schopenhauer, dos hilos de inspiración oriental corren á través de nuestra filosofía y de nuestro arte... Fueron estos dos genios los admiradores del primer momento y su admiración se refleja en sus obras. Gœthe en *Las afinidades electivas,* uno de nuestros primeros pasos hacia la literatura filosófica, hace hablar así á una de sus heroinas:

«No soy supersticiosa... No daría importancia alguna á esos presentimientos sombríos si fueran esto sólo; pero la mayor parte de ellos me parecen recuerdos vagos de consecuencias desgraciadas ó dichosas experimentadas por nosotros en acciones propias ó ajenas...»

En las creaciones del arte contemporáneo, la herencia y el destino—formas europeas de la idea kármica—llegan unas veces á justificar lo anormal de la vida, otras á servir de base y fundamento á las ideas. Tolstoy tiene una narración titulada *Karma.* Edwin Arnold consagra varias estrofas de su *Luz de Asia* á exponer poéticamente la idea. Recordad sus comienzos:

Karma—todo aquel total de un alma,
que es el conjunto de las cosas que hizo, de los pensamientos que tuvo,
el «yo» que tejió con trama de tiempo sin fin,
á través de la urdimbre invisible de los actos... (1).

En general, las tendencias naturalista y simbolista, aun apartadas en procedimiento por distinciones estéticas, utilizan igualmente estas viejas ideas hoy nuevas. El pontífice del naturalismo describe en *La Curée* una pobre víctima que nace «con la memoria *ocupada ya* por una vida torpe». Este pobre sér, cuando cree descubrir escenas extrañas «de otra existencia», son siempre lúbricas. «Se sumergía—dice el citado autor—en las cosas prohibidas con esa seguridad que tiene en la vida el que entra en la que fué su casa, después de larga ausencia...»

Ibsen tiene asimismo una obra, cuyo argumento es un caso kármico. En *Los Espectros* el hijo de Alving es una expiación

---

(1) Esta poesía se inserta en su casi totalidad en *La Clave de la Teosofía,* de H. P. Blavatsky (trad. españ.).

del mismo. Por esto la infortunada Elena llega á creer que el pasado revive ante ella y que la humanidad es un conjunto de espectros. Cree entonces que no sólo se lleva en las venas la sangre de los padres, sino «una especie de idea destructora, una especie de creencia muerta, con todo lo que se le relaciona». ¡Y esta idea es el eje de la vida! El protagonista de la profunda obra norsa muere como todos los agotados, de reblandecimiento. El abuso, la degeneración, el cansancio ancestral engendran el suyo propio. Y como en él se cumple la expiación, muere. El Karma de su degeneración queda agotado.

Porque esta es la gran verdad. El destino pesa sobre nosotros con la misma fuerza que nuestro pasado le imprimiera. Próspero ó adverso, nuestro Karma es obra propia... Y el dolor y el mal, infracciones de la armonía universal, que reaccionan sobre el infractor describiendo una curva inmensa, cuyo punto de partida no es desconocido...

Las palabras de Pablo, *Lo que el hombre siembre, aquello recogerá;* y las de Crito, *No peques más, no vaya á sucederte algo peor,* hablan de esta verdad, como hablan también de ella el dolor universal, que sería la más negra é inconcebible de las injusticias sin la existencia de una ley que borrase la separación entre los errores del pasado y las experiencias del presente.

Viriato DÍAZ-PÉREZ

(Madrid 28 de Junio de 1904).

LAS PUERTAS DEL MISTERIO

¡Cuánto se ha dicho del silencio! ¡Y cuántas cosas se han callado y se callan de la palabra! Y es que la palabra es una de las puertas del Misterio y el silencio el ambiente donde éste se ofrece con más frecuencia.

Hay otra puerta para entrar en ese mundo: el número; y otra aún tan importante como las dos señaladas y tan conocida como ellas: la línea.

Yo os digo que la palabra, el número y la línea son tres puertas del Misterio, tres caminos que nos dirigen hacia él, porque puedo aseguraros que las reflexiones más graves y profundas que los hombres han hecho sobre el mundo del Misterio, han empezado indefectiblemente por un firme y tenaz pensamiento sobre cualquiera de esos tres términos tan sencillos y simples.

Para recordar sólo hechos generales y conocidos de todos, mencionaré únicamente los tres más interesantes que recuerdo: La Kábala, ciencia de la palabra, degenerada y sublimada en parte en la moderna Filología. La música, ciencia del número, más aún que la propia aritmética, y las artes plásticas, poesía mística de la línea y el contorno.

Un hecho más próximo á nosotros, inmediato á todos, testifica que esas tres referencias son tres puertas del Misterio. Ved como todo filólogo, á pesar suyo, por encima de su propia voluntad, llega á ser, aunque proteste á sus solas, un cabalista tan creyente en el alma y el espíritu de la palabra, que lo menos que puede dejar en sí mismo de la dignidad de los nombres es el reconocimiento de aquel comienzo de un Evangelio que dice: «En el principio existía el Verbo...»

La reflexión sobre la palabra embriaga más que el vino, más aún que todos los alcaloides nuevos que, aliviando el dolor,

transtornan la visión ó el oído. Ved cómo hay tanto extraviado que ha perseguido al Verbo; ved cómo se extravían los hombres reflexionando sobre las palabras más insignificantes, y ved cómo toda herejía y toda blasfemia no es más que una mala pronunciación, una defectuosa lectura ó una errónea ortografía espiritual.

«Con un buen diccionario me basta», suelen decir esos alocados para quienes todo es tan fácil que todo lo hayan terminado y hecho. Y, sin embargo, tienen razón. Un buen diccionario es todo, pero ese diccionario no está hecho, y cuando llegue á escribirse, allá en los últimos tiempos, habrá de contener una gran enseñanza para la pronunciación de cada palabra: de la única palabra que tendrá probablemente.

Más árido es aún el camino del número, y torna locos también á los perseguidores de su razón. La embriaguez matemática es superior á la misma embriaguez de la palabra, porque el número está por encima de los hombres y la palabra está por bajo de ellos. La palabra hace oraciones con la palabra; pero el número hace con los números música y pensamientos. Las propiedades de un número apenas si son conocidas por completo del hombre. Mejor y más conocemos nuestro cuerpo que todo el número 2 ó el 3 ó cualquier otro que no sea la unidad, lo incognoscible por excelencia. Es el número la verdadera música y así fué estudiado sabiamente en lo pasado y se vuelve á estudiarlo con ella en nuestro tiempo. Y los locos por el número y el cálculo se tornan músicos y místicos, como esos grandes estremecidos ante lo innumerable y lo silencioso armónico. Wagner y Novalis han sido dos ébrios de lo Uno-Divino. La oración numérica es la ecuación en el momento de conocerse: la conciencia del dibujo numérico de una obra musical.

El desorden ha sido visto como un pecado por saltar la prelación numérica, por impedir la rápida cuenta de la sucesión musical.

En fin, la unidad generadora de todos los principios es el mismo Uno elevado á dogma.

La línea es otra puerta, y otra vía que nos lleva hacia el Misterio, y nos lleva como las manos indicadoras que se ponen en los caminos señalando una dirección. Nuestra línea es superior á los planos donde queremos trazarla, y por eso hemos engendrado los cuerpos donde aquélla se devana como un ovillo

resistente y duro hecho por esos dedos huesudos de las viejas escuálidas del Norte.

Nuestra vida es también una línea, algo así como una hebra sutilísima que dejamos en nuestro rastro, imperceptible para el hombre que la tiende indistintamente sin la sabiduría del insecto. Hay quien traza en el espacio de su existencia una madeja, al oscilar entre dos ó tres principios, moviéndose entre las manos del Destino que soporta el devanado como esas doncellas huérfanas que se disponen para trabajar en sus lutos. Y hay también quien vive trazando una armoniosa figura entre puntos nobilísimos, equidistantes, divinos, haciendo un finísimo encaje, una de esas estrellas de hilo ó de seda con que suelen hacerse los pañuelos para las vírgenes enlutadas y dolorosas que han perdido á su hijo en el suplicio.

La línea tiene su locura también y es la locura más singular y más extraña de todas: es la manía ambulatoria por lo infinito sostenida para llegar á último punto donde lo infinito acabe, donde esté la figura del todo.

He ahí las tres puertas del Misterio, las tres por donde se ha de entrar sucesivamente para llegar al corazón de ese reino que el ansia y la fiebre de los aespirituales y apsíquicos de hoy concibe como una maleta sin llave que es preciso abrir apresuradamente, para meter cualquier cosa conocida antes de que parta el tren.

Rafael URBANO

UN APUNTE DE HELIOGENIA

La ramificación del gran tronco de la ciencia astronómica parece sencilla en grados superiores; no así en los demás por mezclarse en ellos seculares prejuicios que siempre tratarán de presentar á la humanidad, su obra y sus destinos, como parte no integrante del gran organismo del Cosmos.

La observación del firmamento es sabido nos enseña que una de las innumerables nebulosas del espacio, de las que van catalogados algunos millares, es nuestra nebulosa galáctica, compuesta por 80 ó 100 millones de soles, cuyo conjunto ó conglomerado afecta forma lenticular. El contorno ó elipse mayor de nuestra nebulosa le constituye la Vía-Láctea ó zona donde la línea visual encuentra mayor número de soles, y cuyos límites, no muy separados de la décimaoctava magnitud, ya casi tocamos con los modernos telescopios. El plano de la Vía-Láctea es aproximadamente perpendicular al anillo ó zona en que las nebulosas siderales aparecen más agrupadas (regiones de la Cabellera de Berenice, Virgo, Perseo y Casiopea, Acuario, Sagitario, etc.), y en la posición relativa de estos dos planos, que indudablemente varían, acaso se cifre uno de los más altos misterios biológicos del Universo, como en grado inferior se cifran no pocos en la oblicuidad de la elíptica (1).

Dentro ya del universo galáctico, vemos sus soles conexionados en grupos inferiores, que vienen á constituir verdaderas familias sidéreas, dotadas de un movimiento y como de una aspiración común entre ellas y diferente de las demás, y buenos ejemplos son el grupo de las Hyadas, el de las Pléyades, el del

---

(1) En los cielos existen, sin disputa, verdaderos *horarios* ó indicadores de los tiempos sidéreos de duración para nosotros seminfinita. Además de los expresados, pueden citarse, entre otros, los cambios periódicos de las excentricidades de las órbitas planetarias, el desplazamiento de los perihelios y precesión de los equinoccios, etcétera.

Talí de Orión, etc. Nuestro Sol parece estar ligado con vínculo semejante con los astros más vecinos, en especial con la estrella 61 del Cisne, α del Centauro y Sirio. Por último, así como él está rodeado por espléndido cortejo de planetas, estos otros soles y los demás del cielo deben poseerlos también en mayor ó menor número, de todo lo cual resultan las cuatro primeras ramas del tronco astronómico, á saber: las *astronomías nebular*, *galáctica*, *sidero-solar* y *planetaria*. Damos al adjetivo solar el alcance, no de investigaciones exclusivas sobre el Sol, sino de las relacionadas con aquellos soles de la familia del nuestro que puedan gravitar en torno del mismo centro obscuro que retiene al Sol, haciéndole describir, no una línea recta en dirección de Hércules, como falsamente se supone, sino una curva cerrada de longitud inconcebible, cual planeta que en otro tiempo fuera, de ese hoy á nuestros ojos obscurecido centro.

Este último aserto hace entrever por un lado las ciencias de la *Heliología*, *Siriología*, etc., conjunto de las investigaciones que hoy hacemos sobre el Sol, sobre Sirio y demás congéneres y en la que son maestros los Jaussen, los Secchi y los Lockyer, y por otro, en un concierto dinámico ó biológico, la *Heliogenia,* ciencia importantísima, clave de muchos problemas de las ciencias de observación, como de la filosofía y ciencia que yacen en las sombras del misterio, y sobre la cual, sin pretensiones de acertar, nos vamos á permitir lanzar una ojeada.

Dentro del armonismo del Cosmos es lógico se dé en los astros algo de la ley de causa y efecto que entre los séres animales y vegetales se llama ley de generación. Hoy que la biología se lleva, con Schrön y Bose, hasta á los minerales, nada más lógico que quererla elevar hasta el Sol mismo, como raudo venero que es de la vida entera de su sistema.

La hipótesis cosmogónica de Laplace, entre varios errores, tiene un principio muy verdadero: el de que los planetas son desprendimientos ecuatoriales del Sol, al recibir éste en una nueva oleada de la vida mayores materiales, menor densidad relativa y aumento de fuerza rotativa ó centrífuga, en lugar de proceder de condensaciones ó fragmentaciones anulares de una nebulosa formadora de planetas, que sólo ha existido — dicho sea con respetos, ya que es error muy disculpable — en la sabia mente de su autor. Tales desprendimientos, verdaderas emisiones germinativas de la vida superabundante del Sol, dieron

lugar á anillos que se extendieron hasta la distancia actual del radio de las órbitas de los planetas (1) y éstos se formaron luego por condensación de la materia nebular del anillo respectivo y por el orden de sus distancias al astro generador. De aquí el que los planetas superiores, desde Júpiter, sean de más antigua formación que Marte, la Tierra, Venus y Mercurio.

Entre aquéllos y estos cuatro últimos planetas existen diferencias esencialísimas que levantan la punta del velo que envuelve á la génesis solar y su elemento genético, la evolución integral planetaria á la que debe sus progresos. Separan á unos de otros planetas el gigantesco anillo de más de 400 asteroides que circulan entre Marte y Júpiter, cuerpos que carecen de rotación y casi de forma regular, cual evolución de un anillo planetario abortada por las intensas atracciones de Júpiter y Saturno, primera fase cíclica de la existencia planetaria. La característica entre unos y otros planetas no es sólo el gran volumen y escasa densidad de los superiores comparativamente á los inferiores, quienes en volúmenes, casi mil veces menores encierran extraordinaria densidad, sino el *poseer unos satélites de que los otros carecen*, ya que ni la Luna es satélite de la Tierra (ó astro emanado del planeta por proyección ecuatorial), sino compañera, coeva, de la Tierra en el plano de su órbita, que es el del ecuador solar, ni los dos cuerpos que circulan en torno de Marte (Deimos y Phobos) son otra cosa que asteroides aprisionados por la atracción marciana, como podrá alguna vez ocurrirles al planeta *Œtra* ó al novísimo planeta *Eros*, en sus excéntricas excursiones por la región de entre Marte y la Tierra. En otros términos: que Júpiter, Saturno, Urano, Neptuno y el planeta trasneptuniano que muy verosímilmente existe (2), son *astros púberes* y *generan satélites,* mientras que los restantes

(1) En homenaje á la justicia habremos de confesar que algunas de las ideas que van expuestas están inspiradas en la lectura de la obra *Ciencia del Porvenir,* empezada á publicar por D. Pedro Arnó de Villafranca, obra que si por lo hasta aquí publicado parece muy recomendable y de exquisita contextura, no lo parece tanto, en modo alguno, en lo relativo á los obscuros simbolismos de los dibujos que la adornan y sobre los que nuestra *espiritualidad* (léase intuición, golpe de vista, impresionismo, ó cosa así) protesta de un modo tan inconsciente como acaso poco justificado, demandando acabadas explicaciones que en su día no deberá negarnos su experto autor.

(2) Recientemente se han hecho cálculos sobre las perturbaciones de Neptuno, que parecen acusarle y aun se habla de dos planetas trasneptunianos en vez de uno.

pueden calificarse de planetas impúberes, porque no los generan, aunque al fin de sus actuales ciclos biológicos puedan llegar á generarlos en el curso de su evolución *para-solar*.

No es, en efecto, la actual estática planetaria la única forma de estabilidad posible del sistema. La Luna, que en edades remotísimas no brillaba en los cielos terrestres por estar constantemente detrás del Sol respecto de la Tierra, como formadas ambas en extremos opuestos con los asteroides de un mismo anillo emitido, sufrió en un tiempo la atracción conjunta de todos los planetas ulteriores y su órbita aumentó de radio, separándose por primera vez de la terrestre trayectoria. Pocos años después pudo ya alcanzarla la Tierra y esclavizarla á su órbita, cual un pseudosatélite (1); pero la curva de la nueva órbita lunar en torno de la Tierra no es permanente, y á pesar de los artificiosos, aunque meritísimos cálculos de Laplace en contrario (2), es lo cierto que la Luna caerá al fin sobre la Tierra, dentro de millares de siglos, con lo que se operará un trastorno geológico muchísimo mayor que el de su aproximación por vez primera á 60 radios terrestres, en lugar de los 60 ó más millones de leguas que antaño distara, cambio que originó una era geológica y que ocasionó la pérdida de toda su agua y todos sus gases, que acaso fueron incorporados á la Tierra.

Mirad la Luna girando en torno de la Tierra y estrechando quizá sobre ella su cerco, como el espermatozoide en torno de la célula femenina; he ahí dibujada en tres líneas todo el idilio planetario. La Luna, antes *casta* Diana, y la Tierra, morada de Vesta, enlazándose por amorosos lazos atractivos, para lograr, con el aumento de masa y de rotación, un girar mayor que dé lugar en un mañana remoto á la emisión ecuatorial de anillos germinadores, productores de auténticos satélites, hijos suyos, análogos á los de los colosos planetarios.

La gran excentricidad de las órbitas de Marte y Mercurio contrastan con la muy escasa de la Tierra y Venus. ¿Podrá ser ella causa de que algún día, aun desdibujado en la eternidad futura, choquen dos á dos estos planetas y se unan los cuatro en definitiva, incorporándose al par los asteroides, para consti-

(1) Véase *El Poema de la Luna*, del citado Sr. Arnó.

(2) Entre otros matemáticos ilustres, Mr. Poincarré no cree en la estabilidad laplaciana del sistema solar.

tituir el último planeta púber de la serie que hoy tiene á Júpiter por el más joven? Nada, en nuestro atraso actual, nos autoriza para afirmarlo ni para negarlo; pero no deja de ser realmente curioso el imaginarnos al Padre-Sol, rodeado, á modo patriarcal de siete planetas definitivos, con sus sendos cortejos de satélites ó «nietos» planetarios. Un paso más en la evolución y he aquí que la vibración progresiva de los planetas, en plena apoteosis vital, logra alcanzar á esferas superiores, y en las oleadas de materia radiante de su nuevamente genésica masa, brotan avasalladores los torrentes de hidrógeno y helio radioactivos que hoy alimentan la vida fotoesférica de nuestro Sol, gloriosa envolvente del obscuro núcleo denso que es testigo de sus pasadas edades ekaplanetarias. Siete nuevos soles, hijos del viejo Apolo lucirán desde entonces en los espacios cerúleos, dando otro paso hacia la definitiva cristalización de los cielos, mientras que éste á su vez, impulsado por tan sublime progreso, habrá de sumergirse en la obscuridad luminosísima de su propia grandeza, esa misma que no nos permite aún, por ineptos, conocer al astro obscuro del que nacieron el Sol, Sirio y sus congéneres, en la noche inmensa de los grandes ciclos anteriores.

He aquí resumida la *Heliogenia* y también la Astronomía planetaria como capítulo que es de ella.

Para mejor exposición didáctica, prescindamos por el momento del quinto extremo ó rama de nuestra clasificación, referente á la parte en que el hombre más claramente evoluciona como integrante del Cosmos, ó sea á lo que, con aparente violencia dentro del lenguaje de la ciencia oficial, podremos llamar *Astronomía pseudohumana ó novísima Geología,* frase que por ahora, y sin más explicaciones, sólo alcanzarían á interpretar sencillamente algunos aficionados á ciertos estudios, y vengamos al papel que en aquél juegan el átomo y sus elementos constitutivos, dentro de lo que hoy se llama nada metafóricamente, Astronomía del segundo infinito ó de lo infinitamente pequeño. La típica molécula-átomo de la bencina, por ejemplo, se caracteriza, como es harto sabido, por un centro invisible, en torno del que se agrupan seis moléculas, integradas cada una por un átomo de carbono y otro de hidrógeno, según el feliz símil expresado por el ya clásico exágono de Kekonlé. Imagináos el gran centro obscuro de que os habláramos antes, en

torno del cual giran el Sol y sus estrellas hermanas, cada uno con sus planetas respectivos (1). El micro-sistema astronómico-molecular está completo y por eso constituye la entidad cósmica definida que llamamos *benceno,* salvo el que cada *sol-átomo* de él es una *estrella doble*—que otro medio no tenemos para más gráficamente expresarnos—. Sus planetas están representados por iones electro-magnéticos (2).

Llegados aquí procede recordar un detalle acerca de la célula nerviosa constituída fundamentalmente por átomos que sabemos están compuestos de siete espiras, cada una de ellas con siete series de espiralillas, de las cuales sólo cuatro están en uso en el hombre actual. Semejantes tubos, diminutos y delicados, cuando no están en uso tienen sus lados en contacto, como tubos de suave goma elástica (3); pero es esencial el saber ya de una vez para siempre que tales espirales y espiralillas del átomo son una transcripción exacta al orden atómico del movimiento orbital de planetas y satélites en torno del Sol. Veamos cómo.

Es sabido que las órbitas de todos los planetas ocupan sensiblemente un mismo plano, determinado por el ecuador solar del que se desprendieran. Suponed que todos ellos al describirlos dejan en el espacio algo así como la estela de un buque en la mar ó una como especie de huella astral del respectivo anillo que los generara. Pero como los planos de los ecuadores respectivos de cada planeta no siempre coincidirán con el de sus órbitas, cuando esta coincidencia no exista, los satélites que de ellos se originen ya no estarán en el plano determinado por el ecuador solar y los planetas, sino en otro distinto. Así vemos que mientras los satélites de Júpiter apenas difieren de este plano solar, los de Urano circulan en ángulo de más de noventa grados con la órbita de su planeta, ó sea ya con movimiento retrógrado que parece una paradoja dentro del sistema. De donde

(1) La compañera de Sirio, descubierta por Bessel, es con toda probabilidad un planeta.

(2) Suponemos al lector familiarizado con los novísimos descubrimientos de W. Crookes, acerca de la constitución de los átomos por electrones ó subátomos eléctricos, más bien que meros centros de fuerzas, elementos de materia superior ó radiante, constituyendo la envolvente del centro más condensado ó núcleo del antiguo átomo químico.

(3) Annie Besant. *El Poder del Pensamiento.*

deduciremos, suponiendo que ocurra igual á los satélites de Neptuno, que la imaginaria estela ó huella en el espacio de los satélites de Urano, de Neptuno y en parte también los de Saturno—en lugar de una línea ondulada (epicicloide) alternativamente interior y exterior á la órbita de su planeta, pero siempre plana y en su plano, como sucede con las de los satélites de Júpiter — irá describiendo en los cielos lo que gráficamente podemos considerar el filete de un tornillo del que fuera eje la trayectoria del planeta. Imagináos ahora el plano de la órbita del Sol difiriendo asimismo del de su ecuador, y por tanto, del plano de sus planetas, y al describir éstos á su vez su filete de tornillo correspondiente, tendréis completa la transcripción astronómica de las espirales y espiralillas recientemente descubiertas en el átomo, y por cierto las tres primeras (ó las cuatro, suponiendo en análogas condiciones al presunto planeta trasneptuniano), cual tubos ó cilindros, y la siguiente ó de Júpiter casi totalmente aplastada, mientras que se hallan en vías de formación las restantes interiores. Tal es el gigantesco átomo de nuestro sistema, que llevado por fuerza misteriosa de sublime química celeste, parece dirigirse ahora hacia λ de la constelación de Hércules.

M. ROSO DE LUNA

Miajadas (Cáceres) á 1.° de Febrero de 1901.



La vida de los Astros.

(CONCLUSIÓN)

Las teorías astrogénicas de Herschell y Laplace conforman de todo punto con las exigencias que la ley de analogía suscita en nuestro espíritu para concebir la génesis cósmica. Basta sólo depurar ambas hipótesis de la abstracción que las vicia, despojar á las nebulosas del carácter que falsamente se les atribuye, de puras masas caóticas de materia difusa, depósitos vagos de substancia cósmica, y verlas, por el contrario, como son en realidad, astros absolutamente individualizados, verdaderos individuos cósmicos que empiezan á vivir, pero tan independientes y sustantivos ya como pueden serlo después al avanzar en su desarrollo. Concebidas así las nebulosas, su segmentación ulterior en otras más secundarias, que es lo que á primera vista predispone á ver en ellas depósitos donde van concretándose los astros, lejos de tener esta significación abstracta y mecánica, adquiere, por el contrario, la real y orgánica que le corresponde sin duda, pues es, ni más ni menos, que la reproducción del astro en otros nuevos, verificada como en muchos organismos elementales ordinarios al principio de su vida, y no cuando la evolución alcanza ya su grado culminante.

Que desaparezca, según Herschell quiere, el primitivo núcleo y broten muchos otros, perdiendo su individualidad la primitiva nebulosa, muriendo el astro y naciendo en cambio nebulosas secundarias, astros nuevos; que se segmente al contrario en una porción céntrica y otra periférica un anillo ecuatorial como Laplace supone, subsistiendo la nebulosa antigua, el primer astro y empezando á vivir la nebulosa reciente, el astro nuevo; que haya ejemplo de los dos procesos en la génesis sidérea; que subsista uno sólo, el afirmado por Herschell; que se ejerza exclusivamente el otro; por fin, que todavía quepan nue-

vos tipos genéticos y se realicen acaso en plena evolución ya de los astros, quizá al declinar ya su vida; sea cual fuere de todas estas combinaciones posibles la que prevalezca en los cielos, representará en todo caso, examinada á la luz de las ideas y los hechos, la forma que tienen de reproducirse los astros, la manera con que se transmiten uno á otro la individualidad y la vida, sin que pueda significar de ningún modo el mecanismo abstracto de la formación de los cuerpos sidéreos, como puras concreciones individualizadas en el seno de vagos depósitos caóticos de materia difusa.

Si la reproducción de los astros no difiere esencialmente de la de todos los organismos elementales, tampoco el *movimiento*, aunque otra cosa se piense. Estimada hasta hace poco como propiedad exclusiva de la vida animal, la motilidad está ya reconocida hoy como propia también de la vegetativa, y declarada, por tanto, función común á todos los organismos. Pero en los sidéreos parece el movimiento revestir formas y términos de que no hay ejemplo en los demás. ¿No hay, se dirá, un abismo entre la prepotencia del movimiento en los astros, arrebatados en giros incesantes, regulares, geométricos, y el que ofrecen los otros organismos subordinados á las demás funciones, discontinuo, irregular, insignificante casi frente á las manifestaciones ulteriores de su vida? ¿Qué puede haber de común entre uno y otro movimiento? Porque los astros se muevan ¿ha de llamarse una función de su vida á este movimiento mecánico, que en nada se parece al fisiológico? A tales preguntas hay tan obvia respuesta, que sorprende y maravilla la extrañeza con que las hacen todavía astrónomos y naturalistas, asombrados de que haya quien aventure pensamientos tan fantásticos, analogías tan ilusorias y quiméricas en la grave seriedad de las indagaciones científicas. Pues qué ¿no hace ya muchos años que se conocen los movimientos de rotación y traslación continuos, ininterrumpidos, que durante todo un primer período de su vida ejecutan ciertas algas, cuyos cuerpos, verdaderos esferoides protoplásmicos (zoósporas), ruedan sobre sí y giran á la vez en derredor de centros ignotos, con una continuidad y regularidad plenamente geométricas, hasta que llegan á la segunda etapa de su vida, y quedan en reposo y se fijan al suelo para empezar su desarrollo? ¿Tan ignoradas son todavía las observaciones, antiguas ya, de Carus, sobre el movimiento de rotación que presen-

tan los embriones de algunos moluscos? El que haya contemplado una vez al microscopio este fenómeno y el anterior sobre todo, no podrá menos si piensa y reflexiona, de reconocer en ambos movimientos la fiel imagen de los sidéreos, y declarar que es función orgánica en animales y plantas lo que parecía puro mecanismo en los astros, y es en ellos también verdadero proceso fisiológico.

Los astros, pues, se nutren, reproducen y mueven como los organismos elementales, como las células en suma.

Como ellas, están sujetos también á un desarrollo continuo, á una *evolución* que los lleva del nacimiento á la muerte á través de fases y de ciclos periódicos. Ya lo confiesan astrónomos y naturalistas; ya reconocen en ellos una continua metamorfosis de fuerza, de forma y de materia, de todos los que aún se reputan factores integrantes de los séres naturales. Sólo que, lejos de proseguir sistemáticamente estas afirmaciones capitales, en vez de extremarlas hasta educir sus consecuencias transcendentales, ni siquiera lo intentan, cerrado como tienen el camino por abstracciones vacías. ¿A quién no extrañará oir á Burmeister llamar vivos, orgánicos, á los séres dotados de evolución periódica y cíclica, á los que están en perpetuo cambio, afirmar después evolución y metamorfosis, fases y ciclos y períodos en la existencia de los astros, y á pesar de todo excluirlos de la vida y llevarlos con los minerales á la esfera inorgánica, muerta, del mundo natural?

Verdad es que la idea de evolución toma á la vez en nuestra ciencia contemporánea dos formas antitéticas, compatibles sólo en la abstracción, no en la realidad; pues tan afirman hoy nuestros sabios la evolución en los animales y plantas como en los minerales y rocas, á pesar del abismo que separa á los organismos de sus residuos. Llevados por la fuerza misma de las ideas á concepciones unitarias, al modo que unas veces desorganizan los organismos, y mecanizados ya los unifican con astros y minerales, en otras dan en el extremo opuesto y necesitan organizar á su modo los minerales y rocas, esto es, someterlos también á evolución, para hacerlos homogéneos á los organismos y á los astros, donde está ya reconocido el imperio de la ley evolutiva.

Dominados por esta exigencia de unidad que se impone á todo espíritu reflexivo, no reparan que en minerales y rocas hay

sólo destrucciones y formaciones, jamás evolución; un mineral se deshace y aparece otro; deja de haber pirita y hay óxido de hierro; acaba una concreción y empieza otra. Y en la evolución subsiste siempre la unidad primera; es la misma planta, el mismo animal, el mismo astro, el que es ahora de este modo y luego del otro, el que cambia, el que se desarrolla. El astro gaseoso con su materia homogénea como el protoplasma, y el que diferencia luego su zona periférica y la solidifica en parte y resuelve su substancia en variedad de materias, de concreciones cada vez más especiales, son uno mismo, un solo astro.

No faltarán aún, los hay en nuestra patria, espíritus superiores tan preocupados como sistemáticos, tan sometidos á la abstracción como agitados por alta idealidad, que mecanicen la evolución orgánica, unificándola así con la de las rocas y minerales, ya que ésta última no se deja organizar de ningún modo. Negarán para ello la persistencia del individuo orgánico á través de sus cambios en su aparente evolución; harán que se convierta aquél en tantos individuos como fases y momentos diversos ofrece su vida; reemplazarán, en suma, por una serie discreta de existencias independientes y sucesivas, la cadena continua de metamorfosis en que subsiste de hecho una misma individualidad, un mismo sér, un solo y único individuo natural.

Felizmente protesta con sobrada energía el proceso evolutivo de las células contra semejante atomismo; la célula primordial no perece al segmentar su protoplasma, lo diferencia sólo, lo especializa para desplegar en él más ampliamente su vida; ella persiste en su unidad primitiva, sigue siendo con su protoplasma segmentado el mismo individuo que era antes al ofrecerlo indiviso.

Y juntamente con estas células primitivas de animales y plantas, cuya extremada pequeñez nos ha permitido contemplarlas en su total integridad y distinguir sus diferentes partes interiores, y notar la subordinación que guardan con el todo (que las forma sucesivamente de sí propio y por su misma energía), y reconocer así con toda claridad que hay en aquellos séres verdaderos organismos, protestan ya también contra la serie discontinua de individuos sucesivos (átomos biológicos en que tratan de resolver la continuidad evolutiva de cada organismo los más altos representantes de la tendencia mecánica en la filosofía natural) protestan, repetimos, á su vez los organismos si-

déreos, cuya persistencia esencial y metamorfosis subordinada podemos afirmar hoy plenamente, ya que merced á la dilatada serie de esfuerzos indicados antes hemos llegado por fin á tener una representación íntegra, total, de los astros, viéndolos como son, verdaderas unidades, cuyas diferencias internas, lejos de ser lo que parecen sólo á nuestra pequeñez, inmensas, se reducen y achican hasta hacerse casi indiscernibles en la homogeneidad universal predominante.

Mientras el hombre no pudo concebir los astros en toda su integridad, lejos de estimar subordinadas al todo las partes y diferencias que notaba en ellos, tuvo, al contrario y por necesidad, que pensarlas como entidades independientes, substantivas, como objetos especiales, como individuos aparte y figurarse entonces los sidéreos como puras masas, asociaciones, agrupamientos mecánicos de aquéllos. Así nació el reino de los minerales, que trajo luego el de los séres inorgánicos regidos por las supuestas fuerzas generales de la materia. Ahora que ya ve el naturalista surgir los minerales de la tierra y los astros del mismo modo que se producen en las células de plantas y animales, ofreciendo con éstas su protoplasma y sus actividades igual relación á la que guardan con las células sidéreas, su materia en un principio homogénea, y sus energías interiores, ahora, decimos, no parece excusable el que se siga rindiendo culto todavía á tan profunda abstracción que, ó divide el mundo en dos mitades claramente antitéticas, organismos y mecanismos, vida y fuerzas generales, ó si pretende unificar esta antítesis, necesita mecanizar á toda la Naturaleza, reemplazando ahora el dualismo anterior por otro más hondo todavía y menos aparente por esto, á saber: el de la realidad y la nada, el átomo y el vacío.

Fuerza será reconocer que son los minerales y demás cuerpos inorgánicos productos, residuos de la tierra y demás astros y de los restantes organismos partes, concreciones sólo de su materia respectiva, de ningún modo séres verdaderos, unidades naturales: que las fuerzas generales de la materia son puras manifestaciones de la fuerza misma de la vida, única en toda la naturaleza, su actividad general, capaz de determinarse luego en fuerzas especiales diversas, gravedad, luz, calor, afinidad, etcétera.

Ante lo cual deja ya de ser problema serio el del origen de la vida, eterna y única realidad del mundo físico.

La misma actividad que engendra al organismo sidéreo, hace brotar en él, llegada la ocasión oportuna, los organismos fitozóicos y humanos. No hay ya que discutir sobre generaciones espontáneas. Hay verdadera homogenia; la vida brota de la vida. El universo todo se organiza: ya tiene en sí mismo el principio inmediato de su propia existencia; ya se elabora á sí propio, si vale la palabra; él mismo educe eternamente de su unidad esencial la variedad infinita de organismos en que está siempre determinada aquélla. El cielo deja de ser el *piélago inmenso del vacío*, el recipiente del mundo; llénase de vida todo él; es, en suma, el universo mismo. Y universo y cielo á la vez se unifican con la Naturaleza y desaparecen totalmente las grandes abstracciones latentes en los conceptos que simbolizaban estos nombres.

Tales son y de tan alta transcendencia, quizá suprema, las afirmaciones á que lleva el reconocimiento de la organicidad de los astros, claramente demostrada en las breves consideraciones que anteceden, y que no agotan seguramente la riqueza de interesantes problemas que suscita el asunto, antes se contraen á los que son hoy más capitales, por lo mismo que repugna más á la cultura del siglo la solución aquí propuesta para ellos (1).

Ante las razones que nos permiten afirmar ahora de lleno que *son células los astros* ¿se atrevería el patólogo ilustre de Berlín á sostener su antiguo juicio sobre las células sidéreas y los astrónomos de Norte América?

---

(1) Por este motivo, no porque en sí mismos tengan menos importancia, se prescinde de tratar aquí varios otros problemas, cuya discusión no cabe ya en los límites de ésta Conferencia, excedidos de seguro á causa de la amplitud con que ha debido exponerse (si se habían de prevenir errores muy generales todavía y disipar abstracciones aún más prepotentes) las cuestiones relativas al desarrollo sucesivo y estado actual de los conceptos de organismo (célula), astro y mundo, preliminares necesarios del problema de la vida sidérea.

De otro modo no se hubieran omitido las consideraciones llenas de interés y transcendencia que sugiere el estudio *morfológico* de los astros, cuyas formas corresponden al carácter elemental, rudimentario, de estos organismos, al predominio que en ellos ejerce el todo sobre sus partes interiores, á la constitución casi homogénea que ofrecen y se expresa de una manera adecuada en las esferoides celestes, esto es, las formas menos diferenciadas, más elementales, las que presentan menos oposiciones, las de simetría más sencilla, prescindiendo de la esfera cuya absoluta indiferencia no es quizá compatible con la huella, á lo menos de antagonismo indefectible en toda individualidad natural, en todo sér orgánico por sencillo que sea.

Tampoco se habría pasado en silencio el examen del movimiento en *espiral* (la curva de la vida en ésta como en las demás esferas naturales) común, parece y debe ser, á todos los astros, los cuales cambian así continuamente de clima, esto es, de posición respecto de todos los demás, recibiendo á cada paso nuevos influjos, entrando en relaciones constantemente diversas con los ulteriores individuos cósmicos, pero

¿Podría extrañarle aún que se tenga ya de la célula un concepto mucho más amplio y transcendente que el suyo, por autorizado que éste sea, ya que procede de uno de los fundadores mismos de la teoría celular?

¿Seguiría doliéndose de la extremosa exageración del darwinismo por Hækel, ó hallaría quizá más lógico el que llegase éste á ver en la teoría de Darwin lo que su propio autor no supo discernir, algunas de las infinitas consecuencias latentes en los principios darwinianos, y cuyo reconocimiento gradual es la obra, no de un hombre, sino de toda la Historia?

Augusto G. de LINARES.

---

subsistiendo á través de este cambio incesante determinados grupos de fenómenos, cuya recurrencia periódica, exigida por las leyes mismas biológicas, tiene su expresión más pura y acabada en la repetición de los ciclos sucesivos que componen la espiral.

Todavía hubiese debido aludirse, cuando menos, á una de las consecuencias que necesariamente se siguen de reconocer en toda su transcendencia el movimiento en espiral de los astros, á saber: la profunda rectificación que ha de hacerse en el concepto que se tiene generalmente del *clima* y del *influjo climático*, suponiéndolos medios exteriores ambientes, en vez de reputarlos como son, plenamente interiores, ya que para todo sér natural quedan exclusivamente reducidos á la acción que sobre él ejercen todos los demás organismos próximos y remotos, siendo, pues, cada sér un elemento del clima de todos los astros que á su vez forman el suyo, todo lo cual abre quizá nuevos horizontes, para con ayuda de principios filosóficos (atendiendo á que la causalidad en los séres naturales se resuelve en pura condicionalidad ejercida en cada uno de ellos por los infinitos ulteriores, esto es, la Naturaleza toda), explicar acaso la verdadera significación del proceso transformista, evolutivo, que resultaría ser entonces un proceso interno, inmanente, sujeto á la ley absoluta, y de ningún modo exterior, accidental y fortuito, como se piensa en general y á pesar de las protestas, desgraciadamente mejor sentidas que razonadas, hechas por los naturalistas y filósofos que repugnan instintivamente concebir la vida como puro mecanismo.

Y por fin, tras estos problemas que corresponden con todos los anteriores á la parte general de la Fisiología sidérea, debiera aparecer desenvuelto en toda su amplitud el que llena por sí sólo la parte especial de esta doctrina, á saber: el relativo á la distinción de los astros. En punto á la cual habría debido indicarse que no hay *especies sidéreas*, ni por lo tanto, categorías superiores taxonómicas en este primer reino natural: que todos sus individuos constituyen una sola esfera unitaria, reino, tipo, clase, género, especie, como quiera llamársela; pues no consiente otra cosa la unidad que predomina en los astros, el carácter de totalidades homogéneas que es fuerza reconocerles, y ante el cual, indistintas casi las partes, no pueden ofrecer variedad de oposiciones y conciertos recíprocos, como pasan animales y plantas en el reino fitozóico, á que caracteriza el predominio de las partes sobre el todo que las unifica, engendrándose, por tanto, multitud de antagonismos que se revelan en diversidad de especies, géneros á categorías ulteriores, todas las cuales desaparecen otra vez en el reino antrópico, ya que en el cuerpo humano se ponderan y equilibran los opuestos predominios anteriores del todo y las partes, armonizándose plenamente en la unidad orgánica de este verdadero microcosmos.

Tales son algunos de los puntos desatendidos al parecer en este trabajo por la circunstancia arriba dicha.

EL HILOZOISMO
COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONTINUACIÓN).

Arranca el raciocinio de los contrarios de la idea de que nuestra conducta con los animales no importa nada á la moral, ó para expresarme con Schopenhauer en el lenguaje de esa moral, de que no hay deberes para con aquéllos. Por tales caminos han llegado á establecer en Europa esos detestables hábitos de dureza y de crueldades inútiles con el animal que un hombre de Oriente no podría ver sin justo horror. Entre los mismos ingleses no encontramos tan infame invención; esto se debe, quizá, en sentir de Schopenhauer, á que los sajones, en el momento de la conquista británica, no eran todavía cristianos. No se puede menos de reconocer en las prácticas contrarias una trapacería de los sacerdotes para rebajar á los animales al rango de cosas. Los antiguos egipcios, para quienes la religión era el único asunto de la vida, depositaban en las mismas tumbas las momias humanas y las de los ibis, cocodrilos, etcétera; pero en Europa sería una abominación, un crimen, eso de enterrar al perro fiel cerca del lugar en que reposa su dueño; y sin embargo, á las veces á esa tumba, más fiel y más abnegado que nunca lo fuera un hombre, va á esperar su propia muerte. Por otra parte, tratándose de animales domésticos, hay entre ellos y el hombre una especie de asociación para el trabajo, verdadera convención entre desiguales, análoga á la que existe en la familia entre los mayores y los menores; los animales en tal caso, forman parte de la casa, como su nombre indica, en conformidad con la expresión estóica, *humilis amici:* sus derechos llegan á ser entonces bastante precisos y determinados para que la ley los sancione (1). Cabe á nuestras legislaciones modernas,

(1) Fouillée, *La science sociale contemporaine*, V, 2.

y muy especialmente á la francesa (ya volveré sobre este punto) la honra de haberlo comprendido y haber ampliado á la vez la esfera de la justicia y de la beneficencia. El imperdonable olvido en que malamente las habían dejado hasta el presente los moralistas europeos, hace que en Europa (y lo mismo en la América del Norte) tengamos necesidad de sociedades protectoras de animales. Como en Asia bastan las religiones para asegurarlas ayuda y protección, nadie piensa en fundar sociedades semejantes. Sin embargo, también en Europa se despierta de día en día el sentimiento del derecho de las bestias, á medida que poco á poco desaparecen y se desvanecen esas extrañas ideas de dominación del hombre sobre los animales (como si no se hubiera puesto en el mundo el reino animal más que para nuestra utilidad y nuestro goce); porque gracias á estas ideas, las bestias han sido tratadas como cosas. Tales son, sin duda alguna, las causas de esa conducta grosera, de esa absoluta falta de consideraciones de que son culpables los europeos antiguos para con las bestias; ya he hecho ver con Schopenhauer la fuente de esas ideas (que se halla en el Antiguo Testamento). Empero, ante la ciencia europea moderna, caen todas las barreras entre los séres vivos, y se proclama la sensación, la inteligencia, la voluntad en el animal como en el hombre, aunque en grado ininferior y en un estado de desenvolvimiento.

Inglaterra pasa, como ya queda indicado, por haber sido quien dió prácticamente y por primera vez expresión á esa generalización, y merece notarse que, según luego veremos, hayan sido ingleses los que nos han enseñado á amar y respetar á los animales. Schopenhauer menciona con admiración ese pueblo que «con sus tan delicados sentimientos, tomó la iniciativa y se distinguió por su extraordinaria compasión hacia los animales, dando de ello á cada paso nuevas y señaladas pruebas; esa compasión que triunfa de la *fría superstición* que en otros respectos degrada al país, ha podido decidirla á colmar con leyes el vacío que la religión había dejado en la moral. . . Me acuerdo haber leído la historia de un inglés que, de caza en la India, había disparado contra un mono. El animal, al morir, dirigió una mirada al inglés que éste nunca pudo olvidar. Desde entonces no volvió á tirar sobre ningún mono. De la misma manera William Harris, un verdadero Nemrod, que por amor á la caza se internó durante los años de 1836 y 1837 hasta el corazón del

Africa, en su viaje, publicado en Bombay el año de 1838 refiere que después de haber matado su primer elefante (era una hembra), volvió al día siguiente por la mañana á buscar la bestia muerta. Todos los demás elefantes habían huído: sólo la cría de la hembra había permanecido toda la noche cerca del cuerpo de su madre. Olvidando toda timidez, con las muestras del dolor más vivo y más inconsolable, se llegó ante el cazador y le dirigió su trompita, como para pedirle su ayuda. Allí—dice Harris—experimenté un verdadero arrepentimiento por lo que había hecho, y acudió á mi espíritu la idea de que había cometido un asesinato. . . Es preciso decirlo en honra de los ingleses: entre ellos es donde primeramente el legislador ha emprendido seriamente la protección de las bestias contra los tratamientos crueles. Allí el vil que haga sufrir á los animales lo paga, no importando que las víctimas sean de su propiedad. No se han conformado con ésto: en Londres se ha formado espontáneamente la *Sociedad protectora de animales,* con sus recursos privados, haciendo muchos gastos y trabajando activamente por evitar toda tortura causada á las bestias. Tiene emisarios secretos que van por todas partes, los cuales denuncian inmediatamente cualquier castigo cruel impuesto á esos séres que no son capaces de hablar, pero sí de sufrir. No hay paraje ninguno donde no sea de temer su mirada investigadora (1). Cerca de los puentes de

(1) Se verá que esto es serio por un ejemplo que toma del *Birmingham-Journal* (Diciembre, 1839): «Detención de los individuos de una sociedad de ochenta y cuatro aficionados á las riñas de perros. La sociedad protectora de animales tuvo noticia de que ayer, en la explanada, calle del Zorro, tendría lugar una riña de perros, tomó sus medidas para asegurarse el concurso de la policía. En efecto: un fuerte destacamento de policía marchó al lugar del combate, y llegado el momento, detuvo á todas las personas presentes. Todos los cómplices fueron atados dos á dos con esposas en las manos, y una larga cuerda ligaba entre sí á las diferentes filas. En esta postura fueron conducidos á la oficina de policía, donde se encontraban el alcalde y el juez de paz. Cada uno de los dos jefes fué condenado á la multa de una libra esterlina y á ocho chelines y medio de costas, y en caso de insolvencia á catorce días de trabajos forzados en una casa de corrección. Los demás fueron puestos en libertad.» Todos esos necios que no desperdiciaban ninguna ocasión para gustar de este placer, y otros tan nobles como él, debieron poner arrugado el ceño en esta procesión. Un ejemplo aún más soprendente encuentro en el *Times* del 6 de Abril de 1855, pág. 6, del que además fué ejecutor el mismo periódico. Refiere un hecho que acaba de ser puesto en conocimiento de los tribunales. Se trata de la hija de un opulento barón escocés, que por haber maltratado á su caballo apaleándole y pinchándole con un cuchillo, fué condenada á cinco libras esterlinas de multa. Pero ¿qué significa para

Londres, donde la pendiente es sumamente empinada, la Sociedad tiene un par de caballos que prestan su refuerzo gratuíto á los carruajes excesivamente cargados. ¿No es éste un rasgo bellísimo? ¿No arranca nuestra aprobación lo mismo que lo haría un acto de beneficencia con los hombres? Por su parte, la *Sociedad Filantrópica* de Londres ha ofrecido un premio de treinta libras esterlinas al autor de la obra en que mejor se expusieran las razones de moral propias para impedirnos maltratar á los animales; cierto es que estas razones había que sacarlas principalmente del Cristianismo, lo cual hacía más ardua la tarea. El premio se concedió en 1839 á Mr. Macnamara. Existe en Filadelfia una *Sociedad de amigos de los animales*. Al Presidente de esta sociedad ha dedicado un inglés—T. Foster—su libro, titulado *El amor de los animales: consideraciones morales sobre la actual condición de las bestias y medios de mejorarla* (Bruselas, 1839). El libro es original y está bien escrito. Naturalmente, como buen inglés, el autor se esfuerza por apoyar en la autoridad de la Biblia sus exhortaciones á la humanidad en favor de las bestias, sin que lo consiga nunca, y concluye por atenerse al argumento de que, habiendo nacido Jesucristo en un establo, entre la mula y el buey, debemos ver en ese símbolo nuestro deber de considerar á los animales como hermanos y obrar conforme á esta idea (1).

---

ella esa pena? El hecho habría quedado realmente impune si el *Times* no hubiera intervenido para infligirle un castigo proporcionado, que le doliese. Imprimió en dos sitios distintos, con gruesos caracteres, los nombres y apellidos de la muchacha y continuó en estos términos: «No podemos menos de decir que dos meses de prisión con algunos azotes aplicados por manos de robustas mozas del condado de Hamps, hubieran sido el castigo más adecuado para Miss N. N. Una desgraciada de su clase ha perdido todos los derechos á ser considerada y todos los privilegios de su sexo; ya no podemos considerarla como mujer.» Dedico estos artículos de periódicos muy particularmente á las asociaciones que ya se han constituído en Alemania contra los malos tratos de que son objeto los animales. En ellos verán cómo deben obrar si es que deben servir para algo. Con todo, debo rendir un justo homenaje al celo meritorio de que ha dado pruebas Perner, consejero de la corte en Munich, que se ha consagrado por entero á esta obra benéfica y que propaga su mismo celo por toda Alemania.

(1) Del mismo parecer es Kidd (*Social Evolution*, VII): «La sensibilidad á la miseria y á los sufrimientos de otros, se extiende cada vez más. Ni siquiera queremos que los animales sufran rigores inmerecidos: los combates de perros, las luchas de osos, las riñas de tejones, las peleas de gallos, desaparecen paulatinamente de nuestras costumbres, suprimidas por el sentimiento unánime de la multitud antes que

Pero si es exigible y obligatorio y religioso é indispensable ver en los animales «huéspedes del universo» como nosotros; si es testimonio de cultura y moralidad no atormentarlos, sobre todo á los domésticos, que viven en nuestra compañía y tan útiles servicios nos prestan, en cambio hay que evitar que este amor á la naturaleza, que este cariño á los animales sean pura misantropía ó pesimismo. Y he aquí á lo que han tendido siempre los entusiastas por el mundo animal. Un monarca inglés, cuya memoria goza de merecido renombre entre los suyos y entre los extraños, Guillermo el Conquistador, mostraba ya esas tendencias. El ejemplar del espíritu lleno de amor á los séres inferiores se nos ofrece en él, que «amaba á los animales de las selvas como si hubiese sido su padre» (1). Guillermo adquirió este amor á los animales en la soledad de los bosques que frecuentaba; pero no tuvo para los hombres, por efecto de su mismo salvaje aislamiento, más que odio, dureza, cólera; y el mismo «de cuyas miradas era preciso ocultarse para matar un cerdo ó un ciervo (2), sacrificaba inhumano enemigos, súbditos y hasta familia. Y es que cuanto más el amor á la animalidad tiende á reemplazar al amor á la humanidad, tanto más los hombres tienden á convertirse en animales. El labriego castellano, que tan encariñado está con sus bestias de labor, llega á hacerse insensible é indiferente á las desgracias de familia.

Existen además circunstancias en que para conservar su puesto en el mundo necesita el hombre lastimar ó sacrificar á los animales. Así, por ejemplo, los hay dañinos ó gravosos que

---

por la fuerza de la ley. También se observa la acción más ó menos directa de esos sentimientos en muchas otras corrientes morales de nuestros días. El vegetarianismo tiene su fuerza en el instinto de repugnancia que á muchas almas les inspira la idea de dar muerte ó de hacer sufrir á los animales que nos proporcionan alimentos. Nuestro siglo ha visto formarse en Inglaterra la *Sociedad protectora de animales*, tan conocida y muy floreciente; otras asociaciones de la misma clase han arraigado en todos los pueblos que hablan inglés y en algunos otros. Debemos también hacer constar que este sentimiento ha llegado á ser bastante eficaz en la nueva generación inglesa para asegurar el triunfo de una ley contra la vivisección (excepto en algunos casos legalmente definidos y con ciertas restricciones), prohibiendo á la misma ciencia causar sufrimiento á los animales; y lo que es aún más característico, hemos visto cómo la opinión pública, movida en muchas ocasiones por un instinto más fuerte que los argumentos que se le proponían, insistió en la estricta aplicación de la ley atacada por ciertas autoridades».

(1) Poitiers: *Gesta Villelmi*, IX.

(2) Green: *Short History of the English people*, t. I.

tiene la necesidad, ya que no el deber, de aniquilar; los hay útiles, con cuya carne ha de alimentarse y con cuyas pieles proveerse de abrigo; los hay, en fin, domesticables, y á éstos necesita esclavizarlos y á las veces fatigarlos, porque no puede privarse de su auxilio para sus negocios y trabajos. La ley de la concurrencia ó lucha por la vida tiene aquí su aplicación y toda la legitimidad de sus consecuencias. Sin embargo, para comprender que á pesar de este derecho la sociedad humanitaria y civilizada conserva la obligación de representarse con piedad el dolor que la animalidad experimenta por su causa, no se necesita más que un adarme de buen sentido. El «rey de la creación» no ha de olvidar jamás que aquel dolor es un hecho, esforzándose en obrar de tal suerte que lo deje reducido á su *minimum*. Debe, por tanto, matar á unos animales lo más rápidamente posible, y hacer á los otros el trabajo tan soportable como quepa. «La violación de estos deberes—dice Strouss (1)—está castigada en el hombre con la disminución del sentimiento.» «Entre la piedad con los animales y la bondad de alma—escribe también Schopenhauer (2)—hay un lazo muy íntimo. Puede afirmarse sin vacilar que cuando un hombre es malo con los animales no tiene probabilidad de ser bueno con sus semejantes.» La historia criminal nos enseña cuántos han sido verdugos y asesinos de animales antes de venir á serlo de hombres (3); y la opinión común reconoce este peligro al vituperar y castigar la crueldad de los niños para con las criaturas irracionales, invocando el sentimiento de la compasión. Véase el ejemplo que presenta Mad. Necker de Saussure (4), referido, según afirma, por un sagaz observador del corazón humano: «A la edad de siete ú ocho años había acompañado á mi padre á una visita de algunos días á casa de un amigo. Era frecuentemente el teatro de mis juegos

---

(1) *Der alte un der neu glaube*, IV, 5.

(2) *Fundamento de la Moral*, III, 19, 7.

(3) «El que se acostumbra á ver sufrir á séres sensibles — escribe Rey Heredia (*Etica*, pág. 152) — apaga tarde ó temprano los sentimientos compasivos que debiera guardar ardientes y sin menoscabo para ejercerlos con los hombres. Casi estuvo bien merecido lo que cuentan de un ciudadano ilustre á quien en lo antiguo se negó una magistratura, porque de niño se había entretenido en martirizar unos pájaros. De Nerón se dice que principió la carrera de sus crueldades saltando los ojos á las moscas.»

(4) *L'éducation progressive, ou etude du cours de la vie*, t. I, pág. 105.

un gran jardín situado bajo las ventanas del castillo. En un rincón de este jardín había un ave de rapiña encerrada en una jaula. Una pequeña codorniz con las alas cortadas corría acá y allá en libertad. Una mañana, después de perseguirla largo rato, me apoderé de ella y, no sé como, se me ocurrió la desgraciada idea de presentársela al ave de rapiña. Esta me la arrebató en seguida y devoró á mi vista al pobre animalito. El amo de la casa, que había presenciado la escena desde la ventana de su cuarto, se lo dijo, á lo que parece, á mi padre, y entre los dos concertaron la lección que yo debía recibir. A los postres de la comida de aquella tarde y ante un gran número de convidados, nuestro amigo contó la escena friamente y sin reflexiones, pero nombrándome. Cuando hubo terminado, sucedió á sus palabras un momento de silencio general; todos me miraban con una especie de horror; oí algunas frases pronunciadas entre los comensales, y sin que nadie me dirigiera la palabra, pude comprender que producía á todo el mundo el efecto de un *mónstruo*.

El tratamiento que una nación ejerza en general sobre los animales es un elemento importante para apreciar su humanidad (1). En este orden de disposiciones, el principal honor y el principal galardón han sido para Francia, cuya ley de 9 de Julio de 1885, conocida con el nombre de *ley de Grammont*, pena con multa y cárcel á cuantos «hayan ejercido pública y abusivamente malos tratamientos para con los animales domésticos.» No sólo Francia, sino también otra porción de naciones civilizadas tales como Suiza, Inglaterra, etc., pugnan con sus *Sociedades protectoras de los animales*, por mejorar la condición de éstos y sostener sus derechos al respeto del hombre. Los españoles, contrastando en esto como en todo con los demás pueblos, carecemos de esta bondad simpática y social, somos duros con los animales domésticos y en nuestra insensibilidad y en nuestra crueldad fría y feroz nos complacemos en los suplicios de los séres

---

(1) «La piedad con el animal y las virtudes sociales tienen la misma fuente. Se ven, por ejemplo, personas de una sensibilidad exquisita, que al recuerdo de un momento en que, por mal humor, por cólera, exaltados quizá por el vino, han maltratado á su perro, á su caballo ó á su mono, sin justicia y sin necesidad, ó más de lo razonable, se apodera de ellas un vivo arrepentimiento y se encuentran tan descontentas de sí mismas como pudieran estarlo al recuerdo de una injusticia cometida con uno de sus semejantes que les recordara su conciencia vengadora.» (Schopenhauer: *Fundamento de la Moral*, III, 17, 7).

inferiores y gustamos de ir á las corridas de toros, que no contribuyen á la persistencia de la energía, sino de la barbarie, porque el placer de la sangre jamás ha contribuído á formar héroes (1), como atestigua claramente la historia de la decadencia de Roma y otras historias semejantes.

Los animales son nuestros «hermanos menores». Este es el calificativo que les otorgan el *Rig-Veda*, Celso, Herder, Michelet, Delboeuf y la mayor parte de los escritores modernos. La sociedad contemporánea reconoce en la práctica tal idea al atribuir á los animales las mismas facultades en lo esencial que al hombre, educándoles, dirigiéndoles, recompensándoles, castigándoles y mostrándoles odios y afectos, predilecciones y simpatías. Ya era tiempo de que en nombre de la paternidad universal de Dios y la fraternidad del hombre con la naturaleza se diese á los animales, no sólo el buen tratamiento que la piedad inspira, sino el derecho que tienen á ser tratados como colaboradores de las obras que contribuyen á la perfección y embellecimiento de nuestro globo. Por medio de la observancia de esta ley de justicia eterna, se van corrigiendo las exageraciones romanas que afirmaban el antropocentrismo y justificaban la legitimidad de la fuerza, haciendo de la propiedad de los animales *jus utendi et abutendi*. Los beneficios que han de resultar de la corrección de nuestras ideas en este punto harán á los hombres modernos cada vez más dignos de honrar en la sociedad la carne que vestimos.

V.—Aplicaciones religiosas.

No quiero ocuparme aquí sino de los resultados del espíritu de las religiones en su forma abstracta ó dogmática. Es éste uno de los problemas transcendentales desde nuestro punto de mira hilozoista, pues decide en parte de si la Providencia, objeto supremo de la religión, sólo se manifiesta como reveladora en la esfera de los fenómenos llamados sobrenaturales, ó si se puede reconocer también, ó mejor dicho, más bien en la naturaleza misma, esto es, en el fondo íntimo del universo. Saint-Beuve

(1) Fouillée en un trabajo que intitula *Esquisse psichologique des peuples européens* (París, 1903), hace sobre este punto excelentes observaciones críticas. Véase también mi escrito acerca de *El problema religioso en España*, c. VI.

escribía á un amigo á propósito de los adversarios de esta clase de providencialismo: «Montalembert y yo morimos de la misma enfermedad; sólo que la mía proviene de la naturaleza y la suya de la Providencia.» Este modo de ver sobre la Providencia es sencillamente la exclusión de Dios del terreno de las acciones naturales para evitar de esta suerte toda amplitud de conciliación según miras hilozoistas. Yo no puedo seguir ese criterio, porque el mecanismo de la naturaleza para explicarlo todo no me satisface y la necesidad de una Providencia se me impone. Acorde con este punto con Bossuet y con los espiritualistas modernos, creo que la primera regla de nuestra lógica es que no deben abandonarse las verdades, una vez conocidas, por más dificultades que haya para conciliar las unas con las otras; es preciso, por el contrario, que sostengamos con firmeza los dos extremos de la cadena, por más que no aparezca siempre el eslabón que los une. Y esta reflexión es ocioso insinuar que ofrece particular importancia para el filósofo, en cuanto su criterio religioso debe ser naturalista á la vez que espiritualista, siguiendo el consejo de Diderot de engrandecer á Dios—*elargissez Dieu*—y mostrárselo al hombre, no en el templo, sino siempre y en todas partes.

Bueno—se me replicará—; más ¿y vuestro choque con las ideas tradicionales sobre la Providencia? ¿Y vuestro abandono del concepto antiguo de religión? No los oculto ni los desconozco; pero se me permitirá añadir que en el fondo no creo comprometidas por el hilozoismo ni una ni otra idea. No la de Providencia; pues como nota Sabatier, «la verdadera base de un conflicto entre las tendencias materialistas y espiritualistas es la negación á la afirmación de un Sér superior capaz de crear y regir el mundo. Este Sér esencialmente libre ha podido concebir su obra como haya querido, y cualquiera que sea la organización de que la haya dotado, no deja de quedar siempre como fuente de todas las energías y dueño soberano de todos los mecanismos. «Nada—ha dicho el gran Lamarck, el verdadero padre del transformismo—nada puede existir más que por la voluntad del sublime Autor de todas las cosas. Mas ¿podemos asignarle reglas en la ejecución de su voluntad y fijar el plan que ha seguido en su obra?» No podemos ni debemos. El juicio de los hombres no le alcanza. No hay cerebro en la tierra que pueda apreciar el secreto de plan tan grandioso. Por la misma razón, no tenemos

motivo para poner á la concepción hilozoista en antagonismo con los sentimientos religiosos. Por el contrario, si se quiere dar una denominación adecuada á esos espasmos suprasensibles, en cuyo ennoblecimiento trabajan la mayoría de los séres inteligentes y quizá sin quererlo la naturaleza misma cuando nos impone la religión, necesario es atenerse al neo-misticismo de Guyau, porque gracias á los ideales de este pensador, la relación inmanente con la menor partícula material y con la más insignificante cosa creada ha venido á constituir el fondo de todo acto religioso. Guyau ha aceptado por religiosidad el sentimiento de la universalidad de la vida, el hilozoismo. Esta universalidad es la mejor garantía para las almas religiosas.

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO

(Se continuará).



DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

CUANDO llegamos al sitio en que se celebraban las ceremonias de Bagh, la festividad estaba en todo su apogeo.

El novio no contaba más que catorce años y la novia hasta diez solamente. Adornaba las naricitas de la novia, haciéndolas encorbar con su peso, un enorme anillo de oro salpicado de piedras muy brillantes. Miraba de una manera cómicamente lastimosa, lanzándonos de vez en cuando ojeadas furtivas. El novio, muchacho, robusto y de saludable aspecto, estaba á caballo rodeado de toda su parentela masculina y vestía traje de paño de oro y un historiado sombrero lleno de pinturas de Indra.

El altar, especialmente erigido para esta ocasión, presentaba un extraño golpe de vista. Su construcción era de ladrillos y ar-

cilla blanqueada, y su altura, según lo prescripto, medía tres veces la longitud del brazo de la novia, tomada desde el hombro hasta el dedo de en medio. Sobre el altar y á ambos lados del «dios de los matrimonios», se elevaban dos pirámides formadas por cuarenta y seis vasos de tierra pintados á rayas de amarillo, rojo y verde, que son los colores de la Trimûrti, y rodeándole por completo, multitud de casaditas se ocupaban en moler gengibre. Cuando estuvo reducido á polvo, se arrojaron todas á una sobre el novio, lo bajaron del caballo, y después de desnudarlo comenzaron á frotarle con gengibre humedecido. Tan pronto como el sol secó su cuerpo, lo vistieron nuevamente algunas de ellas, mientras parte de las otras cantaba y las restantes vaciaban sobre su cabeza frascos llenos de agua de hojas de loto. Comprendimos que esto era una delicada atención para con los dioses del agua.

Nos enteramos también de que toda la noche precedente la pasaron entregados al culto de diversos espíritus. Estos últimos ritos, que habían dado principio hacía ya algunas semanas, se terminaron apresuradamente en el transcurso de la pasada noche. Invocaciones á Ganesha, dios de los matrimonios; á los dioses de los elementos: agua, fuego, aire y tierra; á la diosa de las viruelas y otras dolencias; á los espíritus de los antepasados y espíritus planetarios, á los malos espíritus, buenos espíritus, espíritus familiares, etc., etc. Súbitamente una música hirió nuestros oídos... ¡Cielos santos, qué sinfonía tan espantosa! Los sonidos de los tam-tams hindos, tambores tibetanos, caramillos cingaleses, trompetas chinas y gongs burmeses nos envolvieron por todas partes, destrozando nuestros oídos y despertando en nuestras almas odio á la humanidad y á las invenciones humanas.

«De tous les bruits du monde celuí de la musique est le plus désagréable!» fué el primer pensamiento que vino á mi memoria.

Felizmente no fué de larga duración este suplicio, siendo reemplazado por cantos corales de brahmanes y nautches, muy originales y perfectamente soportables. La boda era de gente rica, y por tanto las «vestales» aparecieron en escena. Hubo un momento de silencio, de cuchicheos contenidos, y una de ellas, hermosa muchacha, alta, cuyos ojos literalmente ocupaban la mitad superior de su cara, se fué aproximando á los invitados uno por uno en perfecto silencio, y pasando la mano por sus ros-

tros, los dejó marcados con polvos de sándalo y azafrán. Llegóse también á nosotros avanzando suavemente con sus pies desnudos sobre el camino polvoriento, y antes que nos diéramos cuenta de lo que iba á hacer, ya nos había untado á mí, al coronel y á Miss X, siendo causa de que la última estornudase y frotase su cara por espacio de diez minutos lo menos, protestando indignada tan ruidosa como inútilmente.

El Babu y Mulji ofrecieron sus mejillas á la linda mano llena de azafrán, con sonrisas de condescendiente generosidad. Pero el indomable Narayan se apartó de la vestal tan rápidamente, en el momento preciso en que dirigiéndole ardientes miradas se alzaba sobre la punta de los pies para alcanzar á untarle, que perdió por completo el equilibrio y le lanzó una buena dosis de polvos á las espaldas, mientras él se alejaba con el ceño fruncido. Surcaron también la frente de la vestal algunas amenazadoras líneas, mas reprimiendo al instante su cólera, se dirigió hacia Ram-Runjit-Das con el rostro deslumbrante de sonrisas halagüeñas. Pero con éste fué menos afortunada todavía; sintiéndose de repente ofendido en su monoteísmo y castidad, el «Guerrero de Dios» rechazó á la vestal tan bruscamente que estuvo á punto de derribar las pirámides de tiestos que adornaban el altar. Un murmullo de descontento salió de entre la muchedumbre y ya creímos llegado el momento de ser condenados, por los pecados del guerrero sikh, á una vergonzosa expulsión, cuando los tambores sonaron de nuevo y la procesión se puso en movimiento. Rompían la marcha los trompeteros y tamborileros montados sobre una carreta dorada de arriba á abajo y arrastrada por bueyes profusamente adornados con guirnaldas de flores; inmediatamente después iba toda una banda de flautistas y detrás de ellos un tercer grupo de músicos á caballo que golpeaban frenéticamente enormes gongs. A continuación de los músicos venía el *cortége* formado por los parientes del novio y de la novia, marchando todos de dos en dos sobre caballos adornados con ricos jaeces, plumas y flores. Seguía al *cortége* un regimiento de bhils en pleno... desarme, porque el gobierno inglés no les permite el uso de otras armas que arcos y flechas. El aspecto de todos estos bhils era el del que padece de dolor de muelas, á causa del extraño modo de colocar los extremos de su blanco *pagris*. Después de éstos marchaban los clérigos brahmanes llevando cirios aromáticos en sus manos

y rodeados por el inquieto batallón de nautches, los cuales se entretenían durante todo el camino haciendo graciosos *pas* y *glissades*. Detrás iban los brahmanes de estado seglar: los «dos veces nacidos.» El novio cabalgaba sobre magnífico caballo y á ambos lados de él marchaban dos parejas de guerreros armados con colas de vaca, que agitaban para espantar las moscas, y otros dos hombres más con abanicos de plata. Completaba este grupo un brahman desnudo, caballero sobre un asno, el cual sostenía por encima de la cabeza del muchacho un enorme quitasol de seda roja. Seguíales una carreta cargada con un millar de cocos y un ciento de cañas de bambú atadas juntas con una cuerda roja. El dios que vela sobre los matrimonios iba en melancólico aislamiento sobre el vasto lomo de un elefante, cuyo mahout le conducía por medio de una cadena de flores. Nuestras humildes personas marchaban, con toda modestia, justamente detrás de la cola del elefante.

El cumplimiento de ritos durante el camino parecía interminable. Hicimos alto delante de cada árbol, cada pagoda, cada matorral y estanque sagrados y por último ante una vaca sagrada. Habíamos salido un poco antes de las seis de la mañana y cuando volvimos á casa de la novia eran las cuatro de la tarde. Estábamos completamente agotados, sobre todo Miss X, á la que faltaba muy poco para quedarse literalmente dormida en pie. El indignado sikh hacía ya largo rato que se había marchado en compañía de Mr. Y y de Mulji, á quien el coronel puso el sobrenombre de el «general mudo.» Nuestro respetable presidente sudaba á mares, y hasta el inmutable Narayan, menudeando los bostezos, pedía alivio al abanico. En cambio el Babu nos causó verdadero asombro. Después de haber andado nueve horas bajo los rayos del sol y con la cabeza descubierta, parecía encontrarse más fresco que nunca, sin que por su rostro moreno y lustroso corriese la más pequeña gota de sudor. Con su eterna sonrisa, que ponía al descubierto la blanca dentadura, se burlaba de nosotros recitando las «Bodas de diamante» de Steadman.

Luchamos contra la fatiga en nuestro deseo de presenciar la última ceremonia, después de la cual la mujer queda para siempre separada del mundo exterior. Llegamos justamente cuando daba principio, concentrando, desde luego, en ella toda nuestra atención.

El novio y la novia estaban colocados delante del altar. El brahman oficiante ligó sus manos con algunos tallos de kus-kus y les ordenó que diesen tres vueltas alrededor del altar. Después de ésto les desataron las manos y el brahman murmuró un *mantram*. Terminado el cual, cogió el novio en brazos á su diminuta novia y en esta forma dió tres vueltas alrededor del altar, repitiendo á continuación las mismas tres vueltas, solamente que esta vez el novio precedía á la novia y ésta le seguía como esclava sumisa. Una vez que hubieron concluído de dar las vueltas, colocaron á la novia en una silla alta junto á la puerta de entrada, trajo el novio una jofaina con agua, se descalzó y después de lavarse los pies, se los secó en la larga cabellera de ella. Nos dijeron que esta era una costumbre muy antigua. A la derecha del novio tomó asiento su madre. La novia se arrodilló ante ella, y habiendo verificado la misma operación con sus pies, se retiró á la casa. Entonces su madre, saliendo de entre la muchedumbre, repitió la misma ceremonia, pero sin hacer uso de sus cabellos como toalla. La joven pareja estaba casada. Sonaron una vez más los tambores y tam-tams y medio sordos nos dirigimos hacia nuestro alojamiento.

(Continuará).



Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society*).
The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)
The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland).
Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkeri en Boekhandel).
Revue theósophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)
Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)
Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)
Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)
Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. INDIA. (Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. BRASIL. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. (Bahia.)
La Lumiere. PARÍS. (Rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. ITALIA. (Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)
Constancia. BUENOS-AIRES. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. BUENOS-AIRES. (Victoria, 3325.)
Freya. BUENOS-AIRES. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. TARRASA. (Pantano, 91.)
Luz y Unión. BARCELONA. (Ferlandina, 20.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. PARÍS. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. PORTUGAL, COIMBRA. (Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo PORTUGAL. (SERPA.)
Revista masónica. BUENOS-AIRES. (Calle Cuyo, 1131.)
Helios. MADRID. (Lista, 8. 3.º)
La Revista Blanca. MADRID. (Cristóbal Bordiú, 1.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

LA NOCHE ESPIRITUAL

Entre los peligros que se oponen al progreso del aspirante serio, no hay alguno tan deprimente por su naturaleza, tan fatal por sus efectos, como ese que se llama «noche espiritual», sombra de desaliento que desciende sobre nuestro corazón y nuestra mente y que nos envuelve con su velo sombrío, borrando todos los recuerdos de la paz anterior y todas las esperanzas de un futuro adelantamiento. Así como cierta densa neblina se esparce en las grandes ciudades penetrando por todos sus rincones y confines, haciendo desaparecer todos los objetos familiares, interceptando toda perspectiva y llegando á convertir en manchas indecisas las brillantes luces hasta el punto de que, para el extraviado viajero, parece que nada queda sino él y la angustiosa atmósfera que lo rodea, así también, de un modo parecido, la niebla de la noche espiritual desciende sobre nosotros. Todos los puntos de descanso que en nuestra marcha tuvimos desaparecen entonces; el sendero se desvanece en la sombra, despojándose de su brillo las habituales antorchas que le iluminaban, y los séres humanos aparecen como verdaderos fantasmas que, aquí y allá, salen de la noche, nos codean un instante y de nuevo se pierden en la espesa tiniebla. Se encuentra

entonces el aspirante perdido; una terrible sensación de aislamiento le llena y á nadie ve á su lado para atenuar la soledad. Las figuras humanas que le sonrieron se han desvanecido; las voces humanas que le dieron aliento permanecen mudas; y el amor humano que hasta entonces le acariciara, se convierte en una glacial emoción de horror. Sus amigos y sostenes se encuentran rechazados lejos de él; ni una sola palabra que lo anime llega hasta él desde el triste silencio. Si pretende avanzar entonces, como el terreno sobre el cual debe asentar el pie es invisible, siente la sensación de que pudiera caer en un precipicio, y un sordo bramido de olas, de incalculable profundidad, cuya lejanía inmensa intensifica el silencio, le amenaza con la destrucción. El Cielo le está oculto así como la tierra; el sol, la luna y las estrellas se han borrado, y ni uno solo de sus rayos atraviesa la obscuridad. Cree entonces encontrarse como suspendido sobre un abismo sin fin y como si estuviese á punto de caer en el vacío; la llama de su vida parece vacilar en la tiniebla cual si, simpatizando con la sombra universal, quisiese también dejar de brillar. El horror de la profunda noche se extiende en torno suyo, paralizando toda energía, aniquilando toda esperanza. Dios y el hombre lo han abandonado: está solo, solo.

El testimonio de todos los grandes místicos prueba que este cuadro no está recargado; no existen gritos de humana angustia más amargos que los que nos llegan como quejas desde esas páginas en las cuales almas nobles y sensatas nos dicen agotaron sus pruebas sobre el sendero. Buscaron éstas la paz y se encontraron en medio del combate; la alegría y la tristeza fué su lote; la visión beatífica y la noche de la tumba las rodeó. Que almas menores no hayan todavía sufrido la prueba, é incrédulas consideren su posibilidad, oponiendo sus teorías de lo que podría ser á los hechos brutales de lo que es, nada prueba sino que la hora no les ha llegado. El niño no puede medir el esfuerzo del hombre, ni el pequeñuelo que se amamanta sentir la congoja que penetra hasta el mismo seno que lo nutre. Cada edad tiene el fruto que le conviene, y mientras todos podemos comprender las experiencias que detrás quedan, nadie puede entrever la naturaleza de aquellas que delante de nosotros se encuentran. Es, hasta cierto punto, natural que el espíritu no evolucionado se burle de la agonía que es incapaz de apreciar, que

desprecie el sufrimiento que no puede aún sentir, que ridiculice como una debilidad las señales de una inquietud cuyo menor ataque consumiría como á un tallo de paja su fuerza tan alabada; pero aquellos que progresan en la humanidad divina, conocen la realidad de la noche, y esos solos, que saben, pueden juzgar.

Desde el principio del verdadero aprendizaje de la vida elevada, la noche—una noche menos absoluta que la que acaba de ser descrita, pero, sin embargo, suficientemente penosa para el alma aún no evolucionada—, contrariará y probará también sus fuerzas. El aspirante celoso, en efecto, se apercibirá bien pronto que algunos accesos de desaliento cuya causa no puede descubrir, descienden sobre él y le sumen en la más amarga aflicción. Llega en un exceso de sensibilidad que acompaña á este período de desarrollo, á reprocharse á sí mismo tales momentos de tristeza, á censurarse vivamente por la pérdida de la serena tranquilidad que se había propuesto como ideal. Cuando la obscuridad se extiende sobre él, todo objeto que le rodea toma una forma inacostumbrada y extraña. Pequeñas contrariedades aparecen considerables, deformadas como lo son por las brumas que lo envuelven; ligeros fastidios llegan á presentarse como grandes sombras que ocultan como nubes el sol, y esas pequeñas intranquilidades que en épocas más felices pasan inadvertidas, excitan todos los nervios y torturan toda la sensibilidad. Parece como si se hubiera caído de la cumbre sobre la cual se trepó después de prolongados esfuerzos...; parece que todos los anteriores trabajos están perdidos y que sus frutos arrancados de la mano.

Como muy bien se ha dicho: «Es admirable considerar cómo las Potencias de la noche parece que ahuyentan con una sola de sus ráfagas todos los tesoros espirituales que se consiguió adquirir y recoger con tantas penas y cuidados, después de años de pruebas y de trabajos incesantes.»

Nada debe sorprendernos que el alma temblorosa y azorada del neófito sea herida por la desesperación, cuando el botín de sus victorias, obtenido después de combates inmensos, se desmenuza en polvo entre sus manos.

Examinemos las causas de esta obscuridad, pues aunque, cuando ella pesa sobre nosotros, todo conocimiento teórico se desvanece bajo nuestros pasos, ese conocimiento no por eso nos

ayudará menos, una vez que empiece á iluminarnos, á desembarazarnos más pronto de aquélla. Nada sino una experiencia práctica repetida puede mantenernos tan firmes y tranquilos en la obscuridad como en la luz, pero, á pesar de ello, un conocimiento teórico no deja de ocupar su lugar en la evolución del espíritu.

Consideremos separadamente el caso del aspirante y el del discípulo aceptado, pues si las causas de obscuridad que afectan al primero obran también en parte para hacer descender la noche sobre el último, hay causas adicionales que actúan cuando se trata del discípulo admitido.

Primeramente, existe el hecho bien conocido de la aceleración del Karma, desde el momento en que un hombre ha dirigido resueltamente su faz hacia la entrada de la vía. No tenemos necesidad de insistir sobre ese hecho, pues ha sido ya explicado con frecuencia y no tiene sino un papel relativamente insignificante en la producción de la noche. El placer y el sufrimiento en conexión con las emociones y las penas, pertenecen al mundo astral y son experimentados por intermedio del cuerpo astral; por consecuencia, una parte muy grande del Karma corresponde, por su naturaleza, al plano astral, y en él debe ser agotada. Un mal Karma puede de esta manera ser expiado con amplitud por sufrimientos independientes de todo acontecimiento; el sufrimiento que acompaña en los casos normales á las desgracias, á los desastres de todo género sobre el plano físico, tiene su asiento en lo astral, y sufrimos en nuestro astral mientras que somos probados en nuestro físico. Pero este sufrimiento astral puede estar separado de los acontecimientos físicos con los cuales se encuentra generalmente asociado, y puede ser experimentado fuera de tales acontecimientos. En la aceleración del Karma se verifica con mucha frecuencia este hecho, y una parte de la obscuridad soportada por el aspirante es debida á esta causa. Ha llegado para el aspirante el momento de expiar su mal Karma, recibiendo el sufrimiento que debería llegar más adelante en otro caso, pues ese sufrimiento está ligado á acontecimientos no maduros todavía para su manifestación sobre el plano físico. Y si observa su propia vida, encontrará que más tarde pasará por sucesos que de ordinario son considerados como del más penoso carácter, con una indiferencia que le producirá sorpresa, hecho que ocurre porque ya ha soportado

el sufrimiento normalmente unido á esos acontecimientos, y no encuentra sobre el plano físico más que los simples despojos ó fantasmas, las formas vacías, que es todo lo que queda cuando la conciencia astral, que ordinariamente vivifica á esas formas, se ha retirado. (Es bueno recordar á los estudiantes—aunque el sujeto es demasiado extenso para poder ocuparnos de él aquí—, que la conciencia del hombre es astral en nuestro actual período de evolución.) El aspirante puede, pues, consolarse cuando una obscuridad sin causa aparente desciende sobre él, pensando que paga algunas de sus deudas kármicas, y que la cancelación de estas deudas jamás es exigida dos veces.

En segundo lugar, el aspirante trata de purificar y, finalmente, de destruir su personalidad. Los placeres aumentan é intensifican la vida de la personalidad, mientras que las penas la disminuyen.

Por su propia voluntad, bien decidida, ha ofrecido la personalidad en sacrificio al Poder del «fuego devorador», y si el sacrificio fué aceptado, la llama baja y la destruye. ¿Qué fuente de amargura hay en esto? Que este fuego, á medida que consume las escorias de la personalidad y da libertad al oro puro de la vida, debe necesariamente aportar dolor á esta vida rápidamente purificada de elementos que, durante milenios, habían formado parte de su sér y estuvieron mezclados á todas sus actividades. Y aquí es donde interviene el peligro que hace que sea tan temible la noche espiritual. El aspirante ¿podrá resistir mientras el sombrío fuego consuma lo que parece ser su vida verdadera? ¿Podrá soportar la prueba de vivir á través de la obscuridad, y cuando ésta se disipe encontrarse todavía en su puesto, fatigado y rendido tal vez, pero *allí* á pesar de todo? Si lo puede, una paz profunda sucederá á esa obscuridad y en el seno de ella oirá el canto de vida.

Fuerzas nuevas inundarán su sér, y tendrá conciencia de una visión más profunda, de una posesión más completa de la verdad; las tinieblas no le parecerán sino la madre de la luz, y habrá aprendido en ellas inapreciables lecciones que le mantendrán en la buena vía durante las futuras pruebas. Mas ¡ay! que es, sin embargo, demasiado común que el valor desfallezca y la constancia falte, y entonces la obscuridad es la noche de una tumba temporaria, y quizá, durante el resto de la encarnación, «esa sombra causará la pérdida de un alma noble que no ha al-

canzado aún la fuerza necesaria para soportar el sufrimiento».

La noche es generalmente un velo arrojado sobre el aspirante por las fuerzas destructoras que obran en el universo. Para el cumplimiento de la evolución, la destrucción es tan necesaria como la construcción, y la desintegración tanto como la agregación. Lo que en apariencia retarda, fortifica en realidad; así como la muerte no es sino un aspecto del nacimiento. El ocultista sabe que toda fuerza de la naturaleza representa la acción de una inteligencia invisible, y que esto es tan cierto para las fuerzas destructoras como para las constructoras; y sabe también que las inteligencias destructoras, las Potencias Negras como generalmente se les llama, han de engañar, ilusionar, extraviar al aspirante en el momento en que ha realizado un progreso lo suficientemente amplio y extraordinario para llamar su atención y para hacerlo digno de sus ataques. Tratando de retardar la evolución hacia esferas más elevadas y de prolongar la soberanía de la materia, consideran enemigo propio á cualquiera que marche fuera de la vía normal y busque vivir de la vida espiritual.

Y en verdad, no otra cosa que esas «potencias de la naturaleza», tan frecuentemente mencionadas en los libros místicos, son las que detienen las aspiraciones del alma. El medio que, entre todos, tal vez ellas prefieren, es el de llevar el desaliento y, si es posible, conducir á la desesperación, envolviendo al espíritu en la obscuridad y haciéndole creer que está abandonado y solo. Ese sentimiento que produce la angustia particular del aislamiento proviene de ellas, y esos pensamientos que envían sobre nosotros la desesperación no son más que el eco de sus burlas. A medida que se progresa sobre el Sendero, todas las potencias de la Naturaleza deben ser gradualmente atacadas y vencidas; el combate debe ser verificado y la victoria ganada mientras el combatiente se encuentra solo. ¿Solo? ¡Ah! no completamente solo en realidad; ¿quién podría separarnos de la Vida única, que es nuestro verdadero Ego divino, ó del amor de los Maestros que velan sobre cada paso del combatiente? Pero sólo para lo que concierne á la inteligencia que siente al «Yo» como falto de ayuda y abandonado existe todo esto.

Cuando estudiamos la vida del discípulo aceptado, encontramos en acción las mismas causas que hemos visto actuar en la vida del estudiante; pero á ellas se añade además otra, la cual,

á medida que aquél avanza, juega un papel cada vez más importante en su experiencia. Conforme el individuo se desprende de los lazos de su propio Karma, queda más libre para soportar una parte del «pesado Karma del universo» y, así también, empieza á combatir, por la causa universal, á las grandes fuerzas destructoras; se coloca entre éstas y la humanidad, haciendo volver sus energías sobre sí en cuanto puede. El pecado y la tristeza del mundo, la desesperante ignorancia de los hombres, pesan entonces sobre él, y hasta que alcance la poderosa paz que tiene su raíz cierta en el perfecto conocimiento, no podrá huir de esta sombra que periódicamente caerá sobre su sér, como si toda la tristeza del mundo viniera á quebrantarle el corazón, haciéndole sangrar por todos los poros y llenándole de «impotente piedad» ante la ceguera humana, madre de la miseria, y ante la ignorancia que es el pecado. Y no se atreverá á arrojar esos sentimientos de tristeza, porque, en virtud de la unidad que se realiza cada vez más y que le muestra la armonía de su vida con la de todos los hombres, comprenderá que esa tristeza es la suya y que por medio de ella participa del Karma de aquéllos y activa su evolución. Y he aquí que aprenderá gradualmente á soportarla con una pasible satisfacción, adquiriendo una profunda alegría interior, hasta que la potencia abrumadora de aquélla disminuya y desaparezca finalmente, no dejándole más que una infinita compasión. La tristeza, entonces, se hará más querida que todo lo que el mundo llama alegría, y la obscuridad aparecerá como un crepúsculo, más bello y agradable que el resplandor del sol de medio día.

El sufrimiento que se experimenta es más agudo y penetrante aún «cuando el candidato se aleja de la luz y desciende solo en la noche para encontrar y subyugar á las Potencias del Mal». Es ésta la tarea de los Salvadores del mundo, y llegará la hora para el discípulo en la cual habrá de cumplir ese solemne y glorioso deber. Por un aprendizaje gradual será llevado á esos esfuerzos más árduos del futuro; deberá dejarse penetrar por fuerzas inharmónicas y punzantes de modo que éstas se agoten en él; le despedazarán y le extenuarán generalmente, pero llegarán por último á ser convertidas en armoniosas y rítmicas, haciéndose fuerzas de edificación en vez de fuerzas de destrucción.

Los discípulos son los crisoles de la naturaleza en los cuales

los compuestos dañinos son disasociados y vueltos á combinar en compuestos nuevos que aumentan el bien general. A medida que esas fuerzas en ebullición estallan con violencia, el sensitivo crisol humano se estremece bajo el esfuerzo terrible, y no es de admirar que, incapaz de resistir, sea algunas veces quebrado.

Por una disciplina semejante, largo tiempo continuada, el discípulo fortifica sus poderes y se hace apto para sobrellevar fardos más pesados, para soportar la obscuridad de la espantosa noche en la cual se siente abandonado de Dios y de los hombres, en la cual parece arrojado como pasto á las Negras Potencias, para que éstas puedan ejercer sobre él su voluntad, en la cual la vida no es sino una tortura, y donde se implora como un remedio la cesación de la conciencia. En estos momentos es cuando nace la tentación sutil que dice: «desciende de la cruz»; el discípulo sabe que nada lo retiene unido á ésta, si no son los clavos del fin que persigue y de su indomable voluntad; sabe que en cada instante puede hacer cesar su tormento si quiere sustraerse á él; pero esa cesación es á cambio del universo, por la redención del cual se ha sacrificado. Si se sustrae al dolor, el mundo sufrirá; si puede soportar la agonía, el fardo de la humanidad se encontrará un poco aliviado: «Ha salvado á los otros y no puede salvarse él mismo.» Los sarcasmos del incrédulo son de regla en la vida de los Cristos.

Pero hasta el fin mismo, esta esperanza que sostenía su valor, huye lejos de él, y la noche de la desesperación lo envuelve y le insinúa que toda su angustia es vana, que está derrotado, subyugado, y que todo aquello que esperaba dar como un servicio á la humanidad no es sino la «visión ilusoria de un sueño». Nunca más servirá á su maestro con una alegre obediencia; jamás ya alma en pena alguna se verá gozosa con la luz que él lleva; ha enseñado á los otros que era preciso seguir el Sendero, y ha caído fuera de éste; ha predicado un amor infinito, y el amor lo ha abandonado y lo ha dejado devorar por el abismo. ¿Puede perseverar en medio de este naufragio? ¿Puede todavía bendecir á Dios cuando el mal triunfa de él? ¿Puede encontrarse contento de morir si tal es su Karma? ¿Puede aún regocijarse de que el mundo sea salvado, no tomando parte en su salvación, y puede sentirse feliz de que el amor triunfe cuando se ve alejado de sus caricias? Si no lo puede, es que la noche lo ha ahogado; el mundo, por un cierto tiempo, ha perdido un sostén. Si

lo puede, entonces, con esa suprema renuncia de sí mismo, la noche concluye. El Ego divino y eterno brota en él; la Faz de su Maestro brilla y aquél sabe que *Él* ha estado á su lado durante toda la prueba; en un momento de clara visión espiritual ve á través del velo desgarrado, al Santo de los Santos donde mora «el Corazón del Silencio, el Dios oculto», y las alas de la blanca paz lo vuelven á cubrir. Después, un breve reposo en la dulce tranquilidad de la gruta cerrada á los ruidos exteriores; la entrada en una vía nueva y más ancha con una sabiduría más profunda; una fe más firme, un amor más fuerte; un mayor poder para poder servir á la humanidad, la fuerza de soportar un combate aún más rudo. Por encima de todo ha aprendido alguna cosa del poder de la ilusión, ha cogido una chispa de la naturaleza de Maya, y conserva como ayuda para toda noche futura, la conciencia adquirida de que esa chispa no podrá ya apagarse á menos que no ceda él mismo á su engañadora fuerza. Tal es el fruto inestimable de la noche espiritual, por medio de la cual, de su prueba y de la lucha que supone el hombre evoluciona hacia Dios.

Annie BESANT.



UNA RAZA OLVIDADA

ALGUNOS DATOS SOBRE EL PUEBLO HETHEO

En los pueblos, como en los individuos, existen secretas influencias del destino que obran con fatal constancia, como cumpliendo órdenes inflexibles, misteriosos mandatos que á manera de estigmas indelebles pesan en la vida de los humanos. Parece, por ejemplo, como si la maldición que el patriarca bíblico lanzara sobre Cham y su descendencia habría de pesar sobre su raza, á través de sus diversas fases históricas; Sem y Japhet con menos méritos llevaron para sí ante el tribunal de Clio, timbres y blasones que á su hermano en justicia correspondían. Ciencias, civilización y cultura de los primitivos habitantes del mundo conocido, fueron y han sido hasta nuestros días atribuídas á pueblos y razas que aportaron su esfuerzo colectivo en épocas históricas muy posteriores. La Caldea y el Egipto, cunas del progreso humano, son proclamadas la sede de los hijos de Sem; Grecia, Italia y España reconocen su origen *ario* y á pesar de todo esto usurpan un nombre y un abolengo que hoy rechaza al parecer la razón histórica.

Las tres ramas del gran tronco hamítico florecieron en el antiguo Oriente, como los aborígenes históricos del género humano. Pudieron existir razas incultas, tribus prehistóricas neolíticas ó terramaricolas que les precedieron, pero de una nación organizada, de una sociedad constituída ó de un pueblo anterior á los de extirpe de Cham no tenemos noticias.

Nemrod, el cazador forzudo delante del Señor, es el Istoubar de las tradiciones caldeas y representa la primera de las razas hamitas. Mizraim, hijo de Cham, es el padre de los egipcios, pueblo que esculpiera en sus pirámides, sarcófagos y gigantescos palacios una historia gloriosa. Por último, Fletheus, hijo de Chanaam y nieto de Cham, evoca con su nombre un

pueblo olvidado, una civilización sepultada en las sombras, á la que los rayos benéficos de la ciencia arqueológica dan hoy nueva y esplendente vida.

Estas tres naciones que proceden de un tronco común, tuvieron muy distinta suerte: separadas desde la llanura del Senaar, las tres ramas hamíticas ocuparon regiones distintas y las influencias de elementos diversos marcaron tendencias peculiares, nuevos y variados derroteros en ellos. Los caldeos, inventores de la escritura cuneiforme, enamorados de la limpidez de su hermoso cielo, dedicaron sus naturales aptitudes á la astrología, leyendo en el curso de las constelaciones el destino de los humanos; los egipcios encontraron un suelo feraz favorecido por las inundaciones del Nilo, y se hicieron agricultores y arquitectos; pero los hetheos, condenados á poblar tierras pobres y estériles y rodeados de montañas, sin ríos caudalosos, miraron hacia el mar que limitaba sus posesiones y su vocación de navegantes y aventureros, dignos de toda empresa arriesgada, les determinó entre sus hermanos de raza. Tres grandes puntos de identidad encontramos, empero, en las ramas de la familia hamítica: los tres pueblos poseen escritura ideográfica; muestran especial afición á las grandes construcciones, y sobre todo campea en los monumentos egipcios, hittitas y caldeos el disco alado, ese misterioso símbolo de una religión que en principio fué monoteista, pero que admitió en épocas posteriores la corruptela de las divinidades inferiores, satélites de la deidad suprema.

* * *

El viajero que recorre las costas del Asia Menor y llega en sus exploraciones á las montañas del Sipylo, y siguiendo en dirección sur atraviesa el Taurus y el Amamus, encuentra á su paso y en las campiñas del Orontes, en la Siria Damascena, ruínas imponentes, restos de fortalezas ciclópeas labradas en la peña viva que desafían las inclemencias del tiempo y la acción destructora de los siglos. En aquellas rocas graníticas con dibujos hieráticos que representan ante la atónita mirada del viajero figuras grotescas de guerreros primitivos (con gorro cómico, corta túnica y calzado parabólico, recordando la indumentaria de los juglares medioevales) se observan adornos incomprensibles, líneas irregulares á manera de marco de un

cuadro selvático, signos, en suma, que se repiten en todos los monumentos y que no cabe duda encierran la historia de un pueblo grande. Estos jeroglíficos, hasta ahora indescifrables, constituyen un precioso arcano que resiste á la tenaz persistencia del arqueólogo, á la constante asiduidad del orientalista. Buscan éstos con interés inusitado los detalles de una civilización apenas esbozada, de una cultura que se halle envuelta en el brillante ropaje de la leyenda clásica. ¿Pero quiere esto decir que todo cuanto sabemos de este pueblo se reduce á meras conjeturas? Nada más lejano de la verdad; la pujanza del hetheo es tan conocida en las crónicas antiguas del mundo, que si poco ó nada sabemos por ellos mismos, mucho y de importancia suma nos comunicaron sus propios enemigos. Semejantes á los cartagineses, cuyas luchas y conquistas contó Roma, el poder de los *Flittim* lo han narrado, lo han dado á conocer sus hermanos de raza egipcios y caldeos.

Las tablas astrológicas de Sarynkin, Saragina ó Sargon I el Antiguo, nos hablan de un eclipse que predecía la irrupción del hetheo que, invadiendo el imperio, lo devastaría á sangre y fuego (sig. xxxviii a. de J. C. ?). En el siglo xx a. de J. C. conquistan el Egipto. Ya en tiempo de la xviii Dinastía su capital es *Gargamish*, y las aguerridas huestes de los *Khiti* se han apoderado de *Zodshou*, poderoso baluarte de los Amorrheos; durante el reinado de Thoutmos III, no pueden sostener el choque del conquistador victorioso; el Naharauna es saqueado y las tropas del príncipe hittita son derrotadas en Alouna. Seti I, después de una guerra larga y costosa, concluye un tratado de alianza con el rey Moransar, y aunque la cancillería del faraón no pierde la costumbre de nombrar al príncipe de los Khiti, con toda clase de epítetos denigrantes, esto constituía una vana fórmula palaciega, porque el poder de los Khiti estaba bien consolidado. En la época de Ramsses II, el Sesostris de los griegos, la confederación hittita puso á dos dedos de su ruína al formidable poderío egipcio en la sangrienta batalla de Zodshou, por la cual el orgulloso Pharaon se vió obligado á celebrar un tratado de paz, esculpido en una lámina de plata, conservado en la sala hypostila de Karnak. Siendo tan estrecha la alianza, que Ramses contrajo matrimonio con la hija de Xetasar, caudillo de los Xetas, viniendo éste mismo en persona á visitar las orillas del Nilo, admirando las bellezas del país de Amon. Cuando Josué

llega á tierra de promisión, Jehová le señala para su residencia los dominios del hetheo, y ya en esta época su poderío había llegado á un límite del cual no debía pasar.

Su régimen político era una gran confederación de pequeños estados, que se extendía desde las fronteras del Sinaí hasta el Ponto-Euximo, comprendiendo Siria, Cilicea, Capadocia, Frigia, Misia, Troada, Lidia, Ponto, Paplhagonia, Galacia y Armenia Menor. Todos estos pueblos se hallaban unidos entre sí por el origen étnico y por el lazo religioso; pues todos adoraban á Sutex ó Set, que después fué Saturno, el gran dios de los hetheos y á Kybele, Cibeles, representada en el Sipylo y llamada Niobe por los helenos y la diosa magna por los árabes. Pero sobre todo, donde su civilización marca una tendencia definida que la distingue de todas las orientales por un sello característico y peculiar de la raza hethea, es en el arte de construir palacios y fortificar ciudades; sus murallas son grandes masas poligonales, construídas sin cemento en la roca viva que asombran las generaciones desde hace treinta y cinco siglos.

Este imperio colosal que se había sostenido contra los continuos embates del poder egipcio y de los monarcas babilonios colocado entre dos civilizaciones, á cuya energía expansiva se oponía cual enhiesta y formidable valla, tuvo que sucumbir tras obstinada y gloriosa resistencia al violento empuje de las huestes del monarca asirio Sargon I, el Grande; mas ya el pueblo hetheo había cumplido su misión asiática y hacía largos años que comenzara sus emigraciones occidentales, llevando sus artes, sus industrias, su civilización y progreso á la entonces moderna Europa.

Pudiera creerse que nuestra exposición carecía de pruebas históricas fehacientes, y que dejándonos llevar de la imaginación, fantaseábamos una historia y una civilización donde no existieron más que razas y pueblos dispersos; por lo que en breves líneas trataremos de demostrar la verdad indiscutible de nuestro aserto.

La Biblia nos habla del hetheo, los monumentos y papyrus egipcios y los documentos cuneiformes de la biblioteca de Ashshourbanipal confirman su existencia. ¿Dónde habitaron? ¿A qué regiones se extendía su influencia? El notable orientalista Archibaldo Sayce nos servirá de guía en nuestras elucubraciones; nadie mejor que él conoce los monumentos hittitas.

Las primeras inscripciones fueron encontradas por Burckhardt en la ciudad de Hamath, sede indiscutible de los Khiti; más tarde Karkamish, Gargamish (Jerabis) y Alepo dieron nuevas muestras del arte hittita. La escritura ideográfica de los monumentos de Ibriz (Irris) en Dicamia, el león de Kalaba (cerca de Ancyra), en Frigia, la fortaleza de Ghiaur-Kalesi, la Niobe del Sipylo, el túmulo de Karabeli, la estatua de Marash, en Cilicia, el muro pelasgo de Asgarlik, los esfinges de Euyuk y los bajo-relieves de Iasili-Kaia, nos demuestran de una manera palpable y evidente su presencia en el Asia menor.

La región llamada Keft Kaft ó Kefa, indica el país ocupado por las tribus prefenicias ó cananeas del mismo tronco hetheo, que no deben confundirse con los fenicios históricos de raza semítica muy posterior. En el poema áulico, el Pentaur, se habla de los Keshkesh, ó sea los cólchidos, que tenían por capital á Kytea, isla ó ciudad de los Khiti; los Scytas, hordas turbulentas que conmovieron durante algún tiempo el Asia occidental con sus correrías y que lucharon más tarde con Darío, son descendientes ó afines del hetheo, como lo son también los Moscos, Tibarenos, Maciones, Calybes y Mossyenecios de la *Armenia menor* que guerrean luengos años contra el poder asirio. Aeta, rey de todos los pueblos del Ponto, es un hetheo, y Homero nos habla de los Κητιοι y de Memuda, hijo de la Aurora, último aliado de Priamo contra los griegos. Las Amazonas, esas míticas guerreras que combaten con Teseo, tienen una genealogía hethea; los Cíclopes, inmortalizados por la poesía helena, son asimismo hetheos, y Tántalo, el rey del luctuoso banquete, es un monarca hetheo. En las márgenes del aurífero Pactolo, junto á los abruptos peñascos del Sipylo en el reino que fué luego del opulento Creso, donde vivieron Giges, el del mágico anillo, y Candanles, aquel prototipo de vanidad (de quien nos cuenta Herodoto que mostró á un amigo su mujer desnuda, para que envidiara la dicha de poseer tan peregrina beldad) en la Lidia, en fin, habitaron los hetheos, pueblo hamita expansivo y emprendedor, que poseía una cultura que pudiera compararse á la egipcia y caldea.

Su lengua, según Sayce y Lenormant, no fué semítica ni aria, luego debemos suponerla por un argumento de exclusión genuínamente de ellos, hamítica por tanto, ó al menos mixta.

Pero aunque no existieran todas estas pruebas étnicas, filo-

lógicas y monumentales, quedaría siempre en pie un hecho inexplicable: estos pueblos que se confederaban y se unían ante el peligro común, obedecían á una razón más poderosa, á una necesidad más apremiante que la que pudiera sugerirles en remotas edades la idea política; según el recto sentir de los doctos debió existir en ellos un lazo de atracción etnográfico, una comunidad de origen que los llamaba á la unidad, á la defensa de algo propio que les interesaba muy de cerca; temían la destrucción de un pueblo y la cohesión en las primitivas naciones es axioma conocido, la unión ante el peligro de raza es un hecho histórico indiscutible.

En una palabra: el arte, la civilización, la religión y escritura presentan caracteres idénticos entre Sirios y habitantes del Asia menor, luego lógicamente debe deducirse que son un mismo pueblo llamado de Fleth ó los Flithin por la Biblia, Xetas ó Khiti por los egipcios, Hatte ó Hatti por los documentos cuneiformes, Κάτειοι, Κίτιοι, χηττα̃ιοι por los griegos y Flethaci, Cetaer, Ettaer, Cetim ó Chetim por los geógrafos é historiadores latinos.

Antonio BALLESTEROS



THALES, EL FILÓSOFO DE LAS ESTRELLAS

ERRORES CELEBRADOS

— —

Error II

Tomado de un ejemplar que dice:
«(OBRAS | HISTORICAS, POLITICAS | FILOSOFICAS Y MORALES | ESCRITAS POR DON IVAN | DE ZABALETA | CON EL DIA DE FIESTA, etc. | QVINTA IMPRESSION CORREGIDA | y enmendada de muchos errores | etc. *Barcelona:* en la Imprenta de Joseph Texido. Año 1704.)

»Thales de Milesio, era un filosofo de los muy venerados de la antiguedad. Este, entre otros estudios suyos, deseaba averiguarle los movimientos al cielo. Iba una noche á su casa, á tiempo que su criada salia de ella á buscarle. El hombre iba tan divertido mirando á las estrellas, que metió un pie en un *oyo* y dió con todo su cuerpo en el suelo. Llegó la mujer á socorrerle, y con la libertad de criada de pobre, le dixo: *Levantese, señor, no vé lo que tiene junto á los pies y quiere ver lo que hacen las estrellas?* (Celebra mucho este dicho Claudio Minol y con él medio mundo.)

DISCVRSO

»¡Que de siglos há que se estan burlando los ignorantes de los que saben y de los que estudian, y que de siglos há que lo estais errando! Esto poco que sabe el vulgo, que no ha estudiado: esto poco con que los hombres sin letras dan señas de racionales, es cogido en las plumas ó en los labios de los que estudian y de los que les averiguan la verdad á las ciencias. Y, siendo aun esto poco, tanto que sin ello parecieran brutos; con lo que lo pagan

es ó con no estimarlo ó con escarnecerlo. Pero ya que el vulgo á los hombres de letras esto que les *deve*, paga el delito que comete en esto, pues está siempre con la infamia de desagradecido. En la cabeça están los organos del entendimiento: por ellos recibe el cuerpo, del alma, la parte divina de la razon. La cabeça se está fatigando por adquirir noticias con que conservar y honrar su cuerpo: bien podia el cuerpo agradecerlo, pero lo que hace quando ella mas se fatiga, es levantar vapores que la molesten. Los estudiosos son la cabeça donde estan los organos por donde recibe el mundo las enseñanzas del cielo. Fatiganse estos hombres por hacer sabio al mundo; pero el mundo, quando ellos mas se fatigan, levanta unos vapores de desprecio, ó escarnios, con que atormentan, y escurece.

»Thales Milesio era un hombre tan inclinado á las Ciencias, y á las Artes, que deseaba saber de todas. Aplicose á la Astrologia. No me espanto. El alma racional se deriba del cielo, no es mucho que quiera saber como es su patria. No toda la Astrologia es culpable, partes *ay* en ella, que parecen divinas. Y quando fuera culpable toda, por incomprenhensible, los que erraran en ella, fueran los que pensaran que sabian algo de ella; pero no los que intentavan conocer si se podía saber algo. Con esta intencion mirava andando una noche nuestro Filosofo al cielo. Puso un pie en un vago, y cayo, zahiriole su criada el divertimiento, y en ella toda la parte del mundo, que la aplaude. Dixole, que como queria ver lo que avia en el cielo, sino veia lo que tenia á los pies en la tierra? El mucho vino á unos los haze callados y á otros los haze habladores. La ignorancia es como el mucho vino, á unos los haze no acertar á despegar la boca, y á otros los haze dezir boberias. ¿Que querria esta vieja bachillera dezir con lo que dixo? Hizola hablar la ignorancia, y hizola hablar como el vino, obligola á dezir un disparate. Si este hombre no miraba al suelo ¿como avia de ver lo que en el suelo avia? No lo vio, porque no lo mirava, que si lo mirara lo viera. Mirava al cielo, luego pudo ver algo de lo que en el cielo se hazia, pues lo mirava. Si cayera mirando al suelo y ella le reprehendiera con esta ocasion el estudio de la Astrologia, aun llevaba mas camino, aun hacia mas fuerça; pero si cayo mirando al cielo, que milagro fue que cayera sino mirava donde ponia los pies?

»El vulgo celebra el dicho de esta vieja ignorante, porque piensa que dio á entender que no se podia saber nada de Astro-

logia, y de lo que dixo se infiere que se puede saber algo della, pues nadie cae en donde mira. Siquiera que á un mismo tiempo mirase al suelo, y al cielo, ya se ve si fuera desatino, pues quiso un imposible. Al cielo, y al suelo no se puede mirar de una vez. Quien mira al suelo no cuyda del cielo. Quien mira al cielo no se acuerda del suelo. El que quisiere ver esto con claridad, atienda á los virtuosos y á los estudiosos. A los virtuosos en tantos religiosos, y en tantas diferencias de estados: á los estudiosos en tantas Vniversidades y en tantas Ciudades populosas. Mira el religioso al cielo y estase en él todo. Olvidase de la tierra, como no la mira, y olvidase de su cuerpo, como es tierra. No cuyda de su sustento y desea que se lo sustenten con una mala comida. No atiende á su vestido, y anda tan mal vestido, que es lo mismo, que andar desnudo. No ve los tropieços del suelo, y anda descalço, como sino le pudieran dañar los tropieços. Mira al cielo y cae en las descomodidades de la tierra. No pudo mirarlos á entrambos de una vez y cayo donde no miraba. Los estudiosos miran al cielo, que es de donde baxan las ciencias, no miran al suelo, que es donde las comodidades se hallan y quedanse sin comodidades. Andan mal vestidos, porque el vestido há menester cuydado, y ellos no ponen cuydado en el vestido. Andan pobres, porque es la tierra donde se encuentra el oro, y ellos no miran á la tierra. Caen en desestimaciones, porque miran al cielo, y es porque no estiman al cielo los que los desestiman. Cayo el Filosofo, porque miraba al cielo. Todos los que miran al cielo estan caidos.

Ivan de ZABALETA



EL HILOZOISMO

COMO MEDIO DE CONCEBIR EL MUNDO

(CONCLUSIÓN)

Otra garantía sobre la que debo llamar la atención es el carácter eminentemente social de la verdadera idea dogmática. El sér religioso, como ha dicho Guyau, es un sér sociable, no solamente con todos los vivientes que nos hace conocer la experiencia, sino con los séres de pensamiento de que puebla el mundo; la religiosidad se produce cuando la conciencia de sociabilidad de la vida, ensanchándose, se extiende á la universalidad de las cosas no sólo reales y actuales, sino también ideales y posibles. Entonces el espíritu no existe sólo en sí mismo y en el mundo fenomenal; existe en algún modo en la realidad perfecta. Tal observación es aplicable, sobre todo, á las demostraciones con que habitualmente se prueba la existencia de Dios, basándose en el orden admirable del Universo. El espectáculo de la creación habla á un tiempo á la inducción y á la percepción intuitiva. Digo, todavía más: sin esta última, ó mejor, sin la conciencia de nuestra participación limitada con el poder ideal que el pricipio supremo de las cosas realiza eternamente en sí, toda inferencia del mundo á su Autor sería incompleta, problemática y hasta pueril.

La inconcebible suposición de que no hay en el Universo inteligencia superior á la del hombre, sólo se explica por el dualismo á que antes me refería del arte y de la naturaleza, mirados en la perfección relativa de sus obras. Viendo que el hombre produce cosas superiores al mundo, concluyen muchos que es *ipso facto* superior en capacidad al Autor del mundo, mas esto es insensato. El hombre supera en sus creaciones á la naturaleza porque ésta se halla en él unida al espíritu; pero su espíritu, con todas sus facultades es obra de Dios, de quien partici-

pa, como he dicho, en todo lo que es espiritual. Nosotros somos bellos, verdaderos y buenos, porque somos finitos. En Dios estas ideas no pueden ser meras cualidades ó facultades. Dios no es bello porque es la belleza misma; no es verdadero porque es la verdad misma; no es bueno, en fin, porque es la bondad misma. La teología experimental tiene todavía otra misión. Para referir la Naturaleza al Creador, es necesario predicar analógicamente de éste ciertas semejanzas con el modo de obrar del hombre. Se ha dicho que el arte humano ha sido hasta ahora lo que mejor ha resistido á la invasión del materialismo, y con igual razón se podría decir que el arte divino, revelado en la construcción del Universo, hace al ateísmo imposible. El arte humano no es la copia, sino la imitación de la Naturaleza, y el arte divino no es el reflejo, sino la refracción del espíritu en el orden material. Nosotros no conocemos ni podemos conocer siempre la razón de lo que Dios ha hecho; pero podemos vislumbrarla contemplando la vida universal del orbe en la complejidad de sus conveniencias, tendencias y maravillas, porque, á la verdad, esta contemplación nos da con creces lo que Belarmino denominaba *ascensio mentis in Deum per scalas rerum creatarum*, y que designa Pesch (1) con bastante acierto, *caeterum censeo* del problema teológico. «El mundo señala irrecusablemente una inteligencia primaria, y atestigua al mismo tiempo no menos irrecusablemente que él no es esta inteligencia primaria.»

Resta vindicar de los ataques del naturalismo la parte subjetiva y anómala del orden de la gracia, tal como se resume en aquella ciencia misteriosa y altísima que San Juan de la Cruz (*Noche obscura del alma*) define «contemplación infusa ó mística teología en que secretamente enseña Dios al alma, y le instruye en perfección de amor, sin ella hacer nada más que atender amorosamente á Dios, oirle y recibir su luz, sin entender cómo es esta contemplación». Una contemplación que se dirige á semejante objeto es ciertamente la más elevada de todas, pero por esto mismo es también incomprensible al que no sea místico é inexplicable con palabras ordinarias. En esto se fundan los racionalistas para considerarla como una alucinación subjetiva ó un desarreglo del sentimiento. Cuando por el contrario, es en los santos representación anticipada (bajo la for-

(1) *Die Welträthsel*, t. I.

ma de rapto) de la bienaventuranza eterna ¿se ha de desvirtuar su valor y calificar de imposibles algunas de sus manifestaciones, porque acaso lo sean en el orden puramente natural? Yo no comprendo el naturalismo exclusivista; si todo fuese producto de acciones naturales, esto es, mecánicas, no habría lugar para la libertad en el universo. Pero ya hemos probado que lo hay y que el hilozoísmo lo encuentra reduciendo lo sobrenatural á lo natural inmanente. El ocultismo, como todos sabemos, hace que se pierda casi completamente en el espíritu la influencia inmediata y exterior de la naturaleza. La misma práctica de las *reliquias*, aspecto el más fetichista del sentimiento de la inmanencia de lo divino (1), tiene un tinte hilozoísta y hasta psicosocial, como evidencia la utilidad que manifestó en su origen contribuyendo á atemperar y encauzar las innumerables y groseras supersticiones de la Edad Media, utilidad reconocida por los mismos heterodoxos sectarios (2). Mostraría gran superficialidad de observación el que quisiera negar la posibilidad de las relaciones más elevadas de la mística, y principalmente de la mística cristiana, en vez de explicarlas de un modo experimental por los procedimientos ocultistas. Hasta nuestros días no ha esparcido la ciencia alguna luz sobre estas singulares relaciones que acercan el *más allá* de los teólogos al mundo que huye de nuestros sentidos ordinarios, y forma el fondo de la íntima realidad.

Las demás dificultades opuestas á la mística cristiana por la ciencia natural tienen menos importancia. Así, la llamada *visión intelectual,* que los racionalistas consideran como eco y recuerdo lejano del *éxtasis* de los alejandrinos, claro está que no puede servir de fundamento para calificar de ilusoria la conciencia de lo sobrenatural, porque ese estado, según el común sentir de los teólogos, verifícase con el concurso de la imaginación y de los sentidos corporales, á menos que le reemplace una acción directa de Dios (3). En cuanto á los actos místicos reali-

(1) «Los cuerpos santos — escribía Pascal en una carta sobre la muerte de su padre — están habitados por el Espíritu Santo hasta la resurrección.» La resurrección, á su vez es, por su tendencia materialista é integral, una confirmación indirecta de los principios hilozoístas. Al renunciar á los placeres y hacer penitencia, el cristiano obra seducido por la esperanza de renacer en el cielo con el cuerpo intacto y en toda su belleza.

(2) Véase, entre otros, Malvert: *Science et religion*, VI, 7.

(3) Suárez: *De religione*, l. II, c. 14.

zados bajo la inercia de las fuerzas inferiores de la sensibilidad y del movimiento, en esa situación contemplativa que se llama, por llamarla de algún modo, éxtasis, tampoco implica nada milagroso y sí sólo una actividad extraordinaria en la inteligencia y en la voluntad, sin actual dependencia de la fantasía. Se ve, pues, que ni la visión intelectual ni el éxtasis constituyen, *per se* hechos sobrenaturales. En prueba de ello, he aquí lo que declara el cardenal de Lauria en su más célebre tratado (1). «Hace treinta años que asisto á las congregaciones, y aseguro que cuando se trata de canonizar á un siervo de Dios, en el voto sobre los milagros, jamás se tienen en cuenta los éxtasis si no van acompañados de algún prodigio sobrenatural.» Porque es de advertir que en este caso—decía por su parte Benedicto XIV (2)— no es el éxtasis, sino el prodigio lo que se aprueba como milagro. ¿En qué — pregunto — se oponen á la armonía de lo natural con lo místico, esos y otros fenómenos semejantes?

Con esto resulta ya claramente determinado el verdadero concepto que debemos formar sobre estas materias. Puedo, sin inconveniente, dejar á los representantes especiales de la ciencia teológica el cuidado de defenderlas contra los errores de mis juicios. A mayor abundamiento, podría añadir las admirables conclusiones sobre «el poder del pensamiento» á que llega la señora de Besant, y que son otras tantas aserciones que *pro me laborant*.

Reconozco sin dificultad que la religión filosófica es un conjunto demasiado amplio para reducir sus ideales á la esfera de una religión dogmática, siquiera ésta sea la mejor y más perfecta (3). Pero los que hemos desechado toda la fantasmagoría de las revelaciones y los milagros, debemos por esto mismo con-

(1) *De oratione*, VI, 309.

(2) *De beatificatione et canonizatione sanctorum*, III, 49.

(3) No deja de haber algún vislumbre de verdad en lo que á este propósito escribe Flammarión diciendo: «Se presiente, se prevé que la religión del porvenir será científica, estará fundada sobre el conocimiento de los hechos psíquicos. Esta religión de la ciencia tendrá sobre las otras una ventaja considerable: *la unidad*. Actualmente, el judío y el protestante no admiten el culto de la Virgen y de los santos; el musulmán odia al «perro cristiano»; el budhista repudia los dogmas de Occidente. Ninguna de estas divisiones podría existir en una religión basada en la solución científica general de los problemas psicológicos.» Acerca del alcance con que desde el punto de vista teológico se debe interpretar este ideal, véase mi escrito titulado *Democracia y clericalismo*. (Madrid, 1901.)

servar con todo celo las verdades teosóficas ocultas en las concepciones míticas y místicas de las sectas religiosas. La primera de estas verdades ¿no es la existencia de un Dios único, y como consecuencia inmediata la supervivencia del individuo, ó digamos la palabra, su inmortalidad? Ahora bien, si nos atenemos á lo que enseñan y creen los representantes de la llamada ciencia positiva, no sólo no encontraremos apoyo, sino todo lo contrario: la negación más absoluta. Los titulados apóstoles de la cultura moderna proclaman hoy esto. Ni Dios ni la vida futura son nada. No hay más verdad que la vida de la tierra y el amor egoísta de los séres. Todos los fenómenos del Universo están reducidos á modificaciones de una esencia desconocida que se desenvuelve ante nosotros en dos esencias diferentes que ya es más fácil conocer: la fuerza y la materia. Lo que se llama alma no es más que la expresión dinámica de las relaciones del organismo. La virtud y el vicio son dos productos naturales como el azúcar y el vitriolo (1). El genio es una neurosis y la santidad un erotismo; el crimen una enfermedad y el criminal un loco. No hay ley moral que encadene las pasiones, encadenadas tan sólo por la ley social. Y aun la palabra ley social está mal escogida, porque las manifestaciones superiores de la existencia humana son puras complicaciones de la materia y de la fuerza.

Un mecanismo universal hunde sus férreas tenazas en el corazón de todos los vivientes. En suma: la verdadera religión es la religión de lo visible, la religión de lo humano, y será genuína cuando todas las abstracciones anticuadas como la divinidad, la trinidad, la encarnación, la eucaristía, hayan cedido el puesto á una realidad única: la naturaleza.

A estas negaciones, para la dignidad de nuestra estirpe tan funestas, oponen la filosofía juiciosa y la filosofía cristiana estas afirmaciones que compendian su sistema científico: lo divino es la realidad suprema; todo es sueño fuera de Dios. Una vez, empero, admitida su existencia y su personalidad infinita, surge inmediatamente su distinción del mundo y del hombre. El mundo es la demostración tangible de la omnipotencia y de la sabiduría insondable de un sér infinitamente superior á nos-

(1) Según otra brutal comparación de los positivistas, la compasión por la miseria y las desgracias del prójimo, y en general la virtud, son flaquezas del organismo como el asma y el reúma.

otros. El hombre posee un alma simple, espiritual y distinta del cuerpo. Las leyes morales tienen un valor objetivo é inmutable ya se mire á la voluntad divina, ya á la voluntad humana. La sociedad es regida por esas leyes que determinan mediante el gobierno supra-sensible de la libertad individual y de la acción colectiva de los pueblos. Todas las excelencias y todas las anomalías del género humano revisten carácter espiritual, y si queremos conseguir el ideal de nuestro perfeccionamiento, preciso es que la sensibilidad se someta al dictamen de la inteligencia, que la inteligencia sea guiada por la facultad moral, y que ésta, persuadida de su limitación y flaqueza, acate las disposiciones del Creador en punto á obrar y creer. Estas son las conclusiones que todos los buenos cristianos deben hoy defender contra la incredulidad científica, que como llaga cancerosa se extiende por la humanidad contemporánea. A quien conozca esta humanidad por el estudio y consideración de su vida íntima, no puede ocultársele que aquellas conclusiones, aceptadas ó negadas, implican inmensas consecuencias aun para los sabios y pensadores que han perdido la convicción consiguiente á la divinidad del Cristianismo.

Algunas palabras por lo que á mí toca. Aunque joven aún, he sufrido en mi vida intelectual todas las violentas crisis dogmáticas de que los espíritus más incorruptibles se resienten si es que han de vivir y de pensar en medio de la gran anarquía de las ideas que caracteriza á nuestro siglo. Cuando empecé mis meditaciones, hallábame muy ajeno de darme á conocer en el sentido en que aparezco en esta obra: mi alma incierta y ardiente, iluminada muchas veces por relámpagos de fe, caía al cabo en los abismos de la duda, inficcionada como estaba por esa ligereza moderna que empezando por ensoberbecer la mente y exaltar las aspiraciones de la razón, engendra á la postre las acerbas perplejidades y los tristes desalientos del excepticismo. Esto no obstante, mi conciencia religiosa, todavía vacilante en aquel período, avanzaba, avanzaba siempre á pesar de las mismas perturbaciones de su marcha, y al cabo de tiempo, y por reacciones terribles, ha aprendido al fin á no ser ajena á creencia alguna ideal ó metafísica de las que honran á la dogmática cristiana.

Así, con alternativas de agitación y de calma, de luchas y de consuelos, ha venido á enseñarme una triste experien-

cia la profunda verdad encerrada en el aforismo clásico: *Poca filosofía aparta de Dios, pero mucha acerca á Dios.*

Era el año 1844 cuando Schelling, el famoso panteísta alemán, después de haber explicado en su cátedra de Berlín ante cerca de setecientos oyentes, una lección sobre la vida futura sin establecer nada cierto ni con claridad expresar su opinión, se vió abordado por un joven ruso, judío errante de las universidades europeas, que le suplicó contestase francamente á estas interrogaciones: «Si creía en la existencia de un Dios eterno y personal, en la de la personalidad humana después de la muerte y en la Encarnación del Verbo»; y al contestarle reconoció la verdad del Cristianismo en esta solemne declaración, que condensa admirablemente mi pensamiento: «Conozco los motivos que os impulsan á estudiar mis ideas más íntimas, y quiero responderos con sinceridad, y que consideréis esta respuesta como mi testamento filosófico. Yo declaro que jamás he negado en mi corazón las proposiciones que me habéis presentado, que ellas forman el fondo y la esencia de la filosofía, y á todas respondo en puridad y sin reserva que sí. Si me preguntáis por qué creyéndolas he patrocinado en algunos de mis escritos las indignidades de Strauss y el panteísmo de Spinosa, os responderé que todo lo que Strauss y otros de su escuela han publicado como mercancía nueva, lo he publicado yo desde hace cuarenta años, durante los cuales jamás revelé á nadie los motivos que tuve para hacerlo. Me propuse ver si la razón humana podía, sin acudir á la religión, salir del laberinto de misterios en que se revuelve la filosofía, y si el hombre sin el cristianismo podía tratar las verdades filosóficas, sin incurrir en groseros errores. La experiencia me ha enseñado de una manera evidente que para ser buen filósofo es preciso ser buen cristiano, y nunca me hubiese empeñado en semejante empresa, si hubiese podido prever á dónde me conduciría.»

Pero si estas aspiraciones han de guardar alguna importancia y utilidad, es necesario que cada cristiano lo sea después de buscar por sí mismo y encontrar en su propio pensamiento el sentido dogmático de su religión: de otro modo será creyente, pero no filósofo ni creador de la ciencia de su fe. Conviene también que los simpáticos imitadores de Schelling no adulteren su conciliación introduciendo elementos extraños á ella como el sobrenaturalismo escolástico ó el dogmátimo literal, y menos

aún los tradicionalismos cristalizados del espíritu semítico y del monoteísmo antropomórfico, pues los filósofos, juzgando acertadamente que ambas cosas son contrarias al simbolismo ario y al saber moderno, evitarían, sin duda, proclamar sin más examen la paz de la verdad.

Edmundo GONZÁLEZ-BLANCO



LA PALABRA

Hablamos con frecuencia bastante mal, porque los hombres no hemos llegado todavía á un acuerdo sobre el valor de las palabras. Diríase que no hemos tropezado aún con la única, tal vez, que debemos pronunciar, y que todas las conocidas y las posibles por algún tiempo no son ni serán sino ensayos y tanteos para llegar á ella.

La poesía es así el esfuerzo más poderoso de la inteligencia para llegar á decir lo único que debemos decir. Un espíritu advertido, poco accesible á la generalidad de los hombres, Mallarmé, el poeta menos poético y el más consciente de los poetas franceses, ha dicho sobre la palabra más que todos los que han hablado de ella, porque no reconoció más palabra para el hombre que aquella que todavía no existe.

Para aquel profesor de lengua inglesa y aquel maestro de los poetas de hoy, el verso no era tanto una medida del sentimiento como una cantidad de iniciaciones para una palabra que todavía no existe, que los hombres no conocen aún, pero que necesitan sin sospecharlo. Hay composiciones de este gran buzo en las profundidades de la verdadera kábala, que jamás dirán á los lectores superficiales algo que pueda comprenderse. Serán, para éstos, barboteos idiotas como los diálogos de un Maeterlinck ó los pensamientos de un Novalis. Son palabras medidas, renglones desiguales, sin más alma ni soporte, al parecer, que

un ritmo numérico, algo como el alambre por donde corren las cuentas en un abaco.

Y el verso ha de ser así: las iniciaciones para una palabra, si la poesía no es más que la fórmula de una iniciación superior; si el poeta, el verdadero poeta, es como ha dicho Emerson: «el gran decidor del universo».

Una sola palabra habrá de bastar en lo futuro para decirse todo entre los hombres, así como no nos basta hoy una sola para expresar y decir lo que pensamos. El silencio del sabio y su economía en el discurso, es una aproximación á la única palabra.

Toda la conversación de un hombre no es más que una palabra, una palabra no pronunciada, no conocida, verdaderamente inefable. El discurso más largo del mejor orador, la obra más voluminosa del escritor más reputado, es también esa misma palabra que no han podido decir ni escribir ninguno de ellos: un verbo que quiere hacerse carne: un hijo que se adivina en el seno de la madre.

* * *

La palabra es la puerta más grande del misterio, la más llena de alegorías, la más espléndidamente decorada y la más extraña. Hablada es como si se viese de frente; escrita como si se observase su parte interna.

El Amor ha edificado la palabra, porque sólo por el amor habla el hombre. Quiere hablar para confesarlo, y para confesarlo también se calla. Y en vez de hablar besa.

Sobre la kábala de la palabra, que constituye la oración á los dioses, y sobre la kábala de las palabras que se graban en el amuleto, hay una kábala superior en el valor de las mismas sílabas y en el valor de todos los ideogramas conocidos.

La ciencia del filólogo, sobre la pauta del pensamiento europeo, no va más allá de una indagación concienzuda sobre el curso que han seguido las razas en el planeta. «Los griegos han llegado hasta Italia, hasta Francia, hasta España. Los pueblos del Asia se han derramado sobre Europa y América.» He ahí el resultado final y definitivo de la gran ciencia de los Müller, de los Bournuff, de los Whitney.

La palabra sigue invitando á penetrar en el misterio, y aún

queda desconocido el valor de su ritmo, la eficacia de su acento y el significado de su signo.

La palabra del filólogo es una palabra insignificante, aunque lleve en su acento y en su escritura toda la historia de las irrupciones humanas. Porque el hombre no ha llegado todavía á pronunciar la única palabra que desea, á revelar su más íntimo y profundo pensamiento. Toda la acción de los hombres no tiene más fin que una revelación que no se ha hecho todavía sino á pedazos y en fragmentos.

Las palabras más expresivas, las más reveladoras, apenas si suenan en el oído del mismo que las pronuncia.

El *sumum* de la confesión egoísta, si no es con frecuencia un pensamiento secreto que jamás revela el individuo á sus semejantes: las razones y los sentimientos propios sobre que funda la fe en sí mismo, es un ronco rugido de dolor que tocando las inflamadas arcadas de la garganta, rueda interiormente como un helminto envenenado. Y la expresión más completa del amor más intenso, es una desfloración de los labios sin ruido, sin explosión ahogada y silenciosa en la que va la vida: el beso.

El egoísmo viene á ser algo así como una afirmación gutural de la existencia; mientras que el amor y el cariño á la fraternidad con los hombres, los animales, las plantas y el mundo, al parecer menos organizado, es un beso de paz y reverencia á cuanto nos rodea.

Una labialidad en la escritura y en el lenguaje, son desde luego los signos reveladores de una bondad entrañable. Así hablan los niños y los ingenuos que se ceden á los demás sin doblez ni engaño.

Pero hay más. Hay un arte de unir las palabras, un arte oculto, un arte sin iniciación conocida, por el cual se expresa lo mejor posible cuanto queremos expresar. En la palabra que se habla todo el arte del verdadero mago, del mago blanco, del mago bueno, descansa en el acento y en el tono de la palabra. Hay mucha luz en esta hermosa frase de Chateanbriand: «Es el acento lo que convence.»

Luz, mucha luz hay también en esas pequeñas iniciaciones de los pueblos, en sus *misterios perdidos*, donde las palabras del conjuro se cantan ó se rezan con un ritmo poético y extraño.

Es probable que el hombre ría y llore, bese y abrace, acaricie ó mate, porque no conoce aún la grande y verdadera palabra

que le ha de revelar al mismo tiempo su propio corazón y la entraña del mundo.

El símbolo de lo Supremo se ha representado así con un ojo tranquilo y sereno que escruta lo infinito. Cuando los hombres hablen, es seguro que lo Supremo será representado con oído muy grande en aptitud de escucharlo todo.

¡Oh, no! El Arte no es un puro entretenimiento para los cansados por el trabajo y rendidos por la fatiga; el Arte de verdad es una iniciación religiosa más profunda de que puede imaginarse, porque tiende á esclarecer el pensamiento. Es la liturgia de la Verdad, la religión más superior y más amada del hombre.

Rafael URBANO.



Notas: Recortes: Prensa extranjera.

**Estudios sobre el psiquismo en Italia.
Nuevas teorías acerca del calor
terrestre.—Sobre la forma
y equilibrio de la tierra.**

Estudios sobre psiquismo en Italia. La revista *Constancia*, de Buenos Aires, da noticia de los últimos trabajos de la prensa italiana sobre los estudios psíquicos, y hace notar, apoyándose en lo que dice *Luce é Ombra*, que los estudios psíquicos preocupan desde hace algún tiempo la atención de Italia, siendo digna de mención la circunstancia de que al frente de la propaganda se han colocado los representantes más eximios de la ciencia y de la literatura. He aquí lo que dice la citada revista:

«El 1.° de Mayo último el conocido novelista Salvatore Farina dió en el salón de nuestro colega una conferencia titulada *Psiquis enferma*. En dicha conferencia, Farina trató de la extraña enfermedad de Aristófane Larva. Este escritor perdió bruscamente la memoria de los nombres y quedó mudo por seis años, conservando, sin embargo, toda la vida inteligente y afectiva. Poco á poco, Larva recuperó las facultades perdidas, pudiendo relatarnos entonces las aventuras del alma prisionera. Sólo se necesita agregar que Aristófane Larva no es otro que el mismo Salvatore Farina.

El profesor Francesco Porro, de la Universidad de Génova, disertó en la sociedad Leonardo da Vinci de Firenze sobre la *Fuerza Psíquica*, demostrando:

1.° Que la aspiración idealista no puede ser considerada como un producto de los instintos de conservación de la forma; por el contrario, los sistemas idealistas son, por lo general, pesimistas;

2.° Que el paralelismo físico-psíquico no se extiende desde los fenómenos elementales de la vida á los más elevados de la conciencia;

3.° Que la ley psicofísica de Weber y Fechner no sale del

campo de las relaciones de causa ó efecto de los fenómenos físicos, y no puede aplicarse á los estudios de los fenómenos psicológicos superiores;

4.° Que la máquina orgánica obedece, probablemente, á las leyes de la materia, pero no se ha domostrado de ninguna manera qué parte de la energía producida por las reacciones físico-químicas del organismo se convierte en energía psíquica.

5.° Que la psiquis obra sobre el organismo como fuerza; es decir, como entidad externa, metafísica, no como energía, siendo indispensable distinguir entre fuerza y energía, cuyos carecteres difieren en absoluto.

6.° Que la síntesis del alma humana, más bien que de los prejuicios de la psicología especulativa y de la mezquina reducción al hecho físico-psíquico, se obtendrá de la investigación de los fenómenos supranormales.

Comentando esta importante conferencia, *El Giornale d'Italia* é *Il Marzocco,* hacen notar que la ciencia contemporánea llega poco á poco á las conclusiones de las escuelas espiritualistas.»

Nuevas teorías acerca del calor terrestre, etc.

El escritor científico Sr. Vera, ha dado á conocer entre nosotros una nueva teoría científica relacionada con el maravilloso radium, cuyas propiedades resultan cada vez más sorprendentes. Dice el señor Vera:

«Es opinión generalmente admitida, que la Tierra fué en un principio una masa ígnea que se fué enfriando lentamente por irradiación de su calor en el espacio. Consecuencia de este enfriamiento fué la condensación de los materiales sólidos de que se componía su corteza, la formación de los mares y la constitución de la atmósfera que actualmente la envuelve. A medida que se profundiza en el espesor de la corteza terrestre, se nota aumento de temperatura (próximamente un grado centígrado por cada 30 metros). Los manantiales termales y las aguas calientes de los pozos artesianos muy profundos, prueban que en las entrañas de la tierra existe una gran temperatura. Por último, las erupciones volcánicas y los mismos terremotos confirman el hecho. De lo cual se ha deducido que el núcleo de la tierra continúa todavía en estado ígneo, y á esa masa inmensa, aún incandescente, se atribuye el calor central de nuestro globo.

Pues bien; el profesor Ernesto Rutherford, joven, pero distinguidísimo discípulo del profesor J. J. Thomson, de Cambridge, acaba de dar una conferencia en la *Royal Institution*, de Londres, desarrollando la idea de que el calor terrestre no puede ser debido al núcleo central incandescente, sino al misterioso y por tantos conceptos notabilísimo elemento: el radium.

A la conferencia acudieron los hombres de ciencia más eminentes de Londres. Presidió el acto el duque de Northumberland, y se hallaban entre los oyentes eminencias como lord Kelvin, lord Rayleigh, lord Blythswood, los profesores J. J. Thomson, Sylvanus Tomson y Dewar, los físicos Siemens, Swan y otros.

El conferenciante, ya notable entre otras cosas por haber medido la masa y la velocidad de los electrones del radium, hizo ante el auditorio varias demostraciones del extraordinario poder de las emanaciones del radium. Una libra en peso de estas emanaciones — dijo el profesor Rutherford — desarrolla una energía equivalente á diez mil caballos de vapor; es decir, suficiente para hacer navegar á un buque trasatlántico. Pero para obtener una libra de dichas emanaciones, se necesitarían setenta toneladas de radium; de suerte que, teniendo en cuenta las pequeñísimas cantidades que se pueden obtener de este elemento, no hay esperanza racional de que se llegue á utilizar este origen de energía.

Pero las emanaciones del radium son de tres clases y se van manifestando sucesivamente. La primera generación de estas emanaciones tarda cuatro días en producirse; la segunda, se observa después, á los tres minutos, y la tercera á los veintiocho minutos.

El profesor Rutheford opina, sin embargo, que existe un cuarto producto, resultado de la descomposición del radium, pero que es tan lento en originarse, que se necesitarían doscientos años de observación para poder pesarlo y medirlo; y aun es posible que haya un quinto descendiente, cuya existencia sólo puede determinarse al cabo de miles de años.

El radium es, pues, un elemento con una larguísima vida de transformaciones. Rutherford opina también, con Ramsay, que el helium es uno de los productos de este proceso de desintegración.

Pero el radium, aunque en cantidades infinitesimales, se en-

cuentra en todas partes, incluso en la atmósfera, como puede comprobarse por medio del espectroscopio.

Teniendo en cuenta todo esto, el profesor Rutherford cree que el radium existe en nuestro globo en cantidad suficiente para explicar el calor terrestre, en cuyo caso no se necesitaría que hubieran transcurrido los millones y millones de años que los geólogos y los biólogos suponen precisos para que, por enfriamiento lento, haya llegado nuestro globo á ser habitable.

De esta teoría del ilustre profesor inglés se deduce que la vida ha sido posible en la tierra muchos millones de años antes de lo que hasta ahora se admitía. También trastorna todas las hipótesis relativas á la duración probable de la vida orgánica en nuestro planeta, puesto que una millonésima parte de radium en la masa de nuestro globo tardaría en extinguirse cincuenta millones de años.

Los eminentes sabios que han asistido á esta conferencia siguieron con interés vivísimo todos los razonamientos del profesor Rutherford, y es muy probable que éstos den origen á discusiones muy empeñadas é importantísimas».

Sobre la forma y el equilibrio terrestres.

Parece demostrado, según nos lo dicen las investigaciones modernas y un curioso estudio publicado en *Cosmos* (comentado en la *Lumiere* de Abril), que el eje de la tierra ha variado á través de las edades; es decir, que los polos terrestres han cambiado de lugar en el globo. No es preciso advertir que no hay que confundir tal variación con la inclinación del eje terrestre sobre la elíptica. Este es un hecho que podría estar relacionado con el de que hablamos, pero que no es el mismo. Parece, en efecto, demostrado, que el polo Sur debió estar inmediato al cabo Horno durante el período cretáceo y que durante el período terciario se aproximaría al Sur del Africa. «En los períodos de transición—dice M. F. G. Girard—se adelantaría hasta el grado 55 de latitud actual, ya en el Atlántico ya en el Océano Indico».

Se sabe, por otra parte, que según los cálculos de sir John Murray, la diferencia de superficie y de densidad de los continentes conocidos acusa un exceso de 500 millares de toneladas en favor del hemisferio boreal. Según también ha demostrado Reclus, suponiendo cortado el globo, según un plano exterior al eje de rotación, se vería que la mayor parte de los con-

tinentes quedarían colocados en un hemisferio que podríamos denominar terrestre en oposición á otro que podríamos denominar marítimo. En el primero quedarían las ocho décimas partes de las tierras, lo que desde luego implica un inmenso desequilibrio. Mas á pesar de esto, la tierra permanece equilibrada aún, y según M. Girard ha alcanzado su equilibrio definitivo. Esto es afirmar, sin embargo, demasiado. Y veamos por qué:

Se ha observado que el polo magnético presenta cerca del polo Norte, con el cual no se confunde en manera alguna, mudanzas más grandes que el polo magnético Sur; esto es lo que ha impulsado á ciertos sabios á atribuir á la tierra, ó al menos á su masa sólida, la forma de un tetraedro (pirámide terminada en cuatro triángulos equiláteros) ó de un trompo «lo que fuera de las atracciones australes, explican la oblicuidad elíptica y ciertos movimientos secundarios del globo terrestre.» Este pensamiento se debe á Lowtain Green (1875); mas la tierra es aplanada en el polo Norte y se ensancha en el Ecuador, lo que es un argumento en favor de la estabilidad de su línea. ¿Pero es el polo Sur igualmente aplanado? La ausencia de tierras bastante sólidas en el hemisferio austral entre los 55° y 60° latitud sur no permiten ejecutar las medidas geométricas que son necesarias para establecer esta igualdad.

M. Girard hace desde luego un razonamiento por analogía. El planeta Marte que está «acabado», como la tierra, «ofrece más bien una figura aplanada ligeramente al Norte y alargada al polo positivo que es el polo Sur. Solamente en los planetas no enfriados, como Júpiter, etc., es donde el aplanamiento de los dos polos se hace visible.» El equilibrio terrestre exige que el peso del hemisferio austral sea igual al del hemisferio boreal; durante largo tiempo se ha supuesto la existencia de un vasto continente en la región del polo Sur ó antártico. Las últimas expediciones de Gerlache y de Nordenskiold parece que han comprobado que más bien existe un archipiélago. Es, pues, necesaria otra causa para establecer el movimiento de equilibrio, y ésta se encuentra naturalmente por el peso excesivo del agua y el movimiento de tierras emergidas en el hemisferio boreal desde que el equilibrio del globo se encuentra comprometido; por esto la acción reguladora de los mares sirve para establecerle instantáneamente. (De aquí que la parte de peso que resulta de la extracción intensa de la hulla en el hemisferio boreal

y su combustión consecutiva, jamás producirá, como se ha dicho, la ruptura del equilibrio y los cataclismos soñados por algunas personas).

M. Girad, en sus estudios, nos indica que la tierra puede compararse á un dinamo. Las «corrientes deben obrar y resistir en los polos con más intensidad que sobre los otros puntos de la superficie terrestre. Estas corrientes, bastante fuertes para sostener la dirección de la aguja imantada, tienen ciertamente sobre las materias próximas á los polos acciones de flujo y reflujo; el anodo y el catodo deben cargarse diferentemente.»

En el polo Norte (polo negativo del magnetismo terrestre) hay pérdida y, por tanto, aplastamiento, mientras que en el polo Sur (polo positivo del magnetismo terrestre) hay aumento. Porque el circuito está necesariamente cerrado; la corriente se mantiene regularmente de norte á sur ó al menos en la superficie, mientras que el retorno tiene lugar en las partes altas atmosféricas, de donde las auroras polares.

Hay, pues, combinaciones de acciones electro-magnéticas y mecánicas que son las que dan á la tierra esta forma de esferoide ó trompa de que hemos hablado. El líquido océano se inclina en el hemisferio austral, allá donde es necesario para contrapesar y compensar las diferentes resistencias que ofrece el otro hemisferio, como también diferentes efectos de atracciones astrales.

Esta acción parece «que particularmente se produce en el golfo de los *bank-ice*, prolongándose desde los 70° á los 78°, paralelo sur, sobre la longitud 140° oeste», golfo que se cierra próximamente en los 80° paralelos por los volcanes Erebus y Terror. «El barco de la expedición sueca *El Antártico* se destrozó, á pesar de su construcción especial, por la presión y acumulación de los hielos y por los témpanos levantados y separados por la invasión y empuje de las aguas equilibradoras; invasión que se produce cada vez que el movimiento cónico de la tierra llega á la cúspide (apogeo) de la elipse y cambia de dirección. No otra cosa que este movimiento es el que ocasiona las desviaciones de los bancos de hielo.



BIBLIOGRAFÍA

R. W. Trine. *En armonía con el infinito.*—Trad. de la 5.ª ed. inglesa, por *Federico Climent Terrer.*— Barcelona. Parera, editor.

Trine, el célebre escritor místico, conocido del público inglés por sus atrevimientos en *Un Vidente de todo el Universo, Lo mayor siempre conocido, Criaturas videntes*, etc., ha sido esmeradamente traducido al español por el Sr. Terrer y lujosamente editado por la casa Parera.

Poco hemos de decir de la obra del ilustre escritor. *En armonía con el infinito* es obra de un valor tal para todos aquellos á quienes interesa el actual resurgir del movimiento espiritualista, que solamente una lectura detallada podría dar idea de ella. Trine, excepto cuando se entrega á reminiscencias de su antiguo credo protestante, ha laborado, sin duda conscientemente, por la popularización de las ideas teosóficas. Mas, como muy bien dice su traductor Sr. Terrer, su actual trabajo no es "una obra puramente mística, sin otra finalidad que el egoísmo psíquico en contraposición al egoísmo material de los sentidos corporales; es, por el contrario, una obra hermosamente humana, de positivo y práctico provecho en las grandes tribulaciones, de norma segura para bien vivir, y que de maravilloso modo funde las creencias de la religión con las verdades de la ciencia.

"Para las almas delicadas, ansiosas de llegar al conocimiento de la verdad, será *En armonía con el infinito* una revelación de ideas vagamente presentidas que, en toda la esplendidez de su nítida hermosura, se mostrarán como fuerzas determinantes del convencimiento y de la acción á que sin duda ha de impeler el conjunto de la obra.„

Llamamos, pues, la atención del lector acerca de los extensos párrafos que á continuación transcribimos extractados de la interesante producción de Trine:

"La gran causa primordial del Universo es aquel Espíritu de Vida y Poder Infinito que todo lo llena, todo lo anima y en todo y á través de todo se manifiesta por sí mismo; que es el eterno é increado principio vital de quien todo emana, por quien todo ha llegado á ser, y no sólo ha llegado á ser sino que continúa siendo. Si hay una vida individual, necesariamente ha de haber una fuente de infinita vida de la que aquélla emane; si hay una corriente de amor de donde aquélla fluya, es necesario que surja de una vena inagotable de omniscencia. Lo mismo puede decirse de lo relativo á la paz, á la energía y á las llamadas cosas materiales.„

. . . .

„*El hecho capital de la vida humana es lograr la consciente y positiva efectividad de nuestra unión con la Vida Infinita, y abrir completamente nuestro sér á su divino influjo*. Este es el hecho capital de la humana vida en el que todo otro se encierra y del cual todo otro se deriva. En el mismo grado en que logremos la consciente efectividad de nuestra unión con la Vida Infinita y abramos nuestro sér á su divino influjo, se manifestarán en nosotros las cualidades y potencias de la Vida Infinita.

„¿Qué significa ésto? Significa sencillamente que reconocemos nuestra verdadera identidad, que ponemos nuestra vida en armonía con las leyes y fuerzas del Universo, y que abrimos nuestro sér á la suprema inspiración, como en la historia del mundo hicieron los profetas, videntes, filósofos, mesías y todos los hombres de grande y fortalecido ánimo. En el grado en que lleguemos á realizar esta efectividad y la conexión de nosotros mismos con la Infinita Fuente, lograremos que el poder divino obre y se manifieste en nosotros. Pero si nos mantenemos esquivos á este divino influjo, á este poder supremo, á causa de la ignorancia, como generalmente sucede, impediremos que se manifieste en nosotros.„

. . . .

„Cuando uno alcanza y vive continuamente en la completa y consciente realización de su unidad con el Infinito Poder y Vida, alcanza tal suma de bellezas, alegrías y magnificencias, que sólo es capaz quien con el Infinito Poder se relaciona. Así se logra la posesión de los más ricos tesoros durante nuestro paso por la tierra. Así se trae el cielo á la tierra, ó más bien se lleva la tierra al cielo. Así se trueca debilidad é impotencia por fuerza y vigor; tristeza y angustia por alegría y sosiego; temores é incertidumbres por esperanza y fe; anhelos por realizaciones. Así se alcanza la plenitud de Paz, Poder y Abundancia. Esto es, estar en *armonía con el Infinito*.„



J. Antich. *Andrógino*.—Poema.—Barcelona, 1904.—Henrich y C.ª

La casa Henrich, de Barcelona, acaba de enriquecer su biblioteca con una obra interesante y original. Es ésta un poema en prosa en el que el joven escritor Antich canta sus luchas más bien de filósofo que de poeta.

Perteneciente Antich á esa juventud de que hablaba Nordau en su *Mal del Siglo,* pesimista y nirvanista en Alemania, simbolista en Francia y buddhista y estheta en Inglaterra, juventud que representa, en suma, la transición del ciclo pasado al venidero, tiene la originalidad y bravura de lo moderno sin una verdadera base de convinción ó de valor ideal. Independiente de esto, sin embargo, el escritor Antich ha sabido idear una forma artística de exposición para sus sueños filosóficos á la vez que para sus simples fantasías de artista.

En algunos de sus capítulos de especial sabor goético, una cierta confusión y obscuridad desvirtúan, empero, el valor total de la obra. Se observa que Antich conoce las mitologías orientales, aunque por capricho de escri-

tor á veces no lo deje entrever. Él, como otros muchos, es fruto de la cultura actual.

Ahora bien; desde Schopenhauer acá un hilo de oro desprendido del saber oriental ensarta toda literatura y filosofía de éxito. Mas este hilo es ténue y quebradizo, tanto, que en ocasiones sólo una apariencia suya engrana ideas sin valor esencial alguno; dudas que no lo serían expuestas de otro modo; pesimismos enfermizos nacidos más bien de pobreza ó de impotencia mental que de la incompatibilidad espiritual humana...: palabras y palabras, en suma, que no tienen otra relación con su cuna, el remoto é intenso Oriente, que la puramente lexicológica.

Nada de esto, empero, encontramos en la obra de Antich. La situación mental del joven escritor es muy otra, y sirva de testimonio de ello la bella *Invocación* que precede al poema. En ella, el poeta que buscara el sosiego en los *Libros muertos*, en la tierra y en el átomo, ó que en vano persiguiera la unidad, y que "desligado del mundo„ vagara por el reino del pesimismo pronto á recibir el abrazo de la fría y descarnada Anhilación, lanza su grito de triunfo ante el el horizonte luminoso de la Esperanza.

X.



Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society*).

The Theosophical Review LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)

The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)

The New Century CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)

The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)

The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland).

Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46).

Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkeri en Boekhandel).

Revue theósophique française. París. (Rue Saint-Lazare, 10.)

Bulletin theosophique. París. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)

Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)

Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)

Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)

Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)

The Prasnottara. INDIA. (Indian Seccion Theosophical Society *Benares.*)

Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.*)

The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.*)

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. Brasil. (Coritiba. Paraná.)

Revista spirita. Brasil. (Bahia.)

La Lumiere. París. (Rue Lafontaine, 96.)

Religione é Patria. Italia. (Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)

Constancia. Buenos- Aires. (Tucuman, 1736.)

La Fraternidad. Buenos-Aires. (Victoria, 3325.)

Freya. Buenos-Aires. (Calle 27, núm. 215.)

Lumen. Tarrasa. (Pantano, 91.)

Luz y Unión. Barcelona. (Ferlandina, 20.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. París. (Rue Vauquein, 28.)

O Instituto. Portugal, Coimbra. (Imprensa da Universidade.)

A Tradiçâo Portugal. (Serpa.)

Revista masónica. Buenos-Aires. (Calle Cuyo, 1131.)

Helios. Madrid. (Lista, 8. 3.º)

La Revista Blanca. Madrid. (Cristóbal Bordiú, 1.)



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΊΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

¿LA GRAVITACIÓN ES UNA LEY?

La teoría corpuscular ha sido desechada sin ceremonia alguna; pero la gravitación, el principio en virtud del cual todos los cuerpos se atraen unos á los otros con una fuerza que está en razón directa de sus masas é inversa al cuadrado de las distancias que los separa, sobrevive todavía y continúa reinando en absoluto sobre las supuestas ondas etéreas del Espacio. Como hipótesis, ha sido amenazada de muerte por su insuficiencia para abarcar todos los hechos que ante ella se han presentado; pero como ley física, es la Soberana de los últimos «Imponderables» que fueron en un tiempo todopoderosos. «¡Es casi una blasfemia... un insulto á la respetada memoria de Newton el ponerla en duda!»—exclamaba un crítico norte-americano de *Isis Unveiled*—. Aceptado; pero ¿qué es, al fin, ese Dios invisible é intangible en quien debemos creer con ciega fe? Los astrónomos, que ven en la gravitación una cómoda solución de muchas cosas y una fuerza universal que les permite calcular los movimientos planetarios, se preocupan muy poco de la causa de la atracción. Llaman á la Gravedad una ley, una causa en sí misma, mientras nosotros calificamos de efectos á las fuerzas que obran bajo ese nombre, y de efectos muy secundarios. Algún día se verá que la hipótesis científica, á pesar de todo, no

satisfface, y tendrá entonces que seguir la misma suerte de la toría corpuscular de la luz, con la cual será relegada durante muchos *æones* científicos á los archivos donde yacen todas las especulaciones fracasadas. ¿Acaso no manifestó el mismo Newton serias dudas acerca de la naturaleza de la Fuerza y la corporeidad de los «Agentes»—como entonces se les llamaba—, hecho que también sucedió á Cuvier, otra antorcha científica que brilla en las tinieblas de la investigación? En su *Revolution du Globe* previene aquél á sus lectores contra la naturaleza dudosa de las llamadas fuerzas, diciendo: «después de todo, no es muy seguro que esos agentes no sean *agentes espirituales*». Al empezar su *Principia*, sir Isaac Newton tuvo el mayor cuidado de establecer bien en su escuela que no empleaba la palabra «atracción» respecto á la acción mutua de los cuerpos, en su sentido físico, afirmando que, para él, se trataba de una concepción puramente matemática que no envolvía consideración alguna de causas físicas, reales y primeras. En un pasaje de la misma obra (1) nos dice con toda claridad que, consideradas bajo el punto de vista físico, las atracciones son más bien impulsos. En la Sección XI (Introducción) expresa la opinión de que «existe algún espíritu sutil, por medio de cuya fuerza y acción están determinados todos los movimientos de la materia» (2); en su *Third Letter* (Tercera carta) á Bentley, dice:

Es inconcevible que la materia bruta inanimada pueda, sin la mediación de alguna otra cosa *que no sea material,* obrar sobre otra materia y afectarla sin contacto mutuo, como debe hacerlo si la gravitación, en el sentido de Epicuro, le es esencialmente inherente... La idea de que la gravitación fuese innata, inherente y esencial á la materia, de modo que un cuerpo pueda obrar sobre otro á distancia y recíprocamente, á través del vacío, sin la intervención de ninguna otra cosa por intermedio de la cual la acción pueda ser transportada del uno al otro, me parece tan absurda, que no creo que un hombre dotado de la facultad de meditar con competencia sobre las cuestiones filosóficas, pueda caer jamás en tal error. La gravedad debe ser provocada por un agente que interviene de una manera constante, de acuerdo con ciertas leyes; pero en cuanto á decidir si el *agente es material ó inmaterial,* dejo á mis lectores el cuidado de resolverlo.

---

(1) Defin, 8 B. I. Prop. 69, «Scholium».
(2) Véase *Modern Materialism*, por el Rev. W. F. Wilkinson.

Con esto, hasta los contemporáneos mismos de Newton se asustaron ante la vuelta aparente de las Causas Ocultas en el dominio de la Física. Leibnitz llamaba á su principio de atracción «un poder incorpóreo é inexplicable». La suposición de una facultad atractiva y de un perfecto vacío, fué tachada de «repulsiva» por Bernouilli, no encontrando el principio de la *actio in distans* mayor favor entonces que hoy. Por otra parte, pensaba que la acción de la gravedad era debida á un *Espíritu,* ó bien á algún medio sutil. Y Newton, sin embargo, si no lo aceptaba, tenía conocimiento del Eter de los Antiguos. Consideraba el espacio intermedio entre los cuerpos siderales como un vacío, y creía, por consiguiente, como nosotros en un «Espíritu sutil», y en Espíritus, dirigiendo la pretendida atracción. Las palabras del gran hombre que hemos citado, han producido pobres resultados. El «absurdo» se ha convertido ahora en un dogma para el materialismo puro, que repite: «No hay Materia sin Fuerza, no hay Fuerza sin Materia; ellas son inseparables, eternas é indestructibles *(cierto);* no puede existir Fuerza independiente, puesto que toda Fuerza es una propiedad inherente y necesaria de la Materia *(falso)*; por consiguiente, no hay Poder Creador inmaterial alguno.» ¡Oh, pobre sir Isaac!

Si dejando aparte á todos los demás hombres de ciencia eminentes que están de acuerdo con la opinión de Euler y Leibnitz reclaman los ocultistas como autoridades y defensores suyos sólo á sir Isaac Newton y á Cuvier, en el sentido anteriormente citado, poco tienen que temer de la ciencia moderna, y pueden proclamar altamente y con orgullo sus creencias. Mas las vacilaciones y las dudas de dichas autoridades, y también de otros muchos que podríamos nombrar, no impidieron lo más mínimo á la especulación científica el limitarse á los campos de la materia bruta, exactamente como en el pasado. Primero se trató de la materia y de un flúido imponderable distinto de la misma; luego vino el flúido imponderable, tan criticado por Grove; en seguida el Eter, que al principio era discontinuo y más adelante se convirtió en continuo, y después aparecieron las Fuerzas «mecánicas», que han tomado carta de naturaleza en el presente como «modos de movimiento», habiéndose hecho el Eter más misterioso y problemático que nunca. Más de un hombre de ciencia se opone á semejantes opiniones groseramente materialistas; pero desde la época de Platón, que no cesaba de reco-

mendar á sus lectores que no confundieran á los Elementos *incorpóreos* con sus Principios, los Elementos transcendentales ó espirituales; desde los tiempos de los grandes alquimistas que, á ejemplo de Paracelso, establecían una gran diferencia entre el fenómeno y su causa ó noumeno, hasta Grove, que, aunque «no ve razón alguna para privar á la materia universalmente difundida de las funciones comunes á toda materia», emplea, no obstante, el término Fuerzas, allá donde sus críticos—que no prestan á la palabra idea alguna de acción específica»—dicen Fuerza; desde entonces hasta el presente, nada ha sido capaz de contener el desbordamiento del materialismo brutal.

La gravitación es la causa única, el Dios activo, y la Materia es su profeta—decían los hombres de ciencia sólo hace pocos años—. Desde entonces han cambiado de opinión varias veces. ¿Pero acaso comprenden mejor los sabios hoy día que en aquel tiempo el pensamiento íntimo de Newton, que era uno de los hombres de tendencias más espirituales y religiosas de su época? Seguramente hay que ponerlo en duda. Se atribuye á aquél haber dado el golpe de muerte á los Vórtices Elementales de Descartes—la idea de Anaxágoras resucitada, sea dicho de paso—, aunque, en verdad, los últimos «átomos vortiginosos» modernos de sir William Thompson no difieren mucho de los primeros. Sin embargo, cuando su discípulo Forbes escribió en el prefacio de la obra principal de su maestro una frase, en la que declaraba que la «atracción era la causa del sistema», Newton fué el primero en protestar solemnemente. Lo que en la mente del gran matemático asumía la imagen vaga, pero firmemente arraigada de Dios, como Noumeno de todas las cosas (1), era llamado más filosóficamente por los filósofos y ocultistas antiguos y modernos «Dioses» ó los Poderes creadores formadores. Pueden los modos de expresión haber sido diferentes y las ideas más ó menos filosóficamente enunciadas por toda la antigüedad sagrada y profana; pero el pensamiento fundamental era el

(1) Le Couturier, un materialista, escribe: «La atracción se ha convertido ahora para el público en lo que era para el mismo Newton: una simple palabra, una Idea» *(Panorama des Mondes)*, puesto que su causa es desconocida. Herschell dice virtualmente lo mismo, cuando observa que siempre que estudia el movimiento de los cuerpos celestes y los fenómenos de la atracción, se siente penetrado á cada instante de la idea de la «existencia de causas que para nosotros obran detrás de un velo que disfraza su acción directa». *(Musee des Sciences,* Agosto de 1856.)

mismo (1). Las fuerzas eran para Pitágoras Entidades Espirituales, Dioses independientes de los planetas y de la Materia, según los vemos y conocemos sobre la Tierra, y soberanos del Cielo sideral. Platón representaba á los planetas como movidos por un Rector intrínseco, que habita en ellos como un «barquero en su bote», y en cuanto á Aristóteles, llamaba á esos directores «substancias inmateriales» (2), si bien, no habiendo sido jamás iniciado, rehusaba conocer á los Dioses como Entidades (3), lo que no le impidió aceptar el hecho de que las estrellas y los planetas «no eran masas inertes, sino verdaderos cuerpos activos y vivientes». Como si los espíritus siderales fuesen las «partes más divinas de sus fenómenos» (4).

Si buscamos la corroboración de esto en épocas más modernas y científicas, vemos que Tycho-Brahe reconocía en las estrellas una fuerza triple, divina, espiritual y vital. Kepler, reuniendo la sentencia pitagórica, «el Sol custodio de Júpiter», con los versículos de David, «Él colocó su trono sobre el Sol» y «el Señor es el Sol», etc., dijo que comprendía perfectamente,

(1) Si se nos censura que creamos en Dioses y espíritus activos mientras rechazamos á un Dios personal, contestaremos á los teistas y monoteistas: Admitid que vuestro Jehovah es *uno de los Elohim*, y estaremos dispuestos á reconocerle. Haced de él el Dios Eterno, Infinito y ÚNICO, como lo hacéis, y jamás le aceptaremos bajo ese carácter. Dioses de tribu ha habido muchos; la Deidad Unica Universal es un principio, una Idea fundamental abstracta que nada tiene que ver con la obra impura de la Forma finita. No adoramos á los Dioses; sólo los honramos como á séres superiores á nosotros. Con ello obedecemos á la orden mosaica, mientras que los críticos desobedecen á su *Biblia*, y más que nadie los misioneros. «No hablarás mal de los Dioses»—dice uno de ellos, Jehovah, en el *Exodo* XXII, 28—; pero está ordenado al mismo tiempo en el versículo 20: «Quien ofreciere sacrificios á cualquier Dios, excepto únicamente al Señor, será destruído.» Ahora bien; en los textos originales no es Dios, sino Elohim—y desafiamos á que se nos contradiga—y Jehovah es uno de los Elohim, como lo prueban sus propias palabras en el *Génesis*, III, 22, cuando dijo el Señor: «Ved ahí al hombre que se ha hecho como uno de nosotros». Por consiguiente, tanto aquellos que adoran y sacrifican á los Elohim, á los ángeles y á Jehovah, como los que rebajan á los Dioses y á sus semejantes, cometen una transgresión mucho mayor que los ocultistas ó que cualquier teósofo. Al mismo tiempo, muchos de los últimos prefieren creer en un «Señor» ú otro, y son perfectamente dueños de hacer lo que gusten.

(2) Comparar las «especies inmateriales á madera de hierro» y reirse de Spiller porque habla de ellas como de «materia incorpórea», no resuelve el problema. (Véase *Conceps of Modern Physics*, pág. 165, *et infra.*)

(3) Véase *Vossius* vol. II, pág. 528.

(4) *De Cœlo*, I, 9.

cómo podrían creer los pitagóricos, que todos los Globos diseminados por el Espacio eran Inteligencias racionales *(facultates ratiocinativæ)*, girando alrededor del Sol, «en el que reside un puro espíritu de fuego, la fuente de la armonía general» (1).

Cuando un ocultista habla de Fohat, la Inteligencia animadora y directora del Flúido Universal Eléctrico y Vital, se ríen de él; pero según ha quedado ahora demostrado, hasta el presente no se ha llegado á comprender la naturaleza de la electricidad, ni de la vida, ni siquiera de la luz. El ocultista ve en la manifestación de toda fuerza en la Naturaleza la acción de la cualidad ó la característica especial de su Noumeno; Noumeno, que es una Individualidad separada é inteligente *en el otro lado del Universo mecánico manifestado*. Ahora bien; el Ocultista no niega—sino que, por el contrario, apoya la opinión—que la luz, el calor, la electricidad y demás, sean agentes, no propiedades ó cualidades de la Materia. Para decirlo más claro: la Materia es la condición, la base ó vehículo necesario, un *sine qua non* de la manifestación de esas Fuerzas ó Agentes en este plano.

Pero, para triunfar en este punto, deben los ocultistas examinar las credenciales de la ley de gravedad, ante todo la de la «Gravitación, la Soberana y Directora de la Materia», en todas las formas. Para conservarlo de una manera eficiente, hay que recordar la hipótesis bajo su forma primitiva. Ante todo, ¿fué acaso Newton quien la descubrió primero? El *Athenæum*, de Enero 28 de 1867, contiene algunos informes curiosos sobre este particular. Dice:

Puede aducirse la evidencia positiva de que Newton derivó todos sus conocimientos respecto á la Gravitación y sus leyes de Bœhme, para quien la Gravitación ó atracción es la primera propiedad de la Naturaleza... Pues según él, su sistema (el de Bœhme) nos enseña la parte interna de las cosas, mientras que la ciencia física moderna se contenta con mirar lo externo.

Y más abajo:

La ciencia de la electricidad, que aún no existía cuando él (Bœhme) escribió, está allí anticipada (en sus escritos); no sólo describe Bœhme todos los fenómenos conocidos ahora de esa fuerza, sino que hasta nos ofrece el origen, generación y nacimiento de la electricidad misma.

(1) *De Motibus Planetarum Harmonicis*, pág. 248.

Así, pues, Newton, cuya mente profunda leía fácilmente entre líneas y penetraba el pensamiento espiritual del gran Vidente en su versión mística, debe su gran descubrimiento á Jacobo Bœhme, el criado por los Genios Nirmanakayas, que sobre él velaban y le dirigían, de quien el autor del artículo en cuestión dice con tanta justicia:

Cada nuevo descubrimiento científico viene á probar su penetración profunda é intuitiva en los trabajos más secretos de la naturaleza.

Y habiendo *descubierto* la Gravedad, Newton—á fin de hacer posible la acción de la atracción en el espacio—tuvo que aniquilar, por decirlo así, todo obstáculo físico capaz de impedir su libre acción, el éter, entre otros, aunque tenía más de un presentimiento de su existencia. Defendiendo la teoría corpuscular hizo un *vacío absoluto* entre los cuerpos celestes. Cualesquiera que hayan sido sus sospechas y convicciones íntimas respecto al éter, por muchos que fuesen los amigos con quienes se franquease—como sucedió en su correspondencia con Bentley—, jamás revelaron sus doctrinas que tuviese semejante ciencia. Si estaba persuadido de que el poder de la atracción no podía ser ejercido por la materia «á través de un vacío» (1), ¿cómo es que hasta el año 1860 los astrónomos franceses—Le Couturier, por ejemplo—combatieron «los resultados *desastrosos* de la teoría del vacío, establecida por el gran hombre?». Dice Le Couturier:

Hoy no es posible sostener—como Newton—que los cuerpos celestes se mueven en medio del inmenso vacío de los espacios... Entre las consecuencias de la teoría del vacío, establecida por Newton, sólo queda de pie la palabra «atracción»... Y vemos llegar el día en que esta palabra desaparecerá del vocabulario científico (2).

El profesor Winchell escribe lo siguiente:

Esos pasajes (cartas á Bentley) demuestran cuáles eran sus ideas respecto á la naturaleza del medio de comunicación interplanetario. A pesar de declarar que los cielos «carecen de materia sensible», en otro lugar exceptuó «quizá á algunos vapores y efluvios muy sutiles,

---

(1) *World-Life*, profesor Winchell. Ll. D., págs. 49 á 50.
(2) *Panorama des Mondes*, págs. 47 á 53.

nacidos de las atmósferas de la tierra, de los planetas y cometas y de algún medio excesivamente etéreo y sutil, como el que en otra parte hemos descrito» (1).

Esto sólo demuestra que aun hombres tan eminentes como Newton no siempre tienen el valor de sus opiniones. (El Dr. T. S. Hunt.)

Llamó la atención sobre algunos pasajes por mucho tiempo descuidados en las obras de Newton, según los cuales aparece que la creencia en semejante medio universal intercósmico se arraigó gradualmente en su pensamiento (2).

Pero nunca se llegó á prestar atención á dichos pasajes hasta Noviembre 28 de 1881, cuando leyó el Dr. Hunt su *Química Celeste desde la época de Newton.* Como dice Le Couturier:

Hasta entonces, la idea de que Newton, á la par que defendía la teoría corpuscular, predicaba un vacío, era universal aun entre los hombres de ciencia.

Los pasajes habían sido «descuidados por largo tiempo», sin duda alguna porque contradecían y chocaban con las teorías favoritas preconcebidas del día, hasta que por último la teoría ondulatoria exigió imperiosamente la presencia de un «medio etéreo» para explicarla. Este es todo el secreto.

De todos modos, á partir de esa teoría de Newton respecto á un vacío universal—por él enseñada si en ella no creía—, es de cuando data el inmenso desprecio demostrado ahora por la Física moderna hacia la antigua. Los antiguos sabios habían sostenido que «la Naturaleza aborrecía el vacío», y los matemáticos más grandes del mundo—léase de las razas occidentales—habían descubierto y puesto de manifiesto el anticuado «error». Y ahora la ciencia moderna, aunque de mala gana, justifica el conocimiento arcáico y tiene que vindicar, además, á última hora, el carácter y los poderes de observación de Newton, después de haber dejado durante siglo y medio de prestar atención á pasajes tan sumamente importantes, quizá porque fuera más prudente no hablar de ello para nada. ¡Más vale tarde que nunca!

Y hoy el Padre Æther es *recibido de nuevo* con los brazos

(1) Newton, *Opties*, III. Query 28 1704; citada en World-Life, pág. 50.
(2) Ibid.

abiertos, y unido á la gravitación, encadenado á la misma por su suerte ó desgracia, hasta el día en que aquél ó ambos se vean reemplazados por otra cosa. Trescientos años atrás era el *plenum* en todas partes; luego convirtióse en un horrendo *vacío;* más tarde aún los lechos de los océanos siderales desecados por la Ciencia, volvieron de nuevo á ver rodar etéreas ondas. *Recede ut procedas*, debe convertirse en el lema de la «ciencia exacta»; exacta, sobre todo, en reconocerse inexacta cada año bisiesto.

Mas no queremos reñir con los grandes hombres. Han tenido que volver á los primitivos «Dioses de Pitágoras y del viejo Kanâda» para hallar el hueso y la medula de las correlaciones y descubrimientos «más recientes», y bien puede esto ofrecer esperanza á los ocultistas respecto á sus Dioses menores, pues creemos en la profecía de Le Couturier acerca de la gravitación. Sabemos que se aproxima el día en que los mismos hombres de ciencia exigirán una reforma absoluta en los métodos actuales de la ciencia, como lo hizo sir William Grove. Hasta ese día nada puede hacerse. Pues si la gravitación quedase destronada mañana, al día siguiente descubrirían los hombres de ciencia algún otro modo de movimiento mecánico (1). Rudo y empinado es el sendero de la verdadera Ciencia y sus días se hallan llenos de contrariedades para el espíritu. Pero en vista de sus mil hipótesis contradictorias ofrecidas como explicaciones de fenómenos físicos, no ha habido ninguna mejor que el «movimiento», á pesar de ser interpretado paradógicamente por el materialismo. Nada tienen que decir los ocultistas contra el movimiento (2), el gran aliento de lo *Incognoscible*, de Herber Spencer.

---

(1) Cuando se leen las obras de Mr. Isaac Newton con un espíritu imparcial y libre de prejuicios, son un testigo siempre dispuesto á demostrar cuánto debió titubear entre la gravitación y la atracción, el impulso y alguna otra *causa desconocida*, para explicar el curso regular del movimiento planetario. Pero véase su *Treatise ou Colour* (Tratado sobre el Color, vol. III, cuestión 31). Nos dice Herschell que Newton dejó á sus sucesores el deber de sacar de su descubrimiento todas las conclusiones científicas. Cuanto ha abusado la ciencia moderna del privilegio de fundar sus más recientes teorías sobre la ley de la gravitación, puede apreciarse teniendo presente cuán profundamente religioso era aquel gran hombre.

(2) La noción materialista de que siendo imposible en física el movimiento real ó sensible en el vacío puro es, por tanto, una ficción el movimiento eterno del Cosmos, y en el mismo, considerado como el Espacio infinito, sólo demuestra una vez más que las expresiones de la Metafísica oriental, tales como «Espacio puro», «Sér puro», el «Absoluto», etc., jamás han sido comprendidas en Occidente.

Pero creyendo que todo cuanto en la tierra existe es la sombra de algo en el Espacio, creen en «Alientos» secundarios, los cuales, vivos, inteligentes é independientes de todo, excepto de la Ley, obran en todas direcciones durante los períodos manvantáricos. A éstos los rechazará la Ciencia. Pero cuanto se haga para reemplazar la atracción—*álias* la gravitación—, el resultado será el mismo. La Ciencia se encontrará tan distante de la solución de las dificultades como ahora, á no ser que entre en relaciones con el ocultismo y hasta con la Alquimia; suposición que será considerada como una impertinencia, pero que, sin embargo, seguirá siendo un hecho. Como dice Faye:

Falta algo á los geólogos para hacer la geología de la luna: ser astrónomo; y, á la verdad, falta también alguna cosa á los astrónomos para abordar con éxito este estudio: ser geólogo (1).

Pero pudiera haber añadido con más exactitud todavía:

Lo que á ambos falta es la intuición del místico.

Tengamos presente las sabias «observaciones finales» de sir William Grove, sobre la estructura última de la Materia, ó las minucias de la acción molecular que, según creía, jamás conocerá el hombre.

Mucho perjuicio ha ocasionado ya el intento de desmenuzar hipotéticamente la materia y discutir las formas, tamaños y números de los átomos, y sus atmósferas de calor, éter ó electricidad. Respecto á si el considerar la electricidad, la luz, el magnetismo, etc., simplemente como movimiento de la materia común, es ó no admisible, cierto es que todas las teorías pasadas y todas las existentes han resuelto y resuelven la acción de esas fuerzas en el movimiento. Sea que á causa de sernos familiar éste le atribuímos otros estados, como á un lenguaje que se construye con mayor facilidad y es más capaz de explicarlas, ó sea que, en realidad, es el único modo según el cual nuestras inteligencias, distinguiéndolos de nuestros sentidos, sean capaces de concebir agentes materiales, lo cierto es que desde el período en que las nociones místicas de poderes espirituales ó sobrenaturales se aplicaban para explicar los fenómenos físicos, todas las hipótesis forjadas para explicarlos los han resuelto en el movimiento.

---

(1) De *World-Life*, de Winchell, pág. 379.

Y luego este mismo sabio expone una doctrina puramente oculta.

El término «movimiento perpetuo» que he empleado con frecuencia en estas páginas, es en sí mismo equívoco. Si las doctrinas aquí expuestas son bien fundadas, todo movimiento es, en cierto sentido, perpetuo. En las masas cuyo movimiento se ve detenido por la concusión mutua, se genera el calor ó el movimiento de las partículas, así continúa el movimiento; de suerte que si pudiésemos aventurarnos á hacer extensivos semejantes pensamientos al Universo, tendríamos que suponer la misma suma de movimientos, afectando eternamente la misma suma de materia (1).

Esto es, precisamente, lo que el ocultismo sostiene, y en virtud del mismo principio de que:

Cuando la fuerza es opuesta á la fuerza y se produce el equilibrio estático, la balanza del equilibrio preexistente queda afectada y produce un nuevo movimiento equivalente al que ha sido reducido al estado preventivo de la reversión.

Este proceso tiene sus intervalos en el Pralaya (2); pero es eterno é incesante como «Aliento», aun cuando repose el Kosmos manifestado.

Así, suponiendo que se renunciase á la atracción ó gravitación en favor de la teoría del Sol como enorme imán—teoría aceptada ya por algunos físicos—, imán que obrase sobre los planetas como la atracción se supone obra ahora, ¿adónde conduciría esto á los Astrónomos y qué adelantarían con ello? Ni una pulgada siquiera. Kepler llegó á esta «curiosa hipótesis» hace cerca de trescientos años. No había descubierto la teoría de la atracción y repulsión en el Kosmos, porque era conocida desde los tiempos de Empedocles, quien llamó á las dos fuerzas opuestas «amor» y «odio», palabras que indican la misma idea. Mas Kepler hizo una hermosa descripción del magnetismo cósmico; y que semejante magnetismo existe en la Naturaleza es tan cierto, como que no existe la gravitación; al menos, no en

(1) *Correl Pyhs. Forces*, pág. 173.

(2) Llámase así al período de reposo que sigue á una manifestación Universal.—(N. del T.)

la forma que enseña la Ciencia, que jamás ha tomado en consideración los diferentes modos en que la fuerza doble, que el Ocultismo llama atracción y repulsión, puede obrar en nuestro Sistema Solar, en la atmósfera de la Tierra y más allá en el Kosmos.

Según escribe el gran Humboldt:

> El espacio trans-solar no ha revelado hasta ahora fenómeno alguno análogo á nuestro sistema solar. Es una peculiaridad de *nuestro* sistema el que la materia se haya condensado dentro del mismo en anillos nebulosos, cuyos núcleos se condensan en tierras y lunas. Lo repito: hasta ahora, *nada de esto se ha observado jamás fuera de nuestro sistema planetario* (1).

Cierto es que después del año 1860, apareció la Teoría Nebular; y siendo mejor conocida, se supuso que se habían observado unos cuantos fenómenos idénticos fuera del Sistema Solar. Sin embargo, tiene perfecta razón aquel gran hombre y no pueden encontrarse tierras ó lunas, excepto en apariencia, fuera de nuestro Sistema, del mismo orden de Materia que se encuentra en éste. Tal es la Doctrina Oculta.

Esto fué demostrado por Newton mismo, porque hay muchos fenómenos en nuestro Sistema Solar que confesó no poder explicar por medio de la ley de gravitación; «éstos eran la uniformidad en las direcciones de los movimientos planetarios, las formas casi circulares de las órbitas y su singular conformidad á un plano» (2). Y si existe una sola excepción, en tal caso no puede hablarse de la ley de gravitación como de una ley universal.

Nos dicen que «en su Scholium general, Newton declara que esos ajustamientos son la obra de un sér inteligente y todopoderoso». Puede que ese «Sér» sea inteligente; en cuanto á «todopoderoso», hay toda clase de razones para dudarlo. ¡Un pobre «Dios» sería aquel que se ocupase de detalles menores y abandonase los más importantes á fuerzas secundarias. La debilidad de ese argumento y su lógica sólo es sobrepujada por Laplace, quien tratando muy justamente de susbstituir con el Movimien-

(1) Véase la *Revue Germanique* del 31 de Diciembre de 1860, artículo «Lettres et conversations d'Alejandre Humboldt».

(2) Profesor Winchell.

to al «Sér todopoderoso» de Newton, é ignorante de la verdadera naturaleza de ese Movimiento Eterno, vió en él una ley física ciega. «¿Acaso no podían ser aquellos ajustamientos un efecto de las leyes del movimiento?» pregunta, olvidando—como todos nuestros hombres de ciencia modernos—que esa ley y ese movimiento son un círculo vicioso mientras no se explique la *naturaleza de ambos*. Su célebre respuesta á Napoleón, *Dieu est devenu una hypothese inutile*, sólo podría darla correctamente el que se adhiriese á la filosofía de los vedantinos. Conviértese en una pura falsedad, si excluímos la intervención de los Séres activos, inteligentes y poderosos—jamás «todopoderosos»—que son llamados «Dioses».

Preguntamos á los críticos de los astrónomos de la Edad Media: ¿por qué se ha de tachar á Kepler de muy anticientífico, por ofrecer exactamente la misma solución que Newton, pero, mostrándose más sincero, más consecuente y hasta más lógico? ¿Dónde está la diferencia entre el «Sér todopoderoso» de Newton y los Rectores, de Kepler, sus Fuerzas Siderales y Cósmicas ó Angeles? También critican á Kepler por su «curiosa hipótesis de un movimiento vertiginoso dentro del sistema solar», por sus teorías en general, y por compartir la idea de Empedocles de la atracción y repulsión, y del «magnetismo solar» particularmente. Sin embargo, varios hombres de ciencia modernos—Hunt, si hemos de excluir á Metcalfe, el doctor Richardson, etc.—, como se verá, apoyan muy resueltamente la misma idea. Sin embargo, se le disculpa á medias con la excusa de que:

> En tiempo de Kepler no se había reconocido aún claramente interacción alguna genéricamente distinta del magnetismo entre las masas de materia (1).

¿Acaso se la reconoce *claramente* ahora? ¿Reclama el profesor Winchell para la Ciencia conocimiento serio alguno, ya sea de la naturaleza de la electricidad ó del magnetismo, excepto que ambos parecen ser los efectos de algún resultado nacido de una causa no determinada?

Las ideas de Kepler, separadas de sus tendencias teológicas, son puramente ocultas. Él vió que:

(1) *World Life*, pág. 553.

I. El sol es un gran imán (1). Esto es lo que creen algunos hombres de ciencia modernos eminentes y también los ocultistas.

II. La substancia solar es inmaterial (2). Por supuesto, en el sentido de la Materia existente en estados desconocidos para la Ciencia.

III. Atribuyó á un Espíritu ó Espíritus el perpetuo cuidado del movimiento de los planetas y restauración constante de la energía del Sol. La antigüedad toda creía en esta idea.

Los ocultistas no emplean la palabra Espíritu, pero dicen: Fuerzas Creadoras dotadas de inteligencia. Pero también podemos llamarlas Espíritus. Se nos acusará de contradicción. Dirán que mientras negamos á Dios admitimos á almas y á Espíritus activos, y citamos autores católicos romanos fanáticos en apoyo de nuestro argumento. A esto contestamos: Negamos el Dios antropomórfico de los monoteistas, pero jamás el Principio Divino de la Naturaleza. Combatimos á los protestantes y á los católicos romanos respecto á cierto número de creencias dogmáticas teológicas de origen humano y sectario. Estamos de acuerdo con ellos en su creencia de Espíritus y Poderes activos é inteligentes, aunque no rendimos culto á los «Angeles», como lo hacen los latinos romanos.

Condénase esta teoría mucho más á causa del espíritu que encierra, que por ninguna otra cosa; Herschell el mayor también creyó en ella, y así sucede con varios hombres de ciencia modernos. No obstante, el profesor Winchell declara: «que nunca se ha presentado en tiempos antiguos ni modernos una hipótesis más ilusoria y menos de acuerdo con las exigencias de los principios físicos» (3).

Lo mismo se dijo tiempo atrás respecto al Eter universal, y no sólo es ahora aceptado á la fuerza, sino que se le defiende como la única teoría posible para explicar ciertos misterios.

Cuando Grove expuso por primera vez sus ideas en Londres, hacia el año 1840, fueron consideradas como anticientíficas; sin embargo, sus opiniones acerca de la Correlación de las Fuerzas, son hoy día universalmente admitidas. Se necesitaría, sin duda,

(1) Pero véase *Astronomia du Moyen Age*, por Delambre.
(2) Véase *Isis Unveiled*, I, 270-261.
(3) *World Life*, pág. 554.

una persona más versada en Ciencias que lo que lo está la escritora para combatir con éxito algunas de las ideas hoy prevalecientes acerca de la gravitación y otras «soluciones» semejantes de los misterios cósmicos. También podríamos traer á la memoria unas cuantas objeciones que partieron de hombres de ciencia reconocidos como tales, de astrónomos y físicos eminentes que rechazaron la teoría de la rotación, así como la de la gravitación. En la *French Encyclopedia* se lee que «la Ciencia admite, á la vista de todos sus representantes, que es imposible explicar el origen físico del movimiento rotatorio del sistema».

Si preguntamos ¿cuál es la causa de la rotación? se nos contesta: «Es la fuerza centrífuga». ¿Y á esta fuerza, qué es lo que la produce? respondiéndose con gravedad: «La fuerza de la rotación» (1).

H. P. BLAVATSKY



LOS DISCÍPULOS EN SAIS

Novalis (1772-1801) ha sido uno de esos efímeros y brillantes meteoros que periódicamente, con grandes espacios de tiempo, como cometas de una órbita inmensa, atraviesan por el cielo de nuestra negrura espiritual y desaparecen, dejando un reguero de fosforescencias que se extinguen cuando en el Oriente se inicia el contacto espiritual de otro nuevo cometa.

Los fragmentos de la gran obra que dejó solamente en el comienzo, *Los discípulos en Saïs*, constituyen una prueba única del valor y la fuerza que tiene la intuición. Una traducción de ellos urge, sobre todo en estos momentos en los que una resurrección espiritual se confirma con caracteres inconfundibles entre los jóvenes.

La obra de Novalis debía abarcar todo el campo del pasado y acaso del porvenir. He aquí los capítulos que iba á tener, y de los cuales sólo existen los dos que ofrecemos al público: Transformación del templo de Sais.—Aparición de Isis.—Muerte del Maestro.—Sueño en el templo.—Taller de Arqueo.—Llegada de los dioses helenos. Iniciación en los misterios.—Estatua de Mennon.—Viaje á las Pirámides.—El niño y su precursor.—El Mesías de la Naturaleza.—Nuevo testamento y nueva naturaleza.—Nueva Jerusalem.—Cosmogonia de los antiguos.—Divinidades indias.—*R. U.*

I

EL DISCÍPULO

Los hombres van por caminos diversos. Quien los siga y compare, verá nacer extrañas figuras, figuras que parecen pertene-

(1) Godefroy: *Cosmogonie de la revelation.*

cer á esa gran escritura cifrada que se encuentra en todas partes: en las alas, en los huevos de las aves, en las nubes, en la nieve, en los cristales, en las formas de las rocas, sobre los témpanos de hielo, en lo interior y en las cúspides de las montañas, en las plantas, en los animales, en los hombres, en los fulgores del cielo y de los discos de vidrio y laca cuando se les frota ó se les toca, en las limaduras que rodean el imán y en las extrañas conjeturas del azar... Se presiente la clave de esa escritura singular y su gramática; pero ese presentimiento no quiere fijarse en una forma y parece que rehusa en ser la clave suprema. Diría uno que una especie de *alcahest* se extiende sobre los sentidos de los hombres. Por esto, sólo unos instantes, sus penas y sus dolores parecen tomar cuerpo. Así nacen sus presentimientos; pero en seguida todo flota de nuevo, como antes, ante sus ojos.

De muy antiguo he oído que la ininteligibilidad no era sino el resultado de la Ininteligencia; que ésta buscaba lo que ya tenía y así no podía encontrar sino eso. No comprende uno la palabra, porque la palabra no se comprende ni quiere comprenderse ella misma. El verdadero sanscrito hablaba por el placer de hablar, porque la palabra era su alegría y su esencia.

Después ha dicho otro: la Santa Escritura no necesita explicaciones. Aquél que enuncia la Verdad está lleno de la vida eterna, y lo que escribe parécenos prodigiosamente provisto de auténticos misterios, porque es un acorde de la sinfonía del Universo.

Hablaba seguramente la voz del Maestro, porque se distinguía la reunión de las señales que están por todas partes esparcidas. Una claridad singular ilumina en torno de ellas, cuando las runas sublimes se abren ante nosotros y aparece delante de nuestros ojos la estrella que nos hace visible é inteligible la Figura. Si nos ve tristes y la noche continúa, nos consuela y promete al vidente asiduo y fiel una fortuna mejor. Con frecuencia nos ha dicho cómo en su infancia el deseo de ejercer sus sentidos, de ocuparlos y satisfacerles, no le dejaba ningún reposo. Contemplaba las estrellas, y sobre el suelo imitaba su posición y su curso. Miraba sin cesar en el océano del aire y no cesaba un instante de admirarse de su claridad, de sus movimientos, de sus nubes y de sus fulgores. Asemejábalas á piedras, flores, insectos de toda especie, y los disponía de diversas maneras ante sus ojos. Examinaba los hombres y los animales. Se sentaba á

las orillas del mar y buscaba conchas. Escuchaba atentamente á su corazón y á sus pensamientos. No sabía dónde le llevaban sus deseos. Cuando fué mayor, erró por el mundo, visitó otras tierras, otros mares y otros cielos. Vió nuevas rocas, nuevas plantas desconocidas, otros animales y otros hombres. Descendió á las cavernas y supo que de aquellas estratificaciones variadísimas estaba formado el edificio del Universo. Hizo con barro las figuras extrañas de las rocas. Poco á poco fué encontrando por todas partes objetos que ya conocía, pero que estaban extrañamente confundidos y mezclados. Así, muchísimas cosas extraordinarias se ordenaban por sí mismas ante él. Observó bien pronto las combinaciones que unen todas las cosas, las conjeturas y las coincidencias. No tardó en no hallar aislado absolutamente nada. En grandes y variadas imágenes se le ofrecían las percepciones de sus sentidos. Oía, veía, tocaba y pensaba al mismo tiempo. Gustaba de reunir las cosas separadas y distantes. Tanto le parecían las estrellas hombres, como los hombres estrellas; las piedras animales, como nubes las plantas. Jugaba con las fuerzas y los fenómenos. Sabía dónde, cómo y cuándo ésto y aquéllo podía encontrarse y aparecer, y buscaba así en las cuerdas los sonidos y los cantos que no eran más que para él.

No nos enseñó lo que él adivinó luego. Nos dijo que nosotros mismos, guiados por nuestro deseo y por él, descubriremos lo que llegue. Muchos de ellos le abandonaron. Regresaron á sus casas y volvieron á sus trabajos. Algunos fueron enviados por él no se sabe dónde. Los había escogido. Unos regresaron al poco tiempo, otros hicieron un viaje más largo. Uno de ellos, niño aún, apenas llegó cuando el Maestro quiso comunicarle la enseñanza. Tenía grandes ojos negros sobre un fondo azul, su piel brillaba como las azucenas, y sus cabellos parecían las ligeras nubes de un atardecer. Su voz llegaba hasta el corazón. Con gusto le hubiésemos dado nuestras flores, nuestras piedras, nuestras plumas y todo lo que poseíamos. Sonreía con una gravedad infinita; nos sentíamos extrañamente felices á su lado. Volverá un día—dijo el Maestro—y se quedará entre nosotros. Entonces la enseñanza llegará á su término. Y envió con él otro discípulo para que nos afligiésemos. Parecía siempre triste. Estuvo entre nosotros bastantes años; nada le salía bien. Tenía pena de encontrar algo cuando buscábamos cristales ó flores;

también la tenía de ver á lo lejos y de no llegar á disponer con arte las variadas líneas. Rompía cuanto tocaba. Y, sin embargo, ninguno poseía tanto ardor, tal ansia de ver y entender.

Un día, antes de que el niño entrase en nuestro círculo, se le vió de pronto diestro y alegre. Triste echó á andar y lo perdimos de vista, y la noche avanzaba. Nos quedamos muy inquietos. De pronto al despuntar la aurora oímos su voz en un bosque vecino. Cantaba, cantaba un canto alegre y sublime. Quedamos sobrecogidos. El Maestro tendió una mirada hacia la Aurora, como no la he vuelto á ver. El cantor estuvo bien pronto entre nosotros y una beatitud indefinible se pintaba en su semblante; nos trajo una piedrecita de una forma singular. El Maestro la tomó en su mano, abrazó largo rato al discípulo, nos miró luego con los ojos bañados en lágrimas, y puso la piedrecilla en un sitio vacante entre las demás, allí, justamente donde las rayas, como muchísimas líneas se encontraban.

No olvidaré jamás aquel momento. Nos pareció que habíamos experimentado rápidamente en nuestras almas un claro presentimiento de este maravilloso Universo.

Yo también, yo soy menos hábil que los demás, y aun he debido decir que los tesoros de la naturaleza no se descubren de primera intención ante mis ojos. Sin embargo, el Maestro me quiere bien y me deja á mis propios pensamientos cuando los demás salen al encuentro. Jamás he experimentado lo que experimenta el Maestro. Todo me pertenece á mí mismo. He comprendido lo que ha dicho un día la segunda voz. Soy dichoso contemplando las cosas y las figuras maravillosas de las salas; pero me parece que no son sino imágenes, velos, adornos reunidos en torno de una imagen divina, y ésta es la que ocupa sin cesar mis pensamientos. No la busco, pero la encuentro con frecuencia en ellos. Se diría que ellos van mostrándome el camino donde dormida profundamente me aguarda la virgen que mi entendimiento desea.

Jamás me ha hablado de ello el Maestro, ni he podido confesarle nada; me parece que es un secreto inviolable. Hubiera querido yo interrogar á ese niño misterioso. Encontraba en él no sé qué aire fraternal en sus rasgos, y todo á su alrededor me parecía hacerse interiormente más claro. Seguramente si hubiese permanecido más tiempo, yo habría experimentado más cosas en mí mismo. Y quizá también, al fin, mi corazón se hu-

biera abierto y desatado mi lengua. Yo habría querido irme con él. No se hubiera ido tampoco. Ignoro el tiempo que he de permanecer aquí. Creo que habré de esperarle bastante. Tengo una gran pena en confesármelo á mí mismo; pero este pensamiento me oprime muy íntimamente; creo que un día encontraré aquí lo que sin cesar me emociona; siempre está allí. Cuando dudo aquí, con esta esperanza, todo me parece bajo una forma más alta y bajo un orden nuevo, y todo indica una nueva patria. ¡Cada objeto me parece entonces tan conocido y querido! Y lo que de ningún modo me parecía singular y extraño, me es entonces de pronto familiar.

Esta extrañeza me es extraña todavía, porque esta reunión me atrae y me rechaza al mismo tiempo. Yo no puedo comprender al Maestro; ¡me es tan incomprensiblemente querido! Lo sé, él me comprende y jamás ha hablado contra mi sentimiento ó contra mi deseo. Más bien quiere que sigamos nuestro propio camino, porque cada camino nuevo pasa por tierras nuevas y nos lleva al fin á esas estancias, á esa patria sagrada. Pero yo también quiero describir mi Figura, y si algún mortal, según la inscripción que está allí, no levanta el velo, es preciso que tratemos de hacernos inmortales. El que no quiere levantarle, no es un verdadero discípulo de Sais.

(Continuará.)



LA VIDA DE LO INANIMADO

Con este título ha publicado una interesante información científica en *Le Temps* E. de Varigny. El asunto no es nuevo para los lectores de esta revista, que conocen seguramente las grandes obras de la sabia maestra H. P. Blavatsky. Especialmente, además, por lo que se refiere á los metales, hemos publicado hace tiempo un artículo sobre los experimentos de Bose, y nuestro colaborador E. González Blanco ha tratado el asunto en su estudio *El Hilozoismo*. A título de información únicamente reproducimos el trabajo del publicista de *Le Temps*.

Por debajo de la escala de los séres se encuentran organismos pequeñísimos y sencillos, los cuales, durante muchísimo

tiempo, han parecido constituir las formas más elementales de la vida. Células aisladas, amibas, protozoarios, protistas, bacterias y microbios diversos, esos organismos parecen realizar el último—ó el primer—grado de vitalidad.

Entre ellos y las formas superiores la diferencia es grande, sin duda; pero hay analogías ciertas y numerosas transiciones: las desemejanzas son de grado más que de naturaleza.

Algunos naturalistas, sin embargo, se han preguntado si la escala de séres vivos se detiene donde comúnmente la hacemos concluir. Extendiendo la ley de la continuidad en su libro *De la naturaleza*, Robinet constituyóse en el siglo xviii en defensor convencido de ella, diciendo que lo que llamamos inanimado podría muy bien ser algo más vivo de lo que se cree, y que la materia bruta podría igualmente ser tan viva como la así llamada. Semejante mira ha sido expuesta ya con muchísimo calor hace una quincena de años por Armando Sabatier, eminente naturalista de Montpellier, en su *Ensayo sobre la vida y la muerte,* y ha sido nuevamente defendida por él mismo en su *Filosofía del esfuerzo,* publicada hace unos meses.

Después de todo, puede muy bien haber formas de vida inferiores á la del protozoario, como la de éste lo es respecto de la presentada por el mamífero y el ave. Tal tesis puede defenderse; y á las razones *à priori* pueden añadirse argumentos y hechos que tienen algún valor.

Un gran número de fenómenos preséntase en los cuerpos brutos, que hasta aquí han parecido caracterizar á la materia viva. Las analogías obsérvanse, desde luego, en la estructura.

Las recientes experiencias de Mr. G. Cartaud (*Revue generale des sciences,* 15 Febrero 1903), han hecho ver que vertiendo metal fundido en una capa delgada sobre un cuerpo frío depositan en él una red de células, células provistas de un núcleo circular lo mismo que en el de una célula de materia viva. Semejante núcleo es constante. Una capa de colodión racinado forma igualmente células y núcleos. El aluminio forma células irregulares, conteniendo también su núcleo. La estructura celular encuéntrase, pues, en los cuerpos brutos; no es, por tanto, especial de los cuerpos vivos. Una comprobación análoga se observa en el cristal: deslumbrado por el calor de la llama muéstrase formado por colonias de células microscópicas provistas cada una de un núcleo.

Los metales en general, y en particular el hierro, están en su totalidad formados por células aglomeradas. La teoría celular del acero está sólidamente establecida por Osmond, es ya clásica, y aunque se dé á los elementos de los metales el nombre de cristales, más frecuentemente que el de células, no es por ello menos evidente la analogía.

El hierro, el acero, el cobre, los metales todos, están compuestos de unidades elementales características de cada metal, de cada género. Este dato, suministrado por los físicos y petrólogos ha sido, por otra parte, ampliamente confirmado por el fisiólogo Mr. Otto von Schroen, cuyos trabajos ha resumido de una manera interesante Mr. L. Hahn en los *Anales des Sciences psyquiques*.

Mr. von Schroen, profesor de Nápoles, ha estudiado especialmente el modo como se engendran los cristales, en las soluciones salinas y en las masas cristalinas, mostrando cómo en el seno de una solución se forma el protoplasma granuloso donde se desenvuelven los petroblastos, especie de núcleos aislados, y las protocélulas ó células nucleales que se encuentran nutriéndose de los elementos ambientes del protoplasma, materia viva primitiva de la que los petroblastos y protocélulas son formas más elevadas, específicas y orgánicas.

Hay todavía que observar una analogía más. En los organismos las células son elementos relativamente sólidos, flotantes en un medio líquido. En los cuerpos brutos, en los metales, por ejemplo, se ve paralelamente á las células ó cristales, rodeados de materia menos resistente no cristalizada. La existencia de tal materia aplica la fluencia de los cuerpos sólidos ó reputados por tal, señalado por Tresca y estudiado de un modo interesante recientemente por W. Sprinsg (*Journal de Chimie physique*, Febrero 1904), lo que explica los fenómenos de difusión de los metales y la soldadura en frío por simple compresión.

Obsérvanse también analogías en las funciones fisiológicas. Hay una fisiología de los órganos de los cuerpos brutos. Estos están sin cesar en trabajo. Mr. Ch. Ed. Guillaume lo ha indicado en una serie de artículos sobre las aplicaciones de los aceros al níquel, en los *Archives des sciences physiques et naturales* el año último. Y vense también en las variaciones modestísimas que ofrecen los instrumentos metrológicos, á pesar de hacerlos con aleaciones de las menos variables. Si el platino iridiado parece

invariable casi una diezmillonésima, el hecho no es absolutamente cierto, y sábese la variabilidad de las espirales mejor construídas; no se ignora tampoco que los hilos de acero se cortan de un modo regular con el tiempo. En fin, en todo gran almacén de vidrio no se desconocen las quebraduras, al parecer espontáneas. Los cuerpos brutos están en equilibrio químico variable; *trabajan* sin cesar; sus elementos no permanecen inmóviles y fijos. Y ciertos cuerpos de éstos parecen ser más vivos que otros. El hierro, por ejemplo.

Las células de los cuerpos brutos se nutren lo mismo que las de los organismos. Un cristal no crece sino tomando del medio ambiente elementos apropiados. No puede engrosar sino en un líquido que le suministre ciertos alimentos, como un protozoario ó una bacteria no se acreciente sino en medio conveniente de cultivo. Mr. von Schroen ha estudiado muchísimo esta nutrición de las células de los cuerpos brutos, y declara que no consiste solamente en la yustaposición; la intususcepción juega también su papel. Las células pueden también devorarse entre sí: calentad el cobre, las pequeñas células de que se compone este metal se funden en células más voluminosas, dice Heyn, de Charlotenbourg. Lo mismo pasa con el hierro. Y es que el calor parece dar apetito á los organismos.

Juntamente con el crecimiento, tiene la facultad de reproducirse. No sexualmente. ¿No es la reproducción sexual la más extendida entre los séres vivos? La germinación, el brote tan frecuentemente observado en los cuerpos brutos, pertenece también á los cuerpos vivos.

Romped un pedazo de cristal de alumbre y sumergidlo en una solución del mismo; en seguida se forman botares verdaderos; los cristales se reproducen. La facultad de germinación es muy viva en un medio apropiado, es decir, muy nutridor. Desde 1724 Fahrenheit comprobó que en el agua sobrefría, es decir, en un líquido mantenido bajo 0″ un cristal de hielo retoña de una manera casi instantánea en cuanto se le sumerge allí; y en 1785 Lowitz comprobó un fenómeno análogo en las soluciones sobresaturadas donde se sumergiese una substancia de la que la solución estuviese llena.

Los organismos de los cuerpos brutos pueden también regenerarse y cicatrizar; puede curarse un cristal herido colocándole en un medio adecuado. Se cultivan también como los micro-

bios: la glicerina cristalizada, que hizo su nacimiento en 1867 en un tonel enviado de Viena á Inglaterra, se cultiva, desarrolla y multiplica cuando se coloca un cristal en la glicerina del líquido. Puede asimismo decirse que esta especie no vive sino gracias á los cuidados de cultivo que le proporcionan los químicos.

Como las células de los cuerpos vivos, los órganos de los cuerpos *inorgánicos* manifiestan signos de fatiga.

El hecho ha sido señalado primeramente por Lord Kelvin, que ha visto que un hilo metálico mantenido algunas horas ó días en vibración, cesa de vibrar tan pronto como se le pone en movimiento, lo que no hace un hilo al que se ha tenido algunos días en reposo.

Han venido después los curiosísimos estudios de un físico de Calcuta, Jagadis Chunder Bose (véase su libro *Response in the living and non living,* 1902), estableciendo la semejanza de las reacciones de lo animado é inanimado. Cuando se electriza un músculo ó un nervio, prodúcese un cambio exterior apreciable, pero hay otros cambios también: los cambios de conductibilidad, que no se manifiestan sino á condición de emplear ciertos instrumentos y ciertos métodos. Electrizad un metal: los cambios apreciables (contracción) no se manifiestan, pero pueden ponerse en evidencia los invisibles; y éstos son los mismos que los de los séres vivos. Tal es la base de la serie de indagaciones de Bose, quien ha llegado á enseñar que el metal se fatiga como el músculo, y que se pueden comprobar en él fenómenos similares al tétanos del músculo. Hay aún una singular coincidencia que revelar. Para tratar la fatiga en el organismo vivo, se hace uso comúnmente del masaje y del baño turco ó del baño caliente. Luego, para restaurar un metal fatigado, dice Bose, nada mejor que la vibración ó el calor. En los dos casos el agente exterior que reanima las fuerzas debilitadas es el mismo.

Si los cuerpos brutos tienen una anatomía y una fisiología, deben tener, se dirá, una patología. Sin duda. El razonamiento es legítimo, aunque no esté manifiestamente justificado por los acontecimientos.

Los metales tienen sus enfermedades como los organismos, y el microscopio ha mostrado las lesiones y los trastornos del metal.

En 1895 un accidente ferroviario provocó una viva emoción en Inglaterra. En los alrededores de la estación de Saint Neots

un rápido salió de la vía ocasionando gran número de desgracias, algunas de las cuales fueron fatales. Un examen sumario hizo ver que el descarrilamiento procedía de la ruptura de un rail. Éste se hallaba partido en 17 puntos de su longitud. ¿Por qué se había partido? Una comisión técnica se encargó de estudiar el asunto. Y como las colectividades trabajan siempre más lentamente que los individuos, hasta después de cuatro años el informe de los técnicos no fué conocido. La conclusión fué que el accidente no había sido accidental, en la propia acepción de la palabra, sino resultado de una enfermedad del rail. El buen acero de los rails se compone de ferrita, es decir, de hierro puro y de perlita, que es una mezcla, un tejido de ferrita y cementita (carburo de hierro en combinación con hierro y carbono). La perlita debe notarse bien; fórmase mejor en el metal que se ha enfriado lentamente. En el acero que ha sido endurecido por el temple no se halla perlita; se reemplaza por la martensita, por las obras cristalinas entrelazadas, y esta martensita es durísima, tanto, que no tiene bastante flexibilidad. El rail culpable en la desgracia de Saint Neots tenía así su superficie de roce constituída por una capa de martensita. Semejante superficie estaba llena de fisuras, de pequeñas heridas, más abundantes encima de las traviesas, lo que se explica por la dureza del metal y la resistencia ofrecida por los travesaños juntamente con el doblegamiento que debía operarse bajo el peso de los vagones en ellos. La martensita se produjo gradualmente. No databa del nacimiento del rail, es decir, de su fabricación. Era un tejido de producción reciente; un tejido formado bajo la influencia de traumatismos reiterados, bajo la influencia de roces debidos al patinaje resultante del juego de los frenos. Bajo la influencia de un violento calentamiento seguido de un rígido enfriamiento, la capa superficial del rail se modificó, su estructura quedó alterada—como una epidermis sometida á roces ó choques frecuentes—y el rail, tomando más dureza, adquirió también más fragilidad. Por un mecanismo análogo, por una modificación patológica del mismo género deben explicarse un gran número de accidentes ferroviarios ó de máquinas.

Los metales son muy sensibles al calor; todos los estudios micrográficos de los metalúrgicos lo demuestran claramente. Pero el calor, que es un agente capaz de enfermar á los metales, es también al propio tiempo bueno para mejorarles de salud.

Los aceros, peligrosamente cristalizados por el calor, se curan por el calor, llegando á 870 ó 900° con un enfriamiento muy lento. Este baño de calor con enfriamiento gradual destruye su fragilidad, el recocido destruye los grandes cristales que debilitan el metal, y en lugar de grandes células no quedan sino pequeños cristales finos que dan al metal más solidez y un grano más fino. Hay además en los mismos metales una resistencia á la enfermedad, como en los organismos. Hartusann lo ha hecho ver de un modo admirable, estirando las probetas metálicas más allá de su límite elástico, infligiéndolas un alargamiento permanente.

Opérese un nuevo alargamiento y la extricción se verifica en otro punto, lo que enseña que la resistencia se acrecienta por efecto del agente patógeno. Parecida y paralelamente en el punto de la piel donde un microbio acaba de inocularse, los leucocitos se estrechan y establecen una barrera defensiva preparando la resistencia. Mr. Ch. Ed. Guillaume comprueba hechos análogos en la incorporación de los aceros al níquel, cuya «resistencia heróica» describe.

Sujetos á la enfermedad, los cuerpos brutos son sensibles también á los venenos como todos los organismos. Mr. Jean Becquerel acaba de demostrar que los anestésicos paralizan la emisión de los rayos N en los cuerpos brutos como en los cuerpos vivos. Existen cuerpos que envenenan los metales y los paralizan en algún modo: el silicio, el manganesio, el fósforo, el plomo, el bismuto. Este último envenena el cobre aun á la dosis 0,05 por 100. El carbono y el hidrógeno son también venenosos para el cobre. Pero el calor puede curar esos accidentes. El calor juega un papel enorme en la vida de los cuerpos brutos como en la de los organismos; la diferencia es de grado nada más.

Pero se dirá que si los cuerpos brutos se aproximan tanto á los orgánicos por su estructura y fisiología, les falta una cosa, sin embargo, y es su conciencia, la personalidad. Es cierto. Pero si se observa á los organismos inferiores, se comprueba que buen número de reacciones que pueden creerse debidas á su sensibilidad ó á su inteligencia, no lo son en realidad, siendo respuestas químicas y mecánicas. Los tactismos y tropismos explícanse sin la intervención de una conciencia. Las reacciones son debidas al mismo orden de las reacciones químicas ó físicas. De otro modo, un gran número de fenómenos en el organismo

inferior se explican, no por intenciones, preferencias ó sensaciones, sino por reacciones involuntarias y fatales. Luego tales reacciones no son especiales de la vida; caracterizan más bien lo inanimado y tienen una gran afinidad con las reacciones puramente químicas. Sirven, pues, para demostrar que entre lo que se ha llamado vivo y lo denominado lo no vivo, hay profundas analogías.

Las que contribuyen á robustecer la tesis que ve en lo no vivo algo que pueda diferir de lo viviente en grado, pero no en naturaleza, y aproxima uno á otro.

La materia inanimada tiene, pues, su vida, que no difiere tan profundamente de la de ciertas formas de lo animado. Tiene también su muerte parecida á la de la materia viva. Se disgrega, se resuelve en elementos que vuelven al receptáculo que nos envuelve, de donde sale toda vida y donde acaba toda muerte: el agua, el aire, el suelo. Hechos como ella de gas, de agua, de sales, sufriremos como ella la ley que quiere que las partes vayan sin cesar á fundirse con el todo. Pero la profundidad de la muerte es proporcional á la elevación de la vida; los cuerpos brutos pierden con la muerte menos que los cuerpos organizados.

Enrique de VARIGNY.



El Número.

La Palabra es una puerta que edifica el Amor para entrar por una vía del Misterio; pero el Número es la puerta que levanta el mismo Misterio para que penetremos en él.

La Palabra es un reconocimiento en el hombre, pero el Número es un encuentro. Y antes nos encontramos con nosotros, que nos reconocemos de manera alguna. La ciencia Aritmética descansa sobre un encuentro, sobre un primer hecho de conciencia que no acertamos á distinguir claramente, porque lo sentimos demasiado sobre nosotros mismos; la presentación abrumadora de lo Uno (nosotros mismos), luego de lo Otro (el mun-

do que nos circunda), y finalmente de lo Único (la totalidad que desgarramos á diario en la vida y el análisis).

«Los números son los dogmas», dice el sublime Novalis, aquel hombre verdaderamente embriagado del Número, el más místico de todos los matemáticos y el más cerca de la teología numérica de Pitágoras.

Nadie como Novalis ha penetrado más dentro de los números. Es posible que no supiera contar tan deprisa como un empleado de una casa de banca, ni calcular tan rápidamente como el célebre Inaudi; pero nadie ha sabido tanta ciencia de los números como él. Los mayores matemáticos no han llegado sino á las sublimidades del Arte. Y cuando se han embriagado del cuerpo de los números, han caído en la locura de un Newton comentando ridículamente el Apocalipsis; en la intransigencia cristiana de un Cauchy, ó en la tisis que siega á un Abel por andar tan deprisa sobre las cantidades para buscar su periodicidad, la norma diaria de lo Único.

Los Fragmentos de Novalis están llenos de visiones magníficas del Número. Hay mil pensamientos sobre el Número esparcidos aquí y allí en toda la obra, y todos los números se resuelven para el discípulo de Schelling en el Supremo. Dios mismo es un número, el Gran Número, un Número Único, que se extiende, afectando propiedades distintas, que le ofrecen como diverso y apartado de su verdadero valor, y que siempre puede reconocerse como un Uno, como el Número que se busca en la operación que se hace y en la oración que se reza.

La Verdad—que no puede expresarse todavía con la palabra porque no hemos hecho aún su verdadera palabra—la podemos evidenciar con el número bajo una fórmula, no importa cual, porque cualquiera que se escoja podrá contener toda la Verdad que se persigue.

El favor y la preeminencia del Número cifrado 7 en todo el mundo oriental, dice más por la Verdad absoluta que algunas sabias palabras de ese mismo mundo que han llegado á nosotros, porque es cierto lo que Novalis dice: «En Oriente la matemática se encuentra en su verdadera patria. En Europa ha degenerado en una simple técnica».

Lo más místico de las matemáticas es aquello sobre lo cual han podido adelantar muy poco los hombres; lo que jamás comprenden con bastante facilidad los alumnos á quien se inicia en

la Ciencia: las propiedades de los números, lo sublime revelado de las presentaciones de lo Uno, que aún no hemos traducido claramente, sino de un modo aproximado en las fórmulas más antiguas de la verdadera magia y del pseudo ocultismo que campea en el *folk-lore* de todos los pueblos: los siete días, las siete cosas, las siete palabras ó las siete acciones que han de verificarse para que se realicen ciertos deseos.

El Número cifrado, la cantidad, es un misterio sellado, intraducible todavía en el lenguaje del hombre.

Lo más revelado del Número es que comprende la verdadera expresión de la Justicia. La numeración humana, cualesquiera que sea el sistema adoptado por un pueblo, no es sino la norma de lo que corresponde á cada uno. Un símbolo antiguo condensa la forma ideal de la Justicia representándola por una mujer con una balanza en una mano y una espada en la otra. Esta representación no es, quizá, tan antigua como se piensa, y no ha representado en todo tiempo á la Justicia, sino á la Ley de los hombres.

Es un símbolo agradable y satisfactorio para los abogados, pero no ciertamente para los hombres en general. Ihering podrá hallarlo muy bueno porque ve en él que al lado de la balanza que da á cada uno lo suyo, está la espada para afirmar el derecho (1). Pero la verdadera Justicia no es tanto la exacta reciprocidad en un cambio, el justo peso de lo que se compra, como la percepción de lo que á cada uno corresponde sin compra ni pago alguno. La proporción estética es tan verdadera justicia como el premio de una acción buena; más justicia aún que la que pueden hacer los hombres distribuyendo ó conmutando, porque reside en la naturaleza y está muy por encima de aquéllos.

La justeza de las líneas y las proporciones, es una idea superior, de mística transcendente, que no tiene sino un valor estético para la generalidad de las gentes. Es, sin embargo, el aliento divino que hace perpetuas las obras del arte, la que las hace verdaderamente admirables, perfectas, perdurables, convirtiéndolas en oraciones y votos de Justicia.

Como objetos, como medios necesarios para el cambio y la distribución en la vida, han podido bastar por un momento los cuatro primeros números que integran la primera decena de Pi-

(1) Ihering, *La lucha por el derecho.*

tágoras $1+2+3+4=10$. Menos aún; con dos números, con dos cifras nada más, basta para un sistema complicado de numeración.

Para la Justicia de un pueblo, hacen falta muchos más. Precisa un número divisible por todo el pueblo, á quien sirve. La numeración decimal, natural, primitiva, responde más á las primeras necesidades de los hombres que el número de sus dedos, como generalmente se sospecha. Hoy tenemos cinco dedos en cada mano. ¿Pero hemos tenido siempre cinco?

Si los casos teratológicos son en realidad fenómenos de atavismo, como se ha sostenido por alguien; recuerdos de un pasado orgánico monstruoso, desde luego hemos poseído seguramente un sexto dedo, así como en época más remota no hemos poseído ninguno. La razón de aparecer de cuando en cuando recuerdos semejantes, puede, en parte, robustecer tal hipótesis. La numeración duodecimal sería más antigua todavía que la que observan los pueblos europeos del continente.

Improbables, á lo menos por ahora, las soluciones positivas por una gran carencia de datos, queda la eterna conjetura triunfante siempre bajo el nombre de genial chispazo, y despreciada á menudo como *intuición sin prueba*.

Al hombre más remoto de la historia positiva, á ese hombre que se supone elevándose poco á poco desde la bestia al genio, le vemos provisto de la numeración decimal, un sistema tan perfecto, tan armónico, «tan cuidadosamente implantado», que no se ha hecho más que incluirlo sin esfuerzo en el sistema general de pesas y medidas después de la creación del metro.

Los cantos rodados, coloreados, que ha estudiado Ed. Piette, testifican una numeración decimal perfecta (1). Los léxicos que informan la *Políglota africana* nos dicen asimismo que una numeración semejante es familiar en los pueblos *salvajes* del Africa. En fin, en los mismos pueblos donde el tipo de unidad sistemática es cinco, como entre algunos del Congo, de la Polinesia y los indios guaranis del Sur de América, se ve que en el fondo es una numeración decimal la que se observa, aunque realmente esté muy lejos de serlo; pero, en fin, es su mitad.

El sistema numérico ha sido, por lo demás, seguramente una necesidad muy secundaria en los hombres. Ha tenido que contar

(1) *Revue d'Antropologie.* 1894-1895-1896.

mucho para hacerse un sistema de numeración; ha debido aparecer una sociedad para sentir la necesidad de una numeración cualquiera, tal como la conocemos ahora.

El primer número que concibió el hombre, el que concebimos nosotros, ya que en nosotros se repite todo lo pasado como instinto y lo futuro como deseo, fué, como es para cada uno, el total absoluto. Ese todo-nada, múltiple y uno, que se siente en el éxtasis que inaugura la vida y que á menudo revelan los abstraídos y los tristes cuando para decirlo todo, para expresar su alma entera, su gran pensamiento ó el sentimiento que les embarga, contestan á quien pregunta que en qué piensan: «¡En nada!».

En nada..., en todo. Admirable expresión que revela, como puede revelarse, toda la pureza de una idea inefable é improferible; el silencio de un amor, lo callado de un crimen, lo mudo de una revelación que se adquiere.

Contestar *en todo,* sería proferir una acepción de la gran palabra Universo, «la palabra más atrevida del idioma», como dice el magnífico Juan Pablo.

El primer número no es un número, es el cero, lo representado esquemáticamente como el huevo universal, el todo, de donde todo procede. El primero no es el primero, es el segundo; el uno, anterior también á sí mismo, como reflejo de la unidad; reflejo que se repite en cada uno de los engendrados por él bajo la individualidad de cada número: cantidad.

El uno es el mismo hombre, porque el hombre es, como dijo el más grande y el peor entendido de los sofistas antiguos, Protágoras: «la medida de las cosas», y el origen, puede añadirse, de los números positivos. En francés, en inglés, en español, en italiano, etc., *un*, *one*, *un*, *uno*, expresan tanto la unidad como el hombre. Y es posible que si hiciésemos una búsqueda filológica so bre el origen del nombre de los números, viésemos algún indicio sobre aquellas primeras percepciones de los antiguos que dieron motivo á nombrar á los números en particular; llegando á formar así un conocimiento sobre la numeración en la naturaleza, de donde ha sacado el hòmbre la suya.

El nombre de cada número corresponde desde luego á un algo natural; es el nombre de un primer ó primitivo hecho observado. El 2 no es $1 + 1$, como el 3 no es $1 + 1 + 1$ ó $2 + 1$ ó $1 + 2$, sino 3. Los números dígitos son, en principio, individua-

les é inagregables, verdaderos individuos. Pedro, Juan, Antonio..., 1, 2, 3. Antonio no es Pedro y Juan, como el 3 no es el 1 y el 2, sino el 3, el siguiente al 2. Los nombres de los números, como los nombres de los colores, proceden indudablemente de hechos positivos, ya divinos, ya humanos. En vasco, por ejemplo, verde y verdura, yerba, tienen el mismo nombre, se designan con la misma palabra, *belarra;* en inglés *green,* vale tanto como verde, prado, crecer, etc., como sucede en castellano y en casi todos los idiomas. Hay colores para los cuales no hemos inventado una palabra todavía y los designamos recordando el objeto que los posee; plantas, animales, piedras, líquidos, etc.: violeta, naranja, rata, plomo, oro, café, etc. Y es seguro que el problema de la evolución del sentido de los colores y de la designación de los mismos, pertenece más á la historia de la Botánica y la Zoología que al campo filológico, donde lo encerraran Magnus y Geiger.

La suma, la variación numérica, es muy anterior al hecho natural de los números. Hemos conocido el 2 antes de sumar 1 y 1, y lo mismo el 3 y el 4. La verdadera matemática ha empezado por la multiplicación como invención humana y acaso más atrás, esto es, con operaciones más adelantadas.

La presentación tan repetida en la naturaleza del 3 y del 4, les ha dado justamente un carácter sublime, por imponerse y anticiparse á la moderna inteligencia, y el 7, prescindiendo de toda enseñanza esotérica, puede ser divino por compendiar y sumar los dos números más frecuentes en todos los reinos de la naturaleza. El valor místico que Pitágoras y los españoles Moderato y Junio Higinio daban á los números, era porque los consideraban así: como verdaderos nombres de símbolos, porque sabían acaso cuales fueran los primeros 1, 2, 3 y 4; de donde tomaran el nombre.

La numeración, hecho de Justicia, creación para ella, descansa en la aceptación de una cantidad tomada como número tipo de distribución. Es probable que una sociedad primitiva, siendo reducida, sólo conociese una numeración binaria, después quinaria, decimal, duodecimal, etc. Nuestro bien ha de ser susceptible de dividirse por un número equivalente al total.

El 10 es la suma de los cuatro primeros números, la mejor palabra para nombrarlos; el 12, la que expresa mejor toda su justicia y distribución familiar. Es el número simpático, fatal,

necesario, que ha de reunir todo símbolo propagador, generador, distributivo, extensivo, de evangelización, de heroísmo, de vida y de extensión: los pares de Francia, los meses del sol, los apóstoles, etc. Es el número de toda la Justicia y la aspiración pasada, como cualquiera que termina en cero lo es de la Justicia y aspiración presente, el número redondo del deseo, mil años, mil felicidades, un millón de dichas, tantos miles de duros para quien no sabrá qué hacer de ellos.

Una partición mal hecha, una distribución sin justicia, una parte tan sólo que se quite en lo que deba distribuirse, puede disminuir el bien en la mitad ó duplicarlo; una parte nada más. Es uno de los secretos del número justo del pasado: $5 - 1 = 4$, $7 + 1 = 8$. He ahí cómo una cosa, sólo una, insignificante, pequeña, siembra una desigualdad que tardará en igualarse mucho tiempo.

En el sistema que vivimos, cuando sellamos toda cantidad con el eterno multiplicador del pasado y del presente, esa nada que engendra tantas cosas, ese recuerdo del sol, del óvulo primitivo, expresamos borrosamente una idea, un hecho sentimental del que apenas nos damos cuenta, pero que efectivamente sentimos: El mismo que el hombre de antes expresaba al crear sus cifras redondas 3, 7, 10, 12, 15.

¿Qué es eso? ¿Qué se quiere decir?

No puede revelarse. Pero ahí está la Justicia.

Feliz el que comprende los números espirituales y percibe su poderosa influencia—decía Platón—. Pero no apliquéis ésto á los números de la técnica matemática, porque esos números son para otra cosa, aunque sean reflejo de los números divinos.

«¡Feliz el que comprende los números espirituales y percibe su poderosa influencia!»

Rafael URBANO.



LA CANCIÓN DE HOLLANDS

I

Hace próximamente unos seis mil años que el hombre avanza... avanza... avanza... á través de lo desconocido.

Lo que ha descubierto no es nada en comparación de lo que le queda por descubrir... y de lo que nunca descubrirá.

La imaginación se espanta ante ciertos problemas que no resuelven el Algebra, la Trigonometría ni la Medicina.

En este número se encuentra el caso de un señor llamado Hollands, muerto en Baltimore el año último. Que no se me acuse de inventar los hechos que voy á referir. Testigo presencial del caso, no he de olvidarlos aunque viva cien años.

No puedo recordar dónde hice el conocimiento con Hollands. Es posible que sea en Boston, en el hotel de Tomahank, donde me hospedaba con frecuencia. Hollands era un pobre diablo de seis pies de estatura, de inteligencia vulgar y extremadamente nervioso. En aquel tiempo pasaba su existencia haciendo malos versos, que presentaba con regularidad á los periódicos, sin lograr su inserción.

De todos modos, lo cierto es que en Junio del año último volví á encontrármelo en Baltimore: vivía en Union's Hotel frente mismo de la casa en que yo nací.

Le hallé en la calle; pero parecía tan preocupado, que no me reconoció. Estaba muy cambiado. Delgado en extremo, hacía el efecto de un esqueleto; sus ojos veíanse rodeados de anchas ojeras.

Resolví verle; pero se había convertido en un sér tan insociable, como un irlandés después de beber; me presenté muchas veces en su hotel, y siempre se negó á recibirme.

El criado encargado de transmitirme sus poco amables respuestas me dió detalles de la vida de este hombre singular.

Hollands no salía casi nunca: se quejaba de vivos dolores en el pecho, y se negaba á ser visitado por ningún médico.

De cuando en cuando tocaba el violín; pero siempre ejecutaba la misma melodía. Dos ó tres veces había cantado la misma canción con letra incoherente, en que se hablaba «de corazón vacío, gusano roedor y toque de agonía».

El criado emitió la opinión de que Hollands habría tenido

en Boston alguna historia de amor que le habría desarreglado el cerebro.

II

Había ya casi olvidado á Hollands, cuando á los ocho días encontré al mismo criado.

—El loco del violín está muy malo—me dijo—; venid á verle, puesto que sois médico.

Yo le seguí, y el dueño de Union's Hotel me introdujo sin dificultad en el cuarto del enfermo.

Éste se hallaba tendido en su lecho; no conocía á nadie, y su rostro tenía marcados todos los caracteres de la tisis más avanzada.

III

Una idea cruzó por mi mente. Hacía dos años que me ocupaba en hacer pruebas de magnetismo, de que había visto obtener y obtenido por mí mismo resultados sorprendentes.

Inmediatamente comencé á dar pases magnéticos sobre la cabeza y el pecho del moribundo, que en el primer momento, y cuando la acción de mi mano se ejerció sobre su frente, experimentó una fuerte sacudida, que no tuvo otros resultados, á pesar de mi fuerza magnética, hasta que pasó un cuarto de hora.

El pulso era casi imperceptible.

—Señor Hollands—le pregunté—¿dormís?

—Sí...—me respondió—¡No!... ¡No es bastante!...

Dí nuevos pases sobre su pecho, y después sobre su cabeza, y le pregunté de nuevo si dormía.

—Sí—me contestó con voz estridente, rechinando los dientes con temblor convulsivo.

—¿Dónde estais?

—En Boston... en la calle de Summers... en casa de... ¡No me obliguéis á pronunciar este nombre!

Yo reconcentré toda mi voluntad, y le ordené que me dijese el nombre.

—¡Laura L...!—exclamó con voz dolorida.—¡Despertadme!

La fisonomía de Hollands estaba de tal manera descompuesta que, creyendo imprudente insistir sobre ese punto, le pregunté:

—¿Dónde os duele?

El moribundo se inclinó en el lecho, apoyándose sobre el brazo izquierdo, y apretando convulsivamente su corazón con la mano derecha, entonó una canción incoherente que con su débil voz acentuaba, dando señaladas muestras de dolor.

Las ideas contenidas en el verso incorrecto de su canto especial eran las siguientes:

«Yo sentí que mi corazón se rompía
La noche que me dió el último beso,

Y como un gusano que entra en un fruto
Sentí introducirse en mí
Un amor que me roe y mata.»

. . . .

—¡Toma! ¡Pues si es su canción!—exclamó el criado.
Hollands continuó:

«El amor ha penetrado en mi corazón
Y lo ha devorado enteramente.
¡El amor ávido!
Después como un pobre sin pan
Ha muerto de hambre
En mi corazón vacío.

. . . .

Su cadáver helado y rígido
Golpea con candeciosos latidos
La roja pared de mi corazón muerto.
Y no me atrevo á moverme
Porque le oigo tocar á agonía
Cuando hago el menor movimiento.»

. . . .

. . . .

Hollands terminó su extraña canción con un hondo gemido, y cayó exánime sobre el lecho.

Le desperté y me reconoció.

—¡Salid de aquí!—me gritó con furor.—¡No estoy loco... no estoy loco!

¡Ay!... El desgraciado lo que no estaba era cuerdo.

IV

Salí, en efecto, del hotel tristemente impresionado.

Por la noche encontré á uno de mis amigos de Boston, á quien pedí noticias de Laura L...

Me dijo que era una mujer de costumbres ligeras, con quien Hollands había debido casarse, que en aquellos momentos estaba en relaciones con un tal Rean S..., comerciante en Amberes establecido en Boston.

Al día siguiente, sábado, volví al hotel á las nueve y media de la noche.

Toda la casa estaba en movimiento.

Hollands agonizaba.

Cuando entré en su cuarto apenas le quedaba un soplo de vida.

Le dí algunos pases magnéticos, y el moribundo, al principio tranquilo, saltó bruscamente del lecho, sin que nadie osara detenerle, y con una voz que parecía escucharse á gran distancia, cantó con la misma música del día anterior los versos siguientes:

«Hoy es por ella, pobre mía,
Por quien con doble fuerza suena la campana de agonía.
En su corazón destrozado por los golpes
Va á cesar el sonido... Rogad todos
Por una mujer que va á morir.»
....

En el instante que acabó el último verso, cayó el Sr. Hollands de espaldas y exánime.

¡Había muerto!

V

En este momento daban *las diez de la noche* en el reloj de la vecina torre.

Al día siguiente asistí al entierro.

Dos días después recibí un número de un periódico de Boston.

Fatalmente, y por un efecto independiente de mi voluntad, mis ojos se fijaron en el siguiente párrafo:

«Un crimen terrible ha esparcido el terror entre todos los habitantes de la calle de Summers. Nos faltan detalles.

»Todo lo que hemos averiguado es que la víctima se llama Laura L...; que el asesino es un belga establecido en esta ciudad, llamado Rean S...; que los celos han sido el móvil del crimen, y que el asesinato se ha cometido *á las diez en punto de la noche.*»

Basta referir esta historia, sin comentarios, para que el lector deduzca lo que quiera.

Edgard ALLAN POE.



LABOR PROPIA



Recientemente hemos dado á la estampa dos obras interesantes, tanto para los estudiantes teósofos, como para las personas que poseen más altos conocimientos.

Se trata de las obras *El cristianismo esotérico ó los misterios menores,* de Annie Besant, y la titulada *A los que sufren...*, de la señora Aimée Blech.

La primera la conocen desde luego casi en su totalidad los habituales lectores de nuestra revista, donde se ha publicado casi íntegra. La segunda les es completamente desconocida, á lo menos en la versión que de ella ha hecho el distinguido escritor que la subscribe con sus iniciales F. G.

Todo elogio de ambas obras parece que nos está vedado por intervenir nosotros en ellas siquiera como editores. No es así, antes por lo contrario, se nos impone anunciarlas y recomendarlas por nosotros mismos al público, por la excelente bondad de ambas producciones, así como por su indiscutible utilidad.

No hacerlo así, sobre faltar á una grande obligación moral, sería, fundándonos en lo poco que de ellas nos corresponde, tan ridículo como aquella deliciosa modestia de un editor de Montaigne que se encendía de rubor cuando se hablaba de los *Ensayos,* como si realmente los hubiera él escrito.

La edición de *El cristianismo esotérico* ha respondido además por nuestra parte á dos atenciones dignas de toda consideración. Ha sido la primera una demanda harto significativa por parte del público habitual de Sophia y del público en general, de la mencionada obra. La segunda ha respondido á una consideración aún más alta: la de ofrecer un *pendant* á la célebre obra de A. P. Sinnet, *El Buddhismo esotérico,* que publicada no ha mucho por la casa de la señora viuda de Rodríguez Serra, de Madrid, en su *Biblioteca filosófica,* ha podido, por falta de preparación en cierto público, dar una idea no muy precisa de la gran enseñanza é indagación teosófica, en aquellos lectores que no conocen más que dicha obra.

Esos lectores, leyendo de prisa, son luego aquellos que creen, como dice la misma Annie Besant, que la Teosofía no es más que «una versión atenuada del Hinduísmo, del Buddhismo, del Taoísmo ó de cualquiera otra religión».

Anticiparse á cortar tamaño error es una obra no ya meritoria, sino un deber ineludible, especialmente para aquellos que han lanzado á la publicidad la obra de Sinnet. Este, y no otro, ha sido también uno de los propósitos de D. José Melián al ofrecer después de la traducción del *Buddhismo esotérico* la de la obra de nuestra ilustre maestra Annie Besant.

Por lo que se refiere á la publicación de la obra *A los que sufren...*, de la señora Aimée Blech, una mirada siquiera superficial sobre sus páginas, indicará perfectamente al lector el móvil que nos ha impulsado á publicarla. Es un delicado y preciosísimo manual de enseñanza, escrito en un estilo sereno y profundo, como sólo puede volverse á ver repasando algunas páginas de Maeterlinck ó de la gran maga del estilo la ilustre Mabel Collins.

Esto es cuanto nos toca decir á nosotros, quedando para los periódicos y la prensa diaria los elogios que de ambas publicaciones han hecho, y que de veras agradecemos profundamente.

X.



BIBLIOGRAFÍA

C. W. Leadbeater.—*Bosquejo Teosófico.*—Versión de D. José Granés.—*Biblioteca Orientalista.*—Barcelona, Tapinería, 14.

La *Biblioteca Orientalista,* que con tanto acierto dirige D. Ramón Maynadé, nuestro amigo, acaba de publicar esta preciosa obra del celebrado autor de *Clarividencia, La Caldea Antigua, El Davacham* y tantas otras, por las que goza de un gran renombre en el mundo teosófico. Ha sido una buena elección, y auguramos á la citada *Biblioteca* un buen éxito para la obra

No dejaremos por ello de recomendarla á nuestros lectores. Es una obra de suma utilidad, clara, límpida, convincente y que merece distribuirse con verdadera profusión por esas mismas cualidades, porque responde á satisfacción de cuantos aún ignoran el valor y significado de la Teosofía.

La edición es bonita, elegante y baratísima, haciendo honor al buen gusto, ya proverbial del distinguido editor barcelonés.



El **Dosamantismo,** síntesis científico-religiosa del maestro J. Ceballos Dosamantes.—México, 1904.

El verdadero título de este prólogo á una religión nueva, nos ahorrará muchas explicaciones: Hele aquí: *Dosamantismo es la religión científica en oposición al ocultismo semita, que es una liga de internacional anarquismo—*

la síntesis científico-religiosa del maestro Jesús Ceballos Dosamantes, presentada por su discípulo Gonzalo Peña Troncoso.

El Sr. Dosamantes es demasiado conocido del público español, gracias á las *Cartas Americanas* del distinguido humorista D. Juan Valera, crítico de la obra de D. Jesús, *El perfeccionismo absoluto*. Del resumen de la doctrina *dosamantista*, que ofrece hoy un aventajado discípulo, poco hemos de decir. Es una lástima la lamentable equivocación en que discípulo y maestro caen, guiados seguramente sin querer, por el deseo de crear una escuela y una secta religiosa.

Digamos también que las hazañas de cierto conde expulsado de nuestra Sociedad, y las ridiculeces de algunos llamados ocultistas parisienses, han contribuído no poco á trastornar al Sr. Ceballos de un modo lamentable, y sobre todo á su discípulo. Mucho sentimos que esos hombres, á quienes debemos suponer de buena fe, caigan en esa exageración que parece justificar todo el ridículo en que incurren.



Carrasco Guerra y **Eloy do Amaralman Caminho,** episodio doloroso. Lisboa, 1904.

Se trata de un sentido drama en un acto, premiado en público certamen abierto para ese fin por el periódico *O Dia*, de Lisboa.

La acción es sencilla y conmovedora. Tiene toda la fatalidad inevitable de la verdadera desgracia, como castigo de una gran culpa.

Es obra de dos jóvenes escritores en quienes puede adivinarse por esta producción grandes alientos para mejores y más grandes empresas.

R. U.



Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society*).
The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)
The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)
The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)
The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland).
Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46).
Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkeri en Boekhandel).
Revue theósophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)
Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)
Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)
Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)
Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)
The Prasnottara. INDIA. (Indian Seccion Theosophical Society *Benares.)*
Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.*)
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. BRASIL. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. (Bahia.)
La Lumiere. PARÍS. (Rue Lafontaine, 96.)
Religione é Patria. ITALIA. (Firenze- Pistoia. Via Ciliegiole, 6.)
Constancia. BUENOS-AIRES. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. BUENOS-AIRES. (Victoria, 3325.)
Freya. BUENOS-AIRES. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. TARRASA. (Pantano, 91.)
Luz y Unión. BARCELONA. (Ferlandina, 20.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. PARÍS. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. PORTUGAL, COIMBRA. (Imprensa da Universidade.)
A Tradiçâo PORTUGAL. (SERPA.)
Revista masónica. BUENOS-AIRES. (Calle Cuyo, 1131.)
La Revista Blanca. MADRID. (Cristóbal Bordiú, 1.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

PURIFICACION

Si nos fuera posible situarnos mentalmente en un lugar del espacio desde el cual pudiésemos contemplar la marcha de la evolución, la historia de nuestra cadena de mundos tal como los entrevé nuestra imaginación y no como se nos presentan con sus aspectos físico, astral y mental, y contemplar el contorno de estos grupos, de esta humanidad que evoluciona, creo que podríamos representarnos esquemáticamente su conjunto. Yo veo una gran montaña en el espacio... Por ella un camino sube rodeando y rodeando hasta alcanzar la cumbre... Y las vueltas del camino son siete, y siete los lugares donde los peregrinos descansan en cada una de ellas; y á cada uno de estos descansos el peregrino ha de llegar subiendo y subiendo (1). A medida que asciende, veremos que la senda conduce á la cumbre en donde un Templo de blanco mármol deslumbrante resplandece en el etéreo azul... Este Templo es la meta de la peregrinación, y los que hasta ella llegaron terminaron su viaje—por lo que á la montaña se refiere—y allí permanecen para ayudar á los que

(1) La peregrinación de la humanidad durante su presente ciclo evolutivo implica el paso de siete edades á través de una cadena de siete globos. En cada uno de éstos habrá de detenerse millones de años y habrán de ser cuarenta y nueve estas detenciones, suponiendo siete edades en cada globo.

aún continúan su marcha. Si examinásemos atentamente el Templo, si intentásemos formarnos idea de su construcción, descubriríamos en su interior un Santuario y circundando á éste varios Espacios, cuatro en número, dispuestos á manera de círculos concéntricos y todos ellos dentro del Templo. Veríamos asimismo que un muro separaba cada Espacio, y que para atravesar de unos á otros le sería preciso al viajero transponer una entrada, una sola, abierta en cada muro circular. Y que aquel que intentare penetrar en el centro habría de atravesar primero estas cuatro puertas, una por una. Y que en el exterior aún existía otra separación—el Vestíbulo—que á su vez encerraba tantos Espacios como el Templo mismo. Y he aquí que contemplando el Templo y sus espacios y el sendero de la montaña, tenemos una representación de la evolución humana, de la ruta por la cual la raza camina, y de su meta, el Templo resplandeciente. A lo largo de áspero sendero se extiende ciertamente una inmensa muchedumbre de séres humanos que caminan, que ascienden en verdad paso á paso, tan lentamente, que parece como si sus pasos se volvieran hacia atrás... como si el movimiento de avance del conjunto fuese imperceptible. Y ved aquí que esta evolución æónica de la raza, esta ascensión paulatina y progresiva es tan pesada, fatigosa y triste, que no se sabe cómo los peregrinos tienen espíritu suficiente para realizarla. Millones de años transcurren en tanto se rodea esta montaña; millones de años camina el peregrino, y mientras estos millones de años transcurren y una infinita serie de existencias parecen emplearse en alcanzar la cumbre, nosotros, cansados igualmente, contemplando esta lenta ascensión de las multitudes y remontando como ellas el espiral sendero, nos preguntamos: ¿Cuál será la causa de esta lenta ascensión? ¿Cómo estos innumerables séres habrán emprendido tan inmensa jornada? ¿Por qué su eterno esfuerzo para alcanzar el Templo de la cumbre?

Contemplándoles, empero, parece que caminan con lentitud porque no encontraron su camino, porque no comprendieron la dirección en que debían marchar. Si los observásemos veríamos que estaban extraviados, llevados de un lado á otro sin objeto, sin fin para su marcha; que no caminaban decididos como si intentasen realizar un propósito, sino que marchaban de un sitio á otro como en la infancia se corre para alcanzar una flor aquí, y allá una mariposa... Y así parecen consumir su tiempo,

sin apenas haber realizado un pequeño progreso... Y así la noche cae sobre ellos y los días transcurren. Observándoles, parece que ni aun progresando en intelectualidad logran hacer que su paso sea más rápido. Cuando examinamos á aquellos cuyo intelecto apenas evolucionara, se nos presentan como si cada día de su vida hubiese transcurrido sumido en el sueño sin avanzar un ápice más que el día anterior... Lanzando una ojeada sobre los que algo evolucionaran en lo que se refiere á lo intelectual, vemos asimismo cuán lenta es su marcha y cuán pequeño es asimismo el esfuerzo hecho cada día. Viéndoles así nuestros corazones se fatigan, y sorpréndenos cómo los hombres no levantan su mirada, cómo no descubren la dirección que su sendero les indica.

Continuando nuestro examen, nos parece ver que á ese Vestíbulo, del cual algunos de los peregrinos están ya cerca, á ese Vestíbulo del Templo, no sólo puede llegarse por el sendero que tantas veces rodea la montaña, sino también por otros muchos puntos del mismo sendero, por caminos más breves que ascienden atajando laderas, por caminos más cortos que pueden ser emprendidos si el corazón de los viajeros es osado y sus músculos fuertes. Y tratando de comprender por qué algunos de los que suben encuentran más libre su camino, nos parece entrever que el primer paso dado á través de la inmensa espiral, el primer paso dado con seguridad en dirección del Vestíbulo—al que los hombres han de llegar desde tan distintos puntos de la larga senda—es el de aquellos Espíritus que, ascendiendo y rodeando tal vez milenios enteros, reconocieron de pronto que había un propósito, un fin de la jornada, y se apoderaron durante un instante de un destello del Templo de la cima... Porque el Blanco Templo envía rayos de luz sobre toda la montaña y algunas veces, levantando el viajero su mirada de las flores, de los guijarros y de las mariposas del camino, percibe algún destello y mira hacia el Templo lejano que hubo de entrever un momento... Después de este primer vislumbre momentáneo no vuelve á ser jamás como fuera antes; aunque por un momento, reconoció ya una meta y un fin; aunque por un instante, entrevió la cúspide hacia la cual se dirigía, entrevió el sendero escarpado, pero mucho más corto, por donde llegar á ella, por donde alcanzar el templo majestuoso. En ese momento en que reconociera la meta, en que entreviera, si bien momentáneamente, otros caminos,

además de las vueltas completas, á través de los numerosos y pequeños círculos del sendero—que á su vez girarían sobre sí mismo—en ese momento en el que llegara hasta su Espíritu un destello de la luz de la cumbre, comprendió que el sendero tenía un nombre y que ese nombre era «Deber», y que aquél que en ese sendero más corto penetrase habría de atravesar unas puertas sobre las cuales resplandecerían estas palabras en letras de oro: «Deber Humano». Entonces comprendió que antes de que el hombre puediera llegar hasta el Vestíbulo del Templo, habría de atravesar este sendero y realizar esta vida por deber y no por egoísmo, y que el único medio de ascender rápidamente sería el de ayudar á los que quedaron detenidos; porque desde el Templo pueden enviarse auxilios más efectivos á los que suben. Un destello fué tan sólo éste de que hablo; una llamarada momentánea que en breve desapareció, porque la mirada tan sólo pudo apoderarse de un rayo de luz que llegara de la montaña, y una multitud de objetos atrayentes que aparecieran á lo largo del sendero hicieron además volver sobre él la vista. Mas en tanto fué alcanzada una vez la luz, la posibilidad de alcanzarla de nuevo se hizo más fácil, y desde el momento en que la meta de la obra y el deber y posibilidad de realizarlo tuvo en el Espíritu esta fugaz é imaginativa realización, queda en él para siempre el deseo de acortar el camino, de encontrar la vía recta que había de conducirle hasta el Vestíbulo.

Después de esta primera visión, la luz llega algunas veces; una y otra vez llega hasta el Espíritu durante su larga carrera, y cada destello es tal vez más brillante que el anterior. Y obsérvase que precisamente aquellos espíritus que aun durante un momento reconocieron la existencia de un propósito y de un fin en la vida, son los que comienzan á ascender con más firmeza; aunque aún giran en el sendero de la montaña, vemos que comienzan á practicar más firmemente lo que reconocemos como virtudes y que confíanse con más persistencia á lo que reconocemos como religión, á lo que les enseña el modo de avanzar y llegar al Templo finalmente. Estos espíritus, á los que llegó algo de la posible finalidad, que sintieron un impulso hacia el sendero que conducía á ella, comienzan á indicar asimismo algo de ella á los que les siguen, mediante su diligencia y seguridad, y marchan al frente de la inmensa multitud que camina; ellos trabajan más rápidamente porque hay más propósito en su trabajo,

porque han emprendido una dirección de la que comienzan á darse cuenta, porque comienzan, aunque muy imperfectamente, á perseguir un designio determinado, porque intentan realizar la vida con un determinado objeto. Y aunque apenas se dan cuenta de lo que este propósito podrá ser á la larga—pues no es aún sino una mera intuición y no un verdadero conocimiento—el suyo—, ya no caminan vacilantes, avanzando un poco ahora y retrocediendo un poco después, marchan firmemente y cada día de su vida es para ellos un pequeño progreso, hasta que se encuentran de una manera definida á la cabeza de las multitudes en espiritualidad de vida, en la práctica de la virtud, en deseo creciente de estar al servicio de los demás. En este sentido caminan más rápidamente hacia la meta y aunque todavía permanecen en el camino, comienzan á determinarse en una dirección definitiva. Los que de este modo marchan ayudan asimismo á sus compañeros, que á su vez pueden ascender con ellos; y cuando han avanzado en su camino, extienden sus manos en auxilio de los que les rodean, é intentan avanzar así unos y otros más rápidamente. En el presente, los que así aman y se sacrifican lo hacen por un medio hermoso, aunque de índole algo externa, por algo que les muestra, que les indica una parte del camino más corto, y este medio por el que ellos llegan es el Conocimiento; Conocimiento que comienza á susurrar cerca de ellos algo de lo que es este progreso más rápido. La Religión, que les ayudara para la práctica de la virtud, es hermana de este Conocimiento, y el Deber Humano es hermano de ella asimismo, y los tres juntos conducen al Espíritu, hasta que por último un brillante resplandor, una completa penetración se verifica y el Espíritu comienza á determinar, á concretar su propósito y comprende que el reconocimiento de este sacrificio es la ley de la vida. Entonces, con deliberada intención, despierta dulcemente en el Espíritu la idea de coadyuvar en el progreso de la raza, y este primer voto, aunque no en absoluto deliberado, lleva en sí latente toda la fuerza de la promesa. Dícese en las antiguas Escrituras que uno de estos grandes Unos que surcaron el camino más corto, uno de los que atravesaron el escarpado sendero y que avanzaron tanto que dejaron detrás toda su raza quedando sólo al frente de ella, como una primicia y una promesa de la humanidad, Uno que en remotas edades fué conocido como el Buddha, llegó á tal estado «perfeccionando su voto kalpa tras kalpa» porque la obra

que había de coronar su vida había sido inaugurada con una simple promesa de sacrificio, con esa promesa del Espíritu que une con los grandes Unos anteriores, que viene á ser el lazo que sujeta al sendero probatorio por el cual se llega al Vestíbulo y aun á las puertas del Templo mismo. Después, en suma, de muchas vidas de lucha, de muchas vidas de trabajo, haciéndose más puro, más noble y más sabio vida tras vida, el Espíritu hace una manifiesta y distinta declaración de voluntad que entonces fortalécese; y cuando esta voluntad se anuncia como un claro y definido propósito, no ya como murmullo que aspira, sino como palabra que ordena, esa decidida voluntad llama á las puertas que conducen al Vestíbulo y llama con un golpe que no puede dejar de ser oído, porque en él va toda la fuerza del Espíritu que se determinó á obrar y que se da cuenta perfecta de la amplia tarea que emprende. Porque el Espíritu que ahora permanece en la entrada de este Espacio conoce todas las luchas por que ha de atravesar, realiza la inmensidad de esfuerzos que lleva en su frente. Y no otra cosa se propone adelantándose á su raza, á esa inmensidad de séres que ascienden rodeando á través de milenios infinitos, pasando de planeta en planeta, formando lo que nos hemos representado como una cadena y ascendiendo por ella en fatigosa sucesión... Este osado Espíritu que ahora por tanto llama en las puertas exteriores, propónese alcanzar la meta de la montaña en el transcurso de algunas vidas acometiendo la subida por las pendientes, por el escarpado sendero que conduce al Santuario... Se propone realizar en el espacio de unas cuantas vidas lo que su raza tardará miriadas de ellas en realizar; tarea tan inmensa, que el cerebro más poderoso vacilaría ante ella; tarea tan grande, que pudiera decirse del Espíritu que la emprende que había comenzado á realizar su propia divinidad y la omnipotencia que en él yacía. Porque realizar en unas breves vidas lo que la raza como un todo habrá de efectuar, no ya en el presente sino en lo futuro, es tarea digna de un Dios y su cumplimiento implica que el poder divino es perfectible en la forma humana.

Y he aquí que el Espíritu permanece ante la entrada hasta que las puertas oscilan abriéndole paso y penetra en el Vestíbulo y marcha atravesando paso á paso este Espacio hasta llegar á la primera de las cuatro puertas que conducen al Templo. Cada una de estas puertas pertenece á una de las cuatro grandes Ini-

ciaciones, de la primera de las cuales no podrá pasar quien no se aferrara para siempre á lo Eterno, quien no abandonara su interés por las cosas meramente transitorias. Porque una vez que el Espíritu ha pasado á través de las puertas del Templo no le abandona jamás... Una vez que ha atravesado las puertas de los espacios más internos que están ante él y que conducen al Santuario nunca jamás saldrá. Ha obtenido el resultado de su viaje milenario; está en el lugar que nadie abandonaría una vez que en él penetrara. La primera gran Iniciación está allí, en el Templo; pero el Espíritu cuyos progresos hemos trazado permanece aún preparándose en el Vestíbulo á fin de poder subir los siete peldaños de la entrada, á fin de obtener el permiso para atravesar los umbrales del Templo mismo. ¿Cuál podrá ser su obra en el Vestíbulo? ¿Cómo se conducirá allí para hacerse digno de tocar las puertas del Templo? Este es el problema que tenemos ante nosotros, el problema que he venido intentando poner ante vuestra vista, si son mis palabras para algunos á quienes puedan referirse. Porque bien conozco, hermanos y hermanas queridos, que al describir este Vestíbulo he debido decir algo que pudiera haberos resultado sin atractivo y aun tal vez rechazable. Ardua en extremo es la empresa de encontrar el camino, y no lo es menos la de practicar la religiosidad y las virtudes que hacen al Espíritu humano apto para acercarse al Vestíbulo. Aquéllos que entraron hubieron de realizar grandes progresos en el pasado, y pudiera suceder, ó por mejor decir sucede, que aquéllos para quienes la vida que conduce allí no tiene atractivos, son los que aún no reconocieron definitivamente el objetivo y el fin de la vida. Vuestro espíritu no está en el Vestíbulo, excepto en aquéllos que se consagraron definitivamente al servicio de los demás, aquellos que lo dieron todo y que nada pidieron en cambio, sino el privilegio de su servicio, que reconocieron definitivamente la naturaleza transitoria de las cosas terrestres, que realizaron la tarea que se habían propuesto, que apartaron su vista de las flores del camino, que se resolvieron, en suma, á ascender inflexiblemente, á costa de todo, á costa de esfuerzos que día tras día habrían de sucederse rápidamente. Hay que luchar, mucho hay que luchar en el Vestíbulo, porque mucho hay que hacer en él en muy poco tiempo.

Annie BESANT

(De una obra que en breve publicará la casa Maynadé.)

LOS DISCÍPULOS EN SAIS

(Continuación.)

II

LA NATURALEZA

Muchos días transcurrieron, quizá, antes que los hombres pensasen en designar con un nombre general los múltiples objetos ofrecidos á sus sentidos y en ponerse frente á esos objetos. Es por la acción por lo que se producen los desenvolvimientos, y en todo desenvolvimiento se verifican separaciones y descomposiciones, lo que puede justamente compararse á *la dispersión* de la luz. Así, no es sino gradualmente también como en nuestro interior se divide en numerosas fuerzas, cuyas divisiones aumentan todavía por el continuo ejercicio. Quizá no es sino una enfermiza aptitud de los hombres últimamente llegados lo que les hace perder las facultades de entremezclar los colores internos de su espíritu y restablecer á voluntad el primitivo y sencillo estado natural, ó producir con ellos nuevas y diversas combinaciones. Pero están unidas esas fuerzas del espíritu con tanta más unidad, cuanto más completamente y de un modo más personal entran en ellas cada cuerpo y cada fenómeno; porque á la naturaleza del sentido corresponde la naturaleza de la impresión. Y esto es porque á los hombres primitivos todo les debía parecer humano, conocido y durable. La más pequeña particularidad debía serles visible á sus ojos; cada una de sus expresiones era un verdadero rasgo de la naturaleza y sus representaciones debían estar de acuerdo con el mundo que les envolvía y dar una expresión fidelísima del mismo. Podemos, pues, considerar la idea que nuestros antepasados se formaran de las cosas del Universo, como una producción necesaria, como una impresión del estado primitivo de la Naturaleza terrestre. Podemos preguntarles sobre todo á aquellos que fueron los instrumentos más

aptos para observar el Universo, cuáles eran sus relaciones primeras con sus habitantes, y de estos habitantes con él. Nosotros vemos que éstas son precisamente las más altas cuestiones que con preferencia ocupaban su atención y que buscaban la clave de ese maravilloso edificio, tanto en el conjunto de las cosas reales, como en el objeto imaginario de un sentido desconocido.

Es notable que el presentimiento general de tal objeto se halle en los líquidos, en los flúidos y en los cuerpos sin formas. La lentitud y la impotencia de los cuerpos firmes podrá muy bien significativamente dar origen á la creencia de su dependencia é inferioridad. En seguida un sér pensante tropezará con la dificultad de explicar las formas nacidas de esos océanos y de esas fuerzas informes. Trata de explicar las cosas por una especie de reunión imaginando desde luego un corpúsculo formado y cerrado que él concibe infinitamente pequeño; cree él poder construir el edificio monstruoso con ayuda de este mar de polvo, pero no sin ayuda de séres inteligentes y de fuerzas atractivas y repulsivas. Mas pronto encuentra todavía un sitio para las explicaciones científicas: las leyendas y los poemas llenos de notables imágenes. Los hombres, los dioses y los animales trabajan en común y uno oye describir de la manera natural el nacimiento del Universo. Por lo menos, uno adquiere ahí la certeza de su origen accidental y mecánico, y esa representación es significativa á los mismos ojos de aquellos que desprecian las concepciones desordenadas de la imaginación.

La idea de tratar la historia del Universo como la historia del hombre, de no hallar en ella jamás sino las relaciones y los acontecimientos humanos, es una idea muy extendida por todas partes y que, en los tiempos mas diversos, aparece sin cesar bajo nuevas imágenes. Parece que ha tenido siempre, más que ninguna otra, una influencia maravillosa y una fuerza de persuasión muy grande. El carácter accidental de la Naturaleza parece también ligarse á la misma idea de la personalidad humana, y así es como más cómodamente se la comprende. Quizá por eso es por lo que la poesía ha sido el instrumento favorito del amigo de la naturaleza; y así, en los poemas es donde más claramente aparece. Cuando se lee ó se escucha una verdadera poesía, uno siente conmoverse una inteligencia íntima de la Naturaleza y se flota como un cuerpo celeste, á la vez en ella y bajo ella. Los sabios y los poetas han tenido siempre un aire semejante, como los

que pertenecen á un mismo país. Han hablado el mismo lenguaje. Lo que los unos reúnen en un todo, estableciendo masas ordenadas y grandísimas, los otros lo han elaborado por la nutrición y las necesidades diarias, dividiendo y transformando esta Naturaleza ilimitada en elementos variados, agradables y mesurados. Mientras los unos se han interesado por todas las cosas, sobre todo fluídas y fugitivas, los otros han tratado con hachazos y golpes de azada de descubrir la estructura interior y las relaciones de las diferentes partes. La Naturaleza amiga perece entre sus manos y no deja sino restos palpitantes ó muertos, en tanto que cerca del poeta, como si hubiese sido animada por un vino generoso, deja oir sus sonidos más serenos y divinos. Elevada por encima de la vida diaria, sube hasta el cielo, danza y profetiza, acorre á todos los huéspedes y prodiga sus tesoros con alegría. Conoce también, como el poeta, las horas divinas y no llama al sabio sino cuando está enferma ó cuando su conciencia la trastorna. Responde entonces á todas esas cuestiones y respeta al hombre grave y severo. El que quiera conocer bien su alma, búsquela en compañía del poeta; con él se ofrece franca, derramando su corazón maravilloso. Pero el que no la ame en el fondo de su corazón, quien no la admire y no la busque sino en sus detalles, debe visitarla cuidadosamente en sus hospitales y sus osarios.

Nos encontramos con la Naturaleza en relaciones tan increíblemente diversas como con los hombres; y aunque al niño se muestre infantil y se incline graciosamente sobre su pueril corazón, se ofrece divina con los dioses y corresponde á su inteligencia superior. No se puede decir que hay una Naturaleza sin decir una cosa superabundante, y todo esfuerzo hacia la verdad, cuando se habla de la Naturaleza, se aparta más y más del natural. Ha ganado ya uno mucho cuando el esfuerzo, para comprender por completo la Naturaleza, ennoblece ese deseo; ese deseo tierno y discreto, que agrada al sér extraño y frío, que puede contar entonces con una amistad fidelísima. Y es que hay en nosotros mismos un instinto misterioso que se extiende desde un punto central infinitamente profundo. Y cuando nos rodea la maravillosa Naturaleza perceptible á nuestros sentidos, y aquélla que á nuestros sentidos nos sujeta, parécenos que ese instinto es una atracción de la Naturaleza, una expresión de nuestra simpatía hacia ella. Pero uno busca todavía una patria detrás

de esas formas azuladas y lejanas; una amante de su juventud, de sus padres y sus hermanos, de los antiguos amigos y de un pasado querido. Otro cree que un porvenir lleno de vida se oculta detrás de esas cosas, y tiende hacia un mundo nuevo sus dos manos suplicantes. Algunos se detienen tranquilamente en medio de las bellezas que les rodean y se contentan con gustarlas en su integridad y en sus relaciones. Otros también no olvidan nada, se detienen en los detalles, en las brillantes cadenas que enlazan las partes con orden y que forman la lustre sagrada. Muy pocos, en fin, sienten su alma despertarse á la contemplación de ese viviente tesoro que flota sobre los abismos de la noche.

Así difieren las visiones de la Naturaleza. Mientras que para unos su experiencia no es más que una fiesta ó un banquete, allá abajo ella se transforma en una religión muy atenta y da su dirección á toda una vida: su aptitud y su significado. Ya entre los pueblos infantiles han existido esas almas graves, para las cuales la Naturaleza era el rostro de una divinidad, mientras los corazones más frívolos no se inquietaban más que de sus fiestas. El aire les era un brebaje embriagador, las estrellas eran las antorchas para sus danzas nocturnas; las plantas y los animales no eran más que alimentos preciosos, y la Naturaleza no les parecía un templo calmo y maravilloso, sino una cocina y una despensa admirable. Han existido también almas reflexivas que no observaban en la Naturaleza actual sino las disposiciones, las grandiosas aptitudes, pero que se han hecho salvajes y así no se ocupan día y noche en otra cosa que en crear modelos de una Naturaleza más noble. Así se repartirán tan inmenso trabajo; unos tratarán de buscar y despertar los sonidos que callan perdidos en el aire y en los bosques; los otros depositarán en el bronce y la piedra el presentimiento y la idea que se imaginen de razas más perfectas, reconstruirán rocas más sublimes á fin de hacerlas habitables, revolverán á la luz diurna los tesoros ocultos de la tierra, dominarán los torrentes precipitados, poblarán la mar inhospitalaria, traerán de las desiertas zonas los animales y las plantas de otro tiempo, contendrán la invasión de los bosques, cultivarán las plantas y las flores superiores, abrirán la tierra al vivificante aliento del aire generador y de la luz que se inflama, aprenderán á mezclar los colores y á disponerles en imágenes encantadoras; los bosques, las praderas, las fuentes

y las rocas las dispondrán en armoniosos jardines; llenarán los miembros vivos de melodiosos tonos para desenvolverlos y hacerles mover con serenos balanceos; acogerán á los animales pobres y abandonados, que se prestarán á las costumbres de los hombres, y limpiarán los bosques de monstruos dañinos, abortos de una fantasía degenerada.

En seguida la Naturaleza adquirió costumbres amistosas. Se hizo más dulce, más reparadora y fué más favorable á los deseos del hombre. Poco á poco su corazón se hizo humano, sus fantasías se ofrecieron más serenas, su comercio se hizo más fácil. Respondió voluntaria á quien la amaba, y así, gradualmente, parece aproximarse la edad de oro, en la que aquélla es una amiga, una consoladora, una sacerdotisa y una taumaturga para los hombres cuando habitaba entre ellos; y las relaciones celestes hacían de los hombres séres inmortales. Entonces las estrellas de nuevo visitarán la tierra, contra la cual estuvieron irritadas en los días de tiniebla. Entonces el sol depondrá su severo cetro y será una estrella en medio de las estrellas, y todas las razas del Universo se reunirán después de una larga separación. Entonces volverán á encontrarse las antiguas familias con sus huérfanos y cada día habrá nuevos saludos y nuevos abrazos. Entonces los antiguos habitantes de la tierra volverán á habitarla; sobre esta colina se elevará una llama que iluminará. Por todas partes se extenderán las llamas de la vida, las antiguas moradas quedarán destruídas, los tiempos pasados se renovarán y la historia será el sueño de un presente sin límites.

El que pertenece á esta raza, quien tiene esta fe y quien quiere participar de este desembarazo de la Naturaleza, frecuente el taller del artista, que escuche la poesía no sospechada que se filtra á través de todas las cosas, que no deje jamás de contemplar la Naturaleza y de tener comercio con ella, que siga en todas partes sus indicaciones, que no economice nada, aun cuando tenga que pasar por los pantanos; encontrará seguramente indecibles tesoros, la pequeña lámpara del minero fija allá en el horizonte, y quién sabe los secretos celestes en los cuales les iniciará un habitante maravilloso de los reinos subterráneos.

Pero nadie, en verdad, se aleja más del fin que el que imagina conocer ya el singular reino, y que el que puede con algunas palabras sondear su constitución y encontrar en todas partes el buen camino. La intuición no nacerá espontáneamente en el que

está aislado y ha hecho una isla de sí mismo. Los esfuerzos son necesarios. A esto no pueden llegar sino los niños ó los hombres parecidos á los niños, que no saben lo que hacen. Un prolongado é infatigable comercio, una libre y sabia contemplación, la atención llevada á los menores indicios, una vida interior de poeta, el ejercicio de los sentidos y un alma piadosa y sencilla; he ahí las cosas esenciales requeridas para el verdadero amante de la Naturaleza, y sin las cuales no verá prosperar su deseo. No parece sabio querer penetrar y comprender un mundo humano, sin haber desenvuelto en sí mismo una perfecta humanidad. Es menester que ni un sólo sentido duerma, y si todos no están igualmente despiertos, importa que á todos se les excite y que ninguno permanezca oprimido ó se halle enervado. De la misma manera que vemos un futuro pintor en el niño que cubre de dibujos las paredes y el suelo y llena de colores los contornos, de la misma manera se adivina el futuro filósofo en el que sin tregua persigue las cosas naturales, las interroga, toma nota de todo, compara entre sí los objetos más notables y es feliz cuando es dueño y poseedor de una ciencia, de un poder y de un fenómeno nuevos.

Hoy les parece á algunos que no vale la pena de seguir las infinitas subdivisiones de la Naturaleza, y que eso es, desde luego, una empresa peligrosa, sin fruto y sin resultado. Uno no descubrirá jamás el grano más pequeño de los cuerpos sólidos ni la fibra más tenue, atendiendo á que todo grandor se disuelve, antes ó después, en lo infinito. Y eso sucede en las especies, en los cuerpos y en las fuerzas. En ellas también se llega á especies nuevas, á nuevas combinaciones y á nuevas apariencias hasta lo infinito. No parecen detenerse sino cuando nuestro celo disminuye; se gasta así en contemplaciones inútiles y en fastidiosas enumeraciones un tiempo preciosísimo, y eso llega á ser, al cabo, un verdadero delirio y un verdadero vértigo ante el espantable abismo. Porque, por lejos que vayamos, la Naturaleza conserva el terrible molino de la muerte. Por todas partes no hay más que monstruosas revoluciones y torbellinos inexplicables. Este es el reino de los devoradores y de la tiranía más insensata. Esta es una inmensidad sobrecargada de desgracias. Los escasos puntos luminosos no sirven sino para revelar una noche más terrible y los espantos de todo género deben paralizar al observador. La muerte, como un salvador, se mantiene á

los lados de la pobre humanidad; porque sin la muerte, el hombre más loco sería el más dichoso. Ya este esfuerzo en sondear este gigantesco mecanismo es un esfuerzo en el abismo y el comienzo del vértigo, que no tardará en apoderarse por completo del miserable, arrastrándole consigo al fondo de una interminable noche. Es aquí el lazo ingenioso tendido á la razón humana, que por todas partes la naturaleza trata de aniquilar como á su mayor enemigo. Demos gracias á la inocencia y á la ignorancia pueriles de los hombres; ellas le han ocultado los terribles peligros que, como nubes amenazantes, rodean sus pacíficas moradas y á cada instante están prontas á precipitarse sobre ellos. Sólo la desunión intestina de las fuerzas de la Naturaleza ha conservado á los hombres hasta aquí; pero el gran día no puede retrasarse mucho, aquél en que todos los hombres, por acuerdo unánime, salgan de esta miserable situación, se evadan de esta prisión terrible y por una renuncia voluntaria libren por siempre á su raza del dolor y traten de refugiarse en un mundo mejor, cerca de sus antepasados. Así es como acabarán dignos de sí mismos y prevendrán su fatal y violento aniquilamiento, evitando descender al rango de los animales por los graduales estragos de la locura en los órganos del pensamiento. Las relaciones con las fuerzas de la Naturaleza, los animales, las plantas, las piedras, las tempestades y las olas, deben necesariamente asimilar los hombres á estos objetos; y semejante asimilación, tal transformación y tal revolución de lo humano y de lo divino, es fuerza ingobernable, es el espíritu de la Naturaleza, la espantosa devoradora. Todo lo que vemos ¿no es ya un robo hecho al cielo, las ruínas inmensas de las glorias de otro tiempo y los restos de un abominable festín?

¡Sea!—dicen otros más audaces—. Que nuestra raza haga una larga é ingeniosa guerra destructora á esas fuerzas de la Naturaleza. Es menester que por medio de lentos venenos tratemos de vencerla. Que el sabio sea un héroe noble que se precipite en la sima para salvar á sus semejantes. Los artistas le han traído ya más de un secreto; continuad, haceos dueños de las cuerdas ocultas y haced que sus poderes se anulen mutuamente. Aprovechaos de cada desacuerdo á fin de encadenarla según nuestro deseo, como ese toro que escupe las llamas. Es preciso que ella se someta. La paciencia y la fe convienen á los hijos de los hombres, los hermanos apartados se unirán hacia nuestro objeto; el

turbión de las estrellas vendrá á ser la rueca de nuestras vidas, y entonces nosotros, esclavos, edificaremos un nuevo paraíso. Consideremos esos tumultos y devastaciones con un sentimiento de triunfo interior. Él mismo habrá de venderse y pagará caro cada una de sus violencias. Vivimos y morimos con el sentimiento entusiasta de nuestra libertad; aquí corre el río que la sumergirá y la someterá un día; sumerjámonos y arrojemos en él nuestro ánimo para nuevas empresas. La rabia del monstruo no llega hasta aquí; una gota de libertad basta para paralizarle por siempre y poner fin y término á sus devastaciones.

Tienen razón—dicen muchísimos—; aquí ó en ninguna parte se encuentra el talismán. Estamos sentados en las fuentes de la libertad y es ahí donde la espiamos. Ella es el gran espejo mágico donde toda la creación se revela purísima y clara. En ella se bañan los espíritus tiernos y todas las formas de la Naturaleza. Aquí están abiertas todas las cámaras. ¿De qué sirve recorrer penosamente el trastornado mundo de las cosas visibles? Un mundo más puro está en nosotros en el fondo de esta fuente. Aquí se manifiesta el verdadero sentido del inmenso, multicolor y complejo espectáculo; si los ojos están aún empapados de él, penetramos en la Naturaleza, haciéndosenos familiar y reconocemos cada objeto. No es menester que busquemos mucho tiempo; una comparación rápida, algunas líneas sobre la arena, eso basta para hacernos entender. Todo viene á ser ante nosotros como un criptograma inmenso, del que tenemos la clave, y nada nos parece inesperado, porque de antemano sabemos la marcha del gran reloj. Esto es lo que nosotros gozamos de la Naturaleza en la plenitud de nuestros sentidos, pues no nos separa de ellos cuando un sueño febril no nos oprime y una calma impera sobre nosotros mismos, haciéndonos tranquilos y confiados.

(Continuará.)

CIVILIZACIONES PREHISTÓRICAS

EN EL THIBET

No deja de ser un atrevimiento de parte de nuestros modernos orientalistas, en su afán de reunir las muchas madejas de la historia no escrita, el negar *à priori* todo lo que no encaja en sus conclusiones especiales. Así, mientras que diariamente se hacen nuevos descubrimientos de grandes artes y ciencias, existentes allá en la noche de los tiempos, niégase todavía el mismo conocimiento de la escritura á algunas de las naciones más antiguas, considerándoselas sumidas en la barbarie y sin poseer la menor cultura. Sin embargo, aún se encuentran las huellas de una inmensa civilización hasta en el Asia Central, civilización que indudablemente es *prehistórica*. ¿Y cómo podría existir civilización alguna sin literatura en una ú otra forma y sin anales ni crónicas? El sentido común basta para dar idea de los eslabones rotos en la historia de las naciones que fueron. La gigantesca y no interrumpida muralla de montañas que bordea toda la meseta del Thibet, desde el curso superior del río Khuan-Khé, hasta las colinas Karakorum, fué testigo de una civilización que duró millares de años, y podría revelar á la humanidad bien extraños secretos. Las porciones Oriental y Central de aquellas regiones, el Nan-Chan y el Altyn-tag, estuvieron un tiempo cubiertas de ciudades que bien podrían competir con Babilonia. Un completo período geológico ha pasado sobre aquella tierra desde que dichas ciudades exhalaron el postrer aliento, como lo testifican los montes de arenas movedizas y el suelo estéril y ahora muerto de las inmensas llanuras centrales de la cuenca del Tarim. Sólo los territorios fronterizos de estos países es lo que, de un modo superficial, conocen los viajeros. En el interior de esas arenosas planicies hay agua y se encuentran frescos oasis llenos de vejetación, donde ningún pie europeo se ha aventurado á penetrar, temeroso de un suelo en la actualidad traicionero. Entre esos

floridos oasis existen algunos por completo inaccesibles aun para los indígenas profanos que viajan en el país.

Los huracanes pueden «arrebatar las arenas y cubrir llanuras enteras»; pero son impotentes para destruir lo que está fuera de su alcance. Los subterráneos construídos en las entrañas de la tierra aseguran los tesoros allí encerrados; y, como las entradas se hallan ocultas, no hay peligro de que nadie los descubra, aun cuando varios ejércitos invadiesen los arenosos desiertos, donde «ni un pozo, ni un arbusto, ni una vivienda se perciben, y la cordillera forma una erizada pantalla en torno de las áridas llanuras...»

Mas no es necesario enviar al lector al través del desierto, puesto que las mismas pruebas en favor de la existencia de antiguas civilizaciones se encuentran en puntos relativamente poblados de aquella región. El oasis Tchertchen, por ejemplo, situado á unos 4.000 pies sobre el nivel del río Tchertchen-Darva, está rodeado al presente, en todas direcciones, por ruínas de ciudades arcaicas, representando allí unos 3.000 séres humanos, los restos de cien razas y naciones extinguidas, cuyos nombres mismos desconocen por completo nuestros etnólogos. Un antropólogo se encontraría muy apurado si tuviera que proceder á clasificarlos, dividirlos y subdividirlos, tanto más cuanto los descendientes respectivos de todas aquellas razas y tribus antidiluvianas saben tan poco en lo referente á sus propios antepasados como si hubiesen caído de la luna.

Cuando se les pregunta acerca de su origen, contestan que no saben de dónde fueron allí sus padres; pero que han oído decir que sus primeros ó primitivos ascendientes fueron gobernados por los grandes Genios de aquellos desiertos. Esto podría atribuirse á ignorancia y superstición; pero en vista de las enseñanzas de la Doctrina Secreta, la respuesta puede considerarse fundada en una tradición primitiva. Sólo la tribu del Khoorassan pretende haber ido del país conocido hoy como Afghanistan, mucho tiempo antes de Alejandro, y posee narraciones legendarias en corroboración de ese hecho.

El viajero ruso coronel Prjevalsky, ahora general (1), encontró, casi tocando el oasis de Tchertchen, las ruínas de dos inmensas ciudades, la más antigua de las cuales, según la tradi-

(1) Cuando escribía la autora.

ción local, fué destruída hace 3.000 años por un héroe gigante, habiéndolo sido la otra por los mongoles en el siglo décimo de nuestra Era.

«El emplazamiento de ambas ciudades—dice—hállase cubierto ahora, por virtud de las arenas movedizas y del viento del desierto, de reliquias extrañas y heterogéneas, fragmentos de loza, utensilios de cocina y huesos humanos. Los indígenas encuentran con frecuencia monedas de cobre y de oro, lingotes de plata fundida, diamantes y turquesas, y lo que es más notable, vidrio roto... Ataúdes de un material ó madera incorruptible, donde se encuentran cuerpos embalsamados y conservados admirablemente... Las momias de los hombres revelan individuos de una estatura y robustez extraordinarias, y con ondulantes cabelleras... Se encontró una bóveda con doce cadáveres. Otra vez, en un ataúd separado, se halló el de una muchacha cuyos ojos estaban cerrados con discos de oro, y sus mandíbulas también sujetas por un aro de oro, que la cogía la barba hasta la parte superior de la cabeza. Estaba vestida con una túnica de lana, ceñida, y tenía el pecho cubierto de estrellas de oro y los pies desnudos.»

A esto añade el famoso viajero que durante todo su camino, á lo largo del río Tchertchen, llegaron á sus oídos leyendas referentes á veintitrés ciudades sepultadas hace mucho tiempo por las arenas movedizas del desierto. La misma tradición existe en el Lob-Nor y en el oasis de Kerva.

Las huellas de tal civilización, juntamente con éstas y otras tradiciones semejantes, nos dan derecho para conceder crédito á otras leyendas autorizadas por indus y mongoles educados y eruditos, que hablan de inmensas bibliotecas salvadas de las arenas, y de otros varios restos del antiguo Saber Mágico, todo lo cual se halla depositado en lugares seguros.

Recapitulando: La Doctrina Secreta fué la religión universalmente difundida del mundo antiguo y prehistórico. Las pruebas de su difusión, los anales auténticos de su historia, una serie completa de documentos que demuestran su carácter y su presencia en todos los países, juntamente con las enseñanzas de todos sus grandes Adeptos, existen hasta en criptas secretas de las bibliotecas pertenecientes á la Fraternidad Oculta.

Esta afirmación se acredita con los hechos siguientes: la tradición de millares de pergaminos antiguos salvados cuando la

Biblioteca de Alejandría fué destruída; los millares de obras sanskritas desaparecidas en la India durante el reinado de Akbar; la tradición universal, existente tanto en China como en el Japón, de que los verdaderos textos antiguos, con los comentarios, que únicamente pueden hacerlos inteligibles, y que suman muchos miles de volúmenes, hace mucho tiempo que están fuera del alcance de manos profanas; la desaparición de la vasta literatura sagrada y oculta de Babilonia; la pérdida de las claves que, solas, podían resolver los mil enigmas contenidos en los jeroglíficos egipcios; la tradición existente en la India de que los verdaderos comentarios secretos, únicos que pueden hacer inteligibles los *Vedas,* aunque no son visibles para los profanos, están á disposición del Iniciado, escondidos en cuevas y criptas secretas, y la idéntica creencia de los budhistas por lo que hace á sus libros sagrados.

Los ocultistas afirman que todo esto existe, seguro de la expoliación de manos occidentales, para reaparecer en una época más ilustrada, por la cual, según las palabras del difunto Svami Dayanand Sarasvati, «los Mlechchhas (proscriptos, salvajes, aquellos que se hallan fuera de la civilización ária) tendrán que esperar todavía.»

Nó es culpa de los Iniciados que tales documentos estén hoy «perdidos» para el profano, ni ha sido su conducta aconsejada por el egoísmo ó por deseo alguno de monopolizar el sagrado saber que da la vida. Algunas partes de la Ciencia Secreta debían permanecer ocultas á los profanos durante edades sin cuento; mas esto era debido á que el comunicar á la multitud secretos de una importancia tan enorme, sin estar preparada para ello, hubiera sido equivalente á entregar á un niño una vela encendida y meterle en un polvorín.

H. P. BLAVATSKY

(De la Introducción á la *Doctrina Secreta.)*

LA HERMANA ELENA

(POEMA)

—¿Por qué habéis derretido ese hombrecillo de cera, hermana Elena? Hace tres días que empezasteis.

—El tiempo ha sido largo; pero ya ha pasado el tiempo, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Tres días hoy entre el Infierno y el Cielo!)

—Pues si habéis terminado ya vuestra faena, hermana Elena, dejadme jugar; me lo habéis prometido.

—Estate muy quieto al jugar esta noche, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Tres noches esta noche entre el Infierno y el Cielo!)

—Me habéis dicho que debía derretirse antes del toque de vísperas, hermana Elena; si ahora ya está derretido todo va bien.

—Todo va bien; pero ¡silencio! ¡Tú no puedes decir nada, hermanito!

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué es eso entre el Infierno y el Cielo?)

—¡El hombrecillo de cera, cuánto pesaba hoy, hermana Elena! Se ha aplomado como un muerto.

—¡Anda! ¿Qué sabes tú de los muertos, hermanito?

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué se sabe de los muertos entre el Infierno y el Cielo?)

—Mira, mira; el tarugo todo achicado, hermana Elena; brilla á través de la cera adelgazada y roja como la sangre.

—¡Anda! ¿Cuándo has visto tú sangre, hermanito?

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Cuán pálida está entre el Infierno y el Cielo!)

—Cerrad los ojos; los tenéis enfermos, hermana Elena. Yo iré á jugar detrás de la puerta de la galería.

—Sí; déjame descansar. Me acostaré en el suelo, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué descanso esta noche entre el Infierno y el Cielo?)

—Aquí arriba, por encima del balcón, hermana Elena, la luna sube delante de mí.

—Bueno; mira y dime lo que ves, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué hay que ver esta noche entre el Infierno y el Cielo?)

—Por fuera, el viento se despierta alegremente, hermana Elena, y las estrellas húmedas tiemblan detrás de las trémulas ramas.

—¡Chist! ¿Has oído el galope de un caballo cuando hablabas, hermanito?

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué rumores esta noche entre el Infierno y el Cielo?)

—Oigo el galope de un caballo y veo, hermana Elena, tres jinetes que avanzan terriblemente deprisa.

—Hermanito, ¿de dónde vienen los tres, hermanito?

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿De dónde vendrán entre el Infierno y el Cielo?)

—Vienen por la pendiente de la colina, del lado de Boyner Bar, hermana Elena; el uno se acerca, los otros dos están lejos aún?

—Mira, ¿sabes quiénes son, hermanito?

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Quiénes serán entre el Infierno y el Cielo?)

—¡Oh! Es Keith de Eastholm el que galopa tan aprisa, hermana Elena, reconozco la cimera blanca en el viento.

—Ha llegado la hora, ha llegado al fin, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Su hora al fin entre el Infierno y el Cielo!)

—Hace una señal, ha gritado ¡hola!, hermana Elena. Dice que quisiera hablaros.

—¡Oh! dile que temo el rocío helado de la noche, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Por qué ríe así ella entre el Infierno y el Cielo!)*

—El viento es ruidoso, pero le oigo gritar, hermana Elena, que Keith de Ewern va á morir.

—Él y tú y tú y yo, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Ellos y nosotros entre el Infierno y el Cielo!)*

—Desde ha tres días está en su cama, hermana Elena, y en sus tormentos ora para morir.

—Eso puede ocurrir si él ha orado, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Sí, ha orado entre el infierno y el Cielo!)*

—Pero no ha cesado de gritar hoy, hermana Elena, pidiendo que retiréis vuestra maldición.

—Mi oración ha sido oída: no tiene él más que rezar, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿No nos oirá Dios entre el Infierno y el Cielo!)*

—Pero dice que si no retiráis vuestra maldición, hermana Elena, su alma, que quisiera salir, no podrá.

—Entonces, ¿es necesario que yo mate á un hombre vivo, hermanito?

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Un alma viva entre el Infierno y el Cielo!)*

—Pero no cesa de repetir vuestro nombre, hermana Elena, y dice que se derrite delante de una llama.

—Por su placer, mi corazón ha hecho lo mismo, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El fuego es el corazón entre el Infierno y el Cielo!)*

—He aquí á Keith de Westhalm que galopa rápidamente, hermana Elena, reconozco su pluma blanca en el viento.

—Ve llegar la hora, la hora tan dulce, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Esta hora es dulce entre el Infierno y el Cielo!*

—Detiénese para hablar, refrena su caballo, hermana Elena, pero su voz se pierde con el viento.

—Escucha, escucha, es menester que le oigas, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Una palabra mal oída entre el Infierno y el Cielo!)*

—¡Oh! dice que Keith de Ewern pide á grandes gritos veros antes de morir.

—Puede verme en la tierra, en la luna y en el firmamento, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Tierra, luna y firmamento entre el Infierno y el Cielo!)*

—Envía una sortija y una moneda de oro quebrada, hermana Elena, y nos dice que os acordéis de las orillas del Boyne.

—Lo que ha quebrado, ¿lo puede unir, hermanito?

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Jamás, jamás entre el Infierno y el Cielo!)*

—Os las da y os pide humildemente, hermana Elena, que le perdonéis en su mortal sufrimiento.

—Lo que ha tomado de otro, ¿lo puede devolver, hermanito?

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Por nunca jamás, por nunca jamás, entre el Infierno y el Cielo!)*

—Os llama con tal angustia, hermana Elena, que aun el amor muerto lloraría al verle.

—El odio que ha nacido del amor es ciego como él, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El amor cambiado en odio, entre el Infierno y el Cielo!)*

—¡Oh! Es Keith de Keith que llega á galope, hermana Elena; reconozco sus cabellos blancos en el viento.

—Esta hora breve, breve, pronto habrá pasado, hermanito.

—*(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Pronto habrá pasado entre el Infierno y el Cielo!)*

—Me mira, trata de hablarme, hermana Elena; pero su voz es triste y débil.

—¿Qué viene á buscar aquí el poderoso barón, hermanito?

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Es esto el fin entre el Infierno y el Cielo!)

—Su hijo grita aún que si le perdonáis, hermana Elena; su cuerpo morirá pero vivirá su alma.

—El fuego me perdonará como yo perdono, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Cómo perdona entre el Infierno y el Cielo!)

—¡Oh! os ruega, como si su corazón fuera á desgarrarse, hermana Elena, que salvéis el alma viva de su hijo bien amado.

—El fuego no puede matar: el alma vivirá, sea como fuere, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Ay, ay, entre el Infierno y el Cielo!)

—Os implora de rodillas en el camino, hermana Elena, que vayáis con él por el amor de Dios.

—El camino es largo hasta la morada de su hijo, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El camino es largo entre el Infierno y el Cielo!)

—¡Oh! hermana Elena. ¿Habéis oído la campana, hermana Elena, más sonora que la campana de vísperas?

—No es la campana de vísperas: es que dobla á muerto, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Su doble fúnebre entre el Infierno y el Cielo!)

—¡Ay! tengo miedo de ese son tan pesado, hermana Elena. ¿Es en el cielo? ¿Es bajo tierra?

—Dime, ¿han vuelto riendas á sus caballos, hermanito?

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¿Qué quisiera ella más entre el Infierno y el Cielo?)

—Han levantado al viejo arrodillado, hermana Elena; á toda prisa y apresuradamente se vuelven.

—Pero su alma, toda desnuda, vuela más aprisa aún, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡El alma toda desnuda entre el Infierno y el Cielo!)

—¡Oh! El viento es triste en este frío helado, hermana Elena: aparecen cansados y tristes en la colina.

—Pero él y yo estamos más tristes aún, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡La más triste de todas entre el Infierno y el Cielo!)

—¡Mirad, mirad! La cera ha caído, hermana Elena, y las llamas lo han invadido todo.

—¡Y, sin embargo, van á arder aún un instante más, hermanito!

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! Un instante aún entre el Infierno y el Cielo!)

—¡Ah! ¿Qué es eso blanco que ha pasado por la puerta, hermana Elena? ¡Ah! ¿Qué es lo que suspira en la noche fría?

—Un alma perdida, como está perdida la mía, hermanito.

—(¡Oh, madre! ¡Madre María! ¡Perdido, perdido todo entre el Infierno y el Cielo!)

Dante Gabriel ROSSETTI.



LA LÍNEA

Admirar la Palabra y abismarse en el Número, no es penetrar sino á medias en el seno profundo de lo Ignorado.

El Amor ha engendrado los idiomas de los hombres desatándoles la lengua para unirlos y aproximarlos; el Número ha nacido en la conciencia de cada uno como el don que ha de ofrecerse á los demás, como el único y verdadero tributo que á ellos les pertenece, como lo Justo y la Justicia misma.

Un sabio en la Palabra amará verdaderamente á los hombres, hasta no morir por ellos, para velar eternamente por su corrección y su dicha. Y un sabio en el Número evitará toda envidia, todo pecado, distribuyendo las cosas entre los séres hasta que gocen perdurablemente con el don que les otorgue.

Pero el Amor y la Justicia han de ir entre los hombres, de unos á otros, mientras en ellos no exista la absoluta posesión de sí mismos: su quietud, su Total-Nada.

Una catástrofe nos ha separado de lo Único, y todo tiene que tener para nosotros las apariencias de un comienzo. Todo ha de sellarse en nosotros, en su origen, con el terrible contrasentido de un primer principio. Y en nosotros, que siempre hemos sido, todo ha de empezar y de moverse, creando la línea, la distancia y la dimensión.

La sabia ciencia del remoto pasado y las grandes visiones de los sabios de hoy, han tenido expresiones y símbolos admirables para enseñar en la quietud y el reposo, el atributo más perceptible de lo Único Eterno. Los artistas, también han simbolizado en la rigidez absoluta lo más divino de los dioses hombres y de los hombres divinizados. El Indra védico permanece en perpetuo reposo, las estatuas gigantes de los dioses son sedentes ó quedan adosadas á la roca, donde los pueblos más cerca de lo divino las tallaron. Los dioses tienen alas en los pies ó los ocultan cuidadosamente como órganos innecesarios de lo divino, que permanece inmóvil, porque jamás ha tenido el impulso de un deseo.

Los dioses no andan. Los dioses están quietos. Sus párpados inmóviles, levantados, apenas se dibujan en las estatuas, porque los dioses no conocen la línea ni el movimiento.

La Línea es una puerta que permite el acceso al corazón del Misterio, á la Cátedra de lo Oculto, donde descansa la Razón Suprema.

Una línea es la huella del hombre, y para buscar al hombre basta sólo no abandonar de la mano el hilo de Ariadna, que todo Theseo desenrolla para entrar en el fondo del laberinto, ó seguir el que Clotho comienza para cada criatura. Las líneas de las cosas difieren de las que traza el hombre. Son nuestras lineas figuras menos sabias y más duras que las líneas que trazan los demás cuerpos que se mueven. Es el movimiento de las cosas un deseo de conservación y un amor al estado en que se hallan

situadas. El movimiento del hombre es una marcha irregular, pero siempre adelante, hacia su verdadera patria. Su línea es una recta: la única línea. Una línea que quiebra, que violenta en su afán inconsciente por llegar cuanto antes al término y reposo de la misma.

Una línea arrastrada desde su conciencia, sobre un plano, en todas las direcciones, le da la ilusión del círculo; y persiguiendo á una misma distancia á lo inmóvil que desea, traza las incontables que forman una circunferencia.

«El ojo — dice Emerson — es el primer círculo; el horizonte que forma, es el segundo, y es verdaderamente la primer figura con que reaparece siempre la naturaleza» (1). Tal es la figura que el hombre se ha trazado como más perfecta, pero no la natural de las cosas. En nuestro mundo egoísta se centran todas las figuras de la acción humana, y los pasos de los hombres se aproximan al trazado circular perfecto, cuando el hombre no ama, cuando el hombre no es justo, sino egoísta, cruel.

¿Quién puede trazar el círculo? Se ha de intentar, pero no cerrarse. Ningún hombre puede cerrarlo, porque ninguno ha de llegar todavía á la equidistancia absoluta, al reposo y á quietud suprema, donde Indra no se mueve.

Aún hay más.

En nuestro plano presente el círculo es la forma más perfecta, pero en mundos y planos superiores los astros se mueven sobre elipses, y aún hay otros mundos más remotos que trazan una parábola en el espacio.

Yo creo más bien que los hombres somos menos terrestres que lo que pensaba el buen Emerson, y que más bien nos movemos en órbitas parecidas á las de los astros superiores. Nos movemos alrededor de la gravedad y de la vida, y la línea que trazamos es una elipse que difiere en cada hombre según esté más cerca de lo mundano que de lo Único, situado seguramente más allá del horizonte visible, puesto que allí concebimos algo.

Todo el dibujo, la geometría, la escultura, la edificación y la construcción que el hombre ha hecho hasta el presente, descansa sobre ese gran pecado de remedar al Único revelado al hombre. Y todo el ansia, todos los deseos de la ciencia y del arte plástico nuevos, no son sino tanteos y ensayos en busca de

(1) R. W. Emerson. *Mand and the world-Circles.*

la verdadera línea y de la verdadera figura que ha de trazar el hombre para dirigirse al Único y regular la propia conducta.

A la brutal precisión de los contornos, ha seguido en la escultura la imprecisión de las formas, y el propio espectador, subjetivamente, da movimiento á las figuras ofrecidas en un comienzo de acción. Rodin y Boreslao Biesgas, se diría que han puesto ante nuestros ojos suscitaciones de movimientos.

Y todo el arte, el arte nuevo, ese arte que requiere, como en los tiempos más divinos del pasado, un sacerdote más que un pobre artesano, sufre hoy una terrible inquietud buscando nuevas formas y nuevas líneas, venteando á todas partes para seguir un camino. A veces el hombre se para, detenido por los vientos, y contempla indistintamente el horizonte para orientarse, como un perro leal ventea en torno suyo para seguir el rastro de su amado dueño.

Separados de lo Único, tendemos la mirada en torno nuestro, y encontramos en el silencio solemne de la vida el latir del cansado y rendido corazón, para orientarnos en el camino que debemos emprender.

Por caminos distintos, de diversas partes de la tierra, los hombres se encaminan hacia el reposo y la quietud de Indra.

La suprema Palabra será el Silencio, el supremo Número será Todo, y la única Línea, el único Movimiento, será la Quietud absoluta, que trabaja invisiblemente dentro de un cuerpo con la furia y tenacidad de un pueblo que se defiende del extranjero.

El ritual de los cultos, la acción de la vida, son trazados lineales provisorio para trazar la verdadera línea. Una leyenda piadosa, de sentido profundo y misterioso, nos enseña hablándonos de un santo cristiano, que para hacerse agradable á lo Supremo, danzó maravillosamente ante la imagen que le rememoraba á lo Divino. No sonriamos ante el candor aparente de éste al parecer extraño rezo. El santo era un advertido que imaginó acaso encontrar la verdadera línea que le llevaba á lo Único.

Una línea es la historia de una acción; es un movimiento ponderado y sellado con un nombre; con el nombre y el número que le corresponde de verdad. Es también el verdadero camino que debe seguirse para un fin; para el único superior que tenemos.

La ciencia antigua, para acercarse á los dioses y elevarse á

lo divino, se entregó á la danza remedando en ella las líneas siderales, los ritmos y el trazado orbitario de los planetas, como modos superiores del movimiento y normas de una línea superior para acercarse á lo Único. Aun hoy, en el éxtasis de la recepción de lo bueno, de la verdad y de lo bello, el corazón del hombre vibra y se mueve con ritmos de una sagrada danza, conmoviéndoles por entero. Así nace y se inicia la verdadera línea en nosotros como un comienzo de moción. Pensar, sentir, desear, es moverse y trazar la línea que termina en apariencia con la vida, y no acaba hasta llegar al Supremo Reposo y su infinita Quietud.

El positivismo de un Ribot ha definido bellamente el pensamiento como un comienzo de actividad muscular (1). Y antes de ese mismo movimiento ha existido otro ignorado por la ciencia todavía, pero sentido por todos como un aliento sin ruido, sin choque con el mundo, que crea al mismo pensamiento: un recuerdo de nuestra vuelta á lo Único.

¡La Línea! Es la puerta y el sendero más elevado é intelectual para llegar al Misterio.

* * *

He ahí los tres puntos y los tres caminos por donde puede asaltarse el mundo de lo Ignorado.

Una reflexión sobre cualquiera de los tres, proseguida como debe proseguirse, nos lleva siempre hacia la verdadera vida, corrigiendo este remedo que vivimos y dando un noble ejemplo á los demás.

Nuestra Palabra será el Amor hecho verbo; nuestro Número, la verdadera Justicia, y nuestra Línea, el único movimiento que nos lleve hacia el Reposo.

Rafael URBANO

(1) Th. Ribot: *Psychologie de l'atention.*



Notas: Recortes: Prensa extranjera.

El Dr. A. J. Davis y el «espiritualismo».—Por el reino de las sombras. «La Revue du socialisme rationnel».—Nueva publicación. Movimiento teosófico en el Brasil.—Los próximos Congresos teosóficos.

El Dr. A. J. Davis y el «espiritualismo». Andrew Jackson Davis, el ilustre pensador norteamericano de quien en otras ocasiones hemos hablado en esta revista, ha emitido curiosos y originales juicios sobre el tema que él titula «espiritualismo». La revista *Constancia,* de Buenos Aires, traduce de *Banner of Light* el trabajo del ilustre escritor *Valor moral del espiritualismo*». Tratándose de Davis, no necesitamos decir que *espiritualismo* no es otra cosa que *espiritismo*, si bien Davis, á quien tanto deben los modernos y científicos estudios de psicología, siente la natural repugnancia de todo hombre de sólida cimentación científica, hacia esa suerte de investigaciones sentimentales de los esclavos del medium y del velador... Su «espiritualismo», como el de Aksakoff, el de Zölner, el de Rusell Vallace y el de Williams Crookes, es una protesta contra los infantiles dogmatismos de los crédulos kardecianos. Si para Davis hay en el «espiritualismo» una base fenoménica digna del más delicado estudio, ésta es independiente de las consecuencias religiosas que de la misma pudieran deducirse. A la vez que se defiende virilmente de las censuras lanzadas sobre su campo por los fanáticos de otros credos, especialmente del llamado cristiano, se desentiende con no menos fuerza de lo que él llama *perversiones* de sus mismos discípulos. Y dice:

«Nada tenemos que ver con las perversiones, con las malas comprensiones del Espiritualismo fenomenal, ya sea de parte de los creyentes, ya de sus oponentes. Nuestro deber es trazar una línea de demarcación definida entre las detestables doctrinas, sostenidas y practicadas por una clase de personas desgraciadamente introducida entre nosotros y aquellos principios bien

establecidos de desarrollo mental y salud del cuerpo, que son tan queridos para los miles de espiritualistas puros y nobles, cuya vida diaria es una gloriosa bendición para la humanidad. Ningún filósofo ó moralista hará ciertamente un sistema de moral ó una teoría derivada de los hechos malos de unos pocos farsantes. Ahora bien; si una comparación recayera entre los hechos del llamado espiritualismo fenomenal (que ahora tiene sólo cincuenta años de edad) y los del Cristianismo evangélico (que ya dura casi dos mil años), yo acepto de buen grado la tarea de presentar un catálogo de «fraudes piadosos», de hechos nada cristianos cometidos por los creyentes de la Biblia, de retratar libertinos ortodoxos é impostores, buitres políticos, participadores del pan y del vino sacramentales; de vampiros y hombres que negocian con cuerpos y almas inocentes, y que, sin embargo, todos son miembros de instituciones cristianas en situación cómoda y magnífica. Pero las controversias de tal carácter y propósito no conducen á ningún bien: sólo demuestran que la vida y la conducta no son invariablemente la expresión de la creencia, y que *aquellos que viven en casa de cristal* (con los polígamos David y Salomón), no podrían arrojar las primeras piedras contra sus prójimos menos desgraciados.

Muchos investigadores del Espiritualismo fenomenal pueden haber sido, y son sin duda, ilógicos en sus conceptos y también en sus actos y carácter. El escéptico frío y repulsivo del año pasado es nuestro desenfrenado fanático de hoy, sólo porque su mente está con la fiebre de las deslumbrantes prosperidades de la existencia futura inmortal. También el sentimental cristiano, acostumbrado desde largo tiempo á sostener su carácter objetivo de autoridad en materia de creencias, entra en nuestras filas como uno que está resuelto á tomar las voces del espíritu y las alocuciones medianímicas como «la ley y el evangelio». Esta persona muy pronto llega á ser un «misionero», un «ángel señalado» para desempeñar el trabajo de la redención humana, etcétera.

Nada como esto indigna al escritor norteamericano. Su queja es realmente curiosa, sobre todo en algunos momentos en que exclama: «Las iglesias ortodoxas arrojan á nuestras filas los tipos más *inmanejables* de superstición y de fanatismo...» Éstos, según él, bastardean el indogmatismo del estudio, empequeñeciéndole con los resabios pueriles y absurdos de sus creencias anteriores.

Estos séres, para quienes es inútil la libertad y la amplitud de horizontes intelectuales, porque son esclavos religiosos sin conocerlo, hacen dentro de sus nuevas ideas «como los pájaros acostumbrados á las limitaciones de la jaula, saltan para arriba y para abajo hasta que se elevan muy altos y acaso perecen extenuados por la debilidad y el exceso. Con tales exhibiciones de autoridad y con la extravagancia de unos cuantos de nuestras filas, repito que nada tenemos que ver, excepto en calidad de amigos y maestros, para indicarles que adopten mejores maneras.» Así dice Davis, y luego añade como conclusión:

«El valor moral del espiritualismo fenomenal está principalmente en su demostración de la existencia individual después de la muerte. Si el positivo conocimiento de esta consoladora verdad es moralmente benéfica ó no, lo dejo al juicio y á la intuición de la humanidad.»

Por el reino de las sombras. Con este título estudia Roso de Luna en uno de sus trabajos la naturaleza de lo que la física tradicional viene denominando sombra. «Bercelius—dice nuestro distinguido compañero—dió á la química el dializador, precioso instrumento con el cual pudo apartar, del modo más sencillo, las substancias cristalizables de las no cristalizables (coloides). Lo que la mano experta del sabio no pudiera separar hasta entonces, lo hizo una simple membrana permeable...» Y Roso de Luna que sospecha la existencia de dializadores aún no admitidos, estudia *la sombra* desde el punto de vista de sus investigaciones, y dice:

«Toda sombra es una separación, una dialisis operada entre ciertas vibraciones etéreas que han pasado y otras que han dejado de pasar á través del cuerpo interpuesto que las origina. Sobre nuestra pantalla aparecerían unas y otras reunidas en la parte iluminada y restadas estas últimas en la negra proyección. Habría, por decirlo así, un vacío en la serie de fuerzas vibratorias, como hay un relativo vacío de materia bajo la campana de la máquina pneumática (1), y así como los débiles fenómenos de fosforescencia se nos manifiestan sólo en la obscuridad, las sombras nos podrían permitir el apreciar fenómenos nuevos allí

---

(1) El símil adquirirá más vigor si tales fuerzas fuesen materia sublimada, como tienden á demostrarlo las nuevas teorías sobre los *iones* integradores del átomo.

donde la acción de la luz, por su mayor pujanza, no nos permite verlos.

»Un escollo, sin embargo, viene á detenernos en nuestra marcha: la base de convicción de nuestra ciencia, se apoya precisamente, de un modo más ó menos mediato, en el testimonio de nuestra vista, la cual no parece estar organizada para penetrar sutil en los misterios de la sombra. ¿Cómo, pues, ver lo invisible? Pretenderlo ¿no es ya en sí mismo un absurdo?

»No. La ciencia tiene ya obviada en principio semejante dificultad. A una vista pobre, de alcances cortísimos, la ha dotado de potentes microscopios y telescopios, y no contenta con ellos, ha sustituído aquella vista por otra, aunque naciente más perfecta en cierto modo: la placa fotográfica, con la ventaja inapreciable de registrarnos eternamente lo que viera. Ya la fotografía ha dado algunos pasos en la sublime senda que la trazara el porvenir, puesto que ha conseguido *ver en lo invisible,* en la región infra-roja y en la ultra-violeta, algunos rayos espectrales con sus negras rayas y todo; pero aún no se han preparado placas lo bastante sensibles para impresionarse adecuadamente, con las diversas sombras de los cuerpos opacos á la luz, á la electricidad, al calórico, etc., que aquel no inventado prisma etéreo separaría con ó sin refracciones.

»Henos aquí movidos á intentar una generalización de los principios fundamentales de la fotografía, en armonía con estas ondas luminosas de lo invisible, si nos es permitido hablar así.

»Tendríamos que empezar por ir pensando en placas sensibilizadas, no ya para la gama luminosa, sino para las demás gamas de la extensa serie de vibraciones del éter, de límites prácticamente infinitos, como cualquier sistema de numeración. El colodión impregnado en ioduro y cloruro de plata, habría de ser reemplazado, bien por una sola substancia capaz de ser afectada al par por todas las fuerzas físicas conocidas, si tal substancia existiese, bien con una serie de ellas, compatibles entre sí y dispuestas sabiamente. Existen, á no dudarlo, sales sensibles á la acción eléctrica y á las demás acciones y capaces de atesorarlas por operaciones de revelación y fijado equiparables á la de la actual fotografía... ¡Revelarlas! Pero ¿á qué vista, si nuestra vista no las percibirá?; ¿si no parecemos tener sentidos concordantes para percibir el más y el menos de las vibraciones del éter fuera de la gama luminosa consabida?; ¿si nuestro oído no

*

oye más que en el aire y nuestro olfato y gusto tienen una pobrísima química, que exige la previa disolución de las substancias en estrechas proporciones en el aire ó en la saliva? Este sólo detalle nos dice más que los mil clásicos ditirambos de los autores en pro de la menospreciada psicología. Dilema inflexible: la humanidad presente pide ya á su Creador, en nombre de los fueros de la ciencia, ó sentidos nuevos ó excepcionales desarrollos de los antiguos. Algo de eso que ciertas escuelas llaman *doble vista,* para penetrar, con la suprema curiosidad de Fausto, en el hasta aquí cerrado seno de las tinieblas...

»Pero aún hay más en este extraño reino de las sombras.

»Nos viene á enseñar Crookes aproximadamente que las fuerzas químicas no son en puridad sino diversos estados de la materia radiante por él descubierta, materia de densidades muy diversas: más que la del hidrógeno respecto del iridio, más variadas entre sí que las de las mismas capas atmosféricas. El éter iría resultando entonces á nuestros análisis un término algo vago, como todos los conceptos genésicos cuando se los profundiza. La propagación de las vibraciones luminosas en el espacio, por ejemplo, podría ser en cierto modo semejante á la corriente de un líquido á través de los poros de un sólido, ó á la difusión de un gas por un líquido: unas muy fantásticas *éter-estática* y *éter-dinámica* se dibujarían. El cuerpo transparente merecería el nombre de cuerpo permeable á la corriente lumínica y de impermeable el llamado cuerpo opaco... Decimos mal. Lo que ocurriría entonces sería más bien la aparición de una especie de química etérea en la que entrasen también esos cuerpos genéricamente conocidos con el nombre de prohidrogenios. Flúido luminoso que cayese sobre tal cuerpo, al gastar parte de su fuerza vibratoria en atravesarle y salir de él transformado en flúido calorífico, habría sufrido, con la disminución de su tonalidad vibratoria, un verdadero cambio químico. La física caída así bajo los dominios de la química y ésta recíprocamente bajo los de aquélla, como ciencia que es del éter, de la vibración y de la fuerza.

»La ciencia presentaría entonces un aspecto por demás curioso.

»De la necesidad siempre sentida de explicarse las cosas de algún modo, nacieron en la más remota antigüedad los conceptos contrapuestos de materia y fuerza, que en filosofía son más

bien los conceptos de pasividad y de actividad, especie de oposición sexual generadora de todo cuanto existe. De aquí el que la ciencia, en sus primeros pasos, estudiase como materia lo que ahora va resultando ser densísimas condensaciones del éter pristino, y como fuerza, los estados etéreos superiores. Los primeros físicos aportaron ya al orden material gases casi todos desconocidos, consiguiendo hasta liquidarlos y solidificarlos unos tras otros. Crookes, á su vez, aportó á este orden la materia radiante, y aun se halla en camino de introducir en él todas las hasta aquí llamadas *fuerzas físicas;* pero aquella suprema distinción sigue siendo indispensable en nuestras concepciones; está en el alma de nuestra lógica y en la esencia de nuestro espíritu. Próximo á verse expulsado el concepto de fuerza en los antiguos fenómenos físicos, tiene que buscar en esferas superiores, hasta aquí envueltas bajo el misterio, campo adecuado para su ideológica realidad, cual obrero director que, suplantado por una máquina nueva en su taller, ha de buscarse en otro colocación apropiada para sus aptitudes, y ello viene á dar gran relieve de actualidad á los menospreciados estudios metafísicos. No parece sino que las desconocidas, por más excelsas, fuerzas de la fantasía, la mente, el sentimiento y la voluntad, pugnan ya por *entrar en laboratorio.*

»En estas nuevas orientaciones, el concepto genérico de *sombra* (ora de luz, ora de calórico, ora de otra índole) viene á perder todo su carácter ilusorio ó negativo, adquiriendo intrínseca ó propia realidad.

»Prescindiendo de la irradiación, la sombra, por ejemplo, de una esfera, no es ya un espacio, una proyección cónica ó cilíndrica, *sino un volumen de materia etérea de especie más densa que la materia etérea llamada luminosa, imponderable todavía para nuestra pobreza instrumental, pero perfectamente ponderable quizá para instrumentos y séres superiores,* cual si la atmósfera etérea circunvaladora toda ella de aquel mayor grado de condensación, antes de recibir la acción actínica, se viese atacada por el reactivo luminoso en toda su extensión, del mismo modo que el hielo, al recibir rayos caloríficos, salvo en aquella parte sombría en que los impidiese la absorción vibratoria de las moléculas físicas del cuerpo proyectante. Siguiendo así el éter, envolvente también de nuestros propios cuerpos, especie de estela hiperfísica que nos sigue doquiera, sufriría análogas influencias quí-

micas de la luz, y su proyección ó sombra, dotada así de realidad efectiva, podría acaso evidenciar fenómenos propios bajo aquél ó bajo otros etéreos reactivos, y eso que ciertas escuelas llaman, para darle algún nombre, *doble astral,* podría buscarse acaso en esa región sombría, así diferenciada por nuestra ultraquímica. Acordaos, lectores, á propósito de todo esto, de uno de los fenómenos que intrigarán siempre á los astrónomos más perspícuos. Nos referimos á la cola de los cometas, materia como sabéis suigéneris, que en nada altera, por su tenuidad más allá de toda ponderación, al rayo luminoso de las estrellas por el que se interpone, y que en los momentos del perihelio, á pesar de su prodigiosa longitud de millones de kilómetros, opera su movimiento flabiforme describiendo sobre el Sol como vértice ángulos de 60 ó más grados, en intervalos de brevísimas horas, con rapidez que, cualquiera que sea su materia, nos resulta inaudita é inconcebible».

Revue du socialisme rationnel. La *Revue du socialisme rationnel* que fundara en Francia Frédéric Borde, y que aparece hace veintinueve años (28 rue J.-J. Noirmant, á Tours), hace en su número 258 una alusión á Sophia, que sentimos no haber conocido antes de ahora para haber contestado con más detención y á su debido tiempo. La *Revue du socialisme rationnel*, órgano de la *Liga para la nacionalización del suelo,* por conducto de Mr. Octave Berger, incítanos á la adhesión á su célebre «Liga», sobre la que tanto se hablara no ha mucho, y sobre cuya utilidad tan interesantes trabajos vienen publicándose. Recuerda Mr. Berger que «correligionarios ingleses de Sophia» hablaron hace algunos años de la *nacionalización del suelo,* si bien tímida é incidentalmente, aunque, desde luego, estimando dicha reforma como una medida social justa y aceptable á la vez. Dentro de un terreno particular y personal, convenimos en que no ya ésta, sino otras muchas teorías pudieran ser aceptadas ya en Inglaterra, ya en Francia, España, Alemania y donde quiera que existiesen teosofistas, toda vez que una de las particularidades que caracterizan al teosofismo es una absoluta amplitud y libertad intelectual. En toda revista teosófica—y hay multitud de ellas en distintos idiomas—se inserta constantemente la advertencia de que se trata de una agrupación universal «sin distinción de raza, creencia, nacionalidad, etc.», consagrada al

estudio de determinados matices del conocimiento. Pero por el respeto á esta misma libertad á que aludimos, ninguna agrupación teosófica, ni ninguna revista que como la nuestra tenga definido carácter teosófico, podrá en buena lógica adherirse *oficial* y *determinadamente* á teoría, sistema ó creencia alguna, aunque, como en el caso presente, cualquiera de sus redactores, ó varios de ellos, los que lo deseen, tengan perfectísima libertad para hacerlo particular y personalmente. No sabemos á qué «correligionarios» ingleses alude Mr. Berger; mas nada de extraño tendría, y mucho nos agradaría, además, que éstos fuesen los mismos que nosotros particularmente veneramos y respetamos. Annie Besant, sin embargo, ha estudiado especialmente los problemas sociales y nada en ella recordamos sobre el particular, si bien otros muchos teosofistas ingleses han consagrado asimismo á dichos problemas toda su atención y á ellos pudo referirse Mr. Berger. Queda, pues, en cierto modo contestada la pregunta que, con una amabilidad que sinceramente agradecemos, hace la *Revue du socialisme rationnel.*

Nueva publicación. El departamento de publicaciones teosóficas de New York, envía el programa de una nueva publicación teosófica que en breve comenzará á publicarse. Se titulará:

«A MONTHLY MAGAZINE

DEVOTED TO

THEOSOPHY, OCCULTISM, MYSTICISM, METAPHYSICS, PHYLOSOPHY, RELIGION AND NEW THOUGHT.»

A Monthly Magazine admitirá todo trabajo original y sobre materia interesante y relacionada con la índole de su programa. El precio de suscripción será el de $ 2.00 al año. La dirección es 244 Lenox Avenue, New York.

Movimiento teosófico en el Brasil. Por noticias debidas al escritor brasileño Enrique Serra, de Campinas (E. de S. Paulo, Brasil), poseemos algunos datos sobre el naciente movimiento teosófico en Brasil. En dicho país no eran desconocidos en absoluto los escritos de H. P. Blavatsky, gracias á la propaganda que hizo en favor de ellos el popular catedrático y escritor coritibense Darío Vellozo, á quien repetidas veces he-

mos citado en estas mismas páginas. Leite Junior, había llegado asimismo á dar conferencias públicas en Coritiba sobre el teosofismo. Y con estos dos escritores, los varios representantes de los estudios de espiritualismo, orientalismo, psiquismo, etcétera, en esta parte de América, habían tratado tímidamente de la materia. Desde fines, empero, del año pasado, merced á la actividad del Sr. Serra, una nueva y entusiasta propaganda hubo de iniciarse en S. Paulo, Río Grande, Plotas, etc. El señor Serra inauguró una sección de exposición teosófica en la importante revista *Verdade é Luz* (Lavapes, núm. 6, S. Paulo), en la cual fueron publicados diversos trabajos sobre *A Sociedade Theosophica e a sua obra*, *Espiritas e theosophos*, *As convicções de Tolstoi*, etc., trabajos que por su cordura y acierto despertaron tan merecidos elogios del público imparcial, como injustas diatribas por parte del público espírita, cuya prensa llegó á insertar contra el Sr. Serra tres y cuatro réplicas en un mismo número de *A Regeneração*. Los trabajos, empero, del Sr. Serra han dado su resultado, toda vez que se reorganizó un Centro teosófico con el nombre de *Dharma*, en Plotas, cuyos principales miembros son: doctor Domingos Alves Requião, J. S. de Oliveira Horta, Antonio L. Machado y otros muchos. El Sr. Serra piensa traducir, entre otras obras, las de Blech, doctor Pascal y León Clery, iniciando así una loabilísima obra de propaganda.

Los próximos Congresos teosóficos. Terminado el primer Congreso anual de las Secciones europeas de la Sociedad Teosófica, que como hicimos saber se verificó en Amsterdam los días 19, 20 y 21 de Junio, los boletines de las distintas Secciones han publicado una reseña de los trabajos realizados (de los que ya daremos cuenta) y distintas noticias relacionadas con el tema. Desde luego, la Sección holandesa reunirá en un volumen los trabajos de interés general recibidos, que según distintos datos han sido numerosos. Los lugares en que se celebrarán los dos próximos Congresos serán: Londres para el inmediato de 1905 y París para el de 1906.

Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society.*)

The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3. Langham Place, W.)

The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)

The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)

Der Vahan. LEIPZIG. Körnerstr. 31 p.)

The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)

Thesophy in India. INDIA. (Indian Sec. Theos. Soc. *Benares.)*

The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland.)

Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46.)

Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkerj en Boekhandel.)

Revue theosophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)

Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)

Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)

Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)

Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)

Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi. INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)

Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.)*

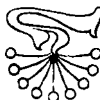
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.)*

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. Brasil. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. Brasil. (Bahia.)
La Lumiere. París. (Rue Lafontaine, 96.)
Constancia. Buenos Aires. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. Buenos-Aires. (Victoria, 3325.)
Freya. Buenos-Aires. (Calle 27, núm 215.)
Lumen. Tarrasa. (Pantano, 91.)
Luz y Unión. Barcelona. (Ferlandina, 20.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. París. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. Portugal, Coimbra. (Imprensa da Universidade.)
Revista masónica. Buenos Aires. (Calle Cuyo, 1131.)
La Revista Blanca. Madrid. (Cristóbal Bordíu, 1.)
A Revista. Portugal, Porto. (Rua S. Domingo, 95.)
Futuro. Montevideo. (Cámaras, 227.)



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦÍΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

La Sociedad Teosófica no es responsable de las opiniones emitidas en los artículos de esta Revista, siéndolo de cada artículo el firmante, y de los no firmados la Dirección.

LA CONCEPCIÓN DEL ESPÍRITU

según GOETHE (*)

El día de los funerales de Wieland, del cual tendré ocasión de hablar más adelante, observé en el aspecto de Goethe una cierta solemnidad que no le era común. Había en él algo de dulzura, casi podría decir de melancolía: sus ojos brillaban mucho más y aun su voz y su manera misma de hablar parecían distintas de las usuales.

Acaso influyó en él nuestra misma conversación, que hubo de recaer sobre lo supersensual, hacia lo cual manifestó comúnmente Goethe cierta repugnancia, por no decir menosprecio, basado en principios según mi parecer. Nada, en efecto, tan en consonancia con su habitual modo de ser, como limitarse al Presente y á la observación de todo lo bello y agradable de la naturaleza y el arte, sin apartarse de senderos asequibles.

El tema principal de nuestra conversación era nuestro amigo perdido. Sin desviarme grandemente del asunto, hube de preguntarle en cierto momento en que hablaba de la continuidad de la existencia *post mortem*: ¿Qué pensáis en este instante del alma de Wieland? ¿Cuál será su trabajo ahora?

(*) De *Goethe and his Contemporaries*, de Falk von Muller, con Noticias, Anécdotas, etcétera, por *Sarah Austin*. (2.ª ed.) London. Publicado por Effingham Wilson; Royal Exchange (1836).

—Ninguna cosa pequeña, nada indigno de él, nada distinto de la grandeza moral que en vida sustentara...—me replicó.

Mas no debemos entender esto en un sentido erróneo; á medida que penetramos en este tema, encontraremos algo muy profundo en él. Algo representa, en efecto, haber vivido una vida de ochenta años en medio de la más inmaculada dignidad y del más puro honor; algo ha de valer haber llegado al grado de exquisitez espiritual, de delicadeza, de elegancia mental que caracterizó tan admirablemente el espíritu de Wieland; algo el haber poseído aquel ingenio y aquella férrea persistencia y perseverancia en las que nos sobrepujó á todos. ¿No le asignaríais, pues, con gusto, un lugar inmediato al de aquel Cicerón en quien tan cariñosamente hubo de ocuparse antes de su muerte?

No me interrumpáis cuando yo trato de imprimir á mis ideas un desarrollo perfecto y sereno. *La destrucción de tan altos poderes del espíritu, es una cosa que nunca, ni por ninguna circunstancia, puede llegar á suponerse.* La Naturaleza no es de tal modo una pródiga derrochadora de su capital. El alma de Wieland es uno de los tesoros de la Naturaleza; una verdadera joya. Añadamos á esto el que su larga vida aumentó y no disminuyó estos nobles dones intelectuales. Fijaos de nuevo atentamente en esta circunstancia: Raphael apenas tenía treinta años y Kepler cuarenta cuando terminaron repentinamente sus vidas, en tanto que Wieland...

—¿Cómo?—interrumpí con cierta sorpresa—¿Habláis de la muerte como de un acto espontáneo?

—Sobre esto—me replicó—si tuvieseis á bien considerar el asunto desde un punto de vista especial, yo os diría (ahora apenas me es permitido) mis ideas en su propia base...

Yo le supliqué encarecidamente no me ocultase ninguna de sus opiniones.

—Ya sabéis desde hace mucho tiempo—me dijo resumiendo—que las ideas sin un fundamento sólido en el mundo sensible, aunque valiosas desde cierto punto de vista, no tienen la suficiente fuerza de convicción para mí, porque en lo referente á las operaciones de la naturaleza, lo que yo deseo es *conocer* y no tan sólo conjeturar ó creer. Pero en ese punto, relativo á la existencia individual del espíritu después de la muerte, mi modo de ver es el siguiente:

Tal hipótesis no está en oposición de ningún género con mis

observaciones de muchos años, ya sobre la constitución de nuestra propia especie, ya sobre la de especies restantes; antes al contrario, tales observaciones suministran nuevas evidencias en este supuesto.

Ahora bien; cuánto más ó cuánto menos es digna de perdurar esta existencia individual, es otra cuestión y otro punto de vista relacionado con la Divinidad. Por el momento no hago sino observaciones preliminares. Yo supongo varias clases y órdenes de elementos primarios de toda existencia á manera de gérmenes de todos los fenómenos de la naturaleza; á éstos podría denominárseles almas (puesto que de ellos procede la animación ó vivificación de todo), ó más bien *mónadas,* empleando el término de Leibnitz á falta de otro más expresivo para indicar la simplicidad de la más simple existencia. Esto admitido, recordaremos que la experiencia nos muestra algunos de estos gérmenes tan pequeños y tan insignificantes, que tienen, á lo sumo, que adaptarse á una existencia y uso subordinados. Otros, en tanto, son fuertes y poderosos. Estos últimos atraen á su esfera todo aquello que se les aproxima, transformándolo en algo que les pertenece, esto es, en un cuerpo humano, en una planta, en un animal ó en algo más grande todavía: en una estrella. Este proceso se repite en el mundo más pequeño ó en el más grande, y su realización yace latente y predestinada en ellos, hasta que por último se hace visible. Sólo los séres en que esto se produce son los que en propiedad podrían denominarse *almas.* De aquí que haya mónadas de mundos, almas de mundos, del mismo modo que mónadas y almas de hormigas, y que ambas sean, si no idénticas, por lo menos de un origen común.

Cada sol, cada planeta, lleva en sí el germen de un más elevado desarrollo, en virtud del cual su desenvolvimiento será tan regular y estará tan sujeto á leyes determinadas, como el desenvolvimiento de un rosal, merced á su tallo, sus hojas y sus flores. Podéis denominar al germen *idea* ó *mónada,* como os plazca, mas lo cierto es que es invisible y anterior al desenvolvimiento externo visible. Porque no debemos ser engañados por las *larvæ* ó formas imperfectas de los estados intermediarios que la idea puede asumir en sus transiciones. Una y la misma metamorfosis ó capacidad de transformación puede producir en la naturaleza una rosa de unas hojas, una oruga de un huevo y aun después una mariposa de una oruga.

Las mónadas inferiores, por tanto, pertenecen á una superior porque les es preciso, no porque particularmente realicen su satisfacción. Esto se produce ordinariamente de un modo bastante general. Observemos esta mano, por ejemplo: Consta desde luego de partes que están á cada momento al servicio de aquella mónada principal que tuvo el poder, en los albores de su existencia, de atraerla, de apoderarse de ella. Por su mediación ahora yo puedo ejecutar esta pieza de música, y puedo hacer volar mis dedos á voluntad sobre los registros de mi piano. Ella me proporciona de este modo un delicioso placer intelectual, aunque no es ella sino la mónada principal la que oye. Mis manos, mis dedos, muy poca ó ninguna parte toman en mi distracción. El ejercicio de las mónadas, por medio de las cuales me procuro una satisfacción, es muy pequeño en proporción á la bondad del resultado, excepto, empero, cuando procede de ellas mismas.

¡Cuánto más no desearían ellas, en vez de proporcionarme tal satisfacción recorriendo una y otra vez vanamente estas teclas, volar sobre los prados como activas abejas é inclinarse sobre los árboles ó soñar sobre las flores! Sin duda que en ellas existen materiales para todo esto, pero están dominadas. El momento de la muerte (que por esto debía más bien denominarse *disolución)* es, por tanto, aquél en el cual la mónada primordial y reguladora abandona á todas sus subordinadas, que hasta entonces fueron fieles servidoras de sus deseos. De aquí que yo considere tanto el abandono de la vida como su mismo despertar, á manera de un acto espontáneo de la mónada reguladora, la cual, en su verdadera constitución, nos es en último término desconocida.

Toda mónada es por naturaleza tan indestructible, que aun en el momento de la disolución no abate ni pierde nada de su actividad, sino que continúa su progreso incesantemente. Abandonan las mónadas sus antiguas conexiones para realizar en breve otras nuevas. El cambio depende del grado de fuerza de los gérmenes de evolución contenido en una ú otra mónada. Si la mónada es la de un espíritu evolucionado, ó es la de un castor, pájaro ó pez, habrá una inmensa diferencia. De aquí que tan pronto como nos precise explayar en cierto grado cualquier fenómeno de la naturaleza, tengamos que referirnos á la clase, al orden espiritual que hemos necesitado establecer. Sweden-

borg, examinando esto mismo según su peculiar manera, empleaba una imagen para ilustrar sus pensamientos, acaso la más feliz que pudiera idearse. Comparaba él la mansión habitada por los espíritus á un espacio dividido en tres grandes estancias, en el centro de las cuales existiera una amplia cámara. Supongamos ahora saliendo de estas tres estancias numerosas especies de séres, tales como pájaros, perros, gatos, etc., que afluyeran á la cámara central. ¡Ciertamente sería ésta una heterogénea compañía! Mas, ¿cuál sería la inmediata consecuencia? Que por último el placer de encontrarse reunidos aparecería. Y he aquí que la más grande armonía seguiría á la primera lucha, hasta que por último se acordaría cada cosa con su semejante; el pez con los peces, el pájaro con las aves, el perro con el perro, el gato con el gato, y cada uno de estos séres diversos se esforzaría, en lo posible, por hacerse dueño de un especial departamento. He aquí la completa y verdadera historia de nuestras mónadas en su advenimiento hacia esta tierra. Cada una va hacia el sitio que le corresponde: al agua, al aire, al fuego, hacia las estrellas. Es más; la misteriosa atracción que las impulsa, lleva á la vez en sí misma el secreto de su futuro destino.

La aniquilación, pues, está completamente fuera del problema; en tanto que la posibilidad de escoger un camino merced á un gran esfuerzo, y aun para la más ínfima mónada, por subordinada que esté, aparece como algo incuestionable y serio. Yo, por mi parte, no me he considerado nunca capaz de despojarme enteramente de este sentimiento en lo referente á la mera observación de la naturaleza.

* * *

En este momento un perro empezó á ladrar en la calle. Goethe, que tenía una antipatía natural por los perros, cerró violentamente la ventana y luego murmuró: «¡Tomes la forma que quieras, vil larva, no podrás subyugarme!» Extrañas y asombrosas palabras para quien desconociese el carácter del pensamiento de Goethe, pero familiares en él y de un espontaneo y singular humor con el que solía adaptarse á las circunstancias.

—Esta morralla de la creación—prosiguió después de una pausa y ya más tranquilo—es extremadamente molesta. Es una perfectísima pandilla que debíamos arrojar á un rincón del planeta; su compañía no nos haría mucho honor ante los poblado-

res de los otros astros, si llegara hasta ellos el ruído de aquí cerca..

Le pregunté si creía que en las transiciones, para su estado actual y demás circunstancias en los otros, conservarían las mónadas conciencia de sí mismas.

Goethe me replicó á esto:

—Que las mónadas sean susceptibles de tener una historia general retrospectiva, no puedo discutirlo, ni que lo sean más que pueden serlo las más altas naturalezas entre nosotros. El progreso de la mónada de un mundo debe y puede descubrir muchas cosas fuera del obscuro seno de su memoria, que parecerán adivinaciones, aunque sólo sean en el fondo borrosos recuerdos de algún estado pasado; justamente así el ingenio humano descubre las leyes concernientes al origen del universo, no por un árido estudio, sino por un luminoso relámpago, recuerdo brillante en las tinieblas de que él mismo fué una parte. Sería una presunción limitar tales relámpagos á la memoria de los espíritus de un orden superior, ó determinarlos hasta el punto de impedir su iluminación. Así, pues, universal é históricamente considerada, la permanente existencia individual de la mónada manifiéstaseme en cierto modo concebible.

Igualmente en lo que más de cerca nos concierne á nosotros, me parece que si el primer estado y circunstancias porque nosotros y nuestros planetas hemos atravesado fueron acaso insignificantes, aparecen ante los ojos de la Naturaleza y en consideración á lo que fueron, como algo digno de ser recordado de nuevo. Y aunque las circunstancias de nuestra condición presente podrían necesitar de una gran selección, nuestra mónada principal podrá, por último, en algún tiempo futuro, comprender el todo completamente y en compendio; es decir, en una gran síntesis histórica.

Esta expresión de Goethe recordóme una, en cierto modo semejante, pronunciada con referencia al alma por Herder, cuando se colocaba noblemente por encima del humor y de los espíritus del mundo.

—Estamos ahora frente á frente en el cementerio de San Pedro y San Pablo—decía aquel inmortal hombre—y espero estaremos del mismo modo en Urano; pero ¡Dios me guarde de que la historia de mi estancia aquí, en estas calles, se repita con sus torpezas en sus más mínimos detalles! Por mi parte consideraría

semejante don como el más grande tormento y mayor castigo imaginable.

Si nos abandonamos á nuestras conjeturas—dijo Goethe continuando sus observaciones—realmente no veo qué podría impedir que la mónada, por la cual debemos la apariencia de Wieland sobre nuestro planeta, formara en su nuevo estado las más elevadas combinaciones que puede presentar el universo. Por su ingenio, por su celo, por su elevada inteligencia, que lo habilitó para dirigir una gran porción de la historia del mundo, tiene títulos para todo. Poco me sorprendería, y lo hallaría completamente agradable desde mi punto de vista, si al cabo de millares de años se convirtiera ese mismo Wieland en la mónada de un mundo ó en una estrella de primera magnitud; le hemos visto cómo vivificaba y animaba todo aquello que se relacionó con él merced á su pura lucidez. El constituir la nebulosa substancia de un cometa que vibrase entre luz y claridad, sería, pues, verdaderamente agradable, y una grata tarea para la mónada de nuestro Wieland. Así, pues, hablando realmente en términos generales, si suponemos la eternidad del actual estado del mundo, no podemos admitir otro destino para las mónadas que el de bienaventurados poderes cooperantes, participadores eternamente de la inmortal felicidad divina. La obra de la creación les ha sido confiada á ellas. Proclamada ó no proclamada su unión, se verifica entre ellas mismas, en cada valle, en todas las montañas, fuera de todos los mares, de todas las estrellas. ¿Quién puede impedirlo? Yo tengo la certeza, como os estoy viendo, de que estaré allá tal vez dentro de mil años y que regresaré de allí acaso mil años después.

—Perdonad—le interrumpí—yo no sé si llamaría retorno á una vuelta ó retorno sin conciencia, pues únicamente vuelve quien sabe que se ha marchado y vuelve á ocupar su puesto de antes. Durante vuestras observaciones sobre la naturaleza, brillantes recolecciones y puntos de lucidez de otro estado del mundo del que vuestra mónada fué acaso un agente cooperador pudieron iluminaros, pero todo esto no descansa sino sobre un *quizá*. Yo desearía que nos pusiésemos en situación de conseguir una gran seguridad sobre estos asuntos, y que pudiésemos conseguir por nosotros mismos, aunque no fuesen más que obscuras adivinaciones, relámpagos geniales de luz que alumbrasen el obscuro abismo de la creación. ¿No podríamos acercarnos más á

nuestro objeto? ¿No podemos figurarnos nosotros mismos *una gran mónada Amante* y á manera de punto central de creación gobernando á todas las mónadas subordinadas de este universo, del mismo modo que nuestra alma rige las mónadas inferiores á ella?

—Contra tal concepción, considerada como cierta, nada tengo que decir—replicó Goethe—; únicamente estoy acostumbrado á no conceder un valor extraordinario á las ideas que no tienen fundamento en percepciones sensibles. ¡Ah! ¡Si en verdad conociésemos la estructura de nuestro propio cerebro y sus conexiones con Urano y las múltiples intersecciones de hilos, á lo largo de los cuales el pensamiento va de un lado á otro! Pero no conocemos los resplandores de la verdad hasta que nos tocan. Conocemos únicamente ganglios, porciones del cerebro; de la naturaleza y del cerebro mismo no conocemos gran cosa. ¿Cómo pretender entonces conocer á Dios? Diderot ha sido grandemente censurado por haber dicho: «Si no hubiera un Dios, acaso debería haberle.» Conforme á mi modo de ver la naturaleza y sus leyes, sin embargo, uno puede muy fácilmente concebir planetas de los cuales partieron ya las más elevadas mónadas y otros que no entraron aún en actividad. Una constelación requiere lo que no ocurre todos los días, la disipación de las aguas y la sequedad de la tierra. Y así como hay planetas para el hombre, pudiera también haberlos para los peces ó las aves.

En una de nuestras primeras conversaciones, yo llamaba hombre al primer diálogo que la naturaleza mantenía con Dios. No tengo la menor duda que ese diálogo puede, en otros planetas, ser la clave de un lenguaje más elevado, más profundo y más significativo. En el presente somos deficientes en miles de requisitos que son necesarios para el conocimiento. La primera verdad que nos precisa es nuestro propio conocimiento; después de ésta vendrán todas las demás. En puridad, yo no *puedo* saber de Dios sino lo que el muy limitado horizonte de las percepciones sensibles de este planeta suministra á la tierra; y esto, de cualquier modo, es muy poco. De esto, sin embargo, *de ningún modo debe deducirse que por esta limitación de nuestras observaciones sobre la naturaleza externa, existan límites asimismo para nuestras creencias. Antes al contrario, puede darse el caso de que por la presencia de la percepción divina en nosotros, el conocimiento pueda necesariamente manifestarse como una obra de mosaico,*

especialmente en un planeta que, puesto fuera de sus conexiones con el Sol, abandona imperfectamente toda observación, que sólo recibe su comprobación en la fe. Ya he tenido antes ocasión de observar en FARBENLEHRE, que existían fenómenos primarios, de los que por su casi divina simplicidad no debiera desconfiarse, menospreciándoles á manera de inútiles indagaciones, sino auxiliándoles por medio de la razón y la intuición. Esforcémonos en encaminar valerosamente nuestras energías en ambos sentidos, manteniéndonos tan sólo dentro de los límites que las separan. No tratemos de demostrar lo que no puede demostrarse; de otro modo haremos más patente nuestra pobre deficiencia para la posteridad por medio de nuestras mal llamadas obras científicas. Cuando la sabiduría es amplia y satisfactoria, ciertamente que no hay necesidad de fe; pero cuando la ciencia es insuficiente ó inadecuada, no podemos negarle los derechos á ésta.

TAN PRONTO COMO NOS PONGAMOS FUERA DEL PRINCIPIO DE LA CIENCIA Y LA FE, DESTRUIREMOS LA UNA Y LA OTRA; PERO AL SUPLIR CON LAS MUTUAS DEFICIENCIAS DE UNAS Y OTRAS, ESTAMOS CERCA DE UNA EXACTA ESTIMACIÓN DE LO JUSTO.

Falk von MULLER.



LA FUERZA ÓDICA Y LA VIDA DE LOS CRISTALES

EL barón de Reichenbach fué el primero que, hace sesenta años, introdujo en la ciencia el termino de «Fuerza Ódica», del cual se sirvió para designar los efluvios ó radiaciones emanadas de los séres vivos, de los cristales, de los astros y, en general, de todos los cuerpos de la naturaleza, efluvios conocidos desde la más remota antigüedad, porque siempre hubo sensitivos que pudieron comprobar su existencia. Desgraciadamente le faltaba á Reichenbach el reactivo físico ó químico para presentar la prueba de su descubrimiento, pues á la ciencia oficial no podía satisfacer la que ofrecían los sensitivos, que siempre fueron considerados como desequilibrados ó histéricos. No debe, pues, sor-

prendernos que Dubois-Reymond calificase de «mito» la referida «Fuerza Ódica».

M. Charpentier, después de M. Blondlot, designó empero estas radiaciones, ó por lo menos otras parecidas, con el nombre de *rayos N* y las descubrió por medio de reactivos como el platinocianuro de bario y el sulfuro de calcio, susceptibles de llegar á la fosforescencia bajo la influencia de un gran número de radiaciones y especialmente de los *rayos N.* Desde este punto de vista merece plácemes M. Charpentier por haber tenido la feliz idea de aplicar estos reactivos á las radiaciones del cuerpo del hombre y de los animales, si bien habrá que luchar aún bastante antes de que la ciencia reconozca plenamente la relación existente entre los *rayos N* que emanan de todos los cuerpos de la naturaleza, la «Fuerza Ódica», tan menospreciada, y el magnetismo, más despreciado, si cabe, que aquélla.

No es nuestro objeto hacer un estudio detallado de dicha «Fuerza Odica». Sólo habremos de limitarnos á tratar de algunas generalidades y á examinar esta fuerza en aquéllo en que especialmente se refiere á la vida de los cristales.

*
* *

«Reichenbach—dice M. de Rochas—consagró casi toda su vida al estudio de ciertas radiaciones emitidas por los animales, los vegetales, los cristales, los imanes y, en general, por todas las substancias en las cuales las moléculas presentaban una orientación bien determinada. Estas radiaciones solamente podían percibirlas algunas personas dotadas de un sistema nervioso especialmente impresionable, experimentando éste una presión con una doble polaridad, como en los fenómenos eléctricos, bien con la ayuda del sentido térmico *(calor ó frío)*, ó con el del gusto *(ácido ó nauseabundo)*, ó bien, por último, con la ayuda de la vista, previamente hiperestesiada mediante una larga permanencia en la obscuridad *(luces rojas ó azules)*.

»Reichenbach comprobó, además, que estas radiaciones se encontraban en la luz solar, en la electricidad, en el magnetismo terrestre; que se producían por el frotamiento, por el sonido, por las acciones químicas y, en general, por todo movimiento molecular. En virtud de estas cualidades, se denominó á di-

cha fuerza nueva «ódica», palabra derivada de otra sanscrita, que significa «que penetra todo».

»La voz de Reichenbach—continúa diciendo Rochas—quedó sin eco en el mundo de la Ciencia. ¿Cómo admitir—se dijo—que sólo determinadas personas puedan ver los rayos que no todo el mundo ve? Y para colmo de absurdos, ¿cómo ha de verse á través de los cuerpos opacos? ¿Será posible que los objetos sean movidos por la simple voluntad? En todo esto, pues, no hay más que superchería más ó menos consciente ó sencilla credulidad. Después de haber invocado el experimentador el testimonio de gran número de sensitivos cuyas opiniones concordaban, los doctos profesores de las Universidades alemanas respondieron que solamente debían admitirse en la ciencia los fenómenos susceptibles de ser reproducidos á voluntad y después de observados también por un numeroso auditorio. Este fué siempre, en efecto, el objeto de los cursos académicos, etc. Hoy en día, aunque casi se sigue pensando de un modo parecido entre los sabios, se guarda, empero, un poco más de reserva para tratar *à priori* acerca de la posibilidad ó la imposibilidad de los hechos nuevos. El descubrimiento de los rayos Röentgen ha destruído antiguas teorías admitidas. ¡Y es bien triste caso! Toda idea no refrendada por un sabio oficial, fué siempre acogida con desconfianza, por no decir algo más. El Dr. Gustavo de Bon, que ha verificado experiencias muy notables sobre las nuevas radiaciones, apenas si, de tarde en tarde, ha sido mencionado por ellas; en cuanto á sus teorías, tan apreciables como las de cualquier otro, se ha hecho todo lo posible por desprestigiarlas.... hasta el día en que aparezcan de nuevo «sin la marca».

Pero volvamos á la «Fuerza Ódica». Reichenbach expuso la síntesis de todos sus trabajos sobre la «Fuerza Ódica» en sus *Lettres odiques-magnétiques* (trad. del alem. por Cahagnet; segunda edic., 1897). A pesar de las repeticiones que esto traerá consigo, vamos á copiar *in extenso*, como entrada en materia, los párrafos de este opúsculo que se refieran á la «Fuerza Ódica»:

«Procuraros—dice Reinchenbach—un cristal de roca natural, tan grande como sea posible; un espato yesoso, por ejemplo, de dos palmos de largo, ó un tungsteno de roca del monte Gothard, de un pie de largo; colocadlo horizontalmente sobre el ángulo de una mesa ó de una caja, de manera que los dos ex-

tremos no tengan ningún contacto; colocad delante del cristal una persona sensitiva é invitadla á que aproxime la palma de la mano izquierda á tres, cuatro ó seis pulgadas de distancia de los bordes de dicho cristal, y no pasará medio minuto sin que os diga que siente á manera de un soplo fino y fresco que le llega hacia la mano desde el extremo de la punta superior del cristal, y que desde el otro extremo, ó sea aquél por donde comenzó su nacimiento, también llega hasta su mano una especie de corriente tibia. El soplo fresco causará á la mano una impresión fría y agradable, en tanto que la causada por la tibia será desagradable y acompañada de una sensación molesta y casi desagradable que, si durase algún tanto, se apoderaría de todo el brazo ocasionando en él fatiga. Cuando hice por primera vez esta prueba, era tan nueva como mistesiosa y nadie quiso creer en ella. Más adelante la he repetido en Viena con centenares de sensitivos y también ha podido comprobarse en Escocia y en Francia, pudiendo cualquiera repetirla. Colocad vuestra mano izquierda próxima á cualquiera de los otros puntos del cristal, contra sus aristas laterales, por ejemplo; sentiréis igualmente ya una sensación de tibieza, ya de frescura; pero la sensación será, relativamente y por todas partes, más débil que colocando la mano contra los dos extremos del cristal que están en oposición polar. Como las sensaciones opuestas se experimentan sin tocar los cristales, estando á la distancia de varias pulgadas, es indudable que de esos cuerpos que se han denominado piedras á medio organizar emana algo, que algo se desprende de ellos, que irradian algo desconocido aún para la física y que anuncia su existencia por impresiones materiales aun cuando no todos tengamos la facultad de verlas.

»Como los sensitivos, por su impresionabilidad, son notoriamente más aptos para percibir que los hombres normales, se me ocurrió la idea de que quizá tuvieran también superioridad en lo que se refería al sentido visual; es decir, que pudieran estar en condiciones de percibir, en una completa obscuridad, parte de tales emanaciones de los cristales.

»Con objeto de obtener la prueba, llevé en una noche (mes de Mayo de 1884) un cristal de roca grande y muy potente á casa de una señorita (Angélica Sturmann), sensitiva en alto grado. La casualidad quiso que estuviera presente su médico, el profesor Lippich, muy conocido entre los patólogos. Conseguimos

una obscuridad completa en dos habitaciones, y en una de ellas coloqué el cristal, diciéndome la referida señorita, á los pocos momentos, el lugar en que estaba colocado. Hizo la observación de que el cristal aparecía como empapado en una tenue claridad, y que por encima de su extremidad se elevaba una á modo de llama azul, de tamaño aproximado al de una mano y dotada de un movimiento ondulatorio y constante, á veces *eticilante,* en forma de tulipa, y perdiéndose hacia lo alto en un fino vapor. Al volver yo el cristal, vió ella que ascendía del ángulo obtuso un vapor «húmedo», de color amarillo rojizo. Calculad el efecto que me producirían semejantes observaciones. Fueron éstas comprobadas más tarde por miles de experiencias hechas sobre cristales por gran número de sensitivos, los cuales aseguraban que las percepciones sensoriales obtenidas iban acompañadas de fenómenos luminosos que cambiaban insensiblemente, siendo unas veces azules y otras rojos ó amarillos. Estos colores tenían desde luego una polaridad contraria, que solamente podía ser observada por las personas sensitivas, siendo indispensable la absoluta obscuridad... La luminosidad, en efecto, del cristal es tan fina y generalmente tan débil, que si en la habitación penetrara cualquier haz de luz, por insignificante que fuera, sería lo suficiente para ofuscar la vista del observador y amortiguaría momentáneamente su aptitud sensitiva.

»Los sujetos dotados de una potencia sensitiva mediana, necesitarían, para percibir la claridad del cristal, permanecer una ó dos horas en la más completa obscuridad, á fin de que sus ojos perdiesen la impresión de la luz del día ó de la luz artificial. En muchos casos me ha ocurrido, experimentando con esta clase de sensitivos, estar éstos durante tres horas sin percibir nada, y sólo después de este tiempo, comenzar á ver luminosidad en los cristales y á convencerse de la realidad de su proyección luminosa..... Considerando su consistencia subjetiva y objetiva, no cabe suponer sean estas apariciones debidas al calor, pues á pesar de producir sensaciones semejantes á las de temperatura, no podría admitirse en ellas una fuente de calórico. Tampoco son debidas á la electricidad, porque falta la excitación productora del efluvio..... ni al magnetismo ó diamagnetismo, porque los cristales no son magnéticos y el diamagnetismo no obra sobre todos ellos en el mismo sentido..... No proceden tampoco de la luz ordinaria, porque cuando ésta la sometemos á

nuestra observación, no produce semejantes sensaciones de calor ni de frío. ¿A qué son, pues, debidas las apariciones descritas? Nos encontramos en presencia de una dinámica que es imposible clasificar entre las conocidas. Puede colocársela entre el magnetismo, la electricidad y el calórico; pero con ninguna de las tres se confunde, y ante esta complejidad, la he denominado *Fuerza Ódica*.

»He observado que el extremo por donde comienza el nacimiento de los cristales está siempre tibio-repulsivo y es de un color amarillo-rojizo, y que el extremo contrario está fresco y es de color azul. Puede observarse esta á modo de regla hasta en las cristalizaciones filamentosas y en las solidificaciones en que la forma del cristal es casi imperceptible. En la base de los cristales hay, pues, «Fuerza Ódica» positiva, y en el extremo opuesto negativa.»

***

Después de haber leído la traducción inglesa de la obra de Reinchenbach *Researches on Magnetism*.... (trad. por Gregory, 1850), y con objeto de hacer comprender mejor la importancia de estos fenómenos, entraremos en el estudio de algunos de ellos:

Reinchenbach coloca las substancias sobre las cuales va á experimentar en la mano del sujeto, previamente puesto en estado de catalepsia é insensibilidad, y después en la misma mano de dicho sujeto en estado normal. La acción obtenida es la misma, cualitativamente considerada; pero es mucho más intensa en el estado de catalepsia.

En estas condiciones, los cristales bien formados producen, como el imán, un espasmo tónico de los dedos, con la diferencia de que unos atraen la mano y otros no. Las substancias amorfas, en que la cristalización es confusa, no producen ni espasmo ni atracción. Entre los cristales inactivos pueden incluirse: el azúcar en panes, el mármol de Carrara, la dolomita, el cuarzo compacto y los cristales de orientación múltiple en la masa que los forma, como la cirsolita, la plata nativa de Kongsberg, etcétera. El grupo activo comprende todos los cristales aislados y los que están agrupados de manera que sus ejes principales sean paralelos ó casi paralelos en la masa, como la celestina, diferente variedad de gypsa y la hemalita fibrosa roja y obscura:

He aquí, por otra parte, cómo se clasifican los cristales activos:

1.° Cristales que obligan á la mano á cerrarse, sin espasmo notable: antimonio metálico, mica, azúcar piedra, leucita, anfíbol, bismuto metálico, piritas de hierro, feldespato, boracita, topacio, alumbre, cristal de oro, etc., etc;

2.° Cristales que obligan á la mano á cerrarse, aunque sin atraerla: cristal de roca, metal de hierro magnético ó especulario, etc;

3.° Cristales que obligan á la mano á cerrarse espasmódicamente, atrayéndola cuando se aproxima á ellos: asperón cristalizado de Fontainebleau, espato calcáreo, aragonita, turmalina fría ó caliente, berilo, gypsa, espato fluor, etc.

La fuerza que produce estos efectos es debida á la materia, no como tal materia, sino en virtud de su forma y de su modo de agregación. Presenta su máximum de intensidad en dos puntos opuestos del cristal, los polos del eje principal, y es más enérgica en uno de ellos que en el otro. Además, de uno de los polos emana un efluvio frío y del otro un efluvio templado. Estos efectos son percibidos con intensidad por los sensitivos y su acción obra de una manera análoga á la del imán.

Reichenbach comprobó que la baritina, el espáto fluor y la gypsa eran los cristales más apropiados para los experimentos. Aconsejaba á las personas que deseasen experimentar se colocaran en frente de los polos del cristal, perpendicularmente á éstos, y pasasen la mano, sin tocarlos, empezando por la palma y continuando hasta el final de los dedos, durante cinco segundos para cada pase. La sensibilidad varía en las mismas personas según las circunstancias y el estado de salud. Hay personas que sienten los efectos de la fuerza desde la aproximación del cristal; otras que los sienten ya al final de los dedos cuando el cristal pasa por la palma de la mano; otros, en fin, que no los experimentan sino después de haber pasado la mano ó del transcurso de cuatro ó cinco pases. La mejor manera de verificar el experimento es colocar la mano en el meridiano magnético con los dedos dirigidos hacia el Sur.

La fuerza que obra en el cristal obra igualmente en el imán, uniéndose en éste al magnetismo. Puede ser transportada sobre otros cuerpos, incluso sobre el hierro y el acero, pero sin comunicarle las propiedades magnéticas. Hay que añadir, además,

que el polo del cristal correspondiente al polo negativo del imán (que es el más potente y provoca una sensación de frescura), es el polo de la «Fuerza Ódica» negativa; el otro polo, ó sea el de la «Fuerza Ódica» positiva, es el más débil de los dos. El poder coercitivo de esta fuerza es débil: el papel pierde muy pronto la propiedad adquirida por su contacto con ella; la porcelana la retiene dos minutos, la plata alemana y el hierro dulce cinco y el acero diez, al menos en las experiencias con Mlle. Sturmann. Esta propiedad misma se apodera de todos los objetos, pero en diferentes grados. La capacidad de saturación de los objetos se alcanza rápidamente. La fuerza aumenta con el volumen del cristal y su temperatura no tiene ninguna influencia sobre el fenómeno.

Un hecho, en suma, muy digno de hacerse notar, es el de que *esta fuerza no atrae más que á la substancia viviente*. Más adelante trataremos de algunos otros fenómenos mecánicos provocados por los cristales, al ponerse en contacto con la mano de los sensitivos; porque estos fenómenos hacen resaltar, no sólo la polarización ódica de los cristales, sino también la polarización ódica del hombre.

Reichenbach, en su obra titulada *Der sensitive Mensch* (el hombre sensitivo), publicada en 1854-55, analiza más de cerca las sensaciones térmicas experimentadas por los sensitivos. En todas las experiencias hechas sobre un gran número de personas, se ha comprobado siempre que el polo ódico-negativo producía una sensación de frío ó de frescura sobre la palma de la mano izquierda, y el polo ódico-positivo, ó bien no producía ninguna—y si la produce es tibia—, ó bien, si provoca una sensación fresca, es ésta mucho menos acentuada que la del otro polo. Lo contrario se observa con la mano derecha. Muy á menudo del polo ódico-negativo se desprende una especie de soplo frío, y del polo ódico-positivo algo parecido al aliento tibio y repugnante del hocico de un animal (esto se observa operando con la mano izquierda). La distancia mejor para la obtención del fenómeno es de 20 á 30 centímetros.

Debemos hacer notar que se presentan en los dos polos alternativas, más ó menos marcadas, de frescura ó de calor del efluvio, como si se produjeran las zonas ó las ondas ódicas en cada uno de los polos, aunque con preponderancia del frío en el polo ódico-negativo y de calor en el positivo.

El polo ódico-negativo de un cristal se encuentra siempre en el punto en que la formación cristalina progresa ó ha progresado más, allí donde está más desenvuelta y es la más completa; y el polo ódico-positivo en la parte en que la formación cristalina está menos determinada. La base de los cristales, el fondo sobre el cual ha empezado el crecimiento, es ódicamente positivo, en tanto que la parte opuesta, el punto en que se hace la atracción por la incorporación de nuevas moléculas, es ódico-negativo. Estos hechos son comprobables mediante las percepciones de los sensitivos. Así como se comprueba también que las aristas vivas de un cristal (del aluminio, por ejemplo) son mucho más frescas que las aristas obtusas.

Por último, cuando se forma una pila ó una columna de cristales con los polos de nombre contrario en contacto, se refuerzan considerablemente los fenómenos.

Conviene hacer notar que los resultados son los mismos cualquiera que sea el modo de formación de los cristales, ya hayan sido éstos obtenidos por la vía seca ó por la vía húmeda, ya sean de formación natural ó artificial.

(Se concluirá.)

Dr. LUX,
(Redactor de *La Lumière.*)



LOS DISCÍPULOS EN SAIS

(Continuación.)

Son los otros los que se engañan—dice un hombre grave á estos últimos—. ¿No reconocen en la Naturaleza la fiel señal de ella misma? Se consumen en la inmensidad de su pensamiento. No saben que su Naturaleza no es sino un fuego del entendimiento, una estéril soñación de su fantasía. Es verdad que es para ellos una bestia espantosa, una larva extraña y fabulosa de sus deseos. El hombre despierto mira sin temor á esos hijos de su imaginación desarreglada, porque sabe lo que son los espectros vanos de su debilidad. Se siente el dueño del Universo; su yo flota potente por encima de ese abismo y se cernerá á través de las

eternidades sobre esas vicisitudes infinitas. Su espíritu se esfuerza en anunciar y propagar la armonía. Y por los siglos sin fin, su unión consigo mismo y su creación que le rodea será más perfecta. A cada paso que da, observará la universal actividad de un elevado orden moral en el Universo, y verá afirmarse cada vez más claramente lo más puro de su yo. El sentido del Universo es la *Razón;* pero ella es el Universo, y si es desde un principio la palestra de una razón de niño que apenas ha aparecido, un día será la imagen divina de su actividad y el teatro de una verdadera Iglesia. Mientras tanto, el hombre la mira como el emblema de su alma arrebatada, que se ennoblece con él por grados infinitos. Aquel que quiere llegar así al conocimiento de la Naturaleza, cultive su sentido moral, piense que obra según la esencia noble de su alma, y la Naturaleza se abrirá por sí misma ante él. La acción moral es la tentativa más grande, en la que se resuelven todos los enigmas de innumerables fenómenos. Quien la comprende y puede lógicamente aplicarla, es por siempre dueño de la Naturaleza.

El discípulo escucha esas voces contradictorias con angustia, le parece que todos tienen razón y un singular trastorno se apodera de su alma. Después, poco á poco, se calma su emoción interior, y por encima de las olas sombrías que se agitan entre sí, parece que se yergue un espíritu de paz, cuya llegada se anuncia en el alma del joven por el sentimiento de un nuevo valor y de una serenidad dominadora.

Un compañero risueño, con la frente ornada de rosas y campánulas se aproxima, y viéndole rendido, concentrado en sí, exclama:—¡Oh, soñador; tú te engañas, te extravías del camino! De esa manera no adelantarás nada. Lo mejor que existe es la alegría de nuestra alma. ¿Dónde está el humor de la Naturaleza? Aún eres joven. ¿No sientes en tus venas el imperio de la juventud? ¿Tu pecho no está enchido de amor y de deseo? ¿Cómo puedes permanecer en la soledad? ¿Es la Naturaleza, por ventura, solitaria? La alegría y el deseo huyen del que se halla sólo; y sin deseo ¿de qué sirve la Naturaleza? Unicamente es entre los hombres donde el espíritu encuentra su patria, donde bajo mil colores variados penetra en los sentidos y nos envuelve como un amante invisible. En nuestras fiestas desata su lengua, se sube sobre la mesa y entona los cantos de la vida feliz. ¡Infeliz de ti que no has amado todavía! Al primer beso, un universo nuevo

se abrirá ante ti y la vida con sus miles de rayos penetrará en tu corazón extaxiado. Voy á referirte una leyenda. Escúchame.

«Hace muchísimo tiempo vivía en la parte del Poniente un joven. Era muy bueno, pero también muy extraño. Se irritaba sin cesar y sin motivo, caminaba sin volver la cabeza, se sentaba aparte cuando los demás jugaban alegremente y amaba las cosas extraordinarias. Sus lugares preferidos eran las grutas y los bosques, y conversaba sin descanso con los cuadrúpedos, las aves, las rocas y los árboles. Es claro que no lo hacía con palabras sensatas, sino de una manera absurda y grotesca. Pero siempre estaba grave y triste, aunque la ardilla, la mona, el papagayo y el mirlo se tomasen mil trabajos con el fin de distraerle y ponerlo en buen camino. La oca le contaba cuentos, el ruiseñor le hacía oir una balada, alguna piedra saltaba ridículamente, la rosa se deslizaba amistosamente tras de su espalda enlazándose en sus cabellos y la yedra le acariciaba su frente con cuidado. Pero el desfallecimiento y la tristeza del joven eran inquebrantables. Sus padres estaban afligidísimos y no sabían qué hacer. Él se portaba bien con ellos, comía y jamás les había ofendido. Tenía muy pocos años y había sido más alegre y gozoso que ninguno. Para todo el mundo era el primero y las jóvenes le amaban. Era bello como un día y danzaba como un sér sobrenatural. Entre las doncellas había una que era una criatura admirable y preciosa. Parecía de cera; sus cabellos eran de seda dorada, sus labios rojos y sus ojos de un negro intensísimo. Quien la había visto creía morir: tan bellísima era. En aquel tiempo Rosenblütchen—así se llamaba—amaba profundamente al bello Jacinto—así se llamaba él—, y le amaba hasta morir. Las otras criaturas no sabían nada. Una violeta lo había dicho primeramente, y los gatitos de la casa lo habían observado. Las casas de sus padres eran vecinas. Cuando de noche Jacinto se asomaba á su ventana, Rosenblütchen se asomaba á la suya, los gatillos que iban á caza de ratones, al pasar miraban, y reían tan alto, que si aquéllos les oían se enfadaban. La violeta lo había dicho confidencialmente á la fresa, ésta lo dijo á su amiga la grosella, al jurel, y éste no se abstuvo de observarlo cuando Jacinto pasaba; de modo que todo el jardín, cuando Jacinto salía, gritaba por todas partes: «Rosenblütchen es mi tesoro». Jacinto se enojaba al principio, pero luego se reía de bonísima gana

cuando el lagarto rampante se acercaba á una piedra y meneando la cola cantaba:

La hermosa Rosenblütchen
De pronto ha quedado ciega;
Cree que su madre es Jacinto
Y así lo abraza y lo besa.
Luego ve que es un extraño;
Mas no se conturba ella
Y continúa abrazándolo
Igual que si no lo fuera.

¡Ay! ¡Esa alegría fué muy corta! Llegó un hombre que venía de países extranjeros y que había hecho un viaje increíblemente lejano. Tenía la barba blanca, los ojos hundidos, las cejas amenazantes y llevaba una ropa maravillosa, en cuyos numerosos pliegues había dibujadas singulares figuras. El hombre fué á situarse frente á la casa de Jacinto. La curiosidad de Jacinto se excitó sobremanera y fué á sentarse al lado del extranjero, llevándole pan y vino. El extranjero separó su gran barba blanca y habló hasta la noche. Jacinto no pestañeó ni dejó de escucharle. Según lo que supo después, le habló de tierras extrañas, de comarcas desconocidas y de cosas milagrosas. Estuvo tres días y descendió con Jacinto á pozos profundísimos. Rosenblütchen no dejó de maldecir al anciano brujo, porque Jacinto parecía encadenado á sus palabras y no se ocupaba de otra cosa. Nada más que de él. En fin, el extranjero se marchó; pero dejó á Jacinto un librito que nadie podía leer. Jacinto le dió frutas, pan, vino y le acompañó bastante trecho del sendero. El joven se tornó pensativo y comenzó una nueva vida. Rosenblütchen había sufrido cruelmente, porque desde aquel momento no se preocupó más de ella y permaneció ensimismado. Un día volvió á su casa y dijo que acababa de renacer. Cayó en los brazos de sus padres y lloró. Es preciso que me vaya, dijo; la anciana maravillosa del bosque me ha enseñado de qué manera recobraré la salud; ha arrojado el libro á las llamas y me ha mandado venir á recibir vuestra bendición. Quizá vuelva en seguida ó quizá no vuelva nunca. Saludad á Rosenblütchen. Yo hubiera querido hablarle, pero no sé lo que tengo que me lo impide. Cuando intento soñar en los días antiguos, pensamientos más poderosos se interponen y me lo vedan. La paz ha huído y con ella el co-

razón y el amor. Quisiera deciros lo que quiero, pero ni yo mismo lo sé. Yo voy á la mansión de la Madre de las Cosas, la virgen velada. Por ella es por quien se inflama mi corazón. Adiós. Se deshizo de los brazos de sus padres y se marchó. Sus padres se lamentaron y vertieron lágrimas. Rosenblütchen se encerró en su cuarto y lloró amargamente. Jacinto atravesó los valles y los desiertos, los torrentes y las montañas, dirigiéndose hacia la tierra misteriosa. Preguntó á los hombres y las bestias, á las rocas y á los árboles por el camino que conducía hacia Isis, la sacratísima diosa. Muchos se burlaban de él, otros permanecían silenciosos y en ninguna parte obtenía respuesta. En primer lugar atravesó las sierras salvajes y desiertas. Las brumas y las nubes le desviaban de la ruta, y las tempestades no se calmaban jamás. Luego encontró desiertos sin límites y arenales candentes. Y mientras más avanzaba, su alma se iba transformando. El tiempo le parecía muy largo y la inquietud interior se calmaba. Se iba haciendo bueno, y la especie de angustia que tan violentamente le poseyera, se tornaba en un discreto deseo más fuerte; en él se compendiaba toda su alma. Alguien había dicho que un gran número de años se extendían tras él. Entre tanto, los paisajes se hacían más variados y ricos, los cielos más puros y azules y los caminos menos duros. Los verdosos bosques le llamaban con sus encantadores sombrajos, pero él no comprendía aquella lengua. Desde luego no parecía que le hablasen, y, sin embargo, inundaban su corazón de coloraciones verdes y de una esencia calma y fresca. De tanto en tanto, se elevaba más en él aquel dulce deseo y más y más desbordadoras de savia se extendían las hojas. Los pájaros y las bestias se hacían más bullidores y alegres, los frutos más balsámicos, el azul del cielo más ligero y el aire más cálido y también más amoroso. El tiempo corría más rápido, como si presintiera la proximidad de su término. Un día encontró el joven una fuente de cristal y una multitud de flores, al inclinarse sobre una colina, bajo las columnas de sombra que se erguían hasta el cielo. Él saludó á las flores con estas palabras amigas que conocía:

—Queridas compatriotas—les dijo— ¿dónde hallaría yo la mansión santa de Isis? Es menester que esté muy cerca y estos lugares os son más familiares que á mí.

—Nosotras no hacemos más que pasar—respondieron las flores—; una familia de espíritus está en camino y nosotras la

preparamos el paso y el abrigo. Sin embargo, hemos atravesado una comarca donde acabamos de oir pronunciar vuestro nombre. Subid más arriba de donde venimos y sabréis más.

Las flores y la fuente estallaron en risas al decir estas palabras. Y ofreciéndole un sorbo de agua fresca, siguieron su camino. Jacinto siguió su consejo, continuó aún y llegó al fin á aquella mansión tanto tiempo buscada, que se ocultaba bajo las palmas y otras plantas preciosas. Su corazón latía con un deseo infinito y le embargaba la más dulce ansiedad ante aquella mansión de los siglos eternos. Se durmió en medio de los perfumes celestes, porque el sueño sólo podía llevarle al *sancta sanctorum*. Y milagrosamente, al son de músicas deliciosas y de acompasados acordes, el sueño le llevó por innumerables salas llenas de extrañísimos objetos. Todo le parecía conocido, y, sin embargo, envuelto en un esplendor que no había visto jamás. Cuando se desvanecieron, como devoradas por el aire, las últimas señales de la sierra, se halló delante de la virgen celeste. Levantó el brillante velo y... Rosenblütchen se precipitó en sus brazos. Una música lejana envolvió los secretos del encuentro de los amantes y de las confidencias de amor y separó á los extranjeros del reposo del éxtasis. Jacinto vivió todavía mucho tiempo con Rosenblütchen entre sus padres y los compañeros de sus juegos é innumerables hijos felicitaron á la anciana maravillosa por sus consejos y sus llamas. Porque en aquella época los hombres tenían tantos hijos como querían... (1).

Los dos discípulos se abrazaron y se separaron luego. Las grandes salas sonoras quedaron claras y espaciosas y el extraño diálogo se prosiguió en innumerables dialectos entre las mil naturalezas diversas que estaban reunidas y adosadas en las salas. Sus fuerzas interiores luchaban entre sí. Tendían hacia su libertad y hacia las relaciones de otros tiempos. En seguida volvieron al verdadero puesto y contemplaron tranquilamente la actividad circundante. Otras se quejaban de sufrimientos y espantosos

(1) Este místico y encantador episodio donde Novalis indica el premio del Adepto que ha sido fiel al amor del Principio, es verdaderamente oriental y está desarrollado con toda su pureza secreta. No así como nuestro Raimundo Lull lo destroza en su famosa *Blanquerna*, amalgamando de mala manera una idea oriental con un cenobitismo de Occidente. La leyenda, por lo demás, es la misma. Novalis la conoció mejor que Lull y la dió una amplitud poética que jamás tuvo nuestro místico (?) mallorquín.—(R. U.)

dolores y lloraban la hermosa vida del pasado en el seno de la Naturaleza, donde una libertad común la uniera y donde cada una de ellas obtenía de sí misma lo que le faltaba. ¡Ah! ¡Si el hombre—decían—comprendiese la música interior de la Naturaleza y tuviera un sentido para coger la armonía exterior! Pero apenas sabe que nosotras tenemos todas, y ninguna de nosotras puede subsistir sin las demás. Es preciso que él toque todo, que nos separe tiránicamente y tantee en las disonancias. ¡Qué dichoso podría ser si nos tratase como amigas, si fuese aliado nuestro como antes, en el tiempo de la edad de oro, tan admirablemente así llamada!

En aquel tiempo nos comprendía como le comprendemos. Su deseo de hacerse dios le ha separado de nosotras; él busca lo que no podemos saber ni sospechar, y desde esa época no hay voz ni ritmo que acompañe á nuestra vida. Presiente, sin embargo, la infinita voluptuosidad, la eterna dicha que reside en nosotras, y por ello ama tan extrañamente á alguna de las nuestras. El prestigio del oro, los secretos de los colores, las alegrías del agua no le son desconocidas; y en los restos de la antigüedad, adivina las maravillas de la piedra. Sin embargo, le falta aún la admiración apasionada por el trabajo de la Naturaleza y el ojo que descubre nuestros maravillosos misterios. ¡Ah, si aprendiese á tocar, á sentir! Este sentido celeste, el más natural de todo, lo conoce muy poco. Por él desea volver el tiempo antiguo. El elemento de este sentido es una luz interior que se deshace en colores maravillosos y potentes. Cuando las estrellas se levanten ante él, aprenderá á tocar, á sentir el Universo por entero, más clara y diversamente. Ahora el ojo no le muestra más que límites y superficies. Llegará á ser el dueño de un juego infinito y olvidará todos sus insensatos esfuerzos con una alegría eterna que se nutrirá de sí misma engrandeciéndose siempre. El pensamiento no es más que un sueño del tacto, una palpación muerta, una vida anciana y débil.

Mientras hablaban así, el sol resplandecía en los altos ventanales y el ruído de las voces se perdía en un dulce murmurio. Un infinito presentimiento penetraba en todas las formas, el más dulce calor se extendía sobre todas las cosas y el más maravilloso canto de la Naturaleza se elevaba en medio del silencio más profundo. Se distinguían voces humanas que se aproximaban. Las grandes puertas de la verja del jardín se abrieron y al-

gunos viajeros se sentaron en las gradas de la escalinata, á la sombra del edificio. Un paisaje admirable se extendía ante ellos en la claridad, y la mirada se perdía allá en el horizonte en las azuladas cumbres. Algunos niños los llevaron alimentos y bebidas variadas y en seguida comenzaron animadas conversaciones.

Es menester que el hombre—dijo uno de ellos—, es menester que el hombre, ante todo, dirija su atención por entero hacia sí mismo. En cuanto hace tal cosa, no tardan los pensamientos en elevarse en él de un modo maravilloso, pensamientos de un nuevo género de percepciones que no parecen ser sino los dulces movimientos de una cosa que colorea ó resuena, ó contracciones y figuraciones extrañas de un flúido elástico. Desde el instante en que se ha fijado la impresión, se propagan con una movilidad sorprendente y llevan su yo con ellas. Puede, si le agrada, poner fin á sus juegos al dividir de nuevo su atención ó al dejarla errar á su antojo, porque no parecen ser sino los rayos y los efectos que ese yo suscita de todas partes en ese medio elástico, ó en dispersión en él, ó en general, un juego de las olas de ese mar con sostenida atención.

Es muy de notar que el hombre descubra, por primera vez, en su juego, su verdadera, su específica libertad, y que parezca que se despierta de un sueño profundo y que se halla por primera vez en el Universo, y que por primera vez también la luz del día se esparce sobre su universo interior. Cree haber llegado á la cumbre cuando, sin abandonar ese juego, puede ocuparse de las cosas ordinarias de los sentidos y sentir y pensar al mismo tiempo. Las dos percepciones se aprovechan de la suerte: el mundo exterior se hace más transparente y el mundo interior complejo y significativo. Así es como el hombre se encuentra en un viviente estado interior, entre dos mundos, en la más completa libertad y en la más dulce consciencia de la fuerza.

Es natural que el hombre trate de eternizar ese estado y de extenderlo al completo conjunto de sus impresiones. Es natural que no deje de perseguir esas asociaciones de dos mundos y de buscar sus leyes, sus simpatías y antipatías. El conjunto de lo que nos toca se llama Naturaleza, y así la Naturaleza se halla en relaciones inmediatas de nuestro cuerpo, que llamamos nuestros sentidos. Las relaciones desconocidas y misteriosas de nues-

tro cuerpo hacen suponer relaciones desconocidas y misteriosas de la Naturaleza, y de la misma suerte la Naturaleza es ese conjunto maravilloso en el que nuestro cuerpo se introduce y que llegamos á conocer en la medida de su constitución y sus facultades.

NOVALIS

(Continuará.)



LOS HYKSOS

Nuevos datos sobre el pueblo hetheo.

LA leyenda egipcia narrada con vivos y brillantes colores por el sabio sacerdote de *Sebennyto, Manethon*, nos transmite en breves y elocuentes frases la noticia de un hecho desastroso y terrible para el pueblo de los faraones.

Un monarca feliz gobernaba pacífica y sosegadamente á los habitantes del Alto y del Bajo Egipto, cuando la divinidad, irritada por ignorado yerro, lanza sobre el Delta las aguerridas huestes de un pueblo poderoso, que en poco tiempo domina á los desprevenidos egipcios.

Nada hay tan obscuro é intrincado en la historia de Egipto como este lapso de tiempo comprendido entre las dinastías XII y XVIII. Las listas de Manethon, el canon de Turín y las sabias investigaciones de A. Wiedeman, son insuficientes para esclarecer el estado caótico de este período.

Nuestro propósito será, pues, poner en claro algunos puntos fundamentales del problema, y averiguar, si es posible, el origen, patria y modo de ser de los extraños invasores que interrumpieron de un modo tan inusitado la marcha armónica y apacible del gobierno de los faraones.

Las causas de esta irrupción inesperada, según muchos egiptólogos que siguen á *Maspero,* fueron debidas á la desorganización interior del Estado, á los abusos del régimen feudal, á la desmoralización producida por el dominio absoluto que ejercían los *Rapa* ó *Erpa*, pequeños gobernadores de los *nomos* ó provin-

cias, verdaderos señores independientes del Poder Central, que dividían al país en fracciones insignificantes é incapaces de defenderse por sí mismas. La explicación, á primera vista, es aceptable y no deja de ser racional; pero por desgracia se halla en contradicción manifiesta con la tradición y los monumentos.

El relato de Manethon nos habla de un rey *Timaos* que gobernaba pacíficamente á sus súbditos, sin que pueda deducirse de ninguna frase de la leyenda existieran disturbios, revoluciones ni guerras civiles; pero si esto no fuera suficiente, encontramos una confirmación clara y precisa en la inscripción de Medinet-Abu, la cual refiere que cuando sobrevino el reino del Azote, los monarcas de Egipto dominaban en toda la extensión de sus Estados. De aquí se desprende que la anarquía y descomposición no existían en la época histórica á que nos referimos.

Hasta aquí hemos considerado la parte de culpa que en esta invasión pudiera caber á los egipcios; ahora debemos examinar las necesidades que pudieron motivarla por parte de los mismos *hyksos*. Manethon los llama ἄνθρωποι τογενος ἄσημοι *(hombres obscuros, ignotos)*, lo cual no es de extrañar pues se trataba de enemigos de su patria; pero añade que eran καταθαρτήταντες (*llenos de audacia*), todo lo cual es exacto, pues sin arredrarse por el peligro que pudiera representar el ataque subitáneo á un imperio bien constituído, invadieron el Delta exponiéndose á un gran desastre, y como «audaces fortuna juvat», vieron coronado por el más brillante éxito su arriesgada empresa. Corrobora esta aserción otro pasaje en que dice el sacerdote de *Sebennyto* se apoderaron ῥᾳδιως *(fácilmente)*, ἀμαχητι *(sin combatir)*, lo que ya nos sugiere otra idea, y es que su fuerza no era exigua ni reducida, sino, antes por el contrario, numerosa y regularmente disciplinada, y así parece confirmarlo la tradición cuando dice que su primer monarca, *Salatis,* pudo guarnecer la plaza de *Avaris* con 240.000 hombres, número exorbitante si se tratase de unas cuantas tribus nómadas que por afán de merodeo invadieran las fronteras de un imperio, y que animadas por los primeros triunfos penetraran en el interior. Se trata, pues, de una conquista organizada, no de una *razzia* momentánea y sujeta á los azares de la suerte, de una empresa meditada y llevada á cabo por un ejército que medía las contingencias de la lucha, y sobre todo que fiaba en el número, valor y disciplina de sus combatientes.

Desechada la hipótesis de Maspero, parece natural que in-

tentemos precisar en qué período, en qué época histórica siquiera podríamos suponer la invasión de los Hyksos. Ante esta pregunta, tan sencilla á primera vista, enmudecen los orientalistas, ó en pos de conjeturas más ó menos acertadas luchan con un obstáculo insuperable; dan tajos y mandobles sobre el vacío, pues no existe una cronología egipcia determinada, ya se acuda á los escarabeos faraónicos, ya á las fuentes astronómicas, ya á los relatos clásicos. Muchos han creído encontrar una fórmula aceptable en las revoluciones periódicas de *Sirio*. Brugsch vislumbró una era de Renacimiento y quiso también fundar un sistema apoyado en los eclipses; la Stela histórica del año 400 parecía haber resuelto un tema laberíntico; pero ni por el papyrus regio de Turín, ni la tabla de Abydos, ni la lista de Karnak, ni la Sala de los ascendientes, se ha conseguido un resultado satisfactorio.

Lo cierto es que los grandes orientalistas como Rougé, Mariette y Chabas convienen en que los egipcios no poseían un sistema cronológico, por lo cual debemos afirmar que sólo juzgamos de la division del tiempo por meras probabilidades.

Pero volviendo al punto concreto de que tratamos, observaremos que Lepsius dice haber acaecido la invasión el año 2101, Brugsch en 2239, en tanto que Chabas no se atreve á indicar una fecha cierta en asunto tan difícil y espinoso.

Expuestas á manera de nociones previas y como premisa necesaria las ideas que preceden, entramos en materia examinando el problema para nosotros más interesante, y al que dedicaremos especial atención.

Hechos indiscutibles son el que una raza, en período indeterminado, invadió y subyugó todo el Egipto; pero ¿quiénes eran los invasores? ¿de dónde venían? *¿qui unde?* He aquí el punto capital que es menester dilucidar valiéndonos de los numerosos elementos que nos suministra la crítica histórica auxiliada por la tradición, la literatura y los monumentos. Sólo tres regiones pueden disputarse la gloria de ser la patria de los hyksos: la Siria, semillero de razas y pueblos diversos; la Arabia, con sus tribus nómadas, turbulentas é inquietas, y el país del *Punt,* en las dos orillas del mar Eritreo, tierra fértil y hermosa, de exuberante vegetación y clima tropical.

El país del *Punt* era llamado por los egipcios *To-neter* (tierra divina). En él creían se hallaba el Paraíso, y de tan rico edén

importaban los aromas, el incienso y plantas balsámicas muy apreciadas por la reina *Hatshopsiton* y sus cortesanos.

Comprendía este rico país el territorio que desde el estrecho de *Bab-el-Mandeb* llega al cabo de *Guardafui,* ó sea la moderna Abisinia y la costa de los *Somalis.* Si otra prueba no tuviéramos, bastaría pensar que la invasión de estos pueblos debiera necesariamente verificarse por el Sur, y la residencia de los hyksos, con sus ciudades principales *Tanis*, *Avasis* y *Bubastis*, estaban en el Delta.

Debemos, pues, acogernos á las palabras de *Manethon* que los llama εκ τῶν πρός ἀνατολήν μερῶν ἄνθρωποι (*hombres que venían de Oriente*), que probablemente penetraron en Egipto por la tierra de *Gessen* á causa de la mayor facilidad de entenderse con los naturales más afines en raza y más asiatizados, como por ser lugar cómodo y fácil para una invasión.

En los monumentos egipcios no aparece el nombre hyksos, y el primero en usarlo es Manethon, que explica su significado descomponiendo la palabra en las raíces *hyk:* rey, cabecilla, dux, y *sos:* pastor, cautivo. Ahora bien; en las inscripciones los invasores son llamados *Menti* y la región por ellos habitada *Ashern*, es decir *Siria*, luego los hyksos eran sirios, y de ello no podemos dudar cuando los escribas egipcios tan cumplidamente nos lo demuestran.

*
* *

Escasos y mermados restos de la dominación de los reyes pastores nos habían quedado cuando el sorprendente descubrimiento hecho por Mariette en las ruínas de *Tanis* impulsó á los más atrevidos á empuñar de nuevo el escalpelo de la crítica aventurando mil peregrinas y curiosas opiniones respecto al linaje y estirpe verdaderos del pueblo hykso. No es de extrañar que las esfinges *androcéfalas* de *Tanis* produjesen una revolución en la ciencia histórica, mas asombra el considerar que espíritus tan avisados é inteligencias tan claras como Lenormant llegasen en sus afirmaciones á declarar *urbis et orbe* la progenie mongólica ó turania de los *Menti.*

Puede haber identidad de caractéres físicos ó antropológicos entre dos pueblos, sin que por esto sólo pueda señalarse de una manera rotunda y categórica su relación etnográfica.

Los frecuentes errores y curiosas equivocaciones que trae

consigo la demasiada fe en la ciencia antropológica, explican el por qué el ilustre Maspero observase con su habitual ingenio cáustico que había encontrado en la imagen de un rey pastor el retrato más fidedigno de *Mariette,* y en una bailarina napolitana reproducidos todos los caracteres fisonómicos de la mujer de *Meidum*. La aserción de Lenormant pudiera muy bien admitirse hoy día que andan tan en boga las preeminencias de la raza amarilla y hasta alguno habría que sostuviera el hecho de una primitiva invasión mongola anterior á las de Atila y Gengis-Kan.

Pero prescindiendo de doctrinas paradógicas, analizaremos los argumentos del sabio francés, fundados en la observación del tipo antropológico de los pescadores del lago *Menzaleh*, considerados como los descendientes legítimos del pueblo hykso; tanto en ellos, como en las estatuas *tinitas*, el parecido con los *turanios* sólo pudiera colegirse de la prominencia de los pómulos ó huesos cigomáticos; pero este dato lo encontramos en ramas y estirpes que no pertenecen á la raza mongola, tanto en los indígenas de la isla de Vancouver y en los indios meridionales del Cuzco, Arequipa y Patagonia, de raza cobriza, como en los asiáticos de Malacca, Cochinchina y costa de Coromandel, y hasta en los persas y afganes del tronco caucásico. Por otra parte los mongoles son pequeños de estatura, de nariz achatada, ojos oblícuos y conjunto pequeño; en tanto que los de *Menzaleh* son hombres robustos, altos y musculosos, de ojos rasgados y presencia que denota el arrojo y bravura de una raza vigorosa. En el Museo de las Termas, en Roma, se conserva un fragmento de basalto negro que representa un rey hykso, y habiendo tenido ocasión de verlo repetidas veces, puedo asegurar no encontré en él ninguno de los rasgos característicos de la raza amarilla, y es, pues, de lamentar que orientalistas como *Flowert, Taylor* y *Conder* defiendan con calor el pretendido tipo turanio de los hyksos.

Reina entre los historiadores la confusión más espantosa al tratarse de asignar un origen étnico á la invasión de los *Menti*, *Sati* ó *Amu,* que todos estos nombres daban á los hyksos los escribas faraónicos. Unos, como *Rougé* y *Ebers*, los creen pastores asiáticos; otros, como *Brugsch*, semitas de Siria; otros, como *Lieblein*, palestinos, y aun edomitas como *Cau Re.* Todos ellos se acercan á la verdad, pero no puede decirse haya razón completa en sus afirmaciones.

Una invasión que derribó un gran imperio, como era el egipcio, debía ser formidable; pero ninguno de los pueblos mencionados era por sí solo capaz y suficientemente poderoso para hacerlo. Lógicamente, por tanto, debemos pensar que una confederación de pueblos, estirpes y países diversos acudiera á tamaña empresa bajo el poder y la hegemonía de príncipes de una familia, nación ó tribu determinada, y de la cual toda la confederación tomase el nombre. Bien pudiera ser que formasen parte de esta reunión organizada los edomitas árabes, fenicios y palestinos; pero los *condottieros* debieron ser sirios del Norte, es decir, los verdaderos hyksos llamados *Menti*, *Sati* y *Amu* en las inscripciones de la XVIII dinastía. Como hemos visto, una de las denominaciones patronímicas de los hyksos es el vocablo *Sati,* que quiere decir «buenos arqueros», y en el decreto de *Canope* se cuenta que Tolomeo Evergetes fué al país de los *Sati* y trajo consigo los ídolos que la rapiña persa había arrebatado; pero como el itinerario obligado para ir á Persia era la Siria, se deduce que en ella vivían los Sati. *Amu* es el nombre de la Siria septentrional durante la dinastía XVIII; luego los hyksos son sirios septentrionales. *Ahmés*, el libertador del pueblo egipcio, hubo de luchar con tesón y constancia incontrastable para expulsar de su territorio á enemigos tan peligrosos, y de tal manera opusieron resistencia, que la huída vergonzosa fué convertida por los hyksos en terrible retirada, dejando para cubrirla la inexpugnable fortaleza de Avaris, que sitiada por el egipcio resistió por largos años á sus ataques, y aun años después el mismo *Ahmés I* hubo de combatirlos en el *Sharohana* (Palestina). ¿Qué demuestra todo esto? Que el hykso era pujante, que sus reyes habían cedido á la presión del número y al patriotismo egipcio; pero que sólo habían cambiado de sede; había perdido geográficamente; el suelo no era tan feraz, las riberas del Nilo no consolaban sus nostalgias de raza errante, pero ganaban en unidad, en cohesión, y volverían á la lucha para reconquistar el suelo perdido. Así, pues, les vemos fijar sus reales en Siria, acampar en las márgenes del Jordán y del mar Muerto. Pero he aquí que un hecho singular se presenta á nuestra consideración. Treinta y tres años después de la expulsión de los hyksos surgen una tras otra dos confederaciones poderosas que tienen en jaque y á veces hacen vacilar el trono de los *Seti* y de los *Ramesjes:* las de los Ruthenus (Ruzenu) y los Xetas, que tanto terror causaban á

los monarcas tebanos. ¿Y qué pueblos pudieran ser éstos sino los mismos hyksos expulsados ya del Delta y establecidos en la Siria? Para comprobarlo examinemos brevemente al nuevo enemigo de los faraones. Sus ejércitos combaten á pie y en carros; los grados de su milicia son los mismos del Egipto, su príncipe se hace acompañar en las batallas por el escriba que hace las veces de historiógrafo real y en su vasto Panteón campea como deidad suprema el divino *Sutex,* dios de los pastores, que era el símbolo religioso de los hyksos. Obsérvase, como se ve, residuos de una civilización que había germinado junto á las pirámides menfíticas y á la esfinge de Gizeh; la levadura egipcia no había aún desaparecido de ellos; es decir, que la identidad entre caudillos *Xetas* y reyes pastores aparece manifiesta.

Todos los hechos mencionados tienen, además, un apoyo, un sostén lógico y racional en el estudio de los monumentos egipcios. Mariette descubre la famosa Stela de proporciones colosales esculpida sobre un bloque de estupendo granito oriental, traído de las cataratas de Siene por Ramesje II y colocada en el centro del templo de *Tanis.* Este monumento es la proclamación que un rey hykso, probablemente Agapi, hace de su dios nacional *Sutex.* Fluiders Petri encuentra en el lado occidental del templo de *Luqsor*, donde se describe la campaña contra los *Xetas* del *Naharanna,* el tipo etnográfico de las esfinges *androcéfalas.* El paralelo, pues, entre los caudillos Xetas y los reyes pastores es exacto. Los guerreros de ambos pueblos aparecen á los ojos del menos perspicaz con una completa identidad antropológica. Ambos son parecidos en los ángulos de la barba, en la nariz gruesa, en su extremidad, en la misma forma de los labios, sólida sin ningún carácter *supcoideo,* en los pómulos salientes, abundosa cabellera y apuesto el continente.

Para terminar. En el Génesis cuando el Adonain omnipotente habla al patriarca Abraham y enumera los pueblos que ocupan la Palestina, nombra á los descendientes de Heth, que pueblan las cercanías de Hebron; las tribus *Chetas* ó *Xetas* habitaban las mismas regiones geográficas que los *hetheos* bíblicos y recibían de los asirios el nombre de Hatte ó Hatti. Hay motivos, pues, de todos los órdenes para asegurar que Hetheos é Hyksos fueron un mismo pueblo.

A. BALLESTEROS

DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

Al llegar á la tienda, encontramos á nuestro akali en toda la fuerza de un sermón que estaba predicando para la edificación del «general mundo» y de Mr. Y. Les explicaba las ventajas de la religión sikh, comparándola con la fe de los «adoradores del demonio», como él llamaba á los brahmanes.

Era demasiado tarde para ir á las cuevas, y además habíamos visto ya bastante por aquel día. Así, pues, nos sentamos á descansar y á oir las palabras de sabiduría que brotaban de los labios del «guerrero de Dios». En mi humilde parecer, creo que tenía razón en más de una cosa de las que dijo; el mismo Satanás, en sus momentos de mayor lucidez, no hubiera sido capaz de inventar nada tan injusto y tan refinadamente cruel como lo que han inventado estos egoístas «dos veces nacidos» en sus relaciones con el sexo débil. En caso de viudez, la mujer queda irremisiblemente condenada á una muerte civil absoluta, aun cuando este triste acontecimiento sobrevenga no teniendo ella más que dos ó tres años de edad. Los brahmanes no dan importancia á que el matrimonio nunca haya tenido lugar de hecho; la consideran obligada desde el momento en que se haya efectuado el sacrificio de la cabra, no siendo en él requisito indispensable la asistencia personal de la muchacha, pues ella está representada por la pobre víctima. En cambio, el hombre no solamente puede tener varias esposas legales á un mismo tiempo, sino que además la ley le obliga á contraer nuevamente matrimonio si su esposa muere. Para no ser injusta, debo añadir: que á excepción de algunos Rajás viciosos y depravados, no tengo noticias de ningún indo que, aprovechándose de este privilegio, tuviera más de una esposa.

Actualmente reina en toda la India ortodoxa un gran movimiento en favor de las segundas nupcias para las viudas. Este movimiento empezó en Bombay, indicándolo algunos reformadores y antagonistas de los brahmanes. Hará próximamente unos diez años que Mulji-Taker-Sing y otros varios, suscitaron esta cuestión, pero hasta ahora solamente sé de tres ó cuatro hombres que hayan sido capaces de arrostrar el casamiento con viudas. La agitación se mantiene en el secreto y silencio; mas á pesar de esto es fuerte y obstinada.

En el entretanto, la suerte de las viudas es la que los brahmanes quieren que sea. Tan pronto como el cadáver de su marido haya sido quemado, la viuda tiene que afeitarse la cabeza, y en todo el tiempo que le quede de vida, cuidará de que no le vuelva el pelo á crecer de nuevo. Sus collares, pendientes y anillos, previamente hechos pedazos, son arrojados al fuego para que se consuman junto con sus cabellos y con el cadáver de su marido. Durante el resto de su vida no podrá vestirse más que de blanco, si es veinticinco años lo menos más joven que su difunto esposo, y si no es tanta la diferencia de edad, vestirá de rojo. Templos, sociedad y ceremonias religiosas, están por siempre cerrados para ella. No tiene derecho á dirigir la palabra á ninguno de sus parientes ni á comer con ellos. Duerme, come y trabaja separadamente, considerándose impuro su contacto durante siete años. Si un hombre, al ir á sus negocios, encuentra por casualidad á una viuda, abandona todo y se vuelve á casa, porque el ver una viuda se considera como de mal agüero.

En tiempos pasados, no eran frecuentes estas prácticas, ocurriendo tan sólo cuando alguna rica viuda rehusaba ser quemada; mas ahora, desde que los brahmanes fueron sorprendidos en falsa interpretación de los *Vedas*, hecha con la intención criminal de apropiarse los bienes de las viudas, exigen éstos la ejecución íntegra del cruel precepto, haciendo regla lo que antes era excepción de ella. Al verse impotentes contra la ley inglesa, dirigen su venganza sobre las inocentes y desvalidas mujeres que el destino privó de sus protectores naturales. Es muy digna de que se conozca la demostración que hizo el profesor Wilson de los medios por los cuales los brahmanes alteraron el sentido de los *Vedas* con objeto de justificar la práctica de quemar á las viudas. Durante los muchos siglos que prevaleció esta terrible práctica, los brahmanes apelaban para justificarse á cierto texto védico, y pretendían no hacer otra cosa que cumplir rígidamente las prescripciones del código de Manu, el cual contiene para ellos la interpretación de la ley védica. Cuando el gobierno de la East India Company pensó seriamente en suprimir la *suttee* (1), toda la comarca, desde el cabo Comorin á los Himalayas, se alzó en enérgica protesta bajo la influencia de los brahmanes. «Los ingleses prometieron no inmiscuirse en nuestros asuntos religiosos, y es preciso que cumplan su palabra»; tal era la exclamación unánime. Nunca ha estado la India tan cerca de una revolución como en aquellos días. Los ingleses, viendo el peligro, renunciaron á su propósito. Sin embargo, el profesor Wilson, el mejor sanskritista de

(1) Sacrificio voluntario de las viudas indas sobre la pira funeraria de su esposo. (N. T.)

su tiempo, no consideró perdida la batalla. Emprendió con ardor el estudio de los más antiguos manuscritos, llegando gradualmente á convencerse de que el precepto alegado no existe en los *Vedas*, aunque sí en el *código de Manu*, estando traducido en conformidad por T. Colebrooke y otros orientalistas. Tratar de convencer á la población fanática de que la interpretación de ella era falsa, hubiera sido lo mismo que intentar reducir el agua á polvo. Así, pues, Wilson tomó á su cargo el estudiar á Manu y comparar el texto de los *Vedas* con el de este legislador. Y he aquí el resultado de sus investigaciones: el *Rig-Veda* ordena al brahman que coloque á la viuda junto al cadáver, y después de cumplir ciertos ritos, la conduzca ante la pira funeraria y cante el siguiente verso del Grhya Sutra:

Levántate mujer, ¡vuelve al mundo de los vivos!
Puesto que ya duerme el sueño de los muertos, despierta de nuevo!
Bastante tiempo has sido la fiel esposa
Del que te ha hecho madre de sus hijos.

Todos los presentes al acto de la cremación frotan entonces sus ojos con colirium, y los brahmanes les dirigen el siguiente verso:

Aproximaos, mujeres casadas, no las viudas,
Con vuestros maridos, trayendo manteca y ghi.
ALCANZAR LAS MADRES EL PRIMER SENO
Ataviadas con vestidos de fiesta y costosos adornos.

Los brahmanes desnaturalizaron el sentido de la penúltima línea de la manera más hábil. En sanskrito dicen lo siguiente:

Arohantu janayo yonim agre....

Yonim agre significa literalmente al *primer seno.*

Los brahmanes cambiaron tan sólo una letra de la palabra *agre*, «primero», «primordial» en sanskrito, y escribieron en su lugar *agneh*, «del fuego», asimismo en sanskrito, adquiriendo así el derecho de enviar á las desdichadas viudas *yonim agneh* al seno del fuego. Es difícil hallar un ejemplo de impostura tan diabólico en toda la faz de la tierra.

Los *Vedas* jamás permitieron la cremación de las viudas, y hay un sitio en el Taittirîya-Aranyaka del *Yajur Veda*, donde se recomienda al hermano del muerto, ó á su discípulo y hasta á un verdadero amigo en su defecto, que digan á la viuda mientras se da fuego á la pira: «¡Levántate, mujer! no yazcas por más tiempo junto al cadáver sin vida; vuelve al mundo de los vivos y sé la esposa del que, asiéndote la mano, quiera ser tu marido». Este verso indica bien á las claras que durante el período védico eran admitidas las segundas nupcias de las viudas. Además, en algunos pasajes de antiguos libros que nos mostró Swâmi Dayânand, hallamos dispuesto que las viudas «guarden

las cenizas de su marido hasta pasados algunos meses después de su muerte, y que cumplan ciertos ritos finales en su honor».

No obstante, á pesar del escándalo creado por el descubrimiento de Wilson y por el hecho de que los brahmanes fueran sacados á la vergüenza pública, ante la autoridad de los *Vedas* y de Manu, la costumbre de tantos siglos ha arraigado con tal fuerza, que todavía algunas piadosas mujeres indas van voluntariamente á la hoguera siempre que pueden. No hace más de dos años que las cuatro viudas de Yung-Bahadur, primer ministro del Nepal, persistieron en ser quemadas. Nepal está fuera de la ley británica, no teniendo, por lo tanto, el gobierno anglo-indio derecho á intervenir.

(Se continuará).



Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Para la historia del Teosofismo en Portugal y Brasil.—En los umbrales del Más allá.—Una observación del Sr. Giner de los Ríos sobre el espacio.—La «Science astrale».

Para la historia del teosofismo en Portugal y Brasil.

Antes de ahora hemos dado cuenta de los primeros trabajos realizados por varios entusiastas para dar á conocer el teosofismo en el Brasil. Estos trabajos han dado ya sus primeros frutos. La casa editorial de Laemmert y C.ª, de Río Janeiro y San Paulo, ha publicado en su *Biblioteca Filosófica* (donde se vienen traduciendo desde hace tiempo las novedades filosóficas y científicas extranjeras) la obra teosófica *A los que sufren,* de Aimée Blech. Nada hemos de decir de la obra, no ha mucho traducida asimismo al español y de la que ya hablamos, pero sí felicitaremos muy de corazón al traductor D. Enrique Serra, de quien se ha tratado antes de ahora en esta Revista, y que inicia en Brasil con su traducción la propaganda decididamente teosófica. Al hablar de esta obra creemos oportuno hacer conocer los pocos datos que poseemos sobre el movimiento teosófico luso-brasileño.

Hasta hoy apenas se registrara producción teosófica alguna en lengua portuguesa, no obstante tener el idioma portugués antecedentes y tradiciones en este sentido que debían haber ayudado á la obra. España, que tiene una literatura teosófica abundantísima, no ha producido, sin embargo, ninguna obra teosófica original hasta el día. En lengua portuguesa, por el

contrario, había desde antiguo obras originales y no despreciables. Me refiero á los escritos de Frederico Francisco Stuart de Figaniere, Vizconde de Figaniere, de cuya obra magna *Submundo, Mundo e Supra mundo,* publicada en 1889 (XXVIII-739 páginas) y apenas conocida, no obstante su interés y originalidad, hemos de hablar detenidamente algún día.

Desde los tiempos del ilustre diplomático portugués hasta 1900, no vuelve á publicarse ningún otro escrito teosófico en lengua portuguesa. En esta fecha, T. Sobral publica su *Miscellanea theosophica* (177 páginas), obra meritísima por su intención, aunque no original, pues la constituían dos conferencias, una de A. Besant y otra de J. C. Chatterji, *La religión desde el punto de vista científico* y *Espiritismo y Teosofía,* seguidos de algunos extractos, alguna bibliografía y una breve noticia de la Sociedad Teosófica. A ésta sigue *O mundo invisivel*, publicada en Porto por el mismo escritor y con el mismo plan. En ella se traducen trabajos del Dr. Pascal, Besant, Leadbeater, etc.

Después, por tanto, de estas obras y de la *Conferencia* que en 1902 da el literato brasileño Leite Junior, en Coritiba, la traducción del Sr. Serra reanuda y aun inicia en su país la popularización de las ideas marcadamente teosóficas.

De esperar es que en una lengua en la que escribieron en lo antiguo un M. Bernardes, y en lo moderno un Anthero de Quental un Guerra Junqueiro (poeta que estudia el «radium» en *La Revue* y que es teósofo en *Oração da Luz*), un Gómez Leal (que escribe sobre el Cristo una de las producciones más atrevidas de la gran literatura teosófica universal), todos estos trabajos de propaganda no sean infructuosos. Para ello no poco hemos de confiar en el esfuerzo de los jóvenes literatos del país que simpatizan con las enseñanzas del maestro H. P. Blavatsky, debiendo contar entre ellos al Sr. Alvano Alvés, autor de la interesante obra *Na planicie* (Porto, 1903) y Antonio Carvalhal, director de *A Revista,* órgano de la juventud literaria en la región portuense.

En los umbrales del Más allá. El *Gil Blas,* de París, ha publicado el relato de una entrevista que tuvo uno de sus colaboradores, M. Robert Chauvelot, con la famosa anarquista Louise Michel, curada recientemente de una violenta pneumonía que la postró en Tolón.

La prensa relacionada con los estudios psicológicos podría

hacer muchos comentarios, sobre todo lo que se desprende de las observaciones de la célebre escritora. He aquí su relato que tomamos de la interesante revista bonaerense *Constancia,* una de las muchas que han hablado del caso:

«La anciana revolucionaria (cumplió ya sesenta y ocho años) confirmó á su visitante que su restablecimiento había asombrado con razón á los médicos. Bastará decir que estuvo treinta y seis horas en el estertor agónico. Durante tal estado experimentó impresiones extrañas, sensaciones estupendas, que trató de explicar á M. Chauvelot.

»La aproximación de la muerte—dijo—da á los sentidos y al organismo una acuidad, una tensión extraordinaria. De mí, puedo asegurar que ni un solo instante me ha faltado mi cerebro y mi memoria. He observado, he anotado lo que percibía, con observación paciente y metódica; he analizado, por decirlo así, todos los minutos de mi agonía.

»En estos momentos, todos los pensamientos se materializan. Así la guerra ruso-japonesa me parecía como un enorme pantano de sangre, que subía siempre hasta mí...

»Bien sé que me trataréis de visionaria ó atribuiréis simplemente todas estas materializaciones al delirio físico... Pues bien, es un error. He conservado hasta el final mi conciencia íntegra y absoluta. No he tenido un solo minuto de delirio. Los médicos pueden atestiguarlo.

»Pero lo que parecerá aún más absurdo, increíble, es la asombrosa intervención de mis facultades sensoriales. ¿Quiére usted un ejemplo? Bien; ¡pues he leído con los dedos... sí, *leído con los dedos!...*»

Y como apoyando su afirmación, agrega la *Revue d'Etudes Psychiques,* Luise Michel tiende su mano enflaquecida, con los dedos levemente espatulados...

«Al comenzar la noche, Carlota—mi amiga de quince años—me trajo á la cama un rollo de telegramas con palabras de simpatía... casi de condolencia. Nos hallábamos en la más completa obscuridad. Con un gesto maquinal, á tiento, fuí tomando uno por uno los telegramas é indicando, sin equivocarme una sola vez, su procedencia y su contenido. Llame usted á esto intuición, presciencia y aun ocultismo... poco importa. Ahí están los hechos estrictamente exactos.

»—¿Qué sensaciones experimenté al entrar en el estertor?

»—Me pareció que de pronto una corriente me hacía deslizar en los elementos y en las cosas. Después tuve una impresión de diseminación de las moléculas de mi sér, como acontece bajo la acción de ciertos perfumes sutiles... sentía que me marchaba, que resbalaba indefinidamente; y esta sensación de deslizamiento era suave, casi agradable. En cambio he sufrido horriblemente cuando he sentido que «remontaba». Me pareció entonces que todas las partes de mi cuerpo, de mi organismo, se volvían á unir, después de una dislocación, y recobraban la vida compenetrándose dura y mutuamente...»

Una observación del Sr. Giner sobre el espacio.

En un volumen publicado no ha mucho por el gran pensador y educador español D. Francisco Giner de los Ríos, titulado *Filosofía y Sociología* (Biblioteca Sociológica internacional), entre los varios estudios que le forman *(Espíritu y Nataraleza, Historia del pensamiento de Platón,* etc.) hay uno de especial interés y novedad titulado *Dos observaciones sobre el espacio,* del cual entresacamos los párrafos siguientes:

«Mientras se conciba que la figura de los cuerpos, ó hablando con propiedad, de los séres naturales y sus partes, es cosa adventicia y accidental que se les impone, por decirlo así, desde fuera, no se comprenderá cómo puede haber una esfera infinita, real y positivamente hablando, ni el exacto rigor del célebre dicho de Pascal. Pero cuando se entiende (á lo cual, no obstante el sentido mecánico que todavía en ella reina, viene ayudando poderosamente la morfología) que la figura *exterior* no es sino el resultado y último extremo de la figura *interna* enteramente continua con ella, cabe representarse, v. g., toda esfera (según lo hace la cristalografía con sus tipos) como una serie de tantas esferas concéntricas como puntos tiene el radio de la envolvente (1). La superficie exterior de ésta es sólo la última de todas, el límite, genéticamente dado por el valor de la fuerza interior en su relación con la del medio.

«Así, aunque lo informado no tuviese exterior—ó lo que es igual, no fuese infinito—tendría figura. Pues en la naturaleza ésta no es una envoltura indiferente de un material cualquiera (como puede serlo en las obras del arte), sino una de las propiedades reales del objeto, en necesaria conexión con todas las de-

(1) A esto aluden los que hablan de «la curvatura del espacio».

más, y que resulta de la acción real y efectiva de la naturaleza al desarrollar sus séres, partes y productos. Así se pone en camino el pensamiento para comprender la ley morfogenética, dinámica, real, de las figuras geométricas (promorfos). Entonces se concibe la esfera (volviendo al anterior ejemplo), no como un objeto neutro, cerrado por una superficie de tal ó cual carácter, sino como el que procede de la igual expansión de una fuerza que obra con la misma intensidad en todas direcciones: ora sea finita—tenga exterior, límite, superficie—, ora no lo sea».

Apliquemos la acción de esta fuerza expansiva que el señor Giner concede á la que él denomina figura *interna,* operando—por qué no decirlo—*misteriosamente*— para exteriorizarse en su forma *externa* á distintas fases ó series evolutivas, á los gérmenes, por ejemplo, denominados «vivos» ó más inmediatos á nosotros y tendremos una corroboración más de algo muy importante, sustentado por Annie Besant cuando en su *Evolución de la Conciencia* nos habla de los prodromos de la conciencia misma y de cómo la mónada va rodeándose de envolturas astrales y físicas exteriores protectoras de sus conquistas íntimas, *internas,* esenciales. Aunqne el Sr. Giner sólo parece hablar dentro del terreno de la cristalografía, como siempre que se piensa grande y profundamente, abre en este caso, con sus breves pero oportunas observaciones, todo un nuevo campo sobre el cual desearíamos atraer la atención de los que asimismo leyeron los trabajos de Annie Besant sobre la Evolución de la Conciencia.

La «Science Astrale». La revista *Science Astrale,* que viene publicando la «Biblioteca Chacornac», de París (Quai St. Michel, 11), traduce en su número 7.° un estudio de uno de nuestros redactores, Sr. Treviño. Titúlase dicho trabajo *De l'influence des Astres d'apres la Science positive* y aparece firmado bajo el pseudónimo de «Helios». *Science Astrale* es una de las más interesantes revistas consagradas á estudios científicos y prácticos sobre astrología. Su director F. Ch. Barlet, verdadera autoridad en la materia, ha hecho de ella una publicación de consulta llena de doctrina á la vez que de curiosidades. Entre los trabajos del n.° 7.° aparecen además del citado de Helios: *Triplex, Fhysiognomonie;* F. Ch. Barlet, *Genies planetaires;* Bricand, *Tchnique sur Uranus et Neptuno*, *Tableau de Cadbury*, etc.



Revistas recibidas:

TEOSÓFICAS

The Theosophist. INDIA. (*Adyar, Madras. The Teosophical Society.*)
The Theosophical Review. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place, W.)
The Vâhan. LONDRES. (*T. P. S.* 3, Langham Place. W.)
The New Century. CALIFORNIA. (San Diego. Point Loma.)
Der Vahan. LEIPZIG. Körnerstr. 31 p.)
The Theosophic Messenger. Id. (S. Francisco de Cal. Room A., Fellows' Building.)
Thesophy in India. INDIA. (Indian Sec. Theos. Soc. *Benares.*)
The New Zealand Theosophical Magazine. N. ZELANDA. (Strand Arcade. Queen Street. Auckland.)
Theosophia. AMSTERDAM. (Amsteldijk, 46.)
Theosophisch Maandblad. INDIA HOLANDESA. (Semerang-Drukkerj en Boekhandel.)
Revue theosophique française. PARÍS. (Rue Saint-Lazare, 10.)
Bulletin theosophique. PARÍS. (Avenue de La Bourdonnais, 59.)
Theosophischer Wegweiser. LEIPZIG. (Inselstr. 25.)
Teosofia. ROMA. (Via di Pietra, 70.)
Dharma. VENEZUELA. *Caracas.* (Sur 5 núm. 84.)
Sophia. CHILE. *Santiago.* (Correo Casilla, 79.)

DE ORIENTALISMO

The Maha-Bodhi. INDIA. (2, Creek Row. *Calcutta.*)
Prabuddha Bharata. INDIA. (*Mayavati.* Kumaon. *Himalayas.*)
The Central hindu college. INDIA. (C. I. C. *Benarés.*)

DE INVESTIGACIONES PSICOLÓGICAS

Esphinge. BRASIL. (Coritiba. Paraná.)
Revista spirita. BRASIL. (Bahia.)
La Lumiere. PARÍS. (Rue Lafontaine, 96.)
Constancia. BUENOS-AIRES. (Tucuman, 1736.)
La Fraternidad. BUENOS-AIRES. (Victoria, 3325.)
Freya. BUENOS-AIRES. (Calle 27, núm. 215.)
Lumen. TARRASA. (Pantano, 91.)
Luz y Unión. BARCELONA. (Ferlandina, 20.)

VARIAS

Revue du Socialisme rational. PARÍS. (Rue Vauquein, 28.)
O Instituto. PORTUGAL, COIMBRA. (Imprensa da Universidade.)
Revista masónica. BUENOS-AIRES. (Calle Cuyo, 1131.)
La Revista Blanca. MADRID. (Cristóbal Bordíu, 1.)
A Revista. PORTUGAL, PORTO. (Rua S. Domingo, 95.)
Futuro. MONTEVIDEO. (Cámaras, 227.)

Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

ΣΟΦΙΑ

Revista Teosófica

Satyat nâsti pâro dharmah.

NO HAY RELIGIÓN MÁS ELEVADA QUE LA VERDAD

PLANOS DE CONCIENCIA

Es á menudo conveniente afirmarnos en el concepto claro de ciertas ideas muy generalizadas en la literatura teosófica y comprobadas constantemente por nuevos hechos. Tal sucede con aquélla que generalmente se ha querido representar por medio de la palabra *plano*. La acumulación de hechos que ha motivado su empleo frecuente, nos hace entrever la oportunidad de un nuevo examen y de una exposición en que se comprendan los hechos ya registrados y se deje lugar para aquéllos que pudiera ofrecernos acaso el porvenir. ¿Qué es, en primer término, lo que hoy intentamos simbolizar por medio de la palabra *plano?* Algo que es llano, de superficie igual, plana: una superficie plana, un hierro plano. Pues bien; lo *plano*, en sí mismo, es algo que no existe; es tan sólo el atributo ó la característica de alguna otra cosa. Independiente de aquello á que se refiere, pues no existe. En el lenguaje ordinario, sin embargo, encontramos este término empleado no tan sólo en su forma objetiva ó concreta y aplicado á objetos físicos como los antes citados, sino haciendo referencia á graduaciones ó estados distintos de la conciencia individual. Nos son familiares en este sentido las expresiones *plano de la sensación*, *plano del pensamiento*, *plano mental*, *moral* y otros, usados en su significación de grado, con respecto á una

posición ideal en el espacio, en la que generalmente el plano de la sensación viene considerándose inferior al plano mental, que es más elevado...

En los anteriores ejemplos, plano es más bien un nombre que un adjetivo. En cierto sentido hacemos uso de los atributos de una cosa para representárnosla ó distinguirla, y decimos que una superficie plana es un plano, y un plano es una superficie del mismo nombre. Así, un plano de sensación, de pensamiento, etcétera, es un nivel, un grado de sensación, de pensamiento. Cuando decimos plano de pensamiento *(thought-plane)*, nos valemos del atributo de la cosa para indicar la cosa misma y la diferenciamos de otra. El pensamiento no es la sensación; mas si hablamos de plano de pensamiento y plano de sensación, hacemos entender una identidad á la vez que una diferencia. Al emplear el término *plano,* suponemos unas cosas situadas encima de otras y damos una situación en el espacio á nuestras ideas abstractas. Cuando avanzamos, sin embargo, algo más y exponemos la sensación y el pensamiento como partes ó estados de conciencia y empleamos la palabra *plano* con ralación á ellas, queremos indicar estados ó grados de esta conciencia. Ésta y sus distintos estados son hechos indiscutibles. El dudar de ellos es una prueba más, pues la misma duda es un estado de conciencia. No podemos dudar de ella en tanto estamos en estado de actividad y de vida. Aun en los lunáticos, es algo que les hace ver los objetos no como son, sino como á ellos se les aparecen.

No puede negarse que existan estados de conciencia, y si admitimos alguno, no podremos menos de recordar que estamos tratando, en realidad, de cosas de conciencia. Cada hombre es un mundo para sí mismo, y *no podemos de ningún modo hablar de ninguna actividad de la conciencia distinta en absoluto de la conciencia.* Si nos separamos del círculo de la nuestra propia, no podremos obrar sino de un sólo modo: por analogía, considerando lo que está fuera de nosotros como análogo á nosotros mismos. *Duplicando* en nuestra conciencia la conciencia exterior á nosotros, podemos conocer lo que existe fuera de nosotros. De aquí que al emplear el término *plano*, no se haga otra cosa que describir graduaciones de nuestra propia conciencia.

Cuando se habla de *plano* exterior á nosotros, se habla por analogía y en vista del nuestro propio. En el estado ordinario de conciencia, pueden encontrarse en ésta diferentes aspectos ó

modos que pueden denominarse planos; así, cuando se piensa, se está en el plano del pensamiento, y cuando se siente, en el de sensación. Y ahora podremos preguntar: ¿Existen planos cósmicos semejantes á los que el hombre puede encontrar en su propia conciencia? El hombre encuentra sensación en su conciencia: ¿Hay algún plano cósmico de sensación? El hombre encuentra en su conciencia emoción y pensamiento: ¿Hay algún plano cósmico de emoción y pensamiento? La transcendencia de esta interrogación es fácil de entrever. Si respondemos afirmativamente, supondremos que la conciencia del hombre ordinario funciona sobre varios planos cósmicos en vez de funcionar sobre uno sólo como se supone. Y que, por tanto, cuando siente, su conciencia funcionará en un plano cósmico de sensación, y asimismo cuando obre, su conciencia funcionará en un plano cósmico de acción, etcétera. Y así, podremos explicarnos las impresiones de que suele hacerse uso: «El hombre es activo en el plano físico, tiene sensaciones y emociones en el plano astral y piensa en el plano mental. «Por lo que nosotros hemos podido observar, no dudamos que determinados compañeros nuestros poseen medios de obtener conocimientos del plano astral y mental, de que nosotros carecemos. Pero á nosotros sólo nos es dable saber que en el plano de la actividad, ó sea en el plano físico, la conciencia puede ser considerada como limitada por tres dimensiones, en tanto que en el plano astral se extiende hasta una «cuarta dimensión» y en el mental á una «quinta».

Mas ¿cómo sucede que aunque podemos *sentir* y *pensar* y operar sobre planos cósmicos astrales y mentales, permanecemos siempre en un estado de conciencia tri-dimensional? ¿Cómo podemos funcionar sobre un plano cósmico cuarto ó quinto-dimensional sin salir de nuestras tres únicas dimensiones? Tal vez á causa de la limitación de nuestro cerebro físico. Suministrándonos éste materiales tri-dimensionales, no nos permite originar sino pensamientos tri-dimensionales, ni realizar otro pensar que el de tres dimensiones. Ante materiales cuatri-dimensionales, originaríamos pensamientos de un orden semejante á estos materiales. Seguramente el pensamiento puede darse tanto en espacios de tres, como de cuatro ó de cinco dimensiones. Ahora bien: ¿puede ser el cerebro una limitación del pensamiento á la vez que un vehículo del pensamiento? Si un plano cósmico de cinco dimensiones necesita de un vehículo cerebral cinco-dimen-

sional, y no puede de otro modo manifestarse á nuestra conciencia; y si un plano de cuatro dimensiones necesita asimismo de un vehículo cerebral de cuatro dimensiones, no podremos decir ya que un pensamiento de tres dimensiones corresponda á un plano de tres dimensiones y á la vez á los demás. Tendremos que admitir, desde este punto de vista, que correspondiendo á pensamientos de tres, cuatro ó cinco dimensiones, existirán planos de tres, cuatro ó cinco dimensiones asimismo. Ahora nosotros estamos en un plano de tres dimensiones, el plano físico, por lo cual nosotros pensamos en un orden de tres dimensiones, en un orden físico. Si el plano de nuestro pensamiento fuese el plano mental y éste fuese de cinco dimensiones, tendríamos que luchar con dificultades de comprensión, porque pensaríamos en un orden de tres dimensiones y no de cinco. Debe, empero, existir una división tri-dimensional del plano mental, sobre la cual estamos nosotros ahora funcionando; y esta división es un plano, á su vez, como lo es el físico tri-dimensional. Hemos dicho que el plano físico era el plano de la conciencia tri-dimensional; el astral el de la de cuatro, y el mental el de la de cinco. Pues bien; la división tri-dimensional del plano mental, es el plano físico de tres dimensiones, y la división cinco-dimensional el plano mental propiamente dicho; es decir, que existen dos planos cósmicos de tres dimensiones: uno el físico y otro la división más inferior del plano mental.

De estas conclusiones no debemos conceder excesiva importancia á la última. No basta entender que cuando hablamos de pensamientos tri-dimensionales nos referimos al plano físico, porque bien sabemos que existe una mentalidad, un «cuerpo mental» que utilizamos para pensar en el plano mental. Si nuestro ordinario pensamiento es pensamiento del plano físico, ¿cómo utilizamos ese algo denominado mentalidad ó cuerpo mental? En este punto precisa recurrir á una enseñanza teosófica, enseñanza que no es algo que *añadimos* por recurso á nuestro conocimiento, sino porque tiene todos los caracteres de una teoría que pudiera competir con otras muchas ideadas para amplificar nuestra experiencia. La experiencia y la ciencia ordinarias tienen idea de una conciencia tri-dimensional y de un cerebro íntimamente relacionado con ella. Más el teosofismo debe añadir á este conocimiento hechos relativos á otros planos, de cuatro ó cinco dimensiones.

Cuando pensamos producimos cambios en lo astral y en lo mental, así como en nuestro cerebro físico. La acción se produce simultánea y sucesivamente, con intervalos muy pequeños, en los tres planos. Tanto que si quisiéramos formarnos una idea clara de cómo el pensamiento tri-dimensional se construía vehículos cinco-dimensionales, nos tendríamos que limitar á suponer que el pensamiento de tres dimensiones construía lentamente su vehículo á la vez misma que se hacía consciente en su plano de tres dimensiones. Unicamente puede, en efecto, laborarse sobre el plano mental cuando se conoce; la construcción de un vehículo para la acción en este plano no puede comenzar hasta que tenemos consciencia de él: en el sueño á veces y á veces después de la muerte corporal.

Creemos que si todo pudiera compenetrarse no habría tan gran diferencia entre un objeto en realidad y el pensamiento de ese objeto, excepto en que la experiencia que podríamos tener del uno sería vívida y la del otro obscura, opaca; en que el uno no estaría sujeto á nuestro dominio y el otro sí; en que la *causa* productora del objeto podría producir otro similar en otra conciencia individual, fuera de nosotros, en tanto que no habría tal causa común existiendo independiente de nosotros, ó sea en el caso del pensamiento *no real*. Asimismo creemos que desde este punto de vista, no aparecería tan difícil suponer que el pensamiento requería un *plano* para sí distinto del físico. Si el pensamiento de un objeto fuera para nosotros tan vívido como el objeto mismo, tendríamos lo que en términos médicos se denomina una alucinación. Teniendo presente este hecho no encontraremos contradicción entre lo que la fisiología y la psicología y á la vez el teosofismo, sostienen actualmente acerca de la función del cerebro.

Un plano de la naturaleza, un plano cósmico, tal como le hemos descrito, distinguiéndole del plano ordinario de conciencia en el hombre, puede definirse como un nivel de conciencia universal de más ó menos dimensiones. Cuando hablamos de que el plano físico tiene tres dimensiones, queremos decir que las conciencias que funcionen sobre él, obrarán en este orden de tres dimensiones. Pero no hay que olvidar que no existen planos aislados de los individuales y que éstos forman agrupándose las conciencias colectivas.

(De la *Theosophical Review*.) F. S. PITT-TAYLOR.

LA FUERZA ÓDICA Y LA VIDA DE LOS CRISTALES

(Conclusión).

Todos los cristales son luminosos, al menos para la vista de los sensitivos. Esta fosforescencia se desarrolla desde el comienzo de la cristalización por desprendimiento abundante de *fuerza ódica* negativa y quizá pueda ser observada hasta por personas *no sensitivas;* el hecho es muy conocido en la ciencia.

«Tomemos—dice Reichenbach en su obra sobre *Los efluvios ódicos* (conferencias dadas en 1866, trad. fr., p. 17)—una solución de sal de Glauber, saturada en caliente, y una vez que se cristalice, y desde el momento que la solidificación se produzca, aparecerá rápida é incesantemente en el recipiente de cristal una franja de Lohée (llama ódica) de 15 líneas de altura, cuya franja se elevará á 40 ó 42 líneas sobre una barra de cristal sumergida en dicha sal. La claridad aparece más brillante en la parte superior que en la inferior, y no está relacionada en manera alguna con el desarrollo del calor ni con el de la electricidad, siendo tan propia del cristal y tan marcada en el fenómeno de la cristalización, que puede percibirse á simple vista.

De donde, al parecer, puede deducirse que el cristal es luminoso por sí mismo y que la emisión de esta claridad nada le hace perder de su volumen ni de su peso. Un número considerable de personas, aunque sean poco sensitivas, pueden observar el fenómeno con la intensidad proporcionada al grado de sensibilidad de cada una. Las personas muy poco sensitivas perciben una claridad muy débil ó una especie de reflejo grisáceo, y en ocasiones un humo ó una sombra negra bordeada de gris, que se desprende de los polos como si fuera vapor.

En un grado de sensibilidad algo más elevado, el cristal aparece claramente luminoso, con sus contornos bien determinados y emanando de sus polos rayos de luz de un dedo de extensión, semejantes á llamas que pasasen inmediatamente al estado de humo. Los polos se perciben siempre más luminosos que la parte

media del cristal, las aristas más luminosas también que las caras, y el polo positivo más que el negativo.

Las luces del polo ódico-negativo presentan un color gris-azulado ó azul, y las del polo ódico-positivo, rojo-amarillento. Algunos sensitivos ven estas luces irisadas. En resumen, el cristal es completamente visible y transparente por una especie de *luminiscencia* ó *transparencia* ódica. De sus polos parten *llamas ódicas* muy parecidas á las llamas ordinarias, que pueden, á veces, ir acompañadas de sombras y alcanzar la altura de un hombre, siendo siempre perceptibles por los sensitivos del más alto grado. El cristal está envuelto por una especie de *humo ódico,* semejante á una neblina ó á un vapor luminoso; las llamas pasan gradualmente al estado de humo ódico, el cual, á veces, alcanza la altura de un codo; por último, de las llamas ódicas se desprenden en abundancia chispas ódicas que pueden llegar á precipitarse sobre el suelo.

La extremidad ódico-positiva de los cristales es más luminosa que la negativa, pero más humeante y menos clara. La extremidad negativa es más clara, pero de menor intensidad luminosa. Muchos errores provienen de que los sensitivos confunden á menudo la claridad y la intensidad de la luz.

Todas las luces ódicas son movibles, y se ve continuamente que las neblinas y los vapores lamen la superficie de los cristales en toda su longitud, dirigiéndose hacia su parte más alta. Hasta la misma luminiscencia interna de los cristales experimenta fluctuaciones. Esta incandescencia *(odyluth,* de Reichenbach) ha sido cuidadosamente estudiada por el sabio austriaco.

He aquí una serie de conclusiones que se refieren á ella y á las llamas ódicas:

1.ª La intensidad de la luminiscencia ódica está en razón inversa del volumen de los cristales;

2.ª Las caras son más luminosas que la parte del cristal por donde éste comenzó á formarse; las aristas son más luminosas que las caras, los ángulos más que las aristas y los polos más que los otros extremos;

3.ª Los cristales opacos é impuros se convierten en claros y transparentes, para la vista de los sensitivos. En el interior de los cristales se notan movimientos ódicos continuos que se traducen en forma de incandescencia, siempre variada;

4.ª Todos los cristales emiten luces ódicas de coloración cla-

ramente determinada. Cada cristal aislado presenta una irisación continua, azul ó roja, de un polo al otro;

5.ª Después de un gran número de experiencias, si se ponen los polos cristalinos del mismo nombre en contacto con los polos humanos del mismo nombre también, su luminiscencia ódica disminuirá considerablemente hasta volverse obscuro el cristal; inversamente, si se ponen en contacto los polos de nombre contrario del cristal y los del hombre, la luminiscencia ódica aumentará y llegará á ser más brillante;

6.ª La orientación de los cristales influye sobre sus luces; con los polos del mismo nombre uno en frente del otro, hay disminución; con los polos de nombre contrario en dicha posición, hay aumento;

7.ª Las llamas polares, al aproximarse la una á la otra, producen desviaciones, retrocesos y compenetraciones;

8.ª Agitando un abanico delante de las llamas ódicas ó soplando por encima, el humo ódico y las chispas se disgregan y desaparecen en distintas direcciones;

9.ª Cruzando los cristales, se obtienen llamas ódicas mezcladas;

10. La luminiscencia cristalina es inferior á la de las manos;

11. Se modifica según la densidad del medio: en el agua, bajo la máquina pneumática, etc.

Reichenbah, en sus conferencias dadas en 1866 (trad. fr., París, 1897) ha estudiado todas las propiedades de los *efluvios ódicos (odílicos,* de Gregory), efluvios que el traductor francés de estas conferencias denomina *llamarada ódica* cuando son luminosos, ó mejor dicho *Lohée*, que es la palabra alemana *(Lohe* afrancesada), pues no existe en la lengua francesa palabra equivalente á ésta. Para completar las noticias precedentes, anticiparemos algunos datos referentes á nuestro trabajo, y comenzaremos por la dirección de los efluvios.

***

Esta dirección «es rectilínea y se confunde al principio con la del eje longitudinal de los cuerpos. De esta manera es como atraviesan los cristales, los imanes, las masas metálicas cilíndricas, los dedos, los troncos, las plantas... pero, en general, tienen tendencia á elevarse.» La emanación Lohée desaparece en di-

rección horizontal cuando al cristal se le coloca horizontalmente y lo mismo desaparece de los dedos de una mano si se la coloca en dicha dirección; pero antes de desaparecer se curva hacia atrás y sube verticalmente hasta perderse en el aire. Si, por ejemplo, se dirigen los dedos hacia el suelo, la emanación Lohée se dirige en el primer instante hacia el suelo y después disminuye y sube á lo largo de los dedos. Con cristales colocados en posiciones distintas, se obtienen fenómenos análogos. Lo mismo sucede con la emanación Lohée, que se transmite por conductibilidad. Si se toma un lápiz y se coloca la punta hacia abajo, el efluvio desaparece dirigiéndose hacia el suelo y sube luego de nuevo todo lo largo de la madera. La emanación Lohée, á pesar de estar sometida á la ley de gravedad, también desaparece en seguida, y en apariencias es semejante á un gas más ligero que el aire. Se inclina más hacia el sur y esto puede observarse colocando verticalmente cristales de gypsa con los polos positivo y negativo hacia arriba. La emanación Lohée positiva se inclina 12 grados y la negativa 5. Se observa un fenómeno análogo colocando los polos de un imán de herradura verticalmente sobre el paralelo del lugar.

Desde el punto de vista de los efectos mecánicos, los cristales presentan igualmente analogías con los imanes; pero también presentan diferencias que más adelante hemos de señalar.

***

Acciones mecánicas ejercidas por los cristales.—La casualidad fué la que hizo descubrir al barón de Reichenbach esta curiosa propiedad de los cristales. Hallábase un día en la cámara obscura haciendo experimentos con un sujeto muy sensible, madame Heintel-Inda, cuando ésta le manifestó que se movía el cristal que ella sujetaba entre sus dedos pulgar é índice. Creyó al pronto Reichenbach que se trataba de una ilusión y la entregó otros cristales, obteniendo el mismo resultado: el cristal se movía lentamente y giraba entre los dedos. Con cristales más gruesos, el movimiento era mayor.

Cuando el sujeto coge entre el pulgar y el índice de la mano izquierda cristales de espata, éstos se mueven bruscamente, girando en sentido inverso.

«Si yo colocaba—dice Reichenbach—sobre su mano izquier-

da los dedos de mi mano derecha, el cristal quedaba inmóvil en aquel mismo momento, y volvía á ponerse en movimiento al cabo de ocho ó diez segundos, pero en sentido contrario. Cuando retiraba mis dedos, volvía de nuevo á la inmovilidad durante algunos segundos y tornaba á moverse girando en el primitivo sentido. En pleno día el fenómeno se producía perfectamente. Los mismos movimientos se observaron con otros objetos. Esta acción mecánica fué obtenida con un gran número de sensitivos, entre otros con el barón von Schtudler, prelado y presidente de la República de Cracovia. Hubo variaciones en el movimiento porque en unos sugetos se producía por sacudidas bruscas y en otros por ondulaciones.

»Cierto día una dama muy sensitiva tenía un cristal de roca en equilibrio en el extremo del dedo medio de su mano izquierda; este cristal estaba en condiciones inmejorables para girar, cuando la mano comenzó á contraerse. Con objeto de sostener su brazo llevó la señora inconscientemente su otra mano (la derecha) al antebrazo que sufría el acceso, é instantáneamente el cristal se detuvo y comenzó á retroceder.

»Los movimientos expresados aumentan con la presión ejercida por los dedos.

»La prueba de que estos movimientos no eran debidos á contracciones involuntarias de los músculos, está en que era suficiente para observarlos en gran número de sujetos el hacerles colocar el cristal en el extremo de un dedo y dejarle allí en equilibrio, verificándose entonces de tal suerte los movimientos, que estando el cristal en equilibrio sobre un dedo, paralelamente á la longitud del cuerpo, la extremidad exterior, ó sea aquélla que está á la derecha, correspondiente al dedo de la mano derecha, y aquélla que está á la izquierda, correspondiente al dedo de la mano izquierda, se mueve alejándose del sensitivo, en tanto que la otra extremidad se aproxima dirigiéndose hacia la parte media del mismo sensitivo. Esto es debido á que el cuerpo humano está polarizado siguiendo su longitud; es ódico-positivo todo el lado izquierdo, y ódico-negativo todo el derecho; los polos corresponden á las extremidades de los dedos; la línea media trazada desde la cabeza á las partes genitales es una línea neutra. El cuerpo comunica su carga al cristal, cuya extremidad exterior se repone por la fuerza ódica del mismo nombre emanada de la parte más cercana al cuerpo, en tanto que la extremidad inte-

rior obedece á este movimiento, estando más próxima á la línea neutra y menos solicitada por la repulsión. Esta es una prueba más para afirmar que no solamente los cristales, sino también el cuerpo humano, está polarizado. El hombre posee aún otros ejes ódicos menos perceptibles, un eje longitudinal y un eje diametral (antero-posterior).»

Dentro del mismo orden de ideas citaremos las experiencias de Reichenbach sobre la acción que la mano armada ó no de un cristal ejerce sobre el péndulo:

«Entregué—dice—á un sensitivo varios cristales gruesos para que los tuviera en su mano izquierda, perfectamente extendida, y le ordené actuara con su mano derecha sobre el péndulo, y esta sola acción determinó una oscilación de 6 líneas. Coloqué en su mano izquierda libre un espato calcáreo de 5 pulgadas de longitud: la base, larga y *ódico*-positiva, sobre sus dedos y el extremo *ódico*-negativo sobre el puño, obteniendo una oscilación de 3 líneas. Puse entonces en sentido contrario el cristal, colocando su extremo sobre los dedos y su base sobre el puño, y obtuve una oscilación de 4 líneas. Hice la misma experiencia con un espato gipsioso de 8 pulgadas de largo; con la base sobre los dedos obtuve 3 líneas y media y con el extremo sobre los dedos 5 líneas.» Los polos de los cristales disminuyen las oscilaciones que produce la mano derecha; después, por la intervención del sensitivo, el polo *ódico*-positivo determina una disminución de la amplitud oscilatoria, más considerable que el polo *ódico*-negativo. El péndulo generalmente usado consiste en un trozo de resina suspendido de un hilo, que se enrolla en un pequeño cilindro y se coloca sobre un vaso de cristal. No podemos insistir en estas experiencias y solamente sentaremos esta conclusión: que los efectos producidos por el hombre sobre el péndulo son de naturaleza *repulsiva,* no cesando el organismo de proyectar hacia fuera la *fuerza ódica*. Los cristales, colocados sobre la mano, causan el efecto de modificar la fuerza *repulsiva,* la cual se halla disminuída en las experiencias citadas y en otras aumentada, según la posición de sus polos.

* * *

Hemos visto que el estudio de la polarización ódica de los cristales, el de las propiedades térmicas y luminosas que resul-

tan de ellas y el de las acciones mecánicas ejercidas por los polos, nos ha conducido á comprobar la polarización ódica de gran número de otras substancias y en particular del cuerpo del hombre y de los animales. «Percibimos — dice Reichenbach — una fuerza desconocida que se revela en los sensitivos, pero solamente en ellos, y que parece faltar por completo en los no sensitivos. En virtud de esta fuerza los extremos de los dedos de dos manos opuestas se atraen mutuamente con un movimiento suave. Esta atracción ó repulsión subsiste, por lo que se refiere á los dedos y á las manos, cuando se colocan frente á las plantas, los cristales y los imanes (particularmente de sus polos), á la vista de la luz solar ó lunar y también frente á las substancias amorfas. Se revela como atractivo cuando se aproximan objetos ódicos opuestos, y como repulsivo cuando son objetos semejantes... La fuerza ódica posee el poder motor, y puede considerársela incluída entre las dinámicas, calor, electricidad, magnetismo, luz.» Hay que añadir que la fuerza ódica penetra en la intimidad del sér vivo, y que, por consecuencia, debe ocupar en la naturaleza, que ella impregna de modo tan completo, un puesto más importante que los otros dinámicos conocidos. «Hay, pues, motivos muy poderosos para considerarla como la llamada á constituir el *grado último y el más elevado de los términos de la serie que une el mundo de los espíritus con el de los cuerpos.*»

***

El filósofo Carl Du Prel ha estudiado con gran detenimiento *la Fuerza Ódica desde el punto de vista de sus relaciones con la vida*. Ha resumido sus puntos de vista respecto á este particular en un artículo de *l'Mebersinnlich*, de 1896, artículo que ha extractado el Dr. Thomas en la *Chronique médicale* (1897, página 334). «Puesto que la fuerza ódica — dice el Dr. Thomas — se desprende de todos los cuerpos de la naturaleza, puede afirmarse que, gracias á ella, hay algo de común entre los cuerpos inertes y los cuerpos vivos. Fechner creyó que dando á los cuerpos un alma había descubierto el límite inferior de la vida; pero podría también reconocerse á los átomos un alma rudimentaria, cierto grado de percepción, como lo hizo Leibnizt con sus mónadas. Reichenbach opina que sólo hay vida (superior) donde hay organización; la vida inferior se reduce á un acoplamiento

molecular fijo, como sucede en los cristales, los cuales pueden considerarse dentro del límite inferior de la vida ó como producto de una fuerza organizadora muy débil. 'Reichenbach ha comprobado que siempre hay desenvolvimiento de *fuerza ódica* en el fenómeno de la cristalización, y que aquél siempre va acompañado de fenómenos luminosos, á menudo visibles para el yo normal y siempre perceptibles en la obscuridad para los sensitivos'. La *fuerza ódica* está polarizada en los cristales y lo está en el hombre también, bajo el nombre de magnetismo animal. La *fuerza ódica* se desprende, principalmente, de los extremos y de las aristas de los cristales. Los sensitivos pueden fácilmente apreciar con sus dedos los polos y los ejes.

»Hay semejanza de acción entre la *fuerza ódica* y el magnetismo mineral, pero no identidad, porque la *fuerza ódica* no atrae las substancias inorgánicas, ni desvía la aguja imantada, ni produce, en suma, una corriente galvánica inducida en el hilo metálico; solamente atrae, como el magnetismo mineral, los cuerpos vivos; parece ser uno de los elementos de este magnetismo, pero es un elemento reparable, aislable. De la misma manera que, por ejemplo, el imán atrae la mano de los sensitivos en estado cataléptico (experiencias de Petetin y de Reichenbach), así los cristales atraen y hasta contraen enérgicamente las manos de los sensitivos. Es indudable que entre la *fuerza ódica* y lo que nosotros denominamos la *vida,* hay alguna correlación. La *fuerza ódica* que emana de los cristales es la fuerza organizadora de esos mismos cristales, de igual manera que la fuerza vital es la organizadora del cuerpo de las plantas y de los animales. Levantad un fragmento de cristal y después volvedle á colocar en el agua-madre, y el cristal se reconstituirá por la acción de una fuerza reproductora, análoga á la que repara las pérdidas de substancia sufridas en un organismo vivo.

»Reichenbach ha comprobado, además, que en toda reacción química hay producción de *fuerza ódica;* deduciéndose de esta observación que la *fuerza ódica* humana se renueva constantemente por los procesos químicos que caracterizan la nutrición y la respiración. La vida depende de este agente y la salud de su grado de actividad, lo cual es ignorado aún actualmente por la fisiología y la patología, porque á este agente se le da hoy el nombre de «magnetismo animal» y además porque la medicina moderna no quiere oir hablar de una «fuerza vital».

»Lo que prueba mejor que la *fuerza ódica* es semejante, si no idéntica, á la fuerza vital, es: que puede ser exteriorizada y obrar sobre un organismo extraño; que la persona que cede *fuerza ódica* pierde fuerza vital y se debilita después de la operación; que la persona que ha recibido este suplemento de actividad queda apta para realizar una actividad orgánica especial; que el magnetizado viene á ser como una prolongación del magnetizador y que hay correlación en el funcionamiento de los órganos similares de ambos... Si la *fuerza ódica* puede causar estos efectos vivificantes transferida á los cuerpos extraños, es evidente que los causará también en el organismo donde se desenvuelva; la enfermedad surge cuando la actividad falta ó es débil, y esta observación ya la hacía Paracelso, atribuyendo á los espíritus vitales lo que es debido á la *fuerza ódica.* Pero quien dice desenvolvimiento de *fuerza ódica,* dice claridad y aun llamarada ódica, fenómenos visibles solamente para los sensitivos y por el cual se explica que los sonámbulos conozcan perfectamente, no solamente la enfermedad de sus órganos, sino la de los demás, gracias á la obscuridad que ha reemplazado la claridad ódica de los órganos sanos.

»Después de lo dicho anteriormente se ve que la salud es en cierta manera contagiosa y lo mismo puede decirse á la inversa: un organismo enfermo puede, merced á su radiocidad, transferir la enfermedad sobre un organismo sano, sin la intervención de ningún bacilo...

»La *fuerza ódica* es, pues, la distribuidora, el vehículo de la fuerza vital, y transferida á un sujeto, esté ó no enfermo, desarrollará en él una actividad organizadora especial, muy semejante á la que ha ejercido en el organismo del magnetizador.

»Du Prel hace aún notar que la *fuerza ódica* obra en cierta manera como un multiplicador. Observando este hecho vemos que la ley de la disminución de la fuerza, que está en razón inversa del cuadrado de la distancia, cede el paso á otra ley en los fenómenos ocultos, tales como la telepatía. He aquí la explicación: la fuerza puesta en actividad no irradia en todos los sentidos y únicamente se transmite en la dirección que la asigna la voluntad.

»La teoría de la *fuerza vital*, en la forma en que ha sido comprendida en la primera mitad de este siglo, se ha combatido

mucho; no se quiere admitir, y con razón, la existencia de una fuerza organizadora, vivificante y conservadora, desprovista de toda base material; pero es una locura negar en absoluto esta fuerza y considerar al hombre como un simple problema de química, bajo el pretexto de que el fenómeno químico es común á la naturaleza inorgánica y á la orgánica. Toda tentativa para explicar la vida por el juego de las fuerzas físico-químicas, es, desde luego, absurda, pues siempre hay un algo inexplicable. En cambio, con la *fuerza ódica,* como vehículo de la fuerza vital, todas las dificultades desaparecen. La *fuerza ódica* responde perfectamente á su misión de proporcionar la solución del *problema de la vida;* porque en una inmensa serie de fenómenos, hasta en la formación del cristal, se la ve representar un papel formador, organizador y vivificante, y le desempeña aun cuando de un sér organizado ó inerte se la transfiera á un organismo vivo. Según Reichenbach, la *fuerza ódica* penetra en nuestra vida psíquica tanto como en la física, coopera al perfeccionamiento del alma, y por este motivo está más próxima que ninguna otra fuerza del principio de vida que existe en nosotros. Esta aproximación es tan grande que es imposible trazar una línea divisoria entre lo espiritual y lo ódico; de suerte, que podemos preguntar si la *fuerza ódica* es simplemente un principio espiritual ó si forma parte de él ó si es un componente del elemento espiritual.

»Reichenbach añade que esta cuestión nos pone «sobre la pista de grandes cosas»; en efecto, es fácil ver que Reichenbach no ha escrito sino *la física de la magia;* él mismo ha reconocido que los fenómenos de sonambulismo y hasta los de las mesas giratorias obedecen á leyes naturales, y Du Prel afirma que estos fenómenos no pueden estudiarse sino tomando como punto de partida la *fuerza ódica.* «No hay magia sin alma — dice Du Prel—porque es la acción extracorporal del alma la que la causa. Ya sea el alma una naturaleza ódica, ya la *fuerza ódica* no sea sino el medio de unión entre el alma y el cuerpo, el hecho es que las funciones anímicas, las funciones vitales y también los ejercicios del pensamiento, están íntimamente ligados á los fenómenos ódicos. De la misma manera que la fuerza vital puede exteriorizarse y transmitirse, gracias á la *fuerza ódica,* el pensamiento puede también exteriorizarse. La transmisión del pensamiento se impondría lógicamente, *à priori,* si las experien-

cias no la hubieran impuesto como una realidad. La magia tiene defensa: la acción extra-corporal del alma descansa ó bien sobre la exteriorización de la fuerza vital ó sobre la del pensamiento, ó bien sobre una combinación de estos dos modos de la actividad en los fenómenos en que una cosa pensada, una idea intensa, se encuentra orgánicamente realizada por la fuerza vital, como, por ejemplo, en la mirada de una mujer embarazada ó en la manifestación de señales en los estigmatizados.»

* * *

Puede deducirse de estos hechos que la *fuerza ódica* es una fuerza universal que se manifiesta en todos los reinos de la naturaleza, y que el cristal vive, según puede probarse, por las razones siguientes:

1.° El cristal es un sér organizado, porque todas sus partes pertenecen á un mismo tipo estructural y parece que desempeñan, en las posiciones respectivas que ocupan en el espacio y en el tiempo, funciones particulares, concurriendo, por los fenómenos físico-químicos á los cuales dan lugar, al mantenimiento equilibrado del conjunto.

En efecto, todo cristal tiene dos polos, es decir, dos partes diferentes en el espacio y en la forma del cristal, concurriendo sus funciones, de una manera suficiente y necesaria, á la permanencia de la organización del cristal, y por consecuencia, á la de su forma. Hemos visto anteriormente que la existencia de estos dos polos se prueba por los fenómenos mecánicos, térmicos, etc., que en ellos se producen; y también puede probarse por la visibilidad de los efluvios, visibilidad privativa de ciertos sujetos privilegiados, para los cuales se manifiesta perfectamente definida y de un modo invariable, impersonal, con eliminación de todo elemento subjetivo, es decir, objetivamente.

2.° El cristal es, en todas sus partes, el centro de un movimiento íntimo: tres pruebas pueden aportarse en apoyo de este aserto:

a) La presencia de efluvios, arrojados por los dos polos, prueba que el cristal pierde por radiación partículas materiales, por pequeñas que ellas sean; ahora bien, estas partículas son proporcionadas ó bien por el mismo cristal, es decir, por su substancia constitutiva, ó bien por una substancia interior de

energía íntima contenida en el cristal y que no puede concebirse sino como una aglomeración de materias de la cual cierta cantidad de partículas afluyen, con movimientos vibratorios distintos, á cada uno de los polos. Es preciso desechar esta última hipótesis por resultar embarazosa é inútil, pues de existir esa substancia interior formaría parte del mismo cristal, y en ese caso el problema sería desechado pero no resuelto. La presencia de efluvios en los dos polos del cristal prueba la existencia de una oscilación molecular regular en cada parte del cristal.

b) Anteriormente hemos visto que Otto v. Schreen, ha demostrado experimentalmente que el cristal nace, se forma, crece, se reconstituye y se reproduce, de idéntica manera que los vegetales y los animales, en virtud de procesos íntimos de los cuales son origen sus diferentes partes.

c) Los metales (experiencias de Bose), *à forciori* los cristales, son sensibles á la acción de los reactivos químicos, modificadores de la sensibilidad y de la movilidad animal y vegetal (venenos, narcóticos, etc.)

Podemos, pues, afirmar que los cristales son séres vivos, sea el que quiera el aspecto desde el cual se les considere.

Dr. LUX.

(De la revista *La Lumière.*)



EL TERROR DE LA MUERTE

(NOTAS SOBRE UN TEXTO COPTO APÓCRIFO)

HOJEANDO la *Revue Égyptologique,* encontramos un trabajo de E. Revillont, donde con este título (1) se comenta el terror que la muerte inspiraba á los egipcios. Hoy precisamente que algunas notabilidades médicas se ocupan de explicar la muerte tranquila del hombre, refiriéndonos cómo embarga al moribundo un sopor plácido que le hace insensible á los últimos dolores y olvidar sus afectos terrestres, encontramos oportuno referirnos á este estudio de Mr. Revillont, el cual nos dará ocasión asimismo

(1) *Les affres de la Mort.*

para traducir parte de un célebre texto copto, conocido como apócrifo, referente á la muerte de San José, padre de Jesucristo.

El asunto no es nuevo para nosotros, pues ya, con gran competencia, lo ha tratado Leadbeater en los trabajos publicados en esta Revista con los epígrafes de *Los ayudas invisibles* y *El plano Astral y el Devachan*.

Que inspire terror la muerte nada tiene de extraño. El hombre se encuentra ante un porvenir desconocido, y de nada vale que antes se le instruya con muchas y muy diversas teorías, con hipótesis acerca de la existencia de una vida *post morten,* en la que se le ofrece una paz y una compensación infinitas; las dudas más tenaces y amargas han de acometerle cuando piense en ese obscuro misterio de la muerte, cuando le considere próximo.

Pero no somos lógicos. Parecería natural que la muerte espantase á los que tuvieren familia por quien velar, que les preocupase, no por aquello en que pudiere afectarnos, sino por el porvenir reservado á séres queridos cuando no pudiera guiárseles y sostenerles en las luchas mundanales...

Nada, empero, de esto es lo que se estudia en el trabajo de Mr. Revillont. En éste sólo se considera el terror, esta es la palabra, que sabemos inspiraba la muerte á los antiguos egipcios, terror á los sufrimientos y pavorosas escenas por las cuales había de atravesar el que moría.

En el *Libro de los Muertos* vemos descritas con gran riqueza de detalles estas escenas y las precauciones que tomaban para librarse de ellas ó aminorar su importancia, el muerto, sus deudos y los sacerdotes.

Nosotros, que hemos consultado los textos que nos refieren estas cosas, creemos que el temor no era á la muerte en sí, sino á un estado por el cual habían de pasar los que dejaban este mundo, y del cual muy pocos sabían ó podían librarse. Se trataba, pues, del aspecto que habían de presentar al vidente inexperto los monstruos que pueblan el plano inmediato al físico, llamado por algunos plano etéreo y por otros plano astral. Así se ve que á los muertos se les enterraba con los útiles más necesarios ó queridos que se habían usado en vida, y que se les proveía de servidores *respondientes* para que les ayudaran en aquella vida que sucedía á la muerte. Esto se observa en los enterramientos de los pueblos más incultos, con la diferencia de que los egipcios, aun en épocas muy remotas, prehistóricas, no

sacrificaban séres humanos, para dotar á sus notables difuntos de criados y secretarios, sino que se hacían figuras de pasta ó talladas en madera, las cuales, metidas en la tumba cerca del ataud, llenaban este cometido. Y tan es cierto, que el objeto con que se les colocaba tales objetos era el de que les sirvieran en la otra vida, que consideraban fuera de la física, que parecía tomaban realidad en ese plano etéreo ó astral siempre que alguien las enumeraba. Muchos ejemplos de esto se encuentran en las estelas egipcias, donde se citan todos los títulos, virtudes, *respondientes* y objetos enterrados junto al muerto, para que todos cuantos leyeran la estela al repetirlos dieran forma, trajeran á la realidad suprafísica las cosas y fueran de utilidad al personaje en ese otro plano.

Podríamos citar estos textos de estelas donde se dan gracias al transeunte por recitar su contenido; podríamos referir muchos pasajes del libro de los muertos, pero creemos más breve ilustrar estas cuartillas con el apócrifo copto que antes hemos citado (1).

He aquí la parte del texto que nos interesa, tomada de la traducción francesa que hace el precitado autor:

«Habiendo vuelto entonces mis ojos hacia la parte meridional de la puerta, percibí al Amentis que estaba próximo á aquel lado, es decir, al Diablo instigador y artificioso de todos los tiempos. Vi también una multitud de *decans,* monstruos de formas variadas, revestidos con una armadura de fuego, tan numerosos, que hubiera sido imposible contarlos, y vomitando azufre y humo por la boca. Cuando mi padre Joseph dirigió la vista hacia estos séres espantosos que se habían acercado á él, les vió terribles, como cuando la cólera y el furor les anima contra un alma que acaba de dejar su cuerpo, sobre todo si es la de un pecador en la cual han encontrado la marca que caracteriza su sello. Mi padre, de venerable vejez, viendo estos monstruos cerca de él se llenó de espanto y sus ojos dejaron correr las lágrimas. Su alma quería refugiarse en las espesas tinieblas, y buscando un lugar para ocultarse no lo encontró. Cuando vi yo que la turbación había embargado el alma de mi padre y que sus

(1) Su redacción, según E. Revillont, es evidentemente egipcia y gnóstica, como lo prueba el texto tebaico referido por ese autor en su misión en Italia, texto que parece ser el original modificado en el sentido ortodoxo en la versión menfítica y en la árabe, dada á conocer esta última por Wallin y Tillot.

miradas no se dirigían más que á los espectros de formas tan diversas y de aspecto repugnante, avancé para contener á aquel que era el órgano del diablo, así como las legiones infernales que habían venido con él; ellos se retiraron en seguida al oir mi voz en el mayor desorden, pero ninguno de aquéllos que estaban reunidos alrededor de mi padre conoció lo que acababa de ocurrir, á no ser mi madre María. Cuando la muerte fué testigo del modo severo con que yo había tratado á las potencias de las tinieblas que formaban su cortejo, cuando ella vió que yo las había hecho huir y que ninguna de ellas quedaba junto á mi padre Joseph, se llenó de temor á su vez, huyó y fué á buscar un refugio detrás de la puerta. Yo entonces dirigí á mi buen padre una plegaria concebida en estas palabras:

«¡Oh, padre mío! Tú que eres el origen de toda bondad, tú el autor de la verdad, el ojo que ve todo, la oreja que oye todo, escucha á tu hijo unigénito, atiéndeme: Yo te imploro por una de tus criaturas, por mi padre Joseph. Haz descender hacia mí uno de tus grandes querubines acompañado del coro de ángeles, de Miguel, el dispensador de bienes, y de Gabriel, aquel de tus Eons resplandecientes que está lleno de tus felices mensajes; que ellos tomen el cuidado del alma de mi padre, que la guíen hacia ti hasta que ella atraviese los siete Eons de tinieblas y cruce los caminos obscuros que inspira tanto terror y donde se ve el espectáculo de los castigos cuya contemplación inspira horror. Que el río de fuego corra como si fuera de agua. Que la mar de furiosas ondas cese de agitarse, que sus naves queden tranquilas para el alma de mi padre Joseph, porque en tanto le es necesaria la misericordia.»

«Yo digo, á vosotros que sois las partes santas de mí mismo, ¡oh mis apóstoles benditos!, que todo hombre que ha venido á este mundo y ha conocido el bien y el mal; y pasó toda su vida suspendido en el aire por los párpados de sus ojos, cuando está cerca de su fin, tiene necesidad de la compasión de mi padre celeste en la hora de su muerte, en la del viaje que la sigue y en el momento cuándo debe rendir sus cuentas delante del tribunal temible. Pero yo vengo en los últimos momentos de mi padre Joseph, de recuerdos tan puros.»

«Cuando yo dije *amén*, mi madre lo repitió en su lenguaje celeste, y en seguida Miguel y Gabriel y el coro de ángeles descendieron del cielo y se situaron sobre el cuerpo de mi padre

Joseph. Entonces el frío y el estertor se apoderaron de él y conocí que su última hora había llegado. Él sufrió dolores semejantes á los de una mujer de parto. El sufrimiento le atormentaba tan fuertemente como un viento violento y un fuego abrasador que consume numerosos combustibles. En cuanto á la muerte, el temor no la había dejado entrar para colocarse sobre el cuerpo de mi padre Joseph y llevar á cabo la fatal separación; porque dirigiendo sus miradas al interior de la casa, me había visto, sentado cerca de su cabeza é inclinado sobre sus sienes. Cuando vi que ella temía entrar, á causa del temor que la inspiraba, traspuse el umbral de la puerta y allí la encontré, sola y temblorosa. Entonces dirigiéndome á ella: «Oh tú—la dije— que estás cerca de las puertas meridionales, entra inmediatamente y cumple las órdenes que te ha dado mi padre; ten cuidado, sobre todo, de mi padre Joseph, como tú conservarías la luz que ilumina tus pupilas; porque él es á quien debo la vida según la carne, y ha tenido que soportar tribulaciones por mí durante mi infancia, huyendo de un lugar á otro, para evitar las asechanzas de Herodes; yo recibí de él las instrucciones como los niños las reciben de sus padres, para su utilidad». En este momento Abbaton entró, y tomando el alma de mi padre Joseph, la separó del cuerpo que había animado. Esto ocurrió á la hora en que el sol se dispone á aparecer sobre el horizonte, el 26 del mes Épiphi, en paz.—La vida total de mi padre Joseph ha sido de 111 años.—Después de esto Miguel alzó las puntas de un tapiz de seda de un gran precio, Gabriel alzó los otros dos extremos, y abrazando con sus abrazos el alma de mi padre Joseph, la colocaron en este tapiz. Ninguno de los que permanecían cerca del moribundo se apercibió que había cesado de vivir, excepto mi madre María. Prescribí entonces á Miguel y á Gabriel que velaran por el alma de mi padre Joseph y la defendieran de los monstruos rapaces que iban á encontrar en su camino. Ordené también á los ángeles incorpóreos que la precedieran, cantando himnos, hasta el momento en que ellos la hubieran conducido á los cielos, cerca de mi Buen Padre (1).»

* * *

(1) *Revue Egyptologique*, año II, números 2 y 3, p. 64.

En el texto parece referirse que José, antes de morir, ya poseía esa visión que le permitía ver los monstruos del plano astral. Desde luego no prejuzgamos la cuestión y entendemos que esta cualidad podía ser inherente al estado agónico en que se encontraba; pero es chocante que Jesús, al observar que su padre veía en ese plano, no entendiera aún que se encontraba próximo á morir.

La descripción de los monstruos resulta vulgar. Los tales monstruos exhalando azufre y humo por la boca, nos hacen el efecto de aquellos relatos contados por las viejas del siglo XVIII; pero quizá se emplee ese lenguaje impuesto por la época, aun cuando lo consideramos poco adecuado para los apóstoles, los escogidos, que ya debían saber lo suficiente sobre estos asuntos. para no necesitar metáforas ni figuras tan groseras.

En el espanto de José, se nos pinta á un hombre justo y venerable pero no instruído y sin el desarrollo inherente á la iniciación. ¿Cómo, pues, de otro modo podían espantarle esos monstruos tan fáciles de dominar para los que saben lo que son? Jesús con su poder de iniciado los reduce al estado de sumisión humillante y los manda, los subyuga con la facilidad natural del que les conoce y sabe cuán efímero es el poder de tales séres. Que éstos eran moradores de un plano distinto al físico, no cabe dudarlo, pues «ninguno de los que estaban alrededor de mi padre conoció lo que acababa de ocurrir, á no ser mi madre María». Su madre, pues, aparece como la única vidente que allí había á más de él. La muerte misma estaba temerosa ante el poder de Jesús; pero es de notar que él no se opone al designio de su padre y ordena á la muerte que cumpla su fatal cometido.

Las luchas, el aspecto terrorífico del camino que ha de recorrer el muerto, se extiende á través de los siete Eons de tinieblas, más allá de los cuales dominan los Eons resplandecientes, y como cada Eon corresponde á un sub-plano, éste nos explica las diferentes gradaciones de aquellos mundos postmortuorios.

En la descripción que en este apócrifo se hace, se nombra nuevamente la existencia de un río de fuego, citado muchas veces en los textos egipcios. Y que más allá de él hay un mar proceloso lleno de tempestades, donde flotan naves siempre prontas á naufragar pero insumergibles, modo por el cual el espanto se hace continuo y el temor constante. Estas dos figuras pueden indudablemente dar cabal idea del aspecto con que se quiso presen-

tar á ese mundo ante quienes no estaban familiarizados con él. Primero la impresión de una corriente ígnea, y luego la inmensidad del agua constantemente agitadísima, en cuya superficie no pueden verse los reflejos que inspiran la tranquilidad y placidez. Tal debe ser el aspecto de ese caos de materia nueva para el no vidente, que aparece como algo indefinible, informe y agitado.

La agonía de José no puede estar mejor descrita en medio de su laconismo. Lo que no acertaríamos á explicarnos es la figura con que nos representa Jesús el momento de la separación del alma. ¿Qué representan allí Miguel y Gabriel? ¿Qué significa el tapiz de rica seda y por qué lo manejan de ese modo? Debería esto estudiarse, así como el que la muerte tomara con cuidado el alma, cual si pudiera inferirla algún daño. ¿Qué es lo que aquí significa la palabra alma? En esto no es explícito el manuscrito copto, cosa que es de sentir, pues de ese modo podríamos cotejarlo con otros textos de la época ó más antiguos, sacando provechosas deducciones.

Manuel TREVIÑO

Noviembre, 1904.



CONEXIONES CÉLTICAS ENTRE BRETAÑA Y LA SABOYA

Es curioso considerar cómo estos dos dólmenes, el de Locmariaquer, en Bretaña, y el de Monthey, en Saboya, á pesar de estar tan alejados uno de otro, guardan conexiones aritméticas estrechísimas, desconocidas en absoluto de los numerosos turistas que les visitan.

El primero de estos dos monumentos arqueológicos, denominado *Mesa de César ó de los Mercaderes,* es bastante importante por sus dimensiones, porque mide *(Merveilles de l'Architecture,* por André Lefevre) 11 metros de largo, 6 de ancho y 5 de alto, ó sea: en volumen, 330 metros cúbicos; en superficie, 302 metros cuadrados, y en aristas 88 metros lineales; cuyo total, 720, es el volumen de un cuboide con lados de $8 \times 9 \times 10$, medidas que sumadas arrojan un total 27, igual también al del volumen del cubo regular de 3 metros de lados.

Debemos hacer notar que la cifra 330 es una cifra interesante en matemáticas por ser el resultado de una multitud de combinaciones diversas de los números, entre las cuales nos será difícil escoger la más interesante. Tan sólo, empero, con objeto de probar nuestro aserto, nos limitaremos á elegir tres. Las dos primeras nos ponen inmediatamente en presencia de los dos números 33 y 21, muy usados en el simbolismo masónico, mediante una sustracción poco empleada, y por consecuencia, menos accesible que una adición á las investigaciones de los profanos.

$$\begin{array}{r} 330 \\ -\ 210 = 20^1 \\ \hline 120 = 15^1 \end{array} \qquad \begin{array}{r} 561 = 33^1 \\ -\ 231 = 21^1 \\ \hline 330 \end{array} \qquad (1)$$

330 es también, por extraña circunstancia, el total de los 5 primeros números naturales: 35 triangulares, 55 cuadrados y 225 cúbicos, ó sea un total de 330.

Veamos ahora el dólmen de Monthey. Es éste mucho más voluminoso que el de Locmariaquer, hasta el punto de no parecer de la misma naturaleza, pues mide (Guide A. Joanne, *Dauphiné et Savoie,* pág. 534) 21 metros de largo, 11 de ancho y 10 de alto, medidas que dan un volumen de 2.310 metros, una superficie de 1.102 y de aristas 168; es decir, un total de 3.580 metros. Encontramos aquí de una manera disimulada dos números *triangulares:* 3.570, ó $84^1 + 10$, ó 4^1, y $84 + 4 = 88$, número del cual habremos de ocuparnos á menudo en nuestros trabajos posteriores y que dejan expresadas anteriormente las aristas del dólmen de Locmariaquer.

No trataremos de desarrollar los múltiples modos de formación del número 2.310, pues por un lado quizá no fueran suficientes las cifras con que generalmente se cuenta, y por otro, fatigaría seguramente la atención del lector, no acostumbrado acaso á ciertas áridas investigaciones. Nos limitaremos, pues, á

---

(1) Hemos dicho repetidas veces en otros trabajos, que los números triangulares son el resultado de la suma de los números naturales, á partir del 1. Así 10 es el triángulo de 4, porque sumados los cuatro primeros números naturales hacen 10. Se les denomina triangulares por poderse disponer sus unidades en triangulo:  y les designaremos por el exponente 1, así como los cuadrados lo son por el exponente 2. Cuando un radical tiene varios exponentes, se leen éstos de derecha á izquierda; así $2^{1,\,2,\,1}$, se leerá: *triángulo del cuadrado del triángulo de 2.*

citar las más sugestivas, sobre todo aquéllas que puedan demostrar de una manera más clara la conexión estrecha que une estos dos monumentos arqueológicos que estudiamos.

La primera de estas conexiones aritméticas, la más innegable, es aquella que revela la división de 2.310 por 330, cuyo cociente es 7, número de la *consagración;* se confirma por la descomposición de los dos volúmenes en números primos, pues multiplicados los unos por los otros, producen: de un lado 330 y del otro 2.310. Estos números: 2 + 3 + 5 + 11 por 330, hacen un total de 21, ó 6^1, 3, 2 + 3 + 5 + 7 + 11, por 2.310, hacen un total de 28 ó 7^1, y estos dos triángulos sucesivos engendran, por adición, siguiendo la regla, un cuadrado, 49, que es el de 7, raíz del triángulo más grande. Este hecho corona nuestra demostración, porque 7 falta á los factores de 330 y contiene á todos los factores de 2.310. Por otra parte, 330 iguala, además, á las superficies de los 5 primeros cubos 6 + 24 + 54 + 96 + 150, en tanto que 2.310 iguala á las superficies de los 10 primeros cubos, ó sea 330, ya comprobado, + 216 + 294 + 384 + 486 + + 600.

Además, 330 representa igualmente el total de los 11 primeros múltiplos de 5, ó sea: 5 + 10 + 15 + 20 + 26 + 30 + + 35 + 40 + 45 + 50 + 55, en tanto que 2.310 representa el total de los 11 primeros 5.^{nas} (quinas) de los números triangulares: 35 + 55 + 80 + 110 + 145 + 185 + 230 + 280 + 335 + + 395 + 460. Asimismo iguala el total de los 9 primeros números *planicos:* 2 + 6 + 12 + 20 + 30 + 42 + 56 + 72 + 90 y el 2.310 es el total de los 9 primeros números cuadrados y cúbicos: 2 + 12 + 36 + 80 + 150 + 252 + 392 + 576 + 330.

330 representa la 10.ma 11.ma (décima, undécima) de los números pares: 20 + 22 + 24 + 26 + 28 + 30 + 32 + 34 + 36 + + 38 + 40, y el 2.310 representa el total de las 10 primeras 11.^{mas} de los números pares: 132 + 154 + 176 + 198 + 220 + + 242 + 264 + 286 + 308 + 330.

330, por último, se compone del producto de los números triangulares siguientes: 6 × 55, ó 3^1 × 4^1, ^{1}, × 4^1, en tanto que 2.310 se compone del producto de los números similares siguientes: 231 × 10, ó 3^1, ^{1}, 1 × 4^1. La conexión es bien patente.

***

Conexiones tan extraordinarias como estas y tan evidentes,

prueban por sí solas una cierta comunidad de origen, de concepción y hasta de uso de los dos dolmanes que estudiamos, ¡tan poco semejantes en apariencia y tan alejados uno de otro geográficamente!

El origen aritmético de estos dos monumentos debemos buscarlo en su uso.

Este uso está claramente indicado por la tradición y por su misma denominación de *Mesa de mercaderes* ó *Mesa de César*. Esta segunda denominación es, seguramente, más reciente que la primera, porque sólo se remonta á la conquista romana, en tanto que la otra ha debido existir desde muchos siglos antes. En todos los tiempos se ha comerciado, y en todos los tiempos, por consecuencia, se han celebrado ferias y ha sido preciso restituir diferencias y comprobar medidas de telas, acaso por ser en lo antiguo la más común de las mercancías. La piedra de Locmariaquer fué, seguramente, utilizada para todas estas operaciones. También sirvió más tarde de silla al lugarteniente de César para la proclamación de los edictos, y sobre todo para las ceremonias relacionadas con la administración de justicia. Al mismo tiempo sirvió, por último, para la comprobación y asiento de las medidas, pues sus dos extremos (la anchura 6 metros y la altura 5) difieren tanto en exceso como en defecto (lo que permite la contra-prueba), en 1 unidad con la antigua *braza* (metro actual), en 2 con el *codo* y en 3 con el *pie*, etc..., según la medida adoptada por los contratantes y según su grado de instrucción ó iniciación. De aquí resulta comprobado el hecho histórico de que Locmariaquer ha sido, desde una época muy remota, un lugar de feria ó reunión muy importante, provisto de un tribunal de la especie del dólmen construído. Atendiendo á las costumbres de entonces, es muy posible que también haya servido de altar. En Monthey lo hace presumir la representación capital del número 7. De todos modos, la semejanza de elementos de construcción de los dos monumentos patentiza que su destino ha sido el mismo. Los dos tienen la misma forma y sus medidas proceden de un número impar: 11 y 21, acompañado de sus dos mitades desiguales 5 y 6 de un lado, 10 y 11 de otro (1).

---

(1) La guía Paul Joanne *(Itinéraire de la Suisse*, 1.er volumen, pag. 92) dice que á 15 minutos de Monthey se encuentra una línea de 3 kilómetros de extensión y de 100 ó 300 de anchura llena de bloques erráticos de granito, conducidos hasta allí desde la cadena de montañas que bordean el valle de Ferret, á 44 kilómetros de distancia. Entre estos bloques *muchos pasan de 300 metros cúbicos*.

Estos informes pueden inducirnos á sospechar la existencia de una explotación regular de dólmenes, de los cuales el de Locmariaquer de 330 metros cúbicos, pudiera muy bien provenir. ¡Cuánto podría reflexionarse sobre esto!

La célebre *Gruta del Altar,* que aparece en la ensenada de Morgat (Finisterre), tendría asimismo conexión regular con los dólmenes estudiados aquí, tan sólo con reducir sus medidas—proporcionadas por un corresponsal autorizado que las da á conocer en el *Magasin Pittoresque,* año 1834, pág. 318—de antiguos pies á metros modernos.

Sus dimensiones son: 50 metros de profundidad, 20 de altura y 23^{m} 333 de anchura, que multiplicados los unos por los otros, producen el volumen 23331, que es, justamente, 10,10 veces el volumen del dólmen de Monthey y 70,70 veces el volumen del dólmen de Locmariaquer. Puede afirmarse su destino religioso por la denominación del lugar y también por la existencia de un altar, y sobre todo por la formación inesperada de la capacidad entera mediante doce cifras 7, ó tres veces el número curioso de Lanrivoare, 7777, ó sea 7777 + 7777 + 7777 = 23.331 (1).

Hemos dicho anteriormente que en presencia de un monumento de alguna importancia, digno de haber sido inspirado ó construído por una voluntad superior de iniciado, se deben siempre buscar en los números medidas relativas al círculo, que en la enseñanza de la geometría les estaba siempre reservado, así como el cuadrado ó el triángulo debían estarlo á los discípulos de los grados inferiores. La prueba de ello aparece aquí y es terminante en la multiplicación general ó parcial de los números primos que entran en los números 330 y 2310, según se ha demostrado más arriba, pues están todos comprendidos en los números primos que hemos señalado antes como constituyendo los factores exactos del número 7854, representación admitida del círculo tipo, de 100 unidades de diámetro. Estos números: 1, 2, 3, 7, 11 y 17, multiplicados juntos ó separadamente, dan siempre por producto ó 7.854, ó divisores exactos de este número; propiedad que comparten necesariamente los divisores

(1) Depende de mis qneridos compañeros de Bretaña el ir más lejos que yo, determinando las primitivas y verdaderas dimensiones del altar de la gruta Encontrarán la recompensa de sus trabajos al descubrir la reselución de un problema muy interesante.

de 330 y 2310, puesto que todos ellos son divisores de 7.854, excepto el 5, ausente en el grupo de los divisores ó factores del círculo, pero divisor exacto, á pesar de esto, de 7.854, de 330 y 2310; gracias, sobre todo, á la cifra par de sus unidades. No debe extrañarnos, pues, que los cocientes de 7.854, por 330 y 2.310, sumados juntamente (23,80 + 3,40 = 27,2), proporcionen el divisor exacto de 8.976—del cual hablaremos inmediatamente—por 330, ó sea 27,20.

Desde los primeros párrafos del presente trabajo referentes á los números 33 y 21 pudiera suponerse que indudablemente debe existir en alguna parte, probablemente en Francia, otro dólmen que tenga también, para completar el trio habitual, en longitud, el número 33; en anchura, 17, y en altura, 16. No sería menos interesante que los otros dos por las propiedades de sus medidas y sobre todo de los números que las expresasen. Las dimensiones 33 + 17 + 16 = 66 ó 11^1, triángulo que parecía aplicarse á las unidades del más alto grado por su símbolo numérico del *secreto,* del *misterio,* son dimensiones que dan por volumen 8.976 (6, 7, 8, 9), número ya notable por la reunión de las cuatro cifras sucesivas que le componen y mayor aún por la expresión de los $^8/_7$ de la superficie del círculo tipo, citado anteriormente: 8976 — 7854 = 1122, si bien es verdad que hay $^1/_7$, ó 1122 de más en este círculo y que el triángulo rectángulo correspondiente á esta expresión de volumen aquí y de superficie allí, tiene por lados 33 + 544 + 545, de los cuales el total es también 1122. El número 8.976 posee, además, la propiedad de contener en más de 2.310 el 6.666, que es el total de las superficies de cuatro triángulos rectángulos que tienen por bases y por alturas 3 y 4, 8 y 15, 30 y 40, 80 y 150, cuyo total equivale, por último, á 330. Por último: para colmo de sorpresa, se forma seis veces con el número 8, como 7.854 se forma seis veces con el número 7; 7854 = 7777 + 77 y 8976 = 8888 + 88.

Saint-Etienne.

F. CHAPELLE

(Traducción de M. C.)



LOS DISCÍPULOS EN SAIS

(Continuación.)

Falta saber si podemos llegar á comprender verdaderamente la naturaleza por esta Naturaleza especial, y en qué medida nuestros pensamientos y la intensidad de nuestra observación se determinan por ella ó la determinan, y se separan de la Naturaleza y se transforman, quizá, en tierna condescendencia. Se ve, pues, que esas relaciones y disposiciones interiores de nuestro cuerpo deben examinarse desde luego antes de que podamos responder á esta cuestión y de penetrar la naturaleza de las cosas. Es menester decir también que, en general, es necesario que nos ejercitemos en pensar de mil maneras antes de que abordemos la composición interior de nuestro cuerpo, y que podamos emplear su inteligencia á la inteligencia de la Naturaleza, y nada sería más natural que suscitar todos los movimientos posibles del pensamiento y adquirir para ese juego una aptitud y una facilidad que permitiesen pasar del uno al otro, reunirlos y analizarlos de mil diversas maneras. Convendría, en suma, considerar atentamente todas las impresiones, observar estrechamente el juego de los pensamientos á que dan origen; y si nuevos pensamientos surgiesen aún, convendría también examinarles á su vez, á fin de penetrar poco á poco su mecanismo y aprender á distinguirles y separarles de los otros por una repetición frecuente, de los movimientos constantemente ligados á la misma impresión. Si se obtienen así algunos movimientos, que serán como el alfabeto de la Naturaleza, será más fácil descifrarla, y el poder que se habrá adquirido sobre la generación del pensamiento y las emociones, ó los movimientos, pondrá al observador en estado de crear pensamientos naturales y esbozar composiciones naturales, aun cuando no tenga impresión real antecedente.

Es muy aventurado emprender otro de querer recompensar á la Naturaleza de la ayuda de sus fuerzas y de sus fenómenos

exteriores, y de hacerla pasar, ya por un juego monstruoso, ya por un accidente extrañamente conformado, ya por una dualidad ó trinidad, ó por cualquier otra fuerza singular. Sería más verosímil que fuese el producto de un incomprensible acuerdo de séres infinitamente diferentes, el lazo milagroso del mundo espiritual, el punto de unión y de contacto de innumerables universos.

Bien, ¿y qué se aventura?—dice un tercero. Cuanto más hilo arroja el pescador atrevido, más probabilidad tiene de una pesca abundante. Anímese sencillamente todo hombre á proseguir su camino tan lejos como pueda, y cada uno sea el bienaventurado que envuelva las creaciones de una nueva fantasía. ¿No creéis que será precisamente á los sistemas bien combinados á los que el futuro geógrafo de la Naturaleza pondrá puntos de reparo? Comparará entre ellos, y esa comparación nos enseñará desde luego á conocer la tierra singular. Pero el conocimiento de la Naturaleza diferirá aún muchísimo de la interpretación que se tenga de ella. El matemático propiamente dicho llegará quizá al mismo tiempo á suscitar el más gran número de fuerzas de la Naturaleza, á poner en movimiento los fenómenos más grandiosos y más útiles, y podrá, sí, jugar con la Naturaleza como con un gigantesco instrumento, pero no la comprenderá. Ese es el don del historiador de la Naturaleza, el don del vidente de los tiempos; el de aquél que, conociendo el universo, este teatro superior de la historia natural, observa la significación de las cosas y las anuncia anticipadamente. Semejante dominio aún es desconocido y sagrado. Sólo los enviados divinos han dejado caer algunas palabras que pertenecen á esa ciencia superior, y es preciso asombrarse de que los espíritus llenos de presentimientos hayan descuidado esos presentimientos queriendo rebajar la Naturaleza hasta hacerla una máquina uniforme, sin pasado y sin porvenir. Todo lo que es divino tiene una historia, y la Naturaleza, el único todo al que el hombre puede compararse, que comprende en una historia lo que él mismo es, ¿no ha de tener un espíritu? La Naturaleza no sería la Naturaleza si no tuviese espíritu; si no poseyese esa contraprueba del hombre, no sería la indispensable respuesta á ese problema misterioso, ó el problema de esa respuesta infinita.

NOVALIS

(Se continuará).

DESDE LAS CUEVAS Y SELVAS DEL INDOSTÁN

por H. P. BLAVATSKY

(Continuación).

Las cuevas de Bagh

A las cuatro de la mañana atravesamos el Vagrey y el Girna, mejor dicho, Shiva y Pârvatî, *comme coloris local.* Esta divina pareja, siguiendo probablemente el mal ejemplo de sus equivalentes mortales, marido y mujer, estaba ya regañando á pesar de lo temprano que aún era. Presentaban un aspecto terriblemente fosco, y nuestra barca, al chocar repetidas veces con el fondo, en poco estuvo que nos hiciera sentir el frío abrazo del dios y el de su no menos irritada mitad.

Las cuevas de Bagh, como todos los demás templos-cuevas de la India, hállanse abiertas en medio de una roca vertical, con intención, á lo que me parece, de atestiguar los límites de la paciencia humanas. Teniendo en cuenta que semejante altura no impide á los tigres, ya reales, ya encantados, penetrar en las cuevas, no pude menos de pensar si el único fin que se propusieron sus ascéticos constructores fué hacer que los débiles mortales cayeran en pecado de irritación al contemplar lo inaccesible de sus aéreas moradas. Empezamos la ascensión á las cuevas de Bagh, subiendo setenta y dos escalones tallados en la roca y recubiertos de musgo y plantas espinosas. Estos escalones, profundamente desgastados por la huella humana, indicaban con elocuencia el sinnúmero de peregrinos que durante siglos frecuentaron estos lugares. Amenizaban, pues, la ascensión las desigualdades de los peldaños, llenos por todas partes de espinos y grandes hoyos: únase á esto la gran cantidad de manantiales que, procedentes de la montaña, exudaban todos los poros de la roca, y á nadie sorprenderá si digo que nos sentimos completamente agobiados bajo el peso de la vida y de nuestras dificultades arqueológicas. El Babu, quitándose las chinelas, echó á correr sobre los espinos con la misma indife-

rencia que si hubiera tenido cascos de caballo en vez de vulnerables pies humanos, mofándose al mismo tiempo de la «debilidad de los europeos», y haciendo con esto más penosa nuestra ascensión.

Mas en cuanto llegamos á la cima del monte cesó el descontento, dándonos cuenta á la primera ojeada de que íbamos á recibir la recompensa. Ante nuestra vista se extendía toda una hilera de cuevas obscuras abiertas en la roca, cuyas entradas regulares y cuadradas medían seis pies de ancho. Quedamos sobrecogidos ante la sombría mejestad de este desierto templo. En la plataforma cuadrada que en otro tiempo hacía las veces de *verandah,* vimos un curioso techo, así como también un pórtico cuyos rotos pilares colgaban sobre nuestras cabezas, y en cada lado dos cámaras, una con la imagen rota de alguna chata diosa y la otra conteniendo á Ganesha; pero no nos detuvimos á examinar todo esto al detalle, y ordenando encendieran las antorchas, penetramos en la primera sala.

Nos sentimos envueltos en un vaho húmedo y frío, como el de una tumba, y al pronunciar las primeras palabras todos experimentamos un estremecimiento involuntario; pues la caverna, repercutiendo prolongadamente el sonido de nuestras voces hasta convertirlas en aullidos, hizo vibrar las antiguas bóvedas, muriendo poco á poco en la distancia; esto nos obligó á bajar el tono de voz hasta convertirlo en cuchicheo. Los portadores de antorchas gritaron: «¡Devi!... ¡Devi!...», y arrodillándose en el polvo dirigieron una ferviente *pujâs* en honor de la voz de la invisible diosa de las cuevas, á pesar de las enérgicas protestas de Narayán y del «guerrero de Dios».

La única luz que tiene el templo le llega por la entrada, resultando de esto que las dos terceras partes de él parecen por contraste más obscuras todavía. La nave central es muy espaciosa: mide ochenta y cuatro pies de largo y ancho por diez y seis de alto. Soportan la techumbre veinticuatro grandes pilares formando un cuadrado, seis por cada lado, incluyendo los de las esquinas y los cuatro restantes en el centro; estos pilares son absolutamente indispensables, pues siendo la masa de montaña que tienen que soportar mucho mayor que en Karli ó Elephanta, cederían las bóvedas bajo su enorme presión.

En la arquitectura de estos pilares existen, por lo menos, tres estilos diferentes. Unos están acanalados formando espira-

les, cambiando gradual é imperceptiblemente, desde la forma redonda á la de diez y seis lados y sucesivamente á la octogonal y cuadrada. Otros, careciendo de adornos en el primer tercio de su altura, van gradualmente cubriéndose de labores, hasta acabar junto al techo en el más primoroso trabajo de ornamentación, cuyo estilo recuerda bastante al corintio. Los pilares que pertenecen al tercer estilo tienen base cuadrada y frisos semicirculares. Mirados en conjunto resultan de lo más original y gracioso que pueda concebirse. Mr. Y., arquitecto de profesión, no reparó en decirnos que jamás había visto nada tan hermoso, añadiendo que no era capaz de imaginar de qué clase de instrumentos se habrían valido los antiguos constructores para ejecutar semejantes maravillas.

La construcción de las cuevas de Bagh, del mismo modo que la de todos los templos-cuevas de la India, cuya historia se pierde en las lejanías de los tiempos, es atribuída por los arqueólogos europeos á los buddhistas y por las tradiciones indígenas á los hermanos Pându. La paleografía hinda protesta contra las precipitadas conclusiones de los orientalistas á cada nuevo descubrimiento que hacen, pudiendo también decirse mucho sobre la intervención de los buddhistas en este particular. Me limitaré á indicar tan solo un caso. La teoría que pretende ver en todos los templos-cuevas de la India un origen buddhista es falsa. Por más que los orientalistas insistan cuanto ellos quieran sobre la hipótesis de que los buddhistas se convirtieron de nuevo en adoradores de ídolos, esto no aclara nada y contradice, además, la historia de brahmanes y buddhistas. Los brahmanes empezaron persiguiendo y desterrando á los buddhistas, precisamente porque éstos predicaban una cruzada contra la adoración de los ídolos. Las pocas comunidades buddhistas que quedaron en la India y abandonaron las puras, aunque tal vez—para un observador superficial—algo impías enseñanzas de Gautama Siddhârtha, nunca se unieron al brahmanismo, sino que se incorporaron á los jainas, en los que gradualmente se fundieron. ¿No sería más lógico suponer que si, entremezclada con los cientos de dioses brahmánicos encontramos una estatua de Buddha, deberá este hecho atribuirse únicamente á que las masas de los medio conversos al buddhismo añadieron este nuevo dios en el antiguo templo brahmánico? Es, sin duda, mucho más razonable esta manera de ver, que no pensar en que los buddhistas de los dos

*

siglos antes y después del advenimiento de la Era cristiana, se atrevieron á llenar sus templos de ídolos, en abierta oposición con el espíritu del reformador Gautama. Las figuras de Buddha se distinguen fácilmente de entre la muchedumbre de dioses paganos; su postura es siempre la misma, con la palma de su mano derecha vuelta hacia fuera, en actitud de bendecir con dos dedos á los fieles. Hemos tenido ocasión de examinar casi todos los más famosos vihâra de estos mal llamados templos buddhistas, y jamás hemos visto en ellos una estatua de Buddha que no fuera colocada en época posterior á la construcción del templo: que se haya verificado el hecho un año ó mil después, no hace al caso. No teniendo suficiente confianza en nosotros mismos, al tratar esta materia consultamos en todas las ocasiones el parecer de Mr. Y., quien, como antes indiqué, es un arquitecto experimentado, é invariablemente llega á la conclusión de que los ídolos brahmánicos forman un conjunto armónico y genuíno con el todo—pilares, decoraciones y estilo general del templo—mientras que la estatua de Buddha no es más que un discordante parche añadido posteriormente. Entre las treinta ó cuarenta cuevas de Ellora, todas llenas de ídolos, solamente hay una, la conocida por el nombre de templo de las Tri-Lokas, que no tiene otra cosa sino estatuas de Buddha y de Amanda, su discípulo favorito. Sin duda, en este caso sería perfectamente razonable pensar que es un vihâra buddhista.

Algunos arqueólogos rusos protestarán indudablemente contra las opiniones que acabo de exponer, es decir, contra las opiniones de los arqueólogos hindos, y me tratarán de ignorante ultrajadora de la ciencia. En defensa propia, y también con objeto de mostrar cuán poco estable es el terreno sobre el cual se basan algunas opiniones, hasta de una autoridad tan grande como la de Mr. Fergusson, mencionaré el siguiente ejemplo: Este gran arquitecto, pero muy mediano arqueólogo, proclamó como verdadero principio de su profesión científica, «que todos los templos-cuevas de Kanara, sin excepción, fueron construídos del siglo v al x». Esta teoría llegó á tener general aceptación, hasta que el doctor Bird encontró inesperadamente una lámina de bronce en cierto munumento kanara, llamado *tope*. Dicha lámina anunciaba en lengua sanskrita pura y legible, que el *tope* fué erigido como homenaje al *viejo templo* á principios del año 245 de la Era astronómica hinda (Samvat). Según

Prinsep y el doctor Stevenson, esta fecha equivale al año 189 de la Era Cristiana, quedando resuelta con toda claridad la cuestión de cuándo fué construído el *tope*. Pero lo que permanece aún por resolver es lo que se refiere á la antigüedad del templo mismo, bien que la inscripción haga constar que ya era un templo antiguo en el año 189 de la Era cristiana, contradiciendo con esto la ya citada opinión de Fergusson. Sin embargo, este importante descubrimiento no bastó á conmover la serenidad de ánimo de Fergusson. Para él, las inscripciones antiguas no tienen importancia, porque, según dice, «la antigüedad de las ruínas no puede fijarse sobre la base de las inscripciones, sino sobre la de ciertos cánones y reglas arquitectónicas», descubiertas por Mr. Fergusson en persona. *¡Fiat hipothesis, ruat cœlum!*

Y ahora vuelvo de nuevo á mi narración.

Frente á la entrada de la cueva hay una puerta que conduce á otra sala, de forma oblonga, con pilares exagonales y nichos que contienen estatuas en un estado tolerable de conservación; dichas estatuas son diosas de diez pies de alto y dioses de nueve pies. Después de esta sala hay una habitación con un altar, el cual es un exágono regular cuyos lados miden tres pies de largo cada uno y cubierto por una cúpula tallada en la roca. La entrada en este sitio estaba prohibida á todo el mundo, excepto á los iniciados de los misterios del adytum. Alrededor de esta habitación hay unas veinte celdas para sacerdotes. Absortos en el examen del altar, no nos enteramos de la ausencia del coronel hasta que oímos su fuerte voz en la distancia llamándonos.

—He encontrado un pasadizo secreto... ¡Venid pronto, vamos á ver adónde nos conduce!

El coronel, antorcha en mano, estaba delante y á considerable distancia nuestra, deseando vivamente avanzar; mas cada uno de nosotros se había formado su pequeño plan, mostrándonos muy rehacios á obedecer á sus excitaciones. El babu asumió dar la respuesta por toda partida:

—Tened cuidado, coronel. Este pasadizo conduce á la madriguera de los tigres encantados... ¡Ojo con los tigres!

Pero, una vez lanzado nuestro presidente en el camino de los descubrimientos, no había manera de contenerlo. *Nolens volens*, tuvimos que seguirle.

Tenía razón, había hecho un descubrimiento; el más inesperado cuadro se presentó ante nuestra vista al entrar en la celda. En el muro opuesto dos porta-hachones estaban con las antorchas encendidas, tan inmóviles como si hubieran sido transformados en cariátides de piedra, y como á cinco pies del suelo colgaban del muro dos piernas vestidas de blancos pantalones. Lo restante del cuerpo no se veía por ninguna parte, había desaparecido, y á no ser que las piernas eran sacudidas por esfuerzos convulsivos para entrar, podía pensarse que la malvada diosa de este sitio había partido al coronel en dos mitades, evaporando instantáneamente la mitad superior é hincando la mitad inferior en el muro, á manera de trofeo.

—¿Qué le ha sucedido á usted, presidente? ¿Dónde está usted?—fueron nuestras inquietas preguntas.

En vez de obtener respuesta, las piernas se agitaron todavía más convulsiva y violentamente, desapareciendo de pronto por por completo, después de lo cual oímos la voz del coronel como si pasara á través de un largo tubo:

—¡Una habitación... una celda secreta... Vamos, vengan de prisa! Estoy viendo toda una hilera de habitaciones... ¡Mi antorcha se ha apagado! ¡Traedme algunas cerillas y otra antorcha!

Pero esto era más fácil de decir que de hacer. Los porta-hachones rehusaban entrar, poseídos de loco terror, mientras esta escena pasaba. Miss X. dirigía insistentes miradas, tan pronto al muro cubierto de espesa capa de hollín, como á su lindo vestido. Mr. Y. tomó asiento sobre un pilar roto y dijo que no iría más lejos, prefiriendo fumar tranquilamente un cigarro en compañía de los tímidos porta-hachones.

Observamos que en el muro había algunos escalones verticales tallados en la roca, y al mismo tiempo vimos también en el suelo una gran piedra, de forma tan curiosamente irregular, que dí en la sospecha de si no sería aquello natural. La penetrante vista del babu no tardó mucho en descubrir estas peculiaridades, y dijo estar seguro de que «esta piedra era el *tapón* del pasadizo secreto». Todos nos precipitamos para examinar la piedra más minuciosamente y descubrimos que aun cuando la irregularidad de la roca estaba todo lo fielmente imitada que era posible, percibíanse, no obstante, en su superficie, evidentes trazas de labor humana, así como también una especie de

bisagra con objeto de poderla mover más fácilmente. El hueco medía tres pies de largo por dos, no más, de ancho.

El musculoso «guerrero de Dios» fué el primero en seguir al coronel. Era tan alto, que subido en un pilar roto le llegaba la abertura hacia la mitad del pecho, no ofreciéndole dificultad ninguna el trasladarse al piso superior. El delgado y ágil babu fué á reunirse con él de un solo salto, igual que un mono. Entonces, con ayuda del akali tirando de mí hacia arriba, y la de Narayan empujando desde abajo, logré pasar sin gran dificultad, bien que la estrechez del agujero resultaba de lo más desagradable, rozándose considerablemente mis manos contra las asperezas de la roca. Por difíciles que estas exploraciones arqueológicas puedan resultar á una persona que tiene la desgracia de poseer un cuerpo físico extraordinariamente delicado, tengo la seguridad de que me sería perfectamente posible la ascensión á los Himalayas, contando con la ayuda de dos hércules, tales como Narayan y Ram-Bunjit-Das. Miss X. subió inmediatamente después, bajo la escolta de Mulji, pero Mr. Y. quedóse atrás.

La celda secreta era una habitación que medía doce pies por cada lado. Perpendicular al negro agujero del suelo vimos otro en el techo, pero esta vez sin lograr descubrir ningún «tapón». La celda estaba perfectamente vacía, si no se toma en cuenta á las arañas, que eran negras y tan grandes como cangrejos. Nuestra aparición y en especial la brillante luz de las antorchas, las enloquecieron; sobrecogidas de terror, corrían á centenares por los muros y el techo, cayendo sobre nuestras cabezas y rompiendo los ténues hilos en su inconsiderado apresuramiento. Lo primero que hizo Miss X. al ver aquello fué darse á matar todas las que pudo, pero los cuatro hindos protestaron fuerte y unánimemente. La vieja señorita replicóles con alterada voz:

—Pensé que al menos vos, Mulji, érais un reformador, pero veo que sois tan supersticioso como cualquier idólatra.

—Ante todo y sobre todo, soy un hindo—respondió el «general mudo»—, y los hindos ya sabe usted que consideran como pecado ante la naturaleza y ante su propia conciencia, el matar á un animal, aun cuando sea venenoso, puesto en fuga por la fuerza del hombre. En cuanto á las arañas, á pesar de su aspecto feo y repugnante, son perfectamente inofensivas.

—Estoy segura que todo eso no es más que porque tiene us-

ted la creencia de que transmigrará á una araña negra—replicó ella, temblando de cólera.

—Yo no puedo decir eso—contestó Mulji—; pero si todas las señoritas inglesas son tan poco amables como usted, preferiría más bien ser una araña que no un inglés.

Esta ingeniosa y oportuna respuesta, viniendo de un sér ordinariamente taciturno como Mulji, fué para nosotros tan inesperada que no pudimos contener la risa. Mas, con gran asombro nuestro, Miss X. tomó el partido de devorar su cólera en silencio y bajo pretesto de darle vahídos, dijo quería bajar á reunirse con Mr. Y.

Su constante mal genio había llegado á ser muy fatigoso á nuestra pequeña y cosmopolita partida, de consiguiente no la instamos á que permaneciese.

(Continuará.)



Notas: Recortes: Prensa extranjera.

Objeciones de Scharff á Wallace sobre la no existencia de la Atlántida.
Homenaje al orientalista español D. Francisco Codera.

Objeciones de Scharff á Wallace sobre la no existencia de la Atlántida.

La *Nuova Parola,* en su núm. 6 (año III), da cuenta de los estudios hechos por R.-F. Scharff sobre la Atlántida. Este investigador admite una unión arcaica entre Portugal y las Azores, y la isla Madera, que debió durar, por lo menos, hasta la época miocénica. Entonces se extendía una gran tierra desde Marruecos hasta la América meridional, comprendiendo las Canarias y abarcando toda la extensión que las separa de Santa Elena. Scharff, apoyándose en Jhering, cree que hasta principios del período terciario este continente no comienza á ser invadido por el mar.

Scharff rebate las objeciones que sobre esta teoría presentó en cierta ocasión A. Russell Wallace. Estas pueden reducirse á las siguientes:

I. Gran número de coleópteros, sobre todo algunos de vuelo corto, muy numerosos en la Europa meridional, no tienen re-

presentación en la fauna de Madera, lo que hace suponer que nunca existió lengua de tierra que les sirviera de paso.

II. Las islas del Atlántico están formadas de rocas eruptivas, lo cual no concuerda con la hipótesis de un territorio de llanura del cual pudieran ser residuo.

III. En las islas no se encuentran huellas de mamíferos anetoctonos. Los lepóridos, topos, etc., fueron llevados allí por el hombre.

A estas tres proposiciones contesta Scharff como sigue:

I. La especie de carabus, *Lampyris Pimelia* y otros de la Europa central van decreciendo progresivamente de Oriente á Occidente, hasta no encontrar ya, en efecto, representantes en esta dirección.

II. La naturaleza del terreno, como la vió ha treinta años ó más Wallace, no está ya conforme con los datos de la geología.

III. El argumento de los mamíferos está en oposición con los datos históricos, porque cincuenta años antes de la primera expedición de los portugueses, la isla de Flores era señalada con el nombre de «Isla del conejo» por un viajero italiano cuatrocentista.

Scharff añade algunas otras consideraciones geológicas y zoológicas en apoyo de su tésis, y pone en duda el hecho afirmado de la profundidad de 4.000 metros en el Atlántico entre Madera y nuestro continente, y hace recordar que no ha veinticinco años los americanos encontraron en ciertas latitudes parajes legamosos con tierra casi á flor de agua.

Homenaje al orientalista español D. Francisco Codera.

En justísimo tributo de admiración hacia una de nuestras eminencias científicas más indiscutibles, el docto arabista D. Francisco Codera, acaba de publicarse una obra monumental é interesantísima, en la que han colaborado los más sabios orientalistas de España y del extranjero (1). Forman esta obra treinta y ocho estudios sobre temas de erudición oriental, entre los cuales los hay tan interesantes como los siguientes: *Notas sobre la doctrina histórica de Abenjaldum*, del profesor Altamira; *El Averroismo teológico de Santo Tomás de Aquino,* del profesor de árabe de la Universidad Central Sr. Asín; *Rendición del Castillo de Chi-*

(1) HOMENAJE Á D. FRANCISCO CODERA. *Estudios de erudición oriental,* con una introducción de *D. Eduardo Saavedra.*—Zaragoza, 1904 (656-XXXVIII págs.).

vert á los Templarios, del arqueólogo y archivero Sr. Ferrándiz; *Los manuscritos aljamiados de mi colección,* del decano de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad de Zaragoza Sr. Gil; *Apunte sobre algunos musulmanes madrileños* (uno de ellos MASLAMA, hijo de AHMED, que estudia la alquimia, la alsimia y la magia) del archivero Sr. Gonzalvo; *Vous d'Avicenne sur l'astrologie et sur le rapport de la responsabilité humaine avec le destin,* del profesor de Copenhague Sr. Mehren; *Origen del colegio Nidamí de Bagdad,* del Sr. Ribera, profesor de la Universidad Central; *Otobexa-Abîxa-Oropesa y Anîxa-el Puig de Cebolla*, *Onus* (?) del profesor de Tubinga Sr. Seybold y otros de los Sres. Alemany, Barrau-Dihigo, Basset, Carreras y Caudi, Chabás, Derenbourg, Eguilaz, Fagnan, García de Linares, Gaspar, Gauthier, Goeje, Gómez-Moreno, Guidi, Hinojosa, Hondas, Ibarra, López, Macdonald, Menéndez y Pelayo, Menéndez Pidal, Miret, Nallino, Pano, Prieto, Saavedra, Ureña, Vives y Zequi.

En el trabajo del Sr. Gil, titulado *Los manuscritos aljamiados de mi colección,* se enumeran los siguientes, más ó menos conexionados con la que pudiéramos denominar magia arábigo-hispana:

Núm. 5.—*Tratado de moral, ascética y tradiciones.*

Núm. 9.—*Conjuro para las tempestades.*

Núm. 12.—*Tratado de la Oración.*

Núm. 13.—*El libro de los Dichos maravillosos (*Tratado de cábala y superstición morisca: 1147 págs.

Núm. 14.—«*Esta es rogaría para rogar por agua en tiempo de haberla menester.*»

Núm. 17.—«*Este es el alquiteb que está en él, el conto de Dulcarnain y en él hay demandas que las hemos sacado y experimentado.*» (Sortilegios, adivinaciones y astrología judiciaria (131 hojas.

Núm. 19.—*Tratado de moral y ascética.*

Núm. 20.—*Rogarias.*

Núm. 32.—«*Este es el alquiteb de preicas y exemplos y dotrinas para medicinar el alma y amar la otra vida y aborrecer este mundo.*»

Núm. 36.—Varios tratados, entre ellos *Algunas recetas mágicas y amuletos.*



Imp. y Lit. de J. Palacios. Arenal, 27.—Madrid.

